



THE MORTAL INSTRUMENTS

Book Three

City of Glass

CASSANDRA CLARE

New York Times Bestselling Author

Índice

Parte Primera: Las Chispas Vuelan Hacia Arriba

1. El Portal	4
2. Las Torre Demonio de Alicante	19
3. Amatis	41
4. Daylighter	54
5. Un Problema de Memoria	68
6. Mala Sangre	86
7. Dónde los Ángeles Temen Pisar	106
8. Uno de los Vivos	126
9. Esta Sangre Culpable	139

Parte Segunda: Las Estrellas Brillan Oscuramente

10. Fuego y Espada	154
11. Todos los Huéspedes del Infierno	169
12. De Produndis	185
13. Dónde hay Pesar	204
14. En el Bosque Oscuro	219
15. Todo se Desmorona	234

Parte Tercera: El Camino al Cielo

16. Artículos de Fe	249
17. El Relato de la Cazadora de Sombras	266
18. Saludo y Despedida	285
19. Peniel	309
20. Pesado en la Balanza	334

Epílogo: A Través del Cielo en las Estrellas

PRIMERA PARTE

Saltan las Chispas

*El hombre nace para el problema
mientras saltan las chispas.*

Job 5:7

EL PORTAL

La ola de frío de la semana anterior había pasado; el sol lucía brillante cuando Clary cruzaba apresuradamente el polvoriento jardín delantero de Luke, la capucha de su chaqueta levantada para guardar su cabello de saltar volando por su cara. El tiempo podría ser cálido, pero el viento del East River podía ser todavía brutal. Llevaba un ligero olor químico mezclado con el olor a asfalto de Brooklyn, gasolina, y azúcar quemada de la fábrica abandonada de la calle abajo.

Simon estaba esperándola en el porche delantero, tirado en una rota butaca de primavera. Él tenía su DS haciendo equilibrio sobre las rodillas, en vaqueros azules, y estaba golpeando laboriosamente con el stick.

-Puntuación –dijo él cuando ella subía los escalones–. Estoy pateando culos en Mario Kart.

Clary se bajó la capucha, revolviéndosele el pelo sobre los ojos, y rebuscó en el bolsillo las llaves.

-¿Dónde has estado? Te he estado llamando toda la mañana.

Simon se puso de pie, empujando el rectángulo parpadeante en su cartera de mensajero.

-Estaba en casa de Eric. Ensayos de banda.

Clary paró de mover la llave en la cerradura –siempre atascada– lo suficiente para mirarlo con el ceño fruncido.

-¿Ensayos de banda? ¿Quieres decir que tú todavía...

-¿En la banda? ¿Por qué no estaría? –Él llegó a su altura–. Ven, déjame a mí.

Clary aún parada allí mientras Simon giraba la llave con habilidad de experto, justo con la cantidad adecuada de presión, logrando abrir la vieja y persistente cerradura. Su mano rozó la de ella; su piel estaba fresca, la temperatura del aire en el exterior. Ella se estremeció un poco. Ellos habían terminado su intento de relación romántica hacía sólo una semana, y todavía se sentía confusa siempre que lo veía.

-Gracias –Ella recibió la llave de vuelta sin mirarlo.

Hacía calor en la sala de estar. Clary colgó la chaqueta en el perchero del hall y encabezó la marcha hacia el dormitorio de invitados, Simon siguiendo su estela. Ella frunció el ceño. Su maleta estaba abierta como la concha de una almeja sobre la cama, su ropa y cuaderno de bocetos desparramados por todas partes.

-Creía que sólo ibas a estar en Idris un par de días –dijo Simon, estudiando el desorden con una mirada de ligera consternación.

-Y voy, pero no logro hacerme una idea de qué empacar. Apenas tengo vestidos o faldas, pero ¿qué pasa si no puedo usar pantalón allí?

-¿Por qué no podrías usar pantalones allí? Es otro país, no otro siglo.

-Pero los Cazadores de Sombras son tan anticuados, e Isabelle siempre usa vestidos...

Clary se calló y suspiró.

-No es nada. Es sólo que estoy proyectando toda mi ansiedad por lo de mi madre sobre mi vestuario. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo fue el ensayo? ¿Aún no tiene nombre la banda?

-Fue bien –Simon se sentó de un salto sobre el escritorio, las piernas colgando por un lado–. Estamos considerando utilizar un nuevo lema. Algo irónico, como “Hemos visto un millón de caras y sacudido¹ al ochenta por ciento de ellas.”

-¿Le has dicho a Eric y al resto que...

-¿Que soy un vampiro? No. No es el tipo de cosa que dejarías caer en una conversación informal.

-Quizás no, pero son tus *amigos*. Deberían saber. Y además, pensarán que te hará estar más cerca de ser un dios del rock, como ese vampiro Lester.

-Lestat –dijo Simon–. Eso sería el vampiro Lestat. Y él es ficticio. De todas formas, no te veo corriendo a decirles a todos tus amigos que eres una Cazadora de Sombras.

-¿Qué amigos? Tú eres mi amigo –Se bajó de la cama y miró a Simon–. Y te lo dije, ¿no?

-Porque no tuviste elección –Simon puso la cabeza de lado, estudiándola; la cabecera de la cama iluminaba con reflejos sus ojos, volviéndolos plata–. Te echaré de menos mientras estés fuera.

-Yo también te echaré de menos –dijo Clary, aunque su piel le pinchaba por todas partes con una anticipación nerviosa que le hacía difícil concentrarse. *¡Voy a ir a Idris! Cantaba su mente. Veré la patria de los Cazadores de Sombras, la Ciudad de Cristal. Salvaré a mi madre. Y estaré con Jace.*

Los ojos de Simon destellaron como si él pudiera oír sus pensamientos, pero su voz era suave.

-Cuéntamelo otra vez. ¿Por qué tienes que ir a Idris? ¿Por qué no pueden Madeleine y Luke ocuparse de esto sin ti?

-Mi madre consiguió el hechizo que la puso en este estado de un brujo –Ragnor Fell. Madeleine dice que necesitamos localizarlo si queremos saber cómo invertir el hechizo. Pero él no conoce a Madaleine. Conocía a mi

1. Sacudido: en inglés “*rocked*”. Emplea el doble sentido haciendo alusión al estilo musical.

madre, y Madeleine piensa que confiará en mí porque me parezco mucho a ella. Y Luke no puede venir conmigo. Podría venir a Idris, pero por lo visto él no puede entrar en Alicante sin permiso de la Clave, y ellos no se lo darán. Y no le digas nada de esto, *por favor* –no está nada feliz por no venir conmigo. Si no hubiera conocido a Madeleine de antes, no creo que me hubiera dejado ir en absoluto.”

-Pero los Lightwood estarán allí también. Y Jace. Te ayudarán. Quiero decir, Jace dijo que te ayudaría, ¿no? ¿A él no le importa que tú vayas?

-Claro, él me ayudará –dijo Clary–. Y por supuesto, a él no le importa. Él está tranquilo con eso –Pero eso, ella lo sabía, era una mentira.

Clary había ido directa al Instituto después de hablar con Madeleine en el hospital. Jace fue el primero al que contó el secreto de su madre, antes incluso que a Luke. Y él estuvo allí y la observaba, poniéndose más y más pálido mientras ella hablaba, como si más que contarle cómo podía salvar a su madre estuviera drenando la sangre de él con cruel lentitud.

-No vas a ir –dijo él tan pronto como ella terminó–. Como si tengo que atarte y sentarme sobre ti hasta que este capricho insensato de los tuyos pase, no vas a ir a Idris.

Clary sintió como si le hubiera abofeteado. Ella había pensado que él estaría *contento*. Había corrido todo el camino desde el hospital al Instituto para contárselo, y ahora él estaba allí de pie mirándola con un aspecto adusto y lúgubre.

-Pero vosotros vais a ir.

-Sí, nosotros iremos. *Tenemos* que ir. La Clave ha llamado a todo miembro activo de la Clave que pueda volver a Idris para un encuentro masivo del Consejo. Van a votar sobre lo que se debe hacer respecto a Valentine, y como somos los últimos que lo hemos visto...

Clary dejó esto a un lado.

-Así que si vais a ir, ¿por qué no puedo ir con vosotros?

El descaro directo de la pregunta pareció enfadarle aún más.

-Porque no es seguro para ti ir allí.

-Oh, ¿y es tan seguro estar aquí? Por poco no me matan una docena de veces el mes pasado, y todo el tiempo he estado aquí mismo en Nueva York.

-Eso es porque Valentine ha estado concentrado en los dos Instrumentos Inmortales que estaban aquí –Jace hablaba a través de sus dientes apretados–. Él va a dirigir su foco a Idris ahora, todos nosotros lo sabemos...

-Apenas estamos seguros de nada de eso –dijo Maryse Lightwood. Ella había estado resguardada en la sombra del pasillo de entrada, sin ser vista por ninguno de ellos; ahora se adelantaba, entrando en las potentes luces de la entrada. Éstas iluminaron las líneas de agotamiento que parecían dibujar

su rostro. Su marido, Robert Lightwood, había sido herido por un demonio ponzoñoso durante la batalla la semana pasada y desde entonces había necesitado constantes cuidados; Clary sólo podía imaginar lo cansada que debía estar-. Y la Clave quiere conocer a Clarissa. Tú sabes eso, Jace.

-La Clave puede joderse.

-Jace -dijo Maryse, sonando sinceramente paternal para variar-. Ese lenguaje.

-La Clave quiere muchas cosas -enmendó Jace-. No tienen necesariamente que conseguirlas todas.

Maryse le disparó una mirada, como si supiera exactamente de lo que estaba él hablando y no lo compartiera.

-La Clave a menudo tiene razón, Jace. No es irrazonable que ellos quieran hablar con Clary, después de por lo que ha pasado. Lo que ella podría contarles...

-Yo les contaré lo que sea que quieran saber -dijo Jace.

Maryse suspiró y volvió sus ojos azules a Clary.

-Así que quieres ir a Idris, ¿lo he cogido?

-Sólo unos días. No seré ningún problema -dijo Clary mirando de manera suplicante, pasando de la blanca y ardiente mirada de Jace a la de Maryse-. Lo juro.

-La cuestión no es si vas a ser un problema; la cuestión es si estarás dispuesta a encontrarte con la Clave una vez que estés allí. Ellos quieren hablar contigo. Si dices que no, dudo que podamos obtener la autorización para llevarte con nosotros.

-No... -comenzó Jace.

-Me encontraré con la Clave -interrumpió Clary, aunque la sola idea le mandó hacia abajo una onda de frío a través de su espina dorsal. El único emisario de la Clave que había conocido hasta ahora era la Inquisidor, quien no había sido exactamente agradable de tener alrededor.

Maryse frotó sus sientes con las yemas de los dedos.

-Entonces está resuelto -ella no sonó resuelta, sin embargo; sonó tan tensa y frágil como una cuerda de violín sobretensada-. Jace, acompaña a Clary a la puerta y luego ven a verme a la biblioteca. Necesito hablar contigo.

Ella volvió a desaparecer en las sombras sin ni siquiera una palabra de despedida. Clary se quedó mirando en su dirección, sintiendo como si acabara de ser empapada con agua helada. Alec e Isabelle parecían querer sinceramente a su madre, y ella estaba segura de que Maryse no era una mala persona, en realidad, pero no era exactamente *cálida*.

La boca de Jace era una dura línea.

-Ahora mira lo que has hecho.

-Necesito ir a Idris, incluso si tú no puedes entender el por qué -dijo Clary-. Necesito hacer esto por mi madre.

-Maryse confía demasiado en la Clave –dijo Jace–. Ella tiene que creer que son perfectos, y yo no puedo decirle que no lo son, porque... –paró abruptamente.

-Porque eso es algo que diría Valentine.

Ella esperaba una explosión, pero “Nadie es perfecto” fue todo lo que él dijo. Alargó la mano y pulsó el botón del ascensor con el dedo índice. “Ni siquiera la Clave.”

Clary cruzó los brazos sobre el pecho.

-¿Es eso en realidad por lo que no quieres que vaya? ¿Porque no es seguro?

Un parpadeo de sorpresa cruzó la cara de él.

-¿A qué te refieres? ¿Por qué más no querría que vinieses?

Ella tragó.

-Porque... –*Porque me dijiste que tú ya no tienes sentimientos por mí, y ves que eso es muy delicado, porque yo todavía los tengo por ti. Y apuesto a que tú lo sabes.*

-¿Porque no quiero que mi hermanita me siga a todas partes? –había una nota cortante en su voz, medio burla, medio algo más.

El ascensor llegó con un ruido de traqueteo. Empujando la puerta a un lado, Clary dio un paso dentro y se volvió para encarar a Jace.

-No voy a ir porque tú estés allí. Voy a ir porque quiero ayudar a mi madre. *Nuestra* madre. Tengo que ayudarla. ¿No lo entiendes? Si no hago esto, podría no despertar nunca. Podrías fingir al menos que te importa un poco.

Jace puso las manos sobre los hombros de ella, las yemas de los dedos rozando su piel desnuda en el borde de su cuello, mandando indefensos escalofríos sin sentido a través de sus nervios. Había sombras bajo los ojos de él, Clary notó sin querer, y oscuros huecos bajo sus pómulos. El jersey negro que llevaba sólo hacía destacar más las marcas de sus magulladuras, y también los oscuros latigazos; era un estudio de claroscuro, algo para ser pintado con matices de negro, blanco y gris, con toques de dorado aquí y allí, como sus ojos, por dar un toque de color...

-Déjame hacerlo –su voz era suave, apremiante–. Puedo ayudarla por ti. Dime dónde debo ir, a quién preguntar. Conseguiré lo que necesitas.

-Madeleine le dijo al brujo que yo iría. Él estará esperando a la hija de Jocelyn, no al hijo de Jocelyn.

Las manos de Jace apretaron sobre sus hombros.

-Pues dile que ha habido un cambio de planes. Yo iré, no tú. *No tú.*

-Jace...

-Haré lo que sea –dijo él–. Lo que quieras, si tú prometes quedarte aquí.

-No puedo.

La soltó, como si ella le hubiera empujado apartándolo.

-¿*Por qué no?*

-Porque –dijo ella–, es mi madre, Jace.

-Y la mía –su voz sonó fría–. De hecho, ¿por qué Madeleine no nos ha planteado esto a ambos? ¿Por qué sólo a ti?

-Sabes por qué.

-Porque –dijo él, y esta vez sonó incluso más frío–, para ella tú eres la hija de Jocelyn. Pero yo seré siempre el hijo de Valentine.

Él cerró con pulso firme la puerta entre ellos. Por un momento ella lo contempló a través –la malla de la puerta dividía el rostro de él en una serie de formas de diamante, trazadas en metal. Un solo ojo dorado la observaba a través de un diamante, un furioso enfado parpadeando en su profundidad.

-Jace... –comenzó ella.

Pero con un movimiento brusco y un ruido estrepitoso, el ascensor ya estaba moviéndose, llevándola hacia abajo sumergiéndola en el oscuro silencio de la catedral.

-La Tierra llamando a Clary –Simon le hizo señas con las manos–. ¿Estás despierta?

-Sí, lo siento –ella se incorporó moviendo la cabeza para sacudirse las musarañas. Esa había sido la última vez que había visto a Jace. Él no había cogido el teléfono cuando le había llamado después, así que ella hizo todos sus planes para viajar a Idris con los Lightwood usando a Alec como intermediario reacio e incómodo. Pobre Alec, atascado entre Jace y su madre, siempre intentando hacer lo correcto–. ¿Decías algo?

-Sólo que creo que Luke ha vuelto –dijo Simon, y saltó del escritorio justo en el momento en el que la puerta del dormitorio se abría-, y ahí está.

-Hola, Simon –Luke sonaba tranquilo, quizás un poco cansado. Llevaba una gastada chaqueta vaquera, una camisa de franela y viejos cordones en las botas que parecían haber tenido su mejor momento hacía diez años. Sus gafas estaban apartadas sobre su pelo castaño, que parecía salpicado con más gris ahora de lo que Clary recordaba. Había un paquete cuadrado bajo su brazo atado con largas cintas verdes. Se lo tendió a Clary–. Te compré algo para tu viaje.

-¡No tenías por qué hacerlo! –Protestó Clary–. Ya has hecho demasiado –pensaba en la ropa que le había comprado después de que todo lo que tenía hubiera sido destruido. Él le había dado un teléfono nuevo y nuevas provisiones artísticas sin haberle tenido en ningún momento que pedir nada. Casi todo lo que tenía ahora era regalo de Luke. *Y ni siquiera estás de acuerdo con el hecho de que vaya a ir.* Ese último pensamiento quedó tácito flotando entre ellos.

-Lo sé. Pero lo vi y pensé en ti –le entregó la caja.

El objeto en su interior estaba envuelto en capas de papel. Clary las rasgó, alcanzando con la mano algo suave como el pelaje de un gatito. Ella dio un pequeño grito ahogado. Era un abrigo de terciopelo verde botella,

anticuado, con un forro dorado de seda, botones dorados y una ancha capucha. Lo dejó caer sobre las rodillas, alisando con las manos el suave material con el mayor cuidado.

-Se parece a algo que llevaría Isabelle –exclamó ella–. Como una capa de viaje de Cazadores de Sombras.

-Exactamente. Ahora irás vestida más como uno de ellos –dijo Luke–, cuando estés en Idris.

Ella subió la mirada hacia él.

-¿Quieres que me parezca uno de ellos?

-Clary, tú eres uno de ellos –su sonrisa estaba matizada con tristeza–. Además, sabes cómo tratan a los de fuera. Cualquier cosa que puedas hacer para encajar...

Simon hizo un ruido extraño, y Clary lo miró con aire de culpabilidad. Casi había olvidado que él estaba allí. Estaba mirando su reloj con diligencia.

-Debería irme.

-¡Pero si acabas de llegar! –Protestó Clary–. Creí que podríamos tirarnos y ver una película o algo...

-Tú tienes que empacar –sonrió Simon, brillante como la luz del sol después de la lluvia. Casi pudo creer que no había nada que le inquietara–. Yo vendré más tarde a despedirme antes de que te vayas.

-Oh, vamos –protestó Clary–. Quédate...

-No puedo –su tono era inapelable–. He quedado con Maia.

-Oh, genial –dijo Clary. Maia, se dijo a sí misma, era simpática. Era inteligente. Era guapa. Era una mujer lobo también. Una mujer lobo enamorada de Simon. Pero quizás eso era lo que debería ser. Quizás su nuevo amigo debería ser un Cazador de Sombras. Después de todo, él era un Submundo ahora. Técnicamente, todavía pasaba el tiempo con Cazadores de Sombras como Clary–. Supongo que será mejor que te vayas, entonces.

-Supongo que será mejor –los ojos oscuros de Simon eran inescrutables. Esto era nuevo. Ella siempre había sido capaz de leer a Simon antes. Se preguntó si aquello era un efecto secundario del vampirismo, o definitivamente algo más–. Adiós –dijo él, y se inclinó como para besarla en la mejilla, peinándole el pelo hacia atrás con una de las manos. Luego, se detuvo y se incorporó, su expresión vacilante. Ella miró con el gesto fruncido por la sorpresa, pero él ya se había ido, rozando a Luke al pasar por la puerta. Ella escuchó la puerta principal dando un portazo en la distancia.

-Él está actuando tan raro –exclamó ella abrazando el abrigo de terciopelo contra sí misma a modo de consuelo–. ¿Crees que es todo cosa de ser vampiro?

-Probablemente no –Luke parecía ligeramente divertido–. Convertirse en Submundo no cambia el modo de sentir las cosas. O a la gente. Dale tiempo. *Rompiste* con él.

-No lo hice. Él rompió conmigo.

-Porque tú no estabas enamorada de él. Esa era una propuesta dudosa, y creo que él lo está llevando con elegancia. Un montón de adolescentes se enfurruñarían o merodearían bajo tu ventana con una minicadena.

-Nadie tiene minicadena ya. Eso era en los ochenta –Clary se levantó de la cama poniéndose el abrigo. Se lo abotonó hasta el cuello deleitándose en el suave tacto del terciopelo–. Sólo quiero que Simon vuelva a la normalidad –se contempló en el espejo con una grata sorpresa. El verde hacía resaltar su pelo rojo e iluminaba el color de sus ojos. Se volvió hacia Luke–. ¿Qué piensas?

Él se echó hacia atrás apoyándose en la entrada con las manos en los bolsillos; una sombra pasó a través de su rostro mientras la miraba.

-Tu madre tenía un abrigo justo como ese cuando tenía tu edad –fue todo lo que dijo.

Clary agarró firmemente los puños del abrigo clavando los dedos en el pelo suave. La mención de su madre, mezclada con la tristeza de su expresión, estaba dándole ganas de llorar.

-Vamos a verla hoy más tarde, ¿verdad? –preguntó ella–. Quiero despedirme antes de irme, y decirle... Decirle lo que estoy haciendo. Que ella va a estar bien.

Luke asintió con la cabeza.

-Visitaremos el hospital hoy más tarde. Y ¿Clary?

-¿Qué? –ella casi no quería mirarlo, pero para su alivio, cuando lo hizo la tristeza se había marchado de sus ojos. Él sonreía.

-Normal no es todo lo que se dice que es.

Simon echó un vistazo hacia abajo al papel en su mano y luego a la catedral, los ojos como hendiduras contra el sol de la tarde. El Instituto se erigía contra el inmenso cielo azul, un bloque de granito horadado con arcos puntiagudos y rodeado por un enorme muro de piedra. Los rostros de las gárgolas lanzaban miradas lascivas desde sus cornisas, como desafiándole a cruzar la puerta de entrada. Aquello no se parecía nada a lo que él había visto la primera vez, disfrazado bajo la apariencia de una ruina venida a menos, pero los glamour no funcionaban con los Submundo, entonces.

Tú no perteneces a este lugar. Las palabras eran duras y afiladas como el ácido; Simon no estaba seguro de si eran las gárgolas hablando o la voz de su propia mente. *Esto es una iglesia y tú eres un maldito.*

-¡Cállate! –masculló poco entusiasmado–. Además, no me preocupan las iglesias. Soy judío.

Había una verja de hierro de gran filigrana alojada en el muro de piedra. Simon puso la mano sobre el pestillo, medio esperando que su piel se abrasara de dolor, pero no ocurrió nada. Aparentemente la puerta por sí misma no era particularmente sagrada. La empujó para abrirla y estaba a mitad del agrietado camino de mampostería que llevaba a la puerta de la fachada cuando escuchó voces, varias de ellas, y familiares, cerca. Casi había olvidado lo mucho que su oído, al igual que su vista, se había afinado desde que se había transformado. Aquello sonaba como si las voces estuvieran justo sobre sus hombros, pero mientras seguía el estrecho camino por el lateral del Instituto, vio por lo que la gente se mantenía a bastante distancia, en el lejano límite de los terrenos. La hierba crecía medio salvaje allí, medio cubriendo los caminos ramificados que se conducían entre lo que probablemente una vez habían sido rosales organizados con esmero. Incluso había un banco de piedra, recubierto por la mala hierba; esto había sido una iglesia de verdad una vez, antes de que los Cazadores de Sombras la hubieran hecho suya.

Vio primero a Magnus, recostado contra un muro de piedra musgoso. Era difícil pasar por alto a Magnus... Llevaba una camiseta blanca pintada con salpicaduras sobre unos pantalones de piel arcoíris. Destacaba como un invernadero de orquídeas rodeado por el vestuario negro de los Cazadores de Sombras: Alec, con aspecto pálido e incómodo; Isabelle, su largo pelo moreno trenzado y atado con cintas plateadas, de pie al lado de un chiquillo que debía ser Max, el más pequeño. Cerca estaba su madre, que parecía una versión más alta y huesuda de su hija, con el mismo cabello largo y negro. A su lado estaba una mujer que Simon no conocía. Al principio Simon pensó que era mayor porque su cabello estaba cercano al blanco, pero luego se volvió para hablarle a Maryse y vio que probablemente no tendría más de treintaicinco o cuarenta años.

Y luego estaba Jace, de pie un poco más alejado, como si no perteneciera tanto al grupo. Iba todo de negro Cazador de Sombras como los demás. Cuando Simon vestía todo de negro, parecía que iba de camino a un funeral, pero Jace sólo parecía fuerte y peligroso. Y *más rubio*. Simon sentía los hombros tensos y se preguntó si algo, el tiempo o el olvido, diluiría alguna vez el resentimiento hacia Jace. Él no *quería* sentir eso, pero ahí estaba, una piedra lastrando su corazón sin pulso.

Algo parecía raro en la reunión, pero luego Jace se volvió hacia él, como sintiendo que él estaba allí, y Simon vio incluso en la distancia la delgada cicatriz blanca sobre su garganta, justo sobre el cuello. El resentimiento en su pecho se debilitó un poco más. Jace dejó caer un pequeño saludo con la cabeza en su dirección.

-Volveré a tiempo –dijo él a Maryse, con un tipo de voz que Simon nunca habría usado con su propia madre. Sonaba como un adulto hablando con otro adulto.

Maryse indicó su permiso con un gesto distraído de la mano.

-No veo por qué esto está llevando tanto tiempo –le estaba diciendo ella a Magnus–. ¿Es normal?

-Lo que no es normal es el descuento que estoy haciéndote –Magnus golpeteó el tacón de sus botas contra el muro–. Normalmente cobro el doble.

-Es sólo un Portal temporal. Sólo tienes que llevarnos a Idris. Y luego espero que lo cierres de nuevo otra vez. Ese *es* nuestro acuerdo –ella se volvió hacia la mujer que estaba a su lado–. Y tú te quedarás aquí para ser testigo de que lo hace, ¿Madeleine?

Madeleine. Así que esta era la amiga de Jocelyn. Pero no hubo tiempo para mirar, Jace ya tenía a Simon por el brazo y estaba arrastrándolo por el lateral de la iglesia, fuera de la vista de los otros. Allí a las espaldas había incluso más mala hierba, el sendero serpeaba con cabos de maleza. Jace empujó a Simon al lado de un gran roble y le soltó, disparando sus ojos como flechas alrededor como si estuviera seguro de que habían sido seguidos.

-Está bien. Podemos hablar aquí.

Ciertamente se estaba más tranquilo allí atrás, la prisa del tráfico de la York Avenue se amortiguaba detrás de la gran mole del Instituto.

-Eres tú el que me ha pedido que venga aquí –puntualizó Simon–. Encontré tu mensaje pegado en mi ventana cuando me levanté esta mañana. ¿Alguna vez usas el teléfono como la gente normal?

-No si puedo evitarlo, vampiro –dijo Jace. Estaba estudiando a Simon pensativamente, como si estuviera leyendo las páginas de un libro. Mezcladas en su expresión había dos emociones opuestas: un ligero asombro y lo que le pareció a Simon como decepción–. Así que aún es verdad. Puedes caminar a la luz del sol. Incluso el sol del mediodía no te quema.

-Sí –dijo Simon–. Pero tú ya sabías eso... Estabas allí.

Él no tenía que dar más detalles sobre lo que “allí” quería decir; podía ver en el rostro del otro chico que recordaba el río, la parte trasera de la furgoneta, el sol elevándose sobre el agua, Clary gritando. Él lo recordaba tan bien como Simon.

-Pensé que quizás podría remitir –dijo Jace, pero no sonó como si eso fuera lo que quería.

-Si siento el impulso de romper en llamas, te lo haré saber –Simon nunca tuvo mucha paciencia con Jace–. Mira, ¿me pediste que viniera hasta el norte del distrito residencial sólo para que puedas observarme como si fuera algo sobre una placa petri¹? La próxima vez te enviaré una foto.

-Y yo la enmarcaré y la pondré sobre mi mesilla de noche –dijo Jace, pero no sonaba como si pusiera el corazón en el sarcasmo–. Mira, te pedí que vinieras aquí por una razón. Por mucho que odie admitirlo, vampiro, tenemos algo en común.

-¿Un cabello realmente maravilloso? –sugirió Simon, pero tampoco ponía el corazón en ello. Algo en el aspecto del rostro de Jace le estaba resultando cada vez más preocupante.

-Clary –dijo Jace.

A Simon le cogió desprevenido.

-¿Clary?

-Clary –dijo Jace otra vez–. Ya sabes: baja, pelirroja, mal genio.

-No veo cómo Clary es algo que tengamos en común –dijo Simon, aunque él sí lo veía. No obstante, esta no era una conversación que quisiera tener particularmente con Jace ahora, o, de hecho, nunca. ¿No había algún tipo de código masculino que excluyera discusiones como esta? ¿Discusiones sobre *sentimientos*? Aparentemente no.

-Ambos nos preocupamos por ella –planteó Jace dándole una apariencia moderada–. Ella es importante para los dos. ¿Verdad?

-¿Me preguntas si me *preocupa* ella? Qué bondadoso –parecía una palabra muy insuficiente para eso. Se preguntaba si Jace se estaba burlando de él, parecía inusualmente cruel, incluso para Jace. ¿Le había traído Jace hasta aquí sólo para mofarse de él porque aquello no había funcionado románticamente entre Clary y él? Aunque Simon aún tenía esperanza, al menos un poco, de que las cosas cambiaran, que Jace y Clary comenzaran a sentir el uno por el otro de la manera que se supone que los hermanos se *quieren* sentir respecto al otro...

Se encontró con la mirada de Jace y sintió como un poco de esa esperanza se marchitaba. El semblante del rostro del otro chico no era la expresión que los hermanos tienen cuando hablaban de sus hermanas. Por otra parte, era obvio que Jace no lo había traído hasta aquí para mofarse de él por sus sentimientos; el miserable de Simon sabía que debía estar claramente escrito sobre sus propios rasgos que se reflejaban en los ojos de Jace.

-No creas que me gusta preguntarte estas cuestiones –dijo Jace bruscamente–. Necesito saber qué harías por Clary. ¿Mentirías por ella?

-¿Mentir sobre qué? De todos modos, ¿qué está pasando? –Simon se dio cuenta de que eso era lo que le había preocupado en el retablo de Cazadores de Sombras del jardín–. Espera un segundo –dijo él–, ¿os marcháis para Idris en este momento? Clary cree que vais a esta noche.

-Lo sé –dijo Jace–, y necesito que tú les digas a los otros que Clary te envió aquí para decir que no venía. Diles que ella ya no quiere venir a Idris –Había un filo en su voz... Algo que Simon apenas reconocía, o quizás era simplemente tan extraño viniendo de Jace que no podía procesarlo. Jace

estaba *suplicándole* a él—. Ellos te creerán. Ellos saben lo... Lo cerca que estáis el uno del otro.

Simon sacudió la cabeza.

-No puedo creerte. Actúas como si quisieses que yo hiciera algo por Clary, pero en realidad sólo quieres que yo haga algo por *ti* —comenzó a darse la vuelta—. No hay trato.

Jace agarró su brazo haciéndolo volver de nuevo.

-Esto es por Clary. Estoy intentando protegerla. Creí que tú estarías al menos un poco interesado en ayudarme en eso.

Simon miró deliberadamente la mano de Jace clavada sobre la parte superior de su brazo.

-¿Cómo puedo protegerla si no me dices de qué la estoy protegiendo?

Jace no le dejó ir.

-¿No puedes sólo creerme cuando te digo que esto es importante?

-Tú no sabes cuánto quiere ir ella a Idris —dijo Simon—, si voy a impedir eso, será mejor que haya una maldita buena razón.

Jace exhaló lentamente, a regañadientes, y soltó su puño del brazo de Simon.

-Lo que Clary hizo en el buque de Valentine —dijo él, su voz baja—, con la runa sobre la pared... La Runa de Apertura... Bueno, viste lo que ocurrió.

-Destruyó el buque —dijo Simon—, salvó todas nuestras vidas.

-Mantén la voz baja —Jace echó un vistazo alrededor con ansiedad.

-Tú no le vas a decir a nadie más lo que sabes, ¿no? —exigió Simon con incredulidad.

-Yo lo sé. Tú lo sabes. Luke los sabe y Magnus lo sabe. Nadie más.

-¿Qué creen todos que ocurrió? ¿El barco sólo se desmoronó oportunamente?

-Les conté que el Ritual de Conversión de Valentine debió haber salido mal.

-¿Mentiste a la Clave? —Simon no estaba seguro de si sentirse impresionado o consternado.

-Sí, mentí a la Clave. Isabelle y Alec saben que Clary tiene alguna habilidad para crear nuevas runas, así que dudo de que sea capaz de guardar eso de la Clave o el nuevo Inquisidor. Pero si supiesen que ella podría hacer lo que hace... Amplificar runas normales y corrientes de forma que ellos pudieran tener un increíble poder destructivo... La querrían como luchadora, un arma. Y ella no está dotada para eso. No fue entrenada para eso... —él se rompió, cuando Simon sacudió la cabeza—. ¿Qué?

-Tú eres un Nephilim —dijo Simon lentamente— ¿No querrías lo que es mejor para la Clave? Si eso significa usar a Clary...

-¿Tú quieres que ellos la tengan? ¿Ponerla en primera línea, contra Valentine y el ejército que sea que esté erigiendo?

-No –dijo Simon–. No quiero eso. Pero no soy uno de los tuyos. No tengo que preguntarme a mí mismo a quién poner primero, a Clary o a mi familia.

Jace se ruborizó con un rojo lento y oscuro.

-No es eso. Si creyera que pudiese ayudar a la Clave... Pero no lo haré. Sólo conseguiré ser herida...

-Incluso aunque pienses que ayudaría a la Clave –dijo Simon–, nunca les dejarías tenerla.

-¿Qué te hace decir eso, vampiro?

-Porque nadie puede tenerla sino tú –dijo Simon.

El color abandonó la cara de Jace.

-Así que no me ayudarás –dijo él con incredulidad–. ¿No la ayudarás?

Simon vaciló, y antes de que pudiera responder, un ruido rajó el silencio entre ellos. Un enorme grito de dolor, terrible en su desesperación, y peor, por la brusquedad con que fue interrumpido. Jace se dio media vuelta.

-¿Qué fue eso?

El grito solitario se unió a otros chillidos, y un fuerte estruendo que destrozó el tímpano de Simon.

-Algo está ocurriendo... Los otros...

Pero Jace ya se había puesto en marcha, corriendo por el sendero, esquivando la crecida maleza. Después de un momento de vacilación Simon le siguió. Él había olvidado cuán rápido podía correr ahora... Era difícil seguir los talones de Jace mientras doblaban la esquina de la iglesia e irrumpían en el jardín.

Y en un instante reinaba el caos. Una bruma blanca cubría el jardín y había un fuerte olor en el aire –el sabor fuerte y afilado del ozono y algo más encubierto bajo éste, dulce y desagradable. Unas figuras se movían rápidamente hacia delante y atrás como flechas, Simon podía verlas sólo como fragmentos, mientras aparecían y desaparecían en el espacio a través de la niebla. Pudo ver brevemente a Isabelle, su cabello batiendo alrededor de ella en negras lazadas mientras blandía su látigo. Había una horca mortal de relámpagos dorados a través de las sombras. Ella estaba esquivando el avance de algo pesado y enorme –un demonio, pensó Simon– pero estaba todo lleno de luz del día; eso era imposible. Mientras él dio un traspiés hacia delante, vio que la criatura era de forma humanoide, pero jorobado y retorcido, en cierto modo *maligno*. Llevaba cargando una ancha tabla de madera en una mano y se estaba balanceando hacia Isabelle casi de una forma ciega.

Sólo a una pequeña distancia de allí, por un hueco en el muro de piedra, Simon podía ver el tráfico sobre la York Avenue resonando sorda y plácidamente. El cielo sobre el Instituto era claro.

-Repudiados –susurró Jace. Su cara estaba encendida cuando tiró de uno de sus cuchillos seráficos del cinturón–, docenas de ellos –Empujó a Simon

hacia un lado, casi con violencia –Quédate aquí, ¿lo has entendido? Quédate aquí.

Simon se quedó helado por un momento mientras Jace fue hacia el frente sumergiéndose en la bruma. La luz de la espada en su mano iluminaba la niebla alrededor de él volviéndola plateada; figuras oscuras tiraban hacia atrás y hacia delante dentro de ella, y Simon sintió como si estuviera mirando a través de una lámina de cristal esmerilado, intentando desesperadamente distinguir lo que estaba ocurriendo al otro lado. Isabelle había desaparecido; vio a Alec, su brazo sangrando, mientras rebanaba el pecho de un guerrero Repudiado y contemplaba cómo se derrumbaba sobre el suelo. Otro ya estaba dispuesto y encabritado detrás de él, pero Jace estaba allí, ahora con una espada en cada mano; saltó en el aire y los encaraba y derribaba luego con un movimiento de tijeras despiadadas –y las cabezas de los Repudiados se desembarazaban de sus cuellos, sangre negra saliendo a chorros. El estómago de Simon se revolvió, la sangre olía amarga, venenosa. Pudo escuchar a los Cazadores de Sombras llamándose unos a otros en la niebla, sin embargo los Repudiados estaban totalmente en silencio. De repente la bruma se aclaró y Simon vio a Magnus, de pie con ojos de loco contra el muro del Instituto. Sus manos estaban alzadas, relámpagos azules estallando entre ellas, y en el muro donde él se encontraba parecía abrirse en la piedra un agujero negro cuadrado. No estaba vacío, o precisamente oscuro, sino brillando como un espejo con fuego girando atrapado dentro del cristal.

–¡El Portal! –Estaba gritando– ¡Id a través del Portal!

Varias cosas sucedieron en seguida. Maryse Lightwood apareció de entre la niebla, llevando al chico, Max, en brazos. Se detuvo para llamar a alguien sobre el hombro y luego se internó en el Portal y lo atravesó, desapareciendo dentro del muro. Alex la siguió, tirando de Isabelle detrás de él, su látigo salpicando y dejando un rastro de sangre sobre el suelo. Cuando él la empujó hacia el Portal, algo surgió de la bruma detrás de ellos. Un guerrero Repudiado blandiendo un cuchillo de doble hoja.

Simon se descongeló. Disparándose como una flecha hacia delante, llamó a Isabelle por su nombre –entonces dio un traspié y se cayó hacia delante, golpeando el suelo con tal fuerza que perdería la respiración si hubiera *tenido* que respirar. Se retorció sobre la posición en la que estaba, volviéndose para ver con qué se había tropezado.

Era un cuerpo. El cuerpo de una mujer, su cuello degollado, los ojos azules ensanchados por la muerte. La sangre le manchaba el pelo pálido. Madeleine.

–¡Simon, muévete!

Era Jace, gritando. Simon miró y vio al otro chico corriendo hacia él fuera de la bruma, los cuchillos seráficos ensangrentados en sus manos. Luego, alzó la mirada. El guerrero Repudiado que había visto persiguiendo

a Isabelle se cernía amenazador sobre él, su cara llena de cicatrices se retorció en un rictus de sonrisa. Simon se contorsionó mientras el cuchillo de doble hoja caía sobre él pero, incluso con sus reflejos mejorados, no era suficientemente rápido. Un dolor abrasador se disparó a través de él mientras todo retrocedía.

LAS TORRES DEMONIO DE ALICANTE

No había cantidad de magia, pensó Clary mientras ella y Luke daban la vuelta a la manzana por tercera vez, que pudiera crear nuevos espacios de aparcamiento en una calle de la ciudad de Nueva York. No había ninguno para aparcar la camioneta, y la mitad de la calle estaba en doble fila. Finalmente, Luke paró en una boca de riego y puso la *pickup*¹ en punto muerto con un suspiro.

-Tú vete –dijo él–. Hazles saber que estás aquí. Te llevaré la maleta.

Clary asintió con la cabeza, pero vaciló antes de alcanzar el tirador de la puerta. Su estómago estaba encogido por la ansiedad, y deseó, no por primera vez, que Luke fuera con ella.

-Siempre pensé que la primera vez que fuera al extranjero, llevaría un pasaporte conmigo al menos.

Luke no sonreía.

-Sé que estás nerviosa –dijo él–, pero todo irá bien. Los Lightwood cuidarán bien de ti.

Eso te he dicho yo a ti sólo un millón de veces, pensó Clary. Suavemente le dio unas palmaditas a Luke en el hombro antes de bajar de un salto de la camioneta.

-Te veo dentro de poco.

Tomó adelante el agrietado sendero de piedra, el sonido del tráfico decaía mientras se acercaba a las puertas de la iglesia. Le llevó unos instantes distinguir el glamour del Instituto esta vez. Sentía como si otra capa de encubrimiento hubiera sido añadida a la fría catedral, como una capa de pintura. Apartarla con su mente fue difícil, casi doloroso. Finalmente, desapareció y ella pudo ver la iglesia como era. Las enormes puertas de madera relucían como si acabasen de ser pulidas.

Había un olor extraño en el aire, como de ozono y a quemado. Con el ceño fruncido puso la mano sobre el pomo. *Soy Clary Morgenstern, una de los Nephilim, y pido entrar al Instituto...*

La puerta osciló abriéndose. Clary dio un paso hacia el interior. Miró alrededor, parpadeando, intentó identificar qué era aquello que de algún

1. Pickup: modelo de camioneta.

modo se sentía diferente dentro de la catedral. Se dio cuenta cuando la puerta se cerró detrás de ella, atrapándola en la negrura sólo mitigada por el brillo débil de la elevada y lejana ventana que había sobre su cabeza. Ella nunca había estado en el vestíbulo del Instituto sin la luz de las docenas de llamas en los elaborados candelabros que se alineaban en el pasillo entre los bancos.

Sacó la piedra de luz mágica del bolsillo y la sostuvo en alto. La luz brotó de ella, mandando brillantes rayos de iluminación de entre sus dedos. Iluminó las polvorientas esquinas del interior de la catedral mientras se dirigía al ascensor cerca del altar desnudo y pulsaba con impaciencia el botón de llamada.

No ocurrió nada. Después de medio minuto presionó el botón otra vez, y otra vez. Puso la oreja contra la puerta del ascensor y escuchó. Ningún sonido. El Instituto se había vuelto oscuro y silencioso, como un juguete mecánico al que se le acaba la cuerda. Su corazón palpitaba pesadamente ahora, Clary recorrió apresuradamente el pasillo de nuevo y empujó las pesadas puertas para abrirlas. Parada en los escalones de la fachada de la iglesia, lanzó un frenético vistazo alrededor. El cielo estaba oscureciéndose hacia el cobalto sobre su cabeza, y el aire olía incluso más fuerte a quemado. ¿Había habido un fuego? ¿Había los Cazadores de Sombras evacuado aquello? Pero el lugar parecía intacto...

-No hubo fuego.

La voz era suave, aterciopelada y familiar. Una figura alta se materializó de entre las sombras, el pelo hacia arriba en una corona de puntas desgarbadas. Llevaba un traje de seda negro sobre una camisa verde esmeralda brillante, y anillos alegremente enjorjados en sus estrechos dedos. También estaban implicadas unas botas extravagantes y una buena cantidad de brillantina.

-¿Magnus? –susurró Clary.

-Sé lo que estás pensando –dijo Magnus–, pero no hubo fuego. Ese olor es niebla del infierno... Es un tipo de humo demoniaco encantado. Anulan los efectos de ciertos tipos de magia.

-¿Niebla *demoniaca*? Entonces había...

-Un ataque en el Instituto. Sí. Esta tarde, más temprano. Repudiados... Probablemente unas cuantas docenas de ellos.

-Jace –susurró Clary–, los Lightwoods...

-El humo del infierno anuló mi capacidad para luchar contra los Repudiados con efectividad. Las tuyas, también. Tuve que enviarles a través del Portal hacia Idris.

-Pero, ¿ninguno de ellos resultó herido?

-Madeleine –dijo Magnus–, Madeleine fue asesinada. Lo siento, Clary.

Clary se dejó caer sobre los escalones. No había conocido bien a la mujer mayor, pero Madeleine era una conexión indirecta con su madre...

Su *verdadera* madre, la fuerte y luchadora Cazadora de Sombras que Clary no había conocido nunca.

-¿Clary? –Luke venía por el sendero a través de la creciente oscuridad. Tenía la maleta de Clary en una mano–. ¿Qué ha ocurrido?

Clary sentada abrazando las rodillas mientras Magnus lo explicaba. Debajo de su dolor por Madeleine ella estaba llena de una culpable sensación de alivio. Jace estaba bien. Los Lightwood estaban bien. Se lo repetía una y otra vez a sí misma, en silencio. Jace estaba bien.

-Los Repudiados –dijo Luke–, ¿fueron todos aniquilados?

-No todos –Magnus sacudió la cabeza–. Después de enviar a los Lightwood a través del Portal, los Repudiados se dispersaron; ellos no parecían estar interesados en mí. Para cuando cerré el Portal, todos ellos ya se habían ido.

Clary levantó la cabeza.

-¿El Portal está cerrado? Pero... Todavía puedes mandarme a Idris, ¿verdad? –preguntó ella–. Quiero decir, puedo ir a través del Portal y unirme a los Lightwood allí, ¿no?

Luke y Magnus intercambiaron una mirada. Luke soltó la maleta junto a sus pies.

-¿Magnus? –la voz de Clary se elevó, estridente a sus propios oídos–. *Tengo que ir.*

-El Portal está cerrado, Clary...

-¡Entonces abre otro!

-No es así de fácil –dijo el brujo–. La Clave protege cualquier entrada mágica a Alicante con mucho cuidado. Su capital es un lugar sagrado para ellos... Es como su Vaticano, su Ciudad Prohibida. Ningún Submundo puede ir allí sin permiso, y ningún mundano.

-Pero, ¡yo soy una Cazadora de Sombras!

-Sólo apenas –dijo Magnus–. Además, las torres impiden hacer Portales directos a la ciudad. Para abrir un Portal que lleve a Alicante, tendría que tenerlos allí al otro lado esperándote. Si intento enviarte yo solo, estaría contraviniendo directamente la Ley, y no estoy dispuesto a correr ese riesgo por ti, galletita, no importa cuánto me gustes personalmente.

Clary pasó la mirada del rostro de pesar de Magnus al de cautela de Luke.

-Pero necesito ir a Idris –dijo ella–. Necesito ayudar a mi madre. Debe haber alguna otra manera de llegar allí, alguna forma que no implique un Portal.

-El aeropuerto más cercano está en otro país –dijo Luke–. Si pudiéramos cruzar la frontera... Y ese es un gran “Si”... Habría un largo y peligroso viaje por tierra después de eso, a través de toda suerte de territorios del Submundo. Podría llevarnos días llegar allí.

Los ojos de Clary estaban ardiendo. *No voy a llorar*, se decía a sí misma. *No lo haré*.

-Clary –la voz de Luke era suave–. Nos pondremos en contacto con los Lightwood. Ellos se asegurarán de que tienen toda la información que necesitan para conseguir el antídoto para Jocelyn. Ellos pueden dar con Fell...

Pero Clary estaba de pie, sacudiendo la cabeza.

-Tengo que ser *yo* –dijo ella–. Madeleine dijo que Fell no hablaría con nadie más.

-¿Fell? ¿Ragnor Fell? –hizo de eco Magnus–. Puedo intentar enviarle un mensaje. Hazle saber que debe esperar a Jace.

Algo de la preocupación se desvaneció del rostro de Luke.

-Clary, ¿has oído eso? Con la ayuda de Magnus...

Pero Clary no quería oír nada más sobre la ayuda de Magnus. No quería oír nada. Ella había pensado que iría a salvar a su madre, y ahora no iba a haber nada que ella pudiera hacer sino sentarse junto a la cama de su madre, sostener su mano lacia y esperar que alguien más, en algún lugar, fuera capaz de hacer lo que ella no podía.

Bajó los peldaños con dificultad, empujando a Luke al pasar cuando él intentó alargar la mano hasta ella.

-Sólo necesito estar sola un segundo.

-Clary...

Escuchó a Luke llamarla, pero se apartó de él, rodeando como una flecha el lateral de la catedral. Se encontró a sí misma siguiendo el sendero de piedra donde se bifurcaba, conduciendo su camino hacia el pequeño jardín en el lado este del Instituto, hacia el olor a carbón y cenizas... Y un denso y afilado olor bajo ese. El olor de magia demoniaca. Había niebla en el jardín todavía, fragmentos diseminados de ella como rastros de nubosidad aquí y allí sobre el borde de los rosales o escondidos bajo una piedra. Podía ver dónde la tierra había sido removida con anterioridad por la lucha... Y había una mancha roja oscura allí, sobre uno de los bancos de piedra, que ella no quiso seguir mirando.

Clary volvió la cabeza. Y se detuvo. Allí, contra el muro de la catedral, estaban las inconfundibles marcas de una runa mágica, irradiando aún caliente un azul que se desvanecía contra la piedra gris. Ellas formaban un contorno cuadrado, como el contorno de luz alrededor de una puerta medio abierta...

El Portal.

Algo en su interior parecía retorcerse. Recordaba otros símbolos, brillando peligrosamente contra el liso casco metálico de un barco. Recordaba el estremecimiento abrupto que el barco había dado cuando se desquebrajó, el agua negra del East River entrando en su interior. *Son sólo runas*, pensó ella. *Símbolos. Puedo dibujarlos. Si mi madre puede atrapar*

la esencia de la Copa Mortal en el interior de un trozo de papel, entonces yo puedo fabricar un Portal.

Encontró a sus pies llevándola al muro de la catedral, su mano intentando alcanzar en su bolsillo la estela. Disponiendo la mano sin temblar, asentó el extremo de la estela en la piedra. Apretó los párpados cerrados y, contra la oscuridad detrás de ellos, comenzó a dibujar con la mente onduladas líneas de luz. Líneas que le hablaban de entradas, de ser transportada por torbellinos de aire, de viajar y lugares lejanos. Las líneas se unieron en una runa tan grácil como un pájaro en vuelo. Ella no sabía si era una runa que ya había existido antes o una que hubiera inventado, pero existía ahora como si siempre lo hubiera hecho.

Portal.

Comenzó a dibujar, las marcas saltaban fuera del extremo de la estela en negras líneas de carbón. La piedra chisporroteaba llenando su nariz con ácido olor de combustión. Una caliente luz azul crecía contra sus párpados cerrados. Sintió el calor sobre la cara, como si estuviera enfrente de un fuego. Con un grito ahogado dejó caer la mano, abriendo los ojos.

La runa que había dibujado era una flor oscura que florecía sobre el muro de piedra. Mientras la observaba, sus líneas parecían fundirse y cambiar, fluyendo con delicadeza hacia abajo, desplegándose, reorganizándose por sí mismas. En unos instantes la forma de la runa había cambiado. Ahora era el contorno de una entrada incandescente, varios pies más alta que la propia Clary.

No podía apartar los ojos de la entrada. Brillaba con la misma luz oscura que el Portal de detrás de la cortina en casa de Madame Dorothea. Alargó la mano hacia ella...

Y reculó. Para usar un Portal, recordó con una sensación de abatimiento, tenías que imaginar dónde querías ir, dónde querías que el Portal te llevase. Pero ella nunca había estado en Idris. Se la habían descrito, por supuesto. Un lugar de verdes valles, de oscuros bosques y agua resplandeciente, de lagos y montañas, y Alicante, la ciudad de las torres de cristal. Podía imaginar cómo sería, pero la imaginación no era suficiente, no con esta magia. Si tan sólo...

Ella dio una súbita aspiración brusca. Pero *había* visto Idris. La había visto en un sueño, y sabía, sin saber cómo, que había sido un sueño real. Después de todo, ¿qué le había dicho Jace en el sueño acerca de Simon? ¿Que él no podía quedarse porque “este lugar es para los vivos”? Y no mucho después de eso, Simon murió...

Ella echó su memoria hacia atrás en el sueño. Había estado bailando en un salón en Alicante. Las paredes eran doradas y blancas, con un techo claro como un diamante sobre ella. Había una fuente –un plato de plata con la estatua de una sirena en el centro– y luces colgando de los árboles en el

exterior por las ventanas, y Clary iba de terciopelo verde, justo como iba ahora.

Como si aún estuviera en el sueño, entró en contacto con el Portal. Una luz brillante se extendió bajo el toque de sus dedos, una puerta abriéndose a un lugar iluminado al otro lado. Se encontró a sí misma mirando fijamente un dorado torbellino girando que lentamente comenzaba a fusionarse en formas discernibles. Creyó poder ver el perfil de las montañas, un trozo de cielo...

-¡Clary!

Era Luke, corriendo por el sendero, su cara una máscara de enfado y consternación. Detrás de él a grandes zancadas venía Magnus, sus ojos de gato brillando como metal en la cálida luz del Portal que bañaba el jardín.

-¡Clary, *detente!* ¡Las protecciones son peligrosas! ¡Lograrás matarte a ti misma!

Pero ya no había marcha atrás. Al otro lado del Portal la luz dorada estaba creciendo. Pensaba en las paredes doradas del Salón en su sueño, la luz dorada refractando sobre el cristal tallado por todas partes. Luke estaba equivocado; no entendía su don, cómo funcionaba... ¿Qué importaban las protecciones cuando podías crear tu propia realidad sólo con dibujarla?

-Tengo que ir –gritó ella avanzando, la yema de los dedos extendidas–. Luke, lo siento...

Ella dio un paso hacia delante, y con un último salto veloz él estuvo a su lado, agarrando su muñeca justo cuando el Portal parecía explotar alrededor de ellos. Como un tornado arrancando un árbol desde las raíces, la fuerza tiró de ambos levantando sus pies en el aire. Clary captó un último vistazo de los coches y edificios de Manhattan girando lejos de ella, desapareciendo cuando el fuerte latigazo de una corriente de viento la arrastró, enviándola a toda velocidad, su muñeca aún asida fuerte como el hierro por Luke, dentro de un dorado remolino de caos.

Simon despertó con el rítmico golpeteo del agua. Se incorporó, un repentino terror heló su pecho... La última vez que se había despertado con el sonido de las olas estaba prisionero en el buque de Valentine, y el suave ruido líquido le retrotrajo a ese momento terrible con una emergencia que era como agua helada en la cara.

Pero no... Un rápido vistazo alrededor le dijo que estaba totalmente en otro sitio. Por una cosa, estaba acostado bajo una suave manta y sobre una cómoda cama de madera en una habitación pequeña y limpia, cuyas paredes estaban pintadas de un azul pálido. Oscuras cortinas estaban corridas frente a la ventana, pero la ligera luz alrededor de sus bordes era suficiente para que sus ojos de vampiro vieran con claridad.

Había una alfombra brillante sobre el suelo y un armario con espejo en una pared. También había un sillón puesto a un lado de la cama. Simon se

levantó, las mantas cayéndose a un lado, y se dio cuenta de dos cosas: una, que todavía llevaba los mismos vaqueros y camiseta que había usado cuando se dirigía al Instituto para encontrarse con Jace; y dos, que la persona que estaba en la silla estaba dormitando, con la cabeza apoyada en la mano, su largo cabello negro extendido como un chal de flecos.

-¿Isabelle? –dijo Simon.

Su cabeza saltó como una *jack-in-the-box*² sobresaltada, los ojos volaban abiertos.

-¡Oooh! ¡Estás despierto! –ella se sentó recta, echándose el cabello hacia atrás–. Jace va a estar tan aliviado. Estábamos casi totalmente seguros de que ibas a morir.

-¿Morir? –Simon hizo eco. Se sentía mareado y un poco enfermo– ¿De qué? –echó un vistazo alrededor a la habitación, parpadeando–. ¿Estoy en el Instituto? –preguntó él, y se dio cuenta en el momento en el que las palabras salían de su boca que, por supuesto, eso era imposible–. Quiero decir... ¿Dónde estamos?

Un parpadeo inquieto pasó por el rostro de Isabelle.

-Bueno... ¿Quieres decir que no recuerdas qué pasó en el jardín? –ella tiró nerviosamente del adorno de crochet que rodeaba el tapizado de la silla–. El Repudiado te atacó. Había muchos de ellos, y la niebla del infierno hizo difícil el luchar contra ellos. Magnus abrió el Portal, y estábamos corriendo para entrar en él cuando te vi viniendo hacia nosotros. Tropezaste con... Con Madeleine. Y había un Repudiado justo detrás de ti; debiste no verlo, pero Jace sí. Intentó alcanzarte, pero fue demasiado tarde. El Repudiado te acuchilló. Sangraste... Un montón. Jace mató al Repudiado, te recogió y te llevó a través del Portal con él –finalizó, hablando tan rápidamente que sus palabras se aturullaban y Simon tenía que hacer esfuerzos para entenderlas–. Y nosotros ya estábamos al otro lado, y déjame decirte, que todos nos quedamos un poco sorprendidos cuando Jace vino contigo sangrando sobre él. El Cónsul no se alegró nada en absoluto.

La boca de Simon estaba seca.

-¿El Repudiado *me acuchilló*? –parecía imposible. Pero la verdad es que él ya se había curado antes, después de ser degollado por Valentine. Todavía estaba seguro de recordarlo, al menos. Sacudiendo la cabeza, bajó la mirada hacia sí mismo–. ¿Dónde?

-Te lo mostraré.

Para su sorpresa, un instante después Isabelle estaba sentada sobre la cama a su lado, sus manos frescas sobre su estómago. Levantó su camiseta, descubriendo una zona pálida sobre su estómago, bisecado por una fina línea roja. Apenas era una cicatriz.

2. Jack-in-the-box: caja de sorpresas de la que sale un muñeco accionado por un resorte.

-Aquí –dijo ella con los dedos sobrevolando–. ¿Te duele?

-N-no.

La primera vez que Simon vio a Isabelle la había encontrado tan atractiva, tan llena de vida, vitalidad y energía, que pensó que finalmente había encontrado una chica que brillase con la luz suficiente para eclipsar la imagen de Clary, que siempre pareció estar impresa bajo sus párpados. Fue por la época en que ella le llevó a convertirse en una rata, en la fiesta en el loft de Magnus Bane, que se dio cuenta de que Isabelle ardía quizás con un poco de demasiada luz para un tipo corriente como él.

-No me duele.

-Pero a mí los ojos sí –dijo con calma una voz divertida desde la entrada. Jace. Él había llegado tan silenciosamente que ni siquiera Simon le había oído; cerrando la puerta detrás de él, sonrió burlescamente cuando Isabelle bajó la camisa de Simon–. ¿Abusando del vampiro mientras está demasiado débil para defenderse, Iz? –preguntó él–. Estoy bastante seguro de que viola al menos uno de los Acuerdos.

-Sólo estaba mostrándole dónde fue acuchillado –protestó Isabelle, pero se escabulló de vuelta a la silla con bastante precipitación–. ¿Qué está pasando abajo? –preguntó ella–. ¿Todavía está flipando todo el mundo?

La sonrisa abandonó el rostro de Jace.

-Maryse ha subido al Gard con Patrick –dijo él–. La Clave está en sesión y Malachi pensó que sería mejor si ella... lo explicaba...en persona.

Malachi. Patrick. Gard. Los nombres desconocidos daban vueltas en la cabeza de Simon.

-¿Explicaba el qué?

Isabelle y Jace intercambiaron una mirada.

-Explicarte a ti –dijo Jace finalmente–. Explicar por qué trajimos un vampiro con nosotros a Alicante, que está, por cierto, expresamente contra la Ley.

-¿A Alicante? ¿Estamos en Alicante?

Una ola de pánico rotundo arrastró a Simon, que rápidamente fue sustituida por un dolor que se disparó a través de su biseción. Se dobló sobre sí, respirando entrecortadamente.

-¡Simon! –Isabelle alargó la mano, alarma en sus ojos oscuros– ¿Estás bien?

-Vete, Isabelle –Simon, las manos cerradas en puños contra el estómago, levantó la vista a Jace, suplicante su voz–. Haz que se vaya.

Isabelle retrocedió, con una mirada herida en su cara.

-Bien. Me iré. No tienes que decírmelo dos veces.

Ella salió indignada por su pie de la habitación, dando un portazo tras de ella.

Jace se volvió a Simon, sus ojos ámbar sin expresión.

-¿Qué está pasando? Creí que estabas curado.

Simon levantó una mano para rechazar al otro chico. Un gusto metálico ardió en el interior de su garganta.

-No es Isabelle –masculló él–. No me duele... Sólo tengo... hambre –sentía sus mejillas arder–. Perdí sangre, así que... Necesito reponerla.

-Por supuesto –dijo Jace en el tono de alguien que acaba de ser instruido sobre un interesante, si no particularmente necesario, hecho científico. El ligero interés dejó su expresión, para ser sustituido por algo que le pareció a Simon divertido desdén. Esto pulsó un acorde de ira dentro de él, y si no hubiera estado tan debilitado por el dolor, se habría lanzado fuera de la cama y sobre el otro chico con furia. Tal como estaba la cosa, todo lo que pudo hacer fue respirar entrecortadamente:

-Jódete, Wayland.

-¿Así que, Wayland? –la mirada divertida no abandonó el rostro de Jace, pero las manos fueron hacia su cuello y comenzaron a bajar la cremallera de su chaqueta.

-¡No! –Simon retrocedió sobre la cama–. No me importa cuán hambriento esté. No voy... a beber tu sangre... otra vez.

La boca de Jace se torció.

-Como si fuera a dejarte –rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un frasco de cristal. Estaba medio lleno de un ligero líquido rojo marrón–. Pensé que podrías necesitar esto –dijo él–. Exprimí el zumo de unos cuantos kilos de carne cruda en la cocina. Era lo mejor que podía hacer.

Simon tomó el frasco de Jace con las manos, que estaban temblando tanto que el otro chico tuvo que desenroscar el tapón por él. El líquido en su interior era repugnante: demasiado ligero y salado para ser sangre propiamente dicha, y con ese ligero sabor desagradable que Simon sabía que significaba que la carne ya tenía varios días.

-Ugh –dijo él después de unos cuantos tragos–, sangre muerta.

Las cejas de Jace se elevaron.

-¿No están muertas todas las sangres?

-Cuanto más tiempo lleve muerto el animal del que esté bebiendo su sangre, peor es el sabor de ésta –explicó Simon–. Fresca es mejor.

-Pero tú nunca has bebido sangre fresca. ¿No?

Simon elevó ahora sus cejas en respuesta.

-Bueno, aparte de mí, por supuesto –dijo Jace-. Y estoy seguro de que mi sangre es “fan-tastic.”³

Simon puso el frasco vacío sobre el brazo del sillón que estaba al lado de la cama.

-Hay algo que está muy mal en ti –dijo él–. Mentalmente, quiero decir.

3. Fan-tastic: juego de palabras: *tastic* por *taste*: sabor.

Su boca todavía sabía a sangre estropeada, pero el dolor se había ido. Se sintió mejor, más fuerte, como si la sangre fuera una medicina que hiciera efecto instantáneamente, una droga que debía de tener para vivir. Se preguntaba si esto era como para los adictos la heroína.

-Así que estoy en Idris.

-Alicante, para ser concretos –dijo Jace–. La capital. La *única* ciudad, en realidad –fue hacia la ventana y descorrió las cortinas–. Los Penhallow no nos creyeron en absoluto –dijo él–, lo de que el sol no te afecte. Pusieron estas cortinas para oscurecer. Pero deberías mirar.

Levantándose de la cama, Simon se unió a Jace en la ventana. Y miró.

Hacía unos cuantos años su madre les había llevado a él y a su hermana de viaje a La Toscana –una semana de pesados platos desconocidos de pasta, pan sin sal, campiñas de castaño intenso y su madre bajando a toda velocidad por carreteras estrechas y retorcidas, evitando chocar a duras penas su Fiat contra los bellos edificios antiguos que ostensiblemente venían a ver. Recordaba el parar en una ladera justo enfrente de una ciudad llamada San Gimignano, una colección de edificios de color teja salpicados aquí y allá con grandes torres, cuyas partes superiores se elevaban hacia lo alto como para alcanzar el cielo. Si lo que estaba mirando ahora le recordaba a aquello, era por eso; pero esto era además tan extraño que era totalmente diferente a nada que hubiera visto antes.

Él estaba mirando por una ventana de arriba en lo que debía ser una casa bastante alta. Si miraba hacia arriba podía ver el alero de piedra y el cielo más allá. Al otro lado de un camino había otra casa, no exactamente tan alta como esta, y entre ellas corría un canal estrecho y oscuro, cruzado aquí y allá por puentes –la fuente del agua de la que él había oído antes. La casa parecía estar construida en parte sobre una colina. Por debajo de ella, casas de piedra de color miel, apiñadas a lo largo de estrechas calles, caían en el borde de un círculo verde: bosques, rodeados por colinas que estaban muy lejanas; desde aquí se parecían a largas franjas de verde y marrón salpicadas con estallidos de colores otoñales. Detrás de las colinas se alzaban afiladas montañas coronadas con nieve.

Pero nada de eso era lo extraño; lo extraño era que aquí y allá en la ciudad, situadas aparentemente al azar, se elevaban vertiginosas torres coronadas con agujas de un material reflectante plateado blanquecino. Parecían agujerear el cielo como brillantes dagas, y Simon se dio cuenta de dónde había visto ese material antes: en las fuertes armas como de cristal que llevaban los Cazadores de Sombras, las que ellos llamaban cuchillos seráficos.

-Esas son las torres del demonio –dijo Jace, en respuesta a la pregunta no formulada de Simon–. Controlan las protecciones que guardan la ciudad. Gracias a ellas, ningún demonio puede entrar en Alicante.

El aire que entró por la ventana era frío y limpio, el tipo de aire que nunca respirarías en la ciudad de Nueva York: no sabía a nada, ni a suciedad, ni a humo, ni a metal, ni a otras personas. Sólo aire. Simon tomó una profunda e innecesaria respiración de él antes de darse la vuelta para mirar a Jace; algunos hábitos humanos morían con dificultad.

-Dime –dijo él– que traerme aquí fue un accidente. Dime que no era de alguna manera parte de tu querer parar a Clary de venir contigo.

Jace no le miraba, pero su pecho se elevó y cayó una vez, rápidamente, en una especie de exclamación reprimida.

-Está bien –dijo él–. Creé a un puñado de guerreros Repudiados, los puse a atacar el Instituto y matar a Madeleine y casi al resto de nosotros, sólo con el fin de poder mantener a Clary en casa. Y quien lo iba a decir, mi diabólico plan está funcionando.

-Bueno, está funcionando –dijo Simon tranquilamente–. ¿No?

-Escucha, vampiro –dijo Jace–. Mantener a Clary fuera de Idris era el plan. Traerte aquí no era el plan. Te traje a través del Portal porque si te hubiera dejado atrás, sangrando e inconsciente, el Repudiado te habría matado.

-Podrías haberte quedado atrás conmigo...

-Ellos nos habrían matado a ambos. Ni siquiera podía decir cuántos de ellos había, no con la niebla del infierno. Todavía no puedo rechazar el ataque de un centenar de Repudiados.

-Aun así –dijo Simon–, apuesto a que te duele admitir eso.

-Eres un imbécil –dijo Jace sin hacer inflexión–, incluso para ser un Submundo. Te salvé la vida e incumplí la Ley al hacerlo. No por primera vez, podría añadir. Podrías mostrar un poco de gratitud.

-¿Gratitud? –Simon encrespó los dedos contra las palmas–. Si no me hubieras arrastrado hasta el Instituto, no estaría aquí. Nunca estuve de acuerdo con esto.

-Lo estuviste –dijo Jace–, cuando dijiste que harías cualquier cosa por Clary. *Esto* es cualquier cosa.

Antes de que Simon pudiera lanzar su réplica con enfado, sonó una llamada en la puerta.

-¿Hola? –dijo Isabelle desde el otro lado–. Simon, ¿se ha terminado ya tu momento diva? Necesito hablar con Jace.

-Entra, Izzy –Jace no apartó los ojos de Simon; había una ira eléctrica en su mirada, y una especie de desafío que hacían que Simon deseara golpearle con algo pesado. Como una camioneta.

Isabelle entró en la habitación en una espiral de cabello negro y plateadas faldas superpuestas. El corsé de marfil que llevaba dejaba sus brazos y hombros, con simétricas runas oscuras, al descubierto. Simon supuso que aquello sería un cambio de rutina agradable para ella, el poder

mostrar las Marcas en un lugar donde nadie pensara que son algo fuera de lo normal.

-Alec va a subir al Gard –dijo Isabelle sin preámbulos–. Quiere hablar contigo sobre Simon antes de irse. ¿Puedes venir abajo?

-Claro –Jace se dirigió hacia la puerta; a mitad de camino se dio cuenta de que Simon le estaba siguiendo y se volvió con el ceño fruncido–. Tú quédate aquí.

-No –dijo Simon–, si vas a hablar de mí, quiero estar presente.

Por un momento parecía que la calma glacial de Jace se iba a romper; enrojeció y abrió la boca, sus ojos centelleando. Tan rápidamente como, desaparecido el enfado, se apaciguó en un obvio acto de voluntad. Hizo rechinar los dientes y sonrió.

-Bien –dijo–, vamos abajo, vampiro. Podrás encontrarte con la familia feliz al completo.

La primera vez que Clary había ido a través de un Portal, la sensación había sido de volar, de caída ingravida. Esta vez era como ser empujada al interior del corazón de un tornado. Vientos bramantes tiraban de ella, arrancando su mano de la de Luke y el grito de su boca. Cayó dando vueltas por el corazón de un torbellino negro y dorado.

Algo plano, duro y plateado como la superficie de un espejo se elevó enfrente de ella. Se precipitó en picado hacia aquello, gritando, echando sus manos hacia arriba para cubrir su cara. Golpeó su superficie y la rompió atravesándola y entrando en un mundo de frío brutal y bocanadas de asfixia. Ella se estaba hundiendo a través de una densa oscuridad azul, intentando respirar, pero no podía insuflar aire a sus pulmones, sólo más frialdad bajo cero...

De repente fue agarrada por la espalda de su abrigo y arrastrada hacia arriba. Pataleó pobremente pero estaba demasiado débil para deshacerse del agarre sobre ella. Aquello tiró de ella hacia arriba, y la oscuridad añil alrededor de ella se volvió azul pálido y luego dorada cuando rompió la superficie del agua –era agua– y aspiró una bocanada de aire. O lo intentó. En su lugar se asfixiaba y daba arcadas, puntos negros salpicando su visión. Estaba siendo arrastrada a través del agua, rápidamente, con algas agarrando y tirando de sus piernas y brazos. Se giró alrededor hacia el agarre que la sostenía y pudo captar un aterrador fogonazo de algo, no lo suficientemente lobo ni suficientemente humano, las orejas puntiagudas como dagas y los labios retirados de los blancos y afilados dientes. Intentó gritar, pero sólo ascendía agua.

Un instante después estaba fuera del agua y siendo arrojada sobre tierra húmeda fuertemente compactada. Había manos sobre sus hombros, volviéndola bocabajo contra el suelo. Las manos le golpeaban la espalda,

una y otra vez, hasta que su pecho hizo un espasmo y tosió un chorro de agua.

Estaba todavía asfixiada cuando las manos la volvieron sobre su espalda. Ella estaba mirando hacia arriba a Luke, una negra sombra contra el enorme cielo azul con toques de nubes blancas. La moderación que ella estaba acostumbrada a ver en su expresión se había ido; él ya no estaba como lobo, pero parecía furioso. La movió hasta ponerla en una posición sentada, sacudiéndola con fuerza, una y otra vez, hasta que ella respiró jadeando y arremetió contra él con voz débil.

-¡Luke! ¡Para! Me estás haciendo daño...

Las manos de él dejaron sus hombros. En su lugar agarró la barbilla de ella con una mano, obligándola a subir la cabeza, los ojos revisando su cara.

-El agua –dijo él–, ¿has expulsado toda el agua?

-Creo que sí –susurró ella. Su voz llegaba con debilidad desde la garganta hinchada.

-¿Dónde está tu estela? –exigió él, y cuando ella vaciló, su voz se hizo más afilada–. Clary. Tu estela. Sácala.

Ella se liberó de su agarre y hurgó en sus bolsillos húmedos, el corazón cayéndosele a los pies mientras los dedos tentaban contra la nada, sólo contra el material mojado. Giró su cara de abatimiento hacia Luke.

-Creo que debe haberseme caído en el lago –gimoteó ella–. La estela de mi... mi madre...

-Jesús, Clary –Luke se puso en pie, poniendo distraídamente las manos detrás de la cabeza. Él también estaba empapado, agua cayendo de sus vaqueros y su pesado abrigo de franela en espesos riachuelos. Las gafas que normalmente llevaba a medio camino de su nariz habían desaparecido. Bajó la mirada sombríamente hasta ella–. Estás bien –dijo él. No era en realidad una pregunta–. Quiero decir, en este momento. ¿Te sientes bien?

Ella asintió con la cabeza.

-Luke, ¿qué va mal? ¿Por qué necesitamos mi estela?

Luke no dijo nada. Él estaba mirando alrededor como esperando recibir alguna ayuda de las inmediaciones. Clary siguió su mirada. Ellos estaban en la ribera ancha y sucia de un lago bastante grande. El agua era azul pálido, chispeada aquí y allá con reflejos de luz de sol. Ella se preguntó si esa era la fuente de la luz dorada que había visto a través del Portal medio abierto. No había nada siniestro en el lago ahora que ella estaba a su lado en vez de en él. Estaba rodeado por colinas verdes salpicadas por árboles que estaban empezando a volverse rojizos y dorados. Detrás de las colinas se alzaban altas montañas, sus cumbres tapadas con nieve. Clary tiritaba.

-Luke, ¿cuándo estábamos en el agua... eras en parte lobo? Creí ver...

-Mi lado lobo nada mejor que mi lado humano –dijo Luke brevemente–. Y más fuerte. Tuve que tirar de ti a través del agua, y no me ofreciste mucha ayuda.

-Lo sé –dijo ella–. Lo siento. No suponía que fueras a venir conmigo.

-Si no hubiera venido estarías muerta ahora –señaló él–. Magnus te lo dijo, Clary. No puedes usar un Portal para entrar en la Ciudad de Cristal sin tener a alguien esperándote al otro lado.

-Él dijo que era contra la Ley. No dijo que si intentaba llegar aquí saldría *disparada*.

-Te dijo que había protecciones alrededor de la ciudad que impedían entrar en ella por un Portal. No es culpa suya que decidieras jugar con magia que acabas apenas de conocer. Sólo porque tengas poder no significa que sepas cómo usarlo –frunció el ceño.

-Lo siento –dijo Clary en voz baja–. Sólo... ¿Dónde estamos ahora?

-Lago Lyn –dijo Luke–. Creo que el Portal nos ha llevado tan cerca de la ciudad como ha podido y luego nos ha arrojado. Estamos en las afueras de Alicante –él miró alrededor, sacudiendo la cabeza medio asombrado y medio cansado–. Tú has hecho esto, Clary. Estamos en Idris.

-¿Idris? –dijo Clary, y se quedó mirando estúpidamente a través del lago. Éste la deslumbraba con centelleos, azul y tranquilo–. Pero... Dijiste que estábamos a las afueras de Alicante. No veo la ciudad por ninguna parte.

-Estamos a millas de distancia –puntualizó Luke–. ¿Ves aquellas colinas a lo lejos? Tenemos que cruzarlas; la ciudad está al otro lado. Si tuviéramos coche, podríamos estar allí en una hora, pero vamos a tener que caminar, lo que probablemente nos llevará toda la tarde –él entornó los ojos hacia el cielo–. Será mejor ir comenzando.

Clary bajó la mirada a sí misma con consternación. La perspectiva de un día entero de caminata con ropas chorreando no le atraía.

-¿No hay nada más...?

-¿Nada más que podamos hacer? –dijo Luke, y hubo un repentino filo de enfado en su voz–. ¿Tienes alguna sugerencia, Clary, ya que eres tú la que nos has traído hasta aquí? –Señaló más allá del lago–. Ese camino se encuentra entre montañas. Transitado a pie sólo en pleno verano. Nos congelaríamos hasta morir en las cumbres –se volvió, apuñalando con su dedo otra dirección–. Ese camino transcurre a través de millas de bosques. Bordean todo el camino. Están deshabitados, al menos por seres humanos. Pasado Alicante hay tierras de labranza y casas de campo. Quizás podamos salir de Idris, pero todavía tendremos que pasar por la ciudad. Una ciudad, puedo añadir, donde los Submundo como yo no somos muy bienvenidos.

Clary le miró con la boca abierta.

-Luke, no sabía...

-Por supuesto que no lo sabías. No sabes nada de Idris. No te importa Idris siquiera. Sólo estabas preocupada porque te dejaran atrás, como una niña, y has tenido una rabieta. Y ahora estamos aquí. Perdidos, congelados y... –se interrumpió, su cara estricta–. Vamos, comencemos a caminar.

Clary siguió a Luke a lo largo de la orilla del Lago Lyn en un silencio abatido. Mientras caminaban, el sol secaba su pelo y su piel, pero el abrigo de terciopelo mantenía el agua como una esponja. Colgaba sobre ella como una cortina de plomo mientras tropezaba y caía a toda prisa contra piedras y fango, intentando seguir las largas zancadas de Luke. Ella hizo unos cuantos intentos más de conversación, pero Luke seguía obstinadamente en silencio. Nunca había hecho nada tan mal anteriormente que una disculpa no hubiera ablandado el enfado de Luke. Esta vez, parecía, era diferente.

Los acantilados se alzaban más altos alrededor del lago mientras progresaban, picados con puntos de oscuridad, como salpicaduras de pintura negra. Cuando Clary miró más de cerca, se dio cuenta de que eran cuevas en la roca. Algunas parecían muy profundas y serpear en la oscuridad. Imaginaba murciélagos y espeluznantes cosas reptantes ocultándose en la negrura, y se estremeció. Por fin un estrecho sendero que cortaba a través de los acantilados les llevó a un ancho camino bordeado por piedra triturada. El lago fue dejado atrás, añil en la luz del último sol de la tarde. La carretera cortaba a través de una llanura cubierta de hierba que se elevaba para convertirse en colina en la distancia. El corazón de Clary se le caía a los pies; no había señal de la ciudad por ninguna parte.

Luke estaba mirando fijamente hacia las colinas con una mirada de intensa consternación en su rostro.

-Quizás si encontráramos una carretera mayor –sugirió Clary–, podríamos hacer autostop, o encontrar una línea que vaya a la ciudad, o...

-Clary. No hay coches en Idris –mirándola con expresión estupefacta, Luke se reía sin mucha diversión–. Las protecciones inutilizan los mecanismos. La mayoría de la tecnología no funciona aquí, teléfonos móviles, ordenadores, lo mismo. Alicante se ilumina y funciona gracias en su mayoría a luz mágica.

-Oh –dijo Clary en voz baja–. Bueno... ¿Cómo estamos de lejos de la ciudad?

-Suficientemente lejos –sin mirarla, Luke peinó su pelo corto con ambas manos hacia atrás–. Hay algo que es mejor que te cuente.

Clary se puso tensa. Antes todo lo que ella quería era que Luke le hablara; ahora ya no lo quería.

-Está bien...

-¿Has notado –dijo Luke–, que no había embarcaciones en el Lago Lyn, ni muelle, nada que pudiera sugerir que el lago es utilizado de alguna manera por la gente de Idris?

-Sólo pensé que era porque está tan alejado.

-No está tan alejado. A unas cuantas horas de Alicante a pie. El hecho es que, el lago... -Luke se interrumpió y suspiró-. ¿Has visto alguna vez el dibujo sobre el suelo de la biblioteca del Instituto en Nueva York?

Clary parpadeó.

-Lo he visto, pero no podía resolver qué era.

-Es un ángel surgiendo de un lago, sosteniendo una copa y una espada. Es un motivo habitual en las decoraciones Nephilim. La leyenda dice que el ángel Raziel emergió del Lago Lyn cuando por primera vez se apareció a Jonathan Cazador de Sombras, el primer Nephilim, y le dio los Instrumentos Mortales. Desde entonces el lago ha sido...

-¿Sagrado? -sugirió Clary.

-Maldito -dijo Luke-. El agua del lago es de alguna manera venenosa para los Cazadores de Sombras. No hace daño a los Submundo... El Bello Pueblo lo llama el *Espejo de los Sueños*, y beben de su agua porque alegan que les proporciona verdaderas visiones. Pero para los Cazadores de Sombras beber el agua es muy peligroso. Les causa alucinaciones, fiebre... Puede conducir a una persona a la locura.

Clary sentía frío por todo su cuerpo.

-Ese es el por qué de que me hicieras escupir el agua.

Luke asintió con la cabeza.

-Y el por qué de que quisiese que sacaras tu estela. Con una runa curativa podíamos evitar los efectos del agua. Sin ella, necesitamos que llegues a Alicante tan pronto como sea posible. Hay medicinas, hierbas que te ayudarán, y conozco a alguien que casi seguro las tiene.

-¿Los Lightwood?

-No los Lightwood -la voz de Luke era firme-, alguien más. Alguien que conozco.

-¿Quién?

Él sacudió la cabeza.

-Sólo recemos para que esta persona no se haya mudado en los últimos quince años.

-Pero creí que dijiste que era contra la Ley que los Submundo entraran en Alicante sin permiso.

Su sonrisa de respuesta era un recordatorio del Luke que la había recogido cuando ella se cayó de la *jungle gym*⁴ de niña, el Luke que siempre le había protegido.

-Algunas Leyes están para ser incumplidas.

La casa de los Penhallow le recordaba a Simon al Instituto. Tenía el mismo sentido de pertenencia, de algún modo como de otra época. Las salas y escaleras eran estrechas, de piedra y madera oscura, y las ventanas eran

4. Jungle gyn: estructuras para trepar que se colocan en parques infantiles.

altas y delgadas, dando a vistas de la ciudad. Había un claro toque asiático en la decoración: un biombo shoji estaba en el rellano de la primera planta, y había altos y floreados jarrones chinos de laca sobre los alféizares de las ventanas. También había una serie de grabados serigráficos en las paredes, mostrando lo que debían ser escenas de la mitología de los Cazadores de Sombras, pero con un toque oriental en ellos –los líderes militares blandiendo incandescentes cuchillos seráficos desempeñaban un papel prominente, al lado de criaturas parecidas a dragones llenas de color y escurridizos demonios de ojos saltones.

-La Sra. Penhallow, Jia, empleada para llevar el Instituto Beijing. Ella divide su tiempo entre esto y la Ciudad Prohibida –dijo Isabelle cuando Simon hizo una pausa de examinar un grabado–. Y los Penhallow son una antigua familia. Adinerada.

-Yo puedo afirmarlo –masculló Simon, elevando la mirada a las lámparas de araña, chorreantes de cristales tallados como lágrimas.

Jace, sobre el peldaño de detrás de ellos, gruñó.

-Moved el culo. No estamos de tour histórico aquí.

Simon sopesó su contestación grosera y decidió que no valía la pena. Bajó el resto de las escaleras a paso rápido; ellos se abrieron paso en la parte inferior dentro de una gran habitación. Era una extraña mezcla de lo antiguo y lo moderno: una ventana con el cristal pintado que daba al exterior del canal, y había música sonando desde un estéreo que Simon no pudo ver. Pero no había televisor, ni pilas de DVDs o CDs, era el tipo de detritus que Simon asociaba con las salas de estar modernas. En su lugar había una serie de sofás pasados de relleno alrededor de una enorme chimenea, en la que las llamas estaban chisporroteando.

Alec estaba al lado de la chimenea, en su oscura equipación de Cazador de Sombras, usando un par de guantes. Él miró hacia arriba cuando Simon entró en la habitación y miró con su habitual ceño fruncido, pero no dijo nada. Sentados en los sofás había dos adolescentes que Simon no había visto nunca antes, un chico y una chica. La chica parecía como si en parte fuese asiática, con delicados ojos con forma de almendra, brillante pelo oscuro estirado hacia atrás desde su rostro y una expresión traviesa. Su delicada barbilla se estrechaba en un punto como la de un gato. Ella no era exactamente guapa, pero era muy atractiva. El chico de cabello moreno de al lado de ella era más que atractivo. Era probablemente de la estatura de Jace, pero parecía más alto, incluso sentado; era delgado y musculoso, con un pálido rostro elegante e inquieto, todo pómulos y ojos oscuros. Había algo extrañamente familiar en él, como si Simon lo hubiera visto antes. La chica habló primero.

-¿Es ese el vampiro? –ella miró a Simon de arriba abajo como si le estuviera tomando medidas–. Yo nunca había estado tan cerca de un

vampiro antes realmente, no de uno que no estuviera planeando matar, al menos –ella ladeó la cabeza–. Es mono, para un Submundo.

-Tendrás que perdonarla; tiene la cara de un ángel y las formas de un demonio Moloch –dijo el chico con una sonrisa, poniéndose de pie. Le tendió la mano a Simon–. Soy Sebastian. Sebastian Verlac. Y esta es mi prima, Aline Penhallow. Aline...

-Yo no le doy la mano a Submundos –dijo Aline, echándose hacia atrás contra los almohadones del sofá–. No tienen alma, ya sabes. Vampiros.

La sonrisa de Sebastian desapareció.

-Aline...

-Es verdad. Es ese el por qué no pueden verse a sí mismos en los espejos, o salir al sol.

Muy deliberadamente, Simon dio un paso hacia atrás dentro de una franja de luz de sol enfrente de la ventana. Él sintió el calor del sol sobre su espalda y el cabello. Su sombra estaba proyectada, larga y oscura, a través del suelo, casi alcanzando los pies de Jace.

Aline tomó aire con brusquedad pero no dijo nada. Fue Sebastian quien habló, mirando a Simon con curiosos ojos negros.

-Así que es verdad. Los Lightwood lo dijeron, pero no creí...

-¿Que estuviéramos diciendo la verdad? –dijo Jace, hablando por primera vez desde que habían bajado las escaleras–. Nosotros no mentiríamos sobre algo así. Simon es... Único.

-Le besé una vez –dijo Isabelle a nadie en particular.

Las cejas de Aline se dispararon hacia arriba.

-De verdad te dejan hacer cualquier cosa que quieras en Nueva York, ¿no? –dijo ella sonando medio horrorizada y medio envidiosa–. La última vez que te vi, Izzy, tú no habrías considerado siquiera...

-La última vez que todos nos vimos, Izzy tenía ocho años –dijo Alec–. Las cosas cambian. Ahora, mi madre tuvo que irse con prisa, así que alguien tiene que llevar sus anotaciones y documentos arriba al Gard por ella. Soy el único que tiene dieciocho, así que soy el único que *puede* ir mientras la Clave está en sesión.

-Lo sabemos –dijo Isabelle dejándose caer sobre un sofá–, ya nos lo has dicho como unas cinco veces.

Alec, que estaba haciéndose el importante, ignoró esto.

-Jace, tú trajiste al vampiro a aquí, así que estás a cargo de él. No le dejes salir al exterior.

El vampiro, pensó Simon. No era que Alec no conociera su nombre. Él había salvado la vida de Alec una vez. Ahora él era “el vampiro”. Incluso para Alec, que era propenso a los ocasionales ataques de resentimiento inexplicable, esto era detestable. Quizás tenía algo que ver con estar en Idris. Quizás Alec sentía mayor necesidad de reafirmar su ser Cazador de Sombras aquí.

-¿Para decirme *eso* me has traído aquí abajo? ¿No dejes al vampiro salir al exterior? No lo habría hecho de todos modos –Jace se deslizó sobre el sofá al lado de Aline, que parecía satisfecha–. Será mejor que te des prisa en ir al Gard y volver. Dios sabe qué depravación podemos nosotros organizar aquí sin tu orientación.

Alec miró fijamente a Jace con calmada superioridad.

-Intenta mantener la compostura. Estaré de vuelta en media hora –él desapareció por el arco que daba a un largo pasillo; en algún lugar lejano una puerta hizo un ruido seco al cerrarse.

-No deberías pincharle –dijo Isabelle disparando a Jace una mirada severa–. Ellos le dejaron al mando.

Simon no lo pudo remediar pero notó cómo Aline estaba sentada muy próxima a Jace, sus hombros tocándose, incluso aunque había habitación de sobra alrededor de ellos en el sofá.

-¿Nunca has creído que en una vida pasada Alec fue una vieja con noventa gatos que estaba siempre gritando a los niños del vecindario para que salieran de su césped? Porque yo sí –dijo él, y Aline se rió tontamente– Sólo porque sea el único que puede ir al Gard...

-¿Qué es el Gard? –preguntó Simon, cansado de no tener ni idea de lo que estaban hablando. Jace le miró. Su expresión era fría, poco amistosa; su mano estaba en lo alto de la de Aline, que la tenía descansando sobre su muslo.

-Siéntate –dijo él moviendo la cabeza hacia un sillón–, ¿o planeabas quedarte suspendido en una esquina como un murciélago?

Genial. Chistes malos. Simon se sentó incómodo en una silla.

-El Gard es el lugar oficial de reunión de la Clave –dijo Sebastian, aparentemente sintiendo lástima de Simon–. Es donde se hace la Ley, y donde el Cónsul y el Inquisidor residen. Sólo los Cazadores de Sombras adultos tienen permitido entrar en sus terrenos cuando la Clave está en sesión.

-¿En sesión? –preguntó Simon, recordando que Jace lo había dicho antes, arriba–. ¿No te referirás a... por mí?

Sebastian se rió.

-No. Por Valentine y los Instrumentos Mortales. Ese es el por qué de que todos estén aquí. Para debatir sobre qué va a hacer Valentine a continuación.

Jace no dijo nada, pero con el sonido del nombre de Valentine su rostro se tensó.

-Bueno, él intentará conseguir el Espejo –dijo Simon–, el tercero de los Instrumentos Mortales, ¿verdad? ¿Está aquí en Idris? ¿Es ese el por qué está todo el mundo aquí?

Hubo un corto silencio antes de que Isabelle respondiera.

-La cosa del Espejo es que nadie sabe dónde está. De hecho, nadie sabe *qué* es.

-Es un espejo –dijo Simon–. Tú sabes... Reflectante, cristal. Sólo estoy suponiendo.

-Lo que Isabelle quiere decir –dijo Sebastian amablemente–, es que nadie sabe nada sobre el Espejo. Hay múltiples menciones de él en las historias de los Cazadores de Sombras, pero no especifican dónde está, a qué se parece o, lo más importante, qué hace.

-Asumimos que Valentine lo quiere –dijo Isabelle–, pero eso no ayuda mucho, ya que no hay pista de dónde está. Los Hermanos Silenciosos podrían haber tenido una idea, pero Valentine los mató a todos. No habrá más por lo menos en un ratito.

-¿A todos ellos? –demandó Simon con sorpresa–. Creí que él sólo había asesinado a los de Nueva York.

-En realidad la Ciudad de Hueso no está en Nueva York –dijo Isabelle–. Es como... ¿Recuerdas la entrada a la Corte Seelie, en Central Park? Sólo porque la entrada estuviera allí no significa que la Corte esté bajo el parque. Es igual con la Ciudad de Hueso. Hay varias entradas, pero la Ciudad... –Isabelle se interrumpió cuando Aline le hizo un rápido gesto para que se callara. Simon pasó la mirada de la cara de ella a la de Jace y a la de Sebastián. Todos ellos tenían la misma expresión de cautela, como si acabaran de darse cuenta de lo que habían hecho: contar los secretos de los Nephilim a un Submundo. A un vampiro. No al enemigo, exactamente, pero desde luego a alguien que no es de fiar.

Aline fue la primera en romper el silencio. Fijando su bonita mirada oscura en Simon dijo:

-Así que... ¿Cómo es eso? ¿El ser vampiro?

-¡Aline! –Isabelle parecía consternada–. No puedes ir preguntando por ahí a la gente cómo es ser vampiro.

-No veo por qué no –dijo Aline–. Él no ha sido un vampiro siempre, ¿no? Así que debe recordar cómo era ser persona –ella se volvió de nuevo a Simon–. ¿Todavía la sangre sabe a sangre para ti? ¿O sabe a algo distinto ahora, como a zumo de naranja o algo? Porque pensaría que el sabor de la sangre...

-Sabe a pollo –dijo Simon, sólo para hacerla callar.

-¿De verdad? –Aline parecía asombrada.

-Se está burlando de ti, Aline –dijo Sebastian–, también él puede. Te ruego que disculpes a mi prima otra vez, Simon. Aquellos de nosotros que fuimos criados fuera de Idris tendemos a tener un poco más de conocimiento sobre los Submundo.

-Pero, ¿tú no te criaste en Idris? –preguntó Isabelle–. Creía que tus padres...

-Isabelle –interrumpió Jace, pero era ya demasiado tarde; la expresión de Sebastian se oscureció.

-Mis padres están muertos –dijo él–. Una madriguera de demonios cerca de Calais... Está bien, fue hace mucho tiempo –Él hizo un gesto con la mano a la manifestación de compasión de Isabelle–. Mi tía, la hermana del padre de Aline, me crió en el Instituto de París.

-¿Así que hablas francés? –señaló Isabelle–. Ojalá *yo* hablara otro idioma. Pero Hodge nunca creyó que necesitaríamos aprender nada que no fuera griego clásico y latín, y nadie los habla.

-También hablo ruso e italiano. Y algo de rumano –dijo Sebastian con una sonrisa modesta–. Podría enseñarte algunas frases...

-¿Rumano? Eso es admirable –dijo Jace–. No mucha gente lo habla.

-¿Tú sí? –preguntó Sebastian con interés.

-En realidad, no –dijo Jace con una sonrisa tan cautivadora que Simon supo que estaba mintiendo–. Mi rumano se limita a frases útiles como, “¿Esas serpientes son venenosas?” y “Pero usted parece demasiado joven para ser agente de policía.”

Sebastian no sonreía. Había algo en su expresión, pensó Simon. Era afable, todo en él era tranquilo, pero Simon tenía la sensación de que la afabilidad ocultaba algo debajo que estaba velado por su tranquilidad exterior.

-Me gusta viajar –dijo él, sus ojos sobre Jace–, pero está bien volver, ¿no?

Jace hizo una pausa en el hecho de jugar con los dedos de Aline.

-¿Qué quieres decir?

-Sólo que no hay ningún lugar como Idris, sin embargo muchos de nosotros los Nephilim podemos crearnos hogares en otros sitios. ¿No estás de acuerdo?

-¿Por qué me estás preguntando a mí? –la mirada de Jace era helada.

Sebastian se encogió de hombros.

-Bueno, tú viviste aquí de niño, ¿no? Y han pasado años desde que has regresado. ¿O estoy equivocado?

-No estabas equivocado –dijo Isabelle con impaciencia–, a Jace le gusta aparentar que nadie está hablando de él, incluso cuando sabe que lo están haciendo.

-Desde luego que lo están –aunque Jace lo estaba fulminando con la mirada, Sebastian parecía sereno.

Simon sintió una especie de simpatía medio renuente por el chico Cazador de Sombras de cabello oscuro. Era raro encontrar a alguien que no reaccionara ante las pullas de Jace.

-En Idris estos días todo el mundo habla sobre eso. Tú, los Instrumentos Mortales, tu padre, tu hermana...

-Se suponía que Clarissa vendría contigo, ¿no? –dijo Aline–. Estaba deseando conocerla. ¿Qué ha pasado?

Aunque la expresión de Jace no cambió, retiró su mano de la de Aline, encrespándola en un puño.

-Ella no quiso dejar Nueva York. Su madre está enferma en el hospital.

Él nunca decía nuestra madre, pensó Simon. Siempre era su madre.

-Es extraño –dijo Isabelle–, de verdad que pensé que ella *quería* venir.

-Quería –dijo Simon–, de hecho...

Jace se puso en pie, tan rápidamente que ni siquiera Simon le vio moverse.

-Ahora que lo pienso, tengo algo que necesito tratar con Simon. En privado –él movió la cabeza hacia la puerta doble del lejano fondo de la habitación, sus ojos brillando desafío–. Vamos, vampiro –dijo él en un tono que dejó a Simon con la nítida sensación de que una negativa terminaría probablemente en algún tipo de violencia– Hablemos.

AMATIS

Al final de la tarde Luke y Clary habían dejado ya el lago muy atrás y estaban aparentemente andando por la interminable carretera secundaria, sobre los llanos retales de hierba crecida. Aquí y allá se levantaban suaves elevaciones dentro de una gran colina coronada con piedras negras. Clary estaba agotada de tambalearse arriba y abajo por las colinas, una detrás de otra, sus botas resbalándose sobre la hierba húmeda como si fuera mármol engrasado. Con el tiempo habían dejado los campos atrás por una carretera sucia y estrecha, sus manos estaba sangrando y manchadas por la hierba.

Luke iba acechándola por delante con zancadas decididas. De vez en cuando él señalaba puntos de interés con voz sombría, como el guía más deprimido del mundo.

-Acabamos de cruzar la Llanura Brocelind –dijo él cuando subieron una elevación y vieron una extensión enmarañada de árboles oscuros que se extendía a lo lejos hacia el oeste, donde el sol estaba bajo en el cielo–. Este es el bosque. Los bosques cubren la mayor parte de las tierras bajas del país. Muchos de ellos son talados para hacer caminos a la ciudad... Y para vaciar de camadas de lobos y nidos de vampiros que tienden a proliferar en ellos. El Bosque de Brocelind ha sido siempre un escondrijo para Submundos.

Ellos caminaban con dificultad y en silencio mientras la carretera hacía una curva para rodear el bosque durante varias millas antes de hacer un giro brusco. Los árboles parecían levantarse muy lejos cuando una cresta se elevó sobre ellos, y Clary parpadeó cuando doblaron la curva de una gran colina –a no ser que sus ojos le engañasen, había *casas* allí abajo. Una pequeña hilera de casas blancas, ordenadas como en un pueblo Munchkin.

-¡Hemos llegado! –exclamó ella, y se lanzó como una flecha hacia delante, sólo parándose cuando se dio cuenta de que Luke no estaba a su lado.

Ella se giró y le vio de pie en medio de la carretera polvorienta, sacudiendo la cabeza.

-No –dijo él moviéndose para alcanzarla–, esa no es la ciudad.

-Entonces ¿es un pueblo? Dijiste que no había ningún pueblo cerca de aquí...

-Es un panteón. Es la Ciudad de Huesos de Alicante. ¿Pensabas que la Ciudad de Huesos era el único lugar de descanso que teníamos? –él sonaba

triste—. Esta es la necrópolis, el lugar donde enterramos a aquellos que mueren en Idris. La verás. Tenemos que pasar por ella para llegar a Alicante.

Clary no había estado en un cementerio desde la noche en que Simon murió, y el recuerdo le provocó un escalofrío en los huesos mientras caminaba por el estrecho sendero que se ensartaba entre los mausoleos como una cinta blanca. Alguien cuidaba de aquel lugar: el mármol relucía como recién fregado y la hierba estaba cortada uniformemente. Había ramos de flores blancas puestas aquí y allí sobre las sepulturas; ella pensó primero que eran azucenas, pero tenían un perfume picante desconocido que le hicieron preguntarse si serían nativas de Idris. Cada tumba parecía una pequeña casa; algunas incluso tenían puertas de metal o alambrada, y los nombres de las familias de Cazadores de Sombras estaban tallados sobre las puertas. CARTWRIGHT. MERRYWEATHER. HIGHTOWER. BLACKWELL. MIDWINTER. Ella se paró en uno. HERONDALE. Se giró para mirar a Luke.

-Ese era el nombre de la Inquisidor.

-Esta es la tumba de su familia. Mira —él señaló.

Al lado de la puerta había letras blancas talladas en el mármol gris. Eran nombres. MARCUS HERONDALE. STEPHEN HERONDALE. Ambos habían muerto en el mismo año. Tanto como Clary había odiado a la Inquisidor, sentía algo retorciéndose en su interior, una pena que no podía remediar. Perder a tu marido y a tu hijo, en tan poco tiempo... Tres palabras en latín corrían bajo el nombre de Stephen: AVE ATQUE VALE.

-¿Qué significa eso? —preguntó ella volviéndose a Luke.

-Significa 'Saludo y Despedida.' Es de un poema de Catullus. En algunos momentos es lo que los Nephilim dicen durante los funerales, o cuando alguien muere en batalla. Ahora, vamos... Es mejor no pensar demasiado en estas cosas, Clary —Luke la tomó del hombro y la apartó suavemente de la tumba.

Quizás él tenía razón, pensó Clary. Quizás era mejor no pensar demasiado en la muerte y la extinción en este momento. Ella mantuvo los ojos apartados mientras se dirigían en su camino hacia el exterior de la necrópolis. Estaban casi atravesando las puertas de hierro cuando ella descubrió un mausoleo más pequeño, creciendo como un hongo blanco a las sombras de un frondoso roble. El nombre sobre la puerta se le vino a los ojos como si hubiera estado escrito con luces.

FAIRCHILD.

-Clary... -Luke trató de alcanzarla, pero ella ya se había ido. Con un suspiro él la siguió dentro de la sombra de los árboles, donde ella estaba paralizada, leyendo los nombres de los abuelos y bisabuelos que tenía y nunca había conocido. ALOYSIUS FAIRCHILD. ADELE FAIRCHILD,

B. NIGHTSHADE. GRANVILLE FARICHILD. Y debajo de todos esos nombres: JOCELYN MORGENSTERN, B. FAIRCHILD.

Una ola de frío recorrió a Clary. Ver el nombre de su madre allí era como revivir la pesadilla que tenía a veces en la que ella estaba en el funeral de su madre y nadie le decía qué había ocurrido o cómo había muerto.

-Pero ella no está muerta –dijo ella subiendo la mirada hasta Luke–, ella no...

-La Clave no sabía eso –le dijo con delicadeza.

Clary dio un grito ahogado. Ella ya no podía oír la voz de Luke o verle enfrente de ella. Delante de ella se levantaba una ladera irregular, lápidas sobresaliendo de la mugre. Una lápida negra surgía enfrente de ella, letras talladas de modo disparejo en su rostro: CLARISSA MORGENSTERN, B. 1991 D. 2007. Bajo las palabras había un boceto de niño toscamente dibujado de un cráneo con grandes cuencas de ojos. Clary se tambaleó hacia atrás con un grito.

Luke la agarró por los hombros.

-Clary, ¿qué pasa? ¿Qué va mal?

Ella señaló.

-Allí... Mira...

Pero aquello había desaparecido. La hierba se extendía delante de ella, verde y uniforme, los blancos mausoleos cuidados y lisos en ordenadas hileras. Ella se giró y subió los ojos hasta él.

-He visto mi propia lápida –dijo ella–. Decía que yo voy a morir, ahora, este año –se estremeció.

Luke parecía adusto.

-Es el agua del lago –dijo él–. Estás empezando a tener alucinaciones. Vamos... No nos queda mucho tiempo.

Jace hizo marchar a Simon escaleras arriba y por un pasillo corto bordeado con puertas; hizo una pausa sólo para abrir una de ellas con el brazo erguido y el ceño fruncido en su cara.

-Aquí –dijo él, medio empujando a Simon a través de la entrada. Simon vio lo que parecía una biblioteca en su interior: hileras de estanterías, sofás y sillones–. Necesitaremos algo de privacidad...

Él se interrumpió cuando una figura se levantó nerviosamente de uno de los sillones. Era un chico pequeño con el pelo castaño y gafas. Tenía la cara pequeña y seria, y había un libro firmemente agarrado en una de sus manos. Simon estaba suficientemente familiarizado con los hábitos de lectura de Clary para reconocer que era un volumen manga incluso de lejos. Jace frunció el ceño.

-Lo siento, Max. Necesitamos la habitación. Conversación de mayores.

-Pero Izzy y Alec ya me han echado de la sala de estar para poder tener conversación de mayores –se quejó Max–. ¿Dónde se supone que tengo que ir?

Jace se encogió de hombros.

-¿A tu habitación? –movió su pulgar hacia la puerta–. Hora de hacer tu servicio por la patria, niño. Largo.

Pareciendo apenado, Max pasó por delante de ambos con el libro firmemente aferrado contra el pecho. Simon sintió una punzada de lástima –esa mierda de ser suficientemente mayor para querer saber qué estaba pasando, pero tan joven que eras apartado siempre. El chico le lanzó una mirada mientras pasaba frente a él, una mirada suspicaz y asustada. *Ese es el vampiro*, decían sus ojos.

-Vamos –Jace empujó a Simon dentro de la habitación, cerrando y echando el pestillo de la puerta tras ellos.

Con la puerta cerrada la habitación estaba tan débilmente iluminada que incluso Simon la encontraba oscura. Olía como a polvo. Jace cruzó la estancia y apartó las cortinas al fondo de la habitación, revelando un alto ventanal de un solo cristal que daba a una vista del canal. El agua salpicando contra el lateral de la casa sólo a unos cuantos pies por debajo de ellos, bajo una balaustrada esculpida con un curtido de runas y estrellas. Jace se volvió a Simon con el ceño fruncido.

-¿Qué demonios es tu problema, vampiro?

-¿*Mi* problema? Eres tú el que prácticamente me ha sacado de allí arrastrado por los pelos.

-Porque estabas a punto de decirles que Clary nunca canceló sus planes de venir a Idris. ¿Sabes qué ocurriría entonces? Ellos contactarían con ella y lo organizarían para que viniera. Y ya te conté por qué eso no puede ocurrir.

Simon sacudió la cabeza.

-No te pillo –dijo él–. A veces actúas como si todo lo que te importase fuera Clary, y luego actúas como...

Jace lo miró fijamente. El aire estaba lleno de un baile de motas de polvo; éstas hacían una cortina brillante entre los dos chicos.

-¿Actuar como qué?

-Estabas flirteando con Aline –dijo Simon –No parecía que todo lo que te importase fuese Clary entonces.

-Eso no es asunto tuyo –dijo Jace–. Y además, Clary es mi hermana. Tú ya *sabes* eso.

-Estuve en la corte del reino de las hadas también –replicó Simon–. Recuerdo lo que dijo la Reina Seelie. *El beso que la chica más desea la liberará*.

-Apuesto a que recuerdas eso, quemando dentro de tu cerebro, ¿es eso, vampiro?

Simon hizo un ruido en el interior de su garganta que no se había dado cuenta antes que fuera capaz de hacer.

-Oh, no, tú no. No estoy teniendo esta discusión. No estoy peleándome por Clary contigo. Es ridículo.

-Entonces, ¿por qué has sacado todo esto?

-Porque –dijo Simon–, si quieres que yo mienta, no a Clary, sino a todos tus amigos Cazadores de Sombras; si quieres que finja que fue decisión propia de Clary no venir aquí, y si quieres que finja que no conozco sus poderes o lo que ella realmente puede hacer, entonces *tú* tienes que hacer algo por mí.

-Bien –dijo Jace– ¿Qué es lo que quieres?

Simon se quedó en silencio por un momento, pasando su mirada de Jace a la línea de casas de piedra que estaban frente al centelleante canal. Pasando su almenado tejado podía ver la reluciente parte superior de las torres del demonio.

-Quiero que hagas lo que sea necesario para convencer a Clary de que tú no tienes sentimientos por ella. Y no, no me digas que tú eres su hermano; ya sé eso. Para de tomarle el pelo cuando sabes que lo que sea que vosotros dos tenéis no tiene futuro. Y no estoy diciendo esto porque la quiero para mí. Lo estoy diciendo porque soy su amigo y no quiero que ella sufra.

Jace miró hacia abajo a sus manos durante un buen rato sin responder. Eran manos finas, los dedos y nudillos marcados con antiguos callos. Sus anversos estaban marcados con delgadas líneas blancas de Marcas antiguas. Eran las manos de un soldado, no de un chico adolescente.

-Ya he hecho eso –dijo él–. Le dije que sólo estaba interesado en ser su hermano.

-Oh –Simon había esperado que Jace luchara con él por esto, que discutiera, no que simplemente cediera. Un Jace que sólo cedía era nuevo – y dejó a Simon sintiéndose casi avergonzado por haber pedido.

Clary nunca me lo mencionó, quiso decir él, pero la verdad ¿por qué tendría ella que hacerlo? Ahora que lo pensaba, ella había estado últimamente excepcionalmente callada y retraída siempre que el nombre de Jace había surgido.

-Bueno, supongo que eso bastará. Hay una última cosa.

-¿Oh? –Jace habló sin demasiado interés aparente–. ¿Y qué es?

-¿Qué fue lo que Valentine dijo cuando Clary dibujó esa runa en el buque? Sonaba como a un idioma extranjero. ¿*Meme* algo...?

-*Mene mene tekel upharsin* –dijo Jace con una débil sonrisa–. ¿No lo reconoces? Es de la Biblia, vampiro. Del Antiguo. Ese es tu libro, ¿no?

-Sólo porque sea judío no significa que haya memorizado el Antiguo Testamento.

-Es el Escrito sobre el Muro. “Dios tiene numerosos reinos, y lo trajo a un fin; tú serás sopesado en la balanza y hallado deficiente.” Es un presagio del Juicio, se refiere al fin de un imperio.

-Pero, ¿qué tiene eso que ver con Valentine?

-No sólo con Valentine –dijo Jace–. Con todos nosotros. La Clave y la Ley –lo que Clary puede hacer le da la vuelta a todo lo que ellos creen que es verdad. Ningún ser humano puede crear nuevas runas, o dibujar el tipo de runas que Clary puede. Sólo los ángeles tienen ese poder. Y ya que Clary puede hacer eso... Bueno, parece como un augurio. Las cosas están cambiando. Las Leyes están cambiando. Los viejos usos puede que ya nunca sean los adecuados otra vez. Justo cuando la rebelión de los ángeles acabe con el mundo como era –esto escupiría contra el cielo y crearía un infierno– podría significar el fin de los Nephilim mientras ellos existan comúnmente. Esta es nuestra guerra en el cielo, vampiro, y sólo un bando puede ganarla. Y la intención de mi padre es que sea el suyo.

Aunque el aire era todavía frío, Clary se estaba asando en sus ropas húmedas. El sudor caía por su rostro en regueros, humedeciendo el cuello de su abrigo mientras Luke, con la mano sobre su brazo, la llevaba apresuradamente por la carretera bajo un cielo que se oscurecía rápidamente. Tenían la visión de Alicante ante ellos ahora. La ciudad estaba en el llano de un valle, dividido por un río plateado que fluía entrando por uno de los límites de la ciudad, parecía desaparecer, y salía otra vez por el otro. Un amasijo de edificios de color miel con rojos tejados de pizarra y una maraña de oscuras calles considerablemente sinuosas se apoyaban contra un lado de la empinada colina. En la cima de la colina se levantaba un oscuro edificio de piedra, cimentándose y alzándose, con una brillante torre en cada una de las direcciones de los puntos cardinales: cuatro en total. Aisladas de los demás edificios estaban las mismas altas y delgadas torres como de cristal, cada una brillando como el cuarzo. Eran como agujas de cristal ensartando el cielo. La luz del sol desvaneciéndose arrancaba tenues arcoíris de sus superficies como una cerilla echando chispas. Era una vista muy bella, y muy extraña.

Nunca habrás visto una ciudad hasta que hayas visto Alicante con sus torres de cristal.

-¿Qué era eso? –dijo Luke escuchando–. ¿Qué has dicho?

Clary no se había dado cuenta de que hubiera dicho nada en voz alta. Avergonzada, repitió sus palabras y Luke la miró con sorpresa.

-¿Dónde has oído eso?

-Hodge –dijo Clary–. Fue algo que Hodge me dijo.

Luke la miró detenidamente más de cerca.

-Estás roja –dijo él–. ¿Cómo te sientes?

A Clary le dolía el cuello, su cuerpo entero estaba en llamas, su boca seca.

-Estoy bien –dijo ella–. Sólo lleguemos allí, ¿okey?

-Okey –Luke señaló; en el límite de la ciudad, donde se terminaban los edificios, Clary pudo ver un arco, dos lados curvados terminados en punta en la parte superior–. Esa es la Puerta Norte... Es por donde los Submundo pueden entrar legalmente en la ciudad, siempre que tengan el papeleo necesario. Las protecciones están activas noche y día. Ahora, si estuviéramos en un asunto oficial o tuviéramos permiso para estar aquí, las atravesaríamos.

-Pero no hay ningún muro alrededor de la ciudad –puntualizó Clary–. No se parece mucho a una puerta.

-Las protecciones son invisibles, pero están ahí. Las torres del demonio las controlan. Tienen unos mil años. Las sentirás cuando pases por ellas –él miró una vez más su cara sonrojada, la preocupación arrugando las comisuras de sus ojos–. ¿Estás lista?

Ella asintió con la cabeza. Se encaminaron hacia la puerta, hacia el lado este de la ciudad, donde los edificios se amontonaban más densamente. Con un gesto para que permaneciera en silencio, Luke tiró de ella hacia una estrecha apertura entre dos casas. Clary cerró los ojos mientras se aproximaban, como si esperara recibir un bofetón en la cara de una pared invisible tan pronto como ellos pusieran un pie en las calles de Alicante. No fue como eso. Ella sintió una repentina presión, como si estuviera en un avión que estuviera cayendo. Se le destaparon los oídos... Y luego la sensación desapareció y se encontró en un callejón entre los edificios. Un callejón justo igual a los de Nueva York, como cualquier callejón en el mundo aparentemente, olía a pis de gato. Clary miró con dificultad alrededor de la esquina de uno de los edificios. Una larga calle se extendía hacia lo alto de la colina, llena de pequeñas tiendas y casas.

-No hay nadie en los alrededores –observó ella con algo de sorpresa.

Con la luz desvaneciéndose Luke parecía gris.

-Debe haber una reunión en el Gard. Es lo único que podría desalojar las calles en seguida.

-Pero, ¿no es eso bueno? No hay nadie que pueda vernos.

-Es bueno y malo. La mayoría de las calles están desiertas, lo que es bueno. Pero cualquiera que por casualidad esté en ellas será más probable que nos advierta y comente algo.

-Creí que habías dicho que todo el mundo estaba en el Gard.

Luke sonrió débilmente.

-No seas tan literal, Clary. Me refería a la mayoría de la ciudad. Los niños, adolescentes, cualquiera que esté exento de la reunión, no estarán allí.

Los adolescentes. Clary pensó en Jace, y a pesar de ella misma, su pulso se desbocó como un caballo arrancan de la línea de salida en una carrera. Luke frunció el ceño, casi como si pudiera leer sus pensamientos.

-Como esta vez estoy quebrantando la Ley por estar en Alicante sin declarar mi presencia a la Clave en la puerta, si alguien me reconoce tendríamos un verdadero problema –él elevó la mirada a la estrecha franja de cielo rojizo visible entre los tejados–. Tenemos que salir de las calles.

-Creía que íbamos a casa de tu amigo.

-Y vamos. Y no es un amigo, precisamente.

-Entonces, ¿quién...?

-Sólo sígueme –Luke se internó en un pasaje entre dos casas, tan estrecho que Clary podía alargar las manos y tocar los muros de ambas casas con los dedos mientras bajaban por ella hasta una sinuosa calle de adoquines con tiendas. Los edificios parecían un cruce entre un ensueño gótico y un cuento de hadas infantil. La piedra estaba tallada con toda clase de criaturas sacadas de mitos y leyendas –las cabezas de monstruos eran un motivo común, intercalados con caballos alados, algo que parecía como una casa sobre patas de gallina, sirenas y, por supuesto, ángeles. Gárgolas sobresalían de cada esquina, sus caras gruñonas contraídas. Y por todas partes había runas: salpicaban las puertas, ocultas en el diseño de esculturas abstractas, colgando de finas cadenas como móviles sonoros azuzados por la brisa. Runas de protección, de la buena suerte, incluso para lograr buenos negocios; mirándolos todos, Clary comenzó a sentirse un poco mareada. Ellos caminaban en silencio, resguardándose en las sombras. La calle adoquinada estaba desierta, las puertas de las tiendas cerradas y atrancadas. Clary echaba miradas furtivas por las ventanas cuando pasaban. Era extraño ver un despliegue de caros bombones por una ventana y en la siguiente una exposición igualmente espléndida de armas de aspecto mortífero: dagas, mazas, garrotes con pinchos, y una selección de cuchillos seráficos de diferentes tamaños.

-Nada de pistolas –dijo ella. Su propia voz sonaba muy lejos. Luke parpadeó mirándola.

-¿Qué?

-Los Cazadores de Sombras –dijo ella–, nunca parecen usar pistolas.

-Las runas impiden que la pólvora se prenda –dijo él–. Nadie sabe por qué. Aun así, los Nephilim han sido conocidos por usar de forma aislada fusiles sobre los licántropos. Éstos no llevan una runa para matarnos, sólo balas de plata –su voz era adusta. De repente subió la cabeza. En la tenue luz era fácil imaginar sus orejas orientándose hacia delante como las de un lobo–. Voces –dijo él–. Deben haber terminado en el Gard.

Él la tomó del brazo y la empujó a un lado de la calle principal. Salieron a una pequeña plaza con un pozo en el centro. Un puente de mampostería formaba un arco sobre un estrecho canal justo enfrente de ellos. Con la

tenue luz el agua en el canal parecía casi negra. Clary podía oír ahora las voces por sí misma, viniendo desde las calles cercanas. Éstas sonaban altas y airadas. El mareo de Clary se incrementó –sentía como si el suelo se inclinara bajo ella, amenazando con hacerla caer de bruces. Se echó hacia atrás contra la pared del callejón, jadeando.

-Clary –dijo Luke–, Clary, ¿estás bien?

Su voz sonaba densa, extraña. Ella le miró, y la respiración se le murió en la garganta. Sus orejas habían crecido alargándose en punta, los dientes como hojas de afeitar, los ojos de un feroz amarillo...

-Luke –susurró ella–, ¿qué te está pasando?

-Clary –él alargó hacia ella la mano de una manera extraña, las uñas afiladas y de color herrumbre–, ¿va algo mal?

Ella dio un grito, girándose para alejarse de él. No estaba segura de por qué se sentía tan aterrorizada –había visto a Luke transformado antes, y él nunca le había hecho daño. Pero el terror era una cosa viva dentro de ella, incontrolable. Luke la agarró de los hombros y ella se encogió para alejarse de sus ojos amarillos de animal, incluso cuando él le musitaba suplicándole que se callara, con su voz humana de siempre.

-Clary, por favor...

-¡Déjame! ¡Déjame ir!

Pero él no lo hizo.

-Es el agua... Estás teniendo alucinaciones... Clary, intenta contenerte – él tiró de ella hacia el puente, medio arrastrándola. Ella podía sentir las lágrimas corriendo por su cara, refrescando sus mejillas calientes.

-No es real. Intenta aguantarlo, por favor –dijo él ayudándola en el puente.

Ella podía oler el agua bajo él, verde y estancada. *Cosas* se movían bajo su superficie. Mientras ella miraba, un negro tentáculo emergió del agua, su esponjoso extremo repleto de dientes de aguja. Se encogió lejos del agua, incapaz de gritar, un bajo gemido viniendo de su garganta.

Luke la sujetó cuando se le doblaron las rodillas, quedando suspendida en sus brazos. Él no la había llevado en brazos desde que tenía cinco o seis años.

-Clary –dijo él, pero el resto de sus palabras se arrollaron y emborronaron en un bramido disparatado cuando bajaban del puente.

Ellos pasaron apresuradamente una serie de casas altas y alargadas que casi le recordaban a Clary las hileras de casas de Brooklyn –o ¿ella simplemente estaba teniendo alucinaciones con su barrio? El aire alrededor de ellos parecía combarse mientras continuaban, las luces de las casas resplandecían sobre ellos como antorchas, el canal rielaba con un maligno brillo fosforescente. Clary sentía sus huesos como si estuvieran disolviéndose en el interior de su cuerpo.

-Aquí –Luke hizo un movimiento brusco para detenerse frente a una alta casa del canal. Él pateó con fuerza la puerta, gritando; estaba pintada de un rojo brillante, casi chillón, una runa sencilla se esparcía sobre ella en dorado.

La runa se fundía y caía mientras Clary la miraba, tomando la forma de una horrible calavera sonriente. *No es real*, se decía a sí misma con ferocidad, sofocando un grito con su puño, mordiéndose hasta que ella probó el sabor de la sangre en su boca. El dolor aclaró su cabeza momentáneamente. La puerta se abrió revelando a una mujer vestida con un traje negro, su rostro se arrugó con una mezcla de enfado y sorpresa. Su cabello era largo, una enmarañada nube gris marrón escapando de sus dos trenzas; sus ojos azules eran familiares. La luz mágica de una piedra-runas brillaba en su mano.

-¿Quién es? ¿Qué quiere?

-Amatis –Luke se acercó al haz de luz mágica, Clary en sus brazos–, soy yo.

La mujer empalideció y se tambaleó, sacando una mano para sujetarse contra la entrada.

-¿Lucian? –Luke intentó dar un paso hacia delante, pero la mujer –Amatis– le bloqueó el paso. Ella sacudió su cabeza con tal fuerza que sus trenzas se agitaron hacia delante y hacia atrás–. ¿Cómo puedes venir aquí, Lucian? ¿Cómo *te atreves* a venir aquí?

-No tuve elección –Luke apretó a Clary con más fuerza. Ella profirió un grito. Sentía todo su cuerpo como si estuviera en llamas, cada terminación nerviosa ardiendo en dolor.

-Te tienes que ir, entonces –dijo Amatis–, si te vas inmediatamente...

-No estoy aquí por mí. Estoy aquí por la chica. Se está muriendo –dijo él cuando la mujer lo miró fijamente–. Amatis, por favor. Ella es *hija de Jocelyn*.

Hubo un largo silencio, durante el cual Amatis permaneció como una estatua, inmóvil, en la entrada. Parecía congelada, si por la sorpresa o el horror Clary no podía saberlo. Clary cerró el puño –su palma estaba viscosa por la sangre donde clavó las uñas– pero incluso el dolor no la ayudaba ahora; el mundo estaba deshaciéndose en colores desteñidos, como un rompecabezas a la deriva sobre la superficie del agua. Ella apenas oyó la voz de Amatis cuando la mujer mayor dio un paso atrás en la entrada y dijo:

-Muy bien, Lucian. Puedes llevarla dentro.

Por el momento Simon y Jace habían vuelto a la sala de estar, Aline había servido algo de comida sobre la mesa baja entre los sofás. Había pan y queso, trozos de pastel, manzanas e incluso una botella de vino, que Max no tenía permitido tocar. Éste se sentó en la esquina con un plato de tarta,

su libro abierto en las rodillas. Simon lo compadecía. Él se sentía probablemente tan solo en el grupo que charlaba y reía como Max. Vio a Aline tocar la muñeca de Jace con los dedos cuando intentaba coger un trozo de manzana con la mano, y él mismo se sintió tenso. *Pero esto es lo que tú quieres que él haga*, se dijo a sí mismo, y aun así de algún modo no podía quitarse de encima la sensación de que Clary estaba siendo ignorada. Jace puso los ojos sobre la cara de Aline y sonrió. De alguna manera, aunque él no era un vampiro, era capaz de dirigir una sonrisa que parecía ser toda puntiagudos dientes. Simon apartó la mirada, echando un vistazo alrededor en la habitación. Notó que la música que había escuchado antes no venía de un estéreo en absoluto, sino de un complicado artilugio que parecía mecánico. Él pensó en entablar conversación con Isabelle, pero ella estaba charlando con Sebastian, cuyo elegante rostro estaba agachado atentamente hacia ella. Jace se había reído del cuelgue de Simon por Isabel una vez, pero Sebastian podía sin duda tratarla. Los Cazadores de Sombras eran adiestrados para tratar con todo, ¿no? Aunque la mirada en el rostro de Jace cuando él había dicho que pensaba ser sólo hermano de Clary le hizo a Simon preguntarse.

-No nos queda vino –dijo Isabelle asentando la botella sobre la mesa con un golpe–. Voy a por alguna más –con un guiño a Sebastian ella desapareció en el interior de la cocina.

-Si no te importa que te lo diga, pareces un poco callado –era Sebastian inclinándose sobre la parte de atrás de la silla de Simon con una sonrisa encantadora. Para alguien con el cabello tan oscuro, pensó Simon, la piel de Sebastian era muy blanca, como si no saliera mucho al sol– ¿Todo va bien?

Simon se encogió de hombros.

-No hay muchas oportunidades para mí en la conversación. Parece ir de diplomáticos o gente Cazadora de Sombras de los que nunca he oído, o de ambos.

La sonrisa desapareció.

-Nosotros podemos llegar a ser un círculo cerrado, los Nephilim. Es lo que les ocurre a los que somos dejados fuera del resto del mundo.

-¿No crees que sois vosotros mismos los que os dejáis fuera? Vosotros despreciáis a los humanos normales...

-`Despreciar´ es un poco fuerte –dijo Sebastian–. Y, ¿realmente crees que el mundo de los humanos querría tener algo que ver con nosotros? Todos nosotros somos un recordatorio vivo de que siempre que ellos se consuelan pensando que no hay vampiros *de verdad*, ni demonios reales o monstruos bajo la cama... Ellos se están mintiendo –volvió la cabeza para mirar a Jace, que, Simon se dio cuenta, había estado mirándolos a ambos en silencio desde hacía varios minutos– ¿No estás de acuerdo?

Jace sonrió.

-¿*De ce crezi c? ¿v? ¿ascultam conversatia?*

Sebastian le devolvió la mirada con una expresión de simpático interés.

-*M-ai urmarit de când ai ajuns aici* –replicó él–, *¿Nu-mi dau seama dac? ¿nu m? ¿placi ori dac? ¿esti atât de b? nuiitor cu toata lumea* –él se puso de pie–. Agradezco practicar el rumano, pero si no te importa, voy a ver qué es lo que le está llevando a Isabelle tanto tiempo en la cocina –desapareció por la puerta, dejando a Jace mirando tras él con una expresión misteriosa.

-¿Qué va mal? ¿No habla él rumano después de todo? –preguntó Simon.

-No –dijo Jace. Había aparecido una pequeña línea en su ceño entre los ojos–. No, él lo habla perfectamente.

Antes de que Simon pudiera preguntarle qué significaba aquello, Alec entró en la habitación. Tenía el ceño fruncido, exactamente igual que lo tenía cuando se fue. Su mirada se quedó momentáneamente sobre Simon, una mirada casi de confusión en sus ojos azules.

Jace echó un vistazo hacia arriba.

-¿De vuelta tan pronto?

-No por mucho tiempo –Alec se agachó para coger una manzana de la mesa con una mano enguantada–. Sólo vuelvo para llevármelo... a él –dijo haciendo un gesto hacia Simon con la manzana–. Es requerido por el Gard.

Aline parecía sorprendida.

-¿De verdad? –dijo ella, pero Jace ya se había levantado del sofá, desenredando su mano de la de ella.

-¿Requerido para qué? –dijo él con una calma peligrosa–. Espero que te hayas enterado de eso al menos antes de prometer entregarlo.

-Por supuesto que *pregunté* –dijo bruscamente–. No soy estúpido.

-Oh, vamos –dijo Isabelle. Ella había reaparecido en la entrada con Sebastian, que estaba sosteniendo una botella–, a veces eres un poquito estúpido, lo sabes. Sólo un poquito –repitió ella cuando Alec le lanzó una mirada asesina.

-Van a mandar a Simon de vuelta a Nueva York –dijo él–, por el Portal.

-¿Pero él acaba de *llegar* aquí! –protestó Isabelle con un mohín –Eso no es divertido.

-No se supone que tenga que ser divertido, Izzy. Simon vino aquí sólo por accidente, así que la Clave piensa que lo mejor para él es que vuelva a casa.

-Genial –dijo Simon –Quizás incluso esté de vuelta antes de que mi madre note que me he ido. ¿Qué diferencia horaria hay entre aquí y Manhattan?

-¿Tú tienes una *madre*? –Aline parecía asombrada.

Simon decidió ignorar eso.

-En serio –dijo él, mientras Alec y Jace intercambiaban miradas–, está bien. Todo lo que quiero es salir de este lugar.

-¿Tú irás con él? –dijo Jace a Alec–. Y, ¿estás seguro de que todo va bien?

Ellos estaban mirándose el uno al otro de una manera que era familiar para Simon. Era el modo en el que él y Clary se miraban el uno al otro a veces, intercambiando miradas codificadas cuando no querían que sus padres supieran qué estaban planeando.

-¿Qué? –dijo él mirando del uno al otro–. ¿Qué va mal?

Ellos rompieron su mirada fija; Alec apartó la mirada y Jace dirigió la suya de una forma sonriente y anodina hacia Simon.

-Nada –dijo él–, todo va bien. Felicidades, vampiro. Te vas a casa.

DAYLIGHTER

La noche había caído sobre Alicante cuando Simon y Alec dejaron la casa de los Penhallow y se dirigieron colina arriba hacia el Gard. Las calles de la ciudad eran estrechas y retorcidas, dirigiéndose hacia arriba como una pálida cinta de piedra a la luz de la luna. El aire era frío, aunque Simon sólo lo sentía de forma lejana. Alec iba caminando en silencio, a grandes zancadas delante de Simon como si fingiera estar solo. En su vida anterior Simon habría tenido que apurarse, jadeando, para seguirle; ahora descubría que podía caminar al ritmo de Alec apretando el paso.

-Debe ser una mierda –dijo Simon finalmente mientras Alec miraba fijamente al frente taciturno–, cargar con escoltarme, quiero decir.

Alec se encogió de hombros.

-Tengo dieciocho años. Soy adulto, así que tengo que ser el responsable. Soy el único que puede entrar y salir del Gard cuando la Clave está en sesión, y además, el Cónsul me conoce.

-¿Qué es un Cónsul?

-Es como un muy alto oficial de la Clave. Hace el recuento de los votos del Concilio, interpreta la Ley para la Clave, y aconseja a ésta y al Inquisidor. Si diriges un Instituto y corres con un problema que no sabes cómo tratar, llamas al Cónsul.

-¿Aconseja al Inquisidor? Yo creía... ¿No está muerto el Inquisidor?

Alec resopló.

-Eso es como decir, “¿no está muerto el presidente?” Sí, la Inquisidor murió; ahora hay uno nuevo. El Inquisidor Aldertree.

Simon echó un vistazo colina abajo hacia el agua oscura de los canales de allá a lo lejos. Estaban dejando la ciudad tras ellos y estaban pisando un estrecho camino entre oscuros árboles.

-Te lo contaré, los interrogatorios no han resultado bien para mi gente en el pasado –Alec parecía sin expresión–. No importa. Es sólo una chistosa historia de mundanos. No te interesaría.

-Tú no eres un mundano –señaló Alec–, ese es el por qué de que Aline y Sebastian estuvieran tan entusiasmados con verte. No lo dirías de Sebastian; él siempre actúa como si lo hubiera visto todo ya.

Simon habló sin pensar.

-¿Están él e Isabelle...? ¿Está pasando algo ahí?

Eso hizo soltar una carcajada a Alec.

-¿Isabelle y *Sebastian*? Difícilmente. *Sebastian* es un buen chico... A Isabelle sólo le gusta salir con chicos rigurosamente inadecuados que nuestros padres odiarían. Mundanos, Submundos, insignificantes sinvergüenzas...

-Gracias –dijo Simon–, estoy contento de ser catalogado con el elemento delictivo.

-Creo que lo hace para llamar la atención –dijo Alec–. También es la única chica de la familia, así que tiene que seguir demostrando lo dura que es. O al menos, eso es lo que ella piensa.

-O quizás está intentando quitar la atención de ti –dijo Simon casi distraídamente–. Ya sabes, ya que tus padres no saben que eres gay y todo.

Alec se paró en mitad del camino tan repentinamente que Simon casi choca con él.

-No –dijo él–, pero aparentemente el *resto* del mundo sí.

-Excepto Jace –dijo Simon–. Él no lo sabe, ¿no?

Alec respiró profundamente. Estaba pálido, pensó Simon, o podría ser sólo la luz de la luna, destiñendo el color de todo. Sus ojos parecían negros con la oscuridad.

-Realmente no veo qué te importa esto a ti. A menos que estés intentando amenazarme.

-¿Intentar *amenazarte*? –Simon se quedó perplejo–. Yo no...

-Entonces, ¿por qué? –dijo Alec, y hubo un repentino filo de vulnerabilidad en su voz que sorprendió a Simon–. ¿Por qué lo sacas?

-Porque –dijo Simon–, pareces odiarme la mayor parte del tiempo. Yo no me tomo eso personalmente, incluso cuando te salvé la vida. Pareces sentir una especie de odio por todo el mundo. Y además, no tenemos prácticamente nada en común. Pero te veo mirar a Jace, y me veo a mí mismo mirando a Clary, y me figuro... Quizás tengamos eso en común. Y quizás esto pueda hacerte odiarme un poco menos.

-Así que ¿no vas a contárselo a Jace? –dijo Alec–. Me refiero a... tú le dijiste a Clary cómo te sentías, y...

-Y no fue la mejor idea –dijo Simon–. Ahora me pregunto todo el tiempo cómo vuelves atrás después de algo como eso. Si podremos alguna vez volver a ser amigos otra vez, o si lo que tuvimos está roto en pedazos. No por ella, sino por mí. Quizás si encontrase a alguien más...

-Alguien más –repitió Alec. Él había empezado a caminar otra vez, muy rápidamente, mirando el camino frente a él.

Simon se apresuró para alcanzarle.

-Sabes a lo que me refiero. Por ejemplo, creo que a Magnus Bane le gustas de verdad. Y él es majo. Da fiestas geniales, de todas maneras. Incluso aunque terminara convirtiéndome en una rata aquella vez.

-Gracias por el consejo –la voz de Alec era seca–, pero no creo que a él le guste yo tanto. Apenas me habló cuando vino a abrir el Portal en el Instituto.

-Quizás deberías llamarle –sugirió Simon, intentando no pensar demasiado en lo raro que era estar dando consejo a un cazador de demonios sobre la posibilidad de quedar con un brujo.

-No puedo –dijo Alec–. Nada de teléfonos en Idris. De todas maneras, no importa –su tono era abrupto–. Llegamos. Esto es el Gard.

Un enorme muro se levantaba frente a ellos, configurado con un par de puertas enormes. Las puertas estaban esculpidas con runas de diseños angulosos y retorcidos, y aunque Simon no podía leerlas como lo hacía Clary, había algo deslumbrante en su complejidad y en la sensación de poder que emanaban de ellas. Las puertas estaban guardadas por estatuas de ángeles de piedra, sus rostros bellos y feroces. Cada uno sostenía una espada tallada en su mano, y una criatura retorcida –una mezcla de rata, murciélago y lagarto, con asquerosos dientes puntiagudos– yaciendo moribundo a sus pies.

Simon se quedó mirándolos durante un largo rato. Demonios, se figuró... Pero podían ser fácilmente vampiros. Alec empujó la puerta para abrirla e hizo un gesto a Simon para que la atravesara. Una vez dentro, él parpadeó alrededor confundido. Desde que se había convertido en vampiro, su visión nocturna se había afilado con una claridad como de láser, pero las docenas de antorchas que cubrían el camino hacia las puertas del Gard prendían con luz mágica, y el fuerte resplandor blanco parecía desteñir los detalles de todo. Él era vagamente consciente de Alec guiándole por un estrecho camino de piedra que brillaba con iluminación reflectante, y entonces apareció alguien delante de ellos en el sendero, bloqueando su paso con un brazo alzado.

-Así que ¿este es el vampiro? –la voz que habló era suficientemente profunda como para ser casi un gruñido.

Simon elevó la mirada, la luz escociéndole los ojos hasta arder –éstos habrían roto a llorar si él todavía hubiera sido capaz de derramar lágrimas. *La luz mágica, pensó él, la luz del ángel, me quema. Supongo que no es una sorpresa.*

El hombre en pie delante de ellos era muy alto, con piel cetrina tensada sobre pómulos prominentes. Bajo la cúpula de cabello negro muy corto, su frente era alta, su nariz picuda y romana. Su expresión mientras miraba a Simon era la de esas personas que viajan diariamente en metro una distancia considerable hasta su lugar de trabajo, observando cómo una rata corretea arriba y abajo por los raíles, medio esperando un tren que venga y la destroce.

-Este es Simon –dijo Alec con un poco de incertidumbre–. Simon, este es el Cónsul Malachi Dieudonné. ¿Está el Portal preparado, señor?

-Sí –dijo Malachi. Su voz era severa y tenía un ligero acento–, todo está dispuesto. Vamos, Submundo –hizo una señal a Simon para que le siguiera–, cuanto antes terminemos con esto mejor. Simon se movió para ir tras el jefe oficial, pero Alec le detuvo con la mano sobre su brazo.

-Sólo un momento –dijo él, dirigiéndose al Cónsul–. ¿Él será enviado directamente de vuelta a Manhattan? ¿Y habrá alguien esperándole allí al otro lado?

-Efectivamente –dijo Malachi–. El brujo Magnus Bane. Desde que imprudentemente permitió al vampiro entrar en Idris la primera vez, tiene la responsabilidad de hacerlo volver.

-Si Magnus no le hubiera dejado atravesar el Portal, él habría muerto –dijo Alec con un poco de brusquedad.

-Quizás –dijo Malachi–. Eso es lo que dicen tus padres, y la Clave ha decidido creerles. Contra mi consejo, de hecho. Todavía no se pueden introducir Submundos en la Ciudad de Cristal a la ligera.

-No había nada de ligero en esto –el enfado surgió en el pecho de Simon–. Estábamos bajo el ataque de...

La penetrante mirada de Malachi se volvió hacia Simon.

-Hablarás cuando se te hable, Submundo, no antes.

La mano de Alec presionó el brazo de Simon. Había un aire en su rostro, medio de vacilación, medio de sospecha, como si estuviera dudando acerca de la conveniencia de haber traído a Simon aquí después de todo.

-¡Vamos, Cónsul, de verdad! –la voz que llegaba del otro lado del patio era elevada, un poco sin aliento, y Simon vio con cierta sorpresa que pertenecía a un hombre; un hombre pequeño y rechoncho que se apresuraba hacia ellos por el sendero. Llevaba una capa gris suelta sobre la equipación de Cazador de Sombras, y su cabeza calva brillaba con la luz mágica–. No hay necesidad de asustar a nuestro huésped.

-¿Huésped? –Malachi parecía indignado.

El pequeño hombre vino hasta situarse en medio frente a Alec y Simon y les sonrió abiertamente.

-Estamos tan contentos, encantados en realidad, de que haya decidido cooperar ante nuestra solicitud de regresar a Nueva York. Eso hará todo mucho más fácil –fulguraba éste ante Simon, que miró a su espalda con confusión. No pensaba que conociera nunca a un Cazador de Sombras que pareciera contento de verle, no cuando era un mundano, y definitivamente no ahora que era un vampiro–. ¡Oh, casi lo olvidaba! –el hombrecillo se dio un golpecito en la frente con remordimiento–. Debería haberme presentado. Soy el Inquisidor, el *nuevo* Inquisidor. Inquisidor Aldertree es mi nombre.

Aldertree alargó su mano hacia Simon, y una oleada de confusión sumió a Simon.

-Y tú... ¿Tu nombre es Simon?

-Sí –dijo Simon, soltando su mano tan pronto como pudo. El apretón de Aldertree era desagradablemente frío y húmedo–. No hay necesidad de agradecerme la colaboración. Todo lo que quiero es volver a casa.

-¡Estoy seguro de ello, estoy seguro de ello! –aunque el tono de Aldertree era jovial, su rostro proyectaba algo mientras hablaba, una expresión que Simon no podía definir. Se fue al momento, cuando Aldertree sonrió e hizo un gesto hacia un estrecho sendero que le daba la vuelta por un lado al Gard–. Por aquí, Simon, si eres tan amable.

Simon se puso en marcha, y Alec comenzó a seguirle. El Inquisidor levantó una mano.

-Eso es todo lo que necesitábamos de ti, Alexander. Gracias por tu ayuda.

-Pero Simon... -comenzó Alec.

-Estará perfectamente –le aseguró el Inquisidor–. Malachi, por favor, acompaña a Alexander. Y entrégale una piedra-runas de luz mágica para volver a casa si no ha traído una. El sendero puede ser peliagudo de noche.

Y con otra beatífica sonrisa, se llevó a Simon a toda prisa, dejando a Alec contemplándolos detrás de ambos.

El mundo ardía en llamas alrededor de Clary en una imagen borrosa casi tangible mientras Luke la llevaba a través del umbral y la entrada de la casa, Amatis abriendo camino delante de ellos con su luz mágica. Más que medio delirando, ella veía como el pasillo que se desplegaba ante ella crecía más y más como un pasillo en una pesadilla. El mundo se dio la vuelta. De repente estaba tendida sobre una superficie fría, y unas manos estaban alisando una manta sobre ella. Unos ojos azules la observaban.

-Ella parece tan enferma, Lucian –dijo Amatis con una voz que era retorcida y distorsionada como en una vieja grabación–. ¿Qué le ha ocurrido?

-Ella se bebió medio Lago Lyn –el sonido de la voz de Luke se apagaba, y por un momento la visión de Clary se aclaró: ella estaba tendida sobre el suelo de baldosas de una cocina, y en algún lugar sobre su cabeza Luke estaba hurgando en una vitrina. La cocina tenía paredes desconchadas amarillas y una anticuada y resistente cocina de fuegos contra una pared; las llamas saltaban detrás de la rejilla de la cocina, haciéndole daño en los ojos.

-Anís, belladona, eléboro... –Luke se alejó de la vitrina con una brazada de botes de cristal– ¿Puedes hervir esto junto, Amatis? Voy a ponerla más cerca de la cocina. Está temblando.

Clary intentó hablar para decir que no necesitaba entrar en calor, que estaba achicharrándose, pero los sonidos que salieron de su boca no eran los que ella había pretendido. Se escuchó a sí misma gimoteando mientras Luke la levantaba, y luego hubo calor, descongelando su lado izquierdo.

Ella no se había dado cuenta de que estaba helada. Sus dientes castañearon con fuerza, y probó el sabor de la sangre en su boca. El mundo comenzó a temblar a su alrededor como agua agitada en un vaso.

-¿El Lago de los Sueños? –la voz de Amatis estaba llena de incredulidad. Clary no podía verla con claridad, pero ella parecía estar de pie cerca de la cocina, con una cuchara de madera de largo mango en su mano– ¿Qué estabais haciendo allí? ¿Sabe Jocelyn dónde...

Y el mundo desapareció, o al menos el mundo real, la cocina con las paredes amarillas y el reconfortante fuego detrás de la rejilla. En su lugar, ella vio las aguas del Lago Lyn, con fuego reflejándose en ellas como si lo hiciese sobre una superficie de cristal pulido. Ángeles caminaban sobre el cristal... Ángeles con alas blancas que pendían sangrientas y rotas de sus espaldas, y cada uno de ellos tenía la cara de Jace. Y entonces aparecieron otros ángeles, con alas de sombra negra, y tocaban con las manos el fuego y reían...

-Ella sigue llamando a su hermano –la voz de Amatis sonaba apagada, como filtrándose desde un lugar increíblemente alto por encima de su cabeza–. Él está con los Lightwood, ¿no? Ellos están con los Penhallow en la Calle Princewater. Podría...

-No –dijo Luke abruptamente– No. Es mejor que Jace no sepa de esto.

¿Estaba llamando a Jace? ¿Por qué haría eso? Se preguntaba Clary, pero el pensamiento fue pasajero; la oscuridad volvió y las alucinaciones la reclamaron de nuevo. Esta vez soñó con Alec e Isabelle; ambos parecían como si hubieran estado en una feroz batalla, sus rostros estaban surcados por suciedad y lágrimas. Luego, habían desaparecido y ella soñó con un hombre sin rostro con alas negras brotando de su espalda como las de un murciélago. Sangre corría desde su boca cuando sonrió. Rezando para que las visiones desaparecieran, Clary apretaba los ojos cerrados...

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a la superficie de nuevo con el sonido de voces sobre ella.

-Bebe esto –dijo Luke–. Clary, tienes que beber esto –y luego sintió manos sobre su espalda y un líquido cayendo por su boca desde un trapo empapado. Sabía amargo y horrible, y se atragantó y dio arcadas, pero las manos sobre su espalda eran firmes. Ella tragó, pasado el dolor de su garganta hinchada–. Así –dijo Luke–, así, eso está mejor.

Clary abrió los ojos lentamente. Arrodillados al lado de ella estaban Luke y Amatis, sus idénticos ojos azules llenos con preocupación a juego. Ella miró detrás de ellos y no vio nada... Ni ángeles, ni demonios con alas de murciélago, sólo paredes amarillas y una tetera rosa pálido en precario equilibrio sobre un alféizar.

-¿Voy a morir? –susurró ella.

Luke sonrió con gesto demacrado.

-No. Lo parecía durante un ratito antes de que volvieras a estar en forma, pero... Sobrevivirás.

-Okey –ella estaba demasiado agotada para sentir nada, incluso alivio. Se sentía como si todos sus huesos hubieran sido extraídos, dejando un traje de piel floja detrás. Mirando hacia arriba con somnolencia a través de sus pestañas, ella dijo, casi sin pensar:

-Tus ojos son los mismos.

Luke parpadeó.

-¿Los mismos que qué?

-Que los de ella –dijo Clary moviendo su mirada soñolienta hacia Amatis, que parecía perpleja–. El mismo azul.

El fantasma de una sonrisa pasó por la cara de Luke.

-Bueno, eso no es sorprendente, teniendo en cuenta... –dijo él–. No tuve oportunidad de presentarte correctamente antes. Clary, esta es Amatis Herondale. Mi hermana.

El Inquisidor guardó silencio hasta que Alec y el agente superior estaban suficientemente lejos para oír. Simon le siguió por el estrecho sendero iluminado por la luz mágica, intentando no desviar la vista de la luz. Era consciente del Gard levantándose a su alrededor como el lateral de un barco se alza sobre el océano; las luces brillaban desde las ventanas, manchando el cielo con luz plateada. Había también ventanas bajas a nivel del suelo. Varias de ellas estaban cerradas, y había sólo oscuridad en su interior.

Finalmente, llegaron a una puerta de madera en un arco del lateral del edificio. Aldertree forcejeó para liberar la cerradura, y el estómago de Simon se tensó. Personas, él lo notaba desde que se había convertido en vampiro, había un perfume alrededor de ellas que cambiaba con sus estados de humor. El Inquisidor apestaba a algo amargo y fuerte como el café, pero mucho más desagradable. Simon sintió el dolor punzante en su mandíbula que significaba que sus colmillos querían salir, y se apartó del Inquisidor mientras éste pasaba por la puerta. Más allá de la entrada era un espacio alargado y blanco, casi como un túnel, como si hubiera sido excavado en roca blanca. El Inquisidor entró apresuradamente en él, su luz mágica brillando magnificente sobre las paredes. Para ser un hombre con piernas tan cortas se movía sorprendentemente rápido, girando su cabeza de lado a lado mientras caminaba, su nariz arrugándose como si estuviera oliendo el aire. Simon tuvo que apresurarse para seguir su paso mientras pasaban por unas enormes puertas dobles, que se abrieron ampliamente como alas. En la sala que se habría, Simon pudo ver un anfiteatro con hilera tras hilera de sillas, cada una de ellas ocupada con un Cazador de Sombras vestido de negro. Las voces hacían eco contra las paredes, muchas elevadas con

enfado, y Simon captó retazos de conversación mientras pasaba, las palabras emborronándose mientras los hablantes se solapaban unos a otros.

-Pero no tenemos prueba de lo que Valentine quiere. Él no ha comunicado sus deseos a nadie...

-¿Qué importa lo que él quiera? Es un renegado y un mentiroso. ¿Realmente creéis que cualquier intento de aplacarlo nos beneficiaría al final?

-¿Sabes que una patrulla encontró el cuerpo de un niño lobo en los alrededores de Brocelind? Su sangre había sido drenada. Parece que Valentine hubiera completado el Ritual aquí en Idris.

-Con dos de los Instrumentos Mortales en su posesión, él es más poderoso de lo que cualquier Nephilim pueda llegar a ser. Puede que no tengamos elección...

-¡Mi primo murió en el barco en Nueva York! ¡No puede ser que dejemos a Valentine escapar con lo que ya ha hecho! ¡Debe ser castigado!

Simon vaciló curioso deseoso de oír más, pero el Inquisidor estaba zumbando a su alrededor como una gorda abeja irritada.

-Vamos, vamos –dijo él meciendo la luz mágica frente a él–. No tenemos mucho tiempo que perder. Regresaré a la reunión antes de que finalice.

A regañadientes, Simon permitió al Inquisidor empujarle hacia el pasillo, la palabra “castigo” todavía sonando en sus oídos. El recuerdo de esa noche en el buque era frío, desagradable. Cuando llegaron a una puerta tallada con una simple y escueta runa negra, el Inquisidor sacó una llave y la abrió, haciendo pasar a Simon con un amplio gesto de bienvenida. La habitación que seguía estaba desnuda, decorada sólo con un tapiz que mostraba un ángel emergiendo de un lago, asiendo fuertemente una espada en una mano y una copa en la otra. El hecho de que él los hubiera visto antes momentáneamente, la Copa y la Espada, distrajo a Simon. No fue hasta que escuchó el clic de la cerradura deslizándose que se dio cuenta de que el Inquisidor le había echado el pestillo a la puerta detrás de él, encerrándoles a ambos allí. Simon echó un vistazo a su alrededor. No había mobiliario en la habitación a parte de un banco con una mesa baja a su lado. Una decorativa campana de plata descansaba sobre la mesa.

-El Portal... ¿Está aquí? –dijo él con incertidumbre.

-Simon, Simon –Aldertree se frotó las manos como anticipando una fiesta de cumpleaños o algún otro acontecimiento agradable– ¿De verdad tienes tanta prisa por dejarnos? Hay unas cuantas preguntas que esperaba hacerte primero...

-Okey –Simon se encogió de hombros con incomodidad–. Pregúnteme lo que quiera, supongo.

-¡Qué servicial eres! ¡Qué encantador! –Aldertree sonreía–. Así que, ¿cuánto tiempo hace exactamente que eres vampiro?

-Unas dos semanas.

-¿Y cómo pasó? ¿Fuiste atacado en la calle, o quizás en tu cama por la noche? ¿Sabes quién te transformó?

-Bueno... No exactamente.

-¡Pero, hijo mío! –gritó Aldertree - ¿Cómo no podrías saber algo como eso? –la mirada que él puso sobre Simon era abierta y curiosa. Parecía tan inofensivo, pensó Simon. Como el abuelo de alguien o el viejo tío divertido. Simon debía haber imaginado lo del olor amargo.

-No fue en realidad tan sencillo –dijo Simon, y continuó explicando sus dos visitas al Dumort, una como rata y la segunda bajo una compulsión tan fuerte que había sentido como un enorme juego de tenazas que lo agarró y lo llevó exactamente donde ellos querían que él fuera-. Y así puede imaginar –finalizó él-, en el momento en el que entré por la puerta del hotel fui atacado, no sé cuál de ellos fue el que me transformó, o si de alguna manera fueron todos ellos.

El Inquisidor cloqueó:

-Oh querido, oh querido. Eso no es nada bueno en absoluto. Eso es devastador.

-Desde luego yo pienso lo mismo –estuvo de acuerdo Simon.

-La Clave no se va a alegrar mucho con eso.

-¿Qué? –Simon estaba perplejo-. ¿Qué le preocupa a la Clave el cómo haya llegado yo a ser un vampiro?

-Bueno, sería otra cosa si hubieras sido atacado –dijo Aldertree en tono de disculpa-. Pero tú saliste a su encuentro hasta allí, bueno, te entregaste a ti mismo a los vampiros, ¿lo ves? Parece un poco como si hubieras querido ser uno de ellos.

-¡Yo no quería ser uno de ellos! ¡Ese no es el por qué de que fuera al hotel!

-Por supuesto, por supuesto –la voz de Aldertree era calmante-. Pasemos a otro tema, ¿te parece? –Sin esperar una respuesta, él continuó-. ¿Cómo es que los vampiros te dejaron sobrevivir para levantarte de nuevo, joven Simon? Considerando que traspasaste su territorio sin autorización, su procedimiento normal habría sido alimentarse hasta que murieras, y luego quemar tu cuerpo para impedir que te levantasess de nuevo.

Simon abrió la boca para responder, para contar al Inquisidor cómo Raphael le había llevado al Instituto, y cómo Clary, Jace e Isabelle le habían llevado al cementerio y le aguardaron mientras él había excavado el camino hacia el exterior de su propia sepultura. Luego, vaciló. Él sólo tenía una vaga idea de cómo funcionaba la Ley, pero de algún modo dudaba de que el procedimiento estándar de un Cazador de Sombras fuera aguardar a que los vampiros se levantaran, o proveerles de sangre para alimentarlos por primera vez.

-No lo sé –dijo él–. No tengo ni idea de por qué ellos me dejaron transformarme en vez de matarme.

-Pero uno de ellos debió haberte dejado beber su sangre, o tú no serías... Bueno, lo que eres hoy. ¿Estás diciendo que no sabes quién fue tu vampiro padre?

¿*Mi vampiro padre?* Simon nunca lo había pensado de esa manera. La sangre de Raphael había llegado a su boca casi por accidente. Y era difícil pensar en un chico vampiro como un padre de ningún tipo. Raphael parecía más joven que Simon.

-Me temo que no.

-Oh, querido –el Inquisidor suspiró–. Lo más desafortunado.

-¿Qué es desafortunado?

-Bueno, el que me estés mintiendo, hijo mío –Aldertree sacudió la cabeza–. Y tenía tantas esperanzas de que colaboraras. Esto es terrible, simplemente terrible. ¿No podrías *considerar* contarme la verdad? ¿Sólo como un favor?

-¡Le estoy contando la verdad!

El Inquisidor se puso mustio como una flor sin agua.

-Qué lástima –él volvió a suspirar–. Qué lástima –entonces cruzó la habitación y golpeó con los nudillos la puerta repentinamente, todavía sacudiendo la cabeza.

-¿Qué está pasando? –la alarma y la confusión matizaban la voz de Simon–. ¿Qué pasa con el Portal?

-¿El Portal? –Aldertree soltó una risita–. No creerías de verdad que iba a dejarte *ir*, ¿no?

Antes de que Simon pudiera decir una palabra en respuesta, la puerta se abrió de golpe y entraron en tropel Cazadores de Sombras con su equipación negra en la habitación, agarrándole para hacerse con él. Él se encogió cuando duras manos hicieron de cepos en sus brazos. Una capucha fue enfundada sobre su cabeza, cegándole. Pataleó en la oscuridad; su pie dio con algo, y escuchó a alguien maldecir. Él se movió bruscamente hacia atrás con fiereza; una voz caliente gruñó en su oreja.

-Haz eso otra vez, vampiro, y derramaré agua bendita por tu garganta y contemplaré como mueres vomitando sangre.

-¡Es suficiente! –la fina y preocupada voz del Inquisidor se elevó como un globo–. ¡No habrá más amenazas! Sólo estoy intentando enseñar a nuestro huésped una lección –él debía de haberse movido hacia delante, porque Simon olía el extraño olor amargo otra vez, amortiguado por la capucha.

-Simon, Simon –dijo Aldertree–, me ha gustado tanto conocerte. Espero que una noche en las celdas del Gard tengan el efecto deseado y que por la mañana seas un poco más colaborador. Todavía veo un brillante futuro para

nosotros, una vez que superemos este contratiempo –su mano se posó sobre el hombro de Simon–. Llévadle abajo, Nephilim.

Simon gritó en voz alta, pero sus gritos fueron amortiguados por la capucha. Los Cazadores de Sombras le arrastraron fuera de la habitación y le propulsaron hacia abajo por lo que parecía una serie sin fin de pasillos como laberintos, girando y torciendo. Finalmente, alcanzaron una serie de escaleras y fue empujado hacia abajo por fuerza principal, sus pies deslizándose sobre los escalones. Él no podía decir nada sobre dónde debían estar, excepto que había un olor pesado y oscuro alrededor de ellos, como de piedra húmeda, y que el aire se estaba haciendo más húmedo y frío mientras descendían. Al fin, se detuvieron. Hubo un sonido chirriante, como de hierro arrastrando sobre piedra, y Simon fue arrojado hacia delante para aterrizar sobre sus manos y rodillas sobre el duro suelo. Hubo un fuerte sonido metálico, como de una puerta siendo cerrada de golpe, y el sonido de pasos en retirada, el eco de botas sobre la piedra haciéndose más débil mientras Simon se tambaleaba sobre los pies. Se retiró la capucha de la cabeza y la lanzó al suelo. La sensación pesada, caliente y sofocante alrededor de su cara desapareció, y luchó por impulsar una bocanada de aire en su respiración, respiración que no necesitaba. Sabía que era sólo un reflejo, pero su pecho le dolía como si realmente hubiera sido privado de aire.

Él estaba en una inhóspita habitación cuadrada de piedra, con sólo una sencilla ventana en el muro sobre una cama pequeña de aspecto duro. Por una puerta baja Simon pudo ver un diminuto baño con un lavabo y un váter. El muro oeste de la habitación estaba también desolado –gruesas barras que parecían de hierro corrían desde el suelo hasta el techo, hundidas profundamente en el suelo. Una puerta articulada de hierro, hecha de barrotes, estaba alojada en el muro; tenía empotrado un pomo dorado, que estaba tallado todo por un lado con una densa runa negra. De hecho, todos los barrotes estaban tallados con runas; incluso los barrotes de la ventana estaban forrados con líneas delgadas y oscuras de ellas. Aunque sabía que la puerta de la celda debía estar cerrada con llave, Simon no pudo resistirse; cruzó a grandes zancadas la habitación y agarró el pomo. Un dolor abrasador se disparó a través de su mano. Dio un grito y lanzó violentamente su brazo hacia atrás, mirando. Delgadas volutas de humo se elevaron desde su palma quemada; un dibujo complicado se le había marcado en la piel. Parecía como una pequeña Estrella de David dentro de un círculo, con delicadas runas dibujadas en cada uno de los espacios que había entre las líneas. Sintió el dolor como un calor blanco. Simon dobló la mano sobre sí misma mientras un grito ahogado se elevaba hasta sus labios.

–¿Qué es esto? –susurró sabiendo que nadie podía oírle.

-Es el Sello de Salomón –dijo una voz-. Contiene, según dicen, uno de los Nombres Verdaderos de Dios. Repele a los demonios, y a los de tu clase también, siendo un artículo de tu fe.

Simon se enderezó rápidamente, medio olvidando el dolor de la mano.

-¿Quién está ahí? ¿Quién dice eso?

Hubo una pausa. Luego...

-Estoy en la celda de al lado, Daylighter –dijo la voz. Era masculina, adulta y ligeramente ronca-. Las protecciones fueron manuscritas a medio día para retenerte. Así que yo no me molestaría en intentar abrirla. Será mejor que reserves tu fuerza hasta que descubras qué es lo que la Clave quiere de ti.

-Ellos no pueden dejarme aquí –protestó Simon-, no pertenezco a este mundo. Mi familia se dará cuenta de que faltó, mis profesores...

-Ellos han tenido cuidado de eso. Hay sencillos hechizos que serían suficientes, un brujo principiante podría usarlos, para proporcionar a tus padres la ilusión de que hay una razón perfectamente legítima para tu ausencia. Una excursión del colegio. Una vistita a la familia. Eso está hecho –no había amenaza en su voz, ni pesar; era realista -¿De verdad crees que ellos nunca han hecho desaparecer a un Submundo antes?

-¿Quién eres? –la voz de Simon se quebró-. ¿Eres también un Submundo? ¿Este es el lugar dónde nos retienen?

Esta vez no hubo respuesta. Simon le llamó otra vez, pero su vecino había decidido evidentemente que había dicho todo lo que quería decir. Nada respondió a los gritos de Simon excepto el silencio. El dolor de su mano se desvanecía. Mirando hacia abajo, Simon vio que la piel ya no parecía quemada, pero la marca del Sello estaba grabada sobre su palma como si hubiera sido dibujada allí con tinta. Volvió la mirada a los barrotes. Ahora se daba cuenta de que no todas las runas eran runas en absoluto: talladas entre ellas había Estrellas de David y líneas de la Torá en hebreo. La talla parecía reciente.

Las protecciones fueron manuscritas a medio día para retenerte, había dicho la voz. Pero esto no se había hecho sólo porque él era un vampiro, de forma ridícula; se había hecho en parte porque él era judío. Ellos habían pasado el medio día tallando el Sello de Salomón en ese pomo de forma que le quemara cuando lo tocara. Habían estado ocupados este tiempo en volver los artículos de su fe en su contra. Por alguna razón la comprensión deshizo la poca serenidad que a Simon le quedaba. Él se hundió en la cama y puso la cabeza sobre las manos.

La calle Princewater estaba oscura cuando Alec regresaba del Gard, las ventanas de las casas cerradas y en sombra, sólo la aislada luz mágica de un farol arrojaba una franja de iluminación blanca sobre los adoquines. La casa de los Penhallow era la más brillante de la manzana –velas

alumbraban en las ventanas, y la puerta de la fachada estaba ligeramente abierta, dejando un tajo de luz amarilla fuera para describir una curva sobre la pasarela del puente.

Jace estaba sentado sobre el murete de piedra que rodeaba el jardín delantero de los Pehallow, su cabello muy brillante bajo la luz del farol más cercano. Él miraba hacia arriba mientras Alec se aproximaba, y temblaba un poco. Llevaba puesta sólo una chaqueta ligera, vio Alec, y el frío había apretado desde que el sol se había puesto. El olor de las últimas rosas flotaba en el aire frío como un ligero perfume. Alec se sentó sobre el murete al lado de Jace.

-¿Has estado aquí fuera esperándome todo este tiempo?

-¿Quién dice que estoy esperándote?

-Fue bien, si es eso por lo que te estabas preocupado. Dejé a Simon con el Inquisidor.

-¿Le *dejaste*? ¿No te quedaste para estar seguro de que todo iba bien?

-Fue bien –repitió Alec–. El Inquisidor dijo que le llevaría personalmente y le enviaría de regreso a...

-El Inquisidor dijo, el Inquisidor dijo –interrumpió Jace–. La última Inquisidor que conocimos se excedía completamente en su mando... Si no hubiera muerto, la Clave la habría relevado de su posición, quizás incluso la habría maldecido. ¿Quién te dice que este Inquisidor no es un demente también?

-Él parecía estar bien –dijo Alec–, simpático incluso. Fue perfectamente educado con Simon. Mira, Jace... Esta es la forma en la que la Clave funciona. Nosotros no tenemos el control de todo lo que ocurre. Pero tienes que confiar en ellos, porque si no todo se volvería un caos.

-Pero ellos han estado fastidiando un montón últimamente, tienes que admitir eso.

-Quizás –dijo Alec–, pero si empiezas a pensar que sabes más que la Clave y más que la Ley, ¿qué te hace mejor que el Inquisidor? ¿O que Valentine?

Jace se estremeció. Parecía como si Alec le hubiera golpeado, o peor. El estómago de Alec se revolvió.

-Lo siento –él alargó la mano –No quería decir que...

Un haz de brillante luz amarilla cruzó el jardín de repente. Alec subió la mirada para ver a Isabelle enmarcada en la puerta principal abierta, luz manando a su alrededor. Ella era sólo una silueta, pero podía decir por las manos en su cadera que estaba enfadada.

-¿Qué estáis *haciendo* aquí fuera? –llamó ella–. Todos se preguntan dónde estáis.

Alec se volvió de nuevo a su amigo.

-Jace...

Pero Jace, poniéndose en pie, ignoró la mano extendida de Alec.

-Será mejor que tengas razón sobre la Clave –fue todo lo que dijo.

Alec observó cómo Jace se iba tirante hacia la casa. Sin convocarla, la voz de Simon vino a su mente. *Ahora me pregunto todo el tiempo cómo vuelves atrás después de algo como eso. Si podremos alguna vez volver a ser amigos otra vez, o si lo que tuvimos está roto en pedazos. No por ella, sino por mí.*

La puerta principal se cerró, dejando a Alec sentado en la media luz del jardín, solo. Cerró los ojos por un momento, la imagen de un rostro se quedó suspendida bajo sus párpados. No el rostro de Jace, para variar. Los ojos de aquel rostro eran verdes, con pupilas de rendija. Ojos de gato. Abriendo los ojos, rebuscó en el interior de su cartera y sacó un bolígrafo y un trozo de papel, rasgado del cuaderno de espiral que usaba como diario. Escribió unas cuantas palabras en él y luego, con su estela, trazó la runa de fuego al final de la página. Prendió más rápido de lo que pensaba; él dejó caer el papel mientras ardía, flotando en el aire como una luciérnaga. Pronto todo lo que había quedado era una fina ceniza a la deriva, esparciéndose como polvo blanco sobre los rosales.

UN PROBLEMA DE MEMORIA

La luz de la tarde despertó a Clary, un haz de pálida luminosidad que se extendía directamente sobre su cara encendía el interior de sus párpados a un cálido rosa. Se agitó inquieta y con cautela abrió los ojos. La fiebre se había ido, así como la sensación esa de sus huesos fundidos y rotos en su interior. Se incorporó y echó un vistazo alrededor con ojos curiosos. Ella estaba en lo que debía ser una habitación libre de Amatis; era pequeña, pintada de blanco, la cama cubierta con una manta tejida con retales. Cortinas de encaje estaban colgadas sobre ventanas redondas, dejando círculos de luz. Se levantó lentamente, esperando que el mareo la tumbara otra vez. No ocurrió. Ella se sentía completamente sana, incluso bien descansada. Saliendo de la cama, bajó la mirada para verse. Alguien le había puesto un almidonado pijama, aunque ahora estaba arrugado y era demasiado grande para ella; las mangas colgaban cómicamente por debajo de sus dedos. Fue hacia una de las ventanas redondas y se esforzó para ver el exterior. Casas de piedra del color del oro viejo se levantaban en el lado de la colina, y los tejados parecían como si hubieran sido recubiertos de bronce. Este lado de la casa miraba para otro lugar diferente al canal, hacia un estrecho jardín lateral que se estaba volviendo castaño y oro con el otoño. Una rejilla trepaba por ese lado; una última rosa sencilla colgaba de él, dejando caer pétalos marrones. El pomo de la puerta repiqueteó, y Clary volvió a toda prisa a la cama justo antes de que Amatis entrara sosteniendo una bandeja en las manos. Ella elevó las cejas cuando vio que Clary estaba despierta, pero no dijo nada.

-¿Dónde está Luke? –exigió Clary, acercándose más la manta por comodidad.

Amatis puso la bandeja sobre la mesa que estaba junto a la cama. Había un tazón con algo caliente, y algunas rebanadas de pan con mantequilla.

-Deberías comer algo –dijo ella–. Te sentirás mejor.

-Me siento bien –dijo Clary–. ¿Dónde está Luke?

Había una silla de alto respaldo al lado de la mesa; Amatis se sentó en ella, cruzó las manos sobre las rodillas y contempló a Clary con tranquilidad. A la luz del día Clary pudo ver con mayor claridad las líneas de su rostro, ella parecía muchos años mayor que la madre de Clary, aunque ellas no eran muy lejanas aparte de la edad. Su cabello castaño

estaba salpicado de gris, sus ojos ribeteados de rosa oscuro, como si ella hubiera llorado.

-Él no está aquí.

-No está aquí como que acaba de bajar al colmado a por seis packs de Coca-Cola Light y una caja de donuts Krispy Kreme, o no está aquí como...

-Se marchó esta mañana, en torno al amanecer, después de pasar toda la noche a tu lado. Sobre su destino, no fue específico –el tono de Amatis era seco, y si Clary no se hubiera sentido tan mal, se habría sentido sorprendida de comprobar que aquello le hacía sonar muy parecido a Luke–. Cuando él vivía aquí, antes de abandonar Idris, después de que él fuera... Transformado... Lideraba una manada de lobos que tenía su hogar en el Bosque de Brocelind. Dijo que iba a volver con ellos, pero no dijo por qué o por cuánto tiempo... Sólo que estaría de vuelta en unos días.

-Y simplemente... ¿Me dejó aquí? ¿Se supone que debo quedarme sentada sin hacer nada y esperarle?

-Bueno, no podía llevarte con él fácilmente, ¿no? –preguntó Amatis–. Y no será fácil para ti volver a casa. Violaste la Ley al venir aquí como lo hiciste, y la Clave no pasará por alto eso, ni será generoso en cuanto a dejarte ir.

-No quiero volver a casa –Clary intentó recomponerse–. Vine aquí para... Para encontrar a alguien. Tengo algo que hacer.

-Luke me lo contó –dijo Amatis–. Déjame darte un consejo... Sólo encontrarás a Ragnor Fell si él quieres ser hallado.

-Pero...

-Clarissa –Amatis tenía un aire especulativo–, estamos esperando un ataque de Valentine en cualquier momento. Casi todos los Cazadores de Sombras en Idris están aquí en la ciudad, bajo las protecciones. Quedarte en Alicante es lo más seguro para ti.

Clary se quedó helada. Racionalmente, las palabras de Amatis tenían sentido, pero esto no hacía mucho por acallar su voz interior gritando que ella no podía esperar. Tenía que encontrar a Ragnor Fell *ahora*; tenía que salvar a su madre *ahora*, tenía que ir *ahora*. Ella aplacó su pánico e intentó hablar de un modo informal.

-Luke nunca me dijo que tuviera una hermana.

-No –dijo Amatis–, no tendría por qué hacerlo. Nosotros no somos... Muy cercanos.

-Luke dijo que tu apellido era Herondale –dijo Clary–. Pero ese es el apellido de la Inquisidor. ¿No?

-Ese era –dijo Amatis, y su rostro se tensó como si las palabras le dolieran–. Ella fue mi suegra.

¿Qué era lo que Luke le había contado a Clary sobre la Inquisidor? Que ella había tenido un hijo, que se casó con una mujer con “lazos familiares no deseables.”

-¿Estuviste casada con Stephen Herondale?

Amatis parecía sorprendida.

-¿Conoces su nombre?

-Sí... Luke me lo contó... Pero creía que su mujer había muerto. Pensé que por eso la Inquisidor era tan... *-horrible*, quiso decir ella, pero parecía cruel hacerlo-, tan amargada –dijo ella finalmente.

Amatis alcanzó el tazón que había traído; su manó temblaba un poco mientras la levantaba.

-Sí, ella murió. Se suicidó. Esa era Céline... La segunda esposa de Stephen. Yo fui la primera.

-¿Te divorciaste?

-Algo parecido –Amatis le tendió el tazón bruscamente a Clary-. Toma, bébete esto. Tienes que poner algo en tu estómago.

Distraída, Clary tomó el tazón y dio un sorbo a un buche caliente. El líquido en su interior era rico y salado... No era té, como había pensado, sino sopa.

-Okey –dijo ella-. Así que, ¿qué ocurrió?

Amatis estaba mirando a la lejanía.

-Estábamos en el Círculo, Stephen y yo, junto a todos los demás. Cuando Luke fue... Cuando pasó lo que le ocurrió a Luke, Valentine necesitó un nuevo primer teniente. Eligió a Stephen. Y cuando eligió a Stephen, decidió que quizás no era digna como esposa de su amigo más cercano y asesoró que alguien cuyo hermano era...

-Un hombre lobo.

-Él utilizó otra palabra –Amatis sonaba glacial-. Convenció a Stephen de que anulara nuestro matrimonio y de que él mismo le encontrara otra esposa, una que Valentine había escogido para él. Céline era joven... Tan completamente obediente.

-Eso es horrible.

Amatis sacudió la cabeza con una risa crispada.

-Eso fue hace mucho tiempo. Stephen fue amable, supongo... Me dejó esta casa y se mudó a la casa solariega de los Herondale con sus padres y Céline. Nunca le vi más después de eso. Dejé el Círculo, por supuesto. Ellos ya no me habrían querido. La única de ellos que todavía me visitaba era Jocelyn. Ella incluso me decía cuándo se iba a ver a Luke... –se apartó el agrisado cabello tras las orejas-. Ella oyó lo que le ocurrió a Stephen en el Alzamiento una vez que todo terminó. Y a Céline... Yo la había odiado, pero lo sentí mucho por ella luego. Se cortó las venas, dijeron ellos... Sangre por todas partes... –ella respiró profundamente-. Vi a Imogen después en el funeral de Stephen, cuando pusieron su cuerpo en el mausoleo de los Herondale. Ella ni siquiera pareció reconocerme. La

hicieron Inquisidor poco tiempo después. La Clave creyó que no había nadie que diera caza a los primeros miembros del Círculo con menos piedad que ella... Y estaban en lo cierto. Si ella podía lavar sus recuerdos de Stephen con su sangre, lo haría.

Clary pensó en los fríos ojos de la Inquisidor, su mirada afilada y dura, e intentó sentir lástima por ella.

-Creo que eso la volvió loca –dijo ella–, completamente loca. Ella fue terrible conmigo... Pero aún peor con Jace. Era como si lo quisiera muerto.

-Eso tiene sentido –dijo Amatis–. Te pareces a tu madre, y tu madre te crió, pero tu hermano... –ella ladeó la cabeza hacia un lado–. ¿Se parece él tanto a Valentine como tú a Jocelyn?

-No –dijo Clary–. Jace sólo se parece a sí mismo –un temblor la recorrió con el pensamiento de Jace–. Él está aquí en Alicante –dijo ella pensando en voz alta–. Si pudiera verle...

-No –Amatis habló con aspereza–. No puedes dejar la casa. Ni ver a nadie. Y definitivamente nada de ver a tu hermano.

-¿No dejar la casa? –Clary estaba horrorizada–. ¿Quieres decir que estoy encerrada aquí? ¿Cómo una prisionera?

-Es sólo por un día o dos –Amatis la amonestó–, y además, no estás bien. Necesitas recobrarte. El agua del lago casi te mata.

-Pero Jace...

-Es uno de los Lightwood. No puedes pasarte por allí. En el momento en que te vean, le dirán a la Clave que estás aquí. Y entonces no serás la única que tenga problemas con la Ley. Luke también.

Pero los Lightwood no me entregarán a la Clave. Ellos no harían eso... Las palabras murieron en sus labios. No habría manera en la que ella fuera capaz de convencer a Amatis de que los Lightwood que conoció hacía quince años ya no existían, que Robert y Maryse ya no eran fanáticos ciegos y fieles. Esta mujer podía ser la hermana de Luke, pero era todavía una extraña para Clary. Era casi una extraña para Luke. Él no la había visto en seis años, ni siquiera había mencionado que existía. Clary se echó hacia atrás contra las almohadas, fingiendo cansancio.

-Está bien –dijo ella–. No me siento bien. Creo que es mejor que duerma algo.

-Buena idea –Amatis se inclinó hacia delante y tomó el tazón vacío de su mano–. Si quieres tomar una ducha, el baño está frente al salón. Y hay un baúl con mis antiguas ropas a los pies de la cama. Pareces tener una talla parecida a la mía cuando tenía tu edad, así que te vendrán bien. A diferencia de ese pijama –añadió ella con una sonrisa, una débil sonrisa que Clary no devolvió. Ella estaba ocupada luchando por contener el impulso de porracear con los puños contra el colchón por la frustración.

En el momento en el que la puerta se cerró tras Amatis, Clary saltó de la cama y se dirigió al baño, esperando que estar bajo el agua caliente le

ayudara a aclarar la cabeza. Para su alivio, a pesar de todos los usos antiguos, los Cazadores de Sombras parecían creer en las instalaciones modernas y en el agua corriente fría y caliente. Había incluso jabón con un marcado perfume cítrico para lavarse el persistente olor del Lago Lyn en su cabello. Pasado el tiempo ella salió, envuelta en dos toallas, sintiéndose mucho mejor.

En el dormitorio ella hurgó en el baúl de Amatis. Sus ropas estaban guardadas cuidadosamente entre capas de limpio papel. Había lo que parecían ropas escolares –jerséis de lana merina con una insignia, que parecía como cuatro ces espalda con espalda, cosida sobre el bolsillo del pecho; faldas plisadas, y camisas con botones en el cuello y con mangas estrechas. Había un vestido blanco envuelto en capas de papel de tisú –un traje de novia, pensó Clary, y lo dejó aparte con cuidado. Debajo había otro vestido, éste hecho de seda plateada, con delgadas tirantas enjoradas que sostenían su tenue peso. Clary no podía imaginar a Amatis con él, pero – *Este es el tipo de cosa que mi madre podría haber llevado cuando bailaba con Valentine*, ella no pudo evitar pensarlo, y dejó el vestido de nuevo en el baúl, su suave textura y fresca contra sus dedos. Y entonces, encontró una equipación de Cazador de Sombras, guardada muy al fondo. Clary sacó aquellas ropas y las extendió con curiosidad sobre las rodillas. La primera vez que ella había visto a Jace y a los Lightwood, llevaban su equipación de combate: ceñidas partes de arriba y pantalones de material oscuro y resistente. De cerca pudo ver que el material no era elástico sino rígido, una fina piel golpeada monótonamente hasta que llega a ser flexible. Había una chaqueta tipo top de cremallera y pantalones que tenían complicados cinturones en bucles. Los cinturones de los Cazadores de Sombras eran grandes y resistentes, para colgar en ellas las armas.

Ella, por supuesto, debería usar uno de los jerséis y quizás una falda. Eso sería lo que probablemente Amatis había querido que hiciera. Pero algo en la equipación de combate la llamó; había sentido curiosidad, siempre se preguntó cómo se sentiría... Pocos minutos después las toallas estaban colgando sobre la barra de los pies de la cama y Clary se estaba contemplando en el espejo con sorpresa y no poca diversión. La equipación le quedaba bien –estaba ajustada pero no demasiado, y abrazaba las curvas de sus piernas y pecho. De hecho, la hacía parecer como si *tuviera* curvas, lo que era una novedad. No podía hacerla parecer imponente –ella dudaba que nada pudiera conseguir eso– pero al menos parecía más alta, y su cabello contra el material negro era extraordinariamente brillante. De hecho, –*Me parezco a mi madre*, pensó Clary con una sacudida. Y lo parecía. Jocelyn siempre había tenido una esencia de fortaleza férrea bajo su apariencia de muñeca. Clary a menudo se había preguntado qué había ocurrido en el pasado de su madre que la había hecho del modo que era – fuerte y estricta, tenaz y sin miedo. *¿Se parece tu hermano tanto a*

Valentine como tú te pareces a Jocelyn? Había preguntado Amatis, y Clary había querido responder que ella no se parecía en absoluto a su madre, que su madre era bella y ella no. Pero la Jocelyn que Amatis había conocido era la chica que había conspirado para derribar a Valentine, que había forjado en secreto una alianza de Nephilim y Submundos que había acabado con el Círculo y salvado los Acuerdos. *Esa* Jocelyn nunca habría estado de acuerdo con permanecer tranquilamente dentro de esta casa y esperar mientras todo en su mundo se desmorona. Sin detenerse a pensarlo, Clary cruzó la habitación y echó de un golpe el pestillo de la puerta cerrándola. Luego fue a la ventana y la empujó para abrirla. El enrejado estaba allí, pegado a la pared de piedra como *–como una escalera de mano*, se dijo Clary a sí misma. *Exactamente como una escalera de mano, y las escaleras son perfectamente seguras.*

Tomando aire profundamente, se encaramó al alféizar de la ventana.

Los guardias volvieron a por Simon a la mañana siguiente, sacudiéndolo hasta despertarlo de su ya de por sí intermitente sueño plagado con extrañas visiones. Esta vez ellos no le taparon los ojos cuando lo llevaban de vuelta a las escaleras, y echó una rápida ojeada con disimulo a través de la puerta de barrotes de la celda de al lado. Si él esperaba obtener un vistazo del dueño de la voz ronca que le había hablado la noche pasada, iba a quedar decepcionado. La única cosa visible a través de los barrotes era lo que parecía una pila de harapos desechados.

Los guardias se apresuraron con Simon a lo largo de una serie de pasillos grises, raudos a amenazarle si miraba demasiado tiempo en alguna dirección. Finalmente, llegaron hasta el centro de una sala suntuosamente decorada con papel pintado. Había retratos sobre las paredes de diferentes hombres y mujeres con el atuendo de Cazadores de Sombras, los marcos decorados con diseños de runas. Debajo de uno de los retratos más grandes había un sofá rojo sobre el que el Inquisidor estaba sentado, sosteniendo lo que parecía una copa de plata en la mano. Se la ofreció a Simon.

–¿Sangre? –preguntó él–. Debes estar hambriento a estas alturas.

Él alargó la copa hacia Simon, y la visión del líquido rojo dentro de ella le golpeó exactamente igual que el olor. Sus venas le tiraban hacia la sangre, como hilos bajo el control de un titiritero. La sensación era desagradable, casi dolorosa.

–¿Es...humana?

Aldertree se rió entre dientes.

–¡Hijo mío! No seas ridículo. Es sangre de venado. Perfectamente fresca.

Simon no dijo nada. Su labio inferior se rasgó allí donde sus colmillos se habían deslizado desde las fundas, y probó el sabor de su propia sangre

en la boca. Esto le llenó de náusea. La cara de Aldertree se arrugó como una ciruela pasa.

-Oh, querido –él se giró hacia los guardias–. Ahora déjenos, caballeros –dijo él, y ellos se giraron para marcharse. Sólo el Cónsul hizo una pausa en la puerta, volviéndose para mirar a Simon con una mirada de inconfundible repugnancia.

-No, gracias –dijo Simon a través del espesor de su boca–. No quiero la sangre.

-Tus colmillos dicen otra cosa, joven Simon –replicó Aldertree cordial–. Aquí. Tómala.

Él le alargó la copa, y el olor de sangre parecía estar por toda la habitación, como el perfume de rosas por un jardín. Los incisivos de Simon se lanzaron hacia abajo, completamente extendidos ahora, clavándose en su labio. El dolor era como una bofetada; él se movió hacia delante, casi sin voluntad propia, y arrebató la copa de la mano del Inquisidor. Él la vació en tres tragos, luego, dándose cuenta de lo que había hecho, la puso sobre el brazo del sofá. Su mano estaba temblando. *Inquisidor uno*, pensó él. *Yo cero*.

-Confío en que tu noche en las celdas no fuera demasiado desagradable. Éstas no pretenden ser cámaras de tortura, mi niño, más bien las líneas de un espacio que inste a la reflexión. Yo encuentro que la reflexión centra por completo la mente, ¿tú no? Esencial para aclarar el pensamiento. Espero que tú hayas alcanzado alguna idea en ellas. Pareces un joven pensativo –el Inquisidor ladeó la cabeza–. Llevé esa manta abajo para ti con mis propias manos, sabes. No habría querido que cogieras frío.

-Soy un vampiro –dijo Simon–. Nosotros no tenemos frío.

-Oh –el Inquisidor pareció desilusionado.

-Agradecí las Estrellas de David y el Sello de Salomón –añadió Simon secamente–. Siempre es agradable ver que alguien toma interés por mi religión.

-¡Oh, sí, por supuesto, por supuesto! –resplandecía Aldertree–. Maravillosas, ¿no? ¿Las tallas? Absolutamente encantadoras, y por supuesto infalibles. ¡Imagino que cualquier intento de tocar la puerta de la celda quemaría enseguida la piel de tu mano! –él se rió, evidentemente divertido ante el pensamiento–. En cualquier caso, ¿podrías dar un paso hacia atrás por mí, niño mío? Sólo como un favor, por puro favor, tú me entiendes.

Simon dio un paso atrás. No ocurrió nada, pero los ojos del Inquisidor se ensancharon, la piel hinchada de alrededor de ellos parecía estirada y brillante.

-Ya veo –respiró él.

-¿Ves el qué?

-Mira dónde estás, joven Simon. Mira sobre ti.

Simon echó un vistazo alrededor –nada había cambiado en la habitación, y le llevó un momento darse cuenta de lo que Aldertree quiso decir. Él estaba de pie bajo una brillante franja de sol que entraba en ángulo por una alta ventana que había sobre él. Aldertree estaba casi retorciéndose por la excitación.

-Estás bajo la luz directa del sol, y no está teniendo efecto alguno sobre ti. Casi no lo creería... Quiero decir, me lo contaron, por supuesto, pero yo no había visto nunca algo así antes.

Simon no dijo nada. No parecía que hubiera nada que decir.

-La pregunta para ti, por supuesto –continuó Aldertree–, es si sabes por qué eres así.

-Quizás sólo es que soy más bonito que los otros vampiros –Simon sintió inmediatamente haber hablado. Los ojos de Aldertree se estrecharon y una vena sobresalía de su sien como un gordo gusano. Estaba claro que no le gustaban las bromas a menos que fuera él quien las hiciera.

-Muy divertido, muy divertido –dijo él–. Déjame preguntarte esto: ¿Has sido un Daylighter desde el momento en el que te alzaste de la tumba?

-No –Simon habló con cuidado–. No. Al principio, el sol me quemaba. Incluso un haz de luz de sol chamuscaba mi piel.

-En efecto –Aldertree hizo un enérgico movimiento de cabeza, como si decir aquello fuera el modo en que las cosas debían ser–. Entonces, ¿cuándo fue la primera vez que notaste que podías caminar a la luz del día sin dolor?

-Fue la mañana después de la gran batalla en el buque de Valentine...

-Durante la que Valentine te tuvo cautivo, ¿es eso correcto? Él te había capturado y te tenía prisionero en el barco, con el fin de usar tu sangre para completar el Ritual de la Conversión Infernal.

-Supongo que tú sabes todo ya –dijo Simon–. Apenas me necesitas.

-Oh, no. ¡No, en absoluto! –gritó Aldertree, levantando las manos. Él tenía las manos muy pequeñas, notó Simon, tan pequeñas que parecían un poco fuera de lugar al final de sus rechonchos brazos–. ¡Tú tienes tanto que aportar, mi querido chico! Por ejemplo, no puedo remediar preguntarme si hubo algo que pasara en el barco, algo que te *cambió*. ¿Hay algo que tú puedas pensar?

Yo bebí la sangre de Jace, pensó Simon, medio inclinado para repetir esto al Inquisidor sólo para ser desagradable –y entonces, con una sacudida, se dio cuenta, *Había bebido la sangre de Jace*. ¿Podía ser eso lo que le cambió? ¿Era eso posible? Y si era posible o no, ¿podía contarle al Inquisidor lo que Jace había hecho? Proteger a Clary era una cosa; proteger a Jace otra. Él no le debía nada a Jace. Excepto que eso no era estrictamente verdad. Jace le había ofrecido su sangre para beber, había salvado su vida con eso. ¿Habría hecho eso otro Cazador de Sombras por un vampiro? E incluso si lo había hecho sólo por el bien de Clary,

¿importaba eso? Se recordó a sí mismo diciendo, *Te pude haber matado*. Y Jace: *Te habría dejado*. No le había contado en qué tipo de problema podría meterse Jace si la Clave sabía que él había salvado la vida de Simon, y cómo.

-No recuerdo nada del barco –dijo Simon–. Creo que Valentine debió drogarme o algo.

El rostro de Aldertree cayó.

-Esa es una noticia terrible. Terrible. Siento tanto oírla

-Yo también lo siento –dijo Simon, aunque él no lo sentía.

-Así que, ¿no hay ni una cosa que recuerdes? ¿Ningún detalle lleno de color?

-Sólo recuerdo que perdí el conocimiento cuando Valentine me atacó, y luego me desperté más tarde sobre... Sobre la camioneta de Luke, que se dirigía a casa. No recuerdo nada más.

-Oh querido, oh querido –Aldertree tiró de su capa alrededor de él–. Veo que los Lightwood parecen haberte tomado cariño, pero los otros miembros de la Clave no son tan... Comprensivos. Fuiste capturado por Valentine, saliste de esta confrontación con un nuevo poder peculiar que no tenías antes, y ahora has encontrado tu camino al corazón de Idris. ¿Ves lo que esto parece?

Si el corazón de Simon hubiera sido aún capaz de latir, se habría desbocado.

-¿Cree que soy un espía de Valentine?

Aldertree parecía estupefacto.

-Niño mío, niño mío... Yo confío en ti, por supuesto. ¡Confío en ti implícitamente! Pero la Clave, oh, la Clave, me temo que ellos pueden ser muy desconfiados. Nosotros estábamos tan esperanzados de que fueras capaz de ayudarnos. Ya ves... Y no debería estar contándote esto, pero siento que puedo confiar en ti, querido... La Clave tiene un problema terrible.

-¿La Clave? –Simon se sintió aturdido–. Pero, ¿qué tiene que ver eso con...

-Verás –Aldertree continuó–, la Clave está dividida en dos... En una guerra consigo misma, podrías llamarlo así, en tiempo de guerra. Se cometieron errores, por parte de la anterior Inquisidor y de otros... Quizás sea mejor no entrar en esto. Pero verás, la autoridad de la Clave, del Cónsul y del Inquisidor, están bajo duda. Valentine siempre parece estar un paso por delante de nosotros, como si conociera nuestros planes por adelantado. El Concilio no escuchará mi consejo o el de Malachi, no después de lo que ha ocurrido en Nueva York.

-Yo creía que era la Inquisidor...

-Y Malachi fue quien la designó. Ahora, por supuesto, él no tiene ni idea de que ella se fuera a volver tan loca como lo hizo.

-Pero –dijo Simon un poco agriamente–, está la cuestión de lo que esto parece.

La vena se hinchó de nuevo en la frente de Aldertree.

-Inteligente –dijo él–. Y estás en lo cierto. Las apariencias son importantes, y en ningún sitio tanto como en la política. Puedes ejercer el mando sobre la masa, siempre que tengas *una buena historia* –él se echó hacia delante, sus ojos fijos en los de Simon–. Ahora déjame *contarte* una historia. Es algo como esto. Los Lightwood estuvieron una vez en el Círculo. Hasta cierto punto, ellos se retractaron y se les concedió la misericordia de quedar expulsados de Idris, fueron a Nueva York y llevaron el Instituto allí. La comprobación de su inocencia comenzó a hacerles ganar de nuevo la confianza de la Clave. Pero todo lo que ellos sabían era que Valentine estaba vivo. Que fueron *sus* siervos leales. Ellos acogieron a su hijo...

-Pero ellos no sabían...

-¡Cállate! –gruñó el Inquisidor, y Simon cerró la boca–. Ellos le ayudaron a encontrar los Instrumentos Mortales y le asistieron en el Ritual de Conversión Infernal. Cuando la Inquisidor descubrió lo que secretamente estaban haciendo, ellos se las arreglaron para asesinarla durante la batalla en el barco. Y ahora vienen aquí, al corazón de la Clave, a espiar nuestros planes y revelárselos a Valentine tal como son, de forma que él pueda derrotarnos y, en última instancia, que todos los Nephilim se dobleguen a su voluntad. Y ellos te han traído con ellos... Tú, un vampiro que puede soportar la luz del sol... Para distraernos de sus verdaderos planes: hacer regresar el Círculo a su antigua gloria y destruir la Ley –el Inquisidor se echó hacia delante, sus ojos de cerdito relucientes–. ¿Qué te parece esta historia, vampiro?

-Creo que es una demencia –dijo Simon–. Y sus agujeros son más grandes que los de la Kent Avenue en Brooklyn... Qué, a propósito, no ha sido repavimentada en años. No sé qué esperas lograr con esto...

-¿Esperas? –hizo eco Aldertree–. Yo no espero, Submundo. Sé de todo corazón. Sé que es mi sagrada obligación salvar la Clave.

-¿Con una mentira? –dijo Simon.

-Con una historia –dijo Aldertree–. Grandes políticos tejen cuentos para inspirar a su gente.

-No hay nada inspirador en culpar a los Lightwood de todo...

-Alguien debe ser sacrificado –dijo Aldertree. Su rostro brilló con una luz sudada–. Una vez el Concilio tenga un enemigo común, y una razón para confiar en la Clave otra vez, se unirán. ¿Qué es el coste de una familia sopesando todo esto? De hecho, dudo que les ocurra nada a los chicos de los Lightwood. Ellos no serán castigados. Bueno, quizás el mayor. Pero los otros...

-No puedes hacer eso –dijo Simon–. Nadie creará esa historia.

-La gente cree lo que quiere creer –dijo Aldertree–, y la Clave quiere a alguien a quien culpar. Yo puedo darles eso. Todo lo que necesito eres tú.

-¿Yo? ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

-Confiesa –el rostro del Inquisidor estaba de color escarlata por la excitación ahora–, confiesa que eres un siervo de los Lightwood, que todos vosotros estáis aliados con Valentine. Confiesa y seré indulgente contigo. Te enviaré de vuelta con los tuyos. Lo juro. Pero necesito tu confesión para hacer que la Clave crea.

-Quieres que yo confiese una mentira –dijo Simon.

Él sabía que estaba repitiendo exactamente lo que el Inquisidor había dicho ya, pero la cabeza le daba vueltas; no parecía poder aprehender un solo pensamiento. Los rostros de los Lightwood daban vueltas en su cabeza... Alec, conteniendo la respiración en el sendero hacia el Gard; los oscuros ojos de Isabelle volviéndose hacia los suyos; Max volcado sobre un libro. Y Jace. Jace era uno de ellos, tanto como si compartiera la sangre de los Lightwood. El Inquisidor no había dicho su nombre, pero Simon sabía que Jace pagaría con el resto de ellos. Y lo que él sufriera, Clary lo sufriría. ¿Cómo había pasado esto? Pensó Simon, ¿Qué él estuviera envuelto con estas personas... Personas que lo veían sólo como un Submundo, o como un medio humano como mucho? Él elevó los ojos hacia los del Inquisidor. Los de Aldertree eran un extraño carbón negro; mirar dentro de ellos era como mirar en la oscuridad.

-No –dijo Simon–. No, no lo haré.

-Esa sangre que te di –dijo Aldertree–, es toda la sangre que verás hasta que me des una respuesta diferente –no había amabilidad en su voz, ni siquiera falsa amabilidad–. Te sorprendería lo sediento que puedes llegar a estar.

Simon no dijo nada.

-Otra noche en las celdas, entonces –dijo el Inquisidor poniéndose en pie y alcanzando una campana para llamar a los guardias–. Se está muy tranquilo allí abajo, ¿no? Encuentro que una atmósfera pacífica puede ayudar con un problemilla de memoria... ¿No?

Aunque Clary se decía a sí misma que recordaba el camino que había hecho con Luke la noche anterior, esto no era completamente verdad. Dirigirse hacia el centro de la ciudad parecía la mejor apuesta para conseguir direcciones, pero una vez que encontró el patio de piedra con el pozo en desuso, no pudo recordar si giraba a la izquierda o la derecha desde él. Ella giró a la izquierda, sumergiéndose en una madriguera de retorcidas calles, cada una más parecida a la siguiente, y con cada giro se encontraba más desesperadamente perdida que en la anterior. Finalmente, emergió a una calle ancha repleta de tiendas. Los peatones se lanzaban por ambos lados de la acera, ninguno de ellos le devolvía una segunda mirada. Unos

cuantos de ellos estaban vestidos también con la equipación de combate, aunque la mayoría no la llevaban: hacía fresco fuera, y los largos abrigos anticuados eran la orden del día. El viento era rápido y enérgico, y con una punzada Clary pensó en su verde abrigo de terciopelo, colgado muerto de risa en el dormitorio de Amatis.

Luke no había estado mintiendo cuando dijo que los Cazadores de Sombras habían venido de todas las partes del mundo para la Cumbre. Clary pasó junto a una mujer india con un precioso sari dorado, un par de espadas curvas colgaban de una cadena que llevaba alrededor de su cintura. Un hombre alto, de piel oscura, con una angulosa cara azteca estaba mirando un escaparate lleno de armamento; brazaletes hechos del mismo material duro y brillante que las torres del demonio rodeaban sus muñecas. Más abajo en la calle un hombre con toga blanca consultaba lo que parecía un callejero. Verle dio a Clary el valor para dirigirse a una mujer que pasaba con un abrigo de pesado brocado y le preguntó por el camino a la Calle Princewater. Si iba a haber alguna vez un momento en el que los habitantes de la ciudad no fueran a ser forzosamente desconfiados con aquellos que no parecían saber a dónde iban, era este. Su instinto fue acertado; sin rastro de vacilación la mujer le dio una serie de apresuradas indicaciones.

-Y luego a la derecha al final del Canal Oldcastle y sobre el puente de piedra, ahí es dónde encontrarás Princewater –ella le dedicó una sonrisa a Clary–. ¿Visitando a alguien en particular?

-A los Penhallow.

-Oh, esa es la casa azul con ribete dorado, se apoya sobre el canal. Es grande... No tiene pérdida.

Ella tenía razón a medias. Era grande, pero Clary caminó directa en su busca antes de darse cuenta del error de la mujer y virar bruscamente sobre sus pies para mirar otra vez. En realidad era más añil que azul, pensó ella, pero luego entendió que no todo el mundo percibe los colores de esa manera. La mayoría de la gente no podía decir la diferencia entre el amarillo limón y el azafrán. ¡Como si tan siquiera fueran cercanos el uno al otro! Y el ribete sobre la casa no era dorado; era de bronce. Un bonito bronce oscurecido, como si la casa hubiera estado allí durante años, y probablemente lo había estado. Todo en este lugar era tan antiguo...

Es suficiente, se dijo Clary. Siempre hacía eso cuando estaba nerviosa, dejar vagar su mente a toda suerte de direcciones aleatorias. Ella frotó las manos contra los laterales de los pantalones; sus palmas estaban frías y húmedas por el sudor. El material se sentía áspero y seco contra su piel, como escamas de serpiente. Ella subió los escalones y tomó el pesado llamador de la puerta. Tenía la forma de un par de alas de ángel, y cuando ella lo dejó caer, pudo oír el sonido haciendo eco como el doblar de una

campana enorme. Un instante después la puerta se abrió e Isabelle Lightwood estuvo sobre el umbral, sus ojos anchos por el shock.

-¿Clary?

Clary sonrió débilmente.

-Hola, Isabelle.

Isabelle se echó contra la jamba de la puerta, su expresión sombría.

-Oh, mierda.

Ya de vuelta a la celda Simon se desplomó en la cama, escuchando los pasos de los guardias en retirada cuando se apartaron de la puerta. Otra noche. Otra noche allí abajo en prisión, mientras el Inquisidor esperaba que él “recordara”. *Verás lo que parece*. Ni en todos sus peores miedos, ni en sus peores pesadillas, se le había ocurrido nunca a Simon que nadie pudiera pensar que él estaba aliado con Valentine. Valentine odiaba a los Submundos, eso era bien sabido. Valentine le había apuñalado y drenado su sangre, dejándole morir. Aunque, había que reconocer que el Inquisidor no sabía eso.

Hubo un crujido al otro lado de la pared de la celda.

-Tengo que admitirlo, me pregunté si volverías –dijo la voz ronca que Simon recordaba de la noche anterior–. ¿Deduzco que no diste al Inquisidor lo que quería de ti?

-Yo no pienso así –dijo Simon aproximándose al muro. Recorrió con los dedos la piedra como para buscar una grieta en ella, algo a través de lo que pudiera ver, pero no había nada–. ¿Quién eres?

-Es un hombre testarudo, Aldertree –dijo la voz, como si Simon no hubiera hablado–. Él sigue intentándolo.

Simon se echó contra el húmedo muro.

-Entonces supongo que estaré aquí abajo bastante tiempo.

-Supongo que no estás dispuesto a contarme qué es lo que él quería de ti.

-¿Por qué quieres saberlo?

La risa que contestó a Simon sonaba como metal raspando contra piedra.

-Llevo en esta celda mucho más que tú, Daylighter, y como puedes ver, no hay mucho para mantener la mente ocupada. Cualquier distracción ayuda.

Simon puso las manos sobre su estómago. La sangre de venado le había quitado un borde de hambre, pero no había sido suficiente. Su cuerpo todavía sentía dolor por la sed.

-Sigues llamándome eso –dijo él–. Daylighter.

-Escuché a los guardias hablar sobre ti. Un vampiro que puede caminar bajo la luz del sol. Nadie había visto nunca algo así antes.

-Y ya tienes una palabra para ello. Qué práctico.

-Es una palabra del Submundo, no de la Clave. Ellos tienen leyendas sobre criaturas como tú. Me sorprende que no sepas eso.

-No llevo siendo Submundo precisamente mucho tiempo –dijo Simon–. Y tú pareces saber mucho sobre mí.

-A los guardias les gusta el cotilleo –dijo la voz–, y los Lightwood aparecieron por el Portal con un vampiro sangrando moribundo, esa es una buena parte del cotilleo. Aunque tengo que decir que no esperaba que aparecieras por aquí... No hasta que comenzaron a preparar la celda para ti. Me sorprende que los Lightwood no se hayan levantado por eso.

-¿Por qué tendrían que hacerlo? –dijo amargamente Simon–. No soy nada. Soy un Submundo.

-Quizás para el Cónsul –dijo la voz–, pero los Lightwood...

-¿Qué pasa con ellos?

Hubo una corta pausa.

-Aquellos Cazadores de Sombras que viven fuera de Idris, especialmente aquellos que llevan Institutos, tienden a ser más tolerantes. La Clave local, por otro lado, es un poco más... Cerrada.

-¿Y qué me dices de ti? –dijo Simon–. ¿Eres un Submundo?

-¿*Un submundo*? –Simon no podía estar seguro pero había un filo de enfado en la extraña voz, como si él se molestara por la pregunta–. Mi nombre es Samuel, Samuel Blackburn. Soy un Nephilim. Hace años estuve en el Círculo, con Valentine. Maté encarnizadamente Submundos en el Levantamiento. No *soy* uno de ellos.

-Oh –Simon tragó. Su boca sabía a sal. Los miembros del Círculo de Valentine habían sido capturados y castigados por la Clave, recordó, excepto aquellos como los Lightwood que lograron hacer tratos o aceptar el exilio en canje por el perdón.

-¿Has estado aquí abajo desde entonces?

-No. Después del Levantamiento, me escabullí de Idris antes de que pudiera ser atrapado. Estuve lejos durante años, *años*... Hasta que, como un idiota, pensando que había sido olvidado, volví. Por supuesto, me capturaron en el mismo momento en que regresé. La Clave tiene sus sistemas de rastreo de enemigos. Me arrastraron frente a la Inquisidor, y fui interrogado durante días. Cuando terminaron, me tiraron aquí –Samuel suspiró–. En francés este tipo de cárceles se llaman un *oubliette*. Lo que significa “un lugar olvidado.” Es donde echas la basura que no quieres recordar, de forma que se pueda pudrir sin que te moleste con su hedor.

-Bien. Soy un Submundo, así que soy una basura. Pero tú no. Eres un Nephilim.

-Soy un Nephilim que estuvo aliado con Valentine. Eso no me hace mejor que tú. Peor, incluso. Soy un renegado.

-Pero hay muchos otros Cazadores de Sombras que fueron miembros del Círculo, los Lightwood y los Penhallow...

-Ellos se retractaron. Dieron la espalda a Valentine. Yo no.

-¿Tú no? Pero, ¿por qué no?

-Porque temo más a Valentine que a la Clave –dijo Samuel–, y si fueras sensato, Daylighter, tú también lo harías.

-¡Pero no se suponía que estabas en Nueva York! –exclamó Isabelle–. Jace dijo que habías cambiado de parecer en lo de venir. ¡Dijo que querías quedarte con tu madre!

-Jace mintió –dijo Clary rotundamente –Él no me quería aquí, así que me mintió sobre cuándo ibais a ir, y luego os ha mentado a vosotros sobre mi cambio de parecer. ¿Recuerdas cuando me dijiste que él nunca mentía? Eso *no* es verdad.

-Normalmente nunca lo hace –dijo Isabelle, que se puso pálida–. Espera, ¿has venido aquí... Quiero decir, ¿tiene esto algo que ver con Simon?

-¿Con Simon? No. Simon está seguro en Nueva York, gracias a Dios. Aunque va a estar realmente mosqueado, nunca ha tenido que despedirse de mí –la expresión en blanco de Isabelle estaba empezando a molestar a Clary–. Vamos, Isabelle. Déjame entrar. Necesito ver a Jace.

-Así que... ¿Has venido aquí por ti misma? ¿Tenías permiso de la Clave? Por favor, dime que tenías permiso de la Clave.

-No como tal...

-¿Has violado la *Ley*? –la voz de Isabelle se elevó, y luego descendió. Ella continuó casi en un susurro–. Si Jace se entera, va a flipar. Clary, tienes que volver a casa.

-No. Se supone que tengo que estar aquí –dijo Clary, sin estar bastante segura ella misma de dónde venía su tozudez–, y necesito hablar con Jace.

-Ahora no es un buen momento –Isabelle miró alrededor con ansiedad, como esperando que hubiera alguien a quien pudiera llamar para que le ayudase a sacar a Clary de allí–. Por favor, sólo vuelve a Nueva York. ¿Vale?

-Creí que te *caía bien*, Izzy –Clary fue ahora a por la culpabilidad.

Isabelle se mordió el labio. Ella llevaba un vestido blanco y tenía el cabello recogido, parecía más joven de lo que solía. Detrás de ella Clary pudo ver una entrada con el techo alto en la que colgaban pinturas al óleo aparentemente antiguas.

-Me caes bien. Es sólo que Jace... Oh, Dios mío, ¿qué llevas puesto? ¿Dónde conseguiste la equipación de combate?

Clary bajó la mirada hacia sí misma.

-Es una larga historia.

-No puedes entrar aquí así. Si Jace te ve...

-Oh, ¿y qué si él me ve? Isabelle, he venido aquí por mi madre... Por *mi madre*. Puede que Jace no me quiera aquí, pero él no puede hacer que me

quede en casa. Se supone que debo estar aquí. Mi madre esperaba que yo hiciera esto por ella. Tú lo harías por tu madre, ¿no?

-Por supuesto que lo haría –dijo Isabelle–, pero, Clary, Jace tiene sus razones...

-Entonces me encantaría oír cuáles son –Clary se metió por debajo del brazo de Isabelle y entró al hall de la casa.

-¡Clary! –aulló Isabelle, y entró tras ella como una flecha, pero Clary ya estaba a medio camino del vestíbulo.

Ella vio, con la mitad de su mente que no estaba concentrada en esquivar a Isabelle, que la casa estaba construida como la de Amatis, alta y estrecha, pero considerablemente espaciosa y más suntuosamente decorada. El vestíbulo se abría a una habitación con altas ventanas que daban al ancho canal. Blancas embarcaciones navegaban por el agua, sus velas a la deriva como un diente de león zarandeado por el viento. Un chico de pelo oscuro estaba sentado en un sofá junto a una de las ventanas, aparentemente leyendo un libro.

-¡Sebastian! –llamó Isabelle–. ¡No le dejes subir las escaleras!

El chico subió la vista sobresaltado, y un momento después estaba enfrente de Clary, bloqueándole el camino de las escaleras. Clary patinó al detenerse, ella nunca había visto a nadie moverse tan rápido antes, excepto a Jace. El chico ni siquiera estaba sin aliento; de hecho, él le estaba sonriendo.

-Así que esta es la famosa Clary –su sonrisa iluminó su cara, y Clary sintió su respiración atrapada.

Durante años ella había dibujado su propia historia gráfica en curso, el cuento del hijo de un rey que estaba bajo una maldición que consistía en que todos aquellos a los que él amaba morían. Ella había puesto todo lo que tenía dentro para idear su romántico príncipe oscuro, y ahí estaba él, de pie frente a ella: la misma piel pálida, la misma caída en el cabello, y ojos tan oscuros que las pupilas parecían unidas al iris. Los mismos pómulos altos y hundidos, oscurecidos ojos rodeados de largas pestañas. Ella sabía que nunca había puesto sus ojos antes sobre este chico, y aún así...

El chico parecía confuso.

-No creo que... ¿nos conocemos de antes?

Enmudecida, Clary sacudió la cabeza.

-¡Sebastian! –el cabello de Isabelle se había salido del recogido y colgaba sobre sus hombros, y estaba deslumbrante–. No seas amable con ella. Se supone que no debía estar aquí. Clary, vete a casa.

Con esfuerzo Clary liberó su mirada de Sebastian y disparó una mirada hostil a Isabelle.

-¿Qué, volver a Nueva York? ¿Y cómo se supone que llegaré allí?

-¿Cómo llegaste *aquí*? –preguntó Sebastian–. Entrar a hurtadillas en Alicante es todo un logro.

-Vine a través de un Portal –dijo Clary.

-¿Un Portal? –Isabelle parecía asombrada–. Pero si no queda ningún Portal en Nueva York. Valentine destruyó los dos...

-No te debo ninguna explicación –dijo Clary–. No hasta que me des algo. Sólo una cosa, ¿dónde está Jace?

-Él no está aquí –respondió Isabelle, en el mismo momento exacto en el que Sebastian dijo:

-Está arriba.

Isabelle se volvió hacia él.

-¡Sebastian! Cállate.

Sebastian parecía perplejo.

-Pero ella es su hermana. ¿No querría verla?

Isabelle abrió la boca y después la cerró de nuevo. Clary podía ver que Isabelle estaba sopesando la conveniencia de explicar su complicada relación con Jace al completamente ajeno Sebastian contra la conveniencia de darle una desagradable sorpresa a Jace. Finalmente, ella alzó las manos en un gesto de desesperación.

-Bien, Clary –dijo ella, con una inusual, para Isabelle, cantidad de enfado en la voz–. Continúa y haz lo que quieras, a pesar de quién se haga daño. Siempre lo haces de todos modos, ¿no?

Ouch. Clary disparó a Isabelle una mirada llena de reproche antes de volverse a Sebastian, que se apartó silenciosamente de su camino. Ella pasó como una flecha junto a él y subió las escaleras, vagamente consciente de las voces allá abajo mientras Isabelle gritaba al desafortunado Sebastian. Pero esa era Isabelle... Si había un chico a la redonda y culpa que debiera ser echada sobre alguien, Isabelle la echaría sobre él.

Las escaleras se ensanchaban hasta un rellano con el hueco de una ventana panorámica que daba a una vista de la ciudad desde lo alto. Un chico estaba sentado en el hueco, leyendo. Él miró hacia arriba cuando Clary subió las escaleras, y parpadeó con sorpresa.

-Te conozco.

-Hola, Max. Clary... La hermana de Jace. ¿Recuerdas?

Max se iluminó.

-Me enseñaste cómo leer *Naruto* –dijo él, tendiéndole el libro–. Mira, tengo otro. Este se llama...

-Max, no puedo hablar ahora. Te prometo que veré tu libro más tarde, pero ¿sabes dónde está Jace?

El rostro de Max se cayó.

-Esa habitación –dijo él, y apuntó a la última puerta de la sala–. Yo quería ir allí con él, pero me dijo que tenía que hacer cosas de mayores. Todo el mundo siempre me dice eso.

-Lo siento –dijo Clary, pero su mente ya no estaba en la conversación. Estaba corriendo hacia delante, ¿qué le diría a Jace cuando le viera, qué le

diría él a *ella*? Avanzando por la sala hacia la puerta, ella pensaba, *Será mejor que esté agradable, no enfadada; gritarle sólo le pondrá a la defensiva. Él tiene que entender que yo pertenezco a este lugar, tanto como él. No necesito ser protegida como una delicada pieza china. También soy fuerte...*

Ella abrió la puerta. La habitación parecía ser una especie de biblioteca, las paredes forradas con libros. Estaba intensamente iluminada, luz que manaba por un alto ventanal. En mitad de la habitación estaba Jace. Él no estaba sólo... En absoluto. Había una chica de pelo oscuro con él, una chica que Clary nunca había visto antes, y los dos estaban ceñidos en un apasionado abrazo.

MALA SANGRE

Un mareo vino hasta Clary, como si todo el aire hubiera sido succionado fuera de la habitación. Ella intentó marcharse pero dio un traspié y golpeó la puerta con el hombro. Ésta se cerró con un golpe, y Jace y la chica se desasieron apartándose.

Clary estaba congelada. Ambos estaban mirándola. Ella notó que la chica tenía el cabello oscuro y lacio hasta los hombros y era extremadamente bonita. Los botones de la parte superior de su camisa estaban desabrochados, mostrando un fragmento de un sujetador de encaje. Clary se sintió como si fuera a vomitar. Las manos de la chica fueron a la blusa, rápidamente los abotonó. No parecía contenta.

-Perdona –dijo ella con el ceño fruncido–, ¿quién eres?

Clary no respondió... Ella estaba mirando a Jace, que estaba mirándola fijamente a ella con incredulidad. Su piel estaba vacía de todo color, mostrando los anillos oscuros alrededor de sus ojos. Miraba a Clary como si estuviera contemplando el cañón de una pistola.

-Aline –la voz de Jace carecía de calor o color–, esta es mi hermana, Clary.

-Oh, oh –la cara de Aline se relajó hacia una ligera sonrisa de vergüenza–. ¡Lo siento! Qué forma de conocerte. Hola, soy Aline.

Ella avanzó hacia Clary, aún sonriendo, su mano alzada. *No creo que pueda tocarla*, pensó Clary con una desazonadora sensación de horror. Ella miraba a Jace, que parecía leer la expresión de sus ojos; adusto, tomó a Aline por los hombros y le dijo algo al oído. Ella pareció sorprenderse, se encogió de hombros, y se dirigió a la puerta sin más palabras. Esto dejó a Clary sola con Jace. Sola con alguien que estaba todavía mirándola como si ella fuera su peor pesadilla hecha realidad.

-Jace –dijo ella, y dio un paso hacia él.

Él se alejó de ella como si estuviera cubierta por algo venenoso.

-¿Qué –dijo él–, en el nombre del Ángel, Clary, qué estás haciendo aquí?

A pesar de todo, la severidad de su tono hacía daño.

-Podrías al menos fingir que estás contento de verme. Aunque fuera un poquito.

-No estoy contento de verte –dijo él. Algo de su color había regresado, pero las sombras bajos sus ojos eran todavía manchas grises contra su piel.

Clary esperó a que él dijera algo más, pero parecía satisfecho sólo con mirarla con un manifiesto horror. Ella notó al instante con una distraída claridad que él llevaba un jersey negro que le colgaba de las muñecas como si él hubiera perdido peso, y que las uñas de sus manos estaban mordidas.

-Ni siquiera un poquito.

-Este no eres tú –dijo ella–. Odio cuando actúas así...

-Oh, lo odias, ¿no? Bueno, será mejor dejar de hacerlo, entonces, ¿lo dejas? Quiero decir, tú haces todo lo que yo te pido que hagas.

-¡No tenías derecho a hacer lo que hiciste! –le dijo ella bruscamente, de repente furiosa–. Mentirme así. No tenías derecho a...

-¡Tenía *todo el derecho!* –gritó él. Ella no creía que él le hubiera gritado alguna vez antes–. Tenía todo el derecho, tú estúpida, niña estúpida. Soy tu hermano y yo...

-¿Y tú qué? ¿Eres mi dueño? ¡Tú no eres mi dueño, tanto si eres mi hermano como si no!

La puerta de detrás de Clary se abrió. Era Alec, discretamente vestido con una larga chaqueta azul oscura, su pelo desaliñado. Llevaba las botas cubiertas de barro y una expresión incrédula sobre su habitual rostro tranquilo.

-¿Qué en todas sus posibles dimensiones está pasando aquí? –dijo él mirando de Jace a Clary con asombro–. ¿Os estáis intentando matar el uno al otro?

-No, en absoluto –dijo Jace. Como si por arte de magia, observó Clary, todo hubiera sido borrado: su furia y su pánico, y estaba fríamente calmado otra vez–. Clary estaba a punto de marcharse.

-Bien –dijo Alec–, porque necesito hablar contigo, Jace.

-¿Nadie en esta casa dice alguna vez `Hola, encantado de verte´? –exigió Clary a nadie en particular.

Era mucho más fácil culpar a Alec que a Isabelle.

-Esto, *es bueno verte*, Clary –dijo él–, excepto, claro está, por el hecho de que en realidad se supone que no debes estar aquí. Isabelle me dijo que habías llegado aquí por tus propios medios, y estoy impresionado...

-¿Podrías *no* animarla? –preguntó Jace.

-Pero yo de verdad, de verdad necesito hablar con Jace de algo. ¿Puedes darnos unos minutos?

-Yo también necesito hablar con él –dijo ella–, sobre nuestra madre...

-No me siento como para hablar –dijo Jace –con ninguno de vosotros, en realidad.

-Sí, puedes –dijo Alec–. De verdad que tú quieres hablar conmigo de esto.

-Lo dudo –dijo Jace. Él había vuelto su mirada a Clary–. Tú no has venido aquí sola, ¿verdad? –dijo él lentamente, como dándose cuenta de

que la situación era aún peor de lo que había pensado— ¿Quién vino contigo?

No parecía tener sentido mentir sobre ello.

-Luke —dijo Clary—. Luke vino conmigo.

Jace palideció.

-Pero Luke es un Submundo. ¿Sabes lo que hace la Clave a los Submundos no registrados que entran en la Ciudad de Cristal... Que cruzan las protecciones sin permiso? Venir a Idris es una cosa, pero entrar en Alicante... ¿Sin decírselo a nadie?

-No —dijo Clary medio susurrando—, pero sé qué voy a decir...

-Eso si tú y Luke no volvéis a Nueva York inmediatamente, ¿te enteras?

Por un momento Jace se quedó en silencio, encontrando los ojos de ella con los suyos. La desesperación en su expresión la horrorizó. Estaba él amenazándola, después de todo, no al revés.

-Jace —dijo Alec rompiendo el silencio, se notaba un tinte de alarma en su voz—. ¿No te has preguntado dónde he estado todo el día?

-Esa chaqueta que llevas es nueva —dijo Jace sin mirar a su amigo—. Me figuro que habrás ido de compras. Aunque, por qué estás tan ansioso de molestarme por ello, no tengo ni idea.

-No fui de compras —dijo Alec con furia—. Fui...

La puerta se abrió de nuevo. Con un revoloteo de blanco vestido, Isabelle entró como una flecha cerrando la puerta detrás de ella. Miró a Clary y sacudió la cabeza.

-Te dije que él iba a flipar —dijo ella—. ¿No te lo dije?

-Ah, el “Te lo dije” —dijo Jace—. Siempre un ademán con clase.

Clary lo miraba horrorizada.

-¿Cómo puedes *bromear*? —susurró ella—. Acabas de amenazar a Luke. Luke, que te aprecia y que confía en ti. Porque él es un *Submundo*. ¿Qué está mal en ti?

Isabelle parecía descompuesta.

-¿Luke está aquí? Oh, Clary...

-Él *no* está aquí —dijo Clary—. Se fue, esta mañana, no sé a dónde. Pero, desde luego sí puedo ver ahora por qué se tuvo que ir —ella apenas podía soportar mirar a Jace —Bien. Tú ganas. Nosotros nunca deberíamos haber venido. Nunca debería haber hecho ese Portal...

-¿*Hacer* un Portal? —Isabelle parecía desconcertada—. Clary, sólo un brujo puede hacer un Portal. Y no hay muchos de ellos. El único Portal aquí en Idris está en el Gard.

-Es de lo que tenía que hablar contigo —silbó Alec a Jace, que parecía, observó Clary con sorpresa, estar incluso peor que antes; parecía estar como próximo a desmayarse—, sobre el encargo que acometí anoche, la cosa que tuve que entregar al Gard...

-Alec, para. *Para* –dijo Jace, y la violenta desesperación de su voz dejó cortado al otro chico; Alec cerró la boca y se quedó mirando a Jace, su labio atrapado entre los dientes. Pero Jace no parecía verle; él estaba mirando a Clary, y sus ojos eran duros como el cristal. Finalmente, habló-. Tienes razón –dijo él con voz ahogada, como si tuviera que obligar a salir las palabras-. Nunca debiste haber venido. Sé que te dije que era porque no era seguro para ti estar aquí, pero eso no era verdad. La verdad es que no quiero que estés aquí porque eres imprudente e irreflexiva, y lo estropearías todo. Es justo cómo eres. No eres cuidadosa, Clary.

-¿Estropearlo... todo? –Clary no podía retener suficiente aire en los pulmones para nada más que un susurro.

-Oh, *Jace* –dijo Isabelle con pena, como si *él* fuera el único que estaba herido.

Él no la miró. Su mirada estaba fija sobre Clary.

-Siempre acabas corriendo hacia delante si pensar –dijo él-. Sabes eso, Clary. Nosotros no habríamos terminado nunca en el Dumort si no fuera por ti.

-¡Y Simon estaría muerto! ¿No cuenta eso para nada? Quizás sea imprudente, pero...

La voz de él se elevó.

-¿*Quizás?*

-¡Pero no todas las decisiones que he tomado fueron malas! Tú lo dijiste, después de lo que hice en la embarcación, *dijiste* que yo había salvado la vida de todos...

Todo el color restante de la cara de Jace se esfumó. Él dijo, con una repentina e increíble fiereza:

-Cállate, Clary, **CÁLLATE...**

-¿En la embarcación? –la mirada de Alec danzó entre ellos, desconcertado-. ¿Qué es lo que pasó en la embarcación? Jace...

-¡Sólo te dije eso para que dejaras de lloriquear! –gritó Jace, ignorando a Alec, ignorándolo todo excepto a Clary. Ella pudo sentir la fuerza de su repentina ira como una ola amenazando con romper sobre sus pies-. ¡Eres un desastre para nosotros, Clary! Eres una mundana, siempre serás una, nunca serás una Cazadora de Sombras. No sabes pensar como nosotros lo hacemos, pensar en lo que es mejor para todos... ¡Lo único en lo que piensas siempre es en ti misma! Pero ahora hay una guerra, o la habrá, ¡y no tengo tiempo ni la inclinación de seguir detrás de ti, intentando asegurarme de que no consigues matar a algunos de nosotros!

Ella sólo se quedó mirándole fijamente. No podía pensar en nada que decir; él nunca le había hablado así. Ella nunca le habría imaginado hablándole así. Por enfadado que ella hubiera conseguido ponerle en el pasado, él nunca le había hablado antes como si la odiara.

-Vete a casa, Clary –dijo él. Sonaba muy cansado, como si el esfuerzo de hablarle como él realmente se sentía le hubiera vaciado—. Vete a casa.

Todos sus planes se evaporaron: sus esperanzas medio formadas de ir tras Fell, salvar a su madre, incluso encontrar a Luke... Nada importaba, no venían las palabras. Ella se dirigió hacia la puerta. Alec e Isabelle se apartaron para dejarla pasar. Ninguno de ellos la miraba; en su lugar, apartaban la mirada, sus expresiones de estupefacción y embarazo. Clary sabía que probablemente debía sentirse humillada además de enfadada, pero no era así. Ella sólo se sentía muerta por dentro.

Ella se volvió en la puerta y miró para atrás. Jace estaba mirándola. La luz que entraba por la ventana detrás de él dejaba su rostro en la sombra; todo lo que ella podía ver eran trozos brillantes por el sol que espolvoreaban su pelo rubio, como los filos de cristales rotos.

-Cuando me dijiste por primera vez que Valentine era tu padre, no lo creí –dijo ella—. No sólo porque no quería que fuera verdad, sino porque tú no te parecías nada a él. Nunca pensé que fueras en algo parecido a él. Pero lo eres. Lo eres.

Ella salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

-Ellos van a matarme de hambre –dijo Simon.

Él estaba tendido sobre el suelo de la celda, la piedra fría bajo su espalda. Desde este ángulo, pensó, podía ver el cielo a través de la ventana. En los primeros días en los que Simon pasó como vampiro, cuando había pensado que nunca volvería a ver la luz del día otra vez, se había encontrado pensando sin cesar en el sol y el cielo. En la forma en la que el color del cielo cambiaba durante el día: en el pálido cielo de la mañana, el azul caliente del mediodía, y la oscuridad cobalto del crepúsculo. Se encontraba echado despierto en la oscuridad con un desfile de azules pensamientos atravesando su cerebro. Ahora, tendido sobre su espalda en la celda bajo el Gard, se preguntaba si se le había devuelto la luz y todos sus azules sólo para que pudiera pasar este corto y desagradable resto de su vida en este minúsculo espacio, con sólo un parche de cielo visible a través de la única ventana con barrotes del muro.

-¿Has oído lo que he dicho? –él alzó la voz—. El Inquisidor va a privarme de comida hasta la muerte. No más sangre.

Hubo un sonido susurrante. Un suspiro audible. Luego Samuel habló.

-Te he oído. Sólo es que no sé qué quieres que haga yo al respecto –hizo una pausa—. Lo siento por ti, Daylighter, si eso te ayuda.

-La verdad es que no –dijo Simon—. El Inquisidor quiere que mienta. Quiere que le diga que los Lightwood están aliados con Valentine. Luego, él me mandaría a casa –él se giró sobre el estómago, las piedras clavándose en su piel—. No importa. No sé por qué te cuento todo esto. Probablemente no tengas ni idea de lo que te estoy hablando.

Samuel hizo un ruido a medio camino entre una risa y una tos.

-En realidad, la tengo. Conocí a los Lightwood. Estábamos juntos en el Círculo. Los Lightwood, los Wayland, los Pangborn, los Herondale, los Penhallow. Todas las buenas familias de Alicante.

-Y Hodge Starkweather –dijo Simon pensando en el tutor de los Lightwood–. Él también estaba, ¿no?

-Estaba –dijo Samuel–, pero su familia apenas era respetada. Hodge mostró algún tipo de compromiso una vez, pero me temo que nunca estuvo a la altura para ello –hizo una pausa–. Aldertree siempre ha odiado a los Lightwood, por supuesto, desde que eran niños. Él no era rico, ni inteligente, ni atractivo, y bueno, ellos no eran muy amables con él. No creo que se haya olvidado nunca de eso.

-¿Rico? –dijo Simon–. Pensaba que todos los Cazadores de Sombras recibían dinero de la Clave. Como... no sé, comunismo o algo así.

-En teoría todos los Cazadores de Sombras son remunerados limpia y equitativamente –dijo Samuel–. Algunos, como aquellos con altos cargos en la Clave, o aquellos con gran responsabilidad, como llevar un Instituto por ejemplo, reciben un salario mayor. Luego están aquellos que viven fuera de Idris y deciden hacer dinero en el mundo de los mundanos; no está prohibido, siempre y cuando entreguen una parte de ello a la Clave. Pero... –Samuel vaciló–. Has visto la casa de los Penhallow, ¿no? ¿Qué te pareció?

Simon lanzó su mente hacia atrás.

-Muy estrambótica.

-Es una de las mejores casas de Alicante –dijo Samuel–. Y tienen otra, una casa solariega fuera en el campo. Casi todas las familias ricas la tienen. Verás, hay otros modos para que los Nephilim hagan fortuna. Ellos le llaman “botín”. Todo lo que pertenecía a un demonio o un Submundo que es aniquilado por un Cazador de Sombras se convierte en propiedad de ese Cazador. Así, si un acaudalado brujo quebranta la Ley, y es liquidado por un Nephilim...

Simon sintió un escalofrío.

-Así que, ¿matar a Submundos es un negocio lucrativo?

-Puede serlo –dijo Samuel amargamente–, si no eres demasiado exigente sobre a quién matar. Puedes ver por qué hay tanta oposición a los Acuerdos. Acorta la billetera de la gente, tener que ser cuidadoso con el matar a Submundos. Quizás ese es el por qué de que me uniera al Círculo. Mi familia nunca fue rica, y fue menospreciada por no aceptar dinero manchado de sangre... –Él se interrumpió.

-Pero el Círculo mataba Submundos también –dijo Simon.

-Porque ellos pensaban que era su sagrado deber –dijo Samuel–. No por codicia. Aunque no puedo imaginar ahora por qué pensé alguna vez que eso importaba –él sonaba agotado–. Era Valentine. Él tenía un modo peculiar de ser. Podía convencerte de cualquier cosa. Recuerdo estar detrás

de él con las manos cubiertas de sangre, mirando el cuerpo de una mujer muerta, y pensar sólo en que lo que estaba haciendo debía estar bien porque Valentine había dicho que era así.

-¿Una Submundo?

Samuel respiraba irregularmente al otro lado del muro. Al final, dijo:

-Debes entenderlo, yo habría hecho cualquier cosa que él hubiera pedido. Cualquiera de nosotros lo habría hecho. Los Lightwood también. El Inquisidor sabe eso, y eso es lo que está intentando explotar. Pero debes saber que... Existe la posibilidad de que si tú cedes ante él y echas la culpa sobre los Lightwood, él te mate de todos modos para hacerte callar. Depende de si la idea de ser misericordioso esta vez le hace sentir poderoso.

-No importa –dijo Simon –No voy a hacerlo. No traicionaré a los Lightwood.

-¿De verdad? –Samuel sonaba poco convencido–. ¿Hay alguna razón de por qué no? ¿Por qué te preocupas tanto por los Lightwood?

-Cualquier cosa que le dijera de ellos sería mentira.

-Pero puede que sea la mentira que él quiere oír. Quieres irte a casa, ¿no?

Simon miró al muro como si pudiera de alguna manera ver a través de él al hombre del otro lado.

-¿Eso es lo que tú harías? ¿Mentirle?

Samuel tosió, un tipo de tos con resuello, como si no estuviera muy sano. Luego otra vez, hacía humedad y frío allí abajo, lo que no preocupaba a Simon, pero probablemente preocuparía mucho a un ser humano normal.

-Yo no debería dar consejos morales –dijo él–, pero sí, probablemente lo haría. Siempre he puesto mi propia piel a salvo primero.

-Estoy seguro de que eso no es verdad.

-Realmente –dijo Samuel–, lo es. Una cosa que aprenderás mientras te hagas mayor, Simon, es que cuando la gente te dice algo desagradable de ellas mismas, normalmente es verdad.

Pero yo no voy a hacerme mayor, pensó Simon. En voz alta dijo:

-Es la primera vez que me llamas Simon. Simon y no Daylighter.

-Supongo que sí.

-Y en cuanto a los Lightwood –dijo Simon–, no es que me gusten mucho. Quiero decir, me gusta Isabelle, y en cierto modo me gustan Alec y Jace también. Pero hay una chica. Y Jace es su hermano.

Cuando Samuel respondió, sonó por primera vez realmente divertido.

-No siempre hay una chica.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de Clary, Jace desplomó la espalda sobre la pared, como si sus piernas hubieran dejado de servirle.

Parecía gris con una mezcla horror, shock y lo que parecía casi... alivio, como si una catástrofe hubiera sido evitada por poco.

-Jace –dijo Alec dando un paso hacia su amigo–. ¿De verdad piensas...

Jace habló en voz baja, cortando a Alec.

-Salid –dijo él–, tan sólo salid, ambos.

-¿Así qué pretendes hacer? –exigió Isabelle–. ¿Destruir tu vida un poco más? ¿De qué demonios ha ido eso?

Jace sacudió la cabeza.

-La he mandado a casa. Era lo mejor para ella.

-Has hecho mucho más que enviarla a casa. La has *destrozado*. ¿Has visto su cara?

-Merecía la pena –dijo Jace–. No podrías entenderlo.

-Para ella quizás –dijo Isabelle–. Espero que termine siéndolo para ti.

Jace apartó la cara.

-Sólo... déjame solo, Isabelle, por favor.

Isabelle lanzó una mirada asustada a su hermano. Jace nunca decía *por favor*. Alec puso una mano sobre el hombro de ella.

-No importa, Jace –dijo él, tan amablemente como pudo–. Estoy seguro de que ella estará bien.

Jace levantó la cabeza y miró a Alec sin verle en realidad, él parecía estar mirando a la nada.

-No, no lo estará –dijo él–. Pero sabía eso. A propósito, podrías decirme también lo que viniste aquí a contarme. Parecía que creías que era bastante importante en ese momento.

Alec soltó la mano del hombro de Isabelle.

-No quería decírtelo delante de Clary...

Los ojos de Jace finalmente se enfocaron sobre Alec.

-¿No querías decirme *qué* delante de Clary?

Alec vaciló. Rara vez había visto a Jace tan descompuesto, y él sólo podía imaginar el efecto que más sorpresas desagradables podría tener sobre él. Pero no había forma de ocultar esto. Jace tenía que saberlo.

-Ayer –dijo él en voz baja–, cuando llevé a Simon al Gard, Malachi me dijo que Magnus Bane estaría esperando a Simon al otro lado del Portal, en Nueva York. Así que envié un mensaje de fuego a Magnus. Recibí noticias de él esta mañana. Él no se ha visto con Simon en Nueva York. De hecho, dice que no ha habido ninguna actividad en el Portal de Nueva York desde que Clary vino.

-Quizás Malachi estaba equivocado –sugirió Isabelle después de una rápida mirada a la cara de Jace blanca como el papel–. Quizás otra persona quedó con Simon al otro lado. Y Magnus podría estar equivocado respecto a la actividad del Portal...

Alec sacudió la cabeza.

-Subí al Gard esta mañana con mamá. Quería preguntar a Malachi sobre ello personalmente, pero cuando le vi, no puedo decir por qué, me oculté tras una esquina. No podía encararle. Entonces, le escuché hablando con uno de los guardias. Diciéndole que subieran al vampiro porque el Inquisidor quería hablar con él otra vez.

-¿Estás seguro de que se referían a Simon? –preguntó Isabelle, pero no había convicción en su voz–. Quizás...

-Ellos estuvieron hablando sobre lo estúpido que había sido el Submundo de creer que ellos simplemente le iban a enviar de vuelta a Nueva York sin interrogarle. Uno de ellos dijo que él no podía creer a nadie que hubiera tenido el descaro de intentar infiltrarle en Alicante para empezar. Y Malachi dijo, “Bueno, ¿qué esperas del hijo de Valentine?”

-Oh –susurró Isabelle–. Oh, dios mío –ella echó un vistazo al otro lado de la habitación–. Jace...

Las manos de Jace estaban apretadas. Sus ojos parecían hundidos, como si fueran empujados hacia atrás dentro de su cráneo. En otras circunstancias Alec habría puesto una mano sobre su hombro, pero no ahora; algo en Jace le hizo contenerse.

-Si no hubiera sido yo quien le trajera –dijo Jace con una voz baja y acompañada, como si estuviera recitando algo–, quizás le habrían dejado irse a casa. Quizás le habrían creído...

-No –dijo Alec–. No, Jace, eso es por tu culpa. Tú salvaste su vida.

-Salvarle de forma que la Clave pudiera torturarlo –dijo Jace–. Todo un favor. Cuando Clary se entere... –él sacudió la cabeza ciegamente–. Creerá que lo traje aquí a propósito, que lo entregué a la Clave *sabiendo* lo que ellos harían.

-Ella no creerá eso. Tú no tienes ninguna razón para hacer una cosa así.

-Tal vez –dijo Jace lentamente–, pero después de cómo acabo de tratarla...

-Nadie podría nunca pensar que tú hicieras eso, Jace –dijo Isabelle–. Nadie que te conozca. Nadie...

Pero Jace no esperó a descubrir qué nadie más no podría creerlo. En su lugar se volvió y caminó hasta el ventanal que daba al canal. Se quedó allí durante un momento, la luz que entraba a través de la ventana volvía los extremos de su cabello dorados. Luego, se movió tan rápidamente que Alec no tuvo tiempo de reaccionar. Para cuando él vio qué iba a ocurrir y salió como una flecha disparado hacia delante para impedirlo, era ya demasiado tarde. Hubo un estrépito, el sonido de algo haciéndose pedazos, y una repentina aspersion de cristales rotos como una ducha de estrellas irregulares. Jace bajó la mirada hasta su mano izquierda, los nudillos surcados por escarlata, con un frío interés cuando gruesos chorros de sangre convergían y salpicaban sobre el suelo a sus pies. Isabelle movió la

mirada de Jace al agujero en el cristal, líneas irradiaban desde el centro vacío, una telaraña de delgadas grietas.

-¿Cómo narices vamos a explicar esto a los Penhallow?

De alguna manera Clary salió de la casa. No estaba segura de cómo, todo era un rápido borrón de escaleras y entradas, y luego ella estuvo corriendo frente a la puerta y fuera de ésta y, de algún modo, estaba ahora sobre los escalones de la entrada de los Penhallow, intentando decidir si iba o no a vomitar sobre sus rosales. Éstos estaban idealmente situados para vomitar en ellos, y su estómago estaba irritándose dolorosamente, pero el hecho de que todo lo que había comido fuese una sopa le salvó de ello. No creía que hubiera nada que su estómago pudiera arrojar. En su lugar, bajó los escalones y se alejó ciegamente de la puerta principal, ella ya no recordaba la dirección por la que había venido o cómo volver a casa de Amatis, pero no parecía importar mucho. No es que estuviera deseando volver y explicarle a Luke que tenían que abandonar Alicante o Jace les entregaría a la Clave.

Quizás Jace tenía razón. Quizás ella era imprudente e irreflexiva. Quizás nunca había pensado en el modo en que lo que ella hacía impactaba en la gente que quería. El rostro de Simon destelló sobre su visión, nítido como una fotografía, y luego el de Luke... Ella se detuvo y se apoyó contra una farola. La estructura cuadrada de cristal se parecía a la especie de lámpara de gas que coronaba los postes de época de enfrente de las casas de ladrillo rojo, en Park Slope. De algún modo aquello parecía tranquilizador.

-¡Clary! –era la voz de un chico, preocupado.

Inmediatamente Clary pensó, *Jace*. Ella se giró. No era Jace. Sebastian, el chico de pelo oscuro de la sala de estar de los Penhallow, estaba en pie enfrente de ella, jadeando un poco como si le hubiera perseguido por la calle abajo en una carrera.

Ella sintió el estallido de la misma sensación que había tenido más temprano, cuando lo había visto la primera vez: reconocimiento mezclado con algo que ella no podía identificar. No se trataba de preferencia o antipatía, era una especie de atracción, como si algo tirara de ella hacia este chico que desconocía. Quizás era simplemente su aspecto. Era bello, tan bello como Jace, aunque donde Jace era todo oro, este chico era palidez y sombras. Aunque ahora, bajo la luz de la lámpara, podía ver que el parecido con su príncipe imaginario no era tan exacto como había pensado. Incluso su colorido era diferente. Era justo algo en la forma de su cara, la forma en la que él se sostenía, la oscura reserva de sus ojos...

-¿Estás bien? –dijo él. Su voz era suave–. Corriste fuera de la casa como... –su voz se fue apagando mientras la miraba. Ella todavía estaba agarrando la farola como si la necesitara para mantenerse en pie–. ¿Qué ha ocurrido?

-Tuve una pelea con Jace –dijo ella intentando sostener incluso su voz–. Tú sabes cómo es eso.

-No, en realidad –él sonaba casi en tono de disculpa–. No tengo ninguna hermana o hermano.

-Afortunado –dijo ella, y se sorprendió de la amargura de su propia voz.

-Tú no quieres decir eso –él dio un paso más acercándose a ella, y cuando lo hizo el farol parpadeó encendido, arrojando un círculo de blanca luz mágica sobre ambos. Sebastian miró hacia arriba a la luz y sonrió–. Es una señal.

-¿Una señal de qué?

-Una señal de que deberías dejarme acompañarte a casa.

-Pero no tengo ni idea de dónde es eso –dijo ella dándose cuenta –Salí de la casa a escondidas para venir aquí. No me acuerdo del camino por el que vine.

-Bueno, ¿con quién estás viviendo?

Ella vaciló antes de responder.

-No se lo diré a nadie –dijo él–. Lo juro por el Ángel.

Ella lo miró fijamente. Ese era todo un juramento, para un Cazador de Sombras.

-Está bien –dijo ella, antes de que pudiera repensar su decisión–. Estoy quedándome con Amatis Herondale.

-Estupendo. Sé exactamente dónde vive ella –él le ofreció su brazo–. ¿Vamos?

Ella esbozó una sonrisa.

-Eres bastante insistente, sabes.

Él se encogió de hombros.

-Tengo un fetiche para damiselas en apuros.

-No seas sexista.

-No, en absoluto. Mis servicios también están disponibles para caballeros en apuros. Es un fetiche con igualdad de oportunidades.

Esta vez ella sí le tomó el brazo.

Alec cerró la puerta de la pequeña habitación del ático detrás de él y se giró para encarar a Jace. Sus ojos eran normalmente del color del Lago Lyn, un azul pálido y tranquilo, pero el color tendía a cambiar con su humor. En este momento eran del color del East River durante una tormenta eléctrica. Su expresión era tormentosa también.

-Siéntate –le dijo a Jace apuntando una silla baja cerca de una ventana de gablete–, cogeré las vendas.

Jace se sentó. La habitación que compartía con Alec en la parte más alta de la casa de los Penhallow era pequeña, con dos camas estrechas, una contra cada pared. Sus ropas colgaban de un perchero en hilera de la pared. Había una única ventana dejando pasar una luz débil, estaba oscureciendo

ahora, y el cielo tras el cristal era de azul índigo. Jace observaba como Alec se arrodilló para sacar una bolsa de lona de debajo de la cama y la abría. Hurgó ruidosamente entre su contenido antes de ponerse en pie con una caja en las manos. Jace la reconoció como la caja de suministros médicos que usaban a veces cuando las runas no eran una opción: antisépticos, vendas, tijeras y gasas.

-¿No vas a usar una runa curativa? –preguntó Jace, más por curiosidad que otra cosa.

-No. Podrías simplemente... –Alec se interrumpió, arrojando la caja sobre la cama con una palabrota inaudible. Fue hacia el pequeño lavabo que había en la pared y se lavó las manos con tanta fuerza que el agua salpicó con un fino rocío. Jace lo contemplaba con una curiosidad distante. Su mano comenzaba a arder con un dolor fuerte y sordo. Alec recuperó la caja, empujó una silla hasta ponerla frente a la de Jace, y se dejó caer en ella.

-Dame la mano.

Jace alargó la mano. Tenía que admitir que parecía bastante fastidiada. Los cuatro nudillos estaban abiertos como destellos rojos. Sangre seca aferrada a los dedos, en un guante de escamas rojas-marrones. Alec puso mala cara.

-Eres un idiota.

-Gracias –dijo Jace. Observó con paciencia como Alec se inclinaba sobre su mano con un par de pinzas y con cuidado daba un toque a un trozo de cristal clavado en su piel-. Así que, ¿por qué no?

-¿Por qué no qué?

-¿Por qué no usar una runa curativa? Esto no es una herida demoniaca.

-Porque –Alec alcanzó la botella de antiséptico-, creo que te hará bien sentir el dolor. Puedes sanar como un mundano. Lenta y feamente. Quizás aprendas algo –él roció el ardoroso líquido sobre los cortes de Jace-, aunque lo dudo.

-Siempre puedo hacerme yo mismo la runa curativa, sabes.

Alec empezó a envolver una tira de venda alrededor de la mano de Jace.

-Sólo si quieres que yo le cuente a los Penhallow qué le pasó en realidad a su ventana, en vez de dejarles creer que fue un accidente –cerró de un tirón el nudo del ajustado vendaje, provocando que Jace hiciera un gesto de dolor –Sabes, si llego a pensar que ibas a hacerte esto a ti mismo, nunca te habría contado nada.

-Sí, lo habrías hecho –Jace ladeo la cabeza-. No me di cuenta de que mi ataque al ventanal te afectaría tanto.

-Es sólo que... –terminado el vendaje, Alec bajó la mirada a la mano de Jace, la mano que todavía sostenía entre las suyas. Era un garrote de vendas blancas, salpicado de sangre donde lo habían tocado los dedos de Alec-. ¿Por qué te haces estas cosas a ti mismo? No sólo lo que le hiciste a la

ventana, sino la forma en la que le hablaste a Clary. ¿Por qué te estás castigando a ti mismo? No puedes remediar lo que sientes.

La voz de Jace fue plana.

-¿Lo que siento?

-Veo cómo la miras –los ojos de Alec estaban lejos, mirando algo más allá de Jace, algo que no estaba allí–, y no puedes tenerla. Quizás es que nunca antes has sabido lo que es querer algo que no puedes tener.

Jace lo miraba fijamente.

-¿Qué hay entre tú y Magnus Bane?

La cabeza de Alec se movió bruscamente hacia atrás.

-Yo no... No hay nada...

-No soy estúpido. Te fuiste directo a Magnus después de hablar con Malachi, antes de hablar conmigo, con Isabelle o cualquiera...

-Porque él era el único que podía responder a mis preguntas, ese es el por qué. No hay nada entre nosotros –dijo Alec y, después, captando el aspecto de la cara de Jace, añadió con una gran renuencia–, ya no. Ya no hay nada entre nosotros. ¿Vale?

-Espero que eso no sea por mí –dijo Jace.

Alec se puso blanco y se echó para atrás, como si se preparara para esquivar un golpe.

-¿Qué quieres decir?

-Sé lo que crees que sientes por mí –dijo Jace–, tú no, sin embargo. Sólo te gusto porque soy seguro. No hay riesgo. Y así, no tienes que intentar tener una relación de verdad, porque puedes usarme como excusa –Jace sabía que estaba siendo cruel, y apenas le preocupaba. Herir a la gente que quería era casi tan bueno como herirse a sí mismo cuando estaba con este tipo de humor.

-Lo he cogido –dijo Alec tirante–. Primero Clary, luego tu mano, ahora yo. Vete al infierno, Jace.

-¿No me crees? –preguntó Jace –Bien. Sigue. Bésame ahora mismo.

Alec le miró horrorizado.

-Exacto. A pesar de mi asombroso atractivo, en realidad no te gusto de esa manera. Y si estás apartando a Marcus, no es por mí. Es porque estás demasiado asustado para decirle a nadie a quién amas de verdad. El amor nos hace mentirosos –dijo Jace–. La Reina Seelie me dijo eso. Así que no me juzgues por mentir sobre lo que siento. Tú también lo haces –él se puso en pie–. Y quiero que lo hagas otra vez.

El rostro de Alec estaba rígido por el dolor.

-¿A qué te refieres?

-Miente por mí –dijo Jace cogiendo su chaqueta del perchero de la pared y poniéndosela–. Se está poniendo el sol. Estarán empezando a regresar del Gard ahora. Quiero que les digas a todos que no me siento bien y que por

eso no bajaré. Diles que me sentí mareado y tropecé, y que así se rompió la ventana.

Alec inclinó la cabeza hacia atrás y levantó la mirada para ver a Jace directamente.

-Bien –dijo él–, si me dices dónde vas en realidad.

-Arriba, al Gard –dijo Jace–. Voy liberar a Simon de la prisión.

La madre de Clary siempre había llamado al momento del día entre el crepúsculo y el anochecer “la hora azul”. Ella decía que la luz era entonces más fuerte y la más excepcional, y que era el mejor momento para pintar. Clary nunca había entendido lo que quería decir, pero ahora, en su camino a través de Alicante con el crepúsculo, lo entendía.

La hora azul en Nueva York no era realmente azul; estaba demasiado desteñida por el alumbrado de las calles y los letreros de neón. Jocelyn debía estar pensando en Idris. Aquí la luz caía en franjas de violeta puro sobre la dorada mampostería de la ciudad, y las farolas de luz mágica arrojaban manchas circulares de luz blanca tan brillante que Clary esperaba sentir calor cuando caminaba entre ellas. Deseaba que su madre estuviera con ella. Jocelyn podría señalarle los sitios de Alicante que le eran familiares, que tenían un lugar en sus recuerdos.

Pero ella nunca te contará nada de eso. Ella las mantuvo en secreto para ti a propósito. Y ahora ya nunca podrás conocerlas. Un dolor agudo, medio enfado y medio pesar, atrapó el corazón de Clary.

-Estás terriblemente silenciosa –dijo Sebastian. Estaban pasando sobre un puente del canal, su lateral de mampostería estaba labrado con runas.

-Sólo me preguntaba por la magnitud del problema que encontraré cuando llegue. Tuve que bajar por una ventana para salir, pero Amatis ya habrá notado probablemente que me fui.

Sebastian frunció el entrecejo.

-¿Por qué a escondidas? ¿No te permiten ver a tu hermano?

-Se supone que no estoy en Alicante en absoluto –dijo Clary–. Se supone que estoy en casa, segura, observando todo desde la barrera.

-Ah. Eso explica muchas cosas.

-¿Lo hace? –ella le lanzó una oblicua mirada de curiosidad. Sombras azules estaban atrapadas en su cabello oscuro.

-Todo el mundo parecía empalidecer cuando tu nombre surgía. Deduje que había algo de rencor entre tu hermano y tú.

-¿Rencor? Bueno, es una forma de llamarlo.

-¿Él no te gusta mucho?

-¿*Gustarme* Jace? –ella había estado pensando tanto las últimas semanas en si amaba a Jace Wayland y cómo, que nunca se había parado mucho a considerar si le gustaba él.

-Lo siento. Él es familia tuya... No se trata exactamente de que te guste él o no.

-Me gusta –dijo ella sorprendiéndose a sí misma–. Sí. Es sólo que... Me pone furiosa. Él me dice lo que puedo y lo que no puedo hacer...

-No pareces actuar muy bien –observó Sebastian.

-¿Qué quieres decir?

-Parece que siempre haces lo que quieres.

-Supongo –la observación le sobresaltó, viniendo casi de un extraño–. Pero parece que se ha enfadado mucho más de lo que yo pensaba que lo haría.

-Se le pasará –el tono de Sebastian era desdeñoso.

Clary le miró con curiosidad.

-¿Te gusta él a *ti*?

-Me gusta. Pero no creo que yo le guste mucho a él –Sebastian sonaba triste–. Todo lo que digo parece reventarle.

Ellos doblaron la calle hacia una gran plaza pavimentada con adoquines y toda rodeada de altos y estrechos edificios. En el centro estaba la estatua de bronce de un ángel... El Ángel, el que entregó su sangre para crear la raza de los Cazadores de Sombras. En el fondo norte de la plaza había una estructura enorme de piedra blanca. Una cascada de escalones de mármol daban a una arcada asentada sobre pilares, tras la que había un par de enormes puertas dobles. El efecto general con la luz del atardecer era impresionante... Y extrañamente familiar. Clary se preguntó si habría visto algún dibujo de ese lugar antes. ¿Quizás su madre había dibujado uno?

-Esta es la Plaza del Ángel –dijo Sebastian–, y esa era la Gran Sala del Ángel.

Los Acuerdos fueron firmados por primera vez allí, ya que a los Submundos no se les permite entrar en el Gard... Ahora se le llama la Sala de los Acuerdos. Es un lugar céntrico de reunión, donde tienen lugar celebraciones, matrimonios, bailes, ese tipo de cosas. Es el centro de la ciudad. Dicen que todos los caminos llevan a la Sala.

-Se parece un poco a una iglesia... Pero no tenéis iglesias aquí, ¿no?

-No hay necesidad –dijo Sebastian–. Las torres demonio no mantienen a salvo. No necesitamos nada más. Por eso me gusta venir aquí. Se siente... paz.

Clary lo miró con sorpresa.

-Entonces, ¿no vives aquí?

-No. Vivo en París. Sólo estoy visitando a Aline, ella es mi prima. Mi madre y su padre, mi tío Patrick, eran hermanos. Los padres de Aline llevaron el Instituto de Pekín durante años. Se mudaron de nuevo a Alicante hace cosa de una década.

-¿Estaban ellos... Los Penhallow no estuvieron en el Círculo, ¿no?

El destello de una mirada de sobresalto atravesó el rostro de Sebastian. Se quedó en silencio hasta girar y dejar la plaza detrás de ellos, dirigiéndose hacia un laberinto de oscuras calles.

-¿Por qué preguntas eso? –dijo finalmente.

-Bueno... porque los Lightwood lo estaban.

Pasaron bajo una farola. Clary miró de soslayo a Sebastian. Con su largo abrigo oscuro y su camisa blanca bajo la granja de blanca luz, parecía la ilustración en blanco y negro de un caballero sacado de un álbum de recortes victoriano. Su oscuro cabello se ondulaba cerca de sus sienes de una manera que le hacía morir de ganas de dibujarlo a lápiz y tinta.

-Tienes que entenderlo –dijo él–. Una buena mitad de los jóvenes Cazadores de Sombras en Idris fueron parte del Círculo, y muchos de los que no estaban en Idris también. Mi tío Patrick lo fue en la primera etapa, pero se salió de él cuando comenzó a darse cuenta de lo en serio que iba Valentine. Los padres de Aline no fueron parte del Levantamiento, mi tío se marchó a Pekín para alejarse de Valentine y conoció a la madre de Aline en el Instituto de allí. Cuando los Lightwood y los demás miembros del Círculo fueron juzgados por traición a la Clave, los Penhallow votaron para la indulgencia. Mandarlos a Nueva York en vez de ser maldecidos. Así que los Lightwood siempre han estado muy agradecidos.

-¿Y qué pasó con tus padres? –dijo Clary–. ¿Estaban en él?

-No en realidad. Mi madre era más joven que Patrick, él la envió a París cuando se marchó a Pekín. Conoció a mi padre allí.

-¿Tu madre *era* más joven que Patrick?

-Ella murió –dijo Sebastian–. Mi padre también. Mi tía Élodie me crió.

-Oh –dijo Clary sintiéndose estúpida–. Lo siento.

-No les recuerdo –dijo Sebastian–. No en realidad. Cuando era más joven, deseaba haber tenido un hermano o hermana mayor, alguien que pudiera contarme cómo era tenerles como padres –él la miró pensativamente–. ¿Puedo preguntarte algo, Clary? ¿Por qué viniste a Idris cuando sabías lo mal que tu hermano se lo tomaría?

Antes de que pudiera responderle, salieron del estrecho callejón que habían seguido para internarse en una plaza familiar, sin alumbrado, el pozo sin uso en su centro, reluciente a la luz de la luna.

-La Plaza de la Cisterna –dijo Sebastian, una inconfundible nota de decepción en su voz–. Hemos llegado aquí más rápido de lo que pensaba.

Clary echó un vistazo sobre el puente de mampostería que cruzaba el canal cercano. Podía ver la casa de Amatis a lo lejos. Todas las ventanas estaban encendidas.

-Puedo volver yo sola desde aquí, gracias.

-No quieres que vaya contigo a la...

-No. No amenos que quieras meterte en problemas también.

-¿Tú crees que *me metería* en problemas? ¿Por ser lo suficientemente caballeroso de acompañarte a casa?

-Se supone que nadie sabe que estoy en Alicante –dijo ella–. Se supone que es un secreto. Y no te ofendas, pero eres un extraño.

-Me gustaría no serlo –dijo él–. Me gustaría llegar a conocerte mejor –él la estaba mirando con una mezcla de diversión y cierta timidez, como si no estuviera seguro de cómo lo que acababa de decir sería recibido.

-Sebastian –dijo ella con una repentina sensación de inconsolable cansancio –Me alegro de que quieras llegar a conocerme. Pero yo simplemente no tengo las energías suficientes para llegar a conocerte a ti. Lo siento.

-Yo no quería decir...

Pero ella ya se estaba alejando de él, hacia el puente. A medio camino de allí se giró y miró hacia atrás a Sebastian. Su aspecto era de una extraña tristeza y desamparo en una mancha de luz de luna, su cabello oscuro cayendo sobre su cara.

-Ragnor Fell –dijo ella.

Él la miró.

-¿Qué?

-Me preguntaste por qué vine aquí a pesar de que se suponía que no debía hacerlo –dijo Clary–. Mi madre está enferma. Enferma de verdad. Quizás muriéndose. La única cosa que puede ayudarla, la única *persona* que puede ayudarla, es un brujo llamado Ragnor Fell. Sólo que no tengo ni idea de dónde encontrarlo.

-Clary...

Ella se volvió de regreso hacia la casa.

-Buenas noches, Sebastian.

Era más difícil subir por la rejilla de lo que había sido bajar por ella. Las botas de Clary se resbalaron bastantes veces sobre el húmedo muro de piedra, y ella sintió un gran alivio cuando por fin se encaramó sobre el alféizar de la ventana y, medio saltando, medio cayendo, entró en el dormitorio. Su euforia duró poco. Tan pronto como sus botas golpearon el suelo una brillante luz estalló, una explosión que encendió la habitación con el brillo de la luz del día.

Amatis estaba sentada en el borde de la cama, su espalda muy recta, una piedra de luz mágica en la mano. Ésta ardía con una luz violenta que no hacía nada suaves los duros planos de su rostro o las líneas de las comisuras de su boca. Ella miró a Clary en silencio durante un largo instante. Finalmente, dijo:

-Con esas ropas, te pareces totalmente a Jocelyn.

Clary se incorporó con dificultad.

-Lo... Lo siento –dijo ella–. Lo de salir de esta manera...

Amatis cerró la mano alrededor de la luz mágica, apagando su brillo. Clary encegueció en la repentina penumbra.

-Quítate esa equipación –dijo Amatis–, y encuéntrate conmigo abajo en la cocina. Y ni se te ocurra salir de nuevo a hurtadillas por la ventana –añadió–, o la próxima vez que vuelvas a casa la encontrarás sellada contra ti.

Tragando con dificultad, Clary asintió con la cabeza.

Amatis se puso en pie y se fue sin decir una palabra más. Rápidamente, Clary se sacó la equipación y se vistió con su propia ropa, que colgaba de una de las esquinas de la cama, ahora ya seca; sus vaqueros estaban un poco rígidos, pero fue agradable ponerse su familiar camiseta. Sacudiendo su pelo enredado hacia atrás, ella se dirigió escaleras abajo.

La última vez que había visto la planta baja de la casa de Amatis, ella estaba delirando y teniendo alucinaciones. Recordaba los largos pasillos extendiéndose hacia el infinito y el enorme reloj de pie cuyos tics habían sonado como los latidos de un corazón moribundo. Ahora se encontraba en una pequeña y acogedora salita, con sencillos muebles de madera y alfombra de retales sobre el suelo. Su tamaño reducido y los colores brillantes le recordaron a su propia sala de estar en su casa de Brooklyn. Ella la atravesó en silencio y entró en la cocina, donde un fuego ardía en la rejilla y la habitación estaba llena de cálida luz amarilla. Amatis estaba sentada en la mesa. Tenía un chal azul cubriendo sus hombros; lo que hacía que su cabello pareciera más gris.

-Hola –Clary se sostuvo en la entrada. No podía decir si Amatis estaba enfadada o no.

-Supongo que apenas necesito preguntarte dónde fuiste –dijo Amatis, sin subir la mirada de la mesa–. Fuiste a ver a Jonathan, ¿verdad? Supongo que era de esperar. Quizás si hubiera tenido mis propios hijos, sabría cuando un niño me está mintiendo. Pero tenía tantas esperanzas en que, esta vez al menos, no decepcionara *totalmente* a mi hermano.

-¿Decepcionar a Luke?

-¿Sabes lo que ocurrió cuando él fue mordido? –Amatis miraba al frente–. Cuando *mi hermano* fue mordido por un hombre lobo... Y por supuesto que lo fue –Valentine estaba siempre corriendo riesgos estúpidos para el mismo y sus seguidores, era sólo cuestión de tiempo –, él vino y me dijo lo que había sucedido y lo asustado que estaba de que pudiera haber contraído la dolencia licantrópica. Y yo le dije... Le dije...

-Amatis, no tienes que contarme esto...

-Le dije que se fuera de mi casa y que no volviera hasta que estuviera seguro de que él no la tenía. Me aparté de él... No podía remediarlo –su voz se agitó–. Él podía ver lo asqueada que estaba, todo estaba en mi cara. Dijo que temía que si la tenía, si llegaba a convertirse en esa criatura,

Valentine le pidiera que se matase a sí mismo, y yo dije... *Dije que quizás eso sería lo mejor.*

Clary dio un pequeño grito ahogado; no pudo remediarlo.

Amatis miró hacia arriba rápidamente. El odio y la repulsa hacia sí misma estaban escritos sobre su rostro.

-Luke fue siempre tan extraordinariamente *bueno* en todo lo que Valentine trataba que él hiciera... A veces pensaba que él y Jocelyn eran las únicas personas realmente buenas que conocía... Y no podía soportar la idea de que él se convirtiera en un monstruo...

-Pero él no es así. No es un monstruo.

-No lo sabía. Después de su Transformación, después de huir de aquí, Jocelyn trató y trató de convencerme de que él era todavía la misma persona en su interior, que todavía era mi hermano. Si no hubiera sido por ella, yo nunca habría estado dispuesta a verlo de nuevo. Le dejé quedarse aquí cuando vino antes del Levantamiento, dejarle esconderse en el sótano, pero podía decir que él no confiaba realmente en mí, no después de que le diera la espalda. Creo que todavía no lo hace.

-Él confiaba lo suficiente para venir hasta ti cuando estuvo enfermo – dijo Clary-. Ha confiado suficientemente en ti para dejarme aquí contigo...

-Él no tenía ningún sitio más al que ir –dijo Amatis –Y mira lo bien que me ha ido contigo. No he podido retenerte en casa ni siquiera por un día.

Clary se estremeció. Esto era peor que te gritaran.

-No es culpa tuya. Te *mentí* y salí a hurtadillas. No había nada que pudieras haber hecho contra eso.

-Oh, Clary –dijo Amatis-. ¿No lo ves? Siempre hay algo que puedes hacer. Es exactamente la gente como yo la que siempre se dice así misma otra cosa. Me dije a mí misma que no había nada que pudiera hacer respecto a Luke. Me dije a mí misma que no había nada que pudiera hacer cuando Stephen me dejó. E incluso rechazo asistir a las reuniones de la Clave porque me digo a mí misma que no hay nada que yo pueda hacer para influir en sus decisiones, incluso cuando odio lo que ellos hacen. Pero luego, cuando decido hacer algo... Bueno, ni siquiera hago esa única cosa bien –sus ojos resplandecían duros y brillantes a la luz del fuego-. Vete a la cama, Clary –finalizó ella-. Y de ahora en adelante, puedes ir y venir como quieras. No haré nada para detenerte. Después de todo, como has dicho, no hay nada que yo pueda hacer.

-Amatis...

-No –Amatis sacudió la cabeza-, sólo vete a la cama. Por favor –su voz sostenía una nota de finalización; se dio la vuelta como si Clary ya se hubiera ido y miró a la pared imperturbable.

Clary giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba. En la habitación de invitados cerró la puerta de una patada detrás de ella y se tiró sobre la cama. Creía que quería llorar, pero las lágrimas no llegaron. *Jace me odia,*

pensó ella. *Amatis me odia. Nunca llegué a despedirme de Simon. Mi madre se está muriendo. Y Luke me ha abandonado. Estoy sola. Nunca he estado tan sola, y es todo por mi culpa.* Quizás ese era el por qué de que no pudiera llorar, se dio cuenta, mirando con los ojos secos al techo. Porque, ¿qué sentido tenía llorar cuando no había nadie allí para consolarla? Y lo que era peor, ¿cuando ni tú misma podías siquiera consolarte?

DONDE LOS ÁNGELES TEMEN PISAR

Fuera de un sueño de sangre y luz de sol, Simon despertó de repente con el sonido de una voz llamándole por su nombre.

-Simon –la voz era un susurro siseante–. Simon, levántate.

Simon ya estaba de pie –a veces lo rápido que podía moverse ahora le sorprendía incluso a él– y se giró alrededor en la oscuridad de la celda.

-¿Samuel? –susurró él mirando en las sombras–. Samuel, ¿eres tú?

-Date la vuelta, Simon –ahora la voz, ligeramente familiar, sostenía una nota de irritabilidad–. Y ven a la ventana.

Simon supo inmediatamente quién era y miró a través de la ventana con barrotes para ver a Jace arrodillado sobre la hierba en el exterior con una piedra de luz mágica en su mano. Él estaba mirando a Simon con un tenso ceño fruncido.

-¿Qué, creías que estabas teniendo una pesadilla?

-Quizás todavía lo creo –había un zumbido en los oídos de Simon, si hubiera tenido pulso habría pensado que era la sangre corriendo por sus venas, pero era otra cosa, algo menos corporal pero más próximo que la sangre. La luz mágica lanzaba el estampado salvaje de un dibujo de luz y sombra sobre la pálida cara de Jace.

-Así que es aquí donde te han metido. No pensaba que aún utilizaran estas celdas –él echaba un vistazo de reojo–. Llamé a la ventana equivocada la primera vez. Le di a tu amigo de la celda de al lado algo de susto. Atractivo compañero, con la barba y los harapos. Del tipo que me recuerda a la gente de la calle de vuelta a casa.

Y Simon se dio cuenta de lo que era el sonido zumbante en sus oídos. Rabia. En algún rincón lejano de su cabeza era consciente de que sus labios estaban retraídos y las puntas de sus colmillos rasgaban su labio inferior.

-Me alegra que pienses que todo esto es gracioso.

-¿No estás feliz de verme entonces? –dijo Jace–. Tengo que decir que estoy sorprendido. Siempre me han dicho que mi presencia iluminaba cualquier habitación. Quién pensaría que entraría doblemente en frías y húmedas celdas subterráneas.

-Sabías lo que pasaría, ¿no? “Ellos te enviarán directo de vuelta a Nueva York”, dijiste. No hay problema. Pero ellos nunca tuvieron ninguna intención de hacer eso.

-Yo no lo sabía –Jace se encontró con los ojos de él a través de los barrotes, y su mirada era clara y firme–. Sé que no me creerás, pero yo pensaba que te estaba diciendo la verdad.

-¿Eres mentiroso o estúpido...?

-Entonces, soy estúpido.

-...o ambas cosas –finalizó Simon–. Yo me inclino a pensar que ambas.

-No tengo ninguna razón para mentirte. No ahora –la mirada de Jace continuaba firme–. Y deja de mostrarme los colmillos. Me está poniendo nervioso.

-Bien –dijo Simon–. Si quieres saber el por qué, es porque hueles a sangre.

-Es mi colonia. Eau de Herida Reciente –Jace levantó su mano izquierda. Era un guante de vendas blancas, manchadas por los nudillos, por donde la sangre se había filtrado.

Simon frunció el ceño.

-Pensé que los de tu clase no os heríais. No de una herida que durase.

-Atravesé con ella una ventana –dijo Jace–, y Alec está haciéndome curar como un mundano para enseñarme una lección. Mira, te he dicho la verdad. ¿Impresionado?

-No –dijo Simon–, tengo problemas mayores que tú. El Inquisidor sigue haciéndome preguntas que no puedo responder. Sigue acusándome de obtener mis poderes de Daylighter de Valentine. De ser un *espía* suyo.

La alarma parpadeó en los ojos de Jace.

-¿Aldertree dijo eso?

-Aldertree sugiere que la Clave entera piensa así.

-Eso es malo. Si deciden que eres un espía, entonces los Acuerdos no se aplicarán. No si ellos pueden convencerse a ellos mismos de que has incumplido la Ley –Jace echó un vistazo alrededor con rapidez antes de devolver la mirada a Simon–. Será mejor sacarte de aquí.

-¿Y entonces qué? –Simon casi no podía creer lo que estaba diciendo. Quería tanto salir de aquel lugar que podía saborearlo, sin embargo no podía parar las palabras cayéndosele de la boca–. ¿Dónde tienes la intención de esconderme?

-Hay un Portal aquí en el Gard. Si podemos encontrarlo, puedo enviarte de vuelta por...

-Y todo el mundo sabrá que me ayudaste. Jace, la Clave no está sólo detrás de mí. De hecho, dudo que se preocupen de un Submundo de una manera o de otra. Ellos están intentando demostrar algo sobre tu familia... sobre los Lightwood. Están intentando probar que ellos están relacionados con Valentine de alguna manera. Que nunca dejaron el Círculo en realidad.

Incluso en la oscuridad, era posible ver el color precipitándose en las mejillas de Jace.

-Pero eso es ridículo. Ellos lucharon con Valentine... en el buque... Robert casi muere...

-El Inquisidor quiere creer que ellos sacrificaron a los otros Nephilim que luchaban en la embarcación para preservar la ilusión de que estaban contra Valentine. Pero ellos perdieron la Espada Mortal, y eso es lo que a él le preocupa. Mira, tú intentaste advertir a la Clave y ellos no se preocuparon. Ahora el Inquisidor está buscando alguien a quien culpabilizar de todo. Si él puede tachar a tu familia de traidores, entonces nadie culpará a la Clave de lo que ocurrió, y él podrá llevar a cabo la política que sea que quiere sin oposición.

Jace puso la cara en las manos, sus largos dedos tiraban distraídamente de su pelo.

-Pero no puedo dejarte aquí simplemente. Si Clary descubre...

-Debí haber sabido qué es lo que te preocupaba –Simon se rió con severidad–. Pues no se lo digas. Ella está en Nueva York, de todas formas, gracias a... –se interrumpió, incapaz de decir la palabra–. Tenías razón –dijo en su lugar–. Me alegro de que ella no esté aquí.

Jace levantó la cabeza de las manos.

-¿Qué?

-La Clave está demente. Quién sabe lo que le harían si supiesen lo que ella pudo hacer. Tenías razón –repitió Simon, y cuando Jace no dijo nada en respuesta, añadió–. Y te gustará saber también que les dije sólo lo mismo que tú. Probablemente no lo contaré nunca más.

Jace le miró fijamente, su rostro en blanco, y Simon se acordó con una sacudida del aspecto que Jace había tenido en el buque, ensangrentado y moribundo sobre el suelo metálico. Finalmente, Jace habló:

-¿Así que me estás diciendo que tu plan es quedarte aquí? ¿En prisión? ¿Hasta cuándo?

-Hasta que tengamos una idea mejor –dijo Simon–. Pero hay algo.

Jace levantó las cejas.

-¿Qué es?

-Sangre –dijo Simon–. El Inquisidor está intentando matarme de hambre para que hable. Yo ya me siento bastante débil. Para mañana yo estaré... Bueno, no sé cómo estaré. Pero no quiero ceder ante él. Y no beberé tu sangre otra vez, o la de nadie más –añadió rápidamente, antes de que Jace pudiera ofrecer–. Sangre animal servirá.

-Puedo conseguirte sangre –dijo Jace. Él vaciló–. ¿Le... contaste al Inquisidor que te dejé beber mi sangre? ¿Que te salvé?

Simon sacudió la cabeza.

Los ojos de Jace brillaron con reflejos de luz.

-¿Por qué no?

-Supongo que no quise meterte en más problemas.

-Mira, vampiro –dijo Jace–. Protege a los Lightwood si puedes. Pero no me protejas a mí.

Simon levantó la cabeza.

-¿Por qué no?

-Supongo que –dijo Jace, y por un momento, mientras miraba hacia abajo entre los barrotes, Simon pudo casi imaginar que era él el que estaba fuera y Jace el que estaba en el interior de la celda–, porque no lo merezco.

Clary se despertó con un sonido como de granizo sobre el tejado de metal. Se incorporó en la cama, mirando a su alrededor aturdida. El sonido vino otra vez, un afilado traqueteo-golpeteo proveniente de la ventana. Apartando la manta a regañadientes, fue a investigar. Tirando de la ventana para abrirla dejó entrar una ráfaga de aire frío que cortó a través de su pijama como un cuchillo. Ella se estremeció y se inclinó sobre el alféizar.

Alguien estaba de pie en el jardín de abajo, y por un momento, con un salto de su corazón, todo lo que ella vio fue que la figura era delgada y alta, de muchacho, despeinada. Entonces él levantó la cara y ella vio que el cabello era oscuro, no rubio, y se dio cuenta de que por segunda vez, ella había esperado a Jace y encontrado a Sebastian en su lugar.

Él estaba sosteniendo un puñado de guijarros en una mano. Sonrió cuando la vio asomar la cabeza, e hizo un gesto hacia sí mismo y luego a la rejilla de las rosas. *Bajar*. Ella sacudió la cabeza y apuntó hacia el frente de la casa. *Espérame enfrente de la puerta*. Cerrando la ventana, ella se apresuró escaleras abajo. Era última hora de la mañana –la luz que manaba por las ventanas era dorada, pero las luces estaban todas apagadas y la casa estaba silenciosa. *Amatis debe estar todavía dormida*, pensó ella.

Clary fue frente a la puerta, descorrió el cerrojo y tiró de ella para abrirla. Sebastian estaba allí, de pie sobre el escalón de la fachada, y una vez más ella tuvo esa sensación, ese extraño arranque de reconocimiento, aunque era más ligero esta vez. Ella le sonrió débilmente.

-Tirabas piedras a mi ventana –dijo ella–. Pensaba que la gente sólo hacía eso en las películas.

Él sonrió burlonamente.

-Bonito pijama. ¿Te he despertado?

-Quizás.

-Lo siento –dijo él, aunque no parecía sentirlo–. Pero esto no podía esperar. Por cierto, querrías subir corriendo las escaleras y vestirte. Pasaremos el día juntos.

-Guau. Qué seguro de ti mismo, ¿no? –dijo ella, pero luego pensó que los chicos que eran como Sebastian probablemente no tenían razón alguna para ser otra cosa que seguros. Sacudió la cabeza–. Lo siento, pero no puedo. No puedo salir de la casa. Hoy no.

Una débil línea de preocupación apareció entre los ojos de él.

-Saliste de la casa ayer.

-Lo sé, pero eso fue antes... *—Antes de que Amatis me hiciera sentir como si tuviera cinco centímetros de altura—*. Simplemente no puedo. Y por favor, no intentes discutir eso conmigo, ¿vale?

-Vale —dijo él—. No lo discutiré. Pero al menos déjame contarte lo que he venido a decirte. Luego, te prometo que si todavía quieres que me vaya, me iré.

-¿Qué es?

Él levantó la cara, y ella se preguntó cómo era posible que unos ojos oscuros pudieran brillar exactamente igual que unos dorados.

-Sé dónde puedes encontrar a Ragnor Fell.

Le llevó a Clary menos de diez minutos subir las escaleras a toda prisa, echarse su ropa por encima, garabatear una rápida nota para Amatis y reunirse con Sebastian, que estaba esperándola al final del canal. Él sonreía burlonamente mientras ella corría a su encuentro, sin aliento, su abrigo verde tirado sobre un brazo.

-Estoy aquí —dijo ella patinando al parar—. ¿Podemos irnos ahora?

Sebastian insistió en ayudarla a ponerse el abrigo.

-No creo que nadie alguna vez me haya ayudado con mi abrigo antes —observó Clary liberando el pelo que se había quedado atrapado bajo el cuello—. Bueno, quizás camareros. ¿Has sido alguna vez camarero?

-No, pero fui criado por una francesa —le recordó Sebastian—. Eso conlleva una trayectoria de entrenamiento incluso más rigurosa.

Clary sonrió a pesar de su nerviosismo. A Sebastian se le daba bien hacerla sonreír, se dio cuenta ella con una débil sensación de sorpresa. Casi *demasiado* bien.

-¿Dónde vamos? —preguntó ella abruptamente—. ¿La casa de Fell está cerca de aquí?

-En realidad, vive a las afueras de la ciudad —dijo Sebastian comenzando a caminar hacia el puente. Clary se encontraba un paso a su lado.

-¿Es una larga caminata?

-Demasiado largo para caminar. Necesitamos que nos lleven.

-¿Que nos lleven? ¿Quién? —ella vino a un tope fijo—. Sebastián, tenemos que ser muy cuidadosos. No podemos confiarle a cualquiera la información de lo que estamos haciendo... De lo que *estoy* haciendo. Es un secreto.

Sebastian la miró con ojos pensativos.

-Juro sobre el Ángel que el amigo que nos llevará no dirá una palabra a nadie sobre lo que estamos haciendo.

-¿Estás seguro?

-Estoy *muy* seguro.

Ragnor Fell, pensó Clary mientras ellos zigzagueaban por las calles atestadas. *Voy a ver a Ragnor Fell*. Una excitación salvaje contrastaba con la inquietud –Madeleine lo había pintado imponente. ¿Qué pasaba si él no tenía paciencia con ella, no tenía tiempo? ¿Qué pasaba si no le conseguía convencer de que ella era quien decía ser? ¿Qué pasaría si ni siquiera se acordara de su madre? No podía evitar que sus nervios, cada vez que pasaba un hombre rubio o una chica con largo cabello oscuro, se tensaran en su interior cuando creía reconocer a Jace o Isabelle. Pero Isabelle probablemente sólo la ignoraría, pensó ella abatida, y Jace estaría sin duda de vuelta en la casa de los Penhallow, besuqueándose con su nueva novia.

–¿Estás preocupada por si no siguen? –preguntó Sebastian mientras doblaban el lateral de una calle que se alejaba del centro de la ciudad, notando la manera en la que ella seguía mirando a su alrededor.

–Sigo pensando que veo a gente que conozco –admitió ella–. Jace, o los Lightwood.

–No creo que Jace haya salido de casa de los Penhallow desde que llegó aquí. La mayor parte del tiempo parece estar escondido en su habitación. También se hirió la mano ayer bastante gravemente...

–¿Se hirió la mano? ¿Cómo? –Clary, olvidando mirar por donde iba, tropezó con una piedra. La calle por la que habían estado andando había cambiado de algún modo de los adoquines a la grava sin que ella lo notara–. Ay.

–Hemos llegado –anunció Sebastian, parando enfrente de una alta valla de madera y alambrada. No había casas alrededor –ellos habían abandonado bastante bruscamente la zona residencial, y sólo había este cercado a un lado y una pendiente de gravilla inclinándose hacia el bosque al otro. Había una puerta en el cercado, pero estaba cerrada con candado. De su bolsillo sacó Sebastian una pesada llave de acero y abrió la puerta–. Enseguida vuelvo con nuestro vehículo –cerró la puerta detrás de él.

Clary puso los ojos sobre las tablillas. A través de las rendijas podía avistar lo que parecía una casa de listones rojos de suelo bajo. Aunque no parecía tener en realidad una puerta o auténticas ventanas... La puerta se abrió y Sebastian reapareció sonriendo de oreja a oreja. Sostenía en una mano una correa: andando dócilmente detrás de él había un enorme caballo gris y blanco con un resplandor como si fuera una estrella sobre su frente.

–¿Un caballo? ¿Tienes un caballo? –Clary miraba con asombro–. ¿Quién tiene un caballo?

Sebastian acariciaba cariñosamente al caballo sobre el hombro.

–Muchas familias de Cazadores de Sombras tienen caballo en las caballerizas, aquí en Alicante. Como habrás notado, no hay coches en Idris. No funcionan muy bien con todas esas protecciones alrededor –él dio unas palmaditas sobre la pálida piel de la silla de montar, engalanada con un emblema de brazos que describían una serpiente de agua emergiendo de un

lago en una serie de lazadas. El nombre *Verlac* estaba escrito debajo con delicada caligrafía—. Vamos, sube.

Clary se echó atrás.

-Nunca he montado en caballo antes.

-Yo llevaré a Caminante –le tranquilizó Sebastian—. Tú sólo te sentarás delante de mí.

El caballo gruñó suavemente. Tenía dientes enormes, notó Clary con inquietud; cada uno del tamaño de un *Pez dispenser*¹. Imaginó esos dientes hundiéndose en sus piernas y pensó en todas las chicas que había conocido en la escuela que querían un pony. Se preguntó si no estaban locas.

Sé valiente, se dijo a sí misma. *Es lo que haría tu madre*. Inspiró profundamente.

-Está bien. Vamos.

El propósito de Clary de ser valiente duró lo que le llevó a Sebastian, después de ayudarla a subir a la montura, montarse en el caballo detrás de ella y clavar sus talones. Caminante salió como un tiro, pisando pesadamente sobre el camino de gravilla con una fuerza que mandaba sacudidas a su columna. Se agarró firmemente a la parte de la montura que se levantaba por delante de ella, sus uñas clavándose lo suficiente para dejar las huellas en la piel.

El camino sobre el que estaban se estrechaba mientras se dirigían fuera de la ciudad, y ahora había grupos de grandes árboles a cada lado de ellos, paredes de verde que bloqueaban toda visión. Sebastian tiró hacia atrás de las riendas y el caballo detuvo su frenético galope, el pulso de Clary descendiendo a la vez que su paso. Cuando su pánico se desvaneció, ella llegó a ser consciente lentamente de Sebastian detrás de ella –él estaba sosteniendo las riendas a cada lado de ella, sus brazos haciendo una especie de jaula alrededor de ella que la guardaba de sentir como si pudiera caerse del caballo. De repente ella era muy consciente de él, no sólo por la gran fortaleza de los brazos que la sostenían, sino porque ella estaba inclinada hacia atrás contra su pecho y por el olor de él, por alguna razón, a pimienta negra. No de una manera desagradable, era picante y agradable, muy diferente al olor de Jace, jabón y luz de sol. No es que la luz del sol tuviera olor en realidad, pero si lo tuviera...

Apretó los dientes. Ella estaba aquí con Sebastian, de camino a encontrarse con un poderoso brujo, y mentalmente estaba dándole vueltas a la manera en la que Jace olía. Se obligó a mirar alrededor. Los verdes grupos de árboles habían ido disminuyendo y ahora podía ver una extensión de campiña jaspeada a cada lado. Era hermoso de una manera austera: una alfombra de verde deshecha aquí y allá por las cicatrices de

1. Pez dispenser: aparatitos que contienen y expenden caramelos al levantar una palanca con forma de cabeza de distintos personajes.

caminos de piedra gris o peñascos de roca negra levantándose sobre la hierba. Grupos de delicadas flores blancas, las mismas que había visto en la necrópolis con Luke, poblaban las colinas como nevadas aisladas.

-¿Cómo descubriste dónde está Ragnor Fell? –preguntó ella mientras Sebastian guiaba hábilmente al caballo por un surco del camino.

-Mi tía Élodie. Ella tiene toda una red de informantes. Sabe todo lo que ocurre en Idris, incluso aunque nunca venga aquí. Detesta dejar el Instituto.

-¿Y tú? ¿Vienes a Idris mucho?

-La verdad es que no. La última vez que estuve aquí tenía unos cinco años. No había visto a mis tíos desde entonces, así que me alegro de estar aquí ahora. Me da la oportunidad de ponerme al día. Además, echo de menos Idris cuando no estoy aquí. No hay otro lugar igual. Es el mejor lugar de la Tierra. Comenzarás a sentirlo, y después la echarás de menos cuando no estés aquí.

-Sé que Jace la echaba de menos –dijo ella–, pero creí que era porque vivió aquí durante años. Se crió aquí.

-En la casa solariega de los Wayland –dijo Sebastian–. No muy lejos de dónde vamos, de hecho.

-Pareces saberlo todo.

-No *todo* –dijo Sebastian con una risa que Clary sintió a través de su espalda–. Sí, Idris ejerce su magia sobre todos... Incluso sobre aquellos como Jace que tienen razones para odiar el lugar.

-¿Por qué dices eso?

-Bueno, él fue criado por Valentine, ¿no? Y eso debe haber sido bastante horrible.

-No lo sé –vaciló Clary–. La verdad es que él ha mezclado los sentimientos respecto a eso. Creo que Valentine fue un padre horrible en cierto modo, pero, por otra parte, los pocos momentos de amabilidad y amor que él demostró han sido toda la amabilidad y amor que Jace conoció –ella sintió una ola de tristeza mientras hablaba–. Creo que él recordó a Valentine con mucho cariño durante mucho tiempo.

-No puedo creer que Valentine le mostrara alguna vez a Jace amabilidad o amor. Valentine es un monstruo.

-Bueno, sí, pero Jace es su hijo. Y sólo era un niño. Creo que Valentine le quiso, a su manera...

-No –la voz de Sebastian era cortante–. Me temo que eso es imposible.

Clary parpadeó y casi se giró para mirar su cara, pero luego lo pensó mejor. Todos los Cazadores de Sombras se ponían como locos con el tema de Valentine, ella pensó en la Inquisidor y se estremeció interiormente, y difícilmente podía culparles.

-Probablemente tienes razón.

-Llegamos –dijo Sebastian abruptamente, tan abruptamente que Clary se preguntó si realmente le había ofendido de alguna manera; y se deslizó bajándose del caballo. Pero cuando él subió la mirada hacia ella, estaba sonriendo–. Hemos hecho un buen tiempo –dijo él atando las riendas a la rama baja de un árbol cercano–, mejor de lo que pensaba.

Él indicó con un gesto que ella debía desmontar, y después de un momento de vacilación Clary se deslizó del caballo a los brazos de él. Ella se aferró fuertemente a él mientras la agarraba, sus piernas poco firmes después del largo viaje.

-Lo siento –dijo ella tímidamente–. No quería agarrarte tan fuerte.

-No debes pedir perdón por *eso* –su respiración era cálida contra el cuello de ella, y ésta se estremeció.

Sus manos se quedaron un momento más sobre la espalda de ella antes de que la soltara de mala gana. Todo esto no estaba ayudando a las piernas de Clary a sentirse más seguras.

-Gracias –dijo ella sabiendo muy bien que estaba ruborizada, y deseando de todo corazón que su piel blanca no mostrara color tan fácilmente–. Así qué... ¿es aquí? –miró alrededor. Estaban en un pequeño valle entre dos colinas bajas. Había una serie de árboles de aspecto nudoso rodeando un claro. Sus retorcidas ramas tenían una belleza escultural contra el cielo azul acero. Pero por lo demás...– No hay nada aquí –dijo ella con el ceño fruncido.

-Clary. *Concéntrate.*

-Quieres decir... ¿Un glamour? Pero normalmente no tengo que...

-Los glamour en Idris a menudo son más fuertes que en otro lugar. Tienes que intentarlo con más fuerza de lo que sueles –él puso las manos sobre los hombros de ella y la giró con delicadeza–. Mira el claro.

Clary desempeñó silenciosamente el ardid mental que le permitía despegar el glamour de lo que ocultaba. Se imaginó a sí misma restregando aguarrás sobre el lienzo, disolviendo las capas de pintura para revelar la verdadera imagen de debajo... Y allí estaba, una pequeña casa de piedra con un afilado tejado a doble vertiente, humo girando desde la chimenea con una elegante floritura. Un serpenteante sendero bordeado por piedras que llevaban a la puerta principal. Mientras ella miraba, el humo que salía por la chimenea dejó de ascender ondeante y comenzó a tomar la forma de una temblorosa señal de interrogación. Sebastian se rió.

-Creo que eso significa, ¿*Quién está ahí?*

Clary tiró de su abrigo para acercarlo más a ella. El viento que soplabla a la altura de la hierba no era fuerte, sin embargo había hielo en sus huesos.

-Parece algo sacado de un cuento de hadas.

-¿Tienes frío? –Sebastian puso un brazo alrededor de ella.

Inmediatamente el humo ondulando desde la chimenea paró de formar el signo de interrogación y comenzó a manar con la forma de corazones

asimétricos. Clary se retiró de él, sintiendo ambos vergüenza y de algún modo culpabilidad, como si ella hubiera hecho algo malo. Se apresuró hacia el camino principal de la casa, Sebastian justo detrás de ella. Estaban a mitad del sendero principal cuando la puerta se abrió.

A pesar de haber estado obsesionada con encontrar a Ragnor Fell desde que Madeleine le dijo su nombre, Clary nunca se había parado a imaginar cómo sería él. Un hombre grande y barbudo, habría pensado si hubiera pensado en ello. Alguien que pareciera como un vikingo, con hombros anchos. Pero la persona que salía por la puerta principal era alta y delgada, con el cabello oscuro, corto y de punta. Llevaba un chaleco de malla dorada y un pantalón de pijama de seda. Él contemplaba a Clary con ligero interés, dando una calada con cuidado a una pipa fantásticamente grande mientras lo hacía. Aunque él no se parecía nada en absoluto a un vikingo, le fue instantánea y totalmente familiar. Magnus Bane.

-Pero... -Clary miró como loca a Sebastian, que parecía tan asombrado como ella.

Él miraba a Magnus con la boca ligeramente abierta, una mirada en blanco en su cara. Finalmente, tartamudeó:

-¿Eres... Ragnor Fell? ¿El brujo?

Magnus sacó la pipa de su boca.

-Bueno, desde luego no soy Ragnor Fell el bailarín exótico.

-Yo... -Sebastian parecía no saber qué decir. Clary no estaba segura de lo que él había estado esperando, pero Magnus era demasiado para procesarlo-. Esperábamos que pudiera ayudarnos. Soy Sebastian Verlac, y ella es Clarissa Morgenstern, su madre es Jocelyn Fairchild...

-No me importa quién es su madre -dijo Magnus-. No podéis verme sin una cita. Volved más tarde. El próximo marzo estaría bien.

-¿Marzo? -Sebastián parecía horrorizado.

-Tienes razón -dijo Magnus-, demasiado lluvioso. ¿Qué tal junio?

Sebastian se enderezó.

-No creo que entienda lo importante que es esto...

-Sebastian, no te molestes -dijo Clary con indignación-. Él sólo está liándote. De todos modos, no puede ayudarnos.

Sebastian sólo parecía aún más confuso.

-Pero no veo por qué no puede...

-Está bien, es suficiente -dijo Magnus, y chasqueó los dedos una vez.

Sebastian se quedó congelado en el sitio, su boca aún abierta, su mano extendida parcialmente.

-¡Sebastian! -ella alargó la mano para tocarle, pero él estaba rígido como una estatua. Sólo la leve subida y bajada de su pecho demostraba que estaba todavía vivo- ¿Sebastian? -dijo ella otra vez, pero era inútil: sabía de algún modo que no podía verla u oírla. Se giró hacia Magnus-. No

puedo creer lo que has hecho. ¿Qué leches te pasa? ¿Lo que sea que lleve la pipa te está fundiendo el cerebro? Sebastian está de nuestro lado.

-Yo no tengo lado, Clary querida –dijo Magnus con una onda de su pipa–. Y en realidad, es culpa tuya que tuviera que congelarlo durante un ratito. Estabas terriblemente cerca de decirle que no soy Ragnor Fell.

-Eso es porque tú *no* eres Ragnor Fell.

Magnus echó un chorro de humo de la boca y la contempló pensativamente a través de la neblina.

-Vamos –dijo él–, déjame enseñarte algo.

Él sostuvo la puerta de la pequeña casa abierta, haciendo un gesto para que entrara. Con un último vistazo incrédulo a Sebastian, Clary le siguió.

El interior de la casita estaba sin luz. La débil luz del día manando por las ventanas era suficiente para mostrar a Clary que estaban en una gran habitación llena de sombras. Había un extraño olor en el aire, como de basura quemándose. Ella hizo un débil sonido de asfixia cuando Magnus levantó la mano y chasqueó una vez los dedos de nuevo. Una brillante luz azul floreció de las yemas de sus dedos. Clary dio un grito ahogado. La habitación estaba hecha un desastre: muebles hechos astillas, cajones abiertos y su contenido diseminado por todas partes. Páginas rasgadas de libros dispersadas por el aire como ceniza. Incluso los cristales de la ventana estaban hechos trizas.

-Recibí un mensaje de Fell la noche pasada –dijo Magnus–, pidiéndome que nos encontráramos aquí. Llegué aquí... y lo encontré así. Todo destruido, y la fetidez de demonios por todas partes.

-¿Demonios? Pero los demonios no pueden entrar en Idris...

-No te digo que lo hayan hecho. Sólo te estoy contando lo que ocurrió – Magnus hablaba sin inflexión–. El lugar apestaba a algo demoniaco en origen. El cuerpo de Ragnor estaba sobre el suelo. Él no estaba muerto cuando se fueron, pero lo estaba cuando llegué yo –se giró hacia ella–. ¿Quién sabía que estabas buscándole?

-Madeleine –susurró Clary–, pero ella está muerta. Sebastian, Jace y Simon. Los Lightwood...

-Ah –dijo Magnus–. Si los Lightwood saben, la Clave bien puede saber hasta la fecha, y Valentine tiene espías en la Clave.

-Debería haberlo mantenido en secreto en vez de preguntar a todo el mundo por él –dijo Clary con horror–. Es por mi culpa. Debería haber advertido a Fell...

-Debería señalar –dijo Magnus–, que no podías encontrar a Fell, que de hecho ese es el por qué de que preguntaras a todos por él. Mira, Madeleine y tú sólo pensasteis en Fell como en alguien que podía ayudar a tu madre. No como en alguien en quien Valentine podría estar interesado más allá de eso. Pero hay más. Valentine podría no haber sabido cómo despertar a tu madre, pero parecía saber que lo que ella había hecho para ponerse en ese

estado tenía una conexión con algo que él quería mucho. Un libro de hechizos especial.

-¿Cómo sabes todo eso? –preguntó Clary.

-Porque Ragnor me lo dijo.

-Pero...

Magnus la interrumpió con un gesto.

-Los brujos tienen formas de comunicarse entre ellos. Tienen sus propios lenguajes –levantó la mano que sostenía la llama azul–. *Logos*.

Letras de fuego, cada una de al menos quince centímetros de alto, aparecieron sobre las paredes como si estuvieran grabadas en la piedra con oro líquido. Las letras corrían por las paredes deletreando palabras que Clary no podía leer. Ella se giró hacia Magnus.

-¿Qué dice?

-Ragnor hizo esto cuando supo que estaba muriendo. Contar al brujo que sea que viniera detrás de él qué fue lo que ocurrió –cuando Magnus se giró, el resplandor de las letras ardiendo iluminaba sus ojos de gato con oro–. Fue atacado por los siervos de Valentine. Ellos reclamaron el Libro del Blanco. Junto al Libro Gris, está entre los más famosos volúmenes de obra sobrenatural jamás escritos. Ambos tienen la receta de la pócima que tomó Jocelyn, y la receta del antídoto para ello está contenida en ese libro.

La boca de Clary se abrió.

-¿Así que estaba aquí?

-No. Le pertenecía a tu madre. Todo lo que hizo Ragnor fue aconsejarle dónde esconderlo de Valentine.

-Entonces está...

-Está en la casa solariega de los Wayland. Los Wayland tenían su casa muy cerca de donde vivían Jocelyn y Valentine; eran sus vecinos más cercanos. Ragnor sugirió que tu madre ocultara el libro en su casa, donde Valentine nunca lo buscaría. En la biblioteca, de hecho.

-Pero Valentine vivió en la casa de los Wayland durante años después de aquello –protestó Clary–. ¿No lo habría encontrado?

-Fue escondido dentro de otro libro. Uno que era poco probable que Valentine abriera alguna vez –Magnus sonrió torciendo la boca–. *Recetas Sencillas para Amas de Casa*. Nadie puede decir que tu madre no tuviera sentido del humor.

-Entonces, ¿has ido a la casa de los Wayland? ¿Has buscado el libro?

Magnus sacudió la cabeza.

-Clary, hay protecciones para equivocar el camino hacia la casa. No sólo impiden el paso a la Clave; impiden el paso a todo el mundo. *Especialmente a los Submundo*. Tal vez si tuviera tiempo para trabajar en ello, podría forzarlas, pero...

-Entonces, ¿nadie puede entrar en la casa? –la desesperación se abría camino en su pecho–. ¿Es imposible?

-No he dicho nadie –dijo Magnus –Puedo pensar en al menos una persona que podría introducirse en la casa casi con toda seguridad.

-¿Te refieres a Valentine?

-Me refiero –dijo Magnus–, al hijo de Valentine.

Clary sacudió la cabeza.

-Jace no me ayudará, Magnus. Él no me quiere aquí. De hecho, dudo que él me hable en absoluto.

Magnus la miró con aire meditabundo.

-Creo –dijo él–, que no hay mucho que Jace no hiciera por ti, si tú se lo pides.

Clary abrió la boca y luego la cerró de nuevo. Ella pensó en la manera en que Magnus siempre pareció saber lo que Alec sentía por Jace, lo que Simon sentía por ella. Sus sentimientos por Jace debían estar escritos sobre su cara incluso ahora, y Magnus era un lector experto. Ella apartó la mirada.

-Dices que puedo convencer a Jace de venir a la casa conmigo y conseguir el libro –dijo ella–. ¿Y luego qué? No sé cómo hacer un hechizo, o hacer un antídoto...

Magnus resopló.

-¿Creías que yo te estaba dando todos estos consejos gratis? Una vez que consigas el Libro del Blanco, quiero que me lo traigas directamente.

-¿El libro? ¿Tú lo quieres?

-Es uno de los libros de hechizos más poderosos del mundo. Por supuesto que lo quiero. Además, para ser justos, pertenece a los hijos de Lilith, no a los de Raziél. Es un libro de brujería y debería estar en manos de un brujo.

-Pero lo necesito... para curar a mi madre...

-Necesitas una página de él, que puedes quedarte. El resto es mío. Y a cambio, cuando me traigas el libro, prepararé el antídoto para ti y se lo administraré a Jocelyn. No puedes decir que no sea un trato justo –él le ofreció una mano–. ¿Sellamos el acuerdo?

Después de un momento de vacilación Clary estrechó su mano.

-Será mejor que no me arrepienta de esto.

-Desde luego que espero que no –dijo Magnus volviéndose alegremente hacia la puerta de entrada. Sobre las paredes las letras de fuego ya estaban desvaneciéndose–. El arrepentimiento es una emoción tan inútil, ¿no te parece?

El sol fuera parecía especialmente brillante después de la oscuridad de la casita. Clary se quedó parpadeando mientras su visión volvía a enfocarse: las montañas a lo lejos, Caminante mascando hierba alegremente y Sebastian inmóvil como una estatua sobre el césped, una mano todavía extendida. Ella se volvió a Magnus.

-¿Podrías descongelarle ahora, por favor?

Magnus parecía divertido.

-Me sorprendí cuando recibí el mensaje de Sebastian esta mañana –dijo él–, diciendo que estaba haciéndote un favor, nada menos. ¿Cómo has terminado conociéndolo?

-Es primo de unos amigos de los Lightwood o algo así. Es bueno, lo prometo.

-Bueno, bah. Es guapísimo –Magnus lanzó una mirada ensoñadora en su dirección–. Podrías dejarlo aquí. Podría colgar sombreros de él y demás.

-No. No puedo hacerlo.

-¿Por qué no? ¿Te gusta él? –los ojos de Magnus despedían un destello–. A él parece que le gustas tú. Le vi agarrándote la mano allí fuera, como una ardilla lanzada tras un cacahuete.

-¿Por qué no hablamos de *tu* vida amorosa? –replicó Clary–. ¿Qué pasa contigo y Alec?

-Alec rehúsa reconocer que tenemos una relación, así que yo rehúso reconocerlo a él. Me envió un mensaje de fuego pidiéndome un favor el otro día. Iba dirigido al “Brujo Bane”, como si fuera un perfecto desconocido. Aún sigue colgado de Jace, creo, aunque esa relación nunca irá a ninguna parte. Un problema sobre el que imagino que no sabes nada...

-Oh, cállate –Clary miró a Magnus con desagrado–. Mira, si no descongelas a Sebastian, entonces no podré irme de aquí nunca, y tú nunca conseguirás el Libro del Blanco.

-Oh, está bien, está bien. ¿Pero podría hacerte una petición? No le cuentes nada de lo que te acabo de decir, sea amigo de los Lightwood o no –Magnus chasqueó los dedos de mala gana.

El rostro de Sebastian volvió a la vida, como un video volviendo a la acción después de haber estado en pausa.

-...ayudarnos –dijo él–. Esto no es simplemente un problema menor. Esto es cosa de vida o muerte.

-Vosotros, los Nephilim, pensáis que todos vuestros problemas son de vida o muerte –dijo Magnus–. Ahora marchaos. Habéis comenzado a aburrirme.

-Pero...

-Iros –dijo Magnus con un tono peligroso en su voz. Chispas azules resplandecían en las puntas de sus largos dedos, y hubo un repentino olor fuerte en el aire, como de algo quemándose. Los ojos de gato de Magnus brillaban. Incluso aunque ella sabía que era una actuación, Clary no pudo remediar echarse atrás.

-Creo que deberíamos irnos, Sebastian –dijo ella.

Los ojos de Sebastian se habían estrechado.

-Pero Clary...

-Vamos a... –ella vaciló, y, agarrándole por el brazo, medio tirando de él hacia Caminante. A regañadientes, él la siguió hablando entre dientes

bajo su respiración. Con un gesto de alivio, Clary echó un vistazo hacia atrás sobre el hombro. Magnus estaba en la puerta de la casita, los brazos cruzados sobre el pecho. Interceptando su mirada, él sonrió y bajó un párpado en un brillante guiño.

-Lo siento, Clary –Sebastian tenía una mano sobre el hombro de Clary y la otra sobre su cintura mientras la ayudaba a subir de vuelta sobre Caminante.

Ella trataba de aplacar la vocecilla interior de su cabeza que le advertía que no se volviera a montar en el caballo, o en cualquier caballo, ni dejara que él la alzara. Ella lanzó una pierna sobre la silla y se sentó por sí misma, diciéndose que estaba en equilibrio sobre un enorme sofá en movimiento y no sobre una criatura viva que podía volverse y morderla en cualquier momento.

-¿Lo siento por qué? –preguntó ella mientras él se subía de un simple balanceo detrás de ella. Era casi molesto la facilidad con que lo hacía, como si estuviera bailando, pero reconfortante de ver. Él sabía claramente lo que estaba haciendo, pensó ella mientras la rodeaba con los brazos para coger las riendas. Supuso que era bueno que uno de ellos lo hiciera.

-Por lo de Ragnor Fell. No esperaba que él no estuviera dispuesto a ayudar. Aunque, los brujos son caprichosos. Tú ya conocías uno antes, ¿no?

-Conozco a Magnus Bane –ella se giró momentáneamente para mirar por encima de Sebastian hacia la casita, perdiéndose en la distancia detrás de ellos. El humo estaba ascendiendo por la chimenea con la forma de figuritas bailando. ¿Magnuses bailarines? Ella no podía decirlo desde allí–. Él es el Gran Brujo de Brooklyn.

-¿Se parece mucho a Fell?

-Horriblemente similar. No pasa nada por lo de Fell. Sabía que había la posibilidad de que rehusara ayudarnos.

-Pero prometí ayudarte –Sebastian sonaba realmente disgustado–. Bueno, al menos hay algo más que puedo enseñarte, de forma que el día no resulte una completa pérdida de tiempo.

-¿Qué es? –ella se volvió otra vez para mirarle. El sol estaba en lo más alto del cielo detrás de él, avivando su cabello oscuro con un contorno de oro.

Sebastian sonrió abiertamente.

-Ya lo verás.

Mientras se alejaban de Alicante, las paredes de verde follaje les azotaban por cada uno de los lados, dando paso a cada tanto una bella e improbable vista: helados lagos azules, verdes valles, montañas grises, plateados tajos de ríos y arroyos flanqueados por bancos de flores. Clary se preguntó cómo sería vivir en un lugar como ese. No podía remediarlo, pero

se sentía nerviosa, casi expuesta, sin el consuelo de altos edificios cerniéndose sobre ella. No es que no hubiera ningún edificio en absoluto. De vez en cuando el tejado de un gran edificio de piedra se elevaba a la vista sobre los árboles. Había casas solariegas, explicó Sebastian (gritándole al oído): las casas de campo de las familias de Cazadores de Sombras adineradas. Éstas le recordaban a Clary las viejas mansiones a lo largo del Río Hudson, al norte de Manhattan, donde los neoyorkinos ricos pasaban el verano hacía cientos de años. El camino bajo ellos había dejado de ser de gravilla y estaba sin asfaltar. Clary se sacudió la ensoñación cuando remontaron una colina y Sebastian detuvo a Caminante.

-Aquí es –dijo él.

Clary miró.

-Esto.

Era una masa derrumbada de ennegrecida piedra carbonizada, reconocible sólo por el perfil de lo que tuvo que ser una vez una casa: había una hueca chimenea todavía apuntando hacia el cielo, y un trozo de muro con una enorme ventana sin cristales en su centro. La mala hierba crecía entre los cimientos, verde entre el negro.

-No lo entiendo –dijo ella–. ¿Por qué estamos aquí?

-¿No lo sabes? –preguntó Sebastian–. Aquí fue donde tu madre y tu padre vivieron. Donde nació tu hermano. Era la casa de los Fairchild.

No por primera vez, Clary escuchó la voz de Hodge en su cabeza.

“Valentine provocó un gran fuego y se quemó a sí mismo hasta la muerte junto a su familia, su esposa y su hijo. Las negras tierras abrasadas. Nadie ha construido allí después. Dicen que el lugar está maldito.”

Sin más palabras ella se deslizó de la montura. Escuchó a Sebastian llamarla, pero ella ya estaba medio corriendo medio resbalándose colina abajo. El terreno se nivelaba donde una vez se levantó la casa; las piedras ennegrecidas de lo que una vez había sido un sendero se tendían secas y agrietadas bajo sus pies. Entre las malas hierbas podía ver una serie de escalones que terminaban abruptamente a unos pocos metros del terreno.

-Clary... –Sebastian la siguió a través de la hierba, pero ella apenas era consciente de su presencia.

Girando lentamente en círculo, ella lo abarcó todo. Árboles quemados, medio muertos. Lo que probablemente alguna vez debía haber sido fresca hierba, extendiéndose en una inclinada colina. Podía ver el tejado de lo que seguramente fue otra casa cercana a lo lejos, justo sobre la línea de arbolado. El sol destellaba sobre los trozos de cristales rotos de una ventana en una pared que estaba todavía en pie. Ella dio un paso dentro de las ruinas sobre una plataforma de piedra ennegrecida. Podía ver los límites de las habitaciones, de las puertas... Incluso un armario quemado, casi intacto,

arrojado contra un lateral con los pedazos de porcelana hechos trizas esparcidos, mezclándose con la tierra negra.

Una vez esto había sido una auténtica casa, habitada por gente que vivía y respiraba. Su madre había vivido aquí, se había casado aquí, tenido un bebe aquí. Y luego Valentine había venido y lo había reducido todo a polvo y cenizas, dejando a Jocelyn pensando que su hijo había muerto, llevándola a ocultarle la verdad sobre este mundo a su hija... Una sensación de penetrante tristeza invadió a Clary. Más de una vida se había destruido en este lugar. Ella puso la mano sobre su cara y casi se sorprendió de encontrarla mojada: había estado llorando sin saberlo.

-Clary, lo siento. Pensé que querías ver esto –era Sebastian, haciendo crujir los escombros en su camino hacia ella, sus botas levantando ráfagas de ceniza. Él parecía preocupado.

Ella se giró hacia él.

-Oh, quiero. Quería. Gracias.

El viento se había levantado. Agitaba su oscuro cabello sobre su rostro. Él le dedicó una sonrisa compungida.

-Debe ser difícil pensar en todo lo que ocurrió en este lugar, en Valentine, en tu madre... Ella tuvo coraje increíble.

-Lo sé –dijo Clary-. Lo tuvo. Lo tiene.

Él tocó el rostro de ella ligeramente.

-Igual que tú.

-Sebastian, tú no sabes nada de mí.

-Eso no es verdad –su otra mano se alzó y ahora tenía su rostro entre las manos. Su tacto era suave, casi indeciso-. Lo he escuchado todo sobre ti, Clary. El modo en el que luchaste con tu padre por la Copa Inmortal, el modo en el que entraste es ese hotel infectado de vampiros detrás de tu amigo. Isabelle me contó historias, y he escuchado rumores, también. Y desde la primera... la primera vez que escuché tu nombre... he querido conocerte. Sabía que serías extraordinaria.

Ella se rió de forma inestable.

-Espero que no estés demasiado desilusionado.

-No –dijo él en voz baja, deslizando las yemas de los dedos bajo su barbilla-. No, en absoluto.

Levantó la cara de ella hacia la suya. Ella estaba demasiado sorprendida para moverse, incluso cuando él se inclinó sobre ella y se dio cuenta, tardíamente, de lo que estaba haciendo: de forma refleja ella cerró los ojos mientras los labios de él rozaban los suyos con delicadeza, enviando escalofríos a través de ella. Un repentino e intenso deseo de ser estrechada y besada de una manera que pudiera hacerle olvidar todo lo que la invadía. Ella subió los brazos, enroscándolos alrededor del cuello de él, en parte para sujetarse y en parte para tirar de él más cerca. El cabello de él

cosquilleaba en las yemas de sus dedos, no sedoso como el de Jace pero fino y suave, y *ella no debería estar pensando en Jace*.

Empujó hacia atrás los pensamientos sobre él mientras los dedos de Sebastian recorrían sus mejillas y la línea de su mandíbula. Su tacto era suave, a pesar de los callos de las yemas de sus dedos. Por supuesto, Jace tenía los mismos callos de luchar; probablemente todos los Cazadores de Sombras los tenían...

Ella restringió drásticamente el pensamiento sobre Jace, o lo intentó, pero no fue bien. Podía verlo incluso con los ojos cerrados... Ver los afilados ángulos y planos de un rostro que ella nunca pudo dibujar correctamente, no importaba cuánto la imagen de él hubiera ardido en el interior de su mente; ver los delicados huesos de sus manos, la piel cicatrizada de sus hombros...

El intenso deseo que había surgido en ella se desvaneció rápidamente con un violento retroceso, como una banda elástica soltada de golpe. Ella se quedó paralizada, incluso cuando los labios de Sebastian presionaron más sobre los suyos y sus manos se movieron para sujetar la parte de atrás de su cuello... Estaba paralizada con la helada sacudida de saber que había algo equivocado. Algo estaba terriblemente equivocado, algo que iba incluso más allá de su desesperado deseo por alguien a quien no podía tener. Era algo más: una repentina sacudida de horror, como si ella hubiera estado dando un paso con seguridad hacia delante y de repente se desplomara en un negro vacío.

Dio un grito ahogado y se apartó bruscamente de Sebastian con tal fuerza que casi tropieza. Si él no hubiera estado sosteniéndola, se habría caído.

-Clary –sus ojos desenfocados, sus mejillas ruborizadas con un color brillante–. Clary, ¿qué va mal?

-Nada –su voz sonaba débil a sus propios oídos–. Nada... Es sólo que, yo no debería tener... No estoy realmente preparada...

-¿Hemos ido demasiado rápido? Podemos llevarlo más despacio... –él fue a tocarla, y antes de que pudiera detenerse a sí misma, se había apartado estremeciéndose. Él parecía afligido–. No voy a hacerte daño, Clary.

-Lo sé.

-¿Ha ocurrido algo? –su mano se elevó y acarició su pelo hacia atrás; ella se mordió las ganas de apartarse–. ¿Jace...

-¿Jace? –¿Sabía él que ella había estado pensando en Jace, sería capaz de decirlo? Y al mismo tiempo...– Jace es mi *hermano*. ¿Por qué lo sacas así? ¿A qué te refieres?

-Sólo pensaba... –él sacudió la cabeza, el dolor y la confusión persiguiéndose el uno al otro en sus rasgos–, que quizás alguien te ha hecho daño.

Su mano estaba todavía sobre su mejilla. Ella levantó la suya y suavemente pero con firmeza la apartó, devolviéndola a su lado.

-No. Nada de eso. Es sólo que... –ella vaciló–. Siento que es un error.

-¿Un *error*? –el dolor en su cara desapareció reemplazado por la incredulidad–. Clary, nosotros tenemos una conexión. Tú sabes que la tenemos. Desde el primer segundo en el que te vi...

-Sebastian, no...

-Sentí como si fueras alguien a quien hubiera estado esperando siempre. Vi que tú lo sentiste también. No me digas que no.

Pero eso no era lo que ella había sentido. Ella sintió como si le hubiera dado la vuelta a una esquina en una ciudad extraña y de repente se hubiera visto a sí misma surgiendo enfrente de ella. Un sorprendente y no totalmente agradable reconocimiento, casi: *¿Cómo puede ser esto?*

-Yo no –dijo ella.

El enfado que ascendió a sus ojos –repentino, oscuro, incontrolado– la tomó por sorpresa. Él agarró sus muñecas con una presión dolorosa.

-Eso no es verdad.

Ella intentó soltarse.

-Sebastian...

-No es *verdad* –la negrura de sus ojos parecía consumir las pupilas. Su cara era como una máscara blanca, dura y rígida.

-Sebastian –dijo ella con tanta calma como pudo–, me estás haciendo daño.

Él la soltó. Su pecho estaba alzándose y cayendo rápidamente.

-Lo siento –dijo él–. Lo siento. Creí que...

Bueno, creíste mal, quiso decir Clary, pero se mordió las palabras. No quería ver esa *mirada* en su cara otra vez.

-Deberíamos volver –dijo ella en su lugar–. Oscurecerá pronto.

Él asintió con la cabeza, entumecido, pareciendo tan estupefacto por su arrebato como ella lo estaba. Se dio la vuelta y se dirigió hacia Caminante, que estaba paciando hierba a la ancha sombra de un árbol. Clary vaciló un momento, luego le siguió –parecía que allí no había nada más que ella *podiera* hacer. Echó un vistazo clandestino a sus muñecas mientras se encontraba a un paso detrás de él –estaban circundadas con rojo donde los dedos de él la habían agarrado, y más aún extraño, las yemas de sus dedos estaban manchadas de negro, como si de alguna manera las hubiera teñido con tinta.

Sebastian estuvo en silencio mientras le ayudaba a montar a Caminante de nuevo.

-Lo siento si di a entender algo sobre Jace –dijo él finalmente mientras ella se acomodaba en la montura–. Él nunca haría nada para hacerte daño. Sé que es por tu bien que ha estado visitando a ese vampiro prisionero en el Gard...

Fue como si todo en el mundo se detuviera de golpe con un chirrido. Clary podía oír su propia respiración silbando dentro y fuera de sus oídos, ver sus manos, heladas como las manos de una estatua, tendidas todavía contra el borrén de la montura.

-¿Un vampiro prisionero? –susurró ella.

Sebastian volvió su cara sorprendida hacia la suya.

-Sí –dijo él–. Simon, ese vampiro que trajeron con ellos de Nueva York. Pensaba... Quiero decir, estaba seguro de que sabías todo eso. ¿No te lo dijo Jace?

UNO DE LOS VIVOS

Simon se despertó con la luz del sol destellando brillantemente sobre un objeto que había sido empujado a través de los barrotes de su ventana. Se puso en pie, su cuerpo dolorido por el hambre, y vio que era un frasco de metal, del tamaño de una fiambarrera termo. Un trozo de papel de carta enrollado había sido atado alrededor de su cuello. Desenganchándolo, Simon desenrolló el papel y leyó:

“Simon: esto es sangre fresca de vaca de la carnicería. Espero que esté bien. Jace me dijo lo que le contaste, y quiero que sepas que pienso que es realmente valiente. Sólo aguanta ahí y nosotros encontraremos la manera de sacarte.

XOXOXOXOXOXOXOXOXOXOX Isabelle”

Simon sonrió por los garabatos de las Xs y las Os que corrían a lo largo del pie de la página. Era bueno saber que el vistoso cariño de Isabelle no se había resentido por las presentes circunstancias. Desenroscó el tapón del frasco y dio varios tragos antes de que una fuerte sensación de pinchazo entre sus omóplatos le hiciera volverse.

Raphael estaba tranquilamente en el centro de la habitación. Tenía las manos juntas a la espalda, sus hombros menudos señalados. Llevaba una camisa muy ajustada y una chaqueta oscura. Una cadena dorada brillaba en su garganta. Simon casi dio arcadas sobre la sangre que estaba bebiendo.

-Tú... Tú no puedes estar aquí.

La sonrisa de Raphael de algún modo conseguía dar la impresión de que sus colmillos estaban mostrándose, aunque no lo estaban.

-Tranquilo, Daylighter.

-No estoy asustado –esto no era rigurosamente verdad. Simon se sentía como si se hubiera tragado algo afilado. No había visto a Raphael desde la noche en la que él mismo se abrió camino, ensangrentado y magullado, fuera de una tumba excavada precipitadamente en Queens. Todavía recordaba a Raphael dándole bolsas de sangre animal, y la manera en la que él las hizo pedazos con los dientes como si él mismo fuera un animal. No era algo que le gustara recordar. Habría sido feliz de no volver a ver al chico vampiro nunca más-. El sol todavía está en lo alto. ¿Cómo estás aquí?

-No lo estoy –la voz de Raphael era suave como la mantequilla-. Soy una proyección. Mira –él balanceó la mano pasándola a través de la pared

de piedra que tenía al lado—. Soy como el humo. No puedo hacerte daño. Por supuesto, tampoco puedes hacérmelo tú a mí.

-No quiero hacerte daño —Simon dejó el frasco sobre el catre—. Quiero saber qué estás haciendo aquí.

-Te fuiste de Nueva York de forma muy repentina, Daylighter. No te diste cuenta de que se suponía que debías informar al vampiro jefe de tu área local cuando abandonarás la ciudad, ¿no?

-¿Vampiro jefe? ¿A qué te refieres? Creía que el vampiro jefe era alguien más...

-Camille no ha vuelto aún con nosotros —dijo Raphael sin ninguna emoción aparente—. Yo tengo el mando en su ausencia. Sabrías todo esto si te preocuparas por conocer las leyes de los de tu clase.

-Mi salida de Nueva York no fue exactamente planeada con mucha antelación. Y no te ofendas, pero realmente no pienso en ti como en uno de mi clase.

-*Dios* —Raphael bajó los ojos como ocultando la diversión—. Eres testarudo.

-¿Cómo puedes decir eso?

-Parece obvio, ¿no?

-Quiero decir... —la garganta de Simon se cerró—. Esa palabra. Puedes decirla, y yo no...

Dios.

Los ojos de Raphael se alzaron enfocándose, parecía divertido.

-Tiempo —dijo él—, y práctica. Y fe, o su ausencia... Ambas son de alguna manera la misma cosa. Ya aprenderás, con el tiempo, pequeño polluelo.

-No me *llames* eso.

-Pero es lo que eres. Eres un Niño de la Noche. ¿No fue ese el por qué de que Valentine te capturara y tomara tu sangre? ¿Por lo que eres?

-Pareces muy bien informado —dijo Simon—. Quizás deberías contarme.

Los ojos de Raphael se estrecharon.

-También he escuchado el rumor de que bebiste la sangre de un Cazador de Sombras y eso es lo que te dio tu don, tu capacidad de andar bajo la luz del sol. ¿Es verdad?

A Simon se le puso el vello de punta.

-Eso es ridículo. Si la sangre de Cazadores de Sombras pudiera dar a los vampiros la capacidad de andar bajo la luz del sol, todo el mundo lo sabría ya. La sangre Nephilim escasearía. Y nunca más habría paz entre los vampiros y los Cazadores de Sombras después de eso. Así que es algo bueno que no sea verdad.

Una débil sonrisa apareció en las comisuras de la boca de Raphael.

-Bastante verdad. Hablando de suplementos, te has dado cuenta, ¿no, Daylighter? ¿Que ahora eres un artículo valioso? No hay un Submundo sobre la faz de la Tierra que no quiera ponerte la mano encima.

-¿Eso te incluye?

-Por supuesto que sí.

-¿Y qué harías si me pones la mano encima?

Raphael se encogió ligeramente de hombros.

-Tal vez esté solo a la hora de pensar que la capacidad de andar a la luz del sol podría no ser tan don como otros vampiros creen. Somos los Niños de la Noche por alguna razón. Es posible que te considere más como una abominación, como la humanidad me considera a mí.

-¿Eso crees?

-Es posible –la expresión de Raphael era neutral–. Creo que eres un peligro para todos nosotros. Un peligro para la clase vampira, si lo prefieres. Y no puedes quedarte en esta celda para siempre, Daylighter. Al final saldrás y volverás al mundo otra vez. Volverás a mí otra vez. Pero puedo decirte una cosa. Juro que no te haré daño, y no intentaré encontrarte, si tú juras esconderte una vez que Aldertree te suelte. Si juras irte tan lejos que nunca nadie te encuentre, y nunca más ponerte en contacto con nadie a quien conocieras en tu vida mortal. No puedo ser más justo.

Pero Simon ya estaba sacudiendo la cabeza.

-No puedo dejar a mi familia. O a Clary.

Raphael hizo un sonido irritado.

-Ellos ya no son parte de quien eres. Ahora eres un vampiro.

-Pero yo no quiero serlo –dijo Simon.

-Mírate, quejándote –dijo Raphael–. Nunca enfermarás, nunca morirás, y serás fuerte y joven para siempre. Nunca envejecerás. ¿De qué te quejas?

Joven para siempre, pensó Simon. Sonaba bien, pero ¿en realidad querría alguien tener dieciséis años para siempre? Habría sido otra cosa quedar congelado para siempre a los veinticinco, ¿pero los dieciséis? ¿Para ser siempre un desgarrado, para no cambiar nunca, ni la cara ni el cuerpo? Por no mencionar que, con esta apariencia, nunca sería capaz de entrar en un bar y pedir una bebida. Nunca. Por toda la eternidad.

-Y –añadió Raphael–, ni siquiera tienes que abandonar el sol.

Simon no tenía deseos de volver por ese camino de nuevo.

-Escuché a otros hablar de ti en Dumort –dijo él–. Sé que te santiguas cada domingo y que vas a ver a tu familia. Apuesto a que ni siquiera saben que eres un vampiro. Así que no me digas que deje a todas las personas de mi vida atrás. No lo haré, y no mentiré y diré que sí.

Los ojos de Raphael brillaron.

-Lo que mi familia crea no importa. Es lo que yo creo. Lo que sé. Un vampiro de verdad sabe que está muerto. Acepta su muerte. Pero tú, tú

crees que todavía eres uno de los vivos. Es lo que te hace tan peligroso. Tú no puedes admitir que ya no estás vivo.

Era la hora del crepúsculo cuando Clary cerró la puerta de la casa de Amatis detrás de ella y cerró con el pestillo. Se recostó contra la puerta durante un largo instante en la oscuridad de la entrada, sus ojos medio cerrados. El agotamiento le pesaba en cada uno de sus miembros y las piernas le dolían terriblemente.

-¿Clary? –la apremiante voz de Amatis rompió el silencio–. ¿Eres tú?

Clary se quedó donde estaba, a la deriva de la tranquilizante oscuridad de detrás de sus ojos cerrados. Quería tanto estar en casa, que casi podía degustar el sabor metálico del aire de las calles de Brooklyn. Podía ver a su madre sentada en su silla junto a la polvorienta ventana, luz amarillo pálido manando a través de las ventanas del apartamento, iluminando su lienzo mientras ella pintaba. La añoranza se retorció en sus tripas con dolor.

-Clary –la voz venía de mucho más cerca esta vez. Los ojos de Clary se abrieron de golpe. Amatis estaba enfrente de ella, el pelo gris echado hacia atrás severamente, las manos sobre las caderas.

-Tu hermano está aquí para verte. Está esperando en la cocina.

-¿Jace está aquí? –Clary luchó por mantener la furia y el asombro fuera de su rostro. No tenía sentido mostrar lo enfadada que estaba frente a la hermana de Luke.

Amatis estaba mirándola con curiosidad.

-¿No debería haberle dejado entrar? Creía que querías verle.

-No, está bien –dijo Clary, manteniendo con dificultad incluso su tono–. Sólo estoy cansada.

-Huh –parecía que Amatis no se creía eso–. Bueno, estaré arriba si quieres algo. Necesito un sueñecito.

Clary no podía imaginar para qué podría necesitar a Amatis, pero asintió con la cabeza y rengueó por el pasillo hasta la cocina, que estaba inundada de una brillante luz. Había un cuenco con fruta sobre la mesa –naranjas, manzanas y peras– y una pieza de grueso pan al lado con mantequilla y queso, y un plato junto a lo que parecía... ¿galletas? ¿De verdad había Amatis hecho *galletas*?

Sentado a la mesa Jace. Estaba inclinado hacia delante apoyado sobre los codos, su cabello dorado alborotado, su camisa ligeramente abierta por el cuello. Ella podía ver la gruesa banda de Marcas cubriendo su clavícula. Él sostenía una galleta con la mano vendada. Así que Sebastian estaba en lo cierto; se había herido a sí mismo. No es que a ella le importara.

-Bueno –dijo él–, has vuelto. Estaba empezando a pensar que te habías caído en un canal.

Clary simplemente lo miraba, sin palabras. Ella se preguntaba si él podría leer el enfado en sus ojos. Él se echó hacia atrás en la silla, dejando

caer de manera informal un brazo por detrás de ésta. Si no hubiera sido por el rápido pulso en la base de su garganta, casi podría haberse creído su aire de indiferencia.

-Pareces agotada –añadió él–. ¿Dónde has estado todo el día?

-Salí con Sebastian.

-¿*Sebastian*? –su mirada de total asombro fue momentáneamente grata.

-Me acompañó a casa anoche –dijo Clary, y en su mente las palabras “*Sólo seré tu hermano a partir de ahora, sólo tu hermano*” golpearon como el ritmo de un corazón dañado–. Y hasta el momento, él es la única persona en la ciudad que ha sido remotamente agradable conmigo. Así que sí, salí con Sebastian.

-Ya veo –Jace devolvió la galleta al plato, su cara en blanco–. Clary, he venido aquí para disculparme. No debí hablarte de la manera en que lo hice.

-No –dijo Clary–, no debiste.

-También he venido para preguntarte si podrías reconsiderar el volver a Nueva York.

-Dios –dijo Clary–, eso otra vez...

-No es seguro para ti estar aquí.

-¿Qué es lo que te preocupa? –preguntó ella sin tono alguno en la voz–. ¿Que me metan en prisión como han hecho con Simon?

La expresión de Jace no cambió, pero se reclinó en la silla, levantando los pies del suelo, como si ella casi le hubiera dado un empujón.

-¿Simon...?

-Sebastian me ha contado lo que le ocurrió –ella continuaba con la misma voz plana–. ¿Qué hiciste? ¿Cómo le trajiste aquí y luego dejaste simplemente que terminara tirado en una prisión? ¿Estás intentando conseguir que yo te odie?

-¿Y tú te fías de Sebastian? –preguntó Jace–. Acabas de conocerle, Clary.

Ella le miró fijamente.

-¿No es verdad?

Él se encontró con su mirada, pero el rostro de él estaba ido aún, como el de Sebastian cuando ella le apartó.

-Es verdad.

Ella agarró un plato de la mesa y se lo tiró. Él lo esquivó, haciendo girar la silla, y el plato golpeó la pared sobre el fregadero y se hizo trizas en un estallido de porcelana rota. Él saltó de la silla mientras ella agarraba otro plato y lo tiraba, su puntería salvaje: éste rebotó contra el frigorífico y golpeó el suelo a los pies de Jace donde se rompió en dos.

-¿Cómo pudiste? Simon confiaba en ti. ¿Dónde está ahora? ¿Qué van a hacerle?

-Nada –dijo Jace–. Él está bien. Le vi anoche...

-¿Antes o después de yo verte? ¿Antes o después de que fingieras que todo iba bien y mostrarte tan bien?

-¿De dónde has sacado esa idea de que yo estuviera tan bien? –Jace se atragantó con algo que casi parecía una risa—. Debo ser mejor actor de lo que pensaba –había una sonrisa torcida en su cara.

Fue una cerilla para la yesca de la furia de Clary: ¿Cómo se atrevía a reírse de ella ahora? Ella fue a por el cuenco de la fruta, pero de repente no parecía ser suficiente. Dio una patada a la silla apartándola de su camino y se lanzó ella misma sobre él, sabiendo que eso sería la última cosa que él esperaría que hiciera.

La fuerza de su repentino ataque le cogió con la guardia baja. Ella arremetió con violencia y él se tambaleó hacia atrás, yendo a parar con dureza contra el borde de la encimera. Ella medio cayó contra él, oyendo la respiración entrecortada de él, y retiró ciegamente el brazo, sin saber siquiera lo que quería hacer...

Ella había olvidado lo rápido que era él. Su puño no golpeó en la cara de él, sino en su mano levantada; él envolvió con sus dedos los suyos, forzando su brazo a retroceder hasta un lado. De repente ella fue consciente de lo cerca que estaban; ella estaba echada contra él, apretándole hacia atrás contra la encimera con el leve peso de su cuerpo.

-Suéltame la mano.

-¿En realidad vas a golpearme si lo hago? –su voz era dura y suave, sus ojos centelleaban.

-¿No crees que te lo mereces?

Sentía la subida y caída de su pecho contra ella mientras él rió sin diversión.

-¿Crees que planeé todo esto? ¿De verdad crees que yo haría eso?

-Bueno, no te gusta Simon ¿no? Quizás nunca te gustó.

Jace hizo un duro sonido de incredulidad y soltó la mano de ella. Cuando Clary dio un paso hacia atrás, alargó su brazo derecho, la palma hacia arriba. A ella le llevó un momento darse cuenta de lo que él le estaba mostrando: una cicatriz irregular a lo largo de su muñeca.

-Aquí –dijo él, su voz tensa como un cable–, es donde me corté la muñeca para dejar a tu amigo vampiro beber mi sangre. Casi me mata. Y ahora, ¿crees que simplemente le abandonaría sin pensarlo?

Ella miró fijamente la cicatriz sobre la muñeca de Jace... Una de tantas sobre su cuerpo, cicatrices de todas las formas y tamaños.

-Sebastian me dijo que trajiste a Simon aquí, y luego Alec marchó con él al Gard. Dejó a la Clave quedarse con él. Tú debías haber sabido...

-Le traje aquí por *accidente*. Le pedí que viniera al Instituto de forma que pudiera hablar con él. Sobre *ti*, en realidad. Pensé que quizás él podría convencerte de desechar la idea de venir a Idris. Si te sirve de algún consuelo, él ni siquiera lo consideró. Mientras él estaba allí, fuimos

atacados por Repudiados. *Tuve* que arrastrarlo a través del Portal conmigo. Era eso o dejarle allí para morir.

-¿Pero por qué llevarlo a la Clave? Debías haber sabido...

-La razón por la que lo enviamos allí es porque el único Portal en Idris está en el Gard. Ellos nos dijeron que le enviarían de vuelta a Nueva York.

-¿Y tú les *creíste*? ¿Después de lo que pasó con la Inquisidor?

-Clary, la Inquisidor era una anomalía. Esa pudo haber sido tu primera experiencia con la Clave, pero no fue la mía... La Clave somos nosotros. Los Nephilim. Ellos cumplen la Ley.

-Excepto los que no lo hacen.

-No –dijo Jace–, no lo hacen –él sonaba muy cansado–. Y la peor parte de todo esto –añadió él–, es recordar a Valentine despotricar de la Clave, lo corrupta que es, cómo necesita ser limpiada. Y, por el Ángel que estoy de acuerdo con él.

Clary se quedó en silencio, primero porque no podía pensar en nada que decir, y luego por el sobrecogimiento cuando Jace alargó las manos –casi como si no estuviera pensando lo que estaba haciendo– y tiró de ella hacia él. Para su sorpresa, ella le dejó. A través del blanco material de su camisa podía ver los contornos de sus Marcas, negras y onduladas, trazadas sobre su piel como lametones de llama. Ella quería echar la cabeza sobre él, quería sentir sus brazos rodeándola de la manera en la que quería aire cuando se ahogaba en el Lago Lyn.

-Él puede tener razón en lo de que las cosas necesitan arreglarse –dijo ella finalmente–, pero no la tiene en cuanto a la manera en la que deben ser arregladas. Puedes ver eso, ¿no?

Él medio cerró los ojos. Había crecientes sombras grises bajo ellos, observó ella, vestigios de noches sin dormir.

-No estoy seguro de que pueda ver nada. Tienes razón en estar enfadada, Clary. No debería haber confiado en la Clave. Yo quería tanto pensar que la Inquisidor era una anomalía, que estaba actuando sin su autoridad, que había todavía alguna parte de ser un Cazador de Sombras en la que podía confiar.

-Jace –susurró ella.

Él abrió los ojos y bajó la mirada hacia ella. Ella y Jace estaban bastante cerca, se dio cuenta ella, como para que se tocaran por completo sus cuerpos de arriba abajo; incluso sus rodillas se estaban tocando, y ella pudo sentir el latido del corazón de él. *Apártate de él*, se decía a sí misma, pero sus piernas no le obedecían.

-¿Qué? –dijo él, su voz muy suave.

-Quiero ver a Simon –dijo ella–. ¿Puedes llevarme a verle?

Tan repentinamente como la había agarrado, la soltó.

-No. Todavía se supone que no estás en Idris. No puedes entrar en el Gard como si tal cosa.

-Pero él pensará que todos le hemos abandonado. Pensará...

-Fui a verle –dijo Jace–. Iba a soltarle. Iba a hacer pedazos los barrotes de la ventana con mis manos –su voz era realista–. Pero no me dejó.

-¿Que no te dejó? ¿Quería quedarse en prisión?

-Dijo que el Inquisidor estaba husmeando detrás mi familia, detrás de mí. Aldertree quiere culparnos de lo que ocurrió en Nueva York. Él no puede llevarse a uno de nosotros y torturarlo, la Clave no lo vería bien, pero está intentando que Simon le cuente alguna historia donde todos nosotros estemos confabulados con Valentine. Simon dijo que si yo le liberaba, entonces el Inquisidor sabría que había sido yo, y sería incluso peor para los Lightwood.

-Es muy noble por su parte, pero ¿cuál es su plan de largo alcance? ¿Quedarse en prisión para siempre?

Jace se encogió de hombros.

-No hemos resuelto eso exactamente.

Clary espiró con exasperación.

-*Hombres* –dijo ella–. Está bien. Mira. Lo que necesitas es una cuartada. Nos aseguraremos de que estás en algún lugar donde todos puedan verte, y a los Lightwood también, y entonces conseguiremos que Magnus libere a Simon de la cárcel y lo devuelva a Nueva York.

-Odio decirte esto, Clary, pero no hay forma de que Magnus hiciera eso. No importa lo mono que él piense que es Alec, no va a ir directamente contra la Clave como un favor hacia nosotros.

-Podría –dijo Clary–, por el Libro del Blanco.

Jace parpadeó.

-¿El qué?

Rápidamente Clary le contó acerca de la muerte de Ragnor Fell, de Magnus apareciendo en lugar de Fell, y del libro de hechizos. Jace escuchaba con atónita atención hasta que ella terminó.

-¿Demonios? –dijo él–. ¿Magnus dijo que Fell había sido asesinado por demonios?

Clary proyectó su mente hacia el pasado.

-No... Dijo que el lugar apeataba a algo demoniaco en origen. Y que Fell fue asesinado por siervos de Valentine. Eso fue todo lo que dijo.

-Alguna magia negra deja un aura que apesta como los demonios –dijo Jace–. Si Magnus no fue específico es, probablemente, porque para él no es nada agradable que haya un brujo ahí fuera practicando magia negra, violando la Ley. Pero está lejos de ser la primera vez que Valentine consigue que uno de los Niños de Lilith acometa su asquerosa tentativa. ¿Recuerdas al niño brujo que mató en Nueva York?

-Valentine utilizó su sangre para el Ritual. Lo recuerdo –Clary se estremeció–. Jace, ¿quiere Valentine el Libro por la misma razón que yo? ¿Despertar a mi madre?

-Puede. O si lo que dice Magnus es así, puede que Valentine sólo lo quiera por el poder que podría adquirir con él. De cualquier manera, será mejor que lo consigamos antes que él.

-¿Crees que hay alguna posibilidad de que esté en la casa de los Wayland?

-Sé que está allí –dijo él para su sorpresa–. ¿Ese libro de cocina? ¿*Recetas para Amas de Casa* o lo que sea? Lo he visto antes. En la biblioteca de la casa. Era el único libro de cocina allí.

Clary sentía vértigo. Casi había dejado de creerse que pudiera ser verdad.

-Jace... Si me llevas a la casa, y conseguimos el libro, me iré a casa con Simon. Haz esto por mí y me iré a Nueva York, y no volveré, lo juro.

-Magnus tenía razón... Hay protecciones sobre la casa que confunden la dirección –dijo él lentamente–. Te llevaré allí, pero no está cerca. Caminando, podría llevarnos cinco horas.

Clary alargó la mano y tiró de la estela de él fuera del bucle de su cinturón. La sostuvo en alto entre ellos, donde ésta brillaba con una débil luz blanca no distinta de la luz de las torres de cristal.

-¿Quién ha dicho nada sobre caminar?

-Tienes extraños visitantes, Daylighter –dijo Samuel–. Primero, Jonathan Morgenstern, y ahora el vampiro jefe de la ciudad de Nueva York. Estoy impresionado.

¿*Jonathan Morgenstern*? Le llevó un momento a Simon darse cuenta de a quién se refería, por supuesto, Jace. Él estaba sentado sobre el suelo en el centro de la habitación, girando el frasco vacío en las manos una y otra vez ociosamente.

-Supongo que soy más importante de lo que me había dado cuenta.

-E Isabelle Lightwood te trajo la sangre –dijo Samuel–. Eso sí que es todo un servicio de mensajería.

Simon levantó la cabeza.

-¿Cómo sabes que Isabelle la trajo? Yo no he dicho nada...

-La vi por la ventana. Es exactamente igual que su madre –dijo Samuel–, al menos del modo que era su madre hace años –hubo una pausa poco elegante–. Sé que la sangre es sólo un recurso provisional –añadió él–. Muy pronto el Inquisidor comenzará a preguntarse si ya te has muerto de hambre. Si te encuentra perfectamente sano, deducirá que hay algo entre manos y te matará de todas maneras.

Simon miró hacia arriba al techo. Las runas estaban escavadas en la piedra de forma superpuesta, unas sobre otras como los guijarros en la playa.

-Supongo que sólo me queda creer a Jace cuando dice que encontrará la manera de sacarme –dijo él. Cuando Samuel no dijo nada en respuesta,

añadió—. Le pediré que te saque a ti también, lo prometo. No te dejaré aquí abajo.

Samuel hizo un sonido ahogado, como una risa que no pudiera emerger completamente de su garganta.

-Oh, no creo que Jace Morgenstern vaya a querer rescatarme —dijo él—. Además, morirte de hambre aquí abajo es el menor de tus problemas, Daylighter. Bastante pronto Valentine atacará la ciudad, y entonces lo más probable es que todos nosotros muramos.

Simon parpadeó.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Fui muy cercano a él en un tiempo. Conocí sus planes. Sus metas. Tiene la intención de destruir las protecciones de Alicante y golpear a la Clave en el mismo corazón de su poder.

-Pero creía que los demonios no podían traspasar las protecciones. Pensaba que eran impenetrables.

-Eso dicen. Se requiere sangre de demonio para anular las protecciones, ya ves, y sólo puede ser hecho desde el interior de la propia Alicante. Si no fuera porque los demonios no pueden traspasar las protecciones... Bueno, es una completa paradoja, o debería serlo. Pero Valentine afirmó que encontraría la forma de eludir eso, una forma de penetrar las defensas. Y yo le creo. Encontrará una forma para anular las protecciones, entrará en la ciudad con su ejército de demonios y nos matará a todos.

La llana certeza de la voz de Samuel envió un escalofrío por la columna de Simon.

-Suenas terriblemente resignado. ¿No deberías hacer algo? ¿Advertir a la Clave?

-Ya les advertí. Cuando me interrogaron. Les dije una y otra vez que Valentine pretendía destruir las protecciones, pero desestimaron mis palabras. La Clave piensa que las protecciones resistirán para siempre porque lo han hecho durante miles de años. Pero eso mismo hizo Roma, hasta que los bárbaros llegaron. Todo cae algún día —se reía: un sonido amargo y enojado—. Considera una competición ver quién te mata primero, Daylighter... Valentine, los otros Submundos o la Clave.

En algún lugar entre el *aquí* y el *allí* la mano de Clary se soltó de la de Jace. Cuando el huracán la escupió y golpeó el suelo, lo hizo sola, fuertemente, y rodó sobre sí misma jadeando hasta detenerse. Ella se incorporó lentamente y miró alrededor. Estaba tendida en el centro de una alfombra persa que había sobre el suelo de una amplia sala con paredes de piedra. Había distintas piezas de mobiliario aquí y allá; las sábanas blancas que las cubrían las transformaban en jorobados y pesados fantasmas. Cortinas de terciopelo caían sobre las enormes ventanas de cristal; el

terciopelo era blanco-gris por el polvo, y motas de polvo bailaban a la luz de la luna.

-¿Clary? –Jace emergió de detrás de una enorme forma blanca ensabanada; podría haber sido un gran piano–. ¿Estás bien?

-Muy bien –ella se levantó haciendo un pequeño gesto de dolor. Le dolía el codo–. A pesar del hecho de que Amatis probablemente me matará cuando volvamos. Considerando que hice añicos todos sus platos y he abierto un Portal en su cocina.

Él le tendió una mano.

-Por si sirve de algo –dijo él ayudándola a ponerse de pie–, estoy muy impresionado.

-Gracias –Clary echó un vistazo alrededor–. Así que, ¿aquí es dónde te criaste? Es como algo sacado de un cuento de hadas.

-Yo estaba pensando en una película de terror –dijo Jace–. Dios, hacía años que no veía este lugar. No solía estar tan...

-¿Tan frío? –Clary temblaba un poco. Se abotonó el abrigo, pero el frío en la casa era más que frío físico: el lugar se sentía *frío*, como si allí nunca hubiera habido calidez o luz o risas en su interior.

-No –dijo Jace–. Siempre fue frío. Iba a decir *polvoriento* –él sacó la piedra de luz mágica del bolsillo, y ésta cobró vida resplandeciendo entre sus dedos. Su brillo blanco iluminó su rostro desde abajo, descubriendo las sombras de debajo de su pómulos, la hondonada de sus sienes–. Este es el estudio y nosotros necesitamos la biblioteca. Vamos.

Él la guió desde la habitación por un largo pasillo cubierto con docenas de espejos que les devolvían sus propios reflejos. Clary no se había dado cuenta de lo desaliñada que estaba: su abrigo estaba lleno de polvo, su cabello enredado por el viento. Intentó arreglárselo con discreción y sorprendió la sonrisa de Jace en el espejo de al lado. Por alguna razón, debido sin duda a algún tipo de magia misteriosa de los Cazadores de Sombras, que ella no tenía esperanzas de entender, su cabello se encontraba perfecto.

Al pasillo daban una serie de puertas, algunas de ellas abiertas. A través de ellas Clary podía ver rápidos destellos de otras habitaciones, tan polvorientas y aparentemente abandonadas como el estudio. Michael Wayland no había tenido parentela, había dicho Valentine, así que ella supuso que nadie habría heredado este lugar después de su “muerte” –ella había asumido que Valentine había seguido viviendo allí, pero parecía evidente que no era el caso. Todo respiraba pesar y desuso. En Renwick, Valentine había llamado a este sitio “hogar”, se lo había mostrado a Jace en el espejo Portal, el dorado recuerdo de campos verdes y suaves rocas, pero aquello, pensó Clary, también había sido una mentira. Era evidente que en realidad Valentine no había vivido allí desde hacía años... Quizás, sólo

había dejado que aquello se viniera abajo, o había venido aquí sólo ocasionalmente para caminar por el oscuro pasillo como un fantasma.

Llegaron a una puerta al final del corredor y Jace la abrió empujándola con el hombro, apartándose para dejar pasar a Clary delante de él. Ella había estado dibujando la biblioteca del Instituto, y esta sala no era completamente diferente a aquella: las mismas paredes llenas con hileras superpuestas de libros y las mismas escaleras corredizas para alcanzar los estantes más altos. Aunque el techo era liso y con vigas, no cónico, y no había mesa escritorio. Cortinas de terciopelo verde, sus pliegues glaseados de polvo blanco, colgaban sobre ventanas que alternaban paneles de cristal verdes y azules. A la luz de la luna brillaban como colores escarchados. Más allá del cristal todo era oscuridad.

-¿Esta es la biblioteca? –dijo ella a Jace en un susurro, aunque no estaba segura de por qué estaba susurrando. Algo se cernía profundamente sobre aquella gran casa vacía.

Él estaba mirando más allá de ella, sus ojos oscuros por el recuerdo.

-Solía sentarme en el asiento de esa ventana y leer lo que fuera que mi padre me asignara ese día. Diferentes idiomas en días diferentes: francés los sábados, inglés los domingos... Pero no me acuerdo ahora de qué día era latín, los lunes o martes...

Clary tuvo un rápido destello de la imagen de Jace cuando era niño, un libro en equilibrio sobre sus rodillas mientras estaba sentado en el marco de la ventana, mirando hacia fuera... ¿Qué? ¿Había jardines? ¿Una vista? ¿Un alto muro de espinas como el muro que rodeaba el castillo de la Bella Durmiente? Ella le vio mientras leía, la luz que entraba a través de la ventana arrojando cuadrados azules y verdes sobre su pelo rubio y el pequeño rostro, más serio de lo que cualquier otro con diez años pudiera estar.

-No me acuerdo –dijo él otra vez, mirando fijamente la oscuridad.

Ella le tocó el hombro.

-No importa, Jace.

-Supongo que no –se sacudió como saliendo de un sueño, y atravesó la sala, la luz mágica iluminando su camino. Se arrodilló para examinar una hilera de libros y se enderezó con uno de ellos en la mano-. “*Recetas Sencillas para Amas de Casa*” –dijo él-. Aquí está.

Ella atravesó rápidamente la habitación y lo tomó. Era un libro aparentemente común, con una cubierta azul, polvoriento como todo en aquella casa. Cuando lo abrió el polvo revoloteó desde sus páginas como una reunión de palomillas. Un gran agujero cuadrado había sido practicado en el centro del libro. Acomodado en el interior del agujero como una joya engastada había un pequeño volumen, del tamaño de un libro de bolsillo pequeño, encuadernado en piel blanca con el título grabado en doradas letras en latín. Clary reconoció las palabras “blanco” y “libro”, pero cuando

lo sacó y lo abrió, para su sorpresa las páginas estaban cubiertas con escritura delgada y oscura en un lenguaje que ella no podía entender.

-Griego –dijo Jace mirando sobre su hombro–, de la variedad clásica.

-¿Puedes leerlo?

-No con facilidad –admitió él–, han pasado años. Pero Magnus será capaz, imagino –él cerró el libro y lo deslizó en el bolsillo del abrigo verde de ella antes de volverse hacia las estanterías de libros, pasando los dedos sobre las hileras de libros, sus yemas rozando los lomos.

-¿Hay alguno de ellos que quieras llevarte contigo? –preguntó ella dulcemente–. Si quieres...

Jace se rió y apartó la mano.

-Sólo se me permitía leer lo que tenía asignado –dijo él–. Había algunas baldas que tenían libros que no tenía permitido ni tocar –él indicó una serie de libros que estaban más altos, encuadernados todos en idéntica piel marrón–. Una vez leí uno de ellos, cuando tenía seis años, sólo para ver a qué venía tanto jaleo. Resultó ser un diario que mi padre estaba escribiendo. Sobre mí. Notas sobre “*mi hijo, Jonathan Christopher.*” Me azotó con un cinturón cuando descubrió que lo había leído. En realidad, era la primera vez que tenía constancia de que tuviera un segundo nombre.

Un repentino dolor de odio por su padre atravesó a Clary.

-Bien, Valentine no está aquí ahora.

-Clary... –comenzó Jace con una nota de advertencia en su voz, pero ella ya estaba alcanzando y sacando uno de los libros de la balda prohibida, tirándolo al suelo. Dio un satisfactorio golpetazo–. ¡Clary!

-Oh, vamos –ella lo hizo otra vez, tirando otro libro, luego otro. El polvo salía de sus páginas cuando golpeaban el suelo–. Prueba.

Jace la miró un momento, y luego una media sonrisa burlona se dibujó en la comisura de su boca. Alargando la mano, barrió con su brazo la balda tirando el resto de libros al suelo con un fuerte estruendo. Se puso a reír... y entonces se detuvo, levantando la cabeza como un gato levanta las orejas hacia un sonido lejano–. ¿Has oído eso?

¿*Oído el qué?* Se disponía a preguntar Clary, pero se detuvo a sí misma. Había un sonido, más alto ahora, un agudo zumbido y chirrido, como el sonido de un mecanismo volviendo a la vida. El sonido parecía proceder del interior del muro. Ella dio involuntariamente un paso hacia atrás justo cuando las piedras que estaban enfrente de ellos se deslizaron hacia atrás con un gruñido oxidado. Un hueco se abrió de par en par detrás de las piedras... Una especie de entrada se abrió paso bruscamente en el muro. Más allá de ésta había unas escaleras sumergiéndose en la oscuridad.

ESTA SANGRE CULPABLE

-Ni siquiera recordaba que hubiera un sótano aquí –dijo Jace, mirando más allá de Clary hacia el enorme agujero en el muro.

Levantó la luz mágica y su brillo rebotó en el túnel que se dirigía hacia abajo. Las paredes eran negras y resbaladizas, hechas de una suave piedra oscura que Clary no reconocía. Los escalones relucían como si estuvieran húmedos. Un extraño olor ascendía lentamente por la abertura: frío, húmedo, rancio, con un raro matiz metálico que le crispaba los nervios.

-¿Qué crees que podría haber ahí abajo?

-No lo sé –Jace se dirigió a las escaleras; puso un pie sobre el primer escalón, evaluándolo, y después se encogió de hombros como si ya hubiera tomado una decisión. Comenzó a bajar los escalones moviéndose con cuidado. A medio camino se giró y levantó la mirada hacia Clary–. ¿Vienes? Puedes esperarme aquí arriba si quieres.

Ella echó un vistazo alrededor en la biblioteca vacía, luego se estremeció y se apresuró detrás de él.

Las escaleras bajaban en espiral en círculos más y más cerrados, como si estuvieran abriéndose camino a través del interior de la enorme concha de una caracola. El olor se hizo más fuerte cuando llegaron al fondo, y los escalones se ensancharon para entrar en una gran habitación cuadrada, cuyas paredes de piedra estaban surcadas con marcas de humedad... y otras manchas más oscuras. El suelo estaba garabateado con marcas: un revoltijo de pentagramas y runas, con piedras blancas diseminadas aquí y allá. Jace dio un paso hacia delante y algo crujió bajo sus pies. Él y Clary miraron hacia abajo al mismo tiempo.

-Huesos –susurró Clary. No eran piedras blancas después de todo, sino huesos de todas las formas y tamaños, diseminados por todo el suelo–. ¿Qué estaba haciendo él aquí abajo?

La luz mágica ardía en la mano de Jace, arrojando su fantasmagórico brillo sobre la habitación.

-Experimentos –dijo Jace con una voz tensa y seca–, la Reina Seelie dijo...

-¿Qué tipo de huesos son estos? –la voz de Clary se elevó–. ¿Son huesos de animales?

-No –Jace dio una patada a una pila de huesos, esparciéndolos–, no todos.

El pecho de Clary se tensó.

-Creo que deberíamos volver.

En su lugar, Jace alzó la luz mágica en su mano. Resplandeció intensamente, y luego más intensamente aún, iluminando el aire con una brillantez dura y blanca. Las lejanas esquinas de la habitación se abrieron al foco de luz. Tres de ellas estaban vacías. La cuarta estaba tapada con una tela suspendida. Había algo detrás de la tela, una forma jorobada...

-Jace –susurró Clary–, ¿qué es eso?

Él no contestó. De repente tenía un cuchillo seráfico en la mano libre; Clary no sabía cuándo lo había sacado, pero brillaba a la luz mágica como una espada de hielo.

-Jace, no –dijo Clary, pero era demasiado tarde... Él se lanzó a grandes zancadas hacia delante y dio un tirón de la tela hacia un lado con el extremo del cuchillo, luego la agarró y tiró de ella hacia abajo, cayendo con una florecida nube de polvo.

Jace se tambaleó hacia atrás, la luz mágica cayó de su mano. Mientras la brillante luz caía, Clary pudo vislumbrar brevemente su rostro: era una blanca máscara de horror. Clary se hizo con la luz mágica antes de que todo se quedara a oscuras y la levantó, desesperada por ver lo que había podido impresionar a Jace, al imperturbable Jace, tan gravemente.

Al principio, todo lo que vio fue la forma de un hombre... Un hombre envuelto en un sucio harapo blanco, agachado en el suelo. Esposas circundaban sus muñecas y tobillos, amarradas a un gran gancho clavado en el suelo de piedra. *¿Cómo puede estar vivo?* Pensó Clary con horror y bilis ascendiendo por su garganta. La piedra-runica se agitó en su mano, y la luz danzó en parches sobre el prisionero: vio los escuálidos brazos y piernas, todos llenos de cicatrices, con las marcas de incontables torturas. El cráneo de una cara se giró hacia ella, las negras cuencas vacías donde deberían haber estado los ojos... Y entonces hubo un crujido seco, y ella vio que lo que había pensado que era un harapo blanco eran *alas*, blancas alas alzándose detrás de su espalda en dos medias lunas de blanco puro, la única cosa pura en aquella mugrienta habitación. Ella dio un grito seco.

-Jace. ¿Ves...

-Lo veo –Jace, de pie a su lado, habló con una voz que se quebraba como cristales rotos.

-Dijiste que no habían ángeles... Que nadie había visto alguna vez uno...

Jace estaba susurrando algo por debajo de su respiración, un hilo de lo que sonaba como palabrotas frutos del pánico. Él trastabilló hacia el frente, hacia la criatura acurrucada sobre el suelo... y retrocedió, como si hubiera rebotado contra una pared invisible. Mirando hacia abajo, Clary vio que el ángel estaba en cuclillas sobre un pentagrama hecho de runas entrelazadas

que estaban talladas profundamente en el suelo; éstas brillaban con una débil luz fosforescente.

-Las runas –susurró ella–. No podemos pasar...

-Pero debe haber algo... –dijo Jace, su voz cercana a quebrarse–, algo que podamos hacer.

El ángel levantó la cabeza. Clary vio distraída, con una pena terrible, que tenía el cabello dorado y rizado como el de Jace que brillaba tenuemente a la luz. Los rizos se aferraban cerca de los huecos de su cráneo. Sus ojos eran fosos, su rostro acuchillado con cicatrices, como una bella pintura destruida por vándalos. Mientras le miraba, la boca del ángel se abrió y un sonido manó de su garganta... No palabras, sino una penetrante música dorada, la sencilla nota de un canto, sostenida, sostenida, y sostenida tan alta y dulce que el sonido era como dolor...

Una avalancha de imágenes se alzó ante los ojos de Clary. Ella todavía tenía aferrada firmemente la piedra-runas, pero su luz se había ido; ella se había ido, ya no estaba allí sino en algún otro lugar, donde las imágenes del pasado fluían ante ella como en un sueño con los ojos abiertos... Fragmentos, colores, sonidos.

Ella estaba en una bodega, despejada y limpia, una sencilla runa enorme garabateada sobre el suelo de piedra. Un hombre estaba en pie junto a ésta; sostenía un libro abierto en una mano y una blanca antorcha llameante en la otra. Cuando levantó la cabeza, Clary vio que era Valentine: mucho más joven, su rostro sin arrugas y bello, sus ojos oscuros despejados y brillantes. Mientras él profería un cántico, la runa se incendió, y cuando las llamas desaparecieron una figura arrugada se erigía entre las cenizas: un ángel, las alas desplegadas y ensangrentadas, como un pájaro caído del cielo...

La escena cambió. Valentine estaba junto a una ventana, a su lado una mujer joven con brillante pelo rojo. Un familiar anillo de plata relucía en la mano de él mientras la rodeaba con sus brazos. Con una sacudida de dolor Clary reconoció a su madre... Pero ella era joven, sus rasgos suaves y vulnerables. Llevaba un camisón blanco y estaba evidentemente embarazada.

-Los Acuerdos –estaba diciendo Valentine con enfado–, no sólo han sido la peor idea que la Clave ha tenido jamás, sino lo peor que le ha podido ocurrir a los Nephilim. Eso nos ligará a los Submundos, atados a esas criaturas...

-Valentine –dijo Jocelyn con una sonrisa –basta de política, por favor – ella alzaba los brazos y rodeaba el cuello de Valentine, su expresión llena de amor; y la de él lo estaba también, pero había algo más en él, algo que hizo a Clary sentir un escalofrío recorriendo su columna...

Valentine estaba de rodillas en el centro de un círculo de árboles. Había una brillante luna en lo más alto, iluminando el negro pentagrama que

había sido descrito sobre la tierra escarpada del claro. Las ramas de los árboles conformaban una gruesa red en lo alto; allí donde se extendían sobre los límites del pentagrama sus hojas se curvaban y se volvían negras. En el centro de la estrella de cinco puntas estaba sentada una mujer de cabello largo y brillante; su forma era delgada y hermosa, su rostro oculto en la sombra, sus brazos desnudos y blancos. Su mano izquierda estaba extendida frente a ella, y cuando separó los dedos Clary pudo ver que había un largo corte en la palma, vertiendo un lento chorro de sangre en una copa de plata que descansaba sobre el filo del pentagrama. La sangre parecía negra a la luz de la luna, o tal vez *era* negra.

-El niño nacido con esta sangre en él –decía ella, y su voz era suave y hermosa–, superará en poder a los Grandes Demonios de los abismos entre los mundos. Será más poderoso que Asmodeo, más fuerte que el *shedim* de las tormentas. Si es correctamente adiestrado, no hay nada que él no pueda hacer. Aunque, te advierto –añadió ella–, consumirá su humanidad, como el veneno consume la vida en la sangre.

-Mis agradecimientos, Dama de Edom –dijo Valentine, y cuando extendió las manos para tomar la copa de sangre, la mujer levantó el rostro, y Clary vio que, aunque ella era bella por lo demás, sus ojos eran negros agujeros vacíos de los que colgaban agitándose tentáculos negros, como antenas sondeando el aire.

Clary contuvo un chillido...

La noche, el bosque, desaparecieron. Jocelyn estaba frente a alguien que Clary no podía ver. Ella ya no estaba embarazada, y su brillante cabello caía desordenado alrededor de su afligida cara de desesperación.

-No puedo quedarme con él, Ragnor –dijo ella–, ni un solo día más. Leí su libro. ¿Sabes lo que le ha hecho a Jonathan? No creía que ni siquiera Valentine pudiera hacer eso –sus hombros se sacudieron–. Él ha utilizado sangre de demonio... Jonathan ya no es un bebé. Ni siquiera es humano; es un monstruo...

Ella desapareció. Valentine caminaba de un lado para otro incesantemente alrededor del círculo de runas, un cuchillo seráfico brillando en su mano.

-¿Por qué no hablas? –mascullaba él–. ¿Por qué no me das lo que quiero?

Él abatió el cuchillo y el ángel se retorció mientras un líquido dorado manaba de su herida como luz de sol derramándose.

-Si no me das respuestas –bufó Valentine–, puedes darme tu sangre. Me hará más bien a mí y a los míos que a ti.

Ahora estaban en la biblioteca de los Wayland. La luz del sol brillaba a través de los cristales con forma de rombo de las ventanas, inundando la habitación de azul y verde. Venían voces de otra habitación: sonidos de risas y conversación, había una fiesta. Jocelyn se arrodillaba hasta una

balda, mirando de un lado a otro. Sacó un grueso libro de su bolsillo y lo deslizó en el estante...

Y ella se fue. La escena mostraba un sótano, el mismo sótano en el que Clary sabía que se encontraba ahora. El mismo pentagrama garabateado cicatrizaba en el suelo, y dentro del centro de la estrella se situaba el ángel. Valentine estaba de pie, una vez más con un ardiente cuchillo seráfico en la mano. Ahora parecía mayor, ya no un hombre joven.

-Ithuriel –dijo él–, somos viejos amigos, ¿no? Te podría haber dejado enterrado vivo bajo aquellas ruinas, pero no, te traje aquí conmigo. Todos estos años te he tenido encerrado, esperando el día en que me dijeras lo que quiero... necesito... saber –él se aproximó, tendiendo la espada, sus llamas iluminando la barrera rúnica con un reflejo–. Cuando te convoqué, soñaba con que me dijeras el *por qué*. Por qué Raziel nos creó, su raza de Cazadores de Sombras, pero no nos dio los poderes que tienen los Submundos: la rapidez de los lobos, la inmoralidad del Reino de las Hadas, la magia de los brujos, incluso la resistencia de los vampiros. Él nos dejó desnudos ante los huéspedes del infierno, a no ser por estas líneas pintadas sobre nuestra piel. ¿Por qué sus poderes deben ser mayores que los nuestros? ¿Por qué no participamos de lo que ellos tienen? ¿Cómo puede ser eso justo?

Dentro de la estrella encarceladora estaba sentado el ángel en silencio como una estatua de mármol, inmóvil, sus alas plegadas. Sus ojos no expresaban más que una terrible pena silenciosa. La boca de Valentine se torció.

-Muy bien. Mantén tu silencio. Tendré mi oportunidad –Valentine levantó la espada–. Tengo la Copa Mortal, Ithuriel, y pronto tendré la Espada... Pero sin el Espejo no puedo comenzar la invocación. El Espejo es todo lo que necesito. Dime dónde está. Dime dónde está, Ithuriel, y te dejaré morir.

La escena se rasgó en pedazos, y mientras su visión se apagaba, Clary vislumbró retazos de imágenes ahora familiares para ella de sus propias pesadillas: ángeles con alas blancas y negras, extensiones de agua reflejada, oro y sangre... y Jace, alejándose de ella, siempre alejándose de ella. Clary alargó la mano hacia él, y por primera vez la voz del ángel habló en su cabeza con palabras que ella podía entender.

No son los primeros sueños que te he mostrado.

La imagen de una runa reventó detrás de sus ojos, como fuegos artificiales –no una runa que ella hubiera visto alguna vez con anterioridad; era tan fuerte, simple y sencilla como un nudo atado. Se fue en un suspiro también, y cuando desapareció, el canto del ángel cesó. Clary volvió a su propio cuerpo, tambaleándose sobre los pies en la habitación mugrienta y hedionda. El ángel estaba en silencio, congelado, las alas plegadas, una efigie apenada. Clary dejó salir su respiración con un sollozo.

-Ithuriel –ella alargó las manos hacia el ángel, sabiendo que no podía traspasar las runas, doliéndole el corazón.

Durante años el ángel había estado allí abajo, sentado en silencio y solo en la negrura, encadenado y muriendo de hambre pero incapaz de morir... Jace estaba al lado de ella. Ésta pudo ver por su rostro desolado que él también lo había visto todo. Él miraba hacia abajo al cuchillo seráfico en su mano y luego de nuevo al ángel. Su ciego rostro estaba vuelto hacia ellos con una súplica silenciosa.

Jace dio un paso hacia delante, y luego otro. Sus ojos estaban fijos en el ángel, y era como si, pensó Clary, hubiera algún tipo de comunicación silenciosa pasando entre ellos, algún tipo de habla que ella no podía oír. Los ojos de Jace estaban brillantes como discos de oro, llenos de luz reflectada.

-*Ithuriel* –susurró él.

La espada en su mano ardió como una antorcha. Su brillo era cegador. El ángel alzó el rostro, como si la luz fuera visible a sus ojos ciegos. Alargó las manos, las cadenas que envolvían sus muñecas repiquetearon como música discordante. Jace se volvió hacia ella.

-Clary –dijo él–. Las runas.

Las runas. Por un momento ella le miró, confundida, pero los ojos de él le instaban hacia delante. Ella dirigió hacia Jace la luz mágica, tomó la estela de él de su bolsillo, y se arrodilló junto a las runas garabateadas. Parecía como si hubieran sido abiertas en la piedra con algo afilado. Ella dirigió una mirada fugaz a Jace. Su expresión la sorprendió, el centelleo de sus ojos... Estaban llenos de fe en ella, de confianza en sus capacidades. Con la punta de la estela trazó varias líneas en el suelo, cambiando las runas de encadenar a runas de liberar, de encarcelamiento a apertura. Éstas rompían a arder mientras las trazaba, como si estuviera arrastrando el extremo de un fósforo sobre azufre.

Una vez hecho, ella se volvió a poner de pie. Las runas titilaban ante ella. Repentinamente Jace se puso a su lado. La piedra de luz mágica ahogada, la única iluminación venía del cuchillo seráfico al que él nombró por el ángel, llameando en su mano. Lo extendió, y esta vez su mano pasó a través de la barrera de las runas como si no hubiera nada allí. El ángel alzó sus manos y tomó la espada. Cerró sus ojos ciegos, y Clary pensó por un momento que sonreía. Volvió la espada en su empuñadura hasta que la afilada punta descansó sólo tocando su esternón. Clary dio un pequeño grito y se echó hacia delante, pero Jace agarró su brazo, su agarre como el hierro, y tiró de ella hacia atrás... justo cuando el ángel condujo la espada hacia su lugar.

La cabeza del ángel cayó hacia atrás, las manos tiraron de la empuñadura, que sobresalía justo de donde estaría su corazón... Si los ángeles tenían corazón; Clary no lo sabía. Llamas salían de su herida,

extendiéndose más allá de la espada. El cuerpo del ángel resplandecía en llamas blancas, las cadenas sobre sus muñecas ardían escarlatas, como hierro dejado demasiado tiempo en el fuego. Clary pensó en pinturas medievales de santos consumidos en las llamas de un éxtasis sagrado –y las alas del ángel se desplegaron anchas y blancas ante ellos, también se envolvieron y ardieron, un entramado de fuego resplandeciente.

Clary ya no podía mirar. Se volvió y enterró su rostro en el hombro de Jace. Su brazo la rodeó, su presión ajustada y dura.

-Está bien –dijo él contra su pelo–. Está bien.

Pero el aire estaba lleno de humo y el suelo se sintió como si estuviera balanceándose bajo sus pies. Sólo cuando Jace dio un traspié ella se dio cuenta de que no era la conmoción: el suelo estaba moviéndose. Se soltó de Jace y se tambaleó; las piedras bajo sus pies rechinaban unas contra otras, y una fina lluvia de suciedad estaba tamizándose desde el techo. El ángel era un pilar de humo; las runas a su alrededor brillaban dolorosamente. Clary las contempló, descodificando sus significados, y luego miró como loca a Jace:

-La casa... Estaba vinculada a Ithuriel. Si el ángel muere, la casa...

No terminó la frase. Él ya había agarrado su mano y estaba corriendo por las escaleras, tirando de ella detrás de él. Las escaleras se estaban elevando y torciendo; Clary se cayó, golpeándose la rodilla dolorosamente con un escalón, pero el agarre de Jace en su mano no se aflojó. Se levantó ignorando el dolor en la pierna, sus pulmones llenos de asfixiante polvo.

Ellos llegaron a la parte de arriba de los escalones y se abalanzaron dentro de la biblioteca. Detrás de ellos Clary pudo oír el estruendo del resto de las escaleras derrumbándose. La cosa no estaba mucho mejor allí; la habitación se estaba sacudiendo, los libros se caían de sus estantes. Una estatua estaba tirada donde se había volcado, en una pila de fragmentos irregulares. Jace soltó la mano de Clary, agarró una silla y, antes de que ella pudiera preguntarle qué pretendía hacer, la arrojó contra la vidriera de colores. Ésta arremetió a través de una cascada de cristales rotos. Jace se volvió y le tendió la mano. Detrás de él, a través del marco irregular que quedó, ella podía ver una extensión de hierba saturada de luz de luna y una línea de copas de árboles a lo lejos. Parecía haber bastante altura. *No puedo saltar esa distancia*, pensó ella, y estaba a punto de sacudir la cabeza hacia Jace cuando vio los ojos de él ensanchados, su boca tomando la forma de una advertencia. Uno de los pesados bustos de mármol que estaban alineados en las estanterías más altas se había volcado y estaba cayendo en su dirección; ella se apartó de su camino, y golpeó el suelo a centímetros de dónde ella estaba, dejando un considerable hundimiento en el suelo.

Un segundo después, los brazos de Jace estaban alrededor de ella y él la estaba levantando, sus pies en el aire. Estaba demasiado sorprendida para oponer resistencia mientras él la llevaba hacia la ventana rota y la tiraba sin

ceremonia alguna desde ella. Golpeó sobre una elevación cubierta de hierba que había justo debajo de la ventana y cayó rodando por su empinada pendiente, adquiriendo velocidad hasta que fue a dar contra un montículo con suficiente fuerza como para dejarla sin respiración. Se incorporó, sacudiéndose la hierba del pelo. Un segundo después Jace vino a parar a su lado; a diferencia de ella, él terminó de rodar poniéndose en cuclillas inmediatamente, mirando colina arriba hacia la finca.

Clary se volvió para mirar hacia donde estaba mirando él, pero él ya la había agarrado, empujándola hacia abajo a la depresión entre dos colinas. Más tarde encontraría oscuros cardenales sobre la parte superior de los brazos; ahora sólo dio un grito ahogado por la sorpresa cuando él la tiró al suelo y se puso sobre ella, protegiéndola con su cuerpo mientras estallaba un gran estruendo. Sonó como si la tierra se rompiera en pedazos, como un volcán entrando en erupción. Una ráfaga de polvo blanco se expandía por el cielo. Clary oyó el sonido de un fuerte golpeteo a su alrededor. Por un desconcertado momento ella pensó que había empezado a llover... Luego, se dio cuenta de que eran escombros, suciedad y cristales rotos: el detritus de la casa destrozada siendo arrojado alrededor de ellos como mortal granizo.

Jace la apretó más fuerte contra el suelo, su cuerpo plano contra el de ella, el latido del corazón de él casi tan alto en los oídos de ella como el sonido de las ruinas de la casa hundiéndose.

El estruendo del derrumbe fue decayendo lentamente, como humo desvaneciéndose en el aire. Fue reemplazado por el alto chillido de pájaros asustados; Clary podía verlos sobre los hombros de Jace, dando vueltas en círculo contra el cielo oscuro.

-Jace –dijo ella bajito–, creo que se me ha caído tu estela en algún sitio.

Él se echó para atrás ligeramente, sosteniéndose sobre los codos, y bajó la mirada hacia ella. Incluso en la oscuridad ella podía verse reflejada en sus ojos; su rostro estaba surcado por el hollín y la suciedad, el cuello de su camisa rasgado.

-No pasa nada. Siempre que no estés herida.

-Estoy bien –sin pensarlo, ella levantó un mano, sus dedos rozando suavemente por el cabello de él. Ella lo sintió tenso, sus ojos oscureciéndose–. Había hierba en tu pelo –dijo ella. Tenía la boca seca; la adrenalina corría por sus venas. Todo lo que acababa de ocurrir, el ángel, el derrumbe de la casa... parecía menos real que lo que veía en los ojos de Jace.

-No deberías tocarme –dijo él.

Su mano se congeló donde estaba, su palma contra su mejilla.

-¿Por qué no?

-Sabes por qué –dijo él, y se apartó de ella, rodando sobre la espalda–. Viste lo que yo he visto, ¿no? El pasado, el ángel. Nuestros padres.

Era la primera vez, pensó ella, que él les había llamado eso. *Nuestros padres*. Ella se giró sobre un lado, queriendo alcanzarle con la mano pero no segura de si debería. Él estaba mirando ciegamente hacia arriba, al cielo.

-Lo vi.

-Sabes lo que soy –las palabras fueron espiradas en un susurro angustiado–. Soy en parte demonio, Clary. En parte *demonio*. Lo has entendido bien, ¿no? –sus ojos sostuvieron los de ella como taladradoras–. Viste lo que Valentine estaba intentando hacer. Utilizaba sangre de demonio... La utilizaba en mí antes incluso de que naciera. Soy en parte un monstruo. En parte todo aquello que he intentando tan duramente extinguir, destruir.

Clary apartó de su memoria la voz de Valentine diciendo, *Ella me dejó porque convertí a su primer hijo en un monstruo*.

-Pero los brujos son en parte demonio. Como Magnus. Eso no les hace malvados...

-No en parte Grandes Demonios. Oíste lo que la mujer demonio dijo.

Consumirá su humanidad, como el veneno consume la vida en la sangre.

La voz de Clary tembló.

-No es verdad. No puede serlo. No tiene sentido...

-Pero lo es –había una desesperación furiosa en la expresión de Jace. Ella podía ver el destello de la cadena de plata alrededor de su garganta desnuda, iluminando como una baliza bajo la luz de las estrellas–. Eso lo explica todo.

-¿Te refieres a que eso explica por qué eres un Cazador de Sombras tan increíble? ¿Por qué eres leal, e intrépido, y honesto, y todo lo que los demonios *no son*?

-Eso explica –dijo él sin alterar la voz–, por qué siento de la manera en que lo hago por ti.

-¿Qué quieres decir?

Él se quedó en silencio durante un largo instante, mirándola a través del minúsculo espacio que los separaba. Ella podía sentirlo, incluso aunque no estuviera tocándola, como si todavía estuviese tendido con su cuerpo contra el suyo.

-Eres mi hermana –dijo él finalmente–. Mi hermana, mi sangre, mi familia. Debería querer protegerte –él se rió quedamente y sin humor–, protegerte de la clase de chicos que quieren hacer contigo exactamente lo que yo quiero hacer.

La respiración de Clary atrapada.

-Dijiste que sólo querías ser mi hermano de ahora en adelante.

-Mentí –dijo él–. Los demonios mienten, Clary. Ya sabes, hay algunos tipos de heridas que puedes sufrir cuando eres un Cazador de Sombras, heridas internas por el veneno de demonio. Incluso puedes no saber que

hay algo que está mal en ti, pero estás sangrando lentamente por dentro hasta la muerte. Eso es como esto, ser sólo tu hermano.

-Pero Aline...

-Tenía que *intentarlo*. Y lo hice –su voz sonaba sin vida–. Pero Dios sabe, que no quiero a nadie más que a ti. Yo incluso no *quiero* querer a nadie más que a ti –él alargó la mano, arrastró los dedos ligeramente por el cabello de ella, las yemas de los dedos rozando su mejilla–. Ahora al menos sé por qué.

La voz de Clary había decaído a un susurro.

-Yo tampoco quiero a nadie más que a ti.

Ella era recompensada por la contención en su respiración. Lentamente, él tiró de sí hacia arriba apoyándose sobre sus codos. Ahora él la miraba desde arriba, y su expresión había cambiado... Había una mirada en su rostro que ella no había visto nunca antes, una luz soñolienta, casi mortal en sus ojos. Él dejó a sus dedos arrastrarse hacia abajo, de su mejilla a sus labios, perfilando la forma de su boca con la punta de un dedo.

-Tú deberías probablemente –dijo él–, decirme que no haga esto.

Ella no dijo nada. No quería decirle que parara. Estaba cansada de decir no a Jace... De nunca dejarse a sí misma sentir lo que su corazón entero *quería* que sintiese. Sea cual sea el precio.

Él se agachó, sus labios contra su mejilla, rozándola ligeramente... Y aún ese ligero toque enviaba escalofríos a través de sus nervios, escalofríos que hacían temblar su cuerpo entero.

-Si quieres que pare, dímelo ahora –susurró él. Cuando ella aún no dijo nada, él rozó su boca contra el hueco de sus sienes–. O ahora –trazó la línea de su pómulo–. O ahora –sus labios estaban contra los suyos–. O...

Pero ella había levantado las manos y tiró de él hacia abajo, hacia ella, y el resto de palabras se perdieron contra su boca. Él la besaba con delicadeza, cuidadosamente, pero no era moderación lo que ella quería, no ahora, no después de todo este tiempo, y anudó sus puños en su camisa, tirando de él más fuerte contra ella. Él profirió un gemido bajo y suavemente en su garganta, y luego sus brazos la rodearon, pegándola más a él, y rodaron sobre la hierba, juntos y enredados, todavía besándose. Había piedras clavándose en la espalda de Clary, y le dolía el hombro donde se había golpeado al caer de la ventana, pero a ella no le importaba. Todo lo que existía era Jace; todo lo que sentía, esperaba, respiraba, quería y veía era a Jace. Nada más importaba.

A pesar de su abrigo, ella podía sentir su calor quemando a través de sus ropas y las de ella. Tiró de su chaqueta para quitársela, y entonces de algún modo su camisa también estuvo fuera. Los dedos de ella exploraban su cuerpo mientras la boca de él exploraba el suyo: piel suave sobre delgado músculo, cicatrices como finos alambres. Ella tocó la cicatriz en forma de estrella de su hombro –era suave y plana, como si fuera una parte de su

piel, no elevada como el resto de sus cicatrices. Suponía que eran imperfecciones, estas marcas, pero no se sentían de esa manera para ella; eran una historia, grabada sobre su cuerpo: el mapa de una vida de guerra sin fin.

Él intentó torpemente desabrochar los botones de su abrigo, sus manos temblando. Ella pensó que nunca antes había visto las manos de Jace inseguras.

-Yo lo haré –dijo ella, y se echó mano al último botón; cuando se incorporó, algo frío y metálico chocó con su clavícula, e hizo una exclamación entrecortada por la sorpresa.

-¿Qué pasa? –Jace se congeló–. ¿Te he hecho daño?

-No. Ha sido esto –ella tocó la cadena de plata que rodeaba su cuello. En su final colgaba un pequeño aro de metal plateado. Había chocado contra ella cuando ésta se había inclinado hacia delante. Ella lo estaba mirando fijamente ahora.

Ese anillo –el metal labrado con su diseño de estrellas– ella conocía ese anillo. El anillo de Morgenstern. Era el mismo anillo que había relucido sobre la mano de Valentine en el sueño que el ángel les había mostrado. Había sido suyo, y se lo había dado a Jace, como había sido siempre a lo largo del tiempo, de padre a hijo.

-Lo siento –dijo Jace. Él dibujó la línea de su mejilla con la punta del dedo, había una intensidad como de ensueño en su mirada–. Olvidé que llevaba esta maldita cosa.

Un frío repentino inundó las venas de Clary.

-Jace –dijo ella en voz baja–. Jace, no.

-¿Que no qué? ¿Que no lleve el anillo?

-No, no... no me toques. Para un segundo.

Su rostro se volvió más calmo. Las preguntas habían ahuyentado la confusión de la ensoñación en sus ojos, pero no dijo nada, sólo retiró la mano.

-Jace –dijo ella otra vez–. ¿Por qué? ¿Por qué ahora?

Sus labios se abrieron por la sorpresa. Ella pudo ver una línea oscura donde él se había mordido el labio de abajo, o tal vez lo había mordido ella.

-¿Por qué ahora, el qué?

-Dijiste que no había nada entre nosotros. Que si nosotros... Si nosotros nos permitiáramos sentir lo que queríamos sentir, estaríamos haciendo daño a todos los que nos importan.

-Ya te lo he dicho. Estaba mintiendo –sus ojos se suavizaron–. ¿Crees que yo no quería...?

-No –dijo ella–. No, no soy estúpida, ya sé eso. Pero cuando has dicho que ahora ya por fin entiendes por qué sientes de la manera que lo haces por mí, ¿qué querías decir?

No es que ella no lo supiera, pensó ella, pero tenía que preguntarlo, tenía que escuchárselo.

Jace agarró sus muñecas y llevó sus manos hasta su cara, entrelazando los dedos con los de ella.

-¿Recuerdas lo que te dije en casa de los Penhallow? –preguntó él–. ¿Que nunca piensas lo que haces antes de hacerlo, y que ese es el por qué de que destruyas todo lo que tocas?

-No, había olvidado eso. Gracias por recordármelo.

Él apenas parecía percibir el sarcasmo en su voz.

-No estaba hablando de ti, Clary. Estaba hablando de mí. Así es cómo soy yo –él giró ligeramente la cara y los dedos de ella se deslizaron por su mejilla–. Al menos ahora sé por qué. Sé qué es lo que está mal en mí. Y tal vez... Tal vez ese sea el por qué te necesito tanto. Porque si Valentine me hizo un monstruo, entonces supongo que a ti te hizo una clase de ángel. Y Lucifer amaba a Dios, ¿no? Bueno, eso dice Milton.

Clary tomó aire.

-Yo *no* soy un ángel. Y ni siquiera sé para qué utilizó Valentine la sangre de Ithuriel... Quizás Valentine sólo la quería para sí mismo...

-Él dijo que la sangre era para “él y los suyos” –dijo Jace tranquilamente–. Eso explica por qué puedes hacer lo que haces, Clary. La Reina Seelie dijo que nosotros, ambos éramos experimentos. No sólo yo.

-No soy un ángel, Jace –repitió ella–. No devuelvo libros de la biblioteca. Bajo música ilegalmente de Internet. Miento a mi madre. Soy *completamente normal*.

-No para mí –él estaba mirando hacia abajo, a ella. Su rostro se cernía contra un fondo de estrellas. No había nada de su habitual arrogancia en su expresión. Ella nunca lo había visto tan indefenso, pero incluso esa vulnerabilidad estaba mezclada de un odio hacia sí mismo que le consumía tan profundamente como una herida–. Clary, yo...

-Suéltame –dijo Clary.

-¿*Qué?* –el deseo en sus ojos se rompió en mil pedazos como los fragmentos del espejo Portal en Renwick, y por un instante su expresión fue de un asombro vacío.

Ella apenas soportaba mirarle y aún así dijo no. Viéndolo ahora, incluso si no hubiera estado enamorada de él, la parte de ella que era hija de su madre, que amaba cada cosa bella por su sola belleza, le habría querido de todos modos. Pero luego, precisamente porque *era* hija de su madre es que aquello era imposible.

-Escúchame –dijo ella–, y deja mis manos –las apartó, cerrándolas en puños apretados para que parasen de temblar.

Él no se movió. Su labio se contrajo, y por un momento ella vio otra vez esa luz depredadora en sus ojos, pero ahora mezclada con enfado.

-¿Supongo que no quieres decirme *por qué?*

-Crees que sólo me quieres porque eres diabólico, no humano. Tú simplemente quieres algo para odiarte a ti mismo. No te dejaré utilizarme para demostrarte a ti mismo lo despreciable que eres.

-Yo nunca he dicho eso. Nunca he dicho que te estuviera utilizando.

-Muy bien –dijo ella–. Dime ahora que no eres un monstruo. Dime que no hay nada malo en ti. Y dime que me querrías incluso aunque no tuvieras sangre de demonio.

Porque yo no tengo sangre de demonio. Y aun así te quiero.

Sus miradas se enlazaron larga y fijamente, la de él llena de una furia ciega; por un momento ninguno de los dos respiró, y luego él se apartó de ella, maldiciendo, y rodó para ponerse en pie. Recogiendo su camisa de la hierba, se la metió por la cabeza, todavía con una mirada feroz. Se la bajó dejándola sobre los vaqueros y se dio la vuelta para buscar la chaqueta.

Clary se puso en pie, tambaleándose un poco. El viento punzante le puso la carne de gallina en los brazos. Sentía sus piernas como si estuvieran hechas de cera medio fundida. Se abrochó los botones del abrigo con los dedos entumecidos, luchando con las ganas de romper a llorar. Llorar no le ayudaría en nada ahora.

El aire estaba todavía lleno de polvo y ceniza danzantes, la hierba estaba sembrada de escombros por todas partes: pedazos de muebles destrozados; las páginas de libros llevadas tristemente por el viento; astillas de madera dorada; el trozo de casi media escalera misteriosamente ilesa. Clary se giró para mirar a Jace; él estaba dándole patadas a pedazos de escombros con salvaje satisfacción.

-Bien –dijo él–, estamos jodidos.

Eso no era lo que ella había esperado. Parpadeó.

-¿Qué?

-¿Recuerdas? Perdiste mi estela. No hay posibilidad de que dibujes un Portal ahora –él pronunció las palabras con un placer amargo, como si la situación le satisficiera de una forma oscura–. No tenemos otra forma de regresar. Vamos a tener que andar.

Habría sido un paseo agradable bajo otras circunstancias. Acostumbrada a las luces de la ciudad, Clary no podía creer lo oscura que era la noche en Idris. Las espesas sombras negras que bordeaban el camino a cada uno de sus lados parecían estar plagadas de *cosas* apenas visibles, e incluso con la luz mágica de Jace ella sólo podía ver unos cuantos centímetros por delante de ellos. Echaba de menos el alumbrado público, el brillo ambiental de las farolas, los sonidos de la ciudad. Todo lo que ella podía oír ahora era el crujido firme de sus botas sobre la grava y, de vez en cuando, su propia respiración resoplando por la sorpresa cuando tropezaba con una roca extraviada.

Después de varias horas comenzaron a dolerle los pies y tenía la boca seca como el pergamino. El aire se había vuelto muy frío, y ella iba encorvada temblando, las manos metidas en sus bolsillos profundamente. Pero, todo aquello incluso habría sido soportable si tan sólo Jace le hubiera hablado. Él no había dicho una palabra desde que dejaron la casa a excepción de bruscas indicaciones, diciéndole qué camino tomar en una bifurcación del camino, u ordenándole que bordeara un bache. Incluso entonces, dudaba que le importara mucho si ella se caía dentro de un bache, excepto por que eso les retrasaría.

Finalmente, el cielo al este comenzó a brillar. Clary, dando un traspié medio dormida, subió la cabeza sorprendida.

-Pronto amanecerá.

Jace la miró con suave desdén.

-Eso es Alicante. El sol no saldrá hasta dentro de tres horas al menos. Esas son las luces de la ciudad.

Demasiado aliviada porque estaban casi en casa, no le importó su actitud, Clary apretó el paso. Rodearon una curva y se encontraron caminando por un ancho y sucio sendero que atravesaba una ladera. Éste serpenteaba por la curva de la pendiente, desapareciendo donde se doblaba a lo lejos. Aunque la ciudad aún no era visible, el aire se había hecho más brillante, el cielo estaba saturado de un brillo de un rojizo peculiar.

-Debemos estar cerca –dijo Clary–. ¿Hay un atajo tras la colina?

Jace estaba frunciendo el ceño.

-Algo va mal –dijo él bruscamente.

Él salió, medio corriendo camino abajo, sus botas enviando ráfagas de polvo que relucían ocres con la extraña luz. Clary corrió para seguirle el paso, ignorando las protestas de sus pies llenos de ampollas. Rodearon la siguiente curva y Jace patinó al pararse repentinamente, lo que llevó a Clary a estrellarse con él. En otras circunstancias, podría haber sido cómico. En ésta no lo fue.

La luz rojiza era más fuerte ahora, lanzando un resplandor escarlata al cielo nocturno, iluminando la colina sobre la que estaban como si fuera la luz del día. Columnas de humo ondulaban desde el valle de abajo, como las plumas desplegadas de un pavo real. Alzándose del vapor negro estaban las torres demonio de Alicante, sus caparazones cristalinos como flechas de fuego penetrando el aire cargado de humo. A través del denso humo Clary pudo vislumbrar el crepitar de las llamas escarlatas, diseminado por la ciudad como un puñado de brillantes joyas sobre un ropaje oscuro.

Parecía increíble, pero allí estaba: estaban sobre una ladera que se cernía sobre Alicante, y bajo ellos la ciudad estaba ardiendo.

SEGUNDA PARTE

Las Estrellas Brillan Oscuramente

ANTONIO: ¿Ya no te quedarás? ¿Tampoco quieres que vaya contigo?

SEBASTIAN: Por mi paciencia, no. Mis estrellas brillan oscuramente sobre mí; la malignidad de mi destino puede, quizás, estropear el tuyo; por lo tanto ansío de ti tu despedida, que puedo soportar mis males solo. Era una mala recompensa por tu amor echar cualquiera de ellos sobre ti.

William Shakespeare, *Noche de reyes*

FUEGO Y ESPADA

-Es tarde –dijo Isabelle ansiosamente dando un tirón de la cortina de encaje frente a la alta ventana de la sala de estar–. Debería estar ya de vuelta.

-Sé razonable, Isabelle –señaló Alec en ese tono superior de hermano mayor que parecía dar a entender que mientras ella, Isabelle, podía ser propensa a la histeria, él, Alec, estaba siempre perfectamente tranquilo. Incluso su postura, estaba tumbado en uno de los sobrerrellenos sillones al lado de la chimenea de los Penhallow como si nada en el mundo le importara, parecía planeada para hacer resaltar lo despreocupado que estaba–. Jace hace esto cuando está alterado, se marcha y se da una vuelta. Dijo que se iba a dar un paseo. Regresará.

Isabelle suspiró. Casi deseaba que sus padres estuvieran allí, pero estaban todavía fuera en el Gard. Lo que fuera que la Clave estuviera discutiendo, la reunión del Concilio se estaba alargando extremadamente.

-Pero él conoce Nueva York. No conoce Alicante...

-Probablemente lo conoce mejor que tú –Aline estaba sentada en el sofá leyendo un libro, sus páginas encuadradas en piel rojo oscuro. Su cabello negro estaba estirado hacia atrás en una trenza francesa, sus ojos fijos sobre el volumen extendido sobre sus rodillas. Isabelle, que nunca había sido muy lectora, siempre envidió la capacidad de esa gente que se perdía en un libro. Había un montón de cosas por las que una vez había envidiado a Aline, ser pequeña y bonita de una manera delicada, por decir algo, no una amazona tan alta con tacones que sobrepasaba a casi todos los chicos que conocía. Pero luego, Isabelle se había dado cuenta sólo recientemente que las otras chicas no eran como para ser envidiadas, evitadas o detestadas–. Él vivió aquí hasta los diez años. Vosotros, chicos, sólo la habéis visitado unas cuantas veces.

Isabelle levantó la mano hasta su garganta con el ceño fruncido. El colgante que pendía de la cadena que rodeaba su cuello había dado un fuerte y repentino latido, pero normalmente sólo latía ante la presencia de demonios, y estaban en Alicante. No había forma de que hubiera demonios cerca. Quizás el colgante estaba fallando.

-No creo que esté dando una vuelta, de todas maneras. Creo que es bastante obvio dónde ha ido –respondió Isabelle.

Alec levantó la mirada.

-¿Crees que ha ido a ver a Clary?

-¿Todavía está ella aquí? Creí que se suponía que iba a regresar a Nueva York –Aline dejó caer el libro cerrado– ¿Dónde se está quedando la hermana de Jace, de todas formas?

Isabelle se encogió de hombros.

-Pregúntale *a él* –dijo ella dirigiendo la vista hacia Sebastian.

Sebastian estaba tirado sobre el sofá que estaba enfrente del de Aline. También tenía un libro en la mano, y su cabeza oscura estaba inclinada sobre él. Alzó los ojos como si pudiera sentir la mirada de Isabelle sobre él.

-¿Estás hablando de mí? –preguntó él suavemente.

Todo en Sebastian era suave, pensó Isabelle con una punzada de irritación. Ella se había quedado impresionada al principio por su aspecto, esos pómulos nítidamente planos y esos insondables ojos negros, pero su personalidad afable y comprensiva le crispaba ahora. No le gustaban los chicos que parecían no enfadarse nunca por nada. En el mundo de Isabelle, la furia era igual a pasión, era igual a pasarlo bien.

-¿Qué estás leyendo? –preguntó ella, más bruscamente de lo que quería– ¿Es ese uno de los libros de cómics de Max?

-Sip (*sic*) –Sebastian miraba hacia abajo al ejemplar del *Santuario del Ángel* que se mantenía en equilibrio sobre el brazo del sofá–. Me gustan los dibujos.

Isabelle resopló exasperada. Disparándole una mirada, Alec dijo:

-Sebastian, hoy más temprano... ¿Sabía Jace dónde habías ido?

-¿Te refieres a que yo había salido con Clary? –Sebastian parecía divertido–. Mira, no es un secreto. Se lo habría dicho a Jace si lo hubiese visto.

-No veo por qué le importaría –Aline puso el libro a un lado, un filo en su voz–. No es que Sebastian haya hecho nada malo. ¿Y qué si él quiere enseñarle a Clarissa algo de Idris antes de que se vaya a casa? Jace debería estar contento de que su hermana no se esté quedando sentada aburrida y enfadada.

-Él puede ser muy... protector –dijo Alec después de una ligera vacilación.

Aline frunció el ceño.

-Él debería alejarse. No puede ser bueno para ella estar tan sobreprotegida. La mirada de su cara sobre nosotros cuando entró, era como si no hubiera visto nunca antes a nadie *besarse*. Quiero decir, quién sabe, quizás no lo haya visto nunca.

-Sí lo ha visto –dijo Isabelle pensando en la forma en la que Jace había besado a Clary en la Corte Seelie. No era algo en lo que le gustara pensar, a

Isabelle no le gustaba regodearse en su propio pesar, mucho menos en el de otra gente—. No es eso.

-Entonces, ¿qué es? –Sebastian se puso derecho, apartando un mechón de pelo oscuro de los ojos. Isabelle captó un destello de algo, una línea roja en su palma, como una cicatriz—. ¿Es simplemente que él me odia personalmente? Porque no sé qué es lo que yo...

-Ese es mi libro –una pequeña voz interrumpió el discurso de Sebastian. Era Max, de pie en la entrada de la sala de estar. Llevaba un pijama gris y su cabello castaño estaba desordenado como si acabara de despertarse. Estaba observando la novela manga situada junto a Sebastian.

-¿Qué, esto? –Sebastian le tendió el ejemplar del *Santuario del Ángel*—. Aquí tienes, chaval.

Max se lanzó atravesando la habitación y recuperó el libro. Miraba a Sebastian con el ceño fruncido.

-No me llames chaval.

Sebastian se rió y se puso de pie.

-Voy a por algo de café –dijo él, y se dirigió a la cocina. Se detuvo y se volvió en la entrada—. ¿Alguien quiere algo?

Hubo un coro de negativas. Con un encogimiento de hombros Sebastian desapareció dentro de la cocina, dejando la puerta cerrada detrás de él.

-Max –dijo Isabelle con dureza–, no seas maleducado.

-No me gusta cuando la gente coge mis cosas –Max pegó el libro de cómics a su pecho.

-Madura, Max. Él sólo lo había tomado prestado –la voz de Isabelle salía más irritable de lo que pretendía; estaba todavía preocupada por Jace, ella lo sabía, y estaba pagándolo con su hermano pequeño—. Deberías estar en la cama de todas formas. Es tarde.

-Hay ruido arriba en la colina. Me ha despertado –Max parpadeaba; sin sus gafas, todo estaba bastante más borroso para él—. Isabelle...

El tono interrogatorio de su voz captó la atención de ella. Isabelle se apartó de la ventana.

-¿Qué?

-¿Alguna vez la gente ha subido a las torres demonio? ¿Como, por alguna razón?

Aline subió la mirada.

-¿Subir a las torres demonio? –ella se rió—. No, nunca nadie ha hecho eso. Es completamente ilegal, por decir algo, y además, ¿por qué querría hacerlo?

Aline, pensó Isabelle, no tenía mucha imaginación. Ella misma podía pensar en montones de razones por las que alguien podría querer subir a las torres demonio, aunque tan sólo fuera para escupir el chicle sobre los viandantes de allá abajo.

Max estaba frunciendo el ceño.

-Pero alguien lo ha hecho. Lo sé, yo vi...

-Lo que sea que creas que has visto, probablemente lo soñaste –le dijo Isabelle.

La cara de Max se arrugó. Detectando una potencial fusión nuclear, Alec se levantó y extendió una mano.

-Vamos, Max –dijo él, no sin cariño –Vamos a devolvete a la cama.

-*Todos* nosotros deberíamos irnos a la cama –dijo Aline poniéndose en pie. Fue hasta la ventana junto a la que estaba Isabelle y tiró de las cortinas cerrándolas con firmeza-. Ya es casi media noche; ¿quién sabe cuándo regresarán ellos del Concilio? No tiene sentido quedarse...

El colgante en el cuello de Isabelle latió de nuevo, bruscamente... Y entonces la ventana frente a la que estaba Aline se hizo añicos. Aline gritó mientras unas manos entraban por el agujero abierto... No unas manos, en realidad, pudo ver Isabelle con la claridad de la conmoción, sino unas garras enormes y con escamas, surcadas por sangre y un fluido negruzco. Éstas atraparon a Aline y tiraron de ella a través de la ventana destrozada antes de que ella pudiera proferir un segundo grito.

El látigo de Isabelle estaba sobre la mesa de al lado de la chimenea. Corría ahora de un extremo al otro para ir a por él, esquivando a Sebastian, que había salido corriendo de la cocina.

-Coge las armas –dijo ella con brusquedad mientras él miraba alrededor con estupefacción-. ¡Ve! –chilló ella, y salió hacia la ventana.

Junto a la chimenea Alec estaba sosteniendo a Max mientras el chico más pequeño se retorció y gritaba, intentando zafarse del agarre de su hermano. Alec tiró de él hacia la puerta. *Bien*, pensó Isabelle, *Saca a Max de aquí*.

El aire frío soplaba a través de la ventana destrozada. Isabelle se subió la falda y dio una patada al resto de los cristales rotos, agradecida por la robusta suela de las botas. Cuando los cristales estuvieron apartados, ella agachó la cabeza y saltó por el agujero abierto en el marco, aterrizando con una sacudida sobre el sendero de piedra de la entrada de abajo. A primera vista el sendero parecía vacío. No había alumbrado en todo el canal; la iluminación principal aquí venía de las ventanas de las casas cercanas. Isabelle se movió hacia delante con cautela, su látigo *electrum* estaba enrollado a su lado. Ella tenía el látigo desde hacía tanto tiempo, había sido un regalo de su padre por su duodécimo cumpleaños, que lo sentía como parte de ella ahora, como una extensión fluida de su brazo derecho.

Las sombras se espesaban mientras ella se alejaba de la casa y se dirigía al Puente Oldcastle, que se arqueaba sobre el canal Princewater con una extraña perspectiva desde el sendero. Las sombras en su base estaban apiñadas tan densamente como moscas negras... Y entonces, mientras Isabelle observaba, algo se movió en la sombra, algo blanco y rápido como una flecha. Isabelle corrió, atravesando el borde bajo de unos setos que

conformaban el límite del jardín de alguien y saltó sobre la calzada de ladrillo que corría por debajo del puente. Su látigo había empezado a brillar con una fuerte luz plateada, y con su débil iluminación ella pudo ver a Aline estaba tendida hacia y sin vida en el borde del canal. Un demonio de un tamaño enorme estaba tirado sobre la parte superior de ella, aplastándola con el peso de su grueso cuerpo de lagarto, su cara enterrada en su cuello...

Pero no podía ser un demonio. Nunca había habido demonios en Alicante. Nunca. Mientras Isabelle observaba conmocionada, la cosa levantó la cabeza y olfateó el aire, como si la hubiera sentido allí. Era ciego, vio ella, una gruesa línea de dientes serrados corrían como una cremallera a lo largo de su frente donde deberían estar los ojos. Además tenía otra boca sobre la mitad inferior de la cara, repleta de colmillos chorreantes. Los laterales de su estrecha cola resplandecían cuando la movía de adelante a atrás, e Isabelle vio, acercándose más, que la cola estaba ribeteada de líneas de huesos afilados como cuchillas.

Aline se movió e hizo un ruido, un quejido ahogado. El alivio se derramó sobre Isabelle, ella había estado casi segura de que Aline estaba muerta, pero duró poco. Cuando Aline se movió, Isabelle vio que su blusa había sido desgarrada por la parte delantera. Había marcas de garras sobre su pecho, y la cosa tenía la otra garra enganchada en la cinturilla de sus vaqueros.

Una oleada de náusea recorrió a Isabelle. El demonio no estaba tratando de *matar* a Aline... No aún. El látigo de Isabelle cobró vida en su mano como la espada llameante de un ángel vengador; ella se lanzó hacia delante, el látigo cayendo cortante sobre la espalda del demonio. El demonio profirió un chillido y se apartó rodando de Aline. Se abalanzó sobre Isabelle, sus dos bocas abiertas, las garras afiladas dirigidas a la cara de ella. Saltando hacia atrás, ella lanzó el látigo hacia delante otra vez; éste cercenó la cara del demonio, su pecho, sus patas. Una miriada de marcas de azotes entrecruzados brotó sobre la piel de escamas del demonio, goteando sangre y veneno. Una larga lengua bífida se disparó desde la boca de arriba, tratando de tantear la cara de Isabelle. Había un bulbo al final de ésta, vio ella, una especie de aguijón, como el de un escorpión. Moviéndose rápidamente la muñeca a un lado y el látigo se enroscó sobre la lengua del demonio, atándola con bandas de electrum flexible. El demonio gritaba y gritaba mientras ella tiraba del nudo fuerte y bruscamente. La lengua del demonio se cayó con un ruido húmedo y nauseabundo sobre los ladrillos de la calzada sobreelevada.

Isabelle hizo retroceder el látigo de un fuerte tirón. El demonio se giró y huyó, moviéndose con rapidez, haciendo movimientos parecidos a los de una serpiente. Isabel se lanzó tras de él. El demonio estaba a medio camino del recorrido que llevaba a la calzada sobreelevada cuando una forma

oscura surgió delante de él. Algo relampagueó en la oscuridad, y el demonio cayó estremeciéndose al suelo.

Isabelle vino y se paró abruptamente. Aline vigilaba al demonio caído, una daga delgada en su mano, ella la debía haber llevado en su cinturón. Las runas sobre el cuchillo brillaban con una iluminación intermitente mientras ella bajaba la daga, hundiéndola una y otra vez en el retorcido cuerpo del demonio hasta que la cosa paró de moverse por completo y desapareció.

Aline miró hacia arriba. Su rostro estaba en blanco. No hizo movimiento para cerrarse la blusa, a pesar de los botones rasgados. La sangre salía de las profundas marcas de los arañazos de su pecho. Isabelle dejó salir un bajo susurro.

-Aline... ¿Estás bien?

Aline dejó caer la daga al suelo con un ruido estrepitoso. Sin pronunciar palabra se giró y corrió, desapareciendo en la oscuridad bajo el puente.

Atrapada por la sorpresa, Isabelle maldijo y se lanzó tras Aline. Deseaba haber llevado algo más práctico que un vestido de terciopelo esa noche, aunque al menos se había puesto las botas. Dudaba de que pudiera haber alcanzado a Aline de llevar tacones.

Había una escalera de metal al otro lado de la calzada sobreelevada, que llevaba a la Calle Princewater de nuevo. Aline estaba aturdida en la parte superior de la escalera. Subiendo el pesado dobladillo de su vestido, Isabelle la siguió, sus botas repiqueteando sobre los escalones. Cuando alcanzó la parte superior, miró alrededor buscando a Aline.

Y se quedó mirando. Ella estaba al pie del ancho camino que estaba enfrente de la casa de los Penhallow. Ya no podía ver a Aline... La otra chica había desaparecido dentro de una agitada muchedumbre de gente que llenaba la calle. Y no sólo personas. Había *cosas* en la calle, demonios, docenas de ellos, quizás más, como la criatura lagarto con garras que Aline había despachado bajo el puente. Dos o tres cuerpos yacían ya en la calle, uno a sólo unos centímetros de Isabelle, un hombre, media caja torácica arrancada. Isabelle podía ver por su pelo gris que era mayor. *Pero, por supuesto que lo era*, pensó ella, su mente marchando al ralentí, la rapidez de su pensamiento entorpecida por el pánico. *Todos los adultos estaban en el Gard. Abajo en la ciudad sólo había niños, los ancianos y los enfermos...*

El aire de matiz rojizo estaba lleno de olor a quemado, la noche estaba rasgada por los alaridos y los gritos. Todas las puertas estaban abiertas aquí y allá en las hileras de casas, la gente saliendo como flechas de ellas y luego parándose muertas al ver la calle llena de monstruos. Era imposible, inimaginable. Nunca en la historia un solo demonio había traspasado las protecciones de las torres demonios. Y ahora había docenas. Cientos. Quizás más, inundando las calles como una marea venenosa. Isabelle sentía

como si estuviera atrapada detrás de una pared de cristal, capaz de verlo todo pero incapaz de moverse, observando congelada cómo un demonio agarraba a un chico que huía y lo levantaba físicamente del suelo, hundiendo sus dientes serrados en su hombro. El chico gritó, pero sus gritos se perdían en el clamor que rasgaba la noche. El sonido se elevó y se elevó en volumen: el aullido de los demonios, la gente llamándose unos a otros por los nombres, los sonidos de los pies corriendo y los cristales aplastados. Algunos bajaban por la calle gritando palabras que ella no podía entender... Algo sobre las torres demonios. Isabelle miró hacia arriba. Las altas agujas se cernían centinelas sobre la ciudad como siempre lo habían hecho, pero en lugar del reflejo de la luz plateada de las estrellas, o incluso la luz roja de la ciudad quemándose, estaban tan mortecinamente blancas como la piel de un cadáver. Su luminiscencia había desaparecido. Un escalofrío la recorrió. No era de extrañar que las calles estuvieran llenas de monstruos... De alguna manera, increíblemente, las torres demonio habían perdido su magia. Las protecciones que habían resguardado Alicante durante mil años habían desaparecido.

Samuel había permanecido en silencio desde hacía horas, pero Simon todavía estaba despierto, mirando desvelado en la oscuridad, cuando oyó el chillido. Levantó la cabeza. Silencio. Miró alrededor con inquietud... ¿Había soñado el ruido? Afinó el oído, pero incluso con su reciente sensibilidad acústica, nada era audible. Estaba por recostarse y relajarse cuando los gritos se oyeron otra vez, clavándose en sus oídos como agujas. Sonaban como si vinieran de fuera del Gard.

Levantándose, se puso sobre la cama y miró por la ventana. Vio el césped verde extendiéndose lejos, la luz distante de la ciudad, un débil brillo en la distancia. Él estrechó los ojos. Había algo mal en la luz de la ciudad, algo... apagado. Fue la penumbra la que se lo recordó... Y había puntos moviéndose de aquí a allá en la oscuridad, como agujas de fuego, serpenteando por las calles. Una nube pálida se levantó sobre las torres, y el aire se llenó del hedor del humo.

-Samuel -Simon podía oír la alarma en su propia voz-. Algo va mal.

Escuchó puertas abriéndose y pasos. Voces enronquecidas gritando. Simon apretó la cara contra los barrotes cuando pares de botas se lanzaron hacia el exterior, levantando piedras a su paso, los Cazadores de Sombras llamándose unos a otros mientras marchaban a toda velocidad desde el Gard a la ciudad.

-¡Las protecciones están desactivadas! ¡Las protecciones están desactivadas!

-¡No podemos abandonar el Gard!

-¡El Gard no importa! ¡Nuestros hijos están ahí abajo!

Sus voces se hacían cada vez más débiles. Simon se apartó de la ventana, respirando entrecortadamente.

-¡Samuel! Las protecciones...

-Lo sé. Lo he oído –la voz de Samuel venía con fuerza del otro lado del muro. No sonaba asustado sino resignado, e incluso, quizás, un poco triunfal al demostrarse que tenía razón–. Valentine ha atacado mientras la Clave estaba en sesión. Inteligente.

-Pero el Gard, esto está fortificado, ¿por qué no se quedan aquí arriba?

-Les escuchaste. Porque todos los niños están en la ciudad. Niños, mayores, no pueden dejarlos allí abajo simplemente.

Los Lightwood. Simon pensó en Jace, y luego, con terrible claridad, en el rostro pequeño y pálido de Isabelle bajo su corona de cabello oscuro, en su determinación para la lucha, en las *Xs* y *Os* de niña sobre la nota que le había escrito.

-Pero tú les dijiste... Tú le dijiste a la Clave lo que ocurriría. ¿Por qué no te creyeron?

-Porque las protecciones son su religión. No creer en el poder de las protecciones es no creer que ellos sean especiales, elegidos y protegidos por el Ángel. Podrían creer también que son simplemente mundanos normales.

Simon se inclinó hacia atrás para mirar por la ventana otra vez, pero el humo se había espesado, llenándose el aire de una palidez grisácea. Ya no podía oír las voces gritando en el exterior; había gritos a lo lejos, pero eran muy débiles.

-Creo que la ciudad está en llamas.

-No –la voz de Samuel era muy tranquila–, creo que es el Gard el que está ardiendo. Probablemente, fuego demonio. Valentine iría a por el Gard, si pudiera.

-Pero... –a Simon se le atropellaban las palabras–. Pero alguien vendrá y nos dejará salir, ¿no? El Cónsul, o... o Aldertree. No pueden simplemente dejarnos aquí abajo para morir.

-Eres un Submundo –dijo Samuel–, y yo un traidor. ¿De verdad crees que es probable que hagan algo?

-¡Isabelle! ¡Isabelle!

Alec tenía las manos sobre sus hombros y la estaba sacudiendo. Isabelle levantó la cabeza lentamente; el blanco rostro de su hermano flotaba contra la oscuridad de detrás de él. Un trozo de madera curvada sobresalía por detrás de su hombro derecho: tenía su arco sujeto a la espalda, el mismo arco que Simon había utilizado para matar al Gran Demonio Abbadon. Ella no podía recordar a su hermano caminando hacia ella, no podía recordar verle en la calle en absoluto; era como si se hubiera materializado enfrente de ella de repente, como un fantasma.

-Alec –su voz surgía lenta e irregular–. Alec, para. Estoy bien.

Ella se soltó de él.

-No parece estar bien –Alec echó un vistazo hacia arriba y maldijo bajo su respiración–. Tenemos que salir de la calle. ¿Dónde está Aline?

Isabelle parpadeó. No había demonios a la vista; alguien estaba sentado sobre los escalones de la fachada de la casa frente a la que estaban ellos y estaba llorando con una serie de gritos altos y estridentes. El cuerpo del hombre mayor todavía estaba en la calle, y el olor de demonios estaba por todas partes.

-Aline... Uno de los demonios intentó... intentó... –controló su respiración, la mantuvo. Ella era Isabelle Lightwood. Ella no se ponía histérica, no importaba cuál fuera el motivo–. Lo matamos, pero luego ella salió corriendo. Intenté seguirla, pero era demasiado rápida –ella miraba hacia arriba a su hermano–. Demonios en la ciudad –dijo ella–. ¿Cómo es posible?

-No lo sé –Alec sacudió la cabeza–. Las protecciones deben estar desactivadas. Había cuatro o cinco demonios Oni aquí fuera cuando salí de la casa. Encontré uno acechando entre los arbustos. Los otros salieron corriendo, pero podrían volver. Vamos. Volvamos a la casa.

La persona sobre la escalera todavía estaba sollozando. El sonido les acompañó mientras se apresuraban de vuelta a la casa de los Penhallow. La calle se quedó vacía de demonios, pero podían oír explosiones, llantos y pasos haciendo eco desde las sombras de otras calles oscuras. Cuando subían los escalones de la fachada de los Penhallow, Isabelle echó un vistazo hacia atrás justo a tiempo para ver un largo tentáculo serpenteante saliendo de la oscuridad entre las dos casas y apresarse a la mujer sollozante en los escalones. Sus sollozos se volvieron chillidos. Isabelle intentó volverse, pero Alec ya la había agarrado y la empujaba delante de él hacia el interior de la casa, cerrando y echando el pestillo de la puerta principal detrás de ellos. La casa estaba a oscuras.

-Apagué las luces. No quería atraer a ninguno más –explicó Alec empujando a Isabelle delante de él hasta la sala de estar.

Max estaba sentado en el suelo junto a las escaleras, sus brazos rodeando las rodillas. Sebastian estaba junto a la ventana, clavando leños de madera que había cogido de la chimenea sobre el agujero abierto en el cristal.

-Listo –dijo él apartándose y dejando el martillo sobre la estantería–. Eso debería valer por algún tiempo.

Isabelle se dejó caer junto a Max y le acarició el pelo.

-¿Estás bien?

-No –sus ojos estaban enormes y asustados–. Intenté mirar por la ventana, pero Sebastian me dijo que me agachase.

-Sebastian tenía razón –dijo Alec–. Había demonios en la calle.

-¿Todavía están ahí?

-No, pero todavía hay algunos en la ciudad. Tenemos que pensar en lo que vamos a hacer a continuación.

Sebastian estaba frunciendo el ceño.

-¿Dónde está Aline?

-Salió corriendo –explicó Isabelle–. Fue culpa mía. Debería haber sido...

-No fue culpa tuya. Sin ti estaría muerta –habló Alec en una voz cortante–. Mira, no tenemos tiempo para recriminarnos a nosotros mismos. Voy a ir tras de Aline. Quiero que vosotros tres os quedéis aquí. Isabelle, cuida de Max. Sebastian, termina de asegurar la casa.

Isabelle habló más alto con indignación.

-¡No quiero que salgas ahí fuera solo! Llévame contigo.

-Soy el adulto aquí. Lo que digo se cumple –el tono de Alec plano–. Hay muchas posibilidades de que nuestros padres estén de vuelta en cualquier momento del Gard. Si la mayoría de nosotros está aquí, será mejor. Sería muy fácil que nos separáramos ahí fuera. No me arriesgaré, Isabelle –su mirada pasó a Sebastian–. ¿Lo has entendido?

Sebastian ya había sacado su estela.

-Me ocuparé de proteger la casa con Marcas.

-Gracias –Alec ya estaba a medio camino de la puerta; se volvió y miró a Isabelle.

Ella se encontró con sus ojos por una fracción de segundo. Luego, él ya se había ido.

-Isabelle –era Max con su pequeña voz hablando bajo–, tu muñeca está sangrando.

Isabelle miró hacia abajo. No tenía recuerdos de haberse herido la muñeca, pero Max tenía razón: la sangre ya había manchado la manga de su chaqueta blanca. Se puso en pie.

-Voy a por mi estela. Ahora vuelvo y te ayudo con las runas, Sebastian.

Él asintió con la cabeza.

-Podría contar con algo de ayuda. Esta no es mi especialidad.

Isabelle subió las escaleras sin preguntarle cuál podría ser en realidad su especialidad. Ella se sentía extenuada, con una necesidad extrema de una Marca de energía. Podía hacerse una ella misma si era necesario, aunque Alec y Jace siempre habían sido mejores con esos tipos de runas que ella.

Una vez dentro de su cuarto, rebuscó entre sus cosas la estela y algunas armas extras. Mientras metía cuchillos seráficos en la parte superior de las botas, su mente estaba en Alec y en la mirada que ambos compartieron cuando salía por la puerta. No era la primera vez que había visto a su hermano marcharse, sabiendo que podría no volver a verlo nunca más. Era algo que aceptaba, siempre lo había aceptado como parte de su vida; no fue hasta que conoció a Clary y a Simon que se dio cuenta de que para la

mayoría de la gente, por supuesto, no era nunca así. Ellos no vivían con la muerte como constante compañera, una fría respiración tras su cuello incluso la mayoría de los días normales. Siempre había sentido tanto desdén por los mundanos, al igual que todos los demás Cazadores de Sombras, había creído que eran blandos y estúpidos como borregos en su autocomplacencia. Ahora se preguntaba si todo ese odio no provendría simplemente del hecho de que ella estaba celosa. Debía ser agradable no preocuparse cada vez que uno de los miembros de tu familia salía por la puerta de que no volviera nunca.

Ella estaba a medio camino por las escaleras, su estela en la mano, cuando sintió que algo iba mal. La sala de estar estaba vacía. Max y Sebastian no se veían por ningún sitio. Había una Marca de protección a medio terminar sobre uno de los leños que Sebastian había clavado sobre la ventana rota. El martillo que había utilizado no estaba. Su estómago se tensó.

-¡Max! –gritó ella girando en círculo–. ¡Sebastian! ¿Dónde estáis?

La voz de Sebastian le respondió desde la cocina.

-Isabelle... aquí.

El alivio la inundó, dejándole la cabeza ligera.

-Sebastian, eso no es divertido –dijo ella entrando en la cocina–. Creí vosotros estabais...

Ella dejó la puerta cerrarse detrás de ella. La cocina estaba a oscuras, más de lo que lo estaba la sala de estar. Forzó los ojos para ver a Sebastian y Max, y no vio nada sino sombras.

-¿Sebastian? –la incertidumbre se notaba en su voz–. Sebastian, ¿qué estáis haciendo aquí? ¿Dónde está Max?

-Isabelle –ella creyó ver algo moverse, una sombra oscura contra sobras más claras. La voz de él era suave, amable, casi encantadora. Ella no se había dado cuenta antes de ahora de la bella voz que tenía él–. Isabelle, lo siento.

-Sebastian, estás actuando de una forma extraña. Para.

-Lo siento, eres tú –dijo él–. Lo ves, de entre todos ellos, la que más me gustabas eras tú.

-Sebastian...

-Entre todos ellos –dijo él otra vez con la misma voz baja–, pensaba que tú eras la que más se parecía a mí.

Él bajó el puño entonces, con el martillo en él.

Alec atravesaba a toda velocidad las oscuras calles en llamas, llamando a gritos una y otra vez a Aline. Cuando dejó el barrio de Princewater y entró en el corazón de la ciudad, el pulso se le aceleró. Las calles eran como una pintura del Bosco hecha realidad: llenas de criaturas grotescas y macabras, y de escenas de repentina y espantosa violencia. Desconocidos,

presas del pánico, empujaban a Alec sin mirarlo y pasaban corriendo y gritando sin un destino aparente. El aire apestaba a humo y a demonios. Algunas de las casas estaban en llamas; otras tenían las ventanas destrozadas. Los adoquines centelleaban con los cristales rotos. Mientras se acercaba más a un edificio, vio que lo que pensaba que era una descolorida mancha de pintura era una enorme franja de sangre fresca salpicada sobre el revoque. Él se giró en el sitio, mirando en todas direcciones, pero no vio nada que le aclarase; sin embargo, se alejó tan rápidamente como pudo.

Alec era el único de los hijos de los Lightwood que recordaba Alicante. Era un niño pequeño cuando se marcharon de allí, aun así tenía recuerdos de las torres brillantes, las calles llenas de nieve en invierno, hileras de luces mágicas envolviendo tiendas y casas, el agua salpicando en la fuente de la sirena en el Salón. Él siempre había sentido un extraño tirón en el corazón con la idea de Alicante, la esperanza casi dolorosa de que su familia regresaría algún día al lugar al que pertenecía. Ver la ciudad así era como ver la muerte de todo lo bello.

Girando en un ancho bulevar, en una de las calles que conducían al Salón de los Acuerdos, vio una jauría de demonios Belial sumergiéndose por un pasaje abovedado bufando y bramando. Remolcaban algo detrás ellos... Algo que se movía nerviosa y espasmódicamente mientras era arrastrado sobre los adoquines de la calle. Él bajó como una flecha por la calle, pero los demonios ya se habían ido. Ovillada contra la base de un pilar había una forma renqueante de la que se filtraba un rastro delgado y oscuro de sangre. Cristales rotos crujieron como guijarros bajo las botas de Alec cuando se arrodilló para volver el cuerpo. Después de una única mirada al rostro morado y deformado, se estremeció y salió de allí, agradecido de que no fuera nadie que él conociera.

Un ruido le hizo detenerse. Olió la fetidez antes de que lo viera: la sombra de algo jorobado y enorme deslizándose hacia él desde el lejano final de la calle. ¿Un Gran Demonio? Alec no esperó a descubrirlo. Se lanzó por la calle hacia una de las casas más altas, saltando al alféizar de una ventana cuyo cristal estaba hecho trizas. Unos pocos minutos después, estaba arrastrándose por el tejado, doliéndole las manos, sus rodillas destrozadas. Se puso en pie, sacudiéndose el polvo de las manos, y contempló Alicante. Las ruinosas torres demonio arrojaban su mortecina luz sin brillo sobre las convulsas calles de la ciudad, donde *cosas* cortaban, se arrastraban y se movían con sigilo en las sombras entre los edificios, como cucarachas correteando por un oscuro apartamento. El aire llevaba sollozos y gritos, el sonido del clamor, nombres transportados por el viento... Y había gritos de demonios también, aullidos de caos y de deleite, chillidos que penetraban tanto como el dolor en los oídos humanos. El humo se elevaba sobre las casas de piedra del color de la miel como una bruma, envolviendo las agujas del Salón de los Acuerdos. Elevando la

mirada hacia el Gard, Alec vio una avalancha de Cazadores de Sombras bajando a toda prisa por el sendero de la colina, iluminados por las luces mágicas que portaban. La Clave estaba dirigiéndose a la batalla.

Se movió hasta el borde del tejado. Los edificios aquí estaban muy juntos, sus aleros casi se tocaban. Era fácil saltar de este tejado al siguiente, y luego al que venía después. Se encontró corriendo con ligereza por los tejados, saltando las cortas distancias que había entre las casas. Agradecía el viento frío en su rostro, abrumado por la fetidez de demonios. Había estado corriendo durante unos cuantos minutos antes de darse cuenta de dos cosas: una, estaba corriendo hacia las blancas agujas del Salón de los Acuerdos; y dos, había algo allá al frente, en una plaza entre dos callejones, algo que se parecía a una creciente ducha de chispas, excepto que éstas eran azules, de un oscuro azul de llamas de gas. Alec había visto chispas azules como esas antes. Observó un momento antes de empezar a correr.

El tejado más cercano a la plaza estaba considerablemente inclinado. Alec lo bajó resbalando por un lado, sus botas golpeando contra las flojas tejas. Suspendido precariamente en el filo, miró hacia abajo. Bajo él se encontraba la Plaza de la Cisterna, y su visión estaba en parte obstaculizada por un enorme poste de metal que medio sobresalía de la fachada del edificio frente al que él estaba. El letrero de madera de una tienda colgaba de él, meciéndose con la brisa. La plaza allá abajo estaba llena de demonios Iblis: con forma humana, pero constituidos por una sustancia parecida a humo negro en volutas, cada uno de ellos con un par de ardientes ojos amarillos. Éstos se habían alineado y se estaban moviendo lentamente hacia la sola figura de un hombre con un llamativo abrigo gris, forzándole a replegarse contra una pared. Alec se quedó paralizado mirando. Todo en aquel hombre le era familiar: la suave curva de su espalda, la salvaje maraña de su oscuro cabello corto y la forma en la que el fuego azul surgía de las puntas de sus dedos como revoloteantes y cianóticas moscas de fuego.

Magnus. El brujo estaba arrojando lanzas de fuego azul a los demonios; una lanza dio contra el pecho de un demonio que estaba adelantado. Con un sonido como el de un cubo de agua vertiéndose sobre llamas, éste se estremeció y desapareció con un estallido de cenizas. Los demás se movieron para cubrir ese lugar, los demonios Iblis no eran muy inteligentes, y Magnus arrojó otra serie de lanzas abrasadoras. Varios Iblis cayeron, pero ahora otro demonio, más astuto que los otros, había rodeado a Magnus y estaba acercándose por detrás de él, ya dispuesto a golpear...

Alec no se detuvo a pensar. En su lugar, saltó agarrando el borde del tejado mientras caía, y luego se soltó bajando todo recto para agarrarse al poste de metal, del que se balanceó a su alrededor disminuyendo la velocidad de su caída. Se soltó dejándose caer ligeramente sobre el suelo. Los demonios, sorprendidos, comenzaron a girarse, sus ojos amarillos

como joyas en llamas; Alec sólo tuvo tiempo para reflexionar que si él fuera Jace, habría tenido algo ingenioso que decir antes de sacar el cuchillo seráfico de su cinturón y dirigirlo contra el demonio. Con un alarido polvoriento el demonio desapareció, la violencia de su salida de esta dimensión salpicó a Alec con una fina lluvia de ceniza.

-¿Alec? –Magnus estaba mirándolo fijamente. Él había despachado al resto de los demonios Iblis, y la plaza se quedó vacía a no ser por ellos dos-. ¿Acabas... acabas de salvarme la vida?

Alec sabía que debería decir algo como, *Por supuesto, porque soy un Cazador de Sombras y eso es lo que hago, o Ese es mi trabajo*. Jace habría dicho algo así. Jace siempre sabía decir lo adecuado. Pero las palabras que en realidad salieron de la boca de Alec fueron bastante diferentes... Y sonaban malhumoradas incluso a sus oídos.

-Nunca me devolviste las llamadas –dijo él-. Te he llamado tantas veces y nunca me has devuelto la llamada.

Magnus miraba a Alec como si éste hubiera perdido la cabeza.

-Tu ciudad está bajo ataque –dijo él-. Las protecciones se han desactivado y las calles están llenas de demonios. ¿Y tú quieres saber por qué no te he llamado?

Alec puso su mandíbula en una postura testaruda.

-Quiero saber por qué no me has *devuelto las llamadas*.

Magnus alzó las manos en el aire con un gesto de total exasperación. Alec observó con interés que cuando lo hizo, unas cuantas chispas se escaparon de las puntas de sus dedos, como moscas de fuego escapando de un bote.

-Eres idiota.

-¿Por *eso* no me has llamado? ¿Porque soy idiota?

-No –Magnus fue hacia él a grandes zancadas-. No te he llamado porque estoy cansado de que sólo me quieras cerca cuando necesitas algo. Estoy cansado de verte enamorado de otro alguien... Alguien que, a propósito, nunca te corresponderá. No de la forma que yo.

-¿Tú me *quieres*?

-Estúpido Nephilim –dijo Magnus pacientemente-. ¿Por qué si no estoy aquí? ¿Por qué si no habría pasado las últimas semanas recomponiendo a los tontos de tus amigos cada vez que se lastiman? ¿Y sacándote de cada situación ridícula en la que te encuentras? ¡Y todo completamente gratis!

-No lo había visto de esa manera –admitió Alec.

-Por supuesto que no. Tú nunca lo has visto de ninguna manera –los ojos de gato de Magnus brillaban con enfado-. Tengo setecientos años, Alexander. Sé cuando algo no va a funcionar. Ni siquiera admitirás que existo ante tus padres.

Alec lo miró fijamente.

-¿Tienes *setecientos años*?

-Bueno –enmendó Magnus–, ochocientos. Pero no los aparento. De todas formas, estás desviándote del tema. El tema es...

Pero Alec nunca descubrió cuál era el tema porque en ese momento una docena más de demonios Iblis entró a raudales en la plaza. Sintió como su mandíbula cayó.

-¡Maldita sea!

Magnus siguió su mirada. Los demonios ya estaban abriéndose en abanico en un medio círculo alrededor de ellos, sus ojos amarillos resplandeciendo.

-Una forma de cambiar de tema, Lightwood.

-¿Sabes qué te digo? –Alec sacó un segundo cuchillo seráfico–. Sobreviviremos a esto, y te prometo que te presentaré a toda mi familia.

Magnus alzó las manos, sus dedos brillando con individuales llamas azules celeste. Éstas iluminaban su sonrisa con un ardiente brillo azul.

-Es un trato.

TODOS LOS HUÉSPEDES DEL INFIERNO

-Valentine –respiró Jace. Su rostro estaba blanco mientras miraba hacia abajo a la ciudad.

Entre las capas de humo, Clary creyó que casi podía vislumbrar el estrecho laberinto de las calles de la ciudad, obstruida con figuras que corrían, minúsculas hormigas negras que se precipitaban de un lado a otro desesperadamente. Pero ella miró de nuevo y no había nada, nada más que espesas nubes de vapor negro y el hedor de las llamas y el humo.

-¿Crees que Valentine ha hecho esto? –el humo era amargo en la garganta de Clary–. Parece un incendio. Tal vez empezó por sí mismo...

-La Puerta Norte está abierta –Jace señaló hacia algo que Clary apenas podía componer, dada la distancia y el humo distorsionador–. Nunca se deja abierta. Y las torres demonio han perdido su luz. Las protecciones deben estar desactivadas –él sacó el cuchillo seráfico de su cinturón, agarrándolo tan fuertemente que sus nudillos se volvieron del color del marfil–. Tengo que llegar allí.

Un nudo de terror apretó la garganta de Clary.

-Simon...

-Le habrán evacuado del Gard. No te preocupes, Clary. Él seguramente está mejor que la mayoría de los de ahí abajo. Lo más probable es que los demonios no se molesten en él. Tienden a dejar tranquilos a los Submundos.

-Lo siento –susurró Clary–. Los Lightwood... Alec... Isabelle...

-*Jahoel* –dijo Jace, y la espada ángel llameó brillante como la luz del día en su vendada mano izquierda–. Clary, quiero que te quedes aquí. Volveré a por ti –el enfado que había habido en sus ojos desde que dejaron la casa se había evaporado. Ahora era todo soldado.

Ella sacudió la cabeza.

-No. Quiero ir contigo.

-Clary... –él se interrumpió, poniéndose todo tenso.

Un momento después Clary lo oyó también: un retumbar pesado y rítmico, un sonido como el crepitar de una enorme hoguera. A Clary le llevó un largo momento deconstruir el sonido en su mente, desglosarlo como se puede desglosar una pieza musical en las notas que la componen.

-Es...

-Hombres lobo –Jace estaba mirando más allá de ella.

Siguiendo su mirada, ella los vio, saliendo sobre la colina más cercana como una sombra desplegada, iluminada aquí y allá con brillantes ojos feroces. Una manada de lobos... Más que una manada; allí debía haber cientos de ellos, incluso un millar. Sus ladridos y aullidos habían sido el sonido que ella había pensado que era un fuego, y se levantaba en la noche, quebrado y discordante.

El estómago de Clary se dio la vuelta. Conocía a los hombres lobo. Ella había luchado al lado de los hombres lobos. Pero no eran los lobos de Luke, no los lobos a los que se les había ordenado que cuidaran de ella y no le hicieran daño. Pensó en el terrible poder asesino de la manada de Luke cuando se les dio rienda suelta, y de repente sintió miedo.

Al lado de ella Jace maldijo una vez, con fiereza. No había tiempo para sacar otra arma; tiró de ella contra él ajustadamente, puso su brazo libre alrededor de ella, y con su otra mano levantó a Jehoel sobre sus cabezas. La luz de la espada era cegadora. Clary apretó los dientes...

Y los lobos estuvieron sobre ellos. Era como una ola rompiéndose: una explosión de ruido ensordecedor y una ráfaga de aire; mientras los primeros lobos de la manada rompían filas adelantándose y saltando, había ojos ardientes y enormes mandíbulas, Jace clavó los dedos en el costado de Clary...

Y los lobos salieron por ambos lados, dejando despejado el lugar donde estaban ellos casi un metro. Clary movió la cabeza rápidamente alrededor con incredulidad mientras dos lobos, uno lustroso y con mancha café, el otro enorme y gris oscuro, golpeaban el suelo con suavidad detrás de ellos, hicieron una pausa y siguieron corriendo, sin ni siquiera volver la vista atrás. Había lobos por todas partes a su alrededor, y aun así ni un sólo lobo les tocó. Éstos pasaban a toda velocidad, una avalancha de sombras, sus pelajes reflejando la luz de la luna en destellos de plata, de tal forma que casi parecían ser un único río de formas moviéndose con gran estruendo hacia Jace y Clary, y luego separándose alrededor de ellos como agua rodeando una piedra. Los dos Cazadores de Sombras también podrían haber sido estatuas por toda la atención que los licántropos les prestaban mientras pasaban a toda velocidad, sus mandíbulas abiertas, sus ojos fijos en el camino delante de ellos.

Y luego se hubieron ido. Jace se giró para observar a los últimos lobos que pasaron cerca y se apresuraban para alcanzar a sus compañeros. Ahora había otra vez silencio, sólo los sonidos muy débiles de la ciudad a lo lejos. Jace soltó a Clary, bajando a Jehoel mientras lo hacía.

-¿Estás bien?

-¿Qué ha ocurrido? –susurró ella–. Esos hombres lobos... Venían directos a nosotros...

-Van a la ciudad. A Alicante –él tomó un segundo cuchillo seráfico de su cinturón y se lo tendió a ella–. Necesitarás esto.

-¿No me vas a dejar aquí entonces?

-No tiene sentido. Ningún sitio es seguro. Pero... –él vaciló–. ¿Tendrás cuidado?

-Tendré cuidado –dijo Clary–. ¿Qué hacemos ahora?

Jace miró hacia abajo a Alicante, ardiendo bajo ellos.

-Ahora correr.

Nunca fue fácil seguirle el ritmo a Jace, y ahora, cuando él estaba corriendo casi a toda máquina, era casi imposible. Clary sentía que él se estaba refrenando de hecho, reduciendo su velocidad para dejarle alcanzarlo, y que le costaba algo hacerlo.

El camino se allanó en la base de la colina y se curvó a través de una tribuna de ramas altas y densas, que creaban la ilusión de un túnel. Cuando Clary salió por el otro lado, se encontró situada ante la Puerta Norte. A través del arco Clary podía ver una confusión de humo y llamas saltando. Jace estaba en la entrada, esperándola. Él estaba sosteniendo a Jahoel en una mano y otro cuchillo seráfico en la otra, pero incluso su luz conjunta se perdía con el resplandor mayor de la ciudad quemándose detrás de él.

-Los guardias –jadeó ella, corriendo hasta él–, ¿por qué no están aquí?

-Al menos uno de ellos está en esa tribuna de árboles –Jace movió bruscamente la barbilla en la dirección por la que ellos habían venido–, en pedazos. No, no mires –él echó una ojeada hacia abajo–. Estás sosteniendo tu cuchillo seráfico mal. Cógelo así –le mostró él–. Y tienes que darle un nombre. Cassiel sería uno bueno.

-*Cassiel* –repitió Clary, y la luz de la espada ardió repentinamente.

Jace la miraba con adusto.

-Ojalá hubiera podido entrenarte para esto. Por supuesto, para ser justos, nadie con tan poco entrenamiento como tú debería ser capaz de utilizar un cuchillo seráfico en absoluto. Me sorprendió anteriormente, pero ahora que sabemos lo que hizo Valentine...

Clary no quería hablar mucho sobre lo que Valentine había hecho.

-O quizás sólo estás preocupado de que si me hubieras entrenado apropiadamente, resultaría ser mejor que tú –dijo ella.

El fantasma de una sonrisa tocó la comisura de su boca.

-Suceda lo que suceda, Clary –dijo él mirándola a través de la luz de Jahoel–, quédate conmigo. ¿Lo has entendido? –él sostuvo su mirada, sus ojos exigían una promesa de ella.

Por alguna razón el recuerdo de besarle sobre la hierba en la casa de los Wayland se alzó en su mente. Parecía que hacía un millón de años. Como algo que le hubiera pasado a otra persona.

-Me quedaré contigo.

-Bien –él apartó la mirada, liberando la suya–, vamos.

Atravesaron lentamente la puerta, hombro con hombro. Mientras entraban en la ciudad, ella empezó a ser consciente del ruido de la batalla como si fuera la primera vez: un muro de sonido hecho de gritos humanos y aullidos no humanos, el sonido de cristales haciéndose añicos y el crepitar del fuego. Hacía que la sangre le sonara en sus oídos.

El patio en las inmediaciones de la puerta estaba vacío. Había grupos de formas diseminadas aquí y allá sobre los adoquines; Clary trató de no mirarlos mucho. Se preguntaba cómo podías decir que alguien estaba muerto incluso en la distancia, sin mirar demasiado de cerca. Los cuerpos muertos no se parecían a los inconscientes; era como si pudieras sentir que ese algo había huido de ellos, esa chispa esencial estaba perdida ahora.

Jace cruzó apresuradamente el patio, Clary podía asegurar que a él no le gustaba mucho el espacio abierto y desprotegido, y bajaron por una de las calles que conducían fuera de él. Había más restos aquí. Los escaparates de las tiendas habían sido destrozados y sus contenidos saqueados y esparcidos por la calle. Había un olor en el aire también... Un denso olor rancio a basura. Clary conocía ese olor. Significaba demonios.

-Por aquí –silbó Jace.

Se sumergieron en otra calle más estrecha. Había un fuego en la planta superior de una de las casas de la calle, aunque ninguno de los edificios a cada uno de los lados parecía haber sido tocado. A Clary le recordaban extrañamente a las fotografías que había visto del Blitz en Londres, donde la destrucción había llovido azarosamente desde el cielo.

Mirando hacia arriba, vio que la fortaleza sobre la ciudad estaba coronada por una espiral de humo negro.

-El Gard.

-Te lo he dicho, ellos habrán evacuado... –Jace se interrumpió cuando salían de la calle estrecha a una amplia vía pública.

Había cuerpos en esta calle, varios de ellos. Algunos eran cuerpos pequeños. Niños. Jace corrió hacia delante, Clary siguiéndole con mayor vacilación. Había tres, observó ella mientras se acercaban más, ninguno de ellos, pensó ella con un alivio culpable, lo suficientemente mayor para ser Max. Al lado de ellos estaba el cadáver de un hombre mayor, sus brazos todavía abiertos como si hubiera estado protegiendo a los niños con su propio cuerpo. La expresión de Jace era dura.

-Clary... Date la vuelta. Lentamente.

Clary se volvió. Justo detrás de ella había un escaparate roto. Había habido pasteles en el expositor en su momento, una torre de ellos cubiertos con brillante azúcar glas. Ahora estaban esparcidos por el suelo entre los cristales rotos, y también había sangre sobre los adoquines, mezclada con el azúcar glas en largos regueros rosáceos. Pero eso no era lo que había puesto la nota de advertencia en la voz de Jace. Algo estaba arrastrándose

saliendo por el escaparate... Algo amorfo, enorme y viscoso. Algo equipado con una doble hilera de dientes corriendo a lo largo de su cuerpo oblongo, que estaba manchado con azúcar glas y espolvoreado con cristales rotos, como una cobertura de reluciente azúcar.

El demonio se dejó caer pesadamente por el escaparate sobre los adoquines y comenzó a deslizarse hacia ellos. Algo en su movimiento supurante e invertebrado hizo subir la bilis por la parte trasera de la garganta de Clary. Ella se echó hacia atrás, casi chocando con Jace.

-Es un demonio Behemoth –dijo él observando la cosa desliziéndose enfrente de ellos–. Se lo comen *todo*.

-¿Comen...

-¿Personas? Sí –dijo Jace–. Ponte detrás de mí.

Ella dio unos cuantos pasos atrás para ponerse detrás de él, sus ojos sobre el Behemoth. Había algo en aquello que le causaba repulsión, todavía más que los demonios con los que se había encontrado anteriormente. Parecía una babosa ciega con dientes, y la forma en la que *babeaba*... Pero al menos no se movía con rapidez. Jace no debería tener mucho problema para matarlo.

Como espoleado por su pensamiento, Jace se lanzó hacia delante, dando un tajo con su llameante cuchillo seráfico. Éste se hundió en la espalda del Behemoth con un sonido parecido al de una fruta demasiado madura siendo pisada. El demonio parecía dar espasmos, luego se estremeció y se reconstituyó repentinamente a varios metros de donde había estado antes. Jace echó hacia atrás a Jehoel.

-Me temía eso –masculló él–. Es sólo medio corpóreo. Difícil de matar.

-Entonces no lo hagas –Clary tiró de su manga–. Al menos no se mueve rápido. Salgamos de aquí.

Jace le dejó que tirara de él hacia atrás a regañadientes. Se giraron para correr en la dirección por la que habían venido... Y el demonio estaba allí otra vez, enfrente de ellos, bloqueando la calle. Parecía haberse hecho más grande, y un sonido bajo vino de él, una especie de enfado de insecto aplastado.

-No creo que quiera que nos vayamos –dijo Jace.

-Jace...

Pero él ya estaba corriendo hacia la cosa, bajando a Jehoel describiendo un gran arco que pretendía decapitarlo, pero la cosa sólo se estremeció otra vez y se reconstituyó, esta vez detrás de él. Se alzó, mostrando su parte inferior de cresta como el de una cucaracha. Jace se giró rápidamente y desplomó a Jehoel, introduciéndola en la bisección de la criatura. Un fluido verde, espeso como el moco, salió a chorros sobre la espada.

Jace dio un paso hacia atrás, su rostro torciéndose por el asco. El Behemoth todavía estaba haciendo el mismo sonido de aplastamiento. Más

fluido estaba chorreando de él, pero no parecía herido. Se estaba moviendo hacia delante con determinación.

-¡Jace! –llamó Clary–. Tu espada...

Él bajó la mirada. La mucosidad del demonio Behemoth había cubierto la espada Jahael, sofocando su llama. Mientras observaba, el cuchillo seráfico chisporroteó y se apagó como un fuego salpicado por la arena. Él tiró del arma con una palabrota antes de que la baba del demonio pudiera tocarle. El Behemoth se echó hacia atrás encabritado otra vez, dispuesto para golpear. Jace se tiró hacia atrás... Y entonces Clary estaba allí, colándose como una flecha entre él y el demonio, blandiendo su cuchillo seráfico. Ella pinchó a la criatura justo debajo de la hilera de dientes, la espada hundiéndose en la masa con un sonido húmedo y desagradable. Ella se movió hacia atrás bruscamente, respirando entrecortadamente, mientras el demonio sufría otro espasmo. Parecía que a la criatura le llevaba cierta cantidad de energía reconstituirse cada vez que era herida. Si pudieran herirle las veces necesarias...

Algo se movió en el límite de la visión de Clary. Un destello de gris y marrón moviéndose rápidamente. No estaban solos en la calle. Jace se giró, sus ojos ensanchándose.

-¡Clary! –gritó él–. ¡Detrás de ti!

Clary se dio la vuelta, Cassiel llameante en su puño, justo cuando el lobo se lanzó hacia ella, los labios retirados en un fiero gruñido, sus mandíbulas muy abiertas. Jace gritó algo; Clary no supo qué, pero vio la mirada desesperada de sus ojos, incluso cuando ella se lanzó hacia un lado, fuera de la trayectoria del lobo. Éste se arrojó al lado de Clary, las garras extendidas, el cuerpo arqueado, y golpeó contra su objetivo, el Behemoth, empujándolo de lleno hasta el suelo antes de desgarrarlo con los dientes desnudos.

El demonio gritaba, o lo que podía hacer más parecido a gritar, el sonido de un aullido en tono alto, como aire saliendo de un balón. El lobo estaba sobre su parte superior, inmovilizándolo con los dientes, el hocico enterrado profundamente en su viscosa piel de demonio. El Behemoth se estremeció y retorció en un desesperado esfuerzo por reconstituirse y reponerse de sus heridas, pero el lobo no le estaba dando la oportunidad. Sus garras se hundían profundamente en la carne del demonio, el lobo desgarraba pedazos de carne parecida a la gelatina del cuerpo del Behemoth con los dientes, ignorando el chorro de fluido verde que vertía. El Behemoth comenzó a dar una serie de desesperados espasmos convulsivos, sus fauces traqueteando mientras se retorció... Y entonces, desapareció, sólo un charco viscoso de fluido verde humeaba sobre los adoquines donde había estado.

El lobo hizo un ruido, una especie de gruñido satisfecho, y se giró para contemplar a Jace y Clary con ojos que se volvían más plateados con la luz

de la luna. Jace sacó otra espada de su cinturón y la sostuvo en alto, dibujando una ardiente línea en el aire entre ellos y el hombre lobo. El lobo gruñó, levantándosele rígidamente el pelo a lo largo de la columna. Clary le agarró el brazo.

-No... No lo hagas.

-Es un *hombre lobo*, Clary...

-¡Ha matado al demonio por nosotros! ¡Está de nuestro lado! –ella se despegó de Jace antes de que él pudiera retenerla, aproximándose lentamente al lobo, sus manos a la vista, las palmas abiertas. Ella habló con voz baja y tranquila–. Lo siento. Lo sentimos. Sabemos que no quieres hacernos daño –ella hizo una pausa, las manos todavía extendidas, mientras el lobo la contemplaba con los ojos sin expresión–. ¿Quién... quién eres? –preguntó ella. Miró por encima de su hombro a Jace y frunció el ceño–. ¿Puedes guardar esa cosa?

Jace parecía que estuviera por decirle en términos nada vacilantes que tú no podías simplemente *guardar* un cuchillo seráfico que estaba encendido en presencia de peligro, pero antes de que pudiera decir nada, el lobo dio otro gruñido bajo y comenzó a levantarse. Las patas alargándose, su columna enderezándose, la mandíbula retrayéndose. En unos cuantos segundos una chica estaba enfrente de ellos... Una chica llevando un manchado vestido blanco, su cabello rizado enlazado hacia atrás con múltiples trenzas, una cicatriz alineada en su garganta.

-¿Quién eres? –imitó la chica con indignación–. No me puedo creer que no me hayas reconocido. Ni que todos los lobos pareciéramos exactamente iguales. *Humanos*...

Clary dejó salir una respiración de alivio.

-¡Maia!

-Soy yo. Salvándoos el culo, como de costumbre –ella sonreía. Estaba salpicada de sangre e inmundicia. No había sido visible sobre su pelaje de lobo, pero los surcos rojos y negros resaltaban asombrosamente contra su piel marrón. Ella puso la mano sobre su estómago –Y qué *asqueroso*, por cierto. No puedo creer que me haya mascado entero ese demonio. Espero no ser alérgica.

-Pero, ¿qué estás *haciendo* aquí? –demandó Clary–. Quiero decir, no es que no estemos contentos de verte, pero...

-¿No lo sabéis? –Maia miró de Jace a Clary con perplejidad –Luke nos ha traído aquí.

-¿Luke? –Clary miró fijamente–. ¿Luke está... aquí?

Maia asintió con la cabeza.

-Él se puso en contacto con su manada, y con un montón de otras más, con todo aquel que se le ocurrió, y nos dijo que todos nosotros teníamos que venir a Idris. Volamos hasta la frontera y viajamos desde allí. Algunas de las demás manadas, usaron un Portal dentro del bosque y nos

encontramos allí. Luke dijo que los Nephilim iban a necesitar nuestra ayuda... –su voz se fue apagando–. ¿No sabíais de esto?

-No –dijo Jace–, y dudo que la Clave tampoco. Ellos no son muy amigos de pedir ayuda a Submundos.

Maia se enderezó, los ojos echando chispas de enfado.

-Si no hubiera sido por nosotros, todos vosotros habríais sido *masacrados*. No había nadie protegiendo la ciudad cuando hemos llegado aquí...

-No –dijo Clary, disparando una mirada enfadada a Jace–, te estoy realmente, realmente agradecida por salvarnos, Maia, y Jace también, aunque sea tan testarudo que prefiera meterse un cuchillo seráfico por el globo ocular a decirlo. Y no digas que esperas que lo haga –añadió ella a toda prisa, viendo la mirada en el rostro de la chica–, porque eso realmente no sería nada útil. En este momento lo que necesitamos es llegar a casa de los Lightwood, y luego tengo que encontrar a Luke...

-¿Los Lightwood? Creo que están en el Salón de los Acuerdos. Allí es donde han sido llevados todos. Vi a Alec allí, al menos –dijo Maia –y a ese brujo también, el del pelo de punta. Magnus.

-Si Alec está allí, los demás deben estarlo también –el aspecto de alivio sobre el rostro de Jace le hizo a Clary querer poner la mano sobre su hombro. No lo hizo–. Inteligente, llevarlos a todos al Salón; está protegido –él deslizó el brillante cuchillo seráfico en su cinturón–. Vamos...

Clary reconoció el interior del Salón de los Acuerdos desde el momento en el que entró en él. Era el lugar con el que había soñado, donde ella había estado bailando con Simon y luego con Jace. *Este era el lugar al que estaba intentando enviarme cuando atravesé el Portal*, pensó ella, mirando alrededor las paredes de blanco pálido y el alto techo con su enorme claraboya de cristal, por la que podía ver el cielo nocturno. La sala, aunque muy extensa, parecía de algún modo más pequeña y deslucida que en su sueño. La fuente de mármol estaba todavía allí en el centro de la habitación, surtiendo agua, pero parecía deslustrada, y los escalones que llevaban hasta ella estaban atestados de gente, mucha luciendo vendajes. El espacio estaba lleno de Cazadores de Sombras, gente apresurándose de aquí para allá, a veces parándose para tratar de ver las caras de otros que pasaban, como esperando encontrar un amigo o un pariente. El suelo estaba mugriento por la suciedad, surcado con manchas de barro y sangre.

Lo que le chocaba a Clary más que nada era el silencio. Si éstas hubieran sido las secuelas de algún desastre en el mundo de los mundanos, habría habido gente chillando, gritando y llamándose los unos a los otros. Pero la sala estaba casi sin sonido. La gente estaba sentada silenciosamente, algunos con la cabeza en las manos, algunos mirando al vacío. Niños acurrucados cerca de sus padres, pero ninguno de ellos estaba llorando.

Ella notó algo más también, mientras se adentraba en la sala, Jace y Maia cada uno a un lado de ella. Había un grupo de personas de aspecto desaliñado junto a la fuente en un círculo desigual. Ellos se mantenían de algún modo aparte del resto de la muchedumbre, y cuando Maia los vio y sonrió, Clary se dio cuenta de por qué.

-¡Mi manada! –exclamó Maia. Ella se fue directa hacia ellos, haciendo una pausa sólo para echar una mirada sobre su hombro a Clary mientras se iba-. Estoy segura de que Luke está por aquí en algún lugar –gritó ella, y desapareció en el grupo, que se acercó a ella. Clary se preguntó, por un momento, qué pasaría si seguía a la chica lobo hasta el círculo. ¿Sería bienvenida como amiga de Luke, o sólo sería mirada con sospecha como a los demás Cazadores de Sombras?

-No lo hagas –dijo Jace, como leyendo su mente-. No es una buena...

Pero Clary nunca descubrió lo que no era, porque hubo un grito, ¡*Jace!*, y Alec apareció, sin aliento de abrirse camino a través de la multitud para alcanzarlos. Su cabello oscuro era un desorden y había sangre en su ropa, pero sus ojos estaban brillantes con una mezcla de alivio y enfado. Él agarró a Jace por la parte delantera de su chaqueta.

-¿Qué te ha pasado?

Jace parecía afrentado.

-¿Qué me ha pasado a mí?

Alec lo sacudió, no suavemente.

-¡Dijiste que ibas a dar un paseo! ¿Qué tipo de paseo te lleva seis horas?

-¿Uno largo? –sugirió Jace.

-Podría matarte –dijo Alec, soltando su agarre de la ropa de Jace-. Estoy pensando seriamente en ello.

-Aunque eso iría en contra del tema en cuestión, ¿no? –dijo Jace. Él echó un vistazo alrededor-. ¿Dónde están todos? ¿Isabelle y...

-Isabelle y Max se quedaron en casa de los Penhallow, con Sebastian –dijo Alec-. Mamá y papá van hacia allí a por ellos. Y Aline está aquí, con sus padres, pero ella no habla mucho. Pasó un momento bastante malo con un demonio Rezkor bajo uno de los canales. Pero Izzy la salvó.

-¿Y Simon? –dijo Clary con ansiedad-. ¿Has visto a Simon? Él habrá bajado con los demás desde el Gard.

Alec sacudió la cabeza.

-No, no lo ha hecho... Pero no he visto al Inquisidor tampoco, o al Cónsul. Probablemente estará con uno de ellos. Tal vez han parado en algún lugar, o...

Él se interrumpió cuando un murmullo recorrió la sala; Clary vio al grupo de licántropos subir la mirada alerta como un grupo de perros de caza intuyendo el juego. Ella se volvió...

Y vio a Luke, cansado y manchado de sangre, atravesando las puertas dobles del Salón. Ella corrió hacia él. Olvidando lo mal que le sentó que él

se fuese, y olvidando lo enfadado que estaba él con ella por haberlos traído aquí, olvidando todo excepto lo contenta que estaba de verlo. Él pareció sorprendido un instante cuando ella se lanzó hacia él como un cañonazo, luego sonrió y tendió los brazos, y la levantó mientras la abrazaba, de la manera que lo había hecho cuando ella era muy pequeña. Él olía a sangre, franela y humo, y por un momento ella cerró los ojos pensando en la forma en la que Alec había agarrado a Jace cuando lo había visto en el Salón, porque eso era lo que hacías con la familia cuando has estado preocupado por ellos, agarrarlos fuertemente y decirles lo mucho que te han cabreado, y que todo está ya bien, porque no importa lo enfadado que hayas estado, ellos son todavía parte de ti. Y lo que ella le había dicho a Valentine era verdad. Luke era su familia.

Él volvió a bajarla al suelo, haciendo un pequeño gesto de dolor mientras lo hacía.

-Cuidado –dijo él–, un demonio Croucher me alcanzó bajo el hombro junto al Puente Merryweather –él puso las manos sobre sus hombros, estudiando su rostro–. Pero, tú estás bien, ¿no?

-Bueno, esta es una escena conmovedora –dijo una voz fría–. ¿Verdad?

Clary se volvió, la mano de Luke todavía en su hombro. Detrás de ella estaba un hombre alto con una capa azul que se le arremolinaba a los pies mientras se movía hacia ellos. Su rostro bajo la capucha de la capa era el rostro de una estatua esculpida: altos pómulos con afilados rasgos aguileños y ojos con pesados párpados.

-Lucian –dijo él sin mirar a Clary –tendría que haber supuesto que eras tú el que estaba detrás de esta... esta invasión.

-¿Invasión? –hizo eco Luke, y de repente, su manada de licántropos estaba detrás de él. Ellos se habían acercado con tanta rapidez y tan silenciosamente que era como si hubieran aparecido de la nada–. Nosotros no somos los que hemos invadido tu ciudad, Cónsul. Ha sido Valentine. Nosotros sólo estamos tratando de ayudar.

-La Clave no necesita ayuda –dijo bruscamente el Cónsul–. No de los que son como tú. Ya estáis quebrantando la Ley simplemente por entrar en la Ciudad de Cristal, con protecciones o sin ellas. Debes saber eso.

-Creo que es bastante evidente que la Clave *necesita* ayuda. Si no hubiéramos venido cuando lo hemos hecho, muchos más de vosotros estaríais muertos ahora –Luke echó una mirada alrededor en la sala; varios grupos de Cazadores de Sombras se habían acercado a ellos para ver qué estaba pasando. Algunos de ellos miraban a Luke de frente, otros dejaban caer la mirada, como si estuvieran avergonzados. Pero ninguno de ellos, pensó Clary con una repentina oleada de sorpresa, parecía enfadado–. Lo he hecho para demostrar algo, Malachi.

La voz de Malachi era fría.

-¿Y qué sería eso que pretendes demostrar?

-Que vosotros nos necesitáis –dijo Luke–, para derrotar a Valentine necesitáis nuestra ayuda. No sólo la ayuda de los licántropos, sino la de todos los Submundos.

-¿Qué pueden hacer los Submundos contra Valentine? –preguntó Malachi con desprecio–. Lucian, sabes mejor que nadie eso. Fuiste uno de nosotros una vez. Siempre nos hemos enfrentado solos a todos los peligros y guardado al mundo del mal. Ahora nos enfrentaremos al poder de Valentine con nuestras propias fuerzas. Los Submundos harían bien en permanecer fuera de nuestro camino. Somos Nephilim, luchamos en nuestras propias batallas.

-Eso no es *exactamente* verdad, ¿no? –dijo una voz aterciopelada. Era Magnus Bane, llevando un largo abrigo brillante, múltiples aros en sus orejas y una expresión pícaro. Clary no tenía ni idea de por dónde había venido–. Muchos de vosotros habéis utilizado la ayuda de brujos en más de una ocasión en el pasado, y pagado maravillosamente por ello también.

Malachi frunció el ceño.

-No recuerdo que la Clave te haya invitado a la Ciudad de Cristal, Magnus Bane.

-No lo ha hecho –dijo Magnus–. Vuestras protecciones están desactivadas.

-¿De verdad? –la voz del Cónsul destilaba sarcasmo–. No lo había notado.

Magnus parecía preocupado.

-Eso es terrible. Alguien debería habértelo dicho –él echó un vistazo a Luke–. Dile que las protecciones están desactivadas.

Luke parecía exasperado.

-Malachi, por el amor de Dios, los Submundos somos fuertes, y somos muchos. Te lo he dicho, podemos ayudaros.

La voz del Cónsul se elevó.

-Y yo te lo he dicho *a ti*, ¡no necesitamos ni queremos vuestra ayuda!

-Magnus –Clary se deslizó silenciosamente a su lado y susurró. Un pequeño grupo se había congregado, observando la pelea de Luke y el Cónsul; ella estaba bastante segura de que nadie estaba prestándole atención–. Ven a hablar conmigo, mientras todos estén demasiado ocupados riñendo para notarlos.

Magnus le dedicó una rápida mirada inquisitiva, asintió con la cabeza y la apartó de allí cortando a través de la multitud como un abrelatas. Ninguno de los Cazadores de Sombras u hombres lobos allí reunidos parecían querer ponerse en el camino de un brujo de 1.83 de altura con ojos de gato y sonrisa de maniaco. Él la empujó hasta una esquina más tranquila.

-¿Qué es?

-Conseguí el libro –Clary lo sacó del bolsillo de su abrigo sucio y manchado, dejando marcadas las huellas sobre su cubierta marfileña-. Fui a la casa de Valentine. Estaba en la biblioteca como dijiste. Y... –ella se interrumpió, pensando en el ángel encarcelado-. No importa –ella le ofreció el Libro del Blanco-. Aquí está. Cógelo.

Magnus cogió el libro de sus manos con una mano de largos dedos. Echó un rápido vistazo a través de sus páginas con sus ojos ensanchándose.

-Esto es incluso mejor de lo que había escuchado que era –anunció él alegremente-. No puedo esperar a empezar con estos hechizos.

-¡Magnus! –la aguda voz de Clary lo trajo de vuelta a la Tierra-. Primero mi madre. Lo prometiste.

-Y cumplo mis promesas –el brujo asintió con gravedad, pero había algo en sus ojos, algo que a Clary no le inspiró bastante confianza.

-Hay algo más, también –añadió ella, pensando en Simon-. Antes de que te vayas...

-¡Clary! –habló una voz, sin aliento, en su hombro.

Ella se volvió con sorpresa para ver a Sebastian a su lado. Llevaba su equipación, y ésta parecía de algún modo completamente apropiada para él, pensó ella, como si hubiera nacido para llevarla. Mientras todos aparecían ensangrentados y despeinados, él estaba impecable... A excepción de una doble línea de rasguños que recorrían su mejilla izquierda, como si algo le hubiera arañado con una mano de garra.

-Estaba preocupado por ti. Pasé por casa de Amatis de camino a aquí, pero no estabas allí, y ella dijo que no te había visto...

-Bueno, estoy bien –Clary echó un vistazo de Sebastian a Magnus, que estaba sosteniendo el Libro del Blanco contra su pecho. La angulosa ceja de Sebastian se elevó-. ¿Y tú? Tu cara...

Ella levantó la mano para tocar sus heridas. De los arañazos todavía salía cierta cantidad de sangre. Sebastian se encogió de hombros, apartando su mano con delicadeza.

-Una demonio me alcanzó cerca de la casa de los Penhallow. Aunque, estoy bien. ¿Qué está pasando?

-Nada. Sólo estaba hablando con Ma... Ragnor –dijo Clary a toda prisa, dándose cuenta con un repentino horror que Sebastian no tenía ni idea de quién era Magnus en realidad.

-¿Maragnor? –Sebastian arqueó las cejas-. Vaya, bien –él miraba con curiosidad el Libro del Blanco. Clary deseaba que Magnus lo guardara... La manera en la que lo estaba sosteniendo, sus letras doradas eran claramente visibles-. ¿Qué es eso?

Magnus le estudió por un momento, sus ojos de gato considerando.

-Un libro de hechizos –dijo él finalmente-. Nada que fuera interesante para un Cazador de Sombras.

-En realidad, mi tía colecciona libros de hechizos. ¿Puedo verlo? – Sebastian tendió la mano, pero antes de que Magnus pudiera rehusar, Clary escuchó a alguien decir su nombre, y Jace y Alec llegaron hasta donde ellos estaban, claramente ninguno de los dos demasiado contento de ver a Sebastian.

-¡Creía que te había dicho que te quedaras con Max e Isabelle! –le dijo Alec bruscamente–. ¿Les has dejado solos?

Lentamente los ojos de Sebastian pasaron de Magnus a Alec.

-Tus padres vinieron a casa, justo como dijiste que harían –su voz era fría–. Ellos me enviaron por delante para decirte que están todos bien, y así es como están Izzy y Max. Están de camino.

-Bien –dijo Jace, su voz cargada de sarcasmo–, gracias por pasar *esas* noticias al segundo de llegar aquí.

-No os he visto al segundo de llegar aquí –dijo Sebastian–. He visto a Clary.

-Porque estabas buscándola.

-Porque necesitaba hablar con ella. A solas –él se encontró con los ojos de Clary otra vez, y luego la intensidad de su mirada le dio un respiro. Ella quiso decirle que no la mirara así cuando Jace estaba allí, pero eso sonaría poco razonable y disparatado, y además, quizás él en verdad tenía algo importante que decirle–. ¿Clary?

Ella asintió con la cabeza.

-Está bien. Sólo un segundo –dijo ella, y vio la expresión de Jace cambiar: él no fruncía el ceño, sino que su rostro se quedó muy quieto–. Enseguida vuelvo –añadió ella, pero Jace no la miró. Estaba mirando a Sebastian.

Sebastian la tomó por la muñeca y la llevó lejos de los demás, tirando de ella hacia la zona más concurrida de gente. Ella echó un vistazo hacia atrás sobre su hombro. Todos ellos estaban observándola, incluso Magnus. Le vio sacudir la cabeza una vez, muy ligeramente. Ella se clavó en el sitio.

-Sebastian. *Para*. ¿Qué es esto? ¿Qué tienes que decirme?

Él se volvió y la encaró, todavía sosteniendo su muñeca.

-Pensaba que podríamos ir fuera –dijo él–, hablar en privado...

-No. Quiero quedarme aquí –dijo ella, y oyó su propia voz flaquear ligeramente, como si no estuviera segura. Pero ella *estaba* segura. Tiró de su muñeca para atrás, soltándola de su presión–. ¿Qué pasa?

-Ese libro –dijo él–, ése que Fell estaba sosteniendo, el Libro del Blanco, ¿sabes dónde lo ha conseguido?

-¿De *eso* es de lo que querías hablar conmigo?

-Es un libro de hechizos extraordinariamente poderoso –explicó Sebastian–. Y uno que... Bueno, que mucha gente ha estado buscando durante mucho tiempo.

Ella resopló con exasperación.

-Está bien, Sebastian, mira –dijo ella–. Ese no es Ragnor Fell. Es Magnus Bane.

-¿Ese es Magnus Bane? –Sebastian se giró y observó antes de volverse de nuevo a Clary con una mirada acusatoria en los ojos–. Y lo has sabido todo el tiempo, ¿verdad? Conoces a Bane.

-Sí, y lo siento. Pero él no quería que te lo dijese. Y él es el único que podría ayudarme a salvar a mi madre. Ese es el por qué de que le haya dado el Libro del Blanco. Hay un hechizo en él que podría ayudarla.

Algo destelló tras los ojos de Sebastian, y Clary tuvo la misma sensación que había tenido después de que él la besara: un tirón de completo error, como si ella hubiera dado un paso hacia delante esperando encontrar tierra firme bajo los pies y, en su lugar, cayera al vacío. La mano de él salió disparada y agarró su muñeca.

-¿Tú le has dado el libro, el Libro del Blanco, a un *brujo*? ¿A un asqueroso Submundo?

Clary se quedó muy quieta.

-No puedo creer que digas eso –ella bajó la mirada al lugar donde la mano de Sebastian ceñía su muñeca–. Magnus es mi amigo.

Sebastian dejó de apretar su muñeca, sólo un poco.

-Lo siento –dijo él–. No debería haber dicho eso. Es sólo que... ¿Cómo de bien conoces a Magnus Bane?

-Mejor de lo que te conozco a ti –dijo Clary fríamente.

Ella echó un vistazo hacia atrás, hacia el lugar donde había dejado a Magnus con Jace y Alec... Y sintió una sacudida por la sorpresa. Magnus se había ido. Jace y Alec estaban allí, observándola a ella y a Sebastian. Podía sentir el calor de la desaprobación de Jace como un horno abierto. Sebastian siguió su mirada, sus ojos oscureciéndose.

-¿Lo suficiente para saber a dónde ha ido con tu libro?

-No es mi libro. Se lo he dado –dijo Clary con brusquedad, pero había una fría sensación en su estómago, recordando esa sombra en los ojos de Magnus–. Y no veo qué te importa a ti eso. Mira, agradezco que me ofrecieras tu ayuda para encontrar a Ragnor Fell ayer, pero de veras que ahora se te está yendo la olla conmigo. Voy a volver con mis amigos.

Ella comenzó a apartarse, pero él se movió para bloquearla.

-Lo siento. No debería haber dicho lo que dije. Es sólo que... Hay mucho más en todo esto de lo que tú sabes.

-Pues dímelo.

-Ven fuera conmigo. Te lo contaré todo –su tono era inquieto, preocupado–. Clary, por favor.

Ella sacudió la cabeza.

-Tengo que quedarme aquí. Tengo que esperar a Simon –esto era en parte verdad, y en parte una excusa–. Alec me ha dicho que traerían a los prisioneros aquí...

Sebastian estaba sacudiendo la cabeza.

-Clary, ¿nadie te lo ha dicho? Han dejado a los prisioneros atrás. Oí a Malachi decirlo así. La ciudad era atacada, y evacuaron el Gard, pero no han sacado a los prisioneros. Malachi dijo que ambos estaban aliados con Valentine de todos modos. Que no había forma de dejarlos salir sin que fuera demasiado riesgo.

La cabeza de Clary parecía estar llena de niebla; se sintió mareada, y un poco enferma.

-Eso no puede ser verdad.

-Es verdad –dijo Sebastian–. Juro que lo es –su presión sobre la muñeca de Clary se hizo más rígida otra vez, y ella se tambaleó–. Te puedo llevar allí arriba. Arriba, al Gard. Puedo ayudarte a sacarlo. Pero tienes que prometerme que tú...

-Ella no tiene que prometerte nada –dijo Jace–. Suéltala, Sebastian.

Sebastian, sobresaltado, dejó de apretar la muñeca de Clary. Ésta tiró de ella liberándola, y se volvió para ver a Jace y a Alec, ambos frunciendo el ceño. La mano de Jace estaba descansando ligeramente sobre la empuñadura de su cuchillo seráfico en su cintura.

-Clary puede hacer lo que quiera –dijo Sebastian. Él no estaba frunciendo el ceño, pero había una extraña mirada fija sobre su cara que era de algún modo peor–. Y ahora mismo quiere venir conmigo a salvar a su amigo. El amigo al que *vosotros* conseguisteis meter en la cárcel.

Alec empalideció ante eso, pero Jace sólo sacudió la cabeza.

-No me gustas –dijo él de forma pensativa–. Sé que a todos los demás les gustas, Sebastian, pero a mí no. Tal vez sea que te esfuerzas tanto en *hacer* que a la gente le gustes. Tal vez sea que sólo soy un cabrón que siempre tiene que llevar la contraria. Pero no me gustas, y no me gusta la forma en la que estabas agarrando a mi hermana. Si ella quiere subir al Gard y buscar a Simon, bien. Irá con nosotros. No contigo.

La expresión rígida de Sebastian no cambió.

-Creo que debería ser elección suya –dijo él–. ¿Tú no?

Ambos miraron a Clary. Ella miraba más allá de ellos, hacia Luke, todavía discutiendo con Malachi.

-Quiero ir con mi hermano –dijo ella.

Algo parpadeó tras los ojos de Sebastian... Algo que estuvo allí y se fue demasiado rápido para que Clary lo identificara, aunque ella sintió un escalofrío en la base del cuello, como si una mano fría la hubiera tocado allí.

-Por supuesto que sí –dijo él, y se hizo a un lado.

Fue Alec el primero en moverse, empujando a Jace delante de él, haciéndole andar. Estaban a medio camino de las puertas cuando ella se dio cuenta de que le estaba doliendo la muñeca, escociéndole como si se la hubiera quemado. Mirando hacia abajo, esperaba ver una marca sobre la

muñeca, donde Sebastian la había tenido agarrada, pero no había nada allí. Sólo una mancha de sangre en su manga donde había tocado con el corte de la cara de él. Frunciendo el ceño, con la muñeca todavía escociéndole, se bajó la manga y se apresuró para ponerse a la altura de los otros.

DE PROFUNDIS

Las manos de Simon estaban negras de sangre. Había intentado arrancar los barrotes de la ventana y de la puerta de la celda, pero tocar cualquiera de ellas por mucho tiempo le abrasaba con decenas de marcas sangrantes en las palmas de las manos. Finalmente, se derrumbó, jadeando sobre el suelo, y observó entumecidamente sus manos mientras las heridas sanaban con rapidez, las lesiones cerrándose y la piel ennegrecida desescamándose como en un video en avance rápido.

Al otro lado de la pared de la celda, Samuel estaba rezando.

-Si bien, cuando el mal venga sobre nosotros, como espada, juicio, o pestilencia, o hambruna, nosotros estemos ante esta casa y en tu presencia, y lloremos ante ti en nuestra aflicción, entonces tú oirás y aliviarás...

Simon sabía que él no podía rezar. Lo había intentado antes, y el nombre de Dios le quemó la boca y estranguló su garganta. Se preguntaba por qué podía pensar las palabras pero no decirlas. Y por qué podía estar al sol del mediodía y no morir pero no podía pronunciar sus últimas oraciones.

El humo había empezado a extenderse por el pasillo como un resuelto fantasma. Él podía oler las llamas y oír el crepitar del fuego propagándose fuera de control, pero se sentía extrañamente indiferente, lejos de todo. Era extraño convertirse en vampiro, verse ante lo que sólo podía ser descrito como una vida eterna, y luego morir después de todo cuando tienes dieciséis años.

-¡Simon! –la voz era débil, pero su oído la captó sobre los estallidos y el crepitar de las crecientes llamas. El humo en el pasillo presagiaba calor; el calor ya estaba aquí, presionando contra él como un muro opresivo–. ¡Simon!

La voz era la de Clary. Él la reconocería en cualquier lugar. Se preguntaba si su mente estaba evocándola ahora, un recuerdo sentido de lo que más había amado durante su vida para llevarlo a través del proceso de la muerte.

-¡Simon, imbécil! ¡Aquí arriba! ¡En la ventana!

Simon se puso en pie de un salto. Dudaba que su mente pudiera evocar eso. A través del espeso humo vio algo blanco moviéndose contra los barrotes de la ventana. Mientras se acercaba, los objetos blancos

evolucionaron hacia manos agarrando los barrotes. Saltó sobre la cama, gritando sobre el sonido del fuego.

-¿Clary?

-Oh, gracias a Dios –una de las manos se extendió y apretó su hombro–. Vamos a sacarte de aquí.

-¿Cómo? –exigió Simon, no sin razón, pero hubo un sonido de refriega y las manos de Clary desaparecieron, reemplazadas un momento después por otro par. Estas eran unas manos más grandes, incuestionablemente masculinas, con nudillos con cicatrices y delgados dedos de pianista.

-Aguanta –la voz de Jace era tranquila, segura, exactamente como si estuvieran charlando en una fiesta en vez de a través de los barrotes de una mazmorra quemándose rápidamente–. Podrías apartarte.

Sorprendido hasta el punto de llegar a ser obediente, Simon se hizo a un lado. Las manos de Jace se tensaron sobre los barrotes, los nudillos blanqueándose de forma alarmante. Hubo un crujido y el cuadro de barrotes se soltó de un tirón de la piedra que lo sostenía e hizo un ruido estrepitoso en el suelo al lado de la cama. Polvo de piedra llovió en una asfixiante nube blanca. El rostro de Jace apareció en el cuadrado vacío de la ventana.

-Simon. Vamos –él bajó una mano.

Simón subió las suyas y agarró las manos de Jace. Se sintió arrastrado hacia arriba, y luego se agarró al borde de la ventana, alzándose por el estrecho cuadrado como una serpiente retorciéndose por un túnel. Un segundo después estuvo fuera tirado sobre hierba húmeda, mirando hacia arriba el círculo de caras preocupadas sobre él. Jace, Clary y Alec. Todos estaban mirándolo con inquietud.

-Estás hecho una mierda, vampiro –dijo Jace–. ¿Qué le ha pasado a tus manos?

Simon se incorporó. Las heridas de sus manos habían sanado, pero todavía estaban negras donde había agarrado los barrotes de la celda. Antes de que pudiera responder, Clary lo atrapó en un repentino y fortísimo abrazo.

-Simon –respiró ella–. No puedo creerlo. Ni siquiera sabía que estuvieses aquí. He creído que estabas en Nueva York hasta anoche...

-Sí, bueno –dijo él–. Yo tampoco sabía que estuvieras aquí –miró a Jace sobre el hombro de ella–. De hecho, creo que se me dijo específicamente que no vendrías.

-Nunca dije eso –señaló Jace–. Simplemente no te corregí cuando, ya sabes, estabas equivocado. De todas formas, acabo de salvarte de morir quemado, así que me figuro que no tienes permitido estar cabreado.

Morir quemado. Simon apartó a Clary y miró alrededor. Estaban en un jardín cuadrado, dos lados rodeados por los muros de la fortaleza y los otros dos por una densa extensión de árboles. Los árboles habían sido

talados donde un camino de grava llevaba de la colina a la ciudad. Éste estaba bordeado por antorchas de luz mágica, pero sólo algunas estaban encendidas, su luz tenue e irregular. Él miró hacia arriba, al Gard. Visto desde ese ángulo, ni siquiera podría decirse que hubiera fuego. Un humo negro manchaba el cielo en lo alto, y la luz en unas cuantas ventanas parecían brillar de manera poco natural, pero las paredes de piedra ocultaban bien su secreto.

-Samuel –dijo él–. Tenemos que sacar a Samuel.

Clary parecía perpleja.

-¿Quién?

-Yo no era la única persona ahí abajo. Samuel... estaba en la celda de al lado.

-¿El montón de harapos que vi por la ventana? –recordó Jace.

-Sí. Es algo raro, pero es buen tío. No podemos dejarlo ahí abajo – Simon se puso en pie con dificultad–. ¿Samuel? ¡Samuel!

No hubo respuesta. Simon corrió hasta la baja ventana de barrotes que estaba al lado de aquella por la que él había acabado de salir. Entre sus barrotes sólo podía ver remolinos de humo.

-¡Samuel! ¿Estás ahí?

Algo se movió dentro del humo... Algo encorvado y oscuro. La voz de Samuel, áspera por el humo, se elevó roncamente.

-¡Déjame en paz! ¡Vete!

-¡Samuel! Morirás ahí abajo –Simon tiró de los barrotes. No pasó nada.

-¡No! ¡Déjame en paz! ¡Quiero quedarme!

Simon miró desesperadamente alrededor para ver a Jace a su lado.

-Quita –dijo Jace, y cuando Simon se echó hacia un lado, dio una patada con su embotado pie. Dio con los barrotes, que se soltaron con violencia de sus uniones y cayeron dentro de la celda de Samuel.

Samuel dio un grito sordo.

-¡Samuel! ¿Estás bien? –una visión de Samuel siendo aplastado por los barrotes caídos se elevó ante los ojos de Simon.

La voz de Samuel se alzó hasta el grito.

-¡LARGO!

Simon miró de lado a Jace.

-Creo que lo quiere.

Jace sacudió su cabeza rubia con exasperación.

-Tenías que hacer un amigo loco en la cárcel, ¿no? ¿No podías simplemente contar baldosas o domar un ratón como hacen los prisioneros normales?

Sin esperar una respuesta, Jace se agachó sobre el suelo y se arrastró por la ventana.

-¡Jace! –aulló Clary, y ella y Alec se apresuraron detrás, pero Jace ya había atravesado la ventana, cayendo en el interior de la celda. Clary disparó a Simon una mirada enfadada.

-¿Cómo has podido dejarle hacer eso?

-Bueno, no podía dejar a ese tipo morir ahí abajo –dijo Alec de improviso, aunque parecía un poco preocupado–. Estamos hablando de Jace... –él se interrumpió cuando dos manos salían del humo.

Alec agarró una y Simon la otra, y juntos tiraron de Samuel como de un flojo saco de patatas fuera de la celda, y lo depositaron sobre el césped. Un momento después Simon y Clary estaban agarrando las manos de Jace y sacándole, aunque él fue considerablemente menos flojo y soltó un taco cuando ellos accidentalmente le golpearon la cabeza con el alféizar. Él se deshizo de ellos, arrastrándose el resto del camino por sí mismo sobre la hierba y luego se desplomó sobre la espalda.

-¡Ay! –dijo él, mirando hacia arriba, al cielo–. Creo que saqué algo –él se incorporó y echó un vistazo a Samuel–. ¿Está bien?

Samuel estaba sentado de forma encorvada sobre el suelo, las manos abiertas sobre su cara. Se estaba meciendo de atrás para adelante silenciosamente.

-Creo que le pasa algo –dijo Alec. Éste extendió el brazo para tocar el hombro de Samuel. Samuel se apartó bruscamente, casi derrumbándose.

-Déjame –dijo él, su voz quebrándose–. Por favor, déjame en paz, Alec. Alec todavía le seguía.

-¿Qué has dicho?

-Ha dicho que le dejes tranquilo –dijo Simon, pero Alec no le estaba mirando, ni siquiera pareció darse cuenta de que él había hablado. Estaba mirando a Jace, que, repentinamente muy pálido, ya había empezado a ponerse en pie.

-Samuel –dijo Alec. Su tono era áspero de una manera extraña–. Aparta las manos de la cara.

-No –Samuel hundió la barbilla, sus hombros temblando–. No, por favor. No.

-¡Alec! –protestó Simon– ¿No ves que no está bien?

Clary agarró la manga de Simon.

-Simon, algo va mal.

Los ojos de ella estaban sobre Jace, ¿y cuándo no?, cuando éste se movió para mirar más de cerca la figura agachada de Samuel. Las puntas de los dedos de Jace estaban sangrando donde se habían raspado contra el alféizar de la ventana, y cuando se apartó el cabello de los ojos, dejaron huellas de sangre atravesando su mejilla. Él no pareció notarlo. Sus ojos estaban ensanchados, su boca en una línea plana y severa.

-Cazador de Sombras –dijo él. Su voz era sepulcralmente clara–, enseñanos la cara.

Samuel vaciló, luego dejó caer las manos. Simon no había visto nunca su rostro antes, y no se había dado cuenta de lo demacrado que estaba Samuel o lo viejo que parecía. Su rostro estaba medio cubierto por una densa barba gris pajiza, los ojos sumergidos en oscuros huecos, sus mejillas surcadas con arrugas. A pesar de todo, él todavía era de algún modo extrañamente familiar. Los labios de Alec se movieron, pero no salió sonido alguno. Fue Jace quien habló.

-*Hodge* –dijo él.

-¿*Hodge*? –hizo de eco Simon confuso–. Pero, no puede ser. *Hodge* estaba... y Samuel, él no puede ser...

-Bueno, eso es exactamente lo que hace *Hodge*, al parecer –dijo Alec amargamente–. Te hace creer que es alguien que no es.

-Pero él dijo... –comenzó Simon. La presión de Clary en su manga se hizo más intensa, y las palabras murieron en sus labios.

La expresión de la cara de *Hodge* era suficiente. No de culpa, en realidad, ni siquiera de horror por ser descubierto, sino de una terrible pena que era difícil de mirar durante mucho tiempo.

-*Jace* –dijo *Hodge* en voz muy baja–, Alec... Lo siento tanto.

Jace se movió entonces de la manera en que lo hacía cuando estaba luchando, como la luz del sol a través del agua. Él estaba enfrente de *Hodge* con un cuchillo empuñado, su afilada punta dirigida a la garganta de su antiguo tutor. El brillo reflejado del fuego se deslizó por la espada.

-No quiero tus disculpas. Quiero una razón de por qué no debería matarte ahora mismo, aquí mismo.

-*Jace* –*Alec* parecía alarmado–. *Jace*, espera.

Hubo un repentino estruendo cuando parte del tejado del Gard prendió con lenguas de fuego naranjas. El calor resplandeció en el aire e iluminó la noche. Clary podía ver cada brizna de hierba sobre el suelo, cada arruga sobre el sucio y delgado rostro de *Hodge*.

-No –dijo *Jace*. Su falta de expresión mientras miraba larga y fijamente a *Hodge* le recordó a Clary otro rostro de máscara. El de *Valentine*–. Tú sabías lo que mi padre me hizo, ¿no? Conocías todos sus sucios secretos.

Alec estaba mirando de *Jace* a su antiguo tutor sin entender nada.

-¿De qué estás hablando? ¿Qué está pasando?

El rostro de *Hodge* se arrugó.

-*Jonathan*...

-Siempre lo has sabido, y nunca dijiste nada. Todos esos años en el Instituto, y nunca dijiste nada.

La boca de *Hodge* se abrió.

-No... no estaba seguro –susurró él–. Cuando no has visto a un niño desde que era un bebe... No estaba seguro de quién eras, mucho menos *lo que* eras.

-¿Jace? –Alec estaba mirando de su mejor amigo a su tutor, sus ojos azules consternados, pero ninguno de los dos estaba prestando atención a nadie más que al otro.

Hodge se parecía a un hombre sujeto a un potro de tortura, las manos extendidas con tensión a cada lado como con dolor, los ojos moviéndose rápidos y nerviosos. Clary pensó en el hombre pulcramente vestido en su biblioteca repleta de libros que le había ofrecido té y consejo amablemente. Parecía que hubieran pasado mil años.

-No te creo –dijo Jace–. Sabías que Valentine no estaba muerto. Él te debió decir...

-Él no me dijo nada –exclamó Hodge–. Cuando los Lightwood me informaron de que habían recogido al hijo de Michael Wayland, yo no había escuchado una palabra de Valentine desde el Levantamiento. Pensé que él se había olvidado de mí. Incluso recé para que estuviera muerto, pero nunca lo supe. Y entonces, la noche antes de que tú llegaras, Hugo vino con un mensaje para mí de Valentine. “El chico es mi hijo” Eso era todo lo que decía –él respiraba con irregularidad –No tenía ni idea si debía creerle. Pensé que lo sabría... Pensé que lo sabría simplemente con verte, pero no había nada, *nada*, que me hiciera estar seguro. Y pensé que era un ardid de Valentine, pero ¿qué ardid? ¿Qué estaba intentando hacer? No tenía ni idea, eso lo tenía claro, pero tratándose de un propósito de Valentine...

-*Tendrías que haberme dicho lo que era* –dijo Jace, todo en una exhalación, como si las palabras estuvieran saliendo de él como puñetazos–. Entonces, podría haber hecho algo al respecto. Matarme yo mismo, tal vez.

Hodge levantó la cabeza, mirando a Jace a través de su mugriento pelo enmarañado.

-No estaba seguro –dijo él otra vez, medio para sí mismo–, y con el tiempo me pregunté si... Pensé que, tal vez, la educación podía importar más que la sangre... que podías ser educado...

-¿Educado para qué? ¿Para no ser un monstruo? –la voz de Jace tembló, pero el cuchillo en su mano era firme–. Debiste saberlo. Valentine estaba solicitando los servicios de un cobarde en ti, ¿verdad? Y tú no eras un chiquillo indefenso cuando lo hizo. Te podías haber resistido.

Hodge bajó la mirada.

-Intenté hacer todo lo posible por ti –dijo él, pero incluso a los oídos de Clary sus palabras sonaron poco convincentes.

-Hasta que Valentine regresara –dijo Jace–, y entonces harías todo lo que te pidiese... Entregarme a él como si fuera un perro que le hubiera pertenecido alguna vez, del que te hubiera pedido que cuidaras durante unos cuantos años...

-Y luego marcharte –dijo Alec–. Abandonarnos a todos nosotros. ¿De verdad creías que podías esconderte aquí, en Alicante?

-No vine aquí a esconderme –dijo Hodge con una voz sin vida–. Vine aquí para detener a Valentine.

-No puedes esperar que nos creamos eso –Alec sonaba otra vez enfadado–. Siempre has estado del lado de Valentine. Pudiste decidir darle la espalda...

-¡Yo nunca pude decidir eso! –la voz de Hodge se elevó–. A tus padres se les ofreció la oportunidad de tener una nueva vida... ¡A mí nunca se me dio eso! Estuve en el Instituto quince años...

-¡El Instituto era nuestro hogar! –dijo Alec–. ¿De verdad era tan malo vivir con nosotros, ser parte de nuestra familia?

-No es por vosotros –la voz de Hodge era irregular–. Os quería, chicos. Pero no hay lugar que pueda considerarse un hogar cuando no se te permite abandonarlo nunca. A veces pasaban semanas sin hablar a otro adulto. Ningún otro Cazador de Sombra confiaría en mí. Ni siquiera a tus padres les gustaba realmente; ellos me toleraban porque no tenían elección. Nunca podría casarme. Nunca tendría mis propios hijos. Nunca tendría una vida. Y al final, vosotros, chicos, habríais crecido y os habríais marchado, y entonces no tendría ni siquiera eso. Vivía temeroso, tanto como no vivía en realidad en absoluto.

-No puedes hacer que te compadezcamos –dijo Jace–. No después de lo que has hecho. ¿Y de qué leches tenías miedo, de pasar todo el tiempo en la biblioteca? ¿De los ácaros del polvo? ¡Éramos nosotros los que salíamos a luchar con demonios!

-Tenía miedo de Valentine –dijo Simon–. ¿No lo has pillado...

Jace le lanzó una mirada envenenada.

-Cállate, vampiro. Esto no va contigo.

-No de Valentine exactamente –dijo Hodge mirando a Simon casi por primera vez desde que había sido rescatado de la celda. Había algo en esa mirada que sorprendió a Clary... casi un cariño cansado–. Fue en mi punto débil en el que se interesó Valentine. Yo sabía que él volvería algún día. Sabía que trataría de conseguir el poder de nuevo, intentaría dominar la Clave. Y sabía lo que él podía ofrecerme. Liberarme de mi maldición. Una vida. Un lugar en el mundo. Podría ser un Cazador de Sombras otra vez, en su mundo. Nunca podría volver a serlo en éste –había una añoranza manifiesta en su voz que era dolorosa de oír–. Y sabía que yo sería demasiado débil para rechazarle si él me ofrecía eso.

-Y mira lo que has conseguido en la vida –escupió Jace–, pudrirte en los calabozos del Gard. ¿Ha merecido la pena, el traicionarnos?

-Sabes la respuesta a eso –Hodge sonaba exhausto–. Valentine rompió mi maldición. Juró que lo haría, y lo hizo. Pensé que me aceptaría de nuevo en el Círculo, o que seguiría formando parte de él. No lo hizo. Ni siquiera

me quería. Supe que no habría un lugar en su mundo para mí. Y supe que había vendido todo lo que tenía por una mentira –el bajó la mirada hasta sus manos mugrientas y apretadas–. Sólo me quedaba una cosa, una oportunidad de hacer algo para no desperdiciar mi vida por completo. Después de oír que Valentine había asesinado a los Hermanos Silenciosos, que tenía la Espada Mortal, supe que iría tras el Cristal Mortal a continuación. Sabía que necesitaba los tres Instrumentos. Y que el Cristal Mortal estaba aquí, en Idris.

-Espera –Alec levantó una mano–. ¿El Cristal Mortal? ¿Quieres decir que sabes dónde está? ¿Y quién lo tiene?

-Nadie lo tiene –dijo Hodge–. Nadie es dueño del Cristal Mortal. Ni Nephilim, ni Submundo.

-Realmente te has vuelto loco ahí abajo –dijo Jace moviendo la barbilla hacia la ventana de la mazmorra por la que ya asomaban las llamas–, ¿no?

-Jace –Clary estaba mirando con preocupación la parte de arriba del Gard, su tejado coronado con una peliaguda red de llamas rojas y doradas–. El fuego se está extendiendo. Deberíamos salir de aquí. Podemos terminar de hablar en la ciudad...

-Estuve encerrado en el Instituto durante quince años –continuó Hodge como si Clary no hubiera hablado –No podía poner ni una mano ni un pie en el exterior. Pasé todo mi tiempo en la biblioteca, investigando formas de eliminar la maldición que la Clave había lanzado sobre mí. Aprendí que sólo un Instrumento Mortal podía invertirla. Leí libro tras libro, que tratara la historia de la mitología del Ángel, cómo emergió del lago aguantando los Instrumentos Mortales y se los entregó a Jonathan Shadowhunter, el primer Nephilim, y que eran tres: la Copa, la Espada y el Espejo...

-Sabemos todo eso –interrumpió Jace exasperado–. Tú nos lo enseñaste.

-Crees que sabes todo acerca de ello, pero no es así. Revisé una y otra vez las distintas versiones de la historia, repasé una y otra vez la misma ilustración, la misma imagen, todos nosotros la hemos visto: el Ángel emergiendo del lago con la Espada en una mano y la Copa en la otra. Nunca pude entender por qué el Espejo no estaba en el dibujo. Entonces me di cuenta. El Espejo es el lago. El lago es el Espejo. Ellos son la misma cosa.

Lentamente Jace bajó el cuchillo.

-¿El Lago Lyn?

Clary pensó en el lago, como un espejo levantándose a su encuentro, el agua dividiéndose por el impacto.

-Me caí en el lago cuando llegué aquí. Había algo acerca de él. Luke dijo que tenía extrañas propiedades y que el Reino de las Hadas lo llamaba el Espejo de los Sueños.

-Exactamente –comenzó Hodge con avidez–, y me di cuenta de que la Clave no era consciente de ello, que su conocimiento se había perdido en el tiempo. Ni siquiera Valentine sabía...

Fue interrumpido por un estruendo, el sonido de una de las torres más altas del Gard derrumbándose. Expulsó un despliegue de fuegos artificiales de centelleantes chispas rojas.

-Jace –dijo Alec subiendo la cabeza con alarma–. Jace, tenemos que salir de aquí. Levántate –le dijo a Hodge tirando de él por el brazo–. Puedes decirle a la Clave lo que nos acabas de contar.

Hodge se puso en pie de forma precaria.

¿Cómo debía ser, se preguntaba Clary con una indeseada punzada de pena, el vivir la vida avergonzado no sólo por lo que has hecho, sino por lo que estabas haciendo y por lo que sabías que harías otra vez? Hacía mucho tiempo que Hodge había dejado de intentar tener una vida mejor o una diferente. Todo lo que quería era no tener miedo, y ahora resultaba tenerlo todo el tiempo.

-Vamos –Alec, agarrando todavía el brazo de Hodge, le propulsó hacia delante. Pero Jace dio un paso enfrente de ellos bloqueándoles el camino.

-Y si Valentine consigue el Cristal Mortal –dijo él–, ¿entonces qué?

-Jace –dijo Alec, todavía sosteniendo el brazo de Hodge–. Ahora no...

-Si él se lo cuenta a la Clave, nunca lo oiremos de ellos –dijo Jace–. Para ellos sólo somos niños. Pero Hodge *nos debe eso* –él se volvió a su antiguo tutor–. Dijiste que te habías dado cuenta de que tenías que detener a Valentine. ¿Detenerle de hacer qué? ¿Qué poder le daría el Espejo?

Hodge sacudió la cabeza.

-No puedo...

-Y nada de mentiras –el cuchillo relució a un lado de Jace, su mano se estrechaba sobre la empuñadura–. Porque tal vez, por cada mentira que me cuentas, te corte un dedo. O dos.

Hodge se encogió retrocediendo, con verdadero miedo en los ojos. Alec parecía consternado.

-Jace. No. Esto es propio de tu padre. No es propio de ti.

-Alec –dijo Jace. No miraba a su amigo, pero su tono era como el tacto de una mano llena de pesar–. Tú realmente no sabes cómo soy.

Los ojos de Alec se encontraron con los de Clary al otro lado el césped.

Él no imagina por qué Jace está actuando así, pensó ella. *Él no lo sabe.* Ella dio un paso al frente.

-Jace, Alec tiene razón... Podemos llevar a Hodge al Salón y él le dirá a la Clave lo que acaba de contarnos...

-Si él estuviera dispuesto a contárselo a la Clave, ya lo habría hecho –dijo Jace bruscamente sin mirarla –El asunto es que él no ha demostrado que no sea un mentiroso.

-¡La Clave no es de fiar! –protestó Hodge desesperadamente–. Hay espías en ella... Hombres de Valentine... Yo no podía decirles dónde estaba el Espejo. Si Valentine encontrara el Espejo, él sería...

Nunca terminó la frase. Algo brillante y plateado relució bajo la luz de la luna, una punta de luz en la oscuridad. Alec gritó. Los ojos de Hodge cayeron ensanchándose con sorpresa en su pecho. Cuando se cayó hacia atrás, Clary vio por qué: la empuñadura de una larga daga sobresalía de su caja torácica, como la mitad de una flecha erizándose desde su diana.

Alec, brincando hacia delante, agarró a su antiguo tutor mientras éste caía, y lo bajó con cuidado hasta el suelo. Lo miraba sin poder hacer nada, su rostro salpicado con la sangre de Hodge.

-Jace, ¿por qué...

-Yo no he... –el rostro de Jace estaba blanco, y Clary vio que él todavía sostenía su cuchillo, agarrado fuertemente a su lado–. Yo...

Simon se volvió, y Clary se giró con él, mirando hacia la oscuridad. El fuego iluminaba la hierba con un brillo de naranja infernal, pero sólo había negro entre los árboles de la ladera..., y entonces, algo emergió de la negrura, una figura imprecisa, con un oscuro cabello de caída familiar. Él se dirigía hacia ellos, la luz alcanzando su rostro y reflejándose en sus ojos oscuros; éstos parecían que estuvieran ardiendo.

-¿*Sebastian*? –dijo Clary.

Jace miró como un loco de Hodge a Sebastian que se mantenía con incertidumbre al borde del jardín; Jace casi parecía aturdido.

-Tú –dijo él–. ¿Tú... has hecho esto?

-He tenido que hacerlo –dijo Sebastian–. Te habría matado.

-¿Con *qué*? –la voz de Jace se elevó y quebró–. Ni siquiera tenía un arma...

-Jace –interrumpió Alec mientras Jace estaba gritando–. Ven aquí. Ayúdame con Hodge.

-Te habría matado –dijo Sebastian otra vez–. Él te habría...

Pero Jace ya se había ido para arrodillarse junto a Alec, envainando el cuchillo en su cinturón. Alec estaba sosteniendo a Hodge con los brazos, la sangre cubría el pecho de su camisa ahora.

-Coge la estela de mi bolsillo –le dijo a Jace–. Intenta hacer una *iratze*...

Clary, muerta de horror, sintió a Simon revolverse a su lado. Se giró para mirarlo y se quedó petrificada... Él estaba blanco como el papel a no ser por un rojo rubor febril sobre sus pómulos. Podía ver las venas serpenteando bajo su piel, como la extensión de algún delicado coral ramificado.

-La sangre –susurró él sin mirarla–. Tengo que alejarme de ella.

Clary alargó la mano para agarrar su manga, pero él dio un bandazo hacia atrás liberando el brazo de su presión.

-No, Clary, por favor. Déjame ir. Estaré bien. Volveré. Yo sólo...

Ella salió tras él, pero era demasiado rápido para detenerle. Él había desaparecido en la oscuridad de entre los árboles.

-Hodge –Alec sonaba presa del pánico–. Hodge, aguanta...

Pero su tutor forcejeaba débilmente, intentando soltarse de él, alejarse de la estela en la mano de Jace.

-No –el rostro de Hodge era del color de la masilla. Sus ojos iban como flechas de Jace a Sebastian, que todavía se mantenía en las sombras–. Jonathan...

-Jace –dijo Jace casi en un susurro–. Llámame Jace.

Los ojos de Hodge descansaron en él. Clary no podía descifrar su mirada. Suplicantes, sí, pero algo más que eso, llenos de terror, o de algo similar, y con necesidad. Él levantó una mano errática.

-Tú no –susurró, y se derramó sangre de su boca con las palabras.

Una mirada de dolor resplandeció en el rostro de Jace.

-Alec, haz la *iratze*... Creo que no quiere que yo le toque.

La mano de Hodge se apretó en una garra; él agarraba con fuerza la manga de Jace. El ruido de su respiración era audible.

-Tú nunca... fuiste...

Y murió. Clary pudo determinar el momento en el que la vida le abandonó. No fue algo instantáneo y silencioso, como en una película; su voz ahogándose con un borboteo, los ojos poniéndose en blanco, se volvió flojo y pesado, los brazos doblados en una postura difícil sobre él. Alec cerró los ojos de Hodge con las yemas de los dedos.

-*Vale*¹, Hodge Starkweather.

-Él no merece eso –la voz de Sebastian era afilada–. No era un Cazador de Sombras; era un traidor. Él no merece las últimas palabras.

La cabeza de Alec se levantó bruscamente. Bajó a Hodge al suelo y se puso en pie, sus ojos azules como el hielo. La sangre surcaba sus ropas.

-Tú no sabes nada acerca de eso. Tú has matado a un hombre desarmado, a un Nephilim. Eres un asesino.

Sebastian torció el gesto.

-¿Crees que no sé quién era ese? –él hizo un gesto hacia Hodge–. Starkweather estuvo en el Círculo. Traicionó a la Clave por tanto, y fue maldecido por ello. Él debería haber muerto por lo que hizo, pero la Clave fue poco severa... ¿Y a dónde nos ha llevado eso? A que nos traicionara a todos nosotros de nuevo cuando vendió la Copa Mortal a Valentine sólo a cambio de que le levantara su maldición –hizo una pausa respirando con fuerza–. Yo no debería haber hecho eso, pero no puedes decir que no lo mereciera.

1. *Vale*: adiós en latín.

-¿Cómo sabes tanto acerca de Hodge? –exigió Clary–. ¿Y qué estás haciendo tú aquí? Creí que habías decidido quedarte en el Salón.

Sebastian vaciló.

-Estabas tardando tanto –dijo él finalmente–. Estaba preocupado. Pensé que podríais necesitar mi ayuda.

-¿Así que has decidido ayudarnos *matando al tipo con el que estábamos hablando*? –exigió Clary–. ¿Porque pensabas que él tenía un pasado turbio? ¿Quién... quién *hace* eso? Eso no tiene ningún sentido.

-Eso es porque está mintiendo –dijo Jace. Él estaba mirando a Sebastian; una fría mirada especulativa–. Y no bien. Pensaba que serías un poco más rápido allí de pie, Verlac.

Sebastian se encontró con su mirada sin alterarse.

-No sé a qué te refieres, Morgenstern.

-Se refiere –dijo Alec dando un paso hacia delante–, a que si de verdad crees que lo que acabas de hacer estaba justificado, no te importará venir con nosotros al Salón de los Acuerdos y explicárselo tú mismo al Concilio. ¿No?

Transcurrió un latido antes de que Sebastian sonriera... La sonrisa que le había encantado antes a Clary, pero había algo un poco descentrado en ella, como una pintura colgada ligeramente torcida sobre la pared.

-Por supuesto que no –se movía hacia ellos lentamente, casi paseándose, como si no hubiera nada que le importase. Como si no acabara de cometer un asesinato–. Por supuesto –dijo él–. Es un poco extraño que estéis tan alterados porque haya matado a un hombre cuando Jace estaba planeando cortarles los dedos uno a uno.

La boca de Alec se tensó.

-Él no habría hecho eso.

-Tú... –Jace miraba a Sebastian con aversión–. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

-O quizás –dijo Sebastian–, estés en realidad simplemente enfadado porque besé a tu hermana. Porque ella me quisiese.

-No es verdad –dijo Clary, pero ninguno de ellos la estaba mirando–. Lo de quererte, quiero decir.

-Ella tiene esa pequeña costumbre, ya sabes... La forma en la que da un grito ahogado cuando la besas, ¿Cómo si se sorprendiera? –Sebastian se había venido a parar ahora justo enfrente de Jace, y estaba sonriendo como un ángel–. Es bastante atractivo; debes haberlo notado.

Jace parecía como si quisiera vomitar.

-Mi hermana...

-*Tu hermana* –dijo Sebastian–. ¿Lo es? Porque vosotros dos no actuáis como si lo fuerais. ¿Creéis que la gente no puede ver la manera en la que os miráis el uno al otro? ¿Creéis que estáis ocultando lo que sentís? ¿No pensáis que todos creen que es enfermizo y antinatural? Porque lo es.

-Es suficiente –la mirada en el rostro de Jace era asesina.

-¿Por qué estás haciendo esto? –dijo Clary–. Sebastian, ¿por qué estás diciendo todas esas cosas?

-Porque puedo, finalmente –dijo Sebastian–. No tenéis ni idea de cómo ha sido, estar a vuestro alrededor estos últimos días, tener que fingir que podía soportaros. Dar la imagen de que no me poníais enfermo. Tú –dijo él a Jace–, cada segundo que no estás babeando detrás de tu propia hermana, estás dando la murga lloriqueando sobre cómo tu papi no te quería. Bueno, ¿quién podría culparle? Y tú, estúpida zorra –él se volvió a Clary–, regalándole ese valiosísimo libro a un brujo mestizo; ¿tienes una sola neurona en esa minúscula cabeza tuya? Y tú... –él dirigió su siguiente mueca de desprecio a Alec–. Creo que todos nosotros sabemos qué es lo que está mal en *ti*. No deberían dejar entrar a los de tu clase en la Clave. Sois repugnantes.

Alec empalideció, aunque parecía más asombrado que otra cosa. Clary no podía culparle... Era difícil mirar a Sebastian, con su sonrisa angelical, e imaginar que él pudiera decir esas cosas.

-¿*Fingir* que podías soportarnos? –hizo de eco ella–. Pero, ¿por qué tendrías que fingir eso a no ser que tú estuvieras... a no ser que tú estuvieras espiándonos –finalizó ella, dándose cuenta de la verdad mientras hablaba–. A menos que fueras un espía de Valentine.

El bello rostro de Sebastian se torció, toda la boca aplanándose, sus elegantes ojos almendrados estrechándose.

-Y finalmente lo pillan –dijo él–. Lo juro, hay ahí fuera dimensiones demoniacas completamente oscuras que tienen más luces que vuestro grupito.

-Puede que no seamos muy inteligentes –dijo Jace–, pero al menos estamos vivos.

Sebastian lo miró con indignación.

-Yo estoy vivo –señaló él.

-No por mucho tiempo –dijo Jace.

La luz de la luna hizo restallar la hoja de su cuchillo mientras se lo lanzaba a Sebastian, su movimiento tan rápido que parecía borroso, más rápido que ningún movimiento humano que Clary hubiera visto jamás.

Hasta ahora.

Sebastian se hizo a un lado como una flecha, evitando el golpe, y agarró el brazo del cuchillo de Jace cuando éste descendía. El cuchillo hizo un ruido en el suelo, y entonces Sebastian tenía a Jace por la espalda de su chaqueta. Lo levantó y lo arrojó con una fuerza increíble. Jace voló por el aire, golpeó el muro del Gard con fuerza suficiente para romper huesos, y se quedó aovillado en el suelo.

-¡Jace! –la visión de Clary se hizo blanca. Ella corrió hacia Sebastian para estrangular toda vida en él. Pero él la esquivó y dejó bajar su mano

con tanta indiferencia como si estuviera aplastando un insecto. El golpe le alcanzó fuertemente en un lado de la cabeza, enviándola redonda al suelo. Ella rodó, parpadeando una neblina roja de dolor fuera de sus ojos.

Alec había cogido el arco que llevaba a la espalda; estaba preparado, una flecha dentada lista. Sus manos no titubeaban mientras apuntaba a Sebastian.

-Quédate dónde estás –dijo él–, y pon las manos detrás de la espalda.

Sebastian se reía.

-De verdad, tú no me dispararías –dijo él. Se movió hacia Alec con un paso fácil y despreocupado, como si estuviera subiendo a grandes zancadas los escalones de la entrada de su propia casa.

Los ojos de Alec se estrecharon. Sus manos se alzaron con una serie de movimientos gráciles y acompasados; tiró de la flecha hacia atrás y la soltó. Voló directa a Sebastian...

Y erró. Sebastian se había agachado o movido de algún modo, Clary no podía decirlo, y la flecha pasó por su lado, alojándose en el tronco de un árbol. Alec sólo tuvo tiempo para una momentánea mirada de sorpresa antes de que Sebastian estuviera sobre él, arrancándole el arco de las manos. Sebastian lo rompió con las manos... lo partió en dos, y el chasquido que hizo al astillarse hizo a Clary estremecerse como si estuviera oyendo huesos astillándose.

Ella trató de arrastrarse hasta una posición sentada, ignorando el dolor abrasador de su cabeza. Jace estaba tendido a escasos metros de ella, completamente quieto. Ella intentó levantarse, pero las piernas no parecían responderle apropiadamente.

Sebastian lanzó las mitades del arco destrozado a un lado y rodeó a Alec. Alec ya había sacado el cuchillo seráfico, brillando en su mano, pero Sebastian lo barrió hacia un lado cuando Alec vino hacia él..., lo barrió hacia un lado y agarró a Alec por la garganta, casi levantándole en vilo. Apretó despiadadamente, con fiereza, sonriendo abiertamente mientras Alec forcejeaba y se ahogaba.

-Lightwood –respiró él–, ya me he cuidado de uno de vosotros hoy. No esperaba ser tan afortunado de conseguir hacerlo con dos.

Él fue propulsado hacia atrás, como una marioneta cuyos hilos hubieran sufrido un tirón. Despedido, Alec se desplomó en el suelo con las manos en su garganta. Clary podía oírle, una respiración desesperada..., pero sus ojos estaban en Sebastian. Una sombra oscura se había pegado a su espalda y estaba aferrándose a él como una sanguijuela. Éste se agarraba la garganta, dando arcadas y asfixiándose mientras daba vueltas en el sitio, agarrando aquello que le tenía sujeto por el cuello. Cuando se giró, la luz de la luna cayó sobre él, y Clary vio lo que era.

Era Simon. Sus brazos se estaban estrechando alrededor del cuello de Sebastian, los blancos incisivos brillando como agujas de hueso. En

realidad, era la primera vez que Clary lo veía completamente con la apariencia de un vampiro desde la noche en la que se había levantado de su sepultura, y le miraba fijamente con un asombro horrorizado, incapaz de apartar la mirada. Sus labios estaban retraídos en un gruñido, los colmillos completamente extendidos y afilados como dagas. Él los hundió en el antebrazo de Sebastian, abriendo un gran desgarrón rojo en la piel.

Sebastian profirió un gran grito y se lanzó hacia atrás, aterrizando fuertemente sobre el suelo. Rodaron, Simon medio agarrado a su parte superior, los dos agarrándose el uno al otro, rasgando y gruñendo como perros en un foso. Sebastian estaba sangrando por varios sitios cuando finalmente se incorporó tambaleándose y le propinó dos fuertes patadas a Simon en la caja torácica. Simon se dobló de dolor, agarrándose firmemente el epigastrio.

-Fallaste, pequeña garrapata –gruñó Sebastian llevando hacia atrás el pie a asestar otro golpe.

-Yo no lo haría –dijo una voz muy baja.

La cabeza de Clary se alzó bruscamente, mandando otro chispazo de dolor disparado por la parte posterior de sus ojos. Jace estaba a escasos metros de Sebastian. Su rostro estaba ensangrentado, un ojo hinchado casi cerrado, pero en una mano resplandecía un cuchillo seráfico, y la mano que lo sostenía era firme.

-Nunca he matado a un ser humano con uno de estos antes –dijo Jace–. Pero estoy dispuesto a intentarlo.

Sebastian torció el gesto. Bajó la mirada una vez hacia Simon, y luego levantó la cabeza y escupió. Las palabras que dijo después de eso pertenecían a un lenguaje que Clary no reconocía..., y luego, se volvió con la misma aterradora celeridad con que se había movido cuando atacó a Jace, y desapareció en la oscuridad.

-¡No! –chilló Clary.

Ella trató de ponerse en pie, pero el dolor era como una flecha abrasando su trayecto a través de su cerebro. Se desmoronó sobre la hierba húmeda. Un momento después, Jace estaba inclinado sobre ella, con su rostro pálido y preocupado. Ella levantó la vista hacia él, su visión borrosa... Tenía que ser borrosa, ¿no?, ella nunca habría podido imaginar esa blancura alrededor de él, una especie de luz...

Oyó la voz de Simon y luego la de Alec, y algo pasó a manos de Jace..., una estela. Le ardió el brazo, y un momento después el dolor comenzó a remitir, y la cabeza se le aclaró. Ella pestañeó mirando los tres rostros que se cernían sobre el suyo.

-Mi cabeza...

-Tienes una contusión –dijo Jace–. La *iratze* ayudará, pero deberíamos llevarte a un médico de la Clave. Las lesiones en la cabeza pueden ser

delicadas –él le pasó la estela de nuevo a Alec–. ¿Crees que puedes ponerte de pie?

Ella asintió con la cabeza. Fue un error. El dolor se disparó en ella otra vez mientras apoyaba las manos para ayudarse a ponerse en pie. Simon. Ella se echó contra él con gratitud, esperando que su equilibrio regresara. Todavía se sentía como si pudiera caerse en cualquier momento. Jace estaba frunciendo el ceño.

-No deberías haber atacado a Sebastian así. Ni siquiera tenías un arma. ¿En que estabas pensando?

-En qué estábamos pensando todos –salió en su defensa Alex, de forma imprevista–. En que él te acababa de lanzar por el aire como un *softball*². Jace, nunca he visto a nadie superarte de esa manera.

-Yo... Él me sorprendió –dijo Jace un poco a regañadientes–. Debe de haber tenido algún tipo de adiestramiento especial. Yo no lo esperaba.

-Sí, bueno –Simon se tocó la caja torácica con un gesto de dolor–. Creo que me pateó un par de costillas. Está bien –añadió él ante el aspecto preocupado de Clary–. Se están curando. Pero Sebastian es definitivamente fuerte. Realmente fuerte –él miró a Jace–. ¿Cuánto tiempo crees que aguantará ahí en las sombras?

El aspecto de Jace era adusto. Echó un vistazo entre los árboles en la dirección en la que Sebastian se había marchado.

-Bueno, la Clave lo atrapará..., y le maldecirá, probablemente. Me gustaría ver cómo le aplican la misma maldición que le aplicaron a Hodge. Eso sería justicia poética.

Simon se giró hacia un lado y escupió en los arbustos. Se limpió la boca con el anverso de la mano, su rostro se torció con una mueca.

-Su sangre sabe asquerosa..., como veneno.

-Supongo que podemos añadir eso a su lista de cualidades encantadoras –dijo Jace–. Me pregunto qué más estaba planeando para esta noche.

-Tenemos que regresar al Salón –el aspecto del rostro de Alec era tenso, y Clary recordó que Sebastian le había dicho algo, algo sobre los otros Lightwood...–. ¿Puedes caminar, Clary?

Ella se apartó de Simon.

-Puedo caminar. ¿Qué pasa con Hodge? No podemos abandonarlo simplemente.

-Tenemos que hacerlo –dijo Alec–. Habrá tiempo de volver a por él si sobrevivimos a esta noche.

Mientras abandonaban el jardín, Jace se detuvo, se quitó la chaqueta y la tendió sobre el laxo rostro levantado de Hodge. Clary quería ir hacia Jace, ponerle una mano sobre el hombro incluso, pero algo en la forma en la que él se sostenía le dijo que no lo hiciera. Alec ni siquiera fue a ofrecerle una

2. Softball: pelota empleada en una variedad de béisbol.

runa curativa, a pesar del hecho de que Jace estaba cojeando mientras bajaba por la colina.

Todos juntos bajaron el camino zigzagueante, con las armas desenvainadas y listas, el cielo iluminado de rojo por el Gard quemándose detrás de ellos. Pero no vieron demonios. El silencio y la luz fantasmagórica hicieron vibrar la cabeza de Clary; se sentía como si estuviera en un sueño. Le apretó el agotamiento como un tornillo. Sólo poner un pie enfrente del otro era como levantar un bloque de cemento y dejarlo caer luego, una y otra vez. Ella podía oír a Jace y a Alec hablando delante en el camino, sus voces débilmente difusas a pesar de la proximidad. Alec estaba hablando bajito, casi suplicante:

-Jace, la forma en la que estabas hablando allá arriba, a Hodge. No puedes pensar así. Ser hijo de Valentine, no te hace un monstruo. Lo que fuera que te hizo cuando eras un niño, lo que sea que te enseñó, tienes que ver que no es culpa tuya...

-No quiero hablar de esto, Alec. No ahora, ni nunca. No me preguntes por ello otra vez –el tono de Jace era salvaje, y Alec cayó en el silencio. Clary casi podía sentir su dolor. Qué noche, pensó Clary. Una noche de tanto dolor para todos.

Ella intentó no pensar en Hodge, en el aspecto suplicante y lastimoso de su rostro antes de morir. A ella no le había gustado Hodge, pero él no merecía lo que Sebastian le había hecho. Nadie lo merecía. Pensó en Sebastian, en la manera en que se había movido, como chispas volando. Nunca había visto moverse así a nadie excepto a Jace. Ella quería encontrar el sentido de aquello... ¿Qué le había pasado a Sebastian? ¿Cómo un primo de los Penhallow había llegado a volverse tan malo, y cómo ellos nunca lo habían notado? Ella había creído que él quería ayudarla a salvar a su madre, pero sólo quería conseguir el Libro del Blanco para Valentine. Magnus se había equivocado..., no había sido por los Lightwood que Valentine había descubierto lo de Ragnor Fell. Había sido porque ella se lo dijo a Sebastian. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Consternada, ella a penas lo notó cuando el camino se convirtió en una avenida que les llevaba a la ciudad. Las calles estaban desiertas, las casas oscuras, muchas de las farolas de luz mágica destrozadas, sus cristales hechos añicos sobre los baldosines. Algunas voces eran audibles, haciendo eco como a lo lejos, y el destello de antorchas era visible aquí y allá entre las sombras de los edificios, pero...

-Está terriblemente silencioso –dijo Alec mirando alrededor con sorpresa–. Y...

-No apesta a demonios –Jace fruncía el ceño– Extraño. Vamos. Lleguemos al Salón.

Aunque Clary estaba medio preparada para un ataque, ellos no vieron un solo demonio mientras atravesaban las calles. No ninguno que estuviera

vivo, al menos... Aunque, mientras pasaban por un estrecho callejón ella vio un grupo de tres o cuatro Cazadores de Sombras reunidos en un círculo alrededor de algo que se pulsaba y se movía nerviosamente en el suelo. Ellos se estaban turnando para agujonearlo con palos largos y afilados. Con un estremecimiento ella apartó la mirada.

El Salón de los Acuerdos estaba iluminado como una hoguera, con la luz mágica manando por sus puertas y ventanas. Se apresuraron a subir las escaleras, Clary sujetándose a sí misma cuando dio un traspie. Su mareo estaba yendo a peor. El mundo parecía balancearse a su alrededor, como si estuviera en el interior de un gran globo giratorio. Sobre ella, las estrellas eran vetas pintadas de blanco sobre el cielo.

-Deberías echarte –dijo Simon, y luego, cuando ella no dijo nada–. ¿Clary?

Con un esfuerzo enorme, ella se obligó a sí misma a sonreírle.

-Estoy bien.

Jace, de pie en la entrada del Salón, miraba hacia atrás, hacia ella, en silencio. Al duro brillo de la luz mágica, la sangre sobre su cara y su ojo hinchado aparecía desagradable, salpicada y negra.

Había un clamor apagado en el interior del Salón, el bajo murmullo de cientos de voces. A Clary le sonaban como el latido de un enorme corazón. Las luces de las antorchas fijas se unían al resplandor de las luces mágicas que se transportaban por todas partes, abrasando sus ojos y fragmentando su visión; sólo podía ver vagas formas ahora, vagas formas y colores. Blanco, dorado, y luego el cielo nocturno en lo alto, desvaneciéndose del azul oscuro al más pálido. ¿Era muy tarde?

-No les veo –Alec, miraba alrededor en la sala buscando a su familia con ansiedad, sonaba como si estuviese a cientos de kilómetros, o muy profundo bajo el agua–. Ellos deberían estar aquí ya...

Su voz se apagaba mientras el mareo de Clary empeoraba. Ella puso una mano contra un pilar cercano para sostenerse. Una mano le acarició la espalda... Simon. Le estaba diciendo algo a Jace, sonando preocupado. Su voz se desvanecía dentro del estampado de otras, levantándose y cayendo a su alrededor como olas rompiéndose.

-Nunca se ha visto algo así. Los demonios simplemente se dieron la vuelta y se marcharon, simplemente desaparecieron.

-La salida del sol, probablemente. Temen la salida del sol, y no está lejana.

-No, ha sido más que eso.

-Simplemente no quieres pensar que ellos volverán la próxima noche, o a la siguiente.

-No digas eso. No hay razón para decir eso. Encontrarán las protecciones activadas de nuevo.

-Y Valentine se los llevará otra vez.

-Tal vez no es más que lo que nos merecemos. Quizás Valentine tenía razón... Tal vez aliarnos con los Submundo supone perder la bendición del Ángel.

-¡Silencio! Mostrad respeto. Están haciendo recuento de las bajas en la Plaza del Ángel.

-Allí están –dijo Alec–. Por allí, por el estrado. Parece que... –su voz se apagó, y luego, él se había ido, abriéndose camino a través de la multitud.

Clary entrecerró los ojos, tratando de afinar su visión. Todo lo ella podía ver eran imágenes borrosas... Ella escuchó a Jace contener la respiración, y luego, sin más palabras, estaba atravesando a empujones la muchedumbre detrás de Alec. Clary se soltó del pilar, queriendo seguirles, pero se tropezó. Simon la sostuvo.

-Necesitas echarte, Clary –dijo él.

-No –susurró ella–. Quiero ver qué ocurre...

Ella se interrumpió. Él estaba mirando fijamente más allá de ella, detrás de Jace, y pareció consternado. Apuntalándose ella misma contra el pilar, se alzó de puntillas, luchando por ver sobre la multitud... Allí estaban ellos, los Lightwood: Maryse con los brazos alrededor de Isabelle, que estaba sollozando, y Robert Lightwood sentado en el suelo y sosteniendo algo..., no, a *alguien*, y Clary pensó en la primera vez que vio a Max, en el Instituto, tendido lacio y dormido en un sofá, las gafas puestas torcidas y la mano arrastrando por el suelo. *Él puede dormirse en cualquier sitio*, había dicho Jace, y casi parecía como si estuviera durmiendo ahora, sobre las rodillas de su padre, pero Clary sabía que no lo estaba haciendo.

Alec estaba a sus rodillas, sosteniendo una de las manos de Max, pero Jace simplemente se quedó donde estaba, sin moverse, y más que cualquier otra cosa él parecía perdido, como si no tuviera ni idea de dónde estaba o de lo que estaba haciendo allí. Todo lo que Clary quiso fue correr hasta él y rodearle con los brazos, pero la mirada en el rostro de Simon le dijo no, no; y entonces tuvo el recuerdo de la casa solariega y de los brazos de Jace alrededor de ella allí. Ella era la última persona en la Tierra que podía ofrecerle algún consuelo.

-Clary –dijo Simon, pero ella se estaba soltando de él, a pesar del mareo y el dolor de la cabeza. Corrió hacia la puerta del Salón y la empujó abriéndola, bajó corriendo los escalones del exterior y se quedó allí, engullendo bocanadas de aire frío. A lo lejos, el horizonte estaba surcado con fuego rojo, las estrellas desvaneciéndose, totalmente decoloradas por el cielo iluminándose. La noche terminaba. El amanecer había llegado.

DÓNDE HAY PESAR

Clary se despertó jadeando de un sueño de ángeles ensangrentados, las sábanas enrolladas a su alrededor en una apretada espiral. Había oscuridad como de boca de lobo y bochorno en la habitación libre de Amatis, era como estar encerrada en un ataúd. Extendió la mano y descorrió las cortinas. Entró la luz del día. Ella entornó los ojos y volvió a cerrarlas.

Los Cazadores de Sombras incineraron a sus muertos, y desde el ataque demoniaco, el cielo al oeste de la ciudad había estado manchado de humo. Verlo por la ventana le había hecho a Clary sentirse enferma, tanto que había mantenido las cortinas cerradas. En la oscuridad de la habitación ella cerró los ojos intentando recordar el sueño. Había habido ángeles en él, y la imagen de la runa Ithuriel se le había presentado, destellando una y otra vez contra el interior de sus párpados como un pestañeo de la señal WALK¹. Era una simple runa, tan simple como un lazo anudado, pero no importaba lo mucho que se concentrara, no podía leerla, no podía explicarse lo que significaba. Todo lo que sabía era que de algún modo le parecía incompleta, como si quien quiera que hubiera creado el diseño no lo hubiera terminado suficientemente.

Estos no son los primeros sueños que te he mostrado, había dicho Ithuriel. Ella pensó en otros de sus sueños: en Simon con cruces quemadas en las manos, Jace con alas, lagos de hielo roto que brillaban como el cristal de un espejo. ¿Le había enviado el ángel esos también?

Con un suspiro se levantó. Los sueños podían ser malos, pero las imágenes de cuando estaba despierta que pasaban por su mente no eran mucho mejores. Isabelle, llorando en el suelo del Salón de los Acuerdos, tirando con tanta fuerza de su negro cabello entre los dedos que a Clary le preocupaba que llegase a arrancárselo. Maryse chillando a Jia Penhallow que el muchacho que ellos habían traído a su casa había hecho esto, su primo, y que si él estaba aliado tan estrechamente con Valentine, ¿qué se podía decir de ellos? Alec tratando de calmar a su madre, pidiendo a Jace que le ayudara, pero Jace sólo se quedó allí mientras el sol se alzaba sobre Alicante y brillaba a través del techo del Salón.

1. Señal WALK: señal lumínica de los semáforos en países angloparlantes. Walk: camine, pase.

-Está amaneciendo –había dicho Luke, pareciendo más cansado de lo que Clary lo había visto nunca-. Es hora de traer los cuerpos al interior.

Y envió patrullas a recoger a los Cazadores de Sombras y licántropos muertos que yacían por las calles, y a traerlos a la plaza exterior del Salón, la plaza que Clary había cruzado con Sebastian cuando había comentado eso de que el Salón parecía una iglesia. Le había parecido entonces un bello lugar, bordeado de jardineras de flores y tiendas alegremente pintadas. Y ahora estaba lleno de cadáveres. Incluyendo a Max. Pensar en el pequeño niño que tan seriamente hablaba con ella de manga le provocaba un nudo en el estómago. Le había prometido una vez que le llevaría el Planeta Prohibido, pero eso ahora ya nunca ocurriría. *Le habría llevado libros*, pensó ella. *Cualquier libro que él quisiera*. Eso no importaba.

No pienses en ello. Clary apartó las sábanas a patadas y se levantó. Después de una ducha rápida se cambió a los vaqueros y al jersey que había llevado el día que vino de Nueva York. Ella presionó su cara contra el material antes de ponerse el jersey, esperando atrapar algún tufillo de Brooklyn, o el olor del detergente de la lavandería, algo que le recordara a casa, pero había sido lavado y olía a jabón de limón. Con otro suspiro se dirigió escaleras abajo.

La casa estaba vacía a excepción de Simon, sentado en el sofá de la sala de estar. Las ventanas abiertas detrás de él manaban luz del día. Él se había convertido en un gato, pensó Clary, siempre buscando parches disponibles de luz de sol para acurrucarse en ellos. Aunque no importaba cuánto sol tomara, su piel permanecía del mismo blanco marfil. Ella cogió una manzana del bol que había sobre la mesa y se hundió junto a él, cruzando las piernas bajo ella.

-¿Has conseguido dormir algo?

-Algo –Él la miraba-. Debería preguntarte eso yo a ti. Eres la única con sombras bajo los ojos. ¿Más pesadillas?

Ella se encogió de hombros.

-La misma cosa. Muerte, destrucción, ángeles malos.

-Muy parecido a la vida real, entonces.

-Sí, pero por lo menos cuando me despierto, se acaban –Ella dio un mordisco a la manzana-. Déjame adivinar. Luke y Amatis están en el Salón de los Acuerdos, en otra reunión.

-Sí. Creo que están teniendo la reunión donde se reúnen y deciden que otras reuniones necesitan tener –Simon hurgaba ociosamente en el borde de flecos de una almohada tirada-. ¿Has sabido algo de Magnus?

-No –Clary estaba intentando no pensar en el hecho de que había pasado tres días desde que vio a Magnus, y él no le había enviado una sola palabra. O en el hecho de que realmente no hubiera nada que le detuviera de coger el Libro del Blanco y desaparecer en el éter, para nunca más tener noticias

de él. Se preguntaba por qué había pensado que confiar en alguien que llevaba tanto lápiz de ojos era una buena idea. Ella tocó ligeramente la muñeca de Simon.

-¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¿Todavía estas bien aquí? –ella quiso que Simon se fuera a casa en el momento en que terminó la batalla..., a casa, donde estaría a salvo. Pero se había mostrado extrañamente resistente. Por alguna razón, él parecía querer quedarse. Ella esperaba que no fuese porque él pensara que tenía que cuidar de ella... Estuvo cerca de salir y decirle que no necesitaba su protección..., pero no lo había hecho, porque parte de ella no podía soportar verle marchar. Así que se quedó, y Clary estaba secreta y culpablemente contenta-. ¿Estás obteniendo... ya sabes... lo que necesitas?

-¿Te refieres a la sangre? Sí, Maia todavía me está trayendo botellas cada día. Sin embargo, no me preguntes de dónde la consigue.

La primera mañana que Simon había pasado en casa de Amatis, un licántropo sonriente había aparecido sobre el umbral con un gato vivo para él.

-Sangre –dijo con un fuerte acento en su voz-. Para ti. ¡Fresca!

Simon le había dado las gracias al hombre lobo, esperó a que se fuera, y soltó al gato con una expresión ligeramente verde.

-Bueno, tendrás que obtener tu sangre de *algún lugar* –dijo Luke aparentemente divertido.

-Tengo un gato de mascota –replicó Simon-. De ninguna manera.

-Se lo diré a Maia –prometió Luke, y desde entonces la sangre venía en discretas botellas de cristal de leche. Clary no tenía ni idea de cómo se las estaba arreglando Maia, ni de cómo Simon no quería preguntar. Ella no había visto a la chica lobo desde la noche de la batalla... Los licántropos estaban acampados en algún lugar del bosque cercano, con sólo Luke quedándose en la ciudad.

-¿Qué tienes? –Simon inclinó la cabeza mirándola a través de sus pestañas inferiores-. Aparentas querer preguntarme algo.

Había varias cosas que Clary quería preguntarle, pero decidió que iría a una de las opciones más seguras.

-Hodge –dijo ella, y vaciló-. Cuando estabas en la celda... ¿Realmente no supiste que era él?

-No podía *verle*. Sólo podía oírle a través de la pared. Hablamos... un montón.

-¿Y te gustó él? Quiero decir, ¿era amable?

-¿Amable? No sé. Atormentado, triste, inteligente, compasivo en escasos momentos... Sí, me gustó. Creo que yo en cierto modo le recordaba a sí mismo, de alguna manera...

-¡No digas eso! –Clary se sentó recta, casi tirando la manzana-. Tú no te pareces nada a Hodge.

-¿No crees que sea atormentado e inteligente?

-Hodge era malvado. Tú no –Clary hablaba con decisión–. Eso es lo que hay.

Simon suspiró.

-La gente no nace buena o mala. Quizás nacen con tendencias de algún tipo, pero es la forma en la que vives tu vida lo que importa. Y la gente, ya sabes. Valentine era amigo de Hodge, y no creo que en realidad Hodge tuviera alguno más en su vida que le cuestionara o le hiciera ser mejor persona. Si yo hubiera tenido esa vida, no sé cómo habría salido. Pero no la he tenido. Tengo a mi familia. Y te tengo a ti.

Clary le sonrió, pero sus palabras sonaban dolorosas a sus oídos. *La gente no nace buena o mala*. Ella siempre había pensado que eso era verdad, pero en las imágenes que el ángel le había mostrado, había visto a su madre llamar a su propio hijo malvado, un monstruo. Ella deseaba poder contárselo a Simon, contarle todo lo que el ángel le había mostrado, pero no podía. Habría querido contarle lo que habían descubierto sobre Jace, y que ella no podía contar. Era su secreto, no el de ella. Simon le había preguntado una vez lo que Jace había querido decir cuando hablaba con Hodge, por qué se había llamado a sí mismo un monstruo, pero ella sólo le respondió que era difícil entender lo que Jace quería decir sobre cualquier cosa la mayoría de las veces. No estaba segura de si Simon le había creído, pero no le había vuelto a preguntar.

Ella estuvo a salvo de decir nada en absoluto cuando llamaron fuertemente a la puerta. Con el ceño fruncido Clary puso el corazón de la manzana sobre la mesa.

-Yo iré.

La puerta abierta dejó entrar una oleada de fresco aire frío. Aline Penhallow estaba sobre los escalones de la entrada, llevando una chaqueta de seda rosa oscuro que casi hacía juego con los círculos bajo sus ojos.

-Necesito hablar contigo –dijo ella sin preámbulos.

Sorprendida, Clary sólo pudo asentir con la cabeza y mantener la puerta abierta.

-Estás bien. Entra.

-Gracias –Aline la empujó al pasar por su lado bruscamente y entró en la sala de estar. Se quedó congelada cuando vio a Simon sentado en el sofá, sus labios apartados por la sorpresa–. ¿No es ese...

-¿El vampiro? –Simon sonrió. La ligera pero inhumana agudeza de sus incisivos sólo era visible contra su labio inferior cuando sonreía así. Clary deseaba que no lo hubiera hecho. Aline se volvió a Clary.

-¿Puedo hablar contigo a solas?

-No –dijo Clary, y se sentó en el sofá al lado de Simon–. Cualquier cosa que tengas que decir, puedes decírnosla a los dos.

Aline se mordió el labio.

-Bien. Mira, tengo algo que quiero contarles a Alec, Jace e Isabelle, pero no tengo ni idea de dónde encontrarles ahora mismo.

Clary suspiró.

-Ellos movieron algunos hilos y entraron en una casa vacía. La familia que vive en ella ha dejado el país.

Aline asintió con la cabeza. Mucha gente había dejado Idris desde los ataques. La mayoría se había quedado, más de la que ella habría esperado, pero bastantes habían hecho las maletas y habían partido, dejando sus casas vacías.

-Ellos están bien, si es lo que quieres saber. Mira, no he visto a ninguno de ellos. No desde la batalla. Podría pasar un mensaje a través de Luke si quieres...

-No lo sé –Aline estaba mordisqueando su labio inferior–. Mis padres tuvieron que contarle a la tía de Sebastian en París lo que él ha hecho. Ella estaba realmente alterada.

-Como estaría cualquiera si su sobrino resultara ser un cerebro para el mal –dijo Simon.

Aline le disparó una mirada oscura.

-Ella dijo que era completamente distinto a él, que debía haber algún error. Así que me mandó algunas fotos de él –Aline metió la mano en su bolsillo y sacó varias fotografías ligeramente dobladas, que entregó a Clary–. Mira.

Clary las miró. Las fotografías mostraban a un muchacho de cabello oscuro riéndose, guapo de una manera imprecisa, con una sonrisa torcida y una nariz ligeramente demasiado grande. Parecía el tipo de chico con el que era divertido pasar el tiempo. Además, no se parecía nada en absoluto a Sebastian.

-¿Este es tu primo?

-Este es Sebastian Verlac. Lo que significa...

-¿Que el chico que ha estado aquí, que se hacía llamar Sebastian, es alguien completamente diferente? –Clary hojeó las fotos con creciente agitación.

-Pensé... –Aline estaba inquietándose de nuevo con su labio–. Pensé que si los Lightwood sabían que Sebastian, o quien sea que fuera ese chico, no era en realidad nuestro primo, quizás nos perdonarían. Perdónanos.

-Estoy segura de que lo harán –Clary hizo su voz lo más amable que pudo–. Pero esto es mucho más que eso. La Clave querrá saber que Sebastian no era simplemente el chico Cazador de Sombras equivocado. Valentine le envió aquí deliberadamente como espía.

-Él era tan convincente –dijo Aline–. Sabía cosas que sólo mi familia conoce. Conocía cosas de nuestra infancia...

-Eso en cierto modo te hace preguntarte –dijo Simon–, qué le habrá ocurrido al Sebastian real. Tu primo. Suena como que él dejó París, se

dirigió a Idris y nunca llegó aquí en realidad. ¿Y qué le habrá pasado por el camino?

Clary respondió.

-Valentine le ha pasado. Él debe haber planeado todo esto y sabido dónde estaría Sebastian y cómo interceptarlo en el camino. Y si ha hecho eso con Sebastian...

-Entonces, puede haber otros –dijo Aline–. Debes decírselo a la Clave. Cuéntaselo a Lucian Graymark –Ella captó la mirada sorprendida de Clary–. La gente le escucha. Eso es lo que dicen mis padres.

-Tal vez deberías venir al Salón con nosotros –sugirió Simon–. Cuéntaselo tú misma.

Aline sacudió la cabeza.

-No puedo enfrentarme a los Lightwood. Especialmente a Isabelle. Ella me salvó la vida, y yo... Yo sólo salí corriendo. No pude detenerme. Simplemente corrí.

-Estabas en shock. No es culpa tuya.

Aline parecía no estar convencida.

-Y ahora su hermano... –Ella se interrumpió, mordiéndose el labio otra vez–. De todos modos, mira, hay algo que quería decirte, Clary.

-¿Decirme *a mí*? –Clary estaba desconcertada.

-Sí –Aline inspiró profundamente–. Mira, cuando nos sorprendiste a Jace y a mí, no fue nada. *Yo le besé*. Fue... un experimento. Y realmente no funcionó.

Clary se sentía ruborizándose en lo que pensó que debía ser un rojo verdaderamente espectacular. *¿Por qué me está diciendo eso?*

-Mira, está bien. Eso es asunto de Jace, no mío.

-Bueno, parecías bastante disgustada en ese momento –Una pequeña sonrisa se dibujó alrededor de las comisuras de la boca de Aline–. Y creo que sé por qué.

Clary tragó para eliminar el sabor ácido en su boca.

-¿Sí?

-Mira, corren rumores sobre tu hermano. Todos lo saben; él ha salido con montones de chicas. Tú estabas preocupada de que si jugaba conmigo, se metería en problemas. Después de todo, nuestras familias son... eran... amigas. Sin embargo, no tienes que preocuparte. Él no es mi tipo.

-No pensé que alguna vez escuchara decir eso a una chica –dijo Simon–. Creía que Jace era el tipo de tío que es el tipo de todas.

-Yo también pensaba así –dijo Aline lentamente–. Ese es el por qué de que le besara. Estaba intentando resolver si algún chico es mi tipo.

Ella besó a Jace, pensó Clary. *Él no la besó a ella. Ella lo besó a él*. Se encontró con los ojos de Simon sobre la cara de Aline. Simon parecía divertido.

-Bueno, ¿qué has decidido?

Aline se encogió de hombros.

-Aún no estoy segura. Pero, eh, al menos no tienes que preocuparte por Jace.

Ojalá.

-Siempre tengo que preocuparme por Jace.

El espacio en el interior del Salón de los Acuerdos había sido reestructurado desde la noche de la batalla. Con el Gard destruido, ahora servía de cámara para el Concilio, un lugar de reunión para la gente que buscaba a miembros de su familia perdidos, y un lugar para conocer las últimas noticias. La fuente central estaba seca, y a uno de sus lados estaban alineados largos bancos en hileras que miraban a un estrado elevado en el fondo de la sala. Mientras algunos Nephilim estaban sentados en los bancos en lo que parecía una sesión del Concilio, en los laterales y bajo las arcadas que circundaban el gran salón docenas de otros Cazadores de Sombras estaban pululando ansiosamente. El Salón ya no parecía un lugar donde nadie considerara la posibilidad de bailar. Había una atmósfera extraña en el aire, una mezcla de tensión y expectación.

Clary captaba fragmentos de conversaciones mientras ella y Simon atravesaban la sala: las torres demonios estaban funcionando otra vez. Las protecciones volvían a estar activadas, pero eran menos sólidas que antes. Las protecciones volvían a estar activadas, pero ahora eran más resistentes. Habían sido divisados demonios sobre las colinas del sur de la ciudad. Las casas de país estaban abandonadas, más familias habían abandonado la ciudad, y algunas habían abandonado directamente la Clave.

Sobre el estrado elevado, rodeado de planos colgantes de la ciudad, estaba el Cónsul, ceñudo como un guardaespaldas al lado de un hombre bajito y rechoncho de gris. El hombre rechoncho estaba gesticulando airadamente mientras hablaba, pero nadie parecía estar prestándole ninguna atención.

-Oh, mierda, ese es el Inquisidor –masculló Simon en el oído de Clary, señalando–. Aldertree.

-Y ahí está Luke –dijo Clary, distinguiéndolo entre la multitud.

Él estaba cerca de la fuente seca, inmerso en una conversación con un hombre de atuendo destrozado y con la mitad del rostro cubierto de vendajes. Clary se volvió para buscar a Amatis y finalmente la vio, sentada silenciosamente al final de un banco, tan alejada del resto de Cazadores de Sombras como podía. Se encontró con la mirada de Clary y puso cara de sorpresa, comenzando a ponerse en pie.

Luke vio a Clary, con el ceño fruncido, y habló al hombre vendado en voz baja, disculpándose. Cruzó la sala hasta donde estaban Clary y Simon junto a uno de los pilares, su ceño fruncido profundizándose a medida que se aproximaba.

-¿Qué estáis haciendo aquí? Sabes que la Clave no permite a los menores entrar en sus reuniones, y en cuanto a *ti*... –él fulminó a Simon–. Probablemente no es la mejor de las ideas que vayas mostrando la cara enfrente del Inquisidor, incluso aunque no haya nada que pueda hacer él al respecto en realidad –Una sonrisa se levantó en la comisura de su boca–. No sin poner en peligro cualquier alianza que la Clave quisiera tener con los Submundo en el futuro, de todas formas.

-Eso está bien –Simon movió los dedos en señal de saludo al Inquisidor, Aldertree hizo caso omiso.

-Simon, para. Estamos aquí por una razón –Clary le tendió las fotografías de Sebastian a Luke–. Este es Sebastian Verlac. El verdadero Sebastian Verlac.

La expresión de Luke se oscureció. Él hojeó las fotografías sin decir nada mientras Clary repetía la historia que Aline le había contado. Simon, mientras tanto, permanecía en pie incómodo, mirando ceñudo al otro extremo del salón a Aldertree, que lo estaba ignorando con aplicación.

-¿Así que el verdadero Sebastian se parece mucho a la versión impostora? –preguntó Luke finalmente.

-En realidad no –dijo Clary–. El Sebastian falso era más alto. Y creo que probablemente era rubio, porque definitivamente él se estaba tiñendo el pelo. Nadie tiene el pelo de *ese* negro.

Y el tinte se desprendió sobre mis dedos cuando lo toqué, pensó ella, pero se quedó el pensamiento para sí misma.

-Bueno, Aline quería que te enseñara esto a ti y a los Lightwood. Pensó que quizás si ellos saben que él no era pariente de los Penhallow, entonces...

-Ella no le ha contado esto a sus padres, ¿no? –Luke señaló las fotos.

-Aún no, creo –dijo Clary–. Creo que vino directa a mí. Quería que te lo contara. Dijo que la gente te escucha.

-Quizás algunos lo hacen –Luke echó un vistazo a su espalda al hombre con la cara vendada–. Justo estaba hablando con Patrick Penhallow, de hecho. Valentine fue muy amigo suyo en aquellos tiempos y puede que haya tenido controlada a la familia Penhallow de una manera u otra desde entonces. Dijiste que Hodge os contó que él tenía espías aquí –Él le devolvió las fotos a Clary–. Desafortunadamente, los Lightwood no van a tomar parte en el Concilio hoy. Esta mañana fue el funeral de Max. La mayoría de ellos es probable que sigan en el cementerio –Viendo la mirada en el rostro de Clary, él añadió –Fue una ceremonia muy pequeña, Clary. Sólo la familia.

‘Pero yo soy familia de Jace’, dijo una pequeña voz de protesta en el interior de su cabeza. Pero había otra voz, una más fuerte, sorprendiéndola con su amargura. *‘Y él te dijo que estar cerca de ti era como sangrar*

lentamente hasta morir. ¿De verdad crees que él necesita eso cuando ya está en el funeral de Max?

-Entonces puedes contárselo esta noche, quizás –dijo Clary–. Creo que serían buenas noticias. Quien quiera que fuera Sebastian en realidad, no es pariente de sus amigos.

-Serían mejores noticia si supieran dónde está él –dijo Luke entre dientes–, o qué otros espías tiene Valentine aquí. Deben de haber estado involucrados varios de ellos, al menos, en desactivar las protecciones. Sólo puede haberse hecho desde el interior de la ciudad.

-Hodge dijo que Valentine había resuelto cómo hacerlo –dijo Simon–. Dijo que se necesitaba sangre de demonio para desactivar las protecciones, pero que no había forma de obtener sangre de demonio dentro de la ciudad. Excepto que Valentine haya descubierto una forma.

-Alguien pintó una runa con sangre de demonio sobre la cúspide de una de las torres –dijo Luke con un suspiro–. Así que, a todas luces, Hodge tenía razón. Desafortunadamente, la Clave siempre ha confiado demasiado en sus protecciones. Pero incluso el rompecabezas más ingenioso tiene una solución.

-Me parece del tipo de rompecabezas que te patean el culo en la jugada –dijo Simon–. Al segundo de proteger tu fortaleza con un Encantamiento de Total Invencibilidad, alguien viene y resuelve cómo destrozarte el lugar.

-Simon –dijo Clary–, cállate.

-Él no está muy desencaminado –dijo Luke–. Simplemente no sabemos cómo han conseguido introducir sangre de demonio en la ciudad sin hacer saltar las protecciones en primer lugar –Él se encogió de hombros–. En estos momentos es el menor de nuestros problemas. Las protecciones se han vuelto a activar, pero ya sabemos que no son infalibles. Valentine podría volver en cualquier momento incluso con mayor fuerza de combate, y dudo que pudiéramos combatirlo. No hay suficientes Nephilim y los que están aquí están completamente desmoralizados.

-¿Pero qué pasa con los Submundo? –dijo Clary–. Le *dijiste* al Cónsul que la Clave tenía que luchar junto a los Submundo.

-Puedo hablar a Malachi y a Aldertree hasta que se me ponga la cara azul, pero eso no significa que me escuchen –dijo Luke con cansancio–. La única razón por la que todavía me dejan estar aquí es porque la Clave votó para mantenerme como consejero. Y sólo hicieron *eso* porque bastantes de ellos salvaron sus vidas gracias a mi manada. Pero eso no significa que ellos quieran más Submundos en Idris...

Alguien gritó.

Amatis estaba de pie, la mano sobre su boca, mirando hacia la parte delantera del Salón. Un hombre estaba en la entrada, enmarcado con el brillo de la luz del sol del exterior. Sólo era una silueta, hasta que dio un paso al frente, dentro del Salón, y Clary pudo ver el rostro por primera vez.

Valentine.

Por alguna razón lo primero que Clary notó fue que él estaba pulcramente afeitado. Le hacía parecer más joven, más como aquel muchacho enfadado en los recuerdos que Ithuriel le había mostrado. En vez de ropas de combate, llevaba un traje elegantemente cortado de raya diplomática y corbata. Iba desarmado. Podía haber sido cualquier hombre paseando por las calles de Manhattan. Podía haber sido el padre de cualquiera. Él no miró hacia Clary, no acusó su presencia en absoluto. Sus ojos estaban sobre Luke mientras caminaba por el estrecho pasillo que había entre los bancos.

¿Cómo podía él entrar aquí así, sin ningún arma? se preguntó Clary, y tuvo su pregunta respondida un momento después: el Inquisidor Aldertree hizo un ruido como de oso herido apartándose de Malachi, que estaba tratando de retenerlo; bajó tambaleándose los escalones del estrado y se lanzó hacia Valentine. Pasó a través del cuerpo de Valentine como un cuchillo atravesando un papel. Valentine se volvió para contemplar a Aldertree con una expresión de leve interés mientras el Inquisidor se quedaba estupefacto, al chocar con un pilar y quedar torpemente despatarrado en el suelo. El Cónsul, siguiéndole, se inclinó para ayudarlo a ponerse en pie... Había una mirada de indignación apenas oculta en su rostro mientras lo hacía, y Clary se preguntó si la indignación se dirigía a Valentine o a Aldertree por actuar de una forma tan ridícula.

Otro débil murmullo se levantó en la sala. El Inquisidor chillaba y forcejeaba como una rata en una trampa, Malachi sosteniéndole firmemente por los brazos mientras Valentine avanzaba por la sala sin dedicarles una mirada más a ninguno de ellos. Los Cazadores de Sombras que habían estado agrupados alrededor de los bancos se apartaban, como las olas del Mar Rojo partido en dos por Moisés, dejando un camino despejado en el centro de la sala. Clary se estremeció cuando él pasó cerca de donde ella estaba con Luke y Simon.

‘Sólo es una proyección’, se dijo a sí misma. ‘No está realmente aquí. No puede hacerte daño’.

A su lado, Simon se estremeció. Clary le cogió de la mano justo mientras Valentine hacía una pausa en los escalones del estrado y se volvía para mirar directamente hacia ella. Sus ojos la barrieron una vez, con indiferencia, como si le estuviera tomando medidas; pasaron totalmente por alto a Simon, y fueron a descansar sobre Luke.

-Lucian –dijo él.

Luke le devolvió la mirada, fija y firme, sin decir nada. Era la primera vez que estaban juntos en la misma habitación desde lo de Renwick, pensó Clary, y entonces Luke estaba medio muerto por la lucha cubierto de sangre. Era más fácil ahora notar las diferencias y similitudes entre ambos hombres... Luke con su andrajosa franela y vaqueros, y Valentine con su

bonito y aparentemente caro traje; Luke con barba de un día y el cabello gris, y Valentine luciendo como cuando tenía veinticinco años... sólo que más frío, de algún modo, y más duro, como si el paso de los años consistiera en el proceso de volverlo lentamente en piedra.

-Oí que la Clave te trae ahora al Concilio –dijo Valentine–. Eso sólo sería digno de una Clave diluida por la corrupción y complacida de encontrarse infiltrada por degenerados mediasangres.

Su voz era plácida, incluso alegre... Tanto que era difícil sentir el veneno en sus palabras, o creer realmente lo que quería decir con ellas. Su mirada se volvió a Clary.

-Clarissa –dijo él–, aquí con el vampiro, ya veo. Cuando las cosas se calmen un poco, realmente tendremos que discutir sobre tu elección de mascotas.

Un bajo ruido de gruñido salió de la garganta de Simon. Clary agarraba su mano, fuerte... tan fuertemente que hubo un tiempo en el que él la habría apartado de un tirón por el dolor. Ahora, no parecía sentirlo.

-No lo hagas –susurró ella–, sólo eso.

Valentine ya había apartado su atención de ellos. Subió los escalones del estrado y se volvió para mirar hacia abajo, a la multitud.

-Cuántas caras familiares –observó–. Patrick. Malachi. Amatis.

Amatis se quedó rígida, los ojos brillando con odio.

El Inquisidor todavía estaba forcejeando bajo el agarre de Malachi. La mirada de Valentine se movió rápidamente hacia él, medio divertido.

-Incluso tú, Aldertree. Oí que fuiste indirectamente responsable de la muerte de mi viejo amigo Hodge Starweather. Una pena, eso.

Luke encontró su voz.

-Lo admites, entonces –dijo–. Desactivaste las protecciones. Enviaste los demonios.

-Los envié –dijo Valentine–. Puedo enviar más. Sin duda la Clave... incluso la Clave, estúpidos como son... debían haber esperado esto. Tú lo esperabas, ¿no, Lucian?

Los ojos de Luke eran de un grave azul.

-Lo esperaba. Pero te conozco, Valentine. Así que, ¿has venido a negociar o a regodearte?

-Ninguna de las dos cosas –Valentine contemplaba el silencio de la multitud–. No tengo la necesidad de negociar –dijo, y aunque su tono era tranquilo, su voz se oía como amplificadas–. Y no deseo regodearme. No me divierte causar la muerte de Cazadores de Sombras; ya hay muy pocos de nosotros en un mundo que nos necesita desesperadamente. Pero, así es cómo le gusta a la Clave, ¿no? Sólo una más de sus absurdas normas, las normas que utiliza para machacar a los Cazadores de Sombras normales hasta convertirlos en polvo. Hice lo que hice porque tenía que hacerlo. Hice lo que hice porque era la única forma de hacer que la Clave escuchara. Los

Cazadores de Sombras no han muerto por mí, han muerto porque la Clave me ignoró –se encontró con los ojos de Aldertree a través de la muchedumbre. La cara del Inquisidor estaba blanca y se movía nerviosamente–. Cuántos de vosotros aquí estuvisteis una vez en el Círculo –dijo Valentine lentamente–. Os hablo a vosotros ahora, y a aquellos que conocieron el Círculo pero se mantuvieron fuera de él. ¿Recordáis lo que predije hace quince años? ¿Que a menos que actuáramos contra los Acuerdos, la ciudad de Alicante, nuestra propia y querida capital, sería invadida y baboseada, baboseada por multitud de mediasangres, por las razas degeneradas que pisotean bajo sus pies todo lo que estimamos? Y justo como predije, todo eso ha venido a pasar. El Gard quemado hasta sus cimientos, el Portal destruido, nuestras calles inundadas de monstruos. Escoria medio humana atreviéndose a guiarnos. Así que, amigos míos, enemigos míos, hermanos míos bajo el Ángel, os pregunto... ¿Me creéis ahora? –Su voz se elevó a un grito–. ¿ME CREÉIS AHORA?

Su mirada barrió la sala como si esperara una respuesta. No había nadie... sólo un mar de rostros contemplantes.

-Valentine –La voz de Luke, aunque suave, rompió el silencio–. ¿No puedes ver lo que has hecho? Los Acuerdos que tanto temías no han hecho a los Submundo iguales a los Nephilim. No aseguran a los medio humanos un lugar en el Concilio. Todos los viejos odios todavía están en el lugar. Debiste haber confiado en ellos, pero no lo hiciste... no podías hacerlo... Y ahora nos has dado la única cosa que podía posiblemente unirnos a todos nosotros –Sus ojos buscaron los de Valentine–. Un enemigo común.

Un rubor pasó sobre el pálido rostro de Valentine.

-No soy un enemigo. No de los Nephilim. *Tú* lo eres. Tú eres el que trata de atraerles hacia una batalla desesperada. ¿Crees que esos demonios que viste son todos los que tengo? Son una pequeña porción de los que puedo convocar.

-También hay más de nosotros –dijo Luke–. Más Nephilims y más Submundos.

-*Submundos* –Valentine hizo una mueca de desprecio–. Correrían a la primera señal de verdadero peligro. Los Nephilim nacen para ser guerreros, para proteger al mundo, pero el mundo odia a los de tu clase. Hay una razón para que la plata pura te queme, y para que la luz del día abraza a los Hijos de la Noche.

-Eso no me abrasa –dijo Simon con una voz dura y clara, a pesar de la presión de la mano de Clary–. Aquí estoy, en pie a la luz del sol...

Pero

Valentine sólo se rió.

-Te he visto ahogándote en el nombre de Dios, vampiro –dijo él–. En cuanto a por qué puedes estar a la luz del sol... –se interrumpió y sonrió

abiertamente—. Eres una anomalía, quizás. Un fenómeno. Pero aun así un monstruo.

‘Un monstruo’. Clary pensó en Valentine en el buque, en lo que él le había dicho allí: *‘Tu madre me dijo que yo había convertido a su primer hijo en un monstruo. Ella me dejó antes de que pudiera tener la oportunidad de hacer lo mismo con el segundo’.*

‘Jace’. El pensar en su nombre era un dolor agudo. *‘Después de lo que Valentine hizo, está aquí hablando sobre monstruos...’*

-El único monstruo aquí –dijo ella, a pesar de sí misma y a pesar de su resolución de mantenerse en silencio–, eres tú. Vi a Ithuriel –continuó ella cuando él se volvió para mirarla con sorpresa–. Lo sé todo...

-Dudo eso –dijo Valentine–. Si lo hubieras hecho, mantendrías tu boca cerrada. Por el bien de tu hermano, si no por el tuyo propio.

‘¡Ni se te ocurra hablarme de Jace!’ quiso gritar Clary, pero otra voz vino a cortarla, una fría e inesperada voz de mujer, sin miedo y amarga.

-¿Y qué hay de mi hermano? –Amatis se movió hasta ponerse a los pies del estrado, subiendo la mirada a Valentine. Luke se sobresaltó y sacudió la cabeza en su dirección, pero ella le ignoraba. Valentine frunció el ceño—. ¿Qué hay de Lucian?

La pregunta de Amatis, sintió Clary, lo había desestabilizado, o quizás sólo era que Amatis estaba allí, preguntando, enfrentándose a él. Él la había descartado hacía años por su debilidad, incapaz de desafiarle. A Valentine jamás le gustó eso, que la gente le sorprendiera.

-Me dijiste que él ya no era mi hermano –dijo Amatis–. Me arrebataste a Stephen. Destruiste a mi familia. Dices que no eres enemigo de los Nephilim, pero nos pones a unos contra otros, a familia contra familia, destrozando vidas sin remordimiento. Dices que odias la Clave, pero tú eres el que los ha hecho como son ahora... Mezquinos y paranoicos. Solíamos confiar los unos en los otros, nosotros los Nephilim. *Tú* cambiaste eso. Jamás te perdonaré por eso –su voz tembló–, o por hacerme tratar a Lucian como si ya no fuera mi hermano. No te perdonaré por eso tampoco. No me perdonaré a mí misma el haberte escuchado.

Amatis... –Luke dio un paso al frente, pero su hermana levantó una mano para detenerle. Sus ojos estaban brillando con lágrimas, pero su espalda estaba recta, su voz firme e inquebrantable—. Hubo un tiempo en el que todos nosotros estábamos dispuestos a escucharte, Valentine –dijo—. Y todos nosotros tenemos eso sobre nuestras conciencias. Pero no más. *Ya no más.* Ese tiempo pasó. ¿Hay alguien aquí que no esté de acuerdo conmigo?

Clary tiró de su cabeza hacia arriba y se fijó en los Cazadores de Sombras allí congregados: ellos le parecieron un tosco boceto de una multitud, con borrosos rostros blancos. Ella miró a Patrick Penhallow, su mandíbula apretada, y al Inquisidor, que estaba temblando como un frágil

árbol bajo un fuerte viento. Y a Malachi, cuyo refinado rostro oscuro era extrañamente ilegible. Nadie pronunció una palabra.

Si Clary hubiera esperado que Valentine se indignara ante esta falta de respuesta de los Nephilim a los que él había esperado liderar, se habría desilusionado. Aparte de un tic en el músculo de su mandíbula, él estaba completamente carente de expresión. Como si hubiera esperado esta respuesta. Como si hubiera planeado aquello.

-Muy bien –dijo él–. Si no escucháis por las buenas, escucharéis por la fuerza. Ya os he demostrado que puedo desactivar las protecciones de vuestra ciudad. Veo que las habéis instaurado de nuevo, pero eso no es de ninguna transcendencia; puedo hacerlo de nuevo con suma facilidad. Accederéis a mis requerimientos u os enfrentaréis a todo demonio que la Espada Mortal pueda convocar. Les diré que no perdonen a uno sólo de vosotros, ni hombre, ni mujer o niño. Esa es vuestra elección.

Un murmullo barrió toda la sala. Luke estaba mirándole.

-¿Destruirías deliberadamente a *los de tu especie*, Valentine?

-A veces las plantas enfermas deben ser sacrificadas para preservar el jardín –dijo Valentine–. Y si *todas* deben ser sacrificadas... –él se volvió para encarar a la muchedumbre horrorizada–, es vuestra elección. –Continuó– Tengo la Copa Mortal. Si tengo que hacerlo, comenzaré otra vez con un nuevo mundo de Cazadores de Sombras, creados y formados por mí. Pero puedo ofreceros esta oportunidad. Si la Clave me cede todos los poderes del Concilio y acepta mi inequívoca soberanía y gobierno, me detendré. Todos los Cazadores de Sombras pronunciarán su juramento de obediencia y aceptarán una runa permanente de lealtad que los vinculará a mí. Estas son mis condiciones.

Hubo silencio. Amatis tenía la mano sobre la boca. El resto de la sala se balanceó ante de los ojos de Clary en un remolino de imágenes borrosas. *‘No pueden rendirse a él’*, pensó ella. *‘No pueden’*. Pero, ¿qué elección tenían? ¿Qué elección tuvieron cualquiera de ellos alguna vez? *‘Están atrapados por Valentine’*, pensaba débilmente, *‘tanto como Jace y yo estamos atrapados por lo que él nos hizo. Estamos completamente encadenados a él por nuestra propia sangre’*.

Sólo fue un momento, aunque se sintió como una hora entera para Clary, antes de que una voz clara rompiera el silencio... la voz alta y quebradiza del Inquisidor.

-¿Soberanía y gobierno? –gritó–. *¿Tu gobierno?*

-Aldertree... –El Cónsul se movió para contenerle, pero el Inquisidor fue demasiado rápido.

Él se revolvió liberándose y fue hacia el estrado como una flecha. Estaba aullando algo, las mismas palabras una y otra vez, como si hubiera perdido la cabeza por completo, sus ojos prácticamente se ponían en

blanco. Empujó a Amatis a un lado, subió tambaleándose los escalones del estrado para enfrentarse a Valentine.

-¡Yo soy el Inquisidor! ¿Lo entiendes? ¡El Inquisidor! –gritaba–. ¡Yo soy parte de la Clave! ¡Del Concilio! ¡Yo fijo las normas, no tú! ¡Yo gobierno, no tú! No te dejaré hacer esto, tú advenedizo, baboso amante de los demonios...

Con un aspecto muy cercano al aburrimiento, Valentine alargó una mano, casi como si quisiera tocar al Inquisidor en el hombro. Pero Valentine no podía tocar nada... Sólo era una proyección... Y entonces, Clary ahogó un grito cuando la mano de Valentine atravesó la piel del Inquisidor, su carne y huesos, desapareciendo en el interior de su caja torácica. Pasó un segundo... sólo un segundo... durante el cual el Salón al completo parecía mirar boquiabierto el brazo izquierdo de Valentine, enterrado de algún modo imposible hasta la muñeca en el pecho de Aldertree. Entonces, Valentine sacudió fuertemente su muñeca y de repente a la izquierda... un movimiento de retorcimiento, como si estuviera girando un obstinado pomo oxidado.

El Inquisidor dio un único grito y cayó como una piedra.

Valentine retiró la mano. Estaba manchada de sangre, un guante escarlata extendiéndose a medio camino del codo, mancillando su caro traje de lana. Bajando su mano ensangrentada, miró fijamente hacia la multitud horrorizada, los ojos viniendo a descansar por último sobre Luke. Habló lentamente.

-Os daré hasta mañana en la medianoche para considerar mis condiciones. En ese momento traeré a mi ejército, con toda su fuerza, a la Llanura de Brocelind. Si aún no he recibido un mensaje de renuncia de la Clave, marcharé con mi ejército hacia aquí, a Alicante, y esta vez no dejaremos nada con vida. Tenéis ese tiempo para considerar mis términos. Emplead el tiempo sabiamente.

Y con eso, desapareció.

EN EL BOSQUE OSCURO

-Bueno, qué te parece –dijo Jace, todavía sin mirar a Clary... En realidad, no la había mirado desde que ella y Simon habían llegado frente al umbral de la casa en la que los Lightwood estaban viviendo ahora. En su lugar, estaba echado contra una de las altas ventanas de la sala de estar, mirando fijamente cómo el cielo se oscurecía rápidamente–. Un tipo que asiste al funeral de su hermano de nueve años y pierde toda su alegría.

-Jace –dijo Alec con una voz como cansada–. No lo hagas.

Alec estaba desplomado en una de las recargadas sillas gastadas que eran las únicas cosas que había para sentarse en la habitación. La casa tenía la atmósfera rara de esas casas que pertenecen a desconocidos: estaba decorada con telas de estampados florales, de tonos pastel y con adornos, y todo en ella estaba ligeramente gastado o hecho jirones. Había un bol de cristal lleno de bombones sobre una mesita cerca de Alec. Clary, hambrienta, se había comido unos cuantos y los había encontrado secos y desmigajados. Se preguntaba qué tipo de gente había vivido allí. Del tipo que sale corriendo cuando las cosas se ponen difíciles, pensó ella amargamente; merecían tener su casa ocupada.

-¿Que no haga *qué*? –preguntó Jace.

Estaba suficientemente oscuro en el exterior ahora para que Clary pudiera ver su rostro reflejado en el cristal de la ventana. Sus ojos parecían negros. Llevaba el atuendo de duelo de los Cazadores de Sombras... No eran las ropas negras para los funerales, ya que el negro era el color de las equipaciones y la lucha. El color de la muerte era el blanco, y la chaqueta blanca que Jace llevaba tenía runas escarlatas bordadas en el material alrededor del cuello y de las mangas. Distintas de las runas de la batalla, que eran todas de agresión o protección, éstas hablaban un lenguaje más suave de cicatrización y profunda pena. Había bandas de metal repujado rodeando sus muñecas también, con runas similares en ellas. Alec estaba vestido de la misma manera, todo de blanco, con las mismas runas rojas y doradas trazadas sobre el material. Hacía que su cabello pareciera muy negro.

Jace, pensó Clary, por otra parte, todo de blanco, parecía un ángel. Aunque uno del tipo vengador.

-No estás furioso con Clary. O con Simon –dijo Alec–. Al menos –añadió con un débil ceño fruncido–, no *creo* que estés furioso con Simon.

Clary medio esperaba que Jace esperara una contestación enojada, pero todo lo que dijo fue:

-Clary sabe que no estoy enfadado con ella.

Simon, echando los codos sobre el respaldo del sofá, puso los ojos en blanco pero sólo dijo:

-Lo que no pillo es cómo Valentine consiguió matar al Inquisidor. Pensaba que las proyecciones no podían en realidad afectar a nada.

-No deberían ser capaces –dijo Alec–. Sólo son ilusiones. Tanto el aire coloreado, como el habla.

-Bueno, no en este caso. Introdujo la mano y la giró... –Clary se estremeció–. Había mucha sangre.

-Como una gratificación especial para ti –dijo Jace a Simon.

Simon ignoró esto.

-¿Ha habido alguna vez un Inquisidor que no muriera de una muerte horrible? –se preguntó éste en voz alta–. Es como ser el batería de los Spinal Tap¹.

Alec friccionó la mano contra su cara.

-No puedo creer que mis padres aún no sepan nada de todo esto –dijo él–. No puedo decir que esté deseando contárselo.

-¿Dónde están tus padres? –preguntó Clary–. Pensé que estaban arriba.

Alec sacudió la cabeza.

-Todavía están en la necrópolis. En la sepultura de Max. Ellos nos enviaron de vuelta. Querían estar solos un tiempo allí.

-E Isabelle ¿qué? –preguntó Simon–. ¿Dónde está?

El humor, tal como era en él, había abandonado la expresión de Jace.

-No saldrá de su cuarto –dijo él–. Piensa que lo que le pasó a Max es culpa suya. Ni siquiera vino al funeral.

-¿Has intentado hablar con ella?

-No –dijo Jace–. Hemos estado dándole puñetazos repetidamente en la cara en su lugar. ¿Por qué crees que eso no funcionaría?

-Sólo era por preguntar algo –el tono de Simon era suave.

-Nosotros le contaremos todo esto de que Sebastian no era en realidad Sebastian –dijo Alec–. Podría hacerle sentir mejor. Cree que tenía que haber sido capaz de saber que había algo malo en Sebastian, pero que fuera un espía... –Alec se encogió de hombros–. *Nadie* notó nada sospechoso en él. Ni siquiera los Penhallow.

-Yo pensaba que era un imbécil –señaló Jace.

1. *Spinal Tap*: grupo británico de heavy metal de los 70. Los baterías que pasaron por la formación fallecieron todos en extrañas circunstancias.

-Sí, pero eso era sólo porque... –Alec se hundió más en su silla. Él parecía agotado, su piel de color gris pálido contrastaba con el blanco austero de sus ropas–. Apenas importa. Una vez que ella descubra lo que Valentine ha amenazado, nada va a animarla ya.

-Pero, ¿realmente lo haría? –preguntó Clary–. Enviar un ejército demoniaco contra los Nephilim... Me refiero a que, él todavía es un Cazador de Sombras, ¿no? No podría destruir a su propia gente.

-Él no se ha preocupado mucho de que sus hijos no fueran destruidos –dijo Jace encontrándose con su mirada al otro lado de la habitación. Se sus miradas–. ¿Qué te hace pensar que se preocuparía por su gente?

Alec miró del uno al otro, y Clary podía decir por su expresión que Jace no le había contado todavía nada de Ithuriel. Él parecía perplejo, y muy triste.

-Jace...

-Esto explica una cosa –dijo Jace sin mirar a Alec–. Magnus estuvo tratando de ver si podía utilizar una runa de rastreo sobre alguna de las cosas que Sebastian dejó en la habitación, para ver si podía localizarlo de esa manera. Dijo que no estaba encontrando mucho que leer en nada de lo que le dimos. Simplemente todo... plano.

-¿Qué significa eso?

-Eran cosas de Sebastian Verlac. El falso Sebastian probablemente las cogió cuando le interceptó. Y Magnus no está obteniendo nada de ellas porque el verdadero Sebastian...

-Probablemente esté muerto –finalizó Alec–. Y el Sebastian que conocemos es demasiado listo para dejar nada atrás que pudiera utilizarse para seguirle la pista. Quiero decir, no puedes rastrear a alguien a partir de cualquier cosa. Tiene que ser un objeto que de algún modo esté muy relacionado con esa persona. Una reliquia familiar, una estela, un cepillo con algo de cabello en él, algo como eso.

-Lo que es muy malo –dijo Jace–, porque si pudiéramos seguirle, probablemente nos llevaría directos a Valentine. Estoy seguro de que se ha escabullido directo de vuelta a su amo con un informe completo. Probablemente, le contará todo acerca de la descabellada teoría del lago-espejo de Hodge.

-Puede que no sea descabellada –dijo Alec–. Hay guardias emplazados en los caminos que van al lago, y hay protecciones levantadas que les advertirían si alguien llega allí a través de un Portal.

-Fantástico. Estoy seguro de que todos nosotros nos sentimos muy seguros ahora. –Jace se echó hacia atrás contra la pared.

-Lo que no pilló –dijo Simon–, es por qué Sebastian se quedó. Después de lo que hizo a Izzy y a Max, se le iba a pillar, no había más que fingir. Quiero decir, incluso aunque pensara que había matado a Izzy en vez de sólo dejarla sin sentido, ¿cómo iba todavía a explicar que ambos habían

muerto y que él estaba bien? No, fue trincado. Así que, ¿por qué quedarse en la batalla? ¿Por qué subir al Gard a por *mí*? Estoy bastante seguro de que a él en realidad no le importaba si de una manera u otra yo vivía o moría.

-Ahora estás siendo demasiado duro con él –dijo Jace–. Estoy seguro de que prefería que murieras.

-En realidad –dijo Clary–, creo que se quedó por mí.

La mirada de Jace se dirigió rápidamente a ella con un destello dorado.

-¿Por ti? Esperando otra cita caliente, ¿no?

Clary se sintió ruborizarse.

-No. Y nuestra cita no fue caliente. De hecho, ni siquiera fue una cita. De todas formas, ese no es el tema. Cuando entró en el Salón, seguía tratando de conseguir que saliera con él al exterior de forma que pudiéramos hablar. Quería algo de mí. Sólo que no sé el qué.

-O tal vez sólo te quería a ti –dijo Jace. Viendo la expresión de Clary, añadió–. No de ese modo. Quiero decir que quizás él quería llevarte a Valentine.

-A Valentine no le importo yo –dijo Clary–. Él siempre se ha interesado sólo en ti.

Algo parpadeó en el fondo de los ojos de Jace.

-¿Es así como lo llamas? –Su expresión era terriblemente sombría–. Después lo que pasó en la embarcación, él está interesado en ti. Lo que significa que tienes que tener cuidado. Mucho cuidado. De hecho, no te haría daño que pasaras los próximos días dentro de casa. Puedes encerrarte en tu habitación como Isabelle.

-No voy a hacer eso.

-Por supuesto que no –dijo Jace–, porque vives para torturarme, ¿no?

-No todo, Jace, *gira en torno a ti* –dijo Clary con furia.

-Posiblemente –dijo Jace–, pero tienes que admitir que la mayoría de las cosas sí.

Clary contuvo las ganas de gritar.

Simon aclaró la garganta.

-Hablando de Isabelle... en lo que estábamos en cierto modo, pero pensé que debería mencionar esto antes de discutir realmente el ponerse en marcha... Creo que quizás debería ir a hablar con ella.

-¿Tú? –dijo Alec, y entonces, pareciendo ligeramente avergonzado por su propia hastío, añadió rápidamente–. Es sólo que... ella ni siquiera salió de su cuarto por su familia. ¿Por qué saldría por ti?

-Quizás porque *no* soy familia –dijo Simon.

Él estaba en pie con las manos en los bolsillos, los hombros hacia atrás. Más temprano, cuando Clary había estado sentada cerca de él, ella había visto que todavía había una delgada línea blanca circundando su cuello, donde Valentine había cortado su garganta, y las cicatrices de sus muñecas donde habían sido cortadas también. Su encuentro con el mundo de los

Cazadores de Sombras le había cambiado, y no sólo en su superficie, o en su sangre; el cambio era más profundo que eso. Estaba erguido, con la cabeza alta y tomaba lo que fuera que Jace y Alec le lanzaran, y no parecía que le importara. El Simon que habría estado amedrentado por ellos, o quizás molesto por ellos, se había esfumado.

Ella sintió un repentino dolor en el corazón, y se dio cuenta con una sacudida de lo que era. Estaba echándole de menos... echando de menos a Simon. A Simon como había sido.

-Creo que tendría que intentar que Isabelle hablara conmigo –dijo Simon-. Eso no puede hacer daño.

-Pero ya casi ha oscurecido –dijo Clary-. Le dijimos a Luke y Amatis que estaríamos de vuelta antes de que se pusiera el sol.

-Yo te acompañaré –dijo Jace-. En cuanto a Simon, él puede volver por sí mismo en la oscuridad... ¿Puedes, Simon?

-Por supuesto que puede –dijo Alec con indignación, como ansioso por arreglar su anterior desaire a Simon-. Es un vampiro... y –añadió-, acabo de darme cuenta ahora de que probablemente estás bromeando. No me importa.

Simon sonrió. Clary abrió la boca para protestar otra vez... y la cerró. En parte porque estaba siendo, ella lo sabía, poco razonable. Y en parte, porque había una mirada sobre el rostro de Jace mientras observaba más allá de ella, a Simon, una mirada que la sorprendió hasta el silencio: era diversión, pensó Clary, mezclada con gratitud y quizás, incluso..., más sorprendente que nada,... un poquito de respeto.

Era corto el camino entre la nueva casa de los Lightwood y la de Amatis. Clary deseó que fuera más largo. Ella no podía sacudirse la sensación de que todo momento que pasaba con Jace era de algún modo precioso y limitado, que estaban acercándose a un límite medio invisible que los separaría para siempre.

Ella lo miró de reojo. Estaba mirando al frente, casi como si ella estuviera allí. La línea de su perfil era angulosa y bien definida en la luz mágica que iluminaba las calles. Su cabello ondulado contra su mejilla, no bastante oculta la cicatriz blanca sobre una de sus sienes donde había estado una Marca. Ella podía ver una línea de metal brillando en su garganta, donde el anillo de los Morgenstern pendía de su cadena. Su mano izquierda estaba descubierta, sus nudillos parecían ásperos; así que realmente él se estaba curando como un mundano, como Alec le había pedido que hiciera. Ella temblaba. Jace le echó una mirada.

-¿Tienes frío?

-Sólo estaba pensando –dijo ella-, que me sorprendió que Valentine fuera a por el Inquisidor en vez de a por Luke. El Inquisidor es un Cazador

de Sombras, y Luke... Luke es un Submundo. Punto a favor para que Valentine le odie.

-Pero de alguna manera, él le respeta, incluso aunque sea un Submundo –dijo Jace, y Clary pensó en la mirada que Jace había dirigido a Simon antes, y luego trató de no pensar en ello. Odiaba pensar en Jace y Valentine como si fueran parecidos de alguna forma, incluso en una cosa tan trivial como una mirada–. Luke está tratando que la Clave cambie, pensando en un nuevo rumbo. Eso es exactamente lo que hizo Valentine, aunque sus metas sean... Bueno, no es lo mismo. Luke es un iconoclasta. Quiere el cambio. Para Valentine, el Inquisidor representa la vieja Clave anquilosada que tanto odia.

-Y fueron amigos una vez –dijo Clary–, Luke y Valentine.

-Las Marcas de eso que una vez fue él –dijo Jace, y Clary pudo saber que estaba citando algo por su tono de voz medio burlona–. Desafortunadamente, no odias a nadie tanto realmente como a alguien que una vez te importó. Imagino que Valentine tiene algo especial planeado para Luke, en el futuro, después de que asuma el mando.

-Pero él no asumirá el mando –dijo Clary, y cuando Jace no dijo nada, su voz se elevó–. Él no ganaría... no puede. Él realmente no quiere la guerra, no entre Cazadores de Sombras y Submundos...

-¿Qué te hace pensar que los Cazadores de Sombras lucharán junto a los Submundos? –dijo Jace, y aún no la miraba. Ellos estaban caminando por la calle del canal, y él estaba fijándose en el agua, su mandíbula apretada– ¿Sólo porque Luke así lo diga? Luke es un idealista.

-¿Y por qué es eso algo malo?

-No lo es. Sólo que yo no lo soy –dijo Jace, y Clary sintió una punzada de frío en el corazón por el vacío de su voz. *Desesperación, ira, odio. Hay cualidades demoniacas. Él está actuando de la manera que cree que debe actuar*.

Ellos habían llegado a la casa de Amatis. Clary se paró al pie de los escalones, volviendo el rostro hacia él.

-Tal vez –dijo ella–, pero tampoco eres como *él*.

Jace se sorprendió un poco ante eso, o quizás fue sólo la firmeza en la voz de ella. Volvió la cabeza para mirarla en lo que sentía que era la primera vez desde que dejaron la casa de los Lightwood.

-Clary... –comenzó, y se interrumpió, con una inspiración de aire–. Hay sangre en tu manga. ¿Estás herida?

Se acercó a ella, tomándole la muñeca en su mano. Clary miró hacia abajo y vio para su sorpresa que tenía razón... Había una mancha irregular escarlata sobre la manga derecha de su abrigo. Lo extraño era que estaba todavía de un rojo brillante. ¿No debería tener la sangre seca un color más oscuro? Ella frunció el ceño.

-No es mi sangre.

Él se relajó ligeramente, el agarre sobre su muñeca se aflojó.

-¿Es del Inquisidor?

Ella sacudió la cabeza.

-En realidad, creo que es de Sebastian.

-¿Sangre de *Sebastian*?

-Sí... Cuando entró en el Salón la otra noche, recuerdo que su cara estaba sangrando. Creo que Isabelle debió arañarle, pero bueno... Yo le toqué la cara y me manché con su sangre. –Miraba la mancha más de cerca–. Pensé que Amatis había lavado el abrigo, pero supongo que no lo ha hecho.

Ella esperaba que él la soltara entonces, pero en vez de eso él sostuvo su muñeca por más tiempo, examinando la sangre, antes de devolverle el brazo, aparentemente satisfecho.

-Gracias.

Ella lo miró fijamente por un momento antes de sacudir la cabeza.

-No vas a decirme a qué viene eso, ¿verdad?

-No si tengo la oportunidad.

Ella tiró del brazo con exasperación.

-Me voy a dentro. Hasta luego.

Ella se volvió y se dirigió escalones arriba hacia la puerta de entrada de Amatis. No había manera de que ella pudiera saber que en el momento en que se volvió, la sonrisa desapareció del rostro de Jace, o que él se quedó durante un largo rato en la oscuridad una vez que la puerta se cerró detrás de ella, haciendo guardia por ella, y girando un pequeño trozo de hilo una y otra vez entre sus dedos.

-Isabelle –dijo Simon. Le había llevado unos cuantos intentos encontrar su puerta, pero el grito de “¡Vete!” que había manado de detrás de ésta le convenció de que había hecho la elección correcta–. Isabelle, déjame entrar.

Hubo un golpetazo sordo y la puerta retumbó ligeramente, como si Isabelle le hubiera tirado algo. Posiblemente un zapato.

-No quiero hablar contigo ni con Clary. No quiero hablar con nadie. Déjame en paz, Simon.

-Clary no está aquí –dijo Simon–. Y yo no me voy a ir hasta que hable contigo.

-¡Alec! –chilló Isabelle–. ¡Jace! ¡Haced que se vaya!

Simon esperó. No había sonido en las escaleras. O Alec se había ido o se estaba haciendo el tonto.

-No están aquí, Isabelle. Sólo estoy yo.

Hubo un silencio. Finalmente Isabelle habló otra vez. Esta vez su voz vino de mucho más cerca, como si estuviera justo al otro lado de la puerta.

-¿Está solo?

-Estoy solo –dijo Simon.

La puerta dio un chasquido abriéndose. Isabelle estaba allí en pie con una combinación negra, su cabello cayéndole largo y enmarañado sobre los hombros. Simon nunca la había visto así: descalza, con el pelo despeinado y sin maquillar.

-Puedes entrar.

Él dio un paso junto a ella entrando en la habitación. A la luz que llegaba desde la puerta pudo ver que parecía, como habría dicho su madre, que un tornado había pasado por allí. La ropa estaba diseminada por el suelo en montones, una bolsa de lona estaba abierta en el suelo como si hubiera explotado. El brillante látigo plateado dorado de Isabelle colgaba de una de las esquinas de la cama, un sujetador blanco de encaje en otra. Simon evitó mirarlo. Las cortinas estaban descorridas, las luces apagadas. Isabelle se dejó caer en el borde de la cama y lo miraba con amarga diversión.

-Un vampiro ruborizado. Quién lo habría dicho. –Ella levantó la barbilla–. Bueno, te he dejado pasar. ¿Qué quieres?

A pesar de su mirada enfadada, Simon pensó que ella parecía más joven que de costumbre, con sus ojos enormes y negros en su blanco rostro contraído. Podía ver las blancas cicatrices que surcaban su piel suave, cubriendo los desnudos brazos, la espalda y la clavícula, incluso sus piernas. *‘Si Clary continuaba siendo Cazadora de Sombras’*, pensó él, *‘un día ella tendría este aspecto, con cicatrices por todas partes’*. La idea no le disgustó como una vez habría hecho. Había algo en la manera en la que Isabelle lucía las cicatrices, como si se sintiera orgullosa de ellas.

Ella tenía algo en las manos, algo que estaba girando una y otra vez entre los dedos. Era algo pequeño que brillaba débilmente en la media luz. Él dudó por un momento que pudiera ser un pedacito de joya.

-Lo que le pasó a Max –dijo Simon–, no fue culpa tuya.

Ella no le miraba. Miraba hacia abajo, al objeto en sus manos.

-¿Sabes qué es esto? –dijo ella, y lo levantó.

Parecía ser un pequeño soldadito tallado en madera. Un Cazador de Sombras de juguete, se dio cuenta Simon, acabado con la equipación pintada de negro. El brillo plateado que había notado era la pintura de la espadita que sostenía; estaba casi desgastada.

-Era de Jace –dijo ella, sin esperar a que él respondiera–. Era el único juguete que tenía cuando vino de Idris. No lo sé, quizás una vez formó parte de una colección mayor. Creo que lo hizo él mismo, pero nunca habló mucho de eso. Solía llevarlo a todas partes con él cuando era pequeño, siempre en un bolsillo o donde fuera. Entonces, un día me di cuenta de que Max lo llevaba. Jace debía tener unos trece años entonces. Simplemente se lo dio a Max, supongo, cuando fue demasiado mayor para tenerlo. Bueno... Estaba en la mano de Max cuando le encontraron. Parecía que lo había

agarrado para resistir cuando Sebastian... cuando él... –ella se interrumpió. El esfuerzo que estaba haciendo para no llorar era visible; su boca estaba apretada en una mueca, como si estuviese retorciéndola deformada.

-Yo debería haber estado allí protegiéndole. Debería haber estado allí para que él sobreviviese, y no un estúpido muñequito de madera. –Ella lo lanzó sobre la cama, sus ojos estaban brillando.

-Estabas inconsciente –protestó Simon–. Casi te mueres, Izzy. No había nada que pudieras haber hecho.

Isabelle sacudió la cabeza, su pelo enredado rebotando sobre los hombros. Ella parecía feroz y salvaje.

-¿Qué sabes tú de eso? –exigió ella–. ¿Sabías que Max vino hasta nosotros la noche en que murió y nos dijo que había visto a alguien subiendo a las torres demonio, y yo le dije que estaba soñando y que se fuera? Y él tenía razón. Apuesto a que fue ese cabrón de Sebastian, subiendo a la torre para poder desactivar las protecciones. Y que Sebastian le mató para que no pudiera decirle a nadie lo que había visto. Si tan siquiera le hubiera escuchado... tomado un segundo para escuchar... no habría ocurrido.

-No había manera de que pudieras saberlo –dijo Simon–. Y en cuanto a Sebastian..., él no es en realidad el primo de los Penhallow. Os ha engañado a todos.

Isabelle no parecía sorprendida.

-Lo sé –dijo ella–. Te oí hablar con Alec y Jace. Estaba escuchando desde la parte superior de las escaleras.

-¿Estabas fisgoneando?

Ella se encogió de hombros.

-Hasta la parte en la que dijiste que ibas a venir a hablar conmigo. Entonces, volví aquí. No me sentía con ánimos para verte. –Ella le miró de soslayo–. Aunque, te reconoceré algo: eres insistente.

-Mira, Isabelle...

Simon dio un paso hacia el frente. Fue extraña y repentinamente consciente del hecho de que no estaba muy vestida, así que se contuvo de poner la mano sobre su hombro o hacer nada abiertamente tranquilizador.

-Cuando mi padre murió, yo sabía que no era culpa mía, pero aun así seguía pensando una y otra vez en todas las cosas que debería haber hecho, que debería haber dicho, antes de que él muriera.

-Sí, bueno, esto *es* culpa mía –dijo Isabelle–. Y lo que yo debería haber hecho era escuchar. Y lo que todavía puedo hacer es localizar al hijo de puta que ha hecho esto y matarlo.

-No estoy seguro de que eso ayude...

-¿Cómo lo sabes? –exigió ella–. ¿Encontraste a la persona responsable de la muerte de tu padre y le mataste?

-Mi padre tuvo un ataque al corazón –dijo Simon–. Así que, no.

-Entonces, no sabes de lo que estás hablando, ¿verdad? –Isabelle levantó la barbilla y le miró directamente–. Ven aquí.

-¿Qué?

Ella hizo una seña imperiosamente con el dedo índice.

-Ven *aquí*, Simon.

A regañadientes él fue hacia ella. Apenas estaba a escaso medio metro cuando ella le agarró por la parte delantera de la camisa, tirando de él hacia ella. Sus rostros estaban separados por centímetros; él podía ver cómo la piel bajo sus ojos brillaba con las marcas de lágrimas recientes.

-¿Sabes lo que realmente necesito ahora mismo? –dijo ella articulando cada palabra con claridad.

-Um –dijo Simon–. ¿No?

-Ser distraída –dijo ella, y con medio giro lo tiró a la fuerza sobre la cama a su lado.

Aterrizó sobre la espalda en medio de una maraña de montones de ropa.

-Isabelle –protestó Simon débilmente–. ¿De verdad crees que esto va a hacerte sentir algo mejor?

-Confía en mí –dijo Isabelle situando una mano sobre su pecho, justo sobre su corazón sin latido–. Ya me siento mejor.

Clary estaba echada en la cama sin dormir, mirando hacia arriba al único parche de luz de luna mientras éste se abría camino por el techo. Sus nervios todavía estaban demasiado tensados por los acontecimientos del día como para que ella durmiera, y no ayudaba que Simon no hubiera regresado antes de la cena..., o después de ella. Finalmente, ella le expresó su preocupación a Luke, que agarró su abrigo y se dirigió a casa de los Lightwood. Él había vuelto con aspecto divertido.

-Simon está muy bien, Clary –dijo él–. Vete a la cama.

Y entonces, se fue otra vez, con Amatis, a otra de sus interminables reuniones en el Salón de los Acuerdos. Ella se preguntó si alguien habría limpiado ya la sangre del Inquisidor.

Con nada más que hacer, se fue a la cama, pero dormir seguía estando obstinadamente fuera de alcance. Clary seguía viendo a Valentine en su cabeza, metiendo la mano en el interior del Inquisidor y arrancando su corazón. La forma en la que él se había vuelto hacia ella y dijo, *‘Mantendrías tu boca cerrada, por el bien de tu hermano si no por el tuyo propio’*. Por encima de todo, los secretos que había sabido por Ithuriel pendían como un peso sobre su pecho. Y bajo todas esas preocupaciones estaba el miedo, constante como el latido de un corazón, de que su madre muriera. ¿Dónde estaba Magnus?

Hubo un sonido de crujido junto a las cortinas, y una repentina estela de luz de luna manó dentro de la habitación. Clary se irguió en la cama, rebuscando el cuchillo seráfico que había guardado en la mesita de noche.

-Todo va bien. –Una mano cayó sobre la suya..., una mano delgada, con cicatrices y familiar–. Soy yo.

Clary respiraba con fuerza, y él apartó la mano.

-Jace –dijo ella–. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué va mal?

Por un momento él no respondió, y ella se giró para mirarlo, apartando la ropa de la cama de su alrededor. Se sintió ruborizada, sumamente consciente del hecho de que sólo llevaba la parte de abajo del pijama y una ligerísima camisola... Y entonces, ella vio su expresión, y su vergüenza se desvaneció.

-¿Jace? –susurró ella.

Él estaba junto a la cabecera de su cama, llevando todavía sus ropas blancas de duelo, y no había nada ligero, sarcástico o distante en la forma en la que él la estaba mirando desde arriba. Estaba muy pálido, y sus ojos parecían angustiados y casi negros por la tensión.

-¿Estás bien?

-No lo sé –dijo él con la manera aturdida de alguien que acaba de despertarse de un sueño–. No iba a venir aquí. He estado vagando toda la noche... No podía dormir..., y me encontré caminando hacia aquí. Hacia ti.

Ella se sentó más recta, dejando caer la ropa de la cama por debajo de su cadera.

-¿Por qué no puedes dormir? ¿Ha ocurrido algo? –preguntó ella, e inmediatamente se sintió estúpida. ¿Qué *no había* ocurrido?

Jace, sin embargo, apenas pareció oír la pregunta.

-Tenía que verte –dijo él, en mayor parte para sí mismo–. Sé que no debería. Pero *tenía* que hacerlo.

-Bueno, siéntate, entonces –dijo ella encogiendo las piernas para hacer espacio para que él se sentara en el borde de la cama–. Porque me estás volviendo loca. ¿Estás seguro de que no ha pasado nada?

-No he dicho que no haya pasado nada. –Él se sentó en la cama, orientado hacia ella. Estaba tan suficientemente cerca que ella podría haberse inclinado hacia delante y besarle...

A ella el pecho se le encogió.

-¿Hay malas noticias? ¿Está todo..., están todos...

-No es malo –dijo Jace–, y no son noticias. Es lo opuesto a una noticia. Es algo que siempre he sabido, y tú..., probablemente también sabes. Dios sabe que lo he ocultado tanto. –Sus ojos escanearon su rostro, lentamente, como si quisiera memorizarlo–. Lo que ha pasado –dijo él, y vaciló... –, es que me he dado cuenta de algo.

-Jace –susurró ella de repente, y por alguna razón que no pudo identificar, tenía miedo de lo que él fuera a decir–. Jace, no tienes que...

-Estaba intentando ir a... algún sitio –dijo Jace–. Pero seguía dirigiéndome hacia aquí. No podía parar de andar, no podía parar de pensar. En la primera vez que te vi, y cómo después de eso no podía

olvidarte. Quería, pero no podía detenerme a mí mismo. Obligué a Hodge a que me dejara ser quien fuera a encontrarte y traerte al Instituto. E incluso luego, en esa estúpida cafetería, cuando te vi sentada en ese sofá con Simon, incluso *entonces* eso me hizo sentirme mal... Yo debería haber sido el que estuviera sentado contigo. El que te hiciera reír así. No podía deshacerme de esa sensación. Que debía haber sido yo. Y cuanto más te conocía, más lo sentía... Nunca había estado así antes. Siempre que había querido a una chica, después de llegar a conocerla ya no la quería, pero contigo el sentimiento sólo se hacía más y más fuerte hasta esa noche cuando apareciste en Renwick y lo *supe*. Y entonces, al descubrir que la razón por la que me sentía así..., como que tú eras alguna parte de mí que había perdido y que ni siquiera sabía que me faltaba hasta que te vi de nuevo... Que la razón era que tú eras *mi hermana*, parecía algún tipo de broma cósmica. Como si Dios estuviera escupiendo sobre mí. Ni siquiera sé por qué... Por pensar que realmente podía conseguir *tenerte*, que merecía algo así, ser así de feliz. No podía imaginar qué era lo que había hecho para que estuviera siendo castigado...

-Si tú estás siendo castigado –dijo Clary–, entonces, yo también. Porque todas esas cosas que sentiste, yo también las sentí, pero no podemos..., *tenemos* que parar de sentir de esta manera, porque es nuestra única oportunidad.

Las manos de Jace estaban apretadas a los lados.

-¿Nuestra única oportunidad de qué?

-De estar juntos de alguna manera. Porque si no nunca podremos estar cerca el uno del otro, ni siquiera en la misma habitación, y yo no podría soportar eso. Prefiero tenerte en mi vida aunque sea como un hermano a no tenerte en absoluto...

-¿Y se supone que yo debo sentarme mientras tu sales con chicos, te enamoras de alguien más, te casas...? –Su voz se tensó–. Y mientras tanto, yo me moriré un poquito más cada día, mirando.

-No. Entonces no te importará –dijo ella preguntándose mientras lo decía si podría soportar la idea de un Jace al que no le importara. Ella no había pensado tanto en el futuro como él, y cuando intentó imaginar verlo enamorado de otra, casado con otra, no pudo ni siquiera imaginarlo, no podía imaginar nada más que un negro túnel vacío que se extendía frente a ella, para siempre–. Por favor. Si no decimos nada... Si sólo fingimos...

-No hay nada que fingir –dijo él con absoluta claridad–. Te amo, y te amaré hasta que me muera, y si hay una vida después de eso, te amaré también entonces.

Ella contuvo la respiración. Él lo había dicho..., las palabras de las que no había vuelta atrás. Ella luchó por dar una respuesta, pero no vino ninguna.

-Y sé que piensas que sólo quiero estar contigo para... para demostrarme a mí mismo lo monstruoso que soy –dijo él–. Y quizás sea un monstruo. No sé la respuesta a eso. Pero lo que sí sé es que, aunque haya sangre de demonio dentro de mí, hay sangre humana dentro de mí también. Y no podría amarte como lo hago si no fuera al menos un poquito humano. Porque los demonios *quieren*. Pero no aman. Y yo...

Él se puso en pie entonces, con una especie de violencia repentina, y cruzó la habitación hacia la ventana. Parecía perdido, tan perdido como lo estuvo en el Gran Salón en pie frente al cuerpo de Max.

-¿Jace? –dijo Clary, alarmada, y cuando él no respondió, ella se deslizó sobre los pies y fue hacia él, poniendo la mano sobre su brazo. Él continuó mirando por la ventana; el reflejo de ambos en el cristal era casi transparente... Perfiles fantasmales de un muchacho alto y una chica más pequeña, su mano abrazando con preocupación su manga–. ¿Qué va mal?

-No debería haberte dicho eso –dijo él sin mirarla–. Lo siento. Probablemente era demasiado para ser asimilado. Parecías tan... impresionada. –La tensión subyacente en su voz era un cable con corriente.

-Lo estaba –dijo ella–. He pasado los últimos días preguntándome si me odiabas. Y luego, te vi esta noche y estuve bastante segura de que lo hacías.

-¿Odiarte? –hizo de eco él pareciendo desconcertado. Entonces, él extendió la mano y le tocó el rostro, suavemente, sólo las puntas de los dedos contra su piel–. Te he dicho que no podía dormir. Mañana en la medianoche estaremos en guerra o bajo el gobierno de Valentine. Esta podría ser la última noche de nuestras vidas, la última todavía casi normal. La última noche en la que nos iremos a dormir y despertaremos como siempre lo hemos hecho. Y todo en lo que podía pensar era que quería pasarla contigo.

Un latido dio un brinco en el corazón de ella.

-Jace...

-No me refería a eso –dijo él–. No te tocaré, no si tú no quieres que lo haga. Sé que está mal... Dios, que está mal de todas las formas posibles... Pero sólo quiero acostarme contigo y despertar contigo, sólo una vez, sólo por una vez en mi vida. –Había desesperación en su voz–. Es sólo esta noche. ¿En el gran orden de las cosas, cuánto puede importar una noche?

‘Porque pienso en cómo nos sentiremos por la mañana. Pienso cuán peor será fingir que no significamos nada el uno para el otro frente a todos los demás después de pasar la noche juntos, incluso aunque todo lo que hagamos sea dormir. Es como tomar sólo un poquito de una droga..., sólo te hace querer más’.

Pero era ese el por qué de que le hubiera dicho lo que le había dicho, se dio cuenta ella. Porque no era verdad, no para él; no había nada que pudiera hacerlo peor, así como no había nada que pudiera hacerlo mejor. Lo que él sentía era tan definitivo como una cadena perpetua, y ¿podía ella decir en

realidad que era muy diferente para ella? E incluso si esperaba que pudiera ser, incluso si esperaba que pudiera algún día ser persuadida por el tiempo, la razón o el desgaste gradual de no sentir ya de esa manera, no importaba. No había nada que ella hubiera querido más en su vida alguna vez de lo que quería esta noche con Jace.

-Cierra las cortinas, entonces, antes de venir a la cama –dijo ella–. No puedo dormir con tanta luz en la habitación.

El aspecto que bañó su rostro era de pura incredulidad. Realmente él no había esperado que ella dijera sí, se dio cuenta Clary con sorpresa, y un momento después él la había agarrado y abrazado contra sí, su rostro enterrado en el cabello de ella, todavía revuelto de dormir.

-Clary...

-Ven a la cama –dijo ella suavemente–. Es tarde.

Ella se apartó de él y volvió a la cama, gateando sobre ésta y subiendo las mantas hasta su cintura. De algún modo, mirándole así, ella podía imaginar que las cosas fueran diferentes, que hubieran pasado muchos años desde ese momento, y que ellos hubieran estado juntos tanto tiempo que hubieran hecho eso cientos de veces, que cada noche les perteneciera, y no sólo ésta. Apoyó la barbilla sobre las manos y le observó mientras él extendía la mano para correr las cortinas y, luego, bajaba la cremallera de su chaqueta blanca y la colgaba sobre el respaldo de la silla. Llevaba debajo una camiseta gris pálido, y las Marcas que abrazaban sus brazos desnudos brillaban oscuramente mientras desabrochaba su cinturón con las armas y lo tendía en el suelo. Se desabrochó los cordones de las botas y se las sacó mientras iba hacia la cama, y se tendió con mucho cuidado al lado de Clary. Echado sobre la espalda, él giró la cabeza para mirarla. Una luz muy escasa se filtraba en la habitación por el borde de las cortinas, justo la suficiente para que ella viera el contorno de su rostro y el brillo destellante de sus ojos.

-Buenas noches, Clary –dijo él.

Sus manos estaban tendidas planas a cada lado de él, sus brazos a los lados. Él apenas parecía respirar; no estaba segura de que ella misma estuviera respirando. Ella deslizó su propia mano a través de las sábanas, justo lo suficientemente lejos para que sus dedos se tocaran..., tan ligeramente que probablemente ella apenas habría sido consciente de estar tocando a alguien si no hubiera sido Jace; mientras pasaba, las terminaciones nerviosas de las yemas de sus dedos pinchaban suavemente, como si las estuviera sosteniendo sobre un pequeño fuego. Ella le sintió tenso a su lado y luego se relajó. Él tenía los ojos cerrados, y las pestañas arrojaban sombras contra la curva de sus pómulos. Su boca se curvó en una sonrisa como si sintiera que ella le estaba mirando, y ella se preguntó qué aspecto tendría por la mañana, con el pelo despeinado y surcos bajo los

ojos por el sueño. A pesar de todo, ese pensamiento le produjo una sacudida de felicidad. Ella enlazó los dedos a través de los suyos.

-Buenas noches –susurró ella.

Con las manos entrelazadas como niños en un cuento de hadas, ella se durmió a su lado en la oscuridad.

TODO SE DESMORONA

Luke había pasado la mayor parte de la noche observando los progresos de la luna a través del tejado translúcido del Salón de los Acuerdos, como una moneda rodando por la superficie transparente de una mesa de cristal. Cuando la luna estaba cerca de estar llena, como ahora lo estaba, él sentía la correspondiente afinación de su visión y su sentido del olfato, incluso cuando estaba en forma humana. Ahora, por ejemplo, podía oler el sudor de la incertidumbre, y el subyacente sabor ácido del miedo. Podía sentir la inquieta preocupación de su manada de lobos fuera, en el Bosque de Brocelind, mientras deambulaban en la oscuridad bajo los árboles y esperaban sus noticias.

-Lucian. –La voz de Amatis en sus oídos era baja y penetrante–. ¡Lucian!

Espabilándose de su meditación, Luke luchó por enfocar los ojos agotados en la escena que estaba frente a él. Era un grupito harapiento, aquellos que habían decidido al menos escuchar su plan. Menos de los que había esperado. Muchos conocidos de su antigua vida en Idris –los Penhallow, los Lightwood, los Ravenscar–, así como muchos que acababa de conocer, como los Monteverde, que llevaban el Instituto de Lisboa y hablaban una mezcla de portugués e inglés, o Nasreen Chaudhury , la directora de gesto severo del Instituto de Mumbai. Su sari verde oscuro estaba estampado con runas de plata tan brillantes que Luke se estremeció instintivamente cuando ella pasó demasiado cerca.

-De verdad, Lucian –dijo Maryse Lightwood. Su pequeño rostro blanco estaba transido por el agotamiento y el dolor. Luke realmente no esperaba que ni ella ni su marido vinieran, pero ellos lo habían decidido casi en el mismo momento en el que él lo había mencionado. Suponía que debía estar agradecido de que efectivamente estuvieran allí, incluso aunque el dolor tendiera a hacer más fuerte el temperamento ya de por sí brusco de Maryse–. Tú eras el que quería que estuviéramos aquí; lo menos que podrías hacer es prestar atención.

-Lo está *haciendo*. –Amatis se sentó con las piernas recogidas bajo ella como una chica joven, pero su expresión era firme–. Lucian no tiene la culpa de que hayamos estado dando vueltas en círculo durante la última hora.

-Y seguiremos dándole vueltas y vueltas hasta que encontremos una solución –dijo Patrick Penhallow con un filo en su voz.

-Con el debido respeto, Patrick –dijo Nasreen con su leve acento –puede que no haya *solución* a este problema. Lo mejor que podemos esperar es un plan.

-Un plan que no implique la esclavitud masiva o... –comenzó Jia, la esposa de Patrick, y luego se interrumpió, mordiéndose el labio. Era una mujer bonita y esbelta que se parecía mucho a su hija, Aline. Luke se acordaba de cuando Patrick dejó de llevar el Instituto de Pekín y se casó con ella. Había suscitado algunas habladurías, cuando se suponía que él tenía que casarse con una chica que sus padres ya habían elegido para él en Idris. Pero a Patrick nunca le había gustado hacer lo que le decían, una cualidad de la que Luke estaba ahora agradecido.

-¿O aliarse con los Submundos? –dijo Luke–. Me temo que no hay otra salida más que esa.

-Ese no es el problema, y tú lo sabes –dijo Maryse–. Es todo el asunto sobre los escaños en el Concilio. La Clave nunca estará de acuerdo con eso. Tú lo sabes. *Cuatro* escaños enteros...

-No cuatro –dijo Luke–, uno por cada uno del Reino de las Hadas, los Hijos de la Luna y los Hijos de Lilith.

-Los brujos, los duendes y los licántropos –dijo el Senhor Monteverde con voz suave, sus cejas se arqueaban–. ¿Y qué pasa con los vampiros?

-No me han prometido nada –admitió Luke–. Y yo tampoco les he prometido nada a ellos. Puede que no estén muy deseosos de unirse al Concilio; ninguno de ellos siente demasiado cariño por los de mi especie, ni demasiado cariño por las reuniones o las normas. Pero la puerta está abierta para ellos si llegaran a cambiar de opinión.

-Malachi y los suyos nunca estarán de acuerdo con eso, y puede que no tengamos suficientes votos en el Concilio sin ellos –murmuró Patrick–. Además, sin los vampiros, ¿qué oportunidad tenemos?

-Una muy buena –soltó bruscamente Amatis, que parecía creer en el plan de Luke incluso más que él–. Hay muchos Submundos que *lucharán* con nosotros, y de hecho son muy poderosos. Sólo los brujos...

Sacudiendo la cabeza la Senhora Monteverde ser volvió hacia su marido.

-Este plan es disparatado. Nunca funcionará. Los Submundos no pueden ser de fiar.

-Funcionó durante el Levantamiento –dijo Luke.

La mujer portuguesa volvió a mirar con desprecio.

-Sólo porque Valentine estaba luchando con idiotas por ejército –dijo ella–, no demonios. ¿Y cómo sabemos que los antiguos miembros de su Círculo no regresarán con él en el momento en que los llame a su lado?

-Tenga cuidado con lo que dice, Senhora –retumbó Robert Lightwood.

Era la primera vez que hablaba en más de una hora; había pasado la mayor parte de la tarde exánime, inmovilizado por la pena. Había arrugas en su rostro que Luke podría haber jurado que no estaban allí hacía tres días. Su tormento era claro en sus hombros tensos y sus puños apretados; Luke apenas podía culparle. Nunca le había gustado mucho Robert, pero había algo en contemplar a un hombre tan grande sentirse impotente por la pena profunda, que era doloroso ser testigo de ello.

-Si crees que me uniría a Valentine después de la muerte de Max... Él ha asesinado a mi hijo...

-Robert –murmuró Maryse. Ella puso la mano sobre su brazo.

-Si no nos unimos a él –dijo el Senhor Monteverde–, *todos* nuestros hijos pueden morir.

-¿Si piensas eso por qué estás aquí entonces? –Amatis se puso en pie–. Pensaba que habíamos decidido...

‘*Yo también*’. A Luke le dolía la cabeza. ‘Siempre fue así con ellos’, pensó él, ‘dos pasos hacia delante y uno hacia atrás. Estaban tan enfrentados entre ellos como los Submundos, ojalá pudieran verlo. Quizás sería mejor si resolvieran sus problemas en combate, como lo hacía su manada...’

Un destello de movimiento en las puertas del Salón captó su atención. Fue momentáneo, y si no hubiera estado la luna tan cerca de estar llena, podría no haberlo visto o reconocido la figura que pasó rápidamente ante las puertas. Se preguntó por un momento si estaba imaginando cosas. A veces, cuando estaba muy cansado, creía ver a Jocelyn..., en el parpadeo de una sombra, en el juego de luces sobre una pared. Pero no era Jocelyn. Luke se puso en pie.

-Voy a tomarme cinco minutos para tomar algo de aire. Volveré.

Sintió cómo le observaban mientras iba hacia las puertas de entrada..., todos ellos, incluso Amatis. El Senhor Monteverde susurró algo a su esposa en portugués; Luke captó la palabra “*lobo*” en el chorro de palabras. ‘*Probablemente piensan que voy al exterior para correr en círculos y ladrarle a la luna.*’

El aire fuera era frío, el cielo de un gris pizarra o acero. El amanecer enrojecía el cielo al este y arrojaba un rosa pálido sobre los escalones de mármol blanco que descendían de las puertas del Salón. Jace estaba esperándole, a mitad de camino de las escaleras. Las ropas blancas de duelo que llevaba golpearon a Luke como una bofetada en la cara, un recordatorio de toda la muerte que acababan de sufrir allí, y de la que sufrirían de nuevo.

Luke se paró a varios pasos de Jace.

-¿Qué estás haciendo aquí, Jonathan?

Jace no dijo nada, y Luke maldijo mentalmente su falta de memoria..., a Jace no le gustaba ser llamado Jonathan y habitualmente respondía al

nombre con una brusca protesta. Esta vez, sin embargo, no parecía importarle. El rostro que levantó hacia Luke era tan grave como el de cualquiera de los adultos en el Salón. Aunque a Jace le faltaba un año aún para ser un adulto según las leyes de la Clave, ya había visto en su corta vida cosas peores de las que la mayoría de los adultos pudiera incluso imaginar.

-¿Estás esperando a tus padres?

-¿Te refieres a los Lightwood? –Jace sacudió la cabeza–. No. No quiero hablar con ellos. Estaba buscándote.

-¿Es por Clary? –Luke descendió varios escalones hasta ponerse a la altura de Jace–. ¿Está ella bien?

-Ella está bien.

La mención de Clary parecía haber tensado a Jace por completo, en respuesta a los nervios de Luke..., pero Jace nunca diría que Clary estaba bien si no lo estuviera.

-¿Entonces, qué es?

Jace miraba más allá de él, hacia las puertas del Salón.

-¿Cómo está yendo ahí dentro? ¿Algún progreso?

-No en realidad –admitió Luke–. Tan poco como quieren rendirse a Valentine, pues incluso menos les gusta la idea de Submundos en el Concilio. Y sin la promesa de escaños en el Concilio, mi gente no luchará.

Los ojos de Jace echaban chispas.

-La Clave va a *odiar* esa idea.

-No les tiene que encantar. Sólo tiene que gustarles más de lo que les gusta la idea del suicidio.

-Dilatarán el proceso –le advirtió Jace–. Yo les daría entonces una fecha límite si fuera tú. La Clave funciona mejor con plazos.

Luke no pudo remediarlo y sonrió.

-Todos los Submundos que puedo convocar estarán aproximándose a la Puerta Norte al crepúsculo. Si la Clave decide luchar con ellos para entonces, entrarán en la ciudad. Si no, se darán la vuelta. No puedo dejarlo para más tarde que eso..., apenas así nos da tiempo suficiente para llegar a Brocelind para la media noche.

Jace dio un silbido.

-Eso es teatral. ¿Esperar la aparición de todos esos Submundos inspirará a la Clave o les asustará?

-Probablemente un poco de ambas cosas. Muchos miembros de la Clave están relacionados con Institutos, como tú; ellos están mucho más acostumbrados a ver Submundos. Son los autóctonos idrisianos los que me preocupan. El ver a los Submundos a sus puertas puede llevarlos al pánico. Por otra parte, no puede hacerles daño el recordar lo vulnerables que son.

Como a propósito, la mirada de Jace se dirigió rápidamente a las ruinas del Gard, una cicatriz negra en la ladera sobre la ciudad.

-No estoy seguro de que nadie necesite más recordatorios de eso. – Volvió la mirada a Luke, sus ojos claros muy serios–. Quiero contarte algo, y quiero que sea confidencialmente.

Luke no pudo ocultar su sorpresa.

-¿Por qué contármelo a mí? ¿Por qué no a los Lightwood?

-Porque tú eres el que está al cargo aquí realmente. Tú sabes eso.

Luke vaciló. Algo en la cara blanca y cansada de Jace le hizo sentir compasión de su agotamiento..., compasión y un deseo de demostrar al muchacho, que había sido tan traicionado y miserablemente utilizado por los adultos en su vida, que no todos los adultos eran así, que había algunos con los que podía contar.

-Está bien.

-Y –dijo Jace–, porque confío en que sabrás cómo explicárselo a Clary.

-¿Explicarle *el qué* a Clary?

-Por qué tenía que hacerlo. –Los ojos de Jace eran anchos a la luz del sol naciente; le hacía parecer años más joven–. Voy a ir tras Sebastian, Luke. Sé cómo encontrarle, y voy a seguirle hasta que me lleve a Valentine.

Luke dejó salir su respiración con sorpresa.

-¿Sabes *cómo encontrarle*?

-Magnus me mostró cómo utilizar un hechizo de rastreo cuando estuve con él en Brooklyn. Estuve intentando utilizarlo con el anillo de mi padre para encontrarle. No funcionó, pero...

-No eres un brujo. No deberías ser capaz de hacer un hechizo de rastreo.

-Estos son runas. Como la manera en la que la Inquisidor me vio cuando fui a ver a Valentine al buque. Todo lo que necesitaba para hacer que funcionara era algo que fuera de Sebastian.

-Pero inspeccionamos con los Penhallow. No dejó nada atrás. Su habitación estaba totalmente vacía y ordenada, probablemente por esta misma razón.

-Encontré algo –dijo Jace–. Un hilo mojado con su sangre. No es mucho, pero es suficiente. Lo intenté, y funcionó.

-No puedes ir tras Valentine tú sólo, Jace. No te dejaré.

-No puedes detenerme. Realmente no. A menos que quieras luchar conmigo aquí mismo sobre estos escalones. No ganarías, tampoco. Lo sabes tan bien como yo. –Había una nota extraña en la voz de Jace, una mezcla de certeza y odio hacia sí mismo.

-Mira, por decidido que estés a interpretar al héroe solitario...

-No soy un héroe –dijo Jace. Su voz era clara y carente de matices, como si estuviera planteando el más simple de los hechos.

-Piensa en lo que esto hará a los Lightwood, incluso aunque no te ocurra nada. Piensa en Clary...

-¿Crees que *no he pensado* en Clary? ¿Crees que no he pensado en mi familia? ¿Por qué crees que estoy haciendo esto?

-¿Crees que no me acuerdo de lo que es tener diecisiete años? – respondió Luke-. Creer que tienes el poder para salvar el mundo..., y no sólo el poder sino la responsabilidad...

-Mírame –dijo Jace-. Mírame y dime que soy un chico corriente de diecisiete años.

Luke suspiró.

-No hay nada corriente en ti.

-Ahora dime que es imposible. Dime que lo que estoy sugiriendo no puede hacerse. –Cuando Luke no dijo nada, Jace continuó-. Mira, tu plan está muy bien, hasta que eso llegue. Trae a los Submundos, lucha con Valentine de todas las maneras posibles a las puertas de Alicante. Es mejor que sólo echarse y dejar que te pisotee. Pero él lo esperará. No le estarás cogiendo por sorpresa. Yo... yo podría cogerle por sorpresa. Puede que no sepa que Sebastian está siendo seguido. Es una oportunidad al menos, y tenemos que aprovechar cualquier oportunidad que podamos conseguir.

-Puede que eso sea verdad –dijo Luke-, pero eso es demasiado esperar de ninguna persona. Incluso de ti.

-¿Pero no lo ves...? Sólo puedo *ser* yo –dijo Jace con la desesperación patente en su voz-. Incluso aunque Valentine sintiera que le estoy siguiendo, me dejaría acercarme lo suficiente...

-¿Acercarte lo suficiente para hacer qué?

-Para matarle –dijo Jace-. ¿Para qué más?

Luke miraba al muchacho que estaba en pie, por debajo de él en las escaleras. Deseaba de alguna manera poder mirar más allá y ver a Jocelyn en su hijo, de la manera en que la veía en Clary, pero Jace era sólo, y siempre, él mismo: contenido, solo y distinto.

-¿Podrías hacer eso? –dijo Luke-. ¿Podrías matar a tu propio padre?

-Sí –dijo Jace, su voz tan distante como un eco-. ¿Ahora es cuando tú me dices que no puedo matarle porque es, después de todo, mi padre, y que el parricidio es un crimen imperdonable?

-No. Ahora es cuando te digo que tienes que estar seguro de que eres capaz de hacerlo –dijo Luke, y se dio cuenta, para su propia sorpresa, de que parte de él ya había aceptado que Jace iba a hacer exactamente lo que decía que iba a hacer, y que él le dejaría-. No puedes hacer todo esto, cortar tus vínculos aquí y dar caza a Valentine tú solo, para acabar fallando en el último obstáculo.

-Oh –dijo Jace-, soy capaz de ello. –Él tenía la mirada lejos de Luke, hacia abajo en los escalones que daban a la plaza, que hasta ayer por la mañana habían estado llena de cuerpos-. Mi padre me hizo como soy. Y le odio por ello. Puedo matarle. Él se aseguró de eso.

Luke sacudió la cabeza.

-Fuera cual fuera tu educación, Jace, tú has luchado contra ella. Él no te ha corrompido...

-No –dijo Jace–. No necesitaba hacerlo. –Dirigió la mirada hacia el cielo, surcado de azul y gris; los pájaros habían iniciado sus cantos matutinos en los árboles que bordeaban la plaza–. Será mejor que me vaya.

-¿Hay algo que quieras que le diga a los Lightwood?

-No. No, no le digas nada. Simplemente te culparían si descubrieran que tú sabías lo que yo iba a hacer y me dejaste ir. Les he dejado notas –añadió él–. Lo entenderán.

-¿Entonces por qué...

-¿Te he contado todo esto? Porque quiero que lo sepas. Quiero que lo tengas en mente mientras haces tus planes de batalla. Que estaré ahí fuera, buscando a Valentine. Si le encuentro, te mandaré un mensaje –él sonrió fugazmente–. Piensa en mí como en tu plan de reserva.

Luke extendió la mano y sujetó firmemente la mano del chico.

-Si tu padre no fuera quien es –dijo él–, estaría orgulloso de ti.

Jace pareció sorprendido por un momento, y luego, igual de rápidamente, se sonrojó y retiró la mano.

-Si tú supieras... –comenzó, y se mordió el labio–. No importa. Buena suerte, Lucian Graymark. *Ave atque vale*¹.

-Déjanos tener la esperanza de que no habrá una verdadera despedida –dijo Luke. El sol estaba alzándose rápidamente ahora, y cuando Jace levantó la cabeza, frunciendo el ceño ante la repentina intensificación de la luz, hubo algo en su rostro que golpeó a Luke..., algo en esa mezcla de vulnerabilidad y orgullo pertinaz–. Me recuerdas a alguien –dijo él sin pensar–. Alguien a quien conocía hace muchos años.

-Lo sé –dijo Jace con un giro amargo en la boca–. Te recuerdo a Valentine.

-No –dijo Luke, con una voz asombrada; pero cuando Jace se apartó, la semejanza se desvaneció, desterrando los fantasmas del recuerdo–. No... No estaba pensando en Valentine en absoluto.

En el momento que Clary se despertó, supo que Jace se había ido, incluso antes de abrir los ojos. Su mano, todavía extendida sobre la cama, estaba vacía; no había dedos que le devolvieran la presión de los suyos. Ella se incorporó lentamente, su pecho contraído.

Él debía haber descornado las cortinas antes de marcharse, porque las ventanas estaban abiertas y brillantes listones de luz de sol rayaban la cama. Clary se preguntó por qué la luz no la había despertado. Por la posición del sol, tenía que ser por la tarde. Sentía la cabeza pesada y espesa, los ojos legañosos. Quizás fuera que no había tenido pesadillas esa noche, por primera vez en tanto tiempo, y su cuerpo estaba descansado por el sueño.

1. *Ave atque vale*: en latín, “hola y adiós”.

Sólo cuando se levantó notó la presencia del trozo de papel doblado sobre la mesilla. Ella la cogió con una sonrisa cerniéndose sobre sus labios –así que Jace le había dejado una nota– y cuando algo pesado se deslizó de debajo del papel y repiqueteó en el suelo a sus pies, estuvo tan sorprendida que dio un salto hacia atrás, pensando que aquello estaba vivo.

Estaba tendido a sus pies, una espiral de metal brillante. Ella supo lo que era antes de inclinarse y tomarlo. La cadena y el anillo de plata que Jace llevaba alrededor de su cuello. El anillo de familia. Ella rara vez le había visto sin él. Una repentina sensación de pavor la inundó por completo.

Abrió la nota y escudriñó las primeras líneas:

<<A pesar de todo, no puedo soportar la idea de que este anillo se pierda para siempre, no más de lo que puedo soportar la idea de dejarte para siempre. Y aunque no tengo elección respecto a una, al menos puedo elegir respecto a la otra>>.

El resto de la carta parecía correrse en un borrón sin sentido de letras; tenía que leerla una y otra vez para encontrarle algún sentido. Cuando finalmente lo entendió, ella estaba en pie mirando hacia abajo, contemplando el papel agitarse mientras sus manos temblaban. Ahora entendía por qué Jace le había contado todo lo que le dijo, y por qué le había dicho que una noche no importaba. Podías decirle cualquier cosa que quisieras a alguien a quien nunca ibas a ver otra vez.

No tuvo ningún recuerdo, más tarde, de haber decidido lo siguiente que hacer, o de haber buscado algo que ponerse, sino que de algún modo estuvo precipitándose escaleras abajo, vestida con la equipación de Cazadora de Sombras, la carta en una mano y la cadena con el anillo abrochada a toda prisa alrededor de su cuello.

La sala de estar estaba vacía, el fuego en la chimenea ardía extinguiéndose en cenizas grises, pero ruido y luz manaban de la cocina: un parloteo de voces y el olor de algo cocinándose.

‘¿Crepes?’ pensó Clary con sorpresa. No hubiera creído que Amatis supiera cómo hacerlos.

Y tenía razón. Entrando en la cocina, Clary sintió ensancharse sus ojos... Isabelle, su brillante cabello oscuro recogido en un moño sobre la nuca, junto a la cocina, un delantal rodeando su cintura y una cuchara de metal en la mano. Simon estaba sentado sobre la mesa detrás de ella, sus pies sobre una silla, y Amatis, lejos de decirle que los bajara del mueble, estaba echada contra la encimera, mirando entretenidísima.

Isabelle le hizo señas con la cuchara a Clary.

-Buenos días –dijo ella–. ¿Te gustaría desayunar? Aunque, supongo que es más hora de almorzar.

Sin decir nada, Clary miró a Amatis, que se encogió de hombros.

-Simplemente aparecieron y querían hacer el desayuno –dijo ella–, y tengo que admitirlo, no se me da bien la cocina.

Clary recordó la horrible sopa de Isabelle en el Instituto y reprimió un estremecimiento.

-¿Dónde está Luke?

-En Brocelind, con su manada –dijo Amatis–. ¿Va todo bien, Clary? Pareces un poco...

-Con ojos enloquecidos –finalizó Simon por ella–. ¿Va todo bien?

Por un momento Clary no pudo pensar en una respuesta. `Simplemente aparecieron´, había dicho Amatis. Lo que significaba que Simon había pasado la noche entera en casa de Isabelle. Le miró fijamente. No *parecía* nada diferente.

-Estoy bien –dijo ella. Ahora no era el momento de estar preocupándose por la vida amorosa de Simon–. Necesito hablar con Isabelle.

-Pues habla –dijo Isabelle atizando un objeto deforme en el fondo de la sartén, que era, temía Clary, un crep–. Estoy escuchando.

-A solas –dijo Clary.

Isabelle frunció el ceño.

-¿No puede esperar? Casi he hecho...

-No –dijo Clary, y hubo algo en su tono que hizo a Simon, al menos, sentarse más recto–. No puede.

Simon se bajó deslizándose de la mesa.

-Muy bien. Os daremos algo de privacidad –dijo él. Se volvió hacia Amatis–. Tal vez podrías enseñarme esas fotos de Luke de bebé de las que estuviste hablando.

Amatis disparó una mirada de preocupación a Clary pero siguió a Simon fuera de la habitación.

-Supongo que podría...

Isabelle sacudió la cabeza cuando la puerta se cerró detrás de ellos. Algo destelló en la parte de atrás de su cuello: un brillante cuchillo delicadamente fino estaba atravesado por la lazada de su cabello, sosteniéndolo en su sitio. A pesar del retablo de domesticidad, ella era aún una Cazadora de Sombras.

-Mira –dijo ella–, si esto es por Simon...

-No es por Simon. Es por Jace. –Ella empujó la nota hacia Isabelle–. Lee esto.

Con un suspiro Isabelle apagó el fuego, tomó la nota y se sentó para leerla. Clary tomó una manzana del canasto que había sobre la mesa y se sentó mientras Isabelle, al otro lado de la mesa, escaneaba la nota silenciosamente. Clary peló la manzana en silencio –en realidad no se podía imaginar comiendo la manzana, o, de hecho, comiendo nada en absoluto, nunca más.

Isabelle levantó la mirada de la nota, sus cejas enarcadas.

-Esto parece más bien... personal. ¿Estás segura de que debería estar leyéndolo?

‘Probablemente no’. Clary apenas podía recordar siquiera las palabras de la carta ahora; en cualquier otra situación, nunca se la habría mostrado a Isabelle, pero su pánico por Jace invalidaba cualquier otra preocupación.

-Sólo léela hasta el final.

Isabelle regresó a la nota. Cuando terminó, puso el papel sobre la mesa.

-Pensé que podría hacer algo así.

-Ves a lo que me refiero –dijo Clary, sus palabras tropezando unas contra otras–, pero él no puede haberse ido hace mucho, o haber llegado muy lejos. Tenemos que ir tras él y... –Ella se interrumpió, su cerebro finalmente procesando lo que Isabelle le había dicho y alcanzando su boca–. ¿Qué quieres decir con que pensabas que podría hacer algo así?

-Sólo lo que he dicho. –Isabelle empujó un mechón de pelo colgante detrás de su oreja–. Desde que Sebastian desapareció, todos hemos estado hablando acerca de cómo encontrarle. Yo desgarré su habitación en casa de los Penhallow buscando algo que pudiéramos utilizar para seguirle la pista... pero no había nada. Podría haber sabido que si Jace encontraba algo que le permitiera seguirle el rastro a Sebastian, se iría como una flecha. –Ella se mordió el labio–. Sólo habría esperado que se hubiera llevado a Alec con él. Alec no va a estar nada feliz.

-¿Así que piensas que Alec querrá ir detrás de él, entonces? –preguntó Clary con esperanzas renovadas.

-Clary. –Isabelle sonaba débilmente exasperada–. ¿Cómo se supone que vamos a ir detrás de él? ¿Cómo se supone que vamos a tener la menor idea de dónde ha ido?

-Debe haber alguna manera...

-Podemos intentar seguirle el rastro. Aunque, Jace es listo. Habrá calculado alguna forma de bloquear el rastreo, exactamente igual que ha hecho Sebastian.

Un frío enfado agitó el pecho de Clary.

-¿Todavía *quieres* encontrarle? ¿Todavía te preocupa que se haya ido en lo que es prácticamente una misión suicida? Él no puede enfrentarse a todo un Valentine por sí sólo.

-Probablemente no –dijo Isabelle–. Pero confío en que Jace tiene sus razones para...

-¿Para qué? ¿Para querer morir?

-Clary. –Los ojos de Isabelle brillaron con una repentina luz de enfado–. ¿Crees que el resto de nosotros está a salvo? Todos estamos esperando a morir o ser esclavizados. ¿Realmente puedes ver a Jace haciendo eso, simplemente sentándose a esperar que ocurra algo tan horrible? ¿Realmente puedes ver...

-Todo lo que veo es que Jace es tu hermano exactamente igual que lo era Max –dijo Clary–, y que te importaba lo que le ha sucedido.

Ella se arrepintió en el momento en que lo dijo; el rostro de Isabelle se puso blanco, como si las palabras de Clary hubieran banqueado el color de la piel de la otra chica.

-Max –dijo Isabelle con una ira fuertemente contenida –era un *niño pequeño*, no un luchador..., tenía *nueve años*. Jace es un Cazador de Sombras, un guerrero. Si luchamos con Valentine, ¿crees que Alec no estará en la batalla? ¿Crees que no estamos todos nosotros, en todo momento, preparados para morir si tenemos que hacerlo, si la causa es lo suficientemente importante? Valentine es el padre de Jace; probablemente Jace tenga mejor oportunidad que todos nosotros para acercarse a él, para hacer lo que tiene que hacer...

-Valentine matará a Jace si tiene que hacerlo –dijo Clary–. Él no le perdonará.

-Lo sé.

-¿Pero todo eso da igual si él sale en busca de la gloria? ¿Ni tan siquiera le echarás de menos?

-Le echaré de menos *cada día* –dijo Isabelle–, por el resto de mi vida, que, asumámoslo, si Jace fracasa, probablemente será cosa de una semana. –Ella sacudió la cabeza–. No lo pillas, Clary. No entiendes lo que es vivir siempre en guerra, crecer en la batalla y el sacrificio. Supongo que no es culpa tuya. Es sólo el cómo fuiste criada...

Clary levantó las manos.

-Lo pillo. Sé que no te gusto, Isabelle. Porque para ti soy una mundana.

-¿Crees que es *ese* el por qué... –Isabelle se interrumpió. Sus ojos brillaban, no sólo con enfado, vio Clary con sorpresa, sino con lágrimas–. Dios, no entiendes *nada*, ¿verdad? ¿Cuánto hace que conoces a Jace, un mes? Yo le conozco desde hace siete años. Y en todo ese tiempo le he conocido; nunca le he visto enamorado, nunca he visto que tan siquiera le *gustara* alguien. Él se ha enrollado con chicas, claro. Chicas que siempre estaban enamoradas de él, pero a él nunca le importó. Aunque creo que ese era el por qué de que Alec... –Isabelle se detuvo por un momento, manteniéndose muy quieta.

‘*Está intentando no llorar*’, pensó Clary con asombro. Isabelle, la que parecía que *nunca* había llorado.

-Siempre me preocupó, y a mi madre también... Quiero decir, ¿qué tipo de chico adolescente no se cuelga nunca de nadie? Era como si él siempre estuviera medio despierto donde el resto de la gente estaba preocupada. Pensaba que tal vez lo que le había ocurrido con su padre había causado algún tipo de daño permanente en él, como que quizás nunca pudiera amar de verdad a nadie. Si tan sólo hubiera sabido qué fue lo que realmente le pasó con su padre..., pero luego probablemente habría pensado lo mismo, ¿no? Quiero decir, ¿quién no se habría quedado dañado por eso? Y entonces, te conocimos, y fue como si él hubiera despertado. Tú no podías

verlo, porque nunca lo habías conocido de otra forma. Pero yo lo veía. Hodge lo veía. Alec lo veía... ¿Por qué crees que él te odiaba tanto? Fue así desde el primer segundo en el que te encontramos. Tú pensabas que era increíble que pudieras vernos, y lo era, pero lo que era increíble para mí era que Jace *podiera verte a ti, también*. Él siguió hablando de ti todo el camino de regreso al Instituto; hizo a Hodge enviarle a él a por ti; y una vez que te trajo de vuelta, no quiso que te fueras otra vez. Donde quiera que estuvieras en la habitación, te observaba... Incluso estaba celoso de Simon. No estoy segura de si él mismo se daba cuenta de eso, pero lo estaba. Yo podía decirlo. Celoso de un mundano. Y luego, después de lo que le ocurrió a Simon en la fiesta, él estuvo dispuesto a ir contigo al Dumort, a quebrantar la Ley de la Clave, sólo para salvar a un mundano que ni siquiera le gustaba. Él lo hizo por ti. Porque si le hubiera pasado algo a Simon, tú habrías sufrido. Tú eras la primera persona fuera de nuestra familia cuya felicidad yo haya visto que él tomaba en consideración. Porque él te *amaba*.

Clary hizo un sonido en el interior de su garganta.

-Pero eso fue antes de...

-Antes de que descubriera que tú eras su hermana. Lo sé. Y no te culpo por *eso*. Tú no podías haberlo sabido. Y supongo que no pudiste remediar simplemente tirar para adelante y salir con Simon después como si ni siquiera te importara. Pensé que una vez que Jace supiera que eras su hermana, cedería y lo superaría, pero no lo hizo, no podía. No sé lo que Valentine le hizo cuando era pequeño. No sé si ese es el por qué de que él sea de la manera que es, o si sólo es la manera en la que se le hizo ser, pero él no te olvidará, Clary. No puede. Yo comencé a odiar verte. Odiaba que *Jace* te viera. Era como una herida que te haces con veneno de demonio..., tienes que dejar que se cure sola. Cada vez que retiras el vendaje, la herida simplemente se abre de nuevo. Cada vez que él te ve, es como arrancar los vendajes.

-Lo sé –susurró Clary–. ¿Cómo crees que es para mí?

-No lo sé. No puedo decir lo que estás sintiendo tú. No eres *mi* hermana. No te odio, Clary. Me gustas incluso. Si fuera posible, no hay nadie que prefiriera más para estar con Jace. Pero espero que puedas entenderlo cuando digo que, si por algún milagro todos nosotros superamos esto, espero que mi familia se mude a algún lugar tan lejano que nunca volvamos a verte otra vez.

Las lágrimas pinchaban por detrás de los ojos de Clary. Era extraño, ella e Isabelle sentadas aquí a esta mesa, llorando por Jace por razones que eran muy diferentes y extrañamente la misma.

-¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

-Porque me estás acusando de no querer proteger a Jace. Pero quiero protegerle. ¿Por qué crees que estaba tan molesta cuando apareciste de

repente en casa de los Penhallow? Actúas como si no fueras parte de todo esto, de nuestro mundo; te mantienes en las líneas de banda, pero tú eres parte de ello. Eres parte central de ello. No puedes simplemente hacerte pasar por un poco partícipe para siempre, Clary, no cuando eres la hija de Valentine. No cuando Jace está haciendo lo que está haciendo en parte por ti.

-¿Por mí?

-¿Por qué crees que está tan dispuesto a ponerse en riesgo a sí mismo? ¿Por qué crees que no le importa si muere?

Las palabras de Isabelle se colaban en los oídos de Clary como afiladas agujas.

‘Sé el por qué’, pensó ella. ‘Es porque él piensa que es un demonio, cree que no es realmente humano, ese es el por qué... Pero no puedo contarte eso, no puedo contarte lo único que te haría entenderlo’.

-Él siempre creyó que había algo mal en él, y ahora, debido a ti, piensa que está maldito para siempre. Se lo escuché decir así a Alec. ¿Por qué no arriesgar tu vida, si de todas formas no quieres vivir? ¿Por qué no arriesgar tu vida si nunca serás feliz, no importa lo que hagas?

-Isabelle, es suficiente. -La puerta se abrió, casi silenciosamente, y Simon estaba en la entrada. Clary casi había olvidado lo mucho mejor era su oído ahora-. No es culpa de Clary.

El color se alzó en el rostro de Isabelle.

-No te metas en esto, Simon. No sabes que está pasando.

Simon entró en la cocina, cerrando la puerta detrás de él.

-He escuchado la mayoría de lo que habéis estado hablando -dijo él entonces con total naturalidad-, incluso a través de la pared. Has dicho que no sabes qué está sintiendo Clary porque no hace tanto que la conoces. Bien, yo sí. Si crees que Jace es el único que ha sufrido, estás equivocada ahí.

Hubo un silencio; la ferocidad de la expresión de Isabelle estaba desvaneciéndose ligeramente. En la distancia, Clary creyó oír el sonido de alguien llamando a la puerta principal: Luke, probablemente, o Maia trayendo más sangre para Simon.

-No es por mí que él se ha ido -dijo Clary, y su corazón comenzó a palpar. *‘¿Puedo contarles el secreto de Jace, ahora que él se ha ido? ¿Puedo contarles la verdadera razón por la que se fue, la verdadera razón por la que no le importa si muere?’* Las palabras comenzaron a manar de ella, casi contra su voluntad-. Cuando Jace y yo fuimos a la casa solariega de los Wayland..., cuando fuimos al encuentro del Libro del Blanco...

Ella se interrumpió cuando la puerta de la cocina se abrió. Amatis estaba allí, con la expresión más extraña sobre su rostro. Por un momento Clary pensó que estaba asustada, y su corazón dio un palpito. Pero no había miedo en la cara de Amatis, no en realidad. Se parecía a cuando Clary y

Luke habían aparecido de repente en su puerta. Parecía como si hubiera visto un fantasma.

-Clary –dijo ella lentamente–. Alguien ha venido a verte...

Antes de que pudiera terminar, ese alguien se coló en la cocina. Amatis se apartó, y Clary tuvo su primera buena visión del intruso..., una mujer estilizada, vestida de negro. Lo primero que Clary vio fue el atuendo de Cazador de Sombras y casi no la reconoció, no hasta que sus ojos alcanzaron el rostro de la mujer y su estómago abandonó su cuerpo de la manera en que lo había hecho cuando Jace había conducido la motocicleta más allá del borde del tejado del Dumort, una caída de diez.

Era su madre.

PARTE TERCERA

El Camino al Cielo

*Oh, sí, sé que el camino al cielo era fácil.
Encontramos el pequeño reino de nuestra pasión,
que todo puede compartirse por quienes siguen el camino de los amantes.
En una felicidad salvaje y secreta tropezamos;
y los dioses y demonios chillaron en nuestros sentidos.*

Siegfried Sassoon, *El Amante Imperfecto*.

ARTÍCULOS DE FE

Desde la noche en que había llegado a casa para descubrir que su madre no estaba, Clary había imaginado verla otra vez, bien y sana, tan a menudo que sus imaginaciones habían adquirido la calidad de una fotografía que hubiera llegado a perder el color por ser sacada y contemplada demasiadas veces. Esas imágenes se alzaban ante ella ahora, incluso mientras miraba con incredulidad, imágenes en las que su madre, pareciendo sana y feliz, abrazaba a Clary y le decía cuánto la había echado de menos pero que todo iba a estar bien ahora.

La madre de sus imaginaciones se parecía muy poco a la mujer que estaba frente a ella ahora. Recordaba a Jocelyn tan dulce y artística, un poco bohemia con su bata salpicada de pintura, su cabello rojo en trenzas o sujeto con un lápiz en un moño desordenado. Esta Jocelyn era tan brillante y angulosa como un cuchillo, su cabello severamente estirado hacia atrás, sin un mechón fuera de su sitio; el riguroso negro de su equipación hacía que su rostro pareciera pálido y duro. No era su expresión la que había imaginado Clary: en vez de llena de alegría, había algo muy parecido al horror en la forma en la que miraba a Clary, con sus ojos verdes muy abiertos.

-Clary –respiró ella–, tus *ropas*.

Clary miró hacia abajo para verse. Llevaba puesta la equipación de Cazadora de Sombras de Amatis; exactamente lo que su madre había pasado su vida entera asegurándose de que su hija nunca tuviera que usar. Clary tragó con fuerza y se puso en pie, agarrando firmemente el borde de la mesa con las manos. Podía ver cuán blancos estaban los nudillos, pero sentía las manos desconectadas de su cuerpo de algún modo, como si pertenecieran a otra persona.

Jocelyn dio unos pasos hacia ella, extendiendo los brazos.

-Clary...

Y Clary se encontró a sí misma echándose hacia atrás, tan deprisa que golpeó la encimera con la zona de los riñones. El dolor estalló, pero ella apenas lo notaba; estaba mirando fijamente a su madre.

También lo estaba Simon, con la boca ligeramente abierta; Amatis, también, parecía anonadada. Isabelle se puso en pie, situándose entre Clary

y su madre. Su mano se deslizó bajo el delantal, y Clary tuvo la sensación, cuando la sacó, de que estaba sosteniendo su airoso látigo electrum.

-¿Qué está pasando aquí? –exigió Isabelle–. ¿Quién eres?

Su fuerte voz vaciló ligeramente cuando pareció captar la expresión del rostro de Jocelyn; Jocelyn estaba mirándola, con la mano sobre su corazón.

-*Maryse*. –La voz de Jocelyn era apenas un susurro.

Isabelle parecía sobresaltada.

-¿Cómo sabes el nombre de mi madre?

El color entró en el rostro de Jocelyn con un rubor.

-Por supuesto. Eres la hija de *Maryse*. Es sólo... que te pareces tanto a ella. –Bajó lentamente la mano–. Soy Jocelyn Fr... Fairchild. Soy la madre de Clary.

Isabelle sacó la mano de debajo del delantal y echó un vistazo a Clary, sus ojos llenos de confusión.

-Pero no estaba en el hospital..., en Nueva York...

-Lo estaba –dijo Jocelyn con una voz más firme–, pero gracias a mi hija, estoy muy bien ahora. Y me gustaría estar un momento con ella.

-No estoy segura –dijo Amatis–, de que ella quiera un momento contigo. –Extendió una mano y la puso sobre el hombro de Jocelyn–. Esto debe ser un shock para ella...

Jocelyn se deshizo de Amatis y se fue hacia Clary, extendiendo las manos.

-Clary...

Al final Clary encontró su voz. Era una voz de frío glacial, tan enfadada que le sorprendió.

-¿Cómo has llegado aquí, Jocelyn?

Su madre se quedó parada como muerta, una mirada de incertidumbre pasó sobre su rostro.

-Utilicé un Portal justo a las afueras de la ciudad con Magnus Bane. Ayer vino en mi busca al hospital... Traía el antídoto. Él me ha contado todo lo que hiciste por mí. Todo lo que he querido desde que me desperté era verte... –Su voz se fue apagando–. Clary, ¿algo va mal?

-¿Por qué nunca me dijiste que tenía un hermano? –dijo Clary. No era lo que había esperado decir, no era lo que había planeado que tenía que salir de su boca. Pero ahí estaba.

Jocelyn dejó caer las manos.

-Pensé que estaba muerto. Pensé que sólo te haría daño saberlo.

-Déjame decirte algo, mamá –dijo Clary–. Saber es mejor que no saber. En todo momento.

-Lo siento... –comenzó Jocelyn.

-¿*Lo siento*? –La voz de Clary se elevó; era como si algo en su interior se hubiera abierto con violencia y todo se estuviera derramando, toda su amargura, toda su furia contenida–. ¿Quieres explicarme por qué nunca me

dijiste que era una Cazadora de Sombras? ¿O que mi padre todavía estaba vivo? Oh, ¿y qué me dices sobre lo de pagar a Magnus para que robara mis recuerdos?

-Estaba intentando protegerte...

-Bien, ¡pues hiciste un *mal* trabajo! –La voz de Clary se alzó–. ¿Qué esperabas que me ocurriera después de que desaparecieras? Si no hubiera sido por Jace y los demás, estaría muerta. Nunca me enseñaste cómo protegerme a mí misma. Nunca me dijiste lo peligrosas que eran las cosas en realidad. ¿Qué pensaste? ¿Que si no podía ver las cosas malas, eso significaba que ellas no me podían ver a mí? –Sus ojos ardían–. Tú sabías que Valentine no estaba muerto. Le dijiste a Luke que creías que todavía estaba vivo.

-Ese es el por qué de que tuviera que ocultarte –dijo Jocelyn–. No podía arriesgarme a dejar que Valentine supiera dónde estabas. No podía dejarle tocarte...

-Porque él convirtió a tu primer hijo en un monstruo –dijo Clary–, y no querías que hiciera lo mismo conmigo.

Enmudecida por el horror, Jocelyn sólo pudo mirarla fijamente.

-Sí –dijo finalmente–. Sí, pero eso no es todo lo que pasó, Clary...

-Robaste mis recuerdos –dijo Clary–. Me los arrebataste. Me arrebataste lo que yo era.

-¡Eso no es quien tú eres! –gritó Jocelyn–. Nunca quise que eso fuera quien tú eres...

-¡No importa lo que tú quisieras! –gritó Clary–. ¡Es lo que soy! ¡Me quitaste todo eso y *no te pertenecía a ti!*

Jocelyn estaba pálida. Las lágrimas asomaron a los ojos de Clary... No podía soportar ver a su madre así, verla sufrir tanto, pero era ella la que estaba haciéndole daño..., y sabía que si abría la boca otra vez, saldrían más palabras terribles, más cosas llenas de odio y enfado. Se puso la mano sobre la boca y se fue como una flecha hacia el vestíbulo, pasando junto a su madre y junto a la mano extendida de Simon. Todo lo que quería era salir de allí. Empujando ciegamente la puerta de entrada, medio cayó fuera en la calle. Detrás de ella, alguien la llamaba, pero no se volvió. Ya estaba corriendo.

Jace estaba algo sorprendido al descubrir que Sebastian había preferido dejar el caballo de los Verlac en vez de marcharse al galope la noche que huyó. Quizás él temió que Caminante pudiese ser rastreado de alguna manera.

Lo que le dio a Jace una cierta satisfacción al ensillar al semental y montarlo en su camino fuera de la ciudad. Lo cierto es que si Sebastian hubiera querido realmente a Caminante, no lo habría dejado atrás..., y además, el caballo no había pertenecido en realidad a Sebastian para

empezar. Pero el hecho era que a Jace le gustaban los caballos. La última vez que había montado uno tenía diez años, pero los recuerdos, estaba él contento de notar, regresaban con rapidez.

Le había llevado a él y a Clary seis horas ir caminando de la casa solariega de los Wayland a Alicante. Le llevó unas dos horas volver allí, montando casi al galope. Para cuando se detuvieron sobre la cresta de la colina que miraba a la casa y los jardines, ambos, él y el caballo, estaban cubiertos con un brillo luminoso de sudor.

Las protecciones de equivocación de camino que habían ocultado la casa se habían destruido junto con sus cimientos. Lo que quedaba de lo que una vez fue un elegante edificio era un montón de piedra ardiendo lentamente. Los jardines, quemados por los bordes ahora, todavía le traían recuerdos del tiempo que él había vivido allí cuando era niño. Estaban los rosales, despojados de sus flores ahora y ensartado de verde maleza; los bancos de piedra que estaban situados junto a los estanques vacíos; y el vacío sobre el suelo donde él había yacido con Clary la noche que la casa solariega se derrumbó. Podía ver el destellar azul del lago cercano entre los árboles.

Una oleada de amargura le atrapó. Metió la mano en el bolsillo y sacó primero una estela –la había tomada “prestada” de la habitación de Alec antes de marcharse, en reemplazo de la que Clary había perdido, ya que Alec siempre podría obtener otra– y luego el hilo que había tomado de la manga del abrigo de Clary. Lo tenía sobre la palma de la mano, manchado de rojo oscuro en un extremo. Él cerró el puño a su alrededor, con suficiente fuerza para que los huesos se distinguieran bajo su piel, y con la estela trazó una runa sobre el anverso de la mano. El escozor era más familiar que doloroso. Observó la runa hundirse en su piel como una piedra hundiéndose a través del agua, y cerró los ojos.

En vez de la parte posterior de sus párpados él vio un valle. El estaba sobre una colina mirando hacia abajo, y como si estuviera ojeando un mapa que ubicara con exactitud su localización, supo exactamente dónde estaba. Se acordó de cómo la Inquisidor había sabido exactamente dónde estaba el buque de Valentine en medio del East River y se dio cuenta, *‘Así es cómo lo hizo.’* Cada detalle estaba claro –cada brizna de hierba, el sembrado de hojas tostadas– pero no había sonido. La escena era inquietantemente silenciosa.

El valle era una herradura con un extremo más estrecho que el otro. Un brillante riel plateado de agua, un arroyo o riachuelo, corría a través de su centro y desaparecía entre las rocas en el extremo estrecho. Junto al arroyo estaba situada una casa de piedra gris, echando humo blanco por su cuadrada chimenea. Era una extraña escena pastoril, tranquila bajo la mirada azul del cielo. Mientras observaba, una figura esbelta entró en su visión. Sebastian. Ahora que ya no estaba preocupado por fingir, su

arrogancia era manifiesta en la forma en la que caminaba, en el sobresalir de los hombros, en la débil sonrisilla de suficiencia de su rostro. Sebastian estaba arrodillado a un lado del arroyo y sumergía las manos en él, salpicando agua sobre su rostro y su cabello.

Jace abrió los ojos. Bajo él, Caminante pacía hierba con satisfacción. Jace devolvió la estela y el hilo a su bolsillo, y con un último vistazo a las ruinas de la casa en la que él se crió, tiró de las riendas y clavó los talones a los lados del caballo.

Clary estaba tendida sobre la hierba cerca de los límites de la Colina de Gard y miraba hacia abajo, hacia Alicante, de forma taciturna. La vista desde allí era bastante espectacular, ella tenía que admitirlo. Podía inspeccionar los tejados de la ciudad, con sus elegantes esculturas y sus veletas marcadas con runas, más allá de las agujas del Salón de los Acuerdos, hacia algo que relucía a lo lejos como el canto de una moneda de plata... ¿El Lago Lyn? Las ruinas negras del Gard se cernían detrás de ella, y las torres demonio brillaban como cristal. Clary pensaba que casi podía ver las protecciones, resplandeciendo como una red invisible entretejiéndose alrededor de los límites de la ciudad.

Ella bajó la mirada hacia sus manos. Había arrancado varios puñados de hierba con sus últimos accesos de enfado, y los dedos estaban pegajosos por la suciedad y la sangre donde se había roto una uña por la mitad. Una vez pasada la ira, una sensación de vacío total la sustituyó. Ella no se había dado cuenta de lo enfadada que estaba con su madre, no hasta que atravesó la puerta y Clary hizo a un lado el pánico por la vida de Jocelyn y se dio cuenta de lo que yacía bajo eso. Ahora que estaba más tranquila, se preguntaba si parte de ella había querido castigar a su madre por lo que le había ocurrido a Jace. Si éste no hubiera sido engañado –si ambos no lo hubieran sido– entonces, quizás la sacudida de descubrir lo que le había hecho Valentine cuando era tan sólo un bebé no le habría conducido a asumir un gesto, que Clary no podía remediar sentir que estaba muy cercano al suicidio.

-¿Te importa si me uno a ti?

Ella saltó sorprendida y rodó sobre un lado para mirar hacia arriba. Simon estaba por encima de ella, con las manos en los bolsillos. Alguien – Isabelle, probablemente– le había dado una chaqueta oscura de la cosa esa negra y resistente que utilizaban los Cazadores de Sombras para sus equipaciones. Un vampiro con equipación, pensó Clary, preguntándose si sería el primero.

-Te has acercado sigilosamente a mí –dijo ella–. Supongo que no soy muy Cazadora de Sombras, huh.

Simon se encogió de hombros.

-Bueno, en tu defensa, me muevo con la silenciosa gracia de una pantera.

A pesar de sí misma, Clary sonrió. Ella se sentó, sacudiéndose la suciedad de las manos.

-Adelante, únete a mí. Esta fiesta de deprimidos está abierta a todos.

Sentándose a su lado, Simon contempló la ciudad y dio un silbido.

-Bonita vista.

-Lo es. –Clary lo miró de soslayo–. ¿Cómo me has encontrado?

-Bueno, me ha llevado unas cuantas horas. –él sonrió torciendo la boca un poco–. Luego, recordé cuando solíamos pelearnos, después de primer grado, cómo te ibas y te enfurruñabas en mi tejado y mi madre tenía que bajarte.

-¿Y?

-Te conozco –dijo él–. Cuando te disgustas, te pones rumbo a las alturas.

Él le tendió algo, su abrigo verde bien doblado. Ella lo cogió y se lo puso, el pobre mostrando ya distintas señales de uso. Tenía incluso un pequeño agujero en el codo lo suficientemente grande para pasar un dedo por él.

-Gracias, Simon. –Ella entrelazó las manos alrededor de sus rodillas y miró fijamente la ciudad. El sol estaba bajo en el cielo, y las torres habían comenzado a reflejar un rosa débilmente rojizo–. ¿Te ha enviado mi madre aquí arriba a por mí?

Simon sacudió la cabeza.

-Luke, en realidad. Y sólo me pidió que te dijera que si podías regresar antes de la puesta de sol. Alguna cosa bastante importante está sucediendo.

-¿Qué tipo de cosa?

-Luke le ha dado a la Clave hasta la puesta de sol para decidir si están de acuerdo en dar a los Submundos escaños en el Concilio. Los Submundos están viniendo todos a la Puerta Norte al crepúsculo. Si la Clave accede, podrán entrar en Alicante. Si no...

-Se les despacha –finalizó Clary–. Y la Clave se rinde a Valentine.

-Sí.

-Accederán –dijo Clary–. Tienen que hacerlo. –Ella se abrazó las rodillas–. Nunca elegirían a Valentine. Nadie lo haría.

-Me alegra ver que tu idealismo no se ha dañado –dijo Simon, aunque su voz era ligera, Clary escuchó otra voz a través de ésta. La de Jace, diciendo que él no era un idealista, y ella se estremeció a pesar del abrigo que llevaba.

-¿Simon? –dijo ella–. Tengo una pregunta estúpida.

-¿Cuál es?

-¿Has dormido con Isabelle?

Simon hizo un ruido ahogado. Clary se giró lentamente para mirarle.

-¿Estás bien? –preguntó ella.

-Eso creo –dijo, recobrando su desenvoltura con aparente esfuerzo–.

¿Lo dices en serio?

-Bueno, *estuviste* fuera toda la noche.

Simon se quedó en silencio por un largo momento. Finalmente, dijo:

-No estoy seguro de que sea asunto tuyo, pero no.

-Bien –dijo Clary después de una juiciosa pausa–. Supongo que tú no te aprovecharías de ella ahora que está desolada por la pena y eso.

Simon resopló.

-Si alguna vez conoces al hombre que pueda aprovecharse de Isabelle, tendrás que hacérmelo saber. Me gustaría estrecharle la mano. O huir de él muy rápido, no estoy seguro de qué.

-Entonces, no estás saliendo con Isabelle.

-Clary –dijo Simon–, ¿por qué me estás preguntando por Isabelle? ¿No quieres hablar acerca de tu madre? ¿O acerca de Jace? Izzy me ha dicho que él se fue. Sé cómo te debes estar sintiendo.

-No –dijo Clary–. No, no creo que lo hagas.

-No eres la única persona que se haya sentido abandonada alguna vez. –Había un filo de impaciencia en la voz de Simon–. Supongo que sólo he pensado... Me refiero a que nunca te he visto tan enfadada. Y con tu madre. Pensaba que la echabas de menos.

-¿Por supuesto que la echaba de menos! –dijo Clary dándose cuenta incluso mientras lo decía de cómo debía de haberse visto la escena de la cocina. Especialmente para su madre. Ella alejó ese pensamiento–. Es sólo que he estado tan concentrada en salvarla..., salvándola de Valentine, luego buscando una manera de curarla..., que nunca me paré a pensar en lo enfadada que estaba porque ella me hubiera mentido todos estos años. Que me ocultara todo esto, que me ocultara la verdad sobre mí. Que nunca me dejara saber quién soy en realidad.

-Pero eso no fue lo que dijiste cuando entró en la habitación –dijo Simon en voz baja–. Tú dijiste, ¿Por qué no me dijiste nunca que tenía un hermano?´

-Lo sé. –Clary arrancó una brizna de hierba, moviéndola entre los dedos–. Supongo que no puedo remediar el pensar que si hubiese sabido la verdad, no habría conocido a Jace de la forma en que lo hice. No me habría enamorado de él.

Simon se quedó en silencio un momento.

-No creo que te haya oído nunca decir eso antes.

-¿Que lo amo? –Ella se rió, pero sonaba sombrío incluso a sus oídos–. Parece inútil fingir que no, a estas alturas. Tal vez no importe. Probablemente nunca lo volveré a ver de nuevo, de todos modos.

-Él regresará.

-Tal vez.

-Regresará –dijo Simon otra vez–. Por ti.

-No lo sé. –Clary sacudió la cabeza.

Estaba haciendo más frío mientras el sol bajaba para tocar el filo del horizonte. Ella entrecerró los ojos, echándose hacia delante, observando fijamente.

-Simon. Mira.

Él siguió su mirada. Más allá de las protecciones, en la Puerta Norte de la ciudad, cientos de figuras oscuras congregándose, algunas reunidas en grupos, otras manteniéndose apartadas: los Submundos a los que Luke había llamado para ayudar a la ciudad, esperando pacientemente la resolución de la Clave para dejarlos entrar.

Un escalofrío bajó por la columna de Clary. Ella no sólo estaba situada sobre la cresta de esta colina, mirando la caída en picado hasta la ciudad allá abajo, sino al borde de una crisis, de un acontecimiento que cambiaría el funcionamiento de todo el mundo de los Cazadores de Sombras.

-Están aquí –dijo Simon casi para él mismo–. Me pregunto si eso significa que la Clave se ha decidido.

-Eso espero. –La brizna de hierba que Clary había estado moviendo era un destrozado rodillo verde; la tiró a un lado y arrancó otra –No sé lo que haría si decidieran rendirse a Valentine. Tal vez pueda crear un Portal que nos lleve a todos nosotros lejos, a algún lugar en el que Valentine nunca nos encuentre. Una isla desierta o algo así.

-Está bien, yo también me hago una pregunta estúpida –dijo Simon–. Tú puedes crear runas nuevas, ¿correcto? ¿Por qué no puedes simplemente crear una para destruir a todos los demonios del mundo? ¿O para matar a Valentine?

-No funciona así –dijo Clary–. Sólo puedo crear runas que puedo visualizar. La imagen completa tiene que entrar en mi cabeza, como una pintura. Cuando intento visualizar “matar a Valentine” o “controlar el mundo” o lo que sea, no obtengo ninguna imagen. Sólo ruido blanco.

-Pero, ¿de dónde crees que vienen las imágenes de las runas?

-No lo sé –dijo Clary–. Todas las runas que conocen los Cazadores de Sombras vienen del Libro Gris. Por eso es que sólo pueden ser puestas sobre Nephilim; es para eso para lo que son. Pero hay otras runas más antiguas. Magnus me contó eso. Como la Marca de Caín. Era una Marca de protección, pero no es del Libro Gris. Así que, cuando pienso en esas runas, como la runa Sin Miedo, no sé si es algo que estoy inventando yo o algo que estoy *recordando*..., runas más antiguas que los Cazadores de Sombras. Runas tan antiguas como los propios ángeles.

Ella pensó en la runa que Ithuriel le había mostrado, la que era tan simple como un nudo. ¿Había venido de su propia mente o de la del ángel? ¿O era algo que simplemente había existido siempre, como el mar o el cielo? Este pensamiento le hizo estremecerse.

-¿Tienes frío? –preguntó Simon.

-Sí... ¿Tú no?

-Yo ya no siento frío. –Él puso un brazo alrededor de ella, con la mano frotando su espalda con lentos círculos. Se rió con pena–. Supongo que esto probablemente no ayuda mucho, que conmigo nadie entra en calor en absoluto.

-No –dijo Clary–. Quiero decir..., sí, ayuda. Estar así. –Ella subió la mirada hacia él.

Él estaba mirando hacia abajo, a la Puerta Norte, alrededor de la cual las oscuras figuras de los Submundos se aglomeraban todavía, casi inmóviles. La luz roja de las torres demonio se reflejaba en sus ojos; se parecía a alguien en una fotografía tomada con flash. Ella podía ver las venas de un débil azul extendiéndose justo por debajo de la superficie de su piel por donde ésta era más fina: en las sienes, en la base de la clavícula. Ella sabía lo suficiente sobre vampiros para conocer que esto significaba que había pasado tiempo desde la última vez que se había alimentado.

-¿Tienes hambre?

Ahora su mirada bajó hasta ella.

-¿Temes que vaya a morderte?

-Tú sabes que tienes mi sangre a tu disposición para cuando quieras.

Un escalofrío, no de frío, le atravesó, y la apretó con más fuerza contra su costado.

-Yo nunca haría eso –dijo él. Y luego, más a la ligera añadió–. Además, ya he bebido la sangre de Jace... Ya me he alimentado suficiente de mis amigos.

Clary pensó en las cicatrices plateadas sobre un lateral de la garganta de Jace. Lentamente, su mente aún llena de la imagen de Jace, dijo:

-¿Crees que ese sea el por qué...?

-¿El por qué de qué?

-El por qué de que no te dañe la luz del sol. Quiero decir, te hacía daño antes de eso, ¿no? ¿Antes de aquella noche en el buque?

Él asintió con la cabeza a regañadientes.

-Así que, ¿sucedió algo más? ¿O es sólo que bebiste su sangre?

-¿Te refieres a porque él es un Nephilim? No. No, es algo más. Tú y Jace..., no sois muy normales, ¿no? Quiero decir, no Cazadores de Sombras normales. Hay algo especial en vosotros. Como dijo la Reina Seelie. Fuisteis experimentos. –Él sonrió ante su aspecto de sobresalto–. No soy estúpido. Puedo relacionar estas cosas. Tú, con tus poderes de runas, y Jace, bueno..., nadie podría ser así de pesado sin algún tipo de ayuda sobrenatural.

-¿De verdad te disgusta tanto?

-Jace no me disgusta –protestó Simon–. Me refiero a que, le detestaba al principio, claro. Parecía tan prepotente y seguro de sí mismo, y tú actuabas como si él sostuviera la luna...

-No lo hacía.

-Déjame terminar, Clary. –Había un tono jadeante en la voz de Simon, si se pudiese decir que alguien que nunca respiraba pudiera jadear. Él sonaba como si estuviera corriendo hacia algo–. No podía decir cuánto te gustaba él, y pensaba que él te estaba utilizando, que tú sólo eras una estúpida chica mundana a la que él podía impresionar con sus trucos de Cazador de Sombras. Primero, me dije a mí mismo que tú nunca caerías en eso, y luego que, incluso si lo hacías, él se cansaría de ti al final y volverías a mí. No estoy orgulloso de eso, pero cuando estás desesperado, crees cualquier cosa, supongo. Y luego, cuando él resultó ser tu hermano, pareció como un indulto en el último minuto..., y me alegré. Me alegré incluso de ver cuánto parecía estar sufriendo él, hasta esa noche en la Corte Seelie cuando le besaste. Yo no podía ver...

-¿Ver el qué? –dijo Clary, incapaz de soportar la pausa.

-La manera en la que él te miraba. Lo pillé entonces. Él nunca te utilizó. Te amaba, y eso le estaba matando.

-¿Es por eso que fuiste al Dumort? –susurró Clary. Eso era algo que siempre quiso saber pero que nunca había sido capaz de preguntar.

-¿Debido a ti y a Jace? No de ninguna manera, no. Desde aquella noche en el hotel, estuve queriendo volver. Soñaba con ello. Y me despertaba fuera de la cama, vistiéndome, o ya en la calle, y sabía que quería volver al hotel. Ni siquiera se me ocurrió nunca que fuese algo sobrenatural... pensaba que era estrés postraumático o algo así. Esa noche, estaba tan agotado y enfadado, y estábamos tan cerca del hotel, y era de noche... Ni siquiera recuerdo lo que pasó. Sólo recuerdo alejarme del parque, y luego..., nada.

-Pero si no estabas enfadado conmigo..., si nosotros no te alteramos...

-No es que tuvierais mucha elección –dijo Simon–. Y no es que yo no lo supiera. Sólo puedes sepultar la verdad por un tiempo, luego emerge de nuevo. Mi error fue no contarte lo que estaba sucediendo conmigo, no contarte lo de los sueños. Pero no me arrepiento de salir contigo. Me alegro de que lo intentáramos. Y te quiero por intentarlo, incluso aunque nunca fuera a funcionar.

-Yo quería tanto que funcionara –dijo Clary bajito–. Nunca quise hacerte daño.

-Yo no lo habría cambiado –dijo Simon–. No habría dejado de amarte. No, para nada. ¿Sabes que me dijo Raphael? Que yo no sabía cómo ser un buen vampiro, que los vampiros aceptan que están muertos. Pero mientras yo recuerde cómo era amarte, siempre me sentiré vivo.

-Simon...

-Mira. –Él la cortó con un gesto, sus ojos oscuros ensanchándose–. Ahí abajo.

El sol era una tajada roja sobre el horizonte; mientras ella miraba, éste parpadeó y se desvaneció, desapareciendo tras el borde oscuro del mundo. Las torres demonio de Alicante brillaron con una repentina vida incandescente. A su luz Clary pudo ver la oscura multitud pululando inquietamente alrededor de la Puerta Norte.

-¿Qué está pasando? –susurró ella–. El sol se ha puesto, ¿por qué no se están abriendo las puertas?

Simon estaba inmóvil.

-La Clave –dijo él–, ellos deben de haber dicho no a Luke.

-¡Pero no pueden haber hecho eso! –La voz de Clary se elevó repentinamente–. Eso significaría...

-Van a rendirse a Valentine.

-¡No pueden! –Clary gritó de nuevo, pero incluso mientras estaba mirando, podía ver los grupos de figuras oscuras rodeando las protecciones, volviéndose y alejándose de la ciudad, saliendo en tropel como hormigas fuera de un hormiguero destruido.

El rostro de Simon estaba cerúleo con la luz desvaneciéndose.

-Supongo –dijo él–, que realmente nos odian tanto. De verdad prefieren elegir a Valentine.

-No es odio –dijo Clary–, es que tienen miedo. Incluso Valentine tuvo miedo. –Ella dijo esto sin pensar, y mientras lo decía se daba cuenta de que era verdad–. Miedo y celos.

Simon le dirigió una mirada de sorpresa.

-¿Celos?

Pero Clary había vuelto al sueño que Ithuriel le había mostrado, la voz de Valentine haciendo eco en sus oídos. *“Quería preguntarle por qué. Por qué nos creó, a su raza de Cazadores de Sombras, pero no nos dio los poderes que tienen los Submundos..., la velocidad de los lobos, la inmortalidad del Reino de las Hadas, la magia de los brujos, incluso la resistencia de los vampiros. Él nos dejó desprotegidos ante los huéspedes del infierno a no ser por estas líneas pintadas sobre nuestra piel. ¿Por qué deben ser sus poderes mayores que los nuestros? ¿Por qué no podemos participar de lo que ellos tienen?”*

Sus labios se despegaron y bajó la mirada ciegamente hacia la ciudad. Ella era vagamente consciente de que Simon estuviera diciendo su nombre, su mente estaba trabajando a la carrera. El ángel podía haberle mostrado cualquier cosa, pensó ella, pero había elegido mostrarle esas escenas, esos recuerdos, por una razón. Pensó en Valentine gritando, *“¡Que nosotros debemos estar ligados a los Submundos, atados a esas criaturas!”*

Y una runa. La que había soñado. La runa tan simple como un nudo.

“¿Por qué no podemos participar de lo que ellos tienen?”

-De unión –dijo ella en voz alta–. Es una runa de unión. Une la preferencia y la aversión.

-¿Qué? –Simon levantó la mirada hacia ella con confusión.

Ella se levantó tambaleándose, sacudiéndose la suciedad.

-Tengo que bajar ahí. ¿Dónde están?

-¿Dónde están quienes? Clary...

-La *Clave*. ¿Dónde están reunidos? ¿Dónde está Luke?

Simon se puso en pie.

-En el Salón de los Acuerdos. Clary...

Pero ella ya estaba corriendo hacia el sendero serpenteante que llevaba a la ciudad. Maldiciendo bajo la respiración, Simon la siguió.

“Dicen que todos los caminos llevan al Salón.” Las palabras de Sebastian golpeteaban una y otra vez en la cabeza de Clary mientras bajaba a toda velocidad por las estrechas calles de Alicante. Esperaba que fuera verdad, porque si no definitivamente iba a perderse. Las calles giraban en extraños ángulos, no como las encantadoras calles cuadriculadas de Manhattan. En Manhattan siempre sabías dónde estabas. Todo estaba claramente numerado y trazado. Esto era un laberinto. Ella se lanzó como una flecha por un diminuto callejón y bajó por uno de los estrechos caminos del canal, sabiendo que si seguía el agua, finalmente saldría a la Plaza del Ángel. Para su sorpresa, el camino la llevó junto a la casa de Amatis, y entonces se encontró corriendo a toda velocidad y jadeando por una familiar calle curva y más ancha. Ésta salía a la plaza, el Salón de los Acuerdos alzándose enorme y blanco ante ella, la estatua del ángel reluciendo en el centro de la plaza. De pie al lado de la estatua estaba Simon, con los brazos cruzados, contemplándola oscuramente.

-Podrías haber esperado –dijo él.

Ella se inclinó hacia delante, las manos sobre las rodillas, recuperando la respiración.

-Tú..., realmente no puedes decir eso..., ya que llegas aquí antes que yo de todas formas.

-Velocidad de vampiro –dijo Simon con satisfacción–. Cuando volvamos a casa, debería correr en competición.

-Eso sería... hacer trampas. –Con una última respiración profunda Clary se incorporó y se sacó el cabello húmedo por el sudor de los ojos–. Vamos. Vamos dentro.

El Salón estaba lleno de Cazadores de Sombras, más Cazadores de Sombras de los que Clary había visto nunca antes en un solo lugar, incluso la noche del ataque de Valentine. Sus voces se alzaban en un clamor como una avalancha retumbante; la mayoría de ellos se habían reunido en vociferantes y beligerantes grupos..., el estrado estaba desierto, el mapa de Idris colgando desamparado detrás.

Ella miró alrededor buscando a Luke. Le llevó un momento encontrarle, inclinado contra un pilar con los ojos medio cerrados. Su aspecto era horrible..., medio muerto, sus hombros hundidos. Amatis estaba a su lado, apretando su hombro con preocupación. Clary buscó a su alrededor, pero Jocelyn no estaba en ningún sitio donde pudiera ser vista por la multitud.

Por sólo un momento ella vaciló. Luego, pensó en Jace, yendo tras Valentine, haciéndolo solo, sabiendo que bien podría acabar matándose. Él sabía que era parte de esto, una parte de todo esto, y ella lo era también..., siempre lo había sido, incluso cuando no lo sabía. La adrenalina aún estaba recorriendo su percepción en agudos pinchazos, haciendo que todo pareciera más claro. Casi demasiado claro. Ella apretó la mano de Simon.

-Deséame suerte –dijo ella, y luego sus pies la llevaron hacia los escalones del estrado, casi sin volición, y entonces estuvo en pie sobre el estrado y volviendo el rostro a la multitud.

No estaba segura de lo había esperado. ¿Gritos ahogados de sorpresa? ¿Un mar de murmullos, rostros expectantes? Ellos apenas la notaron..., sólo Luke miró hacia arriba, como si la hubiera sentido allí, y se quedó congelado con aspecto de asombro en su rostro. Y había alguien que venía hacia ella a través de la multitud..., un hombre alto con huesos tan prominentes como la proa de un barco de vela.

El Cónsul Malachi. Él estaba haciéndole gestos para que bajara del estrado, sacudiendo la cabeza y gritando algo que ella no podía oír. Más Cazadores de Sombras se estaban volviendo ahora hacia ella, mientras él se abría camino entre el gentío.

Clary tenía lo que quería ahora, todos los ojos estaban clavados sobre ella. Oía los cuchicheos corriendo a través de la multitud: *‘Es ella. Es la hija de Valentine’*.

-Tiene razón –dijo ella, lanzando su voz tan lejos y tan alta como podía–. Yo soy la hija de Valentine. Ni siquiera sabía que él era mi padre hasta hace unas cuantas semanas. Ni siquiera sabía que él *existía* hasta hace unas cuantas semanas. Sé que muchos de vosotros vais a creer que no es verdad, y está bien. Creed lo que queráis. Mientras también creáis que yo sé cosas de Valentine que vosotros no sabéis, cosas que pueden ayudaros a ganar esta batalla contra él... *Si tan sólo me dejarais contaros lo que es*.

-Ridículo. –Malachi estaba al pie de los escalones del estrado–. Esto es ridículo. Sólo eres una chiquilla...

-Ella es la hija de Jocelyn Fairchild. –Era Patrick Penhallow. Habiéndose abierto camino hacia el frente de la multitud, levantó una mano–. Deja que la chica dé su opinión, Malachi.

La muchedumbre estaba zumbando.

-Tú –dijo Clary al Cónsul–. Tú y el Inquisidor metisteis a mi amigo Simon en prisión...

Malachi adoptó una mueca desdeñosa.

-¿Tu amigo el vampiro?

-Él me dijo que le preguntasteis qué le había sucedido al buque de Valentine esa noche en el East River. Vosotros pensasteis que Valentine debió hacer algo, algún tipo de magia negra. Bien, pues no lo hizo. Si queréis saber qué destruyó ese barco, la respuesta soy yo. Yo lo hice.

La risa de incredulidad de Malachi era el eco de otras tantas en la multitud. Luke estaba mirándola, sacudiendo la cabeza pero Clary prosiguió.

-Lo hice con una runa –dijo–. Era una runa tan fuerte que hizo que el barco se partiera en pedazos. Puedo crear nuevas runas. No sólo las que están en el Libro Gris. Runas nunca vistas antes por nadie..., runas poderosas...

-Es suficiente –rugió Malachi–. Esto es ridículo. Nadie puede crear runas nuevas. Es de una total imposibilidad. –Él se volvió a la multitud–. Al igual que su padre, esta chica no es más que una mentirosa.

-Ella no está mintiendo. –La voz procedía de la parte de atrás de la muchedumbre. Era clara, fuerte y llena de determinación. La multitud se volvió y Clary vio quien había hablado: era Alec. Éste estaba con Isabelle a un lado y Magnus al otro. Simon estaba con ellos, así como Maryse Lightwood. Conformaban un pequeño grupo de aspecto decidido enfrente de las puertas.

-Yo la he visto crear una runa. Ella incluso la utilizó en mí. Funcionó.

-Estás mintiendo –dijo el Cónsul, pero la duda había empezado a aparecer sigilosamente en sus ojos–, para proteger a tu amiga...

-Realmente, Malachi –dijo Maryse de forma seca–. ¿Por qué mentiría mi hijo en algo así, cuando la verdad puede ser descubierta tan fácilmente? Dadle a la chica una estela y dejadle crear una runa.

Un murmullo de asentimiento recorrió el Salón. Patrick Penhallow dio unos pasos hacia delante y alargó una estela a Clary. Ella la tomó con gratitud y se giró de nuevo a la multitud.

Su boca estaba seca. La adrenalina aún estaba corriendo por sus venas, pero ésta no era suficiente para ahogar completamente su miedo al público. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Qué tipo de runa podría crear que convenciera a aquella muchedumbre de que estaba diciendo la verdad? ¿Qué les *demostraría* la verdad?

Ella levantó entonces la mirada, a través de la multitud, y vio a Simon con los Lightwood, mirándola desde el otro extremo del espacio vacío que los separaba. Era la misma manera en la que le había mirado Jace en la casa solariega. Era el hilo que ataba a estos dos chicos a los que ella quería tanto, pensó, su punto en común: ambos creían en ella incluso cuando ella misma no creía.

Mirar a Simon y pensar en Jace, ella bajó la estela y arrastró su punta ardiente contra el interior de su muñeca, donde latía su pulso. No miraba

hacia abajo mientras estaba haciéndolo, sino que dibujaba ciegamente, confiando en sí misma y en la estela para crear la runa que necesitaba. Dibujaba débilmente, suavemente..., la necesitaría sólo para un momento..., pero sin una segunda vacilación. Y cuando estuvo hecha, elevó la cabeza y abrió los ojos.

Lo primero que vio fue a Malachi. Su rostro se había vuelto blanco y se estaba echando hacia atrás lejos de ella con mirada de horror. Él dijo algo, una palabra en un idioma que ella no reconocía, y luego, detrás de él vio a Luke, mirándola fijamente, su boca ligeramente abierta.

-¿Jocelyn? –dijo Luke.

Ella sacudió la cabeza hacia él, sólo ligeramente, alzó la vista a la multitud. Era un borrón de rostros que subía y bajaba de intensidad mientras ella miraba. Algunos estaban sonriendo, otros miraban a su alrededor con sorpresa, otros volviéndose hacia la persona que tenían a su lado. Unos cuantos tenían expresiones de horror o de asombro con las manos puestas sobre sus bocas. Ella vio a Alec mirar rápidamente a Magnus, y luego a ella con incredulidad, a Simon que parecía confundido, y luego a Amatis avanzando hacia el frente, abriéndose camino a empujones junto a la mole de Patrick Penhallow y encaramándose al borde del estrado.

-¡Stephen! –dijo ella alzando la mirada a Clary con una especie de asombro deslumbrado–. ¡Stephen!

-Oh –dijo Clary–. Oh, Amatis, no.

Y entonces ella sintió la runa mágica resbalándose de ella, como si se estuviera despojando de una prenda fina e invisible. El ansioso rostro de Amatis decayó, y ésta se echó hacia atrás alejándose del estrado, su expresión medio alicaída, medio asombrada.

Clary miró hacia la multitud. Estaban totalmente en silencio, todos los rostros vueltos hacia ella.

-Sé exactamente lo habéis visto todos –dijo ella–, y sé que sabéis que este tipo de magia está más allá de cualquier glamour o ilusión. Y la he hecho con una runa, una sola runa, una runa que *he creado yo*. Hay una razón por la que tengo esta capacidad, y sé que puede que no os guste o incluso que no la creáis, pero eso no importa. Lo que importa es que puedo ayudaros a ganar esta batalla contra Valentine, si me dejáis.

-No habrá batalla contra Valentine –dijo Malachi. Él no la miraba a los ojos mientras hablaba–. La Clave ha decidido. Estamos de acuerdo con las condiciones de Valentine y depondremos las armas mañana por la mañana.

-No podéis hacer eso –dijo ella, su voz presentaba un matiz de desesperación–. ¿Creéis que todo irá bien si simplemente os rendís? ¿Creéis que Valentine os dejará seguir viviendo como lo hacíais hasta ahora? ¿Creéis que él limitará su matanza a los demonios y los Submundos? –Ella recorrió la sala con la mirada–. La mayoría de vosotros

no ha visto a Valentine en quince años. Quizás habéis olvidado cómo es él realmente. Pero yo lo sé. Le he oído hablar de sus planes. Vosotros creéis que todavía podréis vivir vuestras vidas bajo el gobierno de Valentine, pero no os será posible. Os controlará completamente, porque siempre podrá amenazaros con destruirlos con los Instrumentos Mortales. Comenzará con los Submundos, por supuesto. Pero luego irá a por la Clave. Los matará a ellos primero porque piensa que son débiles y corruptos. Luego, comenzará con todo aquel que tenga un Submundo en su familia. Quizás un hermano hombre lobo –sus ojos se posaron sobre Amatis–, o una rebelde hija adolescente que sale con el ocasional caballero del reino de las hadas –su ojos fueron a los Lightwood–, o cualquiera que alguna vez se haya hecho amigo de un Submundo. Y luego, dará caza a cualquiera que alguna vez haya contratado los servicios de un brujo. ¿Cuántos de vosotros seríais?

-Eso son tonterías –dijo Malachi secamente–. Valentine no está interesado en destruir a lo Nephilim.

-Pero él piensa que cualquiera que esté vinculado a un Submundo no merece ser llamado Nephilim –insistió Clary–. Mirad, vuestra guerra no es contra Valentine. Es contra los demonios. Mantener a los demonios fuera de este mundo es vuestro cometido, un mandato del cielo. Y un mandato del cielo no es algo que simplemente puedes *ignorar*. Los Submundos odian a los demonios también. Ellos también los destruyen. Si Valentine hace su voluntad, pasará tanto tiempo tratando de asesinar a todo Submundo, y todo Cazador de Sombras que alguna vez haya estado vinculado con ellos, que se olvidará totalmente de los demonios, así como vosotros, porque estaréis muy ocupados temiendo a Valentine. Y ellos invadirán el mundo, y eso será todo.

-Veo a dónde lleva esto –dijo Malachi apretando los dientes–. Nosotros no lucharemos al lado de Submundos en el servicio de una batalla que posiblemente no podemos ganar...

-Pero podéis ganarla –dijo Clary–. Podéis. –Su garganta estaba seca, la cabeza doliéndole y los rostros de la multitud ante ella parecían unirse en un borrón sin rasgos distintivos, salpicado aquí y allá por suaves explosiones de luz blanca. *‘Pero ahora no puedes parar. Tienes que continuar. Tienes que intentarlo’*–. Mi padre odia a los Submundos porque está celoso de ellos –continuó ella, las palabras tropezándose unas con otras–. Celoso y temeroso de todas las cosas que ellos pueden hacer y él no puede. Él odia que de algunas maneras ellos sean más poderosos que los Nephilim, y apostarí a que él no es el único. Es fácil sentir miedo por algo de lo que no participas. –Tomó aliento–. Pero, ¿y si *podierais* compartirlo? ¿Y si yo pudiera hacer una runa que pudiese atar a cada uno de vosotros, a cada Cazador de Sombras, con un Submundo que luche a su lado, y *podierais compartir sus poderes*? Podríais curar con la rapidez de un vampiro, ser tan fuertes como un hombre lobo o tan veloces como un

caballero del reino de las hadas. Y ellos, a su vez, podrían compartir vuestro entrenamiento, vuestra destreza para la lucha. Podrías ser una fuerza invencible..., si me dejáis marcaros, y si lucháis junto a los Submundos. Porque si no lucháis a su lado, las runas no funcionarán. –Ella hizo una pausa–. Por favor –dijo, pero las palabras fueron casi inaudibles fuera de su garganta seca–. Por favor dejadme marcaros.

Sus palabras cayeron en un resonante silencio. El mundo se movía en un borrón cambiante, y ella se dio cuenta de que había pronunciado la última mitad de su discurso mirando hacia arriba, al techo del Salón y que las suaves explosiones blancas que había visto eran las estrellas saliendo en el cielo nocturno, una por una. El silencio continuó y continuó mientras sus manos, a los lados, se curvaban lentamente hasta hacerse puños. Y luego lentamente, muy lentamente, ella bajó la vista y se encontró con los ojos de la multitud que le devolvía la mirada.



EL RELATO DE LA CAZADORA DE SOMBRAS

Clary se sentó sobre los escalones superiores del Salón de los Acuerdos, vislumbrando la Plaza del Ángel. La luna había salido más temprano y era completamente visible sobre los tejados de las casas. Las torres demonio reflejaban su luz blanca plateada. La oscuridad ocultaba bien las cicatrices y moratones de la ciudad; parecía tranquila bajo el cielo nocturno..., si uno no miraba hacia la Colina del Gard y el perfil de las ruinas de la ciudadela. Los guardias patrullaban la plaza allá abajo, apareciendo y desapareciendo cuando entraban y salían de la iluminación de los faroles de luz mágica. Éstos ignoraban la presencia de Clary con aplicación.

Unos cuantos escalones abajo su Simon estaba andando de un lado para otro, sus pasos completamente insonoros. Tenía las manos en los bolsillos, y cuando se volvió al final de las escaleras para caminar de nuevo hacia ella, la luz de la luna brilló sobre su pálida piel como si fuera una superficie reflectante.

-Deja de dar vueltas –le dijo ella–. Sólo me estás poniendo más nerviosa.

-Lo siento.

-Me siento como si hubiéramos estado aquí fuera desde siempre. –Clary forzó sus oídos, pero no pudo oír más que el murmullo apagado de muchas voces a través de las puertas dobles cerradas del Salón–. ¿Puedes oír lo que están diciendo dentro?

Simon medio cerró los ojos; parecía estar fuertemente concentrado.

-Un poco –dijo él después de una pausa.

-Ojalá estuviera dentro –dijo Clary golpeando los talones contra los escalones con irritación. Luke le había pedido que esperase fuera, en las puertas, mientras la Clave deliberaba; él quería enviar a Amatis fuera con ella, pero Simon había insistido en ir en su lugar, diciendo que sería mejor tener a Amatis dentro, apoyando a Clary–. Ojalá formara parte de la reunión.

-No –dijo Simon–. No lo deseas.

Ella sabía por qué Luke le había pedido que esperase fuera. Podía imaginar lo que estaban diciendo de ella ahí dentro. *Mentirosa. Fenómeno.*

Idiota. Loca. Estúpida. Monstruo. Hija de Valentine. Quizás era mejor quedarse fuera del Salón, pero la tensión de la espera de una decisión de la Clave era casi dolorosa.

-Tal vez pueda escalar por uno de esos –dijo Simon, mirando los gruesos pilares blancos que sostenían el tejado inclinado del Salón. Había runas esculpidas sobre ellos en diseños entrelazados, pero por lo demás no se veían más puntos de agarre–. Es una forma de desahogarse.

-Oh, vamos –dijo Clary–. Eres un vampiro, no Spider-Man.

La única respuesta de Simon fue subir corriendo con gran ligereza las molduras de la base de un pilar. Él lo contempló pensativamente por un momento antes de poner las manos sobre él y empezar a escalar. Clary lo observó con la boca abierta, mientras las yemas de sus dedos y sus pies encontraban agarres imposibles sobre la piedra desnuda.

-¡Eres Spider-Man! –exclamó ella.

Simon echó una ojeada hacia abajo desde su posición, a mitad de camino del pilar.

-Eso te convierte en Mary Jane. Ella es pelirroja –dijo él. Echó una ojeada a la ciudad frunciendo el ceño–. Esperaba poder ver la Puerta Norte desde aquí, pero no estoy suficientemente alto.

Clary sabía por qué quería ver la puerta. Habían sido enviados mensajeros allí para pedir a los Submundos que esperaran mientras la Clave deliberaba, y Clary sólo podía esperar que ellos estuvieran dispuestos a hacerlo. Y si lo estaban, ¿cómo estaría la cosa allí fuera? Clary se imaginaba a la muchedumbre esperando, pululando, especulando...

Las puertas dobles del Salón hicieron un chasquido al abrirse. Una figura delgada se deslizó por el resquicio, cerró la puerta y se volvió para dirigirse a Clary. Ella estaba en la sombra, y sólo cuando avanzó, acercándose a la luz mágica que iluminaba los peldaños, Clary vio el resplandor brillante de su pelo rojo y reconoció a su madre.

Jocelyn miró hacia arriba con expresión de desconcierto.

-Bueno, hola Simon. Me alegro de verte... adaptado.

Simon se soltó del pilar y se dejó caer, aterrizando con suavidad junto a la base. Parecía ligeramente avergonzado.

-Hola, Señora Fray.

-No sé si tiene algún sentido llamarme así ahora –dijo la madre de Clary–. Quizás deberías llamarme sólo Jocelyn. –Ella vaciló–. Tú sabes, extraña como es esta... situación..., es bueno verte aquí con Clary. No puedo recordar la última vez que estuvisteis separados.

Simon parecía sumamente avergonzado.

-Yo también me alegro de verla.

-Gracias, Simon. –Jocelyn dirigió una mirada a su hija–. Y ahora, Clary, ¿estaría bien que habláramos un momento? ¿A solas?

Clary, sentada inmóvil por un largo momento, miraba a su madre. Era difícil no sentir que estaba mirando a una extraña. Sentía la garganta tensa, casi demasiado tensa para hablar. Ella echó un vistazo a Simon, que estaba esperando claramente una señal de ella que le dijera si quedarse o irse. Ella hizo una señal.

-Okey.

Simon le devolvió a Clary un asentimiento alentador antes de desaparecer en el interior del Salón. Clary se giró y miró fijamente la plaza, observando a los guardias hacer sus rondas, mientras Jocelyn venía y se sentaba junto a ella. Una parte de Clary quería inclinarse a un lado y poner la cabeza sobre el hombro de su madre. Incluso podría cerrar los ojos, fingir que todo estaba bien. La otra parte de ella sabía que eso no cambiaría las cosas; ella no podía mantener los ojos cerrados para siempre.

-Clary –dijo Jocelyn al final, muy suavemente–. Lo siento mucho.

Clary bajó la mirada a sus manos. Ella todavía estaba, se dio cuenta, sosteniendo la estela de Patrick Penhallow. Esperaba que éste no pensara que ella quería robarla.

-Nunca creí que volviera a ver este lugar –continuó Jocelyn.

Clary robó una mirada de soslayo a su madre y vio que estaba contemplando la ciudad, las torres demonio arrojando su pálida luz blanquecina.

-He soñado con esto algunas veces. Incluso he querido pintarlo, pintar mis recuerdos de ello, pero no podía hacer eso. Pensaba que si alguna vez veías los cuadros, podías hacer preguntas, podías preguntarte cómo habían entrado esas imágenes en mi cabeza. Tenía tanto miedo de que descubrieras de dónde soy realmente. Quién era yo realmente.

-Y lo he hecho, ahora.

-Y lo has hecho ahora. –Jocelyn sonaba melancólica–. Y tienes toda la razón para odiarme.

-Yo no te odio, mamá –dijo Clary–. Yo sólo...

-No confías en mí –dijo Jocelyn –No puedo culparte. Debería haberte dicho la verdad.

Tocó el hombro de Clary con suavidad y pareció animarse cuando Clary no se apartó.

-Puedo decirte que lo hice para protegerte, pero sé cómo debe sonar eso. Estaba ahí, justo ahora, en el Salón, viéndote...

-¿Estabas allí? –Clary estaba sorprendida–. No te vi.

-Estaba muy al fondo del Salón. Luke me dijo que no viniera a la reunión, que mi presencia sólo alteraría a todos y lo estropearía todo, y probablemente tenía razón, pero quería tanto estar allí. Me colé después de que empezara la reunión y me oculté en las sombras. Pero estaba allí. Y sólo quería decirte...

-¿Qué me he puesto en ridículo? –dijo Clary con amargura–. Ya sabía eso.

-No. Quería decirte que estoy orgullosa de ti.

Clary se giró bruscamente para mirar a su madre.

-¿Lo estás?

Jocelyn asintió con la cabeza.

-Por supuesto que lo estoy. La forma en la que te has puesto en pie frente a la Clave. La manera en la que les has demostrado lo que puedes hacer. Les has hecho mirarte a ti y ver a la persona que más aman del mundo, ¿verdad?

-Sí –dijo Clary–. ¿Cómo lo has sabido?

-Porque les oía llamándote por diferentes nombres –dijo Jocelyn suavemente–, pero yo aún te veía a ti.

-Oh. –Clary bajó la mirada a los pies–. Bueno, todavía no estoy segura de que me crean respecto a las runas. Me refiero a que, tengo la esperanza, pero...

-¿Puedo verlo? –preguntó Jocelyn.

-¿Ver el qué?

-La runa. La que has creado para enlazar a los Cazadores de Sombras y a los Submundos. –Ella vaciló–. Si no puedes mostrármela...

-No, está bien.

Con la estela Clary trazó las líneas de la runa que el ángel le había mostrado sobre el escalón de mármol del Salón de los Acuerdos, y ésta resplandecía con líneas de oro caliente mientras las dibujaba. Era una runa robusta, un mapa de líneas curvas entrelazadas en una matriz de otras rectas. Simple y compleja al mismo tiempo. Clary sabía ahora por qué de algún modo le había parecido inacabada cuando la había visualizado antes: necesitaba una runa complementaria para hacerla funcionar. Una gemela. Una pareja.

-Alianza –dijo ella retirando la estela–, así es como la llamo.

Jocelyn observaba en silencio mientras la runa brillaba y se apagaba, dejando leves líneas negras sobre la piedra.

-Cuando era joven –dijo finalmente–, luché con tanta fuerza por unir a Submundos y Cazadores de Sombras, por proteger los Acuerdos. Pensaba que estaba persiguiendo una especie de sueño..., algo que la mayoría de los Cazadores de Sombras apenas podían imaginar. Y ahora tú lo has hecho concreto, literal y real. –Ella parpadeó con fuerza–. Me he dado cuenta de algo, viéndote ahí en el Salón. Tú sabes, todos estos años he tratado de protegerte ocultándote. Por eso detestaba que fueras a Pandemonium. Yo sabía que era un lugar donde los Submundos y los mundanos se mezclaban..., y eso significaba que allí habría Cazadores de Sombras. Imaginaba que era algo en tu sangre lo que tiraba de ti hacia ese lugar, algo que reconocía el mundo de las sombras incluso sin tu Visión. Pensé que

estarías a salvo si tan sólo conseguía mantener ese mundo escondido para ti. Nunca pensé en intentar protegerte ayudándote a ser más fuerte y a luchar. –Ella sonaba triste–. Pero, de algún modo, tú has conseguido ser fuerte de todas maneras. Suficientemente fuerte para que yo te cuente la verdad, si todavía quieres oírla.

-No lo sé. –Clary pensaba en las imágenes que el ángel le había enseñado, lo terribles que habían sido–. Pensaba que estaba enfadada contigo por mentirme. Pero no estoy segura de que quiera descubrir más cosas horribles.

-Hablé con Luke. Él cree que deberías saber lo que tengo que contarte. La historia completa. Todo. Cosas que nunca he contado a nadie, que nunca conté ni tan siquiera a él. No puedo prometerte que toda la verdad sea agradable. Pero es la verdad.

“*La Ley es dura, pero es la Ley*”. Ella le debía a Jace el descubrir la verdad tanto como a sí misma. Clary apretó con más fuerza la estela en la mano, sus nudillos poniéndose blancos.

-Quiero saberlo todo.

-Todo... –Jocelyn tomó aire profundamente–. Ni siquiera sé por dónde empezar.

-¿Qué te parece empezar por cómo pudiste casarte con Valentine? ¿Cómo pudiste casarte con un hombre como ese, hacerle mi padre...? Es un *monstruo*.

-No. Él es un hombre. No es un buen hombre. Pero si quieres saber por qué me casé con él, fue porque lo amaba.

-No puedes haberle querido –dijo Clary–. Nadie podría.

-Yo tenía tu edad cuando me enamoré de él –dijo Jocelyn–. Pensaba que era perfecto... Brillante, inteligente, maravilloso, divertido, encantador. Lo sé, me estás mirando como si hubiera perdido la cabeza. Tú sólo conoces a Valentine de la manera que es ahora. No puedes imaginar que fuera así. Cuando estábamos juntos en la escuela, *todos* le amábamos. Él parecía emanar luz de alguna manera, como si hubiera alguna parte especial e intensamente iluminada en el universo a la que sólo él tuviera acceso, y si nosotros teníamos suerte, él podía compartirla con nosotros, aunque fuera sólo un poco. Todas las chicas le amaban, y yo pensaba que no tenía ninguna oportunidad. No había nada especial en mí. Ni siquiera era popular; Luke era uno de mis amigos más próximos, y pasaba la mayor parte del tiempo con él. Pero aun así, no sé por qué, Valentine me eligió.

‘*Asqueroso*’, quiso decir Clary. Pero se contuvo. Quizás era la tristeza en la voz de su madre, mezclada con arrepentimiento. Quizás era lo que había dicho sobre Valentine mamando luz. Clary había pensado lo mismo sobre Jace antes, y entonces se sintió estúpida por pensarlo. Pero, tal vez todos los que estaban enamorados sentían de esa manera.

-Okey –dijo ella–. Lo pilló. Pero tenías dieciséis años entonces. Eso no significaba que tuvieras que casarte con él más tarde.

-Tenía dieciocho cuando me casé. Él diecinueve –dijo Jocelyn con un tono de total naturalidad.

-Oh, Dios mío –dijo Clary con horror–. Tú me *matarías* si quisiera casarme con dieciocho años.

-Lo haría –estuvo de acuerdo Jocelyn–. Pero los Cazadores de Sombras tienen tendencia a casarse más temprano que los mundanos. Su..., nuestra..., esperanza de vida es más corta; muchos de nosotros mueren de muertes violentas. Tendemos a hacerlo todo más temprano por eso. Aun así, era joven para casarme. Sin embargo, mi familia estaba feliz por mí..., incluso Luke estaba feliz por mí. Todos pensaban que Valentine era un muchacho maravilloso. Y lo era, lo sé, sólo un muchacho entonces. La única persona que alguna vez me dijo que no debería casarme con él fue Madeleine. Nosotras habíamos sido amigas en el colegio, pero cuando le dije que estaba prometida, ella dijo que Valentine era egoísta y odioso, que su encanto enmascaraba una terrible amoralidad. Me dije a mí misma que ella estaba celosa.

-¿Lo estaba?

-No –dijo Jocelyn–, ella estaba diciendo la verdad. Sólo que yo no quise oírla. –Bajó la mirada a sus manos.

-Pero tú lo lamentaste –dijo Clary–. Después de casarte con él, sentiste haberlo hecho, ¿verdad?

-Clary –dijo Jocelyn. Ella sonaba cansada–. Fuimos *felices*. Al menos durante los primeros años. Fuimos a vivir a la casa solariega de mis padres, donde yo crecí; Valentine no quería estar en la ciudad, y quería que el resto del Círculo evitara Alicante y también los entrometidos ojos de la Clave. Los Wayland vivían en la casa solariega que estaba a sólo una milla o dos de la nuestra, y habían otros cerca..., los Lightwood, los Penhallow. Era como estar en el centro del mundo, con toda esa actividad girando alrededor nuestro, toda esa pasión, y en todo ello estuve yo al lado de Valentine. Él nunca me hizo sentir apartada o intrascendente. No, yo era una pieza clave del Círculo. Era una de los pocos en cuya opinión él confiaba. Me decía una y otra vez que sin mí, él no podría hacer nada de aquello. Sin mí, él no sería nada.

-¿Él *decía* eso? –Clary no podía imaginar a Valentine diciendo nada así, nada que le hiciera sonar... vulnerable.

-Lo hacía, pero no era verdad. Valentine no podía no ser nada. Había nacido para ser un líder, para ser el centro de una revolución. Más y más conversos venían a él. Eran arrastrados por su pasión y la brillantez de sus ideas. Rara vez hablaba de Submundos en aquellos primeros días. Todo iba sobre reformar la Clave, cambiar leyes que eran antiguas, estrictas y erróneas. Valentine decía que debería haber más Cazadores de Sombras,

más para luchar contra los demonios, más Institutos, que nosotros deberíamos preocuparnos menos por ocultarnos y más por proteger el mundo de la clase demoniaca. Que deberíamos andar con la frente bien alta y con orgullo por el mundo. Era seductora, su visión: un mundo lleno de Cazadores de Sombras, donde los demonios corrían asustados y los mundanos, en vez de creer que no existíamos, nos dieran las gracias por lo que hacíamos por ellos. Éramos jóvenes; creíamos que el *gracias* era importante. No sabíamos. –Jocelyn tomó aire profundamente, como si estuviera sumergida bajo agua–. Entonces, me quedé embarazada.

Clary sintió una punzada de frío en su nuca y de repente, ella no podía haber dicho por qué, ya no estaba segura de que quisiera la verdad de su madre, ya no estaba segura de que quisiera oír, otra vez, cómo Valentine había vuelto a Jace un monstruo.

-Mamá...

Jocelyn sacudió la cabeza ciegamente.

-Me preguntaste por qué nunca te conté que tenías un hermano. *Este* es el por qué. –Ella respiró irregularmente–. Fui tan feliz cuando lo supe. Y Valentine... Siempre había querido ser padre, eso decía él. Para entrenar a su hijo en ser un guerrero de la manera que lo había entrenado su padre a él. “O tu hija”, dije yo, y él sonrió y dijo que una hija podía ser un guerrero exactamente igual de bueno que un chico, y que sería feliz en cualquiera de los casos. Yo pensé que todo era perfecto.

Y entonces, Luke fue mordido por un hombre lobo. Te habrán contado que hay una posibilidad entre dos de que un mordisco contagie la licantropía. Yo creo que es más bien tres entre cuatro. Rara vez he visto a alguien escapar de la dolencia, y Luke no fue una excepción. A la siguiente luna llena él cambió. Estaba ahí sobre nuestro umbral por la mañana, cubierto de sangre, sus ropas convertidas en harapos. Yo quise consolarle, pero Valentine me empujó a un lado. “Jocelyn”, dijo él, “el bebé”. Como si Luke fuera a correr hacia mí y arrancarme el bebé de la barriga. Era *Luke*, pero Valentine me apartó y arrastró a Luke escaleras abajo y lo llevó hacia el bosque. Cuando vino de vuelta mucho más tarde, estaba solo. Corrí hacia él, pero me dijo que Luke se había suicidado en la desesperación por su licantropía. Que él estaba... muerto.

La pena profunda en la voz de Jocelyn era cruda y patente, pensó Clary, incluso ahora, cuando ella sabía que Luke no había muerto. Pero Clary recordó su propio dolor cuando ella sostuvo a Simon mientras moría en los escalones del Instituto. Había algunos sentimientos que nunca olvidabas.

-Pero él le dio a Luke un cuchillo –dijo Clary en voz baja –Le dijo que él mismo se quitara la vida. Hizo al marido de Amatis divorciarse de ella, sólo porque su hermano se había convertido en un hombre lobo.

-Yo no lo sabía –dijo Jocelyn–. Después de que Luke muriera, fue como si hubiera caído en un pozo oscuro. Pasé meses en mi dormitorio,

durmiendo todo el tiempo, comiendo sólo por el bebé. Los mundanos habrían llamado a lo que yo tenía depresión, pero los Cazadores de Sombras no tienen ese tipo de términos. Valentine creía que estaba teniendo dificultades con el embarazo. Dijo a todo el mundo que estaba enferma. Yo *estaba* enferma... No podía dormir. Seguía pensando que oía ruidos extraños, gritos en la noche. Valentine me daba preparados para dormir, pero éstos sólo me producían pesadillas. Sueños terribles en los que Valentine me inmovilizaba, trataba de clavarme un cuchillo o en los que yo me ahogaba por un veneno. Por la mañana estaba agotada, y dormía todo el día. No tenía ni idea de lo que era salir al exterior, ni idea de que él hubiera obligado a Stephen a divorciarse de Amatis y casarse con Céline. Yo estaba aturdida. Y entonces... –Jocelyn juntó las manos anudándolas sobre las rodillas. Le estaban temblando–. Y entonces, tuve al bebé.

Ella se quedó en silencio, durante tanto tiempo que Clary se preguntó si iría a hablar otra vez. Jocelyn miraba sin ver hacia las torres demonio, golpeando con los dedos un tatuaje nervudo en sus rodillas. Finalmente, dijo:

-Mi madre estaba conmigo cuando nació el bebé. Tú nunca la conociste. A tu abuela. Era una mujer tan afable. Te habría gustado. Ella me pasó a mi hijo, y al principio, lo único que supe era que él encajaba perfectamente en mis brazos, que la manta que le envolvía era suave y que era tan pequeño y delicado, con un solo mechón de cabello rubio en la parte superior de la cabeza. Y entonces abrió los ojos.

La voz de Jocelyn era plana, casi sin entonación, aun así Clary se encontró temblando, llena de pavor ante lo que su madre podía contarle a continuación. *‘No’,* quería decir ella, *‘No me lo cuentes’*. Pero Jocelyn continuó, las palabras manaron de ella como veneno frío.

-El terror me inundó. Aquello fue como ser bañada en ácido..., mi piel parecía arder sobre los huesos, y todo lo que pude hacer era no dejar caer al bebé y empezar a gritar. Se dice que toda madre reconoce instintivamente a su propio hijo. Supongo que lo contrario también es verdad. Cada nervio de mi cuerpo estaba gritando que ese no era mi bebé, que era algo horrible y antinatural, tan inhumano como un parásito. ¿Cómo podía mi madre no verlo? Al contrario, estaba sonriéndome como si no pasara nada malo.

“Su nombre es Jonathan”, dijo una voz desde la entrada. Subí la mirada y vi a Valentine contemplando la escena que tenía ante él con una mirada de placer. El bebé abrió los ojos otra vez, como si reconociera el sonido de su nombre. Sus ojos eran negros, negros como la noche, insondables como túneles excavados en su cráneo. No había nada en absoluto humano en ellos.

Hubo un largo silencio. Clary estaba sentada, congelada mirando a su madre, con la boca abierta por el horror. *‘Es Jace de quien está hablando’,*

pensó ella. *‘De Jace cuando era un bebé. ¿Cómo podías sentir eso por un bebé?’*

-Mamá –susurró ella–. Quizás... quizás estabas en shock o algo así. O quizás estabas enferma...

-Eso fue lo que me dijo Valentine –dijo Jocelyn sin mostrar ninguna emoción–, que yo estaba enferma. Valentine adoraba a Jonathan. No podía entender lo que me pasaba. Y yo sabía que él tenía razón. Yo era un monstruo, una madre que no podía soportar a su propio hijo. Pensé en quitarme la vida. Podía haberlo hecho..., y entonces recibí un mensaje, una carta de fuego, de Ragnor Fell. Él era un brujo que siempre había estado muy cercano a mi familia; era al que llamábamos cuando necesitábamos un hechizo de curación, ese tipo de cosas. Él había descubierto que Luke se había convertido en el líder de una manada de hombres lobos en el Bosque de Brocelind, por la frontera este. Quemé la nota una vez leída. Sabía que Valentine nunca podría saberlo. Pero no fue hasta que fui al campamento de los hombres lobos y vi a Luke que supe con certeza que Valentine me había mentado, me había mentado sobre el suicidio de Luke. Fue entonces cuando empecé verdaderamente a odiarle.

-Pero Luke dijo que tú sabías que había algo malo en Valentine..., que sabías que él estaba haciendo algo terrible. Dijo que tú lo sabías incluso antes de que él se Convirtiera.

Por un momento Jocelyn no respondió.

-Tú sabes, Luke nunca debió haber sido mordido. No debía haber pasado. Era una patrulla rutinaria por los bosques, estaba con Valentine... No debía de haber pasado.

-Mamá...

-Luke dice que le conté que tenía miedo de Valentine incluso antes de que él se Convirtiera. Él dice que le conté que podía oír gritos a través de las paredes de la casa solariega, que yo sospechaba algo, que temía algo. Y Luke, el confiado Luke, le preguntó a Valentine acerca de ello justo al día siguiente. Esa noche Valentine se llevó a Luke de caza, y fue mordido. Creo... creo que Valentine me hizo olvidar lo que vi, lo que sea que me había asustado. Él me hizo creer que todo era malos sueños. Y pienso que él se aseguró de que Luke resultara mordido aquella noche. Creo que quiso quitar de en medio a Luke, de forma que nadie pudiera recordarme que yo tenía miedo de mi marido. Pero no me di cuenta de eso, no inmediatamente. Luke y yo nos vimos ese primer día brevemente, y yo quería tanto contarle lo de Jonathan, pero no podía, no podía. Jonathan era mi hijo. Aun así, ver a Luke, tan sólo verle, me hizo más fuerte. Me fui a casa diciéndome a mí misma que haría un nuevo esfuerzo con Jonathan, que aprendería a amarlo. Que me obligaría a mí misma a amarlo.

‘Esa noche me desperté con el sonido de un bebé llorando. Me erguí en la cama, sola en el dormitorio. Valentine estaba fuera en una reunión del

Círculo, así que no tuve a nadie con quien compartir mi sorpresa. Jonathan, ya ves, nunca lloraba..., nunca hacía un ruido. Su silencio era una de las cosas que más me sobrecogían de él. Atravesé corriendo el salón hasta su cuarto, pero estaba durmiendo silenciosamente. Sin embargo, podía *oír* a un bebé llorando, estaba segura de ello. Bajé corriendo las escaleras, siguiendo el sonido del lloro. Parecía venir del interior de la bodega vacía, pero la puerta estaba cerrada con llave, la bodega nunca se utilizaba. Pero yo me había criado en esa casa. Sabía dónde escondía mi padre la llave...

Jocelyn no miraba a Clary mientras hablaba; parecía estar sumergida en la historia, en sus recuerdos.

-¿Nunca te conté la historia de la esposa de Bluebeard, lo hice, cuando eras pequeña? El marido le dijo a su esposa que nunca mirara en la habitación cerrada con llave, y ella miró y encontró los restos de todas las esposas que él había asesinado antes de ella, expuestas como mariposas en vitrinas. Yo no tenía ni idea cuando abrí aquella puerta de lo que encontraría en su interior. Si tuviera que hacerlo otra vez, ¿sería capaz de abrir la puerta, utilizar mi luz mágica para guiarme en la oscuridad? No lo sé, Clary. Simplemente no lo sé.

`El olor... oh, el olor allí abajo, como de sangre, de muerte y putrefacción. Valentine había vaciado un lugar bajo el suelo en la que una vez había sido la bodega. No era un niño lo que yo había escuchado llorar, después de todo. Había celdas ahora allí abajo, con cosas encarceladas en ellas. Criaturas demoniacas, atadas con cadenas de electrum, retorciéndose, desplomándose y gorjeando en sus celdas, pero había más, mucho más..., los cuerpos de Submundos, en distintas fases de agonía y muerte. Había hombres lobo, sus cuerpos medio disueltos por polvo de plata. Vampiros colgados cabeza abajo en agua bendita hasta que su piel se despegaba de los huesos. Hadas cuya piel había sido atravesada con frío hierro.

`Incluso ahora no pienso en él como un torturador. No realmente. Parecía que estuviera persiguiendo un fin casi científico. Había cuadernos de notas junto a la puerta de cada celda, registros meticulosos de sus experimentos, cuánto le había llevado a cada criatura morir. Había un vampiro cuya piel había sido quemada una y otra vez para ver si había un punto a partir del cual la pobre criatura ya no pudiese regenerarse. Era difícil leer lo que él había escrito sin tener ganas de desmayarse o de vomitar. De algún modo no hice ninguna de las dos cosas.

`Había una página dedicada a experimentos que había hecho sobre él mismo. Había leído en algún sitio que la sangre de demonios podía actuar como un amplificador de los poderes con los que nacen de forma natural los Cazadores de Sombras. Él había intentado inyectarse a sí mismo la sangre. No había sucedido nada excepto que se había puesto enfermo. Finalmente, llegó a la conclusión de que él era demasiado mayor para que

la sangre le afectara, que debía ser suministrada a un niño para que tuviera pleno efecto..., preferentemente en uno que todavía no hubiera nacido.

`A lo largo de la página que registraba esas conclusiones especiales había escrito una serie de notas con un encabezado que reconocí. Mi nombre. *Jocelyn Morgenstern*. Recuerdo la forma en la que me temblaban los dedos mientras pasaba las páginas, las palabras ardiendo en mi mente.

“Jocelyn bebió la mezcla otra vez anoche. No hay cambios visibles en ella, pero otra vez es el niño quien me preocupa... Con las infusiones regulares de icor demoniaco que le estado dando a ella, el niño debe ser capaz de alguna proeza... La última noche escuché el latido del corazón del niño, más fuerte que el de cualquier corazón humano, el sonido como el de una gran campana, tañendo por el comienzo de una nueva generación de Cazadores de Sombras, la sangre de ángeles y demonios mezclada para producir poderes más allá de lo que se ha podido imaginar nunca antes... Ya no será el poder de los Submundos el mayor sobre la Tierra...”

`Había más, mucho más. Arañé las páginas, mis dedos estaban temblorosos, mi mente volviendo hacia atrás, viendo los mejunjes que Valentine me había dado a beber cada noche, las pesadillas acerca de ser punzada, ahogada, envenenada. Pero yo no era a la que había estado envenenando. Era a Jonathan, a quien él había convertido en algún tipo de *cosa* medio demonio. Y eso, Clary..., eso fue lo que me hizo darme cuenta de lo que era Valentine realmente.

Clary dejó salir su respiración que, se había dado cuenta, había estado conteniendo. Era horrible..., tan horrible..., y aún en comparación con la visión que Ithuriel le había mostrado. No estaba segura de por quién sentir más pena, por su madre o por Jonathan. Jonathan... Ella no podía pensar en él como en Jace, no con su madre allí, no con la historia tan fresca en su mente... Condenado a no ser lo bastante humano por un padre que se había preocupado más por matar Submundos que por su propia familia.

-Pero... tú no los dejaste, ¿no? –preguntó Clary, su voz sonando baja a sus propios oídos-. Tú te quedaste...

-Por dos razones –dijo Jocelyn-. Una era el Levantamiento. Lo que encontré en la bodega aquella noche fue como un bofetón en la cara. Me despertó de mi tristeza y me hizo ver lo que estaba pasando a mi alrededor. Una vez me di cuenta de lo que Valentine estaba planeando, la matanza sistemática de los Submundos, supe que no podía dejar que sucediera. Comencé a reunirme en secreto con Luke. No podía contarle lo que Valentine me había hecho a mí y a nuestro hijo. Sabía que sólo le volvería loco, que sería incapaz de contenerse de tratar de dar caza a Valentine y matarle, y que sólo conseguiría matarse él mismo en el proceso. Y tampoco podía dejar que nadie más supiese lo que se le había hecho a Jonathan. A pesar de todo, él todavía era mi hijo. Pero le conté a Luke los horrores de la bodega, mi convicción de que Valentine estaba perdiendo la cabeza,

volviéndose progresivamente más demente. Juntos, planeamos frustrar el Levantamiento. Me sentí conducida a hacerlo, Clary. Era una especie de expiación, la única forma que podía hacerme sentir que había pagado por el pecado de una vez haberme unido al Círculo, de haber confiado en Valentine. De haberle amado.

-¿Y él no lo supo? Valentine, quiero decir. ¿No averiguó lo que estabas haciendo?

Jocelyn sacudió la cabeza.

-Cuando la gente te quiere, confía en ti. Además, en casa yo intentaba fingir que todo era normal. Me comportaba como si mi repulsión inicial por la mirada de Jonathan se hubiera ido. Lo llevaba a casa de Maryse Lightwood, le dejaba jugar con su hijo también bebé, Alec. A veces Céline Herondale se unía a nosotras..., ella estaba embarazada en aquel momento. *“Tu marido es tan amable”*, me decía ella. *“Se interesa tanto por Stephen y por mí. Me ha dado unas pócimas y mejunjes para la salud del bebé; éstas son maravillosas.”*

-Oh –dijo Clary–. Oh, Dios mío.

-Eso es lo que yo pensé –dijo Jocelyn con tono grave–. Quería decirle que no confiara en Valentine ni aceptara nada que él le diera, pero no podía. Su marido era el amigo más cercano de Valentine, y ella me habría delatado ante él inmediatamente. Mantuve la boca cerrada. Y luego...

-Ella se quitó la vida –dijo Clary recordando la historia–. Pero... ¿fue por lo que Valentine hizo con ella?

Jocelyn negó con la cabeza.

-Francamente, no lo creo. Stephen fue asesinado en un asalto, y ella se abrió las venas cuando descubrió la noticia. Estaba embarazada de ocho meses. Se desangró hasta morir. –Ella hizo una pausa–. Hodge fue quien encontró el cuerpo. Y Valentine parecía realmente consternado por sus muertes. Él desapareció después casi un día entero, y volvió a casa con cara de sueño y asombro. Y aún en cierto modo, estaba casi agradecida por su distracción. Al menos eso significaba que no estaba prestando atención a lo que yo estaba haciendo. Cada día me asustaba más y más que Valentine descubriera la conspiración e intentara torturarme para sacarme la verdad: ¿Quién estaba en nuestra alianza secreta? ¿Cuánto había revelado yo de sus planes? Me pregunté cómo resistiría la tortura, si podía luchar contra ella. Temía terriblemente que no pudiera. Finalmente tomé la resolución de dar los pasos necesarios para asegurarme de que eso nunca sucediera. Fui a ver a Fell con mis temores y él creó una poción para mí...

-La poción del Libro del Blanco –dijo Clary dándose cuenta–. Por eso lo querías. Y el antídoto... ¿Cómo terminó en la biblioteca de los Wayland?

-Lo escondí allí una noche durante una fiesta –dijo Jocelyn con el rastro de una sonrisa–. No quise decírselo a Luke... Sabía que él habría odiado la idea de la poción, pero todos a los que conocía estaban en el Círculo. Envié

un mensaje a Ragnor, pero él se iba de Idris y no sabía decir cuándo volvería. Me dijo que siempre podía ponerme en contacto con él a través de un mensaje... ¿Pero quién lo enviaría? Finalmente, caí en que había una persona que podría contarle, una persona que odiaba a Valentine lo suficiente para que nunca me delatara a él. Le envié una carta a Madeleine explicándole lo que planeaba hacer y que la única manera de reanimarme sería encontrar a Ragnor Fell. Nunca oí una palabra en respuesta de ella, pero tenía que creer que ella la había leído y entendido. Era todo lo que tenía para resistir.

-Dos razones –dijo Clary–. Dijiste que había dos razones para que te quedaras. Una era el Levantamiento. ¿Cuál era la otra?

Los ojos verdes de Jocelyn parecían cansados, pero eran luminosos y grandes.

-Clary –dijo ella–. ¿No puedes adivinarlo? La segunda razón es que estaba embarazada otra vez. Embarazada de ti.

-Ah –dijo Clary en voz baja. Recordaba a Luke diciendo, “*Ella estaba en cinta de nuevo y lo había sabido durante semanas.*” –. ¿Pero no te hizo eso querer salir corriendo más aun?

-Sí –dijo Jocelyn–. Pero sabía que no podía. Si hubiera huido de Valentine, él habría movido cielo y tierra para recuperarme. Me habría seguido hasta los confines de la Tierra, porque yo le pertenecía y nunca me habría dejado irme. Y quizás le habría dejado venir detrás de mí y arriesgarme, pero nunca le habría dejado venir detrás de ti. –Ella se echó el cabello hacia atrás apartándolo de su rostro cansado–. Sólo había una manera de estar segura de que nunca lo haría. Y era que él muriera.

Clary miró a su madre con sorpresa. Jocelyn todavía parecía cansada, pero su rostro estaba resplandeciendo con una luz feroz.

-Pensé que le matarían durante el Levantamiento –dijo ella–. No podía matarle yo misma. No podía hacerlo, por alguna razón. Pero nunca pensé que sobreviviría a la batalla. Y más tarde, cuando la casa se incendió, yo quería creer que él estaba muerto. Me dije una y otra vez que él y Jonathan habían muerto quemados en el incendio. Pero yo sabía que... –Su voz se fue apagando–. Por eso hice lo que hice. Pensaba que era la única forma de protegerte..., quitándote los recuerdos, haciéndote tan mundana como pudiera. Ocultarte en el mundo de los mundanos. Fue estúpido, me doy cuenta de ello ahora, estúpido y equivocado. Y lo siento, Clary. Sólo espero que puedas perdonarme..., si no ahora, más adelante en el futuro.

-Mamá. –Clary se aclaró la garganta. Se había sentido con bastantes ganas de llorar los últimos diez minutos–. Está bien. Es sólo que... Hay una cosa que no entiendo. –Se anudaba los dedos en torno al material del abrigo–. Me refiero a que, ya sabía un poco acerca de lo que Valentine le había hecho a Jace... Quiero decir, a Jonathan. Pero de la manera que describes a Jonathan, es como si fuera un monstruo. Y, mamá, Jace no es

así. Él no se parece nada a eso. Si le conocieras..., si pudieras simplemente conocerlo...

-Clary. -Jocelyn alargó los brazos y tomó las manos de Clary entre las suyas-. Hay más que debo contarte. No hay nada más que te haya ocultado o acerca de lo cual te haya mentado. Pero hay cosas que nunca supe, cosas que tan sólo acabo de descubrir. Y puede que sean muy difíciles de oír.

‘¿Peor que lo que ya me has contado?’ pensó Clary. Ella se mordió el labio y asintió con la cabeza-. Adelante, cuéntame. Preferiría saberlo.

-Cuando Dorothea me dijo que Valentine había estado visitando la ciudad, supe que estaba allí por mí..., por la Copa. Quise huir, pero no podía hacerlo sin decirte el por qué. No te culpo en absoluto por marcharte aquella noche horrible, Clary. Me alegré tanto de que no estuvieras allí cuando tu padre... cuando Valentine y sus demonios irrumpieron en el apartamento. Sólo tuve tiempo para tomarme la poción... Podía oírles echando la puerta abajo... -se fue apagando ella, su voz tensa-. Esperaba que Valentine me diera por muerta, pero no lo hizo. Me llevó a Renwick con él. Probó varios métodos para despertarme, pero ninguno funcionó. Estaba en una especie de estado de sueño; era medio consciente de que él estaba allí, pero no podía moverme o responderle. Dudo que él pensara que yo podía oírle o entenderle. Pero aun así, se sentaba junto a mi cama mientras yo dormía y me hablaba.

-¿Te hablaba? ¿Sobre qué?

-Sobre nuestro pasado. Nuestro matrimonio. Cómo él me había amado y yo le había traicionado. Cómo no había amado a nadie más desde entonces. Creo que lo decía en serio, tanto como Valentine pueda decir en serio esas cosas. Yo había sido siempre la única a la que hablaba de acerca de las dudas que tenía, la culpabilidad que sentía, y en los años que han pasado desde que le dejé no creo que haya habido nadie más. Creo que él no podía contenerse de hablarme, incluso aunque él supiera que no debía hacerlo. Creo que sólo quería hablar con alguien. Tú pensarías que lo que tenía en su cabeza era lo que le había hecho a esa pobre gente, convirtiéndolos en Repudiados, y lo que estaba planeando hacer a la Clave. Pero no era eso. De lo que quería hablar él era de Jonathan.

-¿Sobre qué de él?

La boca de Jocelyn se tensó.

-Él quería decirme que lamentaba lo que le había hecho a Jonathan antes de que naciera, porque sabía que eso estuvo a punto de destruirme a mí. Él había sabido que yo estuve cerca del suicidio por lo de Jonathan..., aunque no sabía que yo también estaba desesperada por lo que había descubierto de él. De algún modo, él se había hecho con sangre de ángel. Era una sustancia casi legendaria para los Cazadores de Sombras. Beberla se suponía que te otorgaba una fuerza increíble. Valentine lo había intentado consigo mismo y descubrió que lo que le aportaba no era exactamente un

aumento de su fuerza, sino una sensación de euforia y felicidad cada vez que se la inyectaba en su sangre. Así que tomó un poco, la secó y convirtió en polvo, y la mezcló con mi comida, esperando que eso remediara mi desesperación.

‘*Sé dónde consiguió la sangre de ángel*’, se dijo para sí Clary, pensando en Ithuriel con repentina tristeza.

-¿Crees que funcionó de alguna forma?

-Me pregunto ahora si ese fue el por qué de que encontrara repentinamente el enfoque y la capacidad para continuar, y para ayudar a Luke a frustrar el Levantamiento. Sería irónico si ese fuera el caso, considerando por qué lo hizo Valentine en primera instancia. Pero lo que él no sabía era que, mientras él estaba haciendo esto, yo estaba embarazada de ti. De forma que, mientras puede que a mí me afectara ligeramente, a ti te afectó mucho más. Creo que por eso puedes hacer lo que haces con las runas.

-Y quizás –dijo Clary–, por eso tú puedes hacer cosas como atrapar la imagen de la Copa Mortal en una carta del tarot. Y por eso puede Valentine hacer cosas como retirar la maldición de Hodge...

-Valentine ha vivido años de experimentación en sí mismo en una miríada de formas –dijo Jocelyn–. Él está ahora tan cerca de un ser humano, un Cazador de Sombras, como puede estarlo un brujo. Pero nada puede hacerse a sí mismo que tenga el tipo de efecto profundo que tiene en ti o en Jonathan. Porque vosotros erais muy jóvenes. No estoy segura de que nadie haya hecho antes lo que hizo Valentine, no a un bebé antes de que naciera.

-Así que Jace..., Jonathan..., y yo somos ambos de verdad experimentos.

-Tú fuiste uno involuntario. Con Jonathan, Valentine quiso crear una especie de superguerrero, más fuerte, más rápido y mejor que los demás Cazadores de Sombras. En Renwick, Valentine me contó que Jonathan era realmente todas esas cosas. Pero que también era cruel, amoral y vacío de una manera extraña. Jonathan era bastante fiel a Valentine, pero supongo que Valentine se dio cuenta, en algún momento a lo largo del camino, de que en su intento de crear un niño que fuera superior a los demás, había creado un hijo que nunca podría quererle realmente.

Clary pensó en Jace, en la forma en la que miraba en Renwick, en la forma en la que había agarrado ese trozo del Portal roto tan fuertemente que la sangre le corría desde los dedos.

-No –dijo ella–. No y no. Jace no es así. Él quiere a Valentine. No debería, pero lo hace. Y él no está vacío. Es lo contrario a todo lo que estás contando.

Las manos de Jocelyn se retorcieron sobre sus rodillas. Éstas estaban totalmente surcadas por blancas cicatrices..., las finas cicatrices blancas

que todos los Cazadores de Sombras tenían, el recuerdo de Marcas ya desaparecidas. Pero Clary nunca había visto realmente las cicatrices de su madre con anterioridad. La magia de Magnus siempre le había hecho olvidarlas. Había una, en el interior de la muñeca de su madre, que se parecía mucho a la forma de una estrella...

Su madre habló entonces, y todos los pensamientos acerca de todo lo demás huyeron de la mente de Clary.

-Yo no estoy –dijo Jocelyn–, hablando de Jace.

-Pero... –dijo Clary. Todo parecía estar sucediendo muy lentamente, como si estuviera soñando. *‘Tal vez estoy soñando’*, pensó Clary. *‘Tal vez mi madre nunca se despertó en absoluto, y todo esto sea un sueño’*-. Jace es el hijo de Valentine. Me refiero a que, ¿quién más podría ser?

Jocelyn miró a su hija directamente a los ojos.

-La noche que Céline Herondale murió, ella estaba embarazada de ocho meses. Valentine le había estado dando pociones, polvos..., él estaba intentando en ella lo que había intentado conmigo, con la sangre de Ithuriel, esperando que el hijo de Stephen fuera tan fuerte y poderoso como imaginaba que sería Jonathan, pero sin las cualidades peores de Jonathan. Él no podía tolerar que su experimento se desperdiciara, así que con ayuda de Hodge sacó al bebé del vientre de Céline. Ella sólo llevaba muerta poco tiempo...

Clary hizo un sonido ahogado.

-Eso no es posible.

Jocelyn prosiguió como si Clary no hubiera hablado.

-Valentine cogió al bebé e hizo que Hodge le llevara a la casa de su infancia, en un valle no lejano del Lago Lyn. Fue por eso que estuvo fuera toda esa noche. Hodge estuvo al cuidado del bebé hasta el Levantamiento. Después de eso, porque Valentine estaba fingiendo ser Michael Wayland, se llevó el bebé a la casa solariega de los Wayland y lo crió como el hijo de Michael Wayland.

-Así que Jace –susurró Clary–, ¿Jace *no* es mi hermano?

Ella sintió como su madre le apretaba la mano..., un apretón de apoyo.

-No, Clary. No lo es.

La visión de Clary se oscureció. Podía sentir su corazón palpitando con nítidos latidos separados. *‘Mi madre me compadece’*, pensó ella de forma distante. *‘Piensa que esta es una mala noticia’*. Sus manos estaban temblando.

-Entonces, ¿de quién eran esos huesos en el incendio? Luke dijo que había huesos de un niño...

Jocelyn sacudió la cabeza.

-Eran los huesos de Michael Wayland, y los de su hijo. Valentine les mató y quemó sus cuerpos. Él quería que la Clave creyera que ambos, él y su hijo habían muerto.

-Entonces Jonathan...

-Está vivo –dijo Jocelyn con el dolor relampagueando en su cara–. Valentine me contó mucho en Renwick. Valentine crió a Jace en la casa solariega de los Wayland, y a Jonathan en la casa cerca del lago. Él consiguió dividir su tiempo entre los dos, viajando de una casa a la otra, a veces dejando a uno o a ambos solos por largos periodos de tiempo. Parece que Jace nunca supo de Jonathan, aunque Jonathan puede haber sabido de Jace. Nunca se encontraron, aunque probablemente vivían a sólo unas millas el uno del otro.

-¿Y Jace no tiene sangre de demonio en él? ¿Él no está... maldito?

-¿Maldito? –Jocelyn parecía sorprendida–. No, no tiene sangre de demonio. Clary, Valentine experimentó en Jace cuando era un bebé con la misma sangre que utilizó conmigo y contigo. Sangre de *ángel*. Jace no está maldito. Al contrario, si acaso. Todos los Cazadores de Sombras tienen algo de sangre del Ángel en ellos..., vosotros dos simplemente tenéis un poco más.

A Clary la cabeza le daba vueltas. Trataba de imaginar a Valentine criando a dos niños al mismo tiempo, uno parte demonio, otro parte ángel. Un chico de las sombras y otro de la luz. Queriendo a ambos, quizás, tanto como Valentine podía querer algo. Jace no había sabido nunca de Jonathan, pero ¿qué sabía el otro chico de él? ¿Su parte complementaria, su contrario? ¿Odiaba pensar en él? ¿Anhelaba conocerle? ¿Era indiferente? Ambos habían estado tan solos. Y uno de ellos era su hermano..., su verdadero hermano legítimo.

-¿Crees que él es todavía el mismo? Jonathan, quiero decir. ¿Crees que podría haber... mejorado?

-No lo creo –dijo Jocelyn suavemente.

-Pero, ¿qué te hace estar tan segura? –Clary se giró para mirar a su madre, repentinamente impaciente–. Lo que quiero decir es que, tal vez él ha cambiado. Han pasado años. Quizás...

-Valentine me contó que había pasado años enseñando a Jonathan cómo parecer agradable, incluso encantador. Quería que él fuera espía, y no puedes ser espía si aterrizas a todos los que conoces. Jonathan incluso aprendió cierta habilidad para proyectar ligeros glamoures, para convencer a la gente de que era agradable y digno de confianza –Jocelyn suspiró–. Te estoy contando esto de forma que no te sientas mal por haber sido engañada. Clary, tú has conocido a Jonathan. Sólo que nunca te dijo su verdadero nombre, porque estaba haciéndose pasar por otra persona. Sebastian Verlac.

Clary miró fijamente a su madre. *‘Pero él es el primo de los Penhallow’*, insistía una parte de su mente, pero por supuesto que Sebastian nunca había sido quien alegaba ser; todo lo que dijo había sido mentira. Pensó en la manera en la que se sintió la primera vez que le vio, como si

estuviera reconociendo a alguien que conociera de toda la vida, alguien tan íntimamente familiar para ella como ella misma. Nunca se había sentido de esa manera con Jace.

-¿Sebastian es mi hermano?

Los finos huesos del rostro de Jocelyn estaban marcados, sus manos entrelazadas. Las puntas de sus dedos estaban blancas, como si los estuviera presionando demasiado fuerte unos contra otros.

-Hablé hoy con Luke durante mucho tiempo sobre todo lo que ha pasado en Alicante desde que llegasteis. Me habló sobre las torres demonio y su sospecha de que Sebastian había destruido las protecciones, aunque no tenía ni idea de cómo. Me di cuenta entonces de quién era Sebastian en realidad.

-¿Te refieres a porque él mintió sobre ser Sebastian Verlac? ¿Y porque es un espía de Valentine?

-Por esas dos cosas, sí –dijo Jocelyn–, pero, en realidad, no fue hasta que Luke dijo que tú le habías dicho que Sebastian se teñía el pelo que lo adiviné. Y podría estar equivocada, pero un chico justo un poco mayor que tú, de cabello rubio y ojos oscuros, aparentemente sin padres, totalmente leal a Valentine... No puedo remediar pensar que debe ser Jonathan. Y hay más. Valentine siempre había tratado de encontrar una manera de desactivar las protecciones, siempre precisó que había una forma de hacerlo. Experimentó en Jonathan con sangre de demonio..., decía que eso iba a hacerle más fuerte, un luchador mejor, pero había más que eso...

Clary miraba fijamente.

-¿Qué quieres decir, más de qué?

-Ha sido su modo de desactivar las protecciones –dijo Jocelyn–. Tú no puedes introducir un demonio en Alicante, pero necesitas sangre de demonio para desactivar las protecciones. Jonathan tiene sangre de demonio; está en sus venas. Y al ser un Cazador de Sombras, eso significa que tenía concedida automáticamente la entrada a la ciudad siempre que quiera entrar. Él utilizó su propia sangre para desactivar las protecciones. Estoy segura de ello.

Clary pensó en Sebastian en pie al otro lado de donde estaba ella en la hierba, cerca de las ruinas de la casa solariega de los Fairchild. En la forma en la que su cabello oscuro se agitaba sobre el rostro. En la forma que él había agarrado sus muñecas, con las uñas clavándose en su piel. En la forma en la que él había dicho que era imposible que Valentine hubiera querido a Jace alguna vez. Ella había pensado que era porque odiaba a Valentine. Pero no era eso, se dio cuenta. Él estaba... celoso.

Pensó en el oscuro príncipe de sus dibujos, el que se parecía tanto a Sebastian. Ella había desestimado el parecido como una coincidencia, una broma de la imaginación, pero ahora se preguntaba si sería el vínculo de su sangre en común el que le había dado al héroe infeliz de su historia el

rostro de su hermano. Trató de visualizar otra vez al príncipe, pero la imagen parecía hecha añicos y disuelta ante sus ojos, como ceniza esparcida en el viento. Sólo podía ver a Sebastian ahora, con la luz roja de la ciudad en llamas reflejada en los ojos.

-Jace –dijo ella–. Alguien tiene que decírselo. Tiene que decirle la verdad. –Sus pensamientos se atropellaban entre sí; si Jace lo hubiera sabido, sabido que él no tenía sangre de demonio, quizás no habría ido tras Valentine. Si hubiera sabido que no era el hermano de Clary después de todo...

-Pero yo pensaba –dijo Jocelyn con una mezcla de compasión y desconcierto–, que nadie sabía dónde estaba él...?

Antes de que Clary pudiera contestar, las puertas dobles del Salón se abrieron, derramando luz sobre el pórtico de pilares y los escalones que se extendían bajo éste. El clamor sordo de las voces, ya no apagado, se alzó mientras Luke atravesaba las puertas. Éste parecía agotado, pero había una luminosidad en él que no había estado allí antes. Parecía casi aliviado.

Jocelyn se puso en pie.

-Luke. ¿Qué pasa?

Él dio unos cuantos pasos hacia ellas, luego se detuvo entre la entrada y las escaleras.

-Jocelyn –dijo él–, siento interrumpiros.

-No pasa nada, Luke.

Incluso a través del aturdimiento, Clary pensó, *¿Por qué siguen llamándose el uno al otro por sus nombres así?* Había una especie de incomodidad o situación embarazosa entre ellos ahora, una incomodidad que no había estado ahí antes.

-¿Algo va mal?

Él sacudió la cabeza.

-No. Para variar, algo va bien. –Él sonrió a Clary, y ahí no hubo nada incómodo: parecía satisfecho con ella, e incluso orgulloso–. Lo lograste, Clary –dijo él–. La Clave ha decidido dejarte que les marques. No habrá rendición después de todo.

SALUDO Y DESPEDIDA

El valle era más bello en la realidad de lo que lo había sido en la visión de Jace. Quizás era la resplandeciente luz de la luna que hacía de plata al río que atravesaba el terreno verde del valle. Blancos abedules y álamos salpicaban los costados del valle, con sus hojas temblando en la brisa fresca..., se había levantado frío en la loma, sin protección ante el viento.

Este era sin duda el valle en el que había visto a Sebastian la última vez. Finalmente, lo había alcanzado. Después de asegurar a Caminante a un árbol, Jace sacó la hebra de hilo ensangrentada de su bolsillo y repitió el ritual de rastreo, sólo para estar seguro.

Él cerró los ojos, esperando ver a Sebastian, con un poco de suerte en algún lugar muy cerca de allí..., quizás, incluso en el valle aún...

En vez de eso sólo vio oscuridad. Su corazón comenzó a palpar.

Él lo intentó otra vez, pasando el hilo a su puño izquierdo y grabando torpemente la runa de rastreo sobre el dorso con su mano derecha, menos ágil. Inspiró profundamente esta vez antes de cerrar los ojos.

Nada otra vez. Sólo una imprecisa negrura titubeante. Estuvo allí en pie un minuto entero, con los dientes apretados, el viento deslizándose a través de su chaqueta, poniéndole la piel de gallina.

Finalmente, maldiciendo, abrió los ojos..., y luego, en un ataque de enfado desesperado, el puño; el viento levantó la hebra y se la llevó, tan rápido que aunque se hubiera arrepentido inmediatamente no habría podido volver a atraparla.

Su mente trabajaba a toda velocidad. Evidentemente, la runa de rastreo ya no funcionaba. Tal vez Sebastian se había dado cuenta de que estaba siendo seguido y había hecho algo para romper el encantamiento..., pero, ¿qué *podías* hacer para detener un rastreo? Quizás, se encontraba en una gran masa de agua. Agua trastocada con magia. Eso no ayudaba mucho a Jace. No es que pudiera ir a todos los lagos del país y ver si Sebastian estaba flotando en mitad de él. Él había estado tan cerca..., demasiado cerca. Había *visto* el valle, había visto a Sebastian en él. Y allí estaba la casa, apenas visible, enclavada contra un bosquecillo sobre el terreno del valle. Al menos valdría la pena bajar a echar un vistazo alrededor de la casa

para ver si había algo que pudiera apuntar hacia la ubicación de Sebastian o de Valentine.

Con una sensación de resignación, Jace usó la estela para marcarse con una serie de Marcas de combate de rápida-actuación y rápida-desaparición: una le aportaba silencio, otra agilidad y otra para andar con pie firme. Cuando lo hubo hecho –y sintiendo el familiar dolor punzante y caliente contra su piel– deslizó la estela en el bolsillo, dio una rápida y enérgica palmadita sobre el cuello a Caminante y se dirigió abajo al interior del valle.

Los costados del valle eran aparentemente empinados y traicioneros con un pedregal suelto. Jace decidió hacer el camino alternando bajar con cuidado y deslizarse sobre el pedregal, lo que era rápido pero peligroso. Con el tiempo, él alcanzó el terreno del valle, sus manos estaban ensangrentadas por haber caído sobre la grava suelta más de una vez. Se las lavó en el arroyo claro y caudaloso; su agua era de un frío entumecedor.

Cuando se incorporó y miró alrededor se dio cuenta de que ahora estaba contemplando el valle desde un ángulo diferente al que había tenido en la visión de rastreo. Estaba el sinuoso bosquecillo, con las ramas entrelazadas, las paredes del valle elevándose alrededor por todas partes y allí estaba la pequeña casa. Sus ventanas estaban oscuras ahora y no salía humo de la chimenea. Jace sintió una punzada, mezcla de alivio y decepción. Sería más fácil revisar la casa si no había nadie dentro. Por otra parte, no había nadie dentro.

Mientras se aproximaba, se preguntó por qué en la visión la casa había parecido inquietante. De cerca, sólo era una casa de labranza corriente de Idris, hecha de bloques de piedra blanca y gris. Los postigos habían estado pintados una vez de un azul brillante, pero parecía que hubieran pasado años desde que alguien los pintara. Estaban pálidos y desconchados por el tiempo.

Llegando a una de las ventanas, Jace se alzó sobre el alfeizar y miró detenidamente a través del turbio cristal. Vio una gran habitación ligeramente polvorienta, con un tosco banco de trabajo a lo largo de una pared. Los utensilios sobre él no eran nada con lo que harías un trabajo artesanal..., eran los instrumentos de un brujo: montones de manchado pergamino, velas de cera negra, gruesos cuencos de cobre con oscuro líquido seco pegado a los bordes, un surtido de cuchillos, algunos tan finos como punzones, otros de anchas hojas cuadradas. Un pentagrama estaba trazado con tiza sobre el suelo, con sus contornos borrosos, cada una de sus cinco puntas decorada con una runa diferente. A Jace se le tensó el estómago..., las runas se parecían a las que habían sido grabadas en torno a los pies de Ithuriel. ¿Podía Valentine haber hecho esto..., podía esto ser cosa *suya*? ¿Era este su escondite..., un escondite que Jace nunca había visitado ni conocido?

Jace se deslizó del alfeizar aterrizando en un parche de hierba seca..., justo cuando una sombra pasó atravesando la cara de la luna. Pero no había pájaros aquí, pensó él, y echó una ojeada hacia arriba justo a tiempo para ver un cuervo revoloteando allí en lo alto. Se quedó helado, luego dio unos pasos apresuradamente internándose en la sombra de un árbol y miró con atención a través de sus ramas. Cuando el cuervo bajó en picado acercándose al suelo, Jace supo que su primer instinto había sido acertado. Éste no era un cuervo cualquiera..., era Hugo, el cuervo que una vez había pertenecido a Hodge; Hodge lo había utilizado en ocasiones para mandar mensajes fuera del Instituto. Desde entonces, Jace había conocido que Hugo en su origen había pertenecido a su padre.

Jace se apretó más contra el tronco del árbol. Su corazón estaba palpitando de nuevo, esta vez con excitación. Si Hugo estaba aquí, eso sólo podía significar que éste estaba llevando un mensaje, y esta vez el mensaje no sería de Hodge. Sería de Valentine. *Tenía* que serlo. Si tan sólo pudiera Jace lograr seguirlo...

Posándose sobre un alfeizar, Hugo miró con atención por una de las ventanas de la casa. Aparentemente dándose cuenta de que la casa estaba vacía, el ave alzó el vuelo con un irritable graznido y batió las alas en dirección al arroyo.

Jace emergió de las sombras y salió en persecución del cuervo.

-Así que, técnicamente –dijo Simon–, incluso aunque Jace no sea en realidad pariente tuyo, tú *has* besado a tu hermano.

-¡Simon! –Clary estaba horrorizada–. CÁLLETE.

Ella se giró en su asiento para ver si alguien estaba escuchando, pero, por fortuna, nadie parecía estar haciéndolo. Estaba sentada en una alta banca sobre el estrado en el Salón de los Acuerdos, Simon a su lado. Su madre estaba en pie en el borde del estrado, agachándose para hablar con Amatis.

Alrededor de ellos el Salón fue un caos cuando los Submundos, que habían venido desde la Puerta Norte, entraron en él, manando a través de las puertas, apiñándose contra las paredes. Clary reconoció a varios miembros de la manada de Luke, incluyendo a Maia, que le sonreía desde el otro lado de la sala. Había súbditos del reino de las hadas, encantadores, pálidos y fríos como témpanos de hielo, y brujos con alas de murciélago, patas de cabra, e incluso uno con cuernos, con fuego azul chispeando desde la punta de sus dedos mientras se movían por la sala. Los Cazadores de Sombras daban vueltas entre ellos, pareciendo nerviosos.

Agarrando firmemente su estela con ambas manos, Clary miró alrededor con preocupación. ¿Dónde estaba Luke? Él había desaparecido entre la muchedumbre. Ella lo divisó después de un momento, hablando con

Malachi, que estaba sacudiendo la cabeza con violencia. Amatis estaba cerca, disparando al Cónsul miradas asesinas.

-No me hagas lamentar el haberte contado nada de esto, Simon –dijo Clary mirándole con indignación.

Ella había hecho todo lo posible por ofrecerle una versión resumida de la narración de Jocelyn, la mayor parte contada entre dientes bajo su respiración mientras él la ayudaba a abrirse paso a través de la multitud hacia el estrado y tomar asiento allí. Era raro estar allí arriba, mirando hacia abajo a la sala como si fuera la reina de todo cuanto contemplaba. Pero una reina no estaría tan cercana a un ataque de pánico.

-Además, él besaba horriblemente.

-O quizás era sólo asqueroso, porque él era, ya sabes, *tu hermano*. – Simon parecía más divertido por todo el asunto de lo que Clary pensaba que tenía derecho a estar.

-No digas eso donde mi madre pueda oírte, o te mataré –dijo ella con una segunda mirada hostil–. Ya me siento como si fuera a vomitar o desmayarme. No lo hagas más difícil.

Jocelyn, volviendo del borde del estrado a tiempo de oír las últimas palabras de Clary –aunque, por fortuna, no lo que ella y Simon habían estado hablando– dejó caer una palmadita tranquilizadora sobre el hombro de Clary.

-No estés nerviosa, nena. Estuviste tan genial antes. ¿Hay algo que necesites? Una manta, algo de agua caliente...

-No tengo frío –dijo Clary con paciencia–, y tampoco necesito un baño. Estoy bien. Sólo quiero que Luke venga aquí y me diga qué está pasando.

Jocelyn hizo señas en dirección a Luke para captar su atención, le dijo algo articulando en silencio con los labios, que Clary no pudo descifrar del todo.

-Mamá –escupió ella–, no –pero ya era demasiado tarde.

Luke subió la mirada..., al igual que bastantes Cazadores de Sombras. La mayoría de ellos apartaron la mirada rápidamente, pero Clary sintió la fascinación en sus miradas. Era raro pensar que su madre fuera aquí una figura legendaria. Casi todo el mundo en la sala había oído su nombre y tenía algún tipo de opinión acerca de ella, buena o mala. Clary se preguntaba cómo conseguía su madre que esto no le molestara. Ella no *parecía* molesta..., parecía tranquila, entera y peligrosa.

Un momento después Luke se había unido a ellos en el estrado, Amatis a su lado. Él todavía parecía cansado, pero también alerta e incluso un poco entusiasmado. Él dijo:

-Sólo espera un segundo. Todos están viniendo hacia aquí.

-Malachi –dijo Jocelyn sin mirar del todo directamente a Luke mientras hablaba–, ¿te está dando problemas?

Luke hizo un gesto desdeñoso.

-Él piensa que deberíamos enviar un mensaje a Valentine, rechazando sus condiciones. Le dije que no deberíamos revelarle nuestras intenciones. Dejar a Valentine aparecer con su ejército en la Llanura de Brocelind esperando una rendición. Malachi parecía pensar que eso no era deportivo, y cuando le he dicho que la guerra no era un partido de cricket escolar inglés, dijo que si a alguno de los Submundos se le iba la mano aquí, él intervendría y pondría fin a todo el asunto. No sé qué es lo que piensa que va a suceder..., como si los Submundos no pudieran parar de enfrentarse ni siquiera durante cinco minutos.

-Eso es exactamente lo que piensa –dijo Amatis–. Es Malachi. Probablemente esté preocupado porque empecéis a comeros unos a otros.

-Amatis –dijo Luke–. Alguien podría oírte.

Él se volvió entonces, cuando dos hombres subían los escalones detrás de él. Uno era un caballero del reino de las hadas alto y delgado, con largo cabello oscuro que le caía en capas a cada lado de su estrecho rostro. Llevaba una guerrera blanca de armadura: de metal pálido y duro, hecha de diminutos círculos que se solapaban unos sobre otros, como las escamas de un pez. Sus ojos eran verde hoja.

El otro hombre era Magnus Bane. No sonrió a Clary cuando vino para ponerse al lado de Luke. Llevaba un largo abrigo oscuro abotonado hasta el cuello, y su cabello negro estaba peinado hacia atrás apartado de su rostro.

-Pareces tan *sencillo* –dijo Clary mirando fijamente.

Magnus sonrió ligeramente.

-He oído que tenías una runa que mostrarme –fue todo lo que dijo.

Clary miró a Luke, que asintió con la cabeza.

-Ah, sí –dijo ella–. Sólo necesito algo sobre lo que escribir..., algún papel.

-Te *pregunté* si necesitabas algo –dijo Jocelyn bajo su respiración, sonando mucho como la madre que Clary recordaba.

-Yo tengo papel –dijo Simon, rebuscando algo en el bolsillo de sus vaqueros.

Él se lo tendió a ella. Era un arrugado flyer¹ de una actuación de su banda en el Knitting Factory en julio. Ella se encogió de hombros y le dio la vuelta, levantando su estela prestada. Ésta echó ligeramente chispas cuando su extremo tocó el papel, y por un momento ella se preocupó porque el flyer pudiera salir ardiendo, pero la minúscula llama bajó. Ella se puso a dibujar, haciendo todo lo posible por dejar fuera todo: el ruido de la multitud, la sensación de que todos la estaban mirando.

La runa emergió como lo había hecho antes..., un diseño de líneas que se curvaban sólidamente una sobre otra, luego se extendió por la página

1. *Flyer*: folleto, panfleto u octavilla con función publicitaria o propagandística. De muy diversos formatos, en los que prima la expresión gráfica y el diseño.

como buscando una conclusión que no estaba allí. Ella sacudió el polvo de la página y la levantó, sintiéndose de manera absurda como si estuviera en el colegio y estuviese presumiendo de algún tipo de presentación ante su clase.

-Esta es la runa –dijo ella–. Requiere de una segunda runa para completarla, para que funcione correctamente. Una... runa compañera.

-Una Submundo, una Cazador de Sombras. Cada mitad de la asociación tiene que ser marcada –dijo Luke. Éste garabateó una copia de la runa al pie de la página, partió el papel por la mitad y le pasó una ilustración a Amatis–. Empieza a hacer circular la runa –dijo él–. Muestra a los Nephilim cómo funciona.

Con un asentimiento silencioso Amatis desapareció bajando los escalones e internándose en la multitud. El caballero del reino de las hadas, echando una mirada tras ella, sacudió la cabeza.

-Siempre se me había dicho que sólo los Nephilim pueden llevar las Marcas del Ángel –dijo él con cierta desconfianza–. Que los nuestros se volverían locos o morirían de usarlas.

-Esta no es una de las Marcas del Ángel –dijo Clary–. No es del Libro Gris. Es segura, lo prometo.

El caballero del reino de las hadas no parecía impresionado.

Con un suspiro Magnus tiró de su manga hacia atrás y alargó una mano a Clary.

-Adelante.

-No puedo –dijo ella–. El Cazador de Sombras que te marque será tu compañero, y yo no lucharé en la batalla.

-Debía esperarlo –dijo Magnus. Él echó una ojeada sobre Luke y Jocelyn, que estaban muy cerca el uno del otro–. Vosotros dos –dijo–, proceded, pues. Mostrad al caballero hada cómo funciona.

Jocelyn parpadeó sorprendida.

-¿Qué?

-He supuesto –dijo Magnus–, que vosotros dos seríais compañeros, ya que prácticamente estáis casados de todos modos.

El color inundó el rostro de Jocelyn y ella evitó cuidadosamente el mirar a Luke.

-No tengo estela...

-Toma la mía. –Clary se la pasó–. Adelante, enséñales.

Jocelyn se giró hacia Luke, que parecía completamente sorprendido. Él tendió la mano antes de que ella pudiera pedírselo, y le marcó la palma con una precisión rápida. La mano temblaba mientras dibujaba, y ella le cogió la muñeca para asegurarla; Luke bajó la mirada hacia ella mientras trabajaba, y Clary pensó en la conversación que tuvieron acerca de su madre y lo que él le había dicho sobre sus sentimientos por Jocelyn, y

sintió una punzada de tristeza. Se preguntaba si su madre supo alguna vez que Luke la amaba, y si lo supiera qué diría.

-Ya está. –Jocelyn retiró la estela–. Hecho.

Luke levantó la mano, la palma extendida, y mostró la negra marca arremolinada en su centro al caballero del reino de las hadas.

-¿Es satisfactorio, Meliorn?

-¿*Meliorn*? –dijo Clary–. Te conocí, ¿no? Solías salir con Isabelle Lightwood.

Meliorn era casi inexpresivo, pero Clary podía haber jurado que parecía ligeramente incómodo. Luke sacudió la cabeza.

-Clary, Meliorn es un Caballero de la Corte Seelie. Es muy improbable que...

-Él estaba totalmente saliendo con Isabelle –dijo Simon–, y ella le plantó además. Al menos, ella dijo que iba a hacerlo. Pobre hombre.

Meliorn le miró parpadeando.

-Tú –dijo él con desagrado–. ¿*Tú* eres el representante elegido de los Hijos de la Noche?

Simon sacudió la cabeza.

-No. Yo sólo estoy aquí por ella. –Él señaló a Clary.

-Los Hijos de la Noche –dijo Luke después de una breve vacilación–, no van a participar, Meliorn. Le hice llegar esa información a tu Señora. Ellos han elegido... seguir su propio camino.

Los delicados rasgos de Meliorn cayeron en un fruncimiento de ceño.

-Debería haberlo sabido –dijo él–. Los Hijos de la Noche son una gente sabia y prudente. Cualquier plan que atraiga su ira, atrae *mis* sospechas.

-No he dicho nada acerca de ira –comenzó Luke con una mezcla de calma deliberada y leve exasperación.

Clary dudaba de que cualquiera que no le conociese bien pudiera saber en absoluto que estaba irritado. Ella pudo sentir el cambio en su atención: él estaba mirando hacia abajo, a la multitud. Siguiendo su mirada, Clary vio una figura familiar abrirse camino a través de la sala...

Isabelle, su cabello negro meciéndose, su látigo enroscado en la muñeca como una serie de brazaletes dorados.

Clary agarró la muñeca de Simon.

-Los *Lightwood*. Sólo he visto a Isabelle.

Él echó una ojeada a la multitud, frunciendo el ceño.

-No me había dado cuenta de que estabas buscándolos.

-Por favor, ve a hablar con ella por mí –susurró ella echando un vistazo para ver si alguien estaba prestándoles atención; nadie lo hacía.

Luke estaba haciendo gestos a alguien en la multitud; mientras tanto, Jocelyn estaba diciéndole algo a Meliorn, que estaba mirándola con algo que era cercano a la alarma.

-Yo tengo que quedarme aquí, pero... por favor, necesito que les cuentes a ella y a Alec lo que mi madre me ha contado. Sobre Jace y quién es en realidad, y quién es Sebastian. Ellos tienen que saberlo. Diles que vengan a hablar conmigo tan pronto como puedan. Por favor, Simon.

-Está bien. –Claramente preocupado por la intensidad del tono de ella, Simon se liberó la muñeca de su agarrón y le tocó la mejilla de modo tranquilizador–. Volveré.

Él bajó los escalones y desapareció en la muchedumbre. Cuando ella se dio la vuelta vio que Magnus la estaba mirando, su boca compuesta por una línea torcida.

-Está bien –dijo él, obviamente respondiendo a cualquiera que fuese la pregunta que Luke acababa de hacerle–. Estoy familiarizado con la Llanura de Brocelind. Crearé el Portal en la plaza. Aunque, uno tan grande no durará mucho tiempo, así que será mejor que consigas que todo el mundo lo atraviese muy rápidamente una vez que sean marcados.

Cuando Luke asintió con la cabeza y se volvió para decir algo a Jocelyn, Clary se echó hacia delante y dijo en voz baja:

-Gracias, por cierto. Por todo lo que has hecho por mi madre.

La sonrisa torcida de Magnus se ensanchó.

-No creías que fuera a hacerlo, ¿verdad?

-Lo pensé –admitió Clary–, sobre todo teniendo en cuenta que, cuando te vi en la casita, no viste conveniente decirme que Jace había traído con él a Simon a través del Portal cuando vino a Alicante. No he tenido oportunidad antes de gritarte por esto, pero ¿qué estabas pensando? ¿Qué yo no estaría interesada?

-Que estarías demasiado interesada –dijo Magnus–. Que lo dejarías todo y te irías corriendo al Gard. Y necesitaba que buscaras el Libro del Blanco.

-Eso es despiadado –dijo Clary con enfado–. Y estás equivocado. Yo habría...

-Hecho lo que cualquiera habría hecho. Lo que yo habría hecho si hubiera sido alguien que a *mí* me importase. No te culpo, Clary, y no lo hice porque pensara que fueras débil. Lo hice porque eres humana, y conozco los usos de la humanidad. Llevo vivo mucho tiempo.

-Como si tú nunca hicieras nada estúpido por tener sentimientos –dijo Clary–. Bueno, ¿dónde está Alec? ¿Por qué no estás eligiéndole ahora mismo como tu compañero?

Magnus pareció estremecerse.

-Yo me acercaría a él allí con sus padres. Lo sabes.

Clary apoyó la barbilla en su mano.

-Hacer lo correcto porque quieres a alguien a veces es una mierda.

-Lo es –dijo Magnus–, en eso.

El cuervo volaba en lentos círculos perezosos, haciendo su camino sobre las copas de los árboles hacia la pared oeste del valle. La luna estaba alta, eliminando la necesidad de luz mágica mientras Jace lo seguía manteniéndose bajo los árboles.

La pared del valle se alzaba por encima, un escarpado muro de roca gris. El recorrido del cuervo parecía estar siguiendo la curva del arroyo mientras retomaba el camino al oeste, desapareciendo finalmente en el interior de una fisura estrecha de la pared. Jace cerca estuvo de torcerse el tobillo varias veces sobre la roca húmeda y deseó haber podido maldecir en voz más alta, pero habría sido seguro que Hugo le oyese. En su lugar, agachado incómodamente medio en cuclillas, se concentró en no romperse una pierna.

Su camisa estaba empapada en sudor por el tiempo que le había llevado alcanzar los límites del valle. Por un momento pensó que había perdido de vista a Hugo, y se le cayó el alma a los pies... Entonces, vio la descendente forma negra cuando el cuervo bajó en picado y desapareció en el interior del oscuro agujero que se abría en la pared rocosa del valle. Jace corrió hacia delante..., era tanto el alivio de correr en vez de arrastrarse. Mientras se acercaba a la fisura, pudo ver un hueco mucho más grande y oscuro más allá de ésta... una cueva.

Sólo se filtraba un poco de luz a través de la boca de la cueva, y tras unos cuantos pasos incluso ésta fue tragada por una oscuridad agobiante. Jace levantó su luz mágica y dejó que la iluminación sangrara entre sus dedos.

Al principio, pensó que de algún modo se encontraba de nuevo de camino al exterior, y que las estrellas eran visibles en lo alto con todo su esplendor centelleante. Las estrellas jamás brillaban en ningún lugar de la manera que lo hacían en Idris..., y ahora no estaban brillando. La luz mágica había hecho resaltar docenas de centelleantes depósitos de mica en la roca alrededor de él, y las paredes habían cobrado vida con puntos de luz brillante.

Éstos le mostraron que estaba en pie en un estrecho espacio abierto en la roca viva, la entrada de la cueva detrás de él, delante dos oscuras galerías bifurcándose. Jace pensó en las historias que le había contado su padre sobre héroes perdidos en laberintos, que utilizaron cuerdas o bramante para encontrar su camino de regreso. Pero él no tenía ninguna de esas cosas. Se acercó más a las galerías y guardó silencio por largo tiempo, escuchando. Oyó el fluir de agua, débilmente, desde algún lugar lejano; la corriente del arroyo, un susurro como de alas, y... voces.

Él se echó hacia atrás de inmediato. Las voces venían de la galería de la izquierda, estaba seguro de ello. Recorrió con su pulgar la luz mágica para atenuarla, hasta que despidió un débil resplandor que fuera suficiente para iluminar su camino. Luego, siguió adelante sumergiéndose en la oscuridad.

-¿Hablas en serio, Simon? ¿Realmente es verdad? ¡Eso es fantástico! – Isabelle alargó la mano para tomar la de su hermano–. Alec, ¿has oído lo que ha dicho Simon? Jace *no es* hijo de Valentine. Nunca lo fue.

-Bueno, ¿de quién es hijo? –contestó Alec, aunque Simon tenía la sensación de que sólo estaba prestando atención en parte.

Él parecía estar escudriñando la sala en busca de algo. Sus padres estaban a poca distancia de ellos, frunciendo el entrecejo en su dirección. A Simon le había preocupado que tuviera que explicarles todo el asunto también a ellos, pero muy amablemente le habían permitido unos minutos con Isabelle y Alec a solas.

-¡A quién le importa! –Isabelle levantó las manos llena de alegría, luego frunció el ceño–. En realidad, tienes razón. ¿Quién era su padre? ¿Michael Wayland después de todo?

Simon sacudió la cabeza.

-Stephen Herondale.

-Así que era el nieto de la Inquisidor –dijo Alec–. Ese debe ser el por qué de que ella... –Él se interrumpió mirando a lo lejos.

-¿El por qué de que ella *qué?* –exigió Isabelle–. Alec, presta atención. O por lo menos dinos qué estás buscando.

-No qué –dijo Alec–, quién. A Magnus. Quería preguntarle si sería mi compañero en la batalla. Pero no tengo ni idea de dónde está. ¿Le has visto? –solicitó él dirigiendo la pregunta a Simon.

Simon sacudió la cabeza.

-Él estaba allá arriba sobre el estrado con Clary, pero... –Estiró el cuello para mirar–, ahora no está. Probablemente esté entre la muchedumbre en algún lugar.

-¿De verdad? ¿Vas a pedirle que sea tu compañero? –preguntó Isabelle–. Es como un baile, este asunto de las parejas, excepto por lo de matar.

-Eso, exactamente como un baile –dijo Simon.

-Tal vez te pida a ti que seas mi pareja, Simon –dijo Isabelle levantando una ceja con delicadeza.

Alec frunció el entrecejo. Él estaba, como el resto de los Cazadores de Sombras en la sala, completamente uniformado, todo de negro con un cinturón del que pendían múltiples armas. Llevaba un arco sujeto a la espalda; Simon se alegró de ver que había encontrado un reemplazo para aquél que le había destrozado Sebastian.

-Isabelle, tú no necesitas un compañero, porque no vas a luchar. Eres demasiado joven. Y si tan sólo piensas en ello, te mataré. –Levantó la cabeza bruscamente–. Espera... ¿Es *ese* Magnus?

Isabelle, siguiendo su mirada, resopló.

-Alec, eso es un hombre lobo. Una *chica* lobo. De hecho, es... ¿Cómo se llama? May.

-Maia –corrigió Simon.

Ella estaba de pie un poco más lejos, llevaba unos pantalones de piel marrones y una camiseta negra ceñida en la que ponía “SEA LO QUE SEA NO ME MATA... SERÁ MEJOR QUE EMPIECES A CORRER”. Un cordón le mantenía hacia atrás su cabello trenzado. Ella se volvió, como si hubiera sentido sus ojos sobre ella, y sonrió. Simon le devolvió la sonrisa. Isabelle lanzó una mirada fulminante. Simon dejó inmediatamente de sonreír... ¿Cuándo se había vuelto su vida tan complicada?

El rostro de Alec se iluminó.

-Allí está Magnus –dijo él, y se fue sin mirar atrás, abriéndose camino entre la multitud hacia el lugar donde estaba el alto brujo.

La sorpresa de Magnus mientras Alec se aproximaba a él era visible, incluso desde la distancia.

-Es algo tan mono –dijo Isabelle mirándolos-. Ya sabes, en una especie de modo patético.

-¿Por qué patético?

-Porque –explicó Isabelle-, Alec trata de conseguir que Magnus le tome en serio, pero jamás ha hablado de Magnus a nuestros padres, o tan siquiera de lo que a él le gusta, ya sabes...

-¿Los brujos?

-Muy gracioso. –Isabelle le miró airada-. Sabes a qué me refiero. Lo que pasa aquí es que...

-¿Qué pasa exactamente? –preguntó Maia, que se aproximaba a grandes zancadas, ya suficientemente cerca para poder oírles-. Quiero decir, no he entendido muy bien eso de los compañeros. ¿Cómo se supone que funciona?

-Así. –Simon señaló hacia Alec y Magnus, que estaban un poco apartados de la multitud, en su pequeño espacio propio.

Alec estaba dibujando sobre la mano de Magnus, su rostro concentrado, su cabello cayéndole hacia delante ocultaba sus ojos.

-Así que, ¿todos nosotros tenemos que hacer eso? –dijo Maia-. Dibujarnos, quiero decir.

-Sólo si vas a luchar –dijo Isabelle a la otra chica con frialdad-. Tú no aparentas tener dieciocho años aún.

Maia sonrió abiertamente.

-No soy una Cazadora de Sombras. Los licántropos se consideran adultos a los dieciséis.

-Bueno, entonces tienes que ser marcada –dijo Isabelle-, por un Cazador de Sombras. Así que será mejor que te busques uno.

-Pero... –Maia, mirando aún a Alec y Magnus, se interrumpió y enarcó las cejas.

Simon se volvió para ver lo que estaba mirando ella... y se quedó mirando fijamente.

Alec tenía los brazos alrededor de Magnus y estaba besándolo, de lleno en la boca. Magnus, que parecía estar en estado de shock, estaba de pie congelado. Varios grupos de personas, Cazadores de Sombras y Submundos por igual, estaban mirando y susurrando. Echando un vistazo a un lado Simon vio a los Lightwood, con los ojos muy abiertos, mirando boquiabiertos el espectáculo. Maryse tenía una mano sobre la boca.

Maia parecía perpleja.

-Espera un segundo –dijo ella–. ¿Todos tenemos que hacer eso también?

Por sexta vez Clary escudriñó la multitud buscando a Simon. No podía encontrarlo. La sala era una masa enturbiada de Cazadores de Sombras y Submundos, la muchedumbre desbordándose por las puertas y sobre la escalinata en el exterior. El destello de las estelas estaba por todas partes mientras Submundos y Cazadores de Sombras se reunían en parejas y se marcaban unos a otros. Clary vio a Maryse Lightwood tendiendo la mano hacia un hada alta y de piel verde que era tan pálida y majestuosa como ella. Patrick Penhallow estaba intercambiando Marcas solemnemente con un brujo cuyo cabello brillaba con chispas azules. A través de las puertas del Salón Clary podía ver el brillo trémulo del Portal en la plaza. La luz de las estrellas caía a través de la claraboya de cristal dando un aire surrealista a todo aquello.

-Increíble, ¿verdad? –dijo Luke. Él estaba en pie al borde del estrado, bajando la mirada sobre la sala–. Cazadores de Sombras y Submundos, reuniéndose en la misma habitación. Trabajando juntos.

Él sonaba impresionado. Todo lo que Clary podía pensar era que deseaba que Jace estuviera allí para ver lo que estaba sucediendo. No podía apartar su temor por él, no importaba cuánto lo intentara. La idea de que él pudiera enfrentarse a Valentine, que pusiera en riesgo su vida porque pensaba que estaba maldito..., que pudiera morir sin saber jamás que eso no era verdad...

-Clary –dijo Jocelyn con un rastro de diversión–. ¿Has oído lo que he dicho?

-Lo he oído –dijo Clary–, y es increíble, lo sé.

Jocelyn puso la mano sobre la de Clary.

-Eso no es lo que yo estaba diciendo. Luke y yo vamos a luchar. Sé que sabes eso. Tú te quedarás aquí con Isabelle y el resto de los niños.

-No soy una niña.

-Sé que no lo eres, pero eres demasiado joven para luchar. Y aunque no lo fueras, nunca has sido adiestrada.

-No quiero sentarme aquí y no hacer nada.

-¿Nada? –dijo Jocelyn asombrada–. Clary, nada de esto estaría sucediendo si no fuera por ti. Ni siquiera tendríamos una oportunidad para

luchar si no fuera por ti. Estoy tan orgullosa de ti. Sólo quería decirte que aunque Luke y yo nos vayamos, regresaremos. Todo va a salir bien.

Clary subió la mirada hasta su madre, hasta esos ojos verdes tan parecidos a los suyos propios.

-Mamá –dijo Clary–. No mientas.

Jocelyn inspiró de forma repentina y se puso en pie, retirando la mano. Antes de que pudiera decir nada, algo captó la mirada de Clary..., un rostro familiar en la multitud. Una figura esbelta y oscura moviéndose deliberadamente hacia ellos, deslizándose a través del Salón abarrotado con pausada y sorprendente facilidad..., como si pudiera vagar *atravesando* la multitud, como humo a través de los huecos de una valla.

Y lo *hacía*, se dio cuenta Clary cuando él se acercó al estrado. Era Raphael, vestido con la misma camisa blanca y pantalones negros con los que ella le había visto la primera vez. Había olvidado lo menudo que era. Apenas aparentaba tener catorce años cuando subía las escaleras, con su delgado rostro tranquilo y angelical, como un niño cantor subiendo los escalones del presbiterio.

-Raphael. –La voz de Luke seguía siendo de asombro, mezclado con alivio–. No pensaba que vinieras. ¿Han reconsiderado los Hijos de la Noche el unirse a nosotros en la lucha contra Valentine? Todavía hay un escaño del Concilio libre para vosotros, si queréis aceptarlo.

Él le tendió la mano a Raphael. Los ojos claros y preciosos de Raphael le contemplaron inexpresivamente.

-No puedo darte la mano, hombre lobo.

Cuando Luke pareció ofendido, él sonrió, justo lo suficiente para mostrar las puntas blancas de sus colmillos.

-Soy una proyección –dijo él levantando la mano de forma que todos pudieran ver cómo la luz brillaba a través de ella–. No puedo tocar nada.

-Pero... -Luke alzó la mirada a la luz de la luna que se vertía desde el techo–. ¿Por qué... –Bajó la mano–. Bueno, me alegro de verte aquí. Comoquiera que elijas aparecer.

Raphael sacudió la cabeza. Por un momento sus ojos se detuvieron en Clary, una mirada que a ella realmente no le gustó, y luego llevó la mirada a Jocelyn, y su sonrisa se amplió.

-Tú –dijo él–, la esposa de Valentine. Algunos de los míos, que lucharon junto a ti en el Levantamiento, me hablaron de ti. Admito que nunca pensé que llegara a verte por mí mismo.

Jocelyn inclinó la cabeza.

-Muchos de los Hijos de la Noche lucharon entonces con gran valentía. ¿Tu presencia aquí indica que lucharemos una vez más unos al lado de los otros?

Era raro, pensó Clary, oír a su madre hablar de una manera tan calma y formal, y sin embargo, parecía ser natural para Jocelyn. Tan natural como

su manera de sentarse en el suelo con su vieja bata de pintora, sosteniendo un pincel salpicado de pintura.

-Eso espero –dijo Raphael, y su mirada pasó por Clary otra vez, como el tacto de una mano fría–. Sólo ponemos una condición, una sola... y pequeña... petición. Si ésta es satisfecha, los Hijos de la Noche de muchas naciones irán gustosos a la batalla a vuestro lado.

-El escaño del Concilio –dijo Luke–. Por supuesto... puede ser formalizado, los documentos se redactaron a la hora...

-No –dijo Raphael–, el escaño del Concilio. Algo más.

-¿Algo... más? –hizo de eco Luke sin expresión–. ¿El qué? Te lo aseguro, si está en nuestro poder...

-Oh, lo está. –La sonrisa de Raphael era deslumbrante–. De hecho, es algo que está dentro de los muros del Salón mientras hablamos.

Él se giró e hizo un ademán lleno de gracia hacia la multitud.

-Es Simon, el muchacho, lo que queremos –dijo él–. Es el Daylighter.

La galería era larga y serpenteante, corriendo en zigzag una y otra vez como si Jace estuviera avanzando a través de las entrañas de un monstruo enorme. Olía como a roca húmeda, cenizas y algo más, algo frío, húmedo y extraño que le recordaba a Jace ligeramente al olor de la Ciudad de Hueso.

Finalmente, la galería se abrió a una cámara circular. Enormes estalactitas, con su superficie tan pulimentada como gemas, pendían de un alto techo de piedra encrestado. El suelo era liso como si hubiera sido pulido, alternándose aquí y allá con diseños arcanos de relucientes incrustaciones de piedra. Una serie de estalagmitas en bruto rodeaba la cámara. En el mismo centro de la sala se levantaba una enorme estalagmita de cuarzo, alzándose del suelo como un colmillo gigante, estampado aquí y allí con motivos rojizos. Observando más de cerca, Jace vio que las caras de la estalagmita eran transparentes, los diseños rojizos el resultado de algo girando en volutas y moviéndose en su interior, como una probeta de cristal llena de humo coloreado.

Arriba en lo alto, se filtraba luz desde un agujero circular en la piedra, una claraboya natural. Con toda certeza la sala había sido producto más del diseño que de la casualidad..., los intrincados diseños trazados en el suelo hacían eso muy obvio..., pero, ¿quién habría ahuecado una cámara subterránea tan enorme, y por qué?

Un agudo graznido hizo eco en la sala, enviando una sacudida a través de los nervios de Jace. Éste se agachó detrás de una voluminosa estalagmita, sofocando su luz mágica, justo cuando dos figuras emergieron de las sombras en el lejano fondo de la sala y se movían hacia él, con las cabezas inclinadas entre sí en conversación. Sólo cuando llegaron al centro de la sala y la luz los alcanzó él los reconoció.

Sebastian.

Y Valentine.

Esperando evitar la multitud, Simon hizo el largo camino de regreso al estrado sumergiéndose detrás de las hileras de pilares que bordeaban los laterales del Salón. Mantenía la cabeza gacha mientras caminaba, perdido en sus pensamientos. Parecía extraño que Alec, sólo un año o dos mayor que Isabelle, se dirigiera a luchar en una guerra y el resto de ellos fueran a quedarse atrás. E Isabelle parecía tranquila con ello. Nada de gritos, nada de histerismos. Era como si lo hubiera esperado. Quizás lo hacía. Quizás todos ellos lo hacían.

Estaba cerca de los escalones del estrado cuando levantó la vista y vio, para su sorpresa, a Raphael de pie frente a Luke, luciendo su habitual carencia de casi toda expresión. Luke, por otra parte, parecía agitado..., estaba sacudiendo la cabeza con las manos levantadas en señal de protesta, y Jocelyn, detrás de él, parecía indignada. Simon no podía ver la cara de Clary, le estaba dando la espalda, pero la conocía tan bien que reconoció su tensión sólo por la posición de sus hombros.

No queriendo que Raphael le viera, Simon se hundió tras un pilar y escuchó. Incluso sobre el murmullo de la multitud él era capaz de oír la voz de Luke alzándose.

-Eso está fuera de toda discusión –estaba diciendo Luke–. No puedo creer que ni siquiera lo pidas.

-Y yo no puedo creer que os neguéis. –La voz de Rafael era tranquila y clara, la voz todavía alta y aguda de un niño–. Es una cosa tan pequeña.

-No es una *cosa*. –Clary sonaba enojada–. Es Simon. Es una *persona*.

-Es un vampiro –dijo Raphael–, lo que parece que sigues olvidando.

-¿No eres un vampiro tú también? –preguntó Jocelyn, su tono tan helado como lo había sido cada vez que Clary y Simon se habían metido en problemas por hacer algo estúpido–. ¿Estás diciendo que *vuestra* vida no tiene valor?

Simon se apretó contra el pilar. ¿Qué estaba pasando?

-Mi vida tiene gran valor –dijo Raphael–, al ser, a diferencia de las vuestras, eterna. No hay fin para lo que yo pueda llevar a cabo, mientras que hay un claro final por el que estáis preocupados. Pero esa no es la cuestión. Él es un vampiro, uno de los nuestros, y estoy pidiendo que se me devuelva.

-Tú no puedes tenerlo *de vuelta* –soltó Clary bruscamente–. En primer lugar, nunca le has tenido. Tampoco te interesaste nunca por él, hasta que descubriste que podía andar bajo la luz del día...

-Posiblemente –dijo Raphael–, pero no por la razón que piensas.

Él ladeó la cabeza, sus ojos brillantes, ligeros y oscuros moviéndose con rapidez como los de un pájaro.

-Ningún vampiro debería tener el poder que tiene él –dijo–, al igual que ningún Cazador de Sombras debería tener el poder que tenéis tú y tu hermano. Durante años se nos ha dicho que nosotros éramos algo equivocado y antinatural. Pero esto... *esto* es antinatural.

-Raphael. –El tono de Luke era de advertencia–. No sé qué es lo que esperas. Pero no hay ninguna posibilidad de que te dejemos hacerle daño a Simon.

-Pero dejaréis que Valentine y su ejército de demonios dañe a toda esta gente, a vuestros aliados.

Raphael hizo un gesto grandilocuente que abarcaba la sala.

-¿Les dejaréis arriesgar sus vidas según su propio criterio pero no le daréis a Simon la misma oportunidad? Quizás él haría algo diferente a lo que vosotros queréis. –Él bajó el brazo–. Sabéis que no lucharemos a vuestro lado si no es así. Los Hijos de la Noche no tomarán parte en este día.

-Entonces, no toméis parte en él –dijo Luke–. No compraré vuestra colaboración con una vida inocente. Yo no soy Valentine.

Raphael se volvió hacia Jocelyn.

-¿Y tú, Cazadora de Sombras? ¿Vas a dejar que este hombre lobo decida lo que es mejor para tu gente?

Jocelyn estaba mirando a Raphael como si éste fuera una cucaracha que hubiera encontrado arrastrándose por el limpio suelo de su cocina. Muy lentamente ella dijo:

-Si pones una mano sobre Simon, vampiro, te cortaré en pedacitos y te daré de comer a mi gato. ¿Lo entiendes?

La boca de Raphael se tensó.

-Muy bien –dijo él–. Cuando yazcáis moribundos sobre la Llanura de Brocelind, podréis preguntaros si una vida verdaderamente tenía tanto valor.

Él desapareció. Luke se volvió rápidamente hacia Clary, pero Simon ya no les estaba observando: estaba mirando hacia abajo, a sus manos. Había pensado que estarían temblando, pero estaban tan inmóviles como las de un cadáver. Muy lentamente, las cerró hasta convertirlas en puños.

Valentine tenía el aspecto que siempre había tenido: un hombre grande vestido con una equipación de Cazadores de Sombras modificada, sus hombros anchos y fornidos en contraste con su rostro marcadamente plano y de rasgos finos. Llevaba la Espada Mortal sujeta a lo largo de la espalda con una voluminosa cartera. Llevaba un ancho cinturón con numerosas armas asomando desde él: gruesas dagas de caza, estrechos estiletes y cuchillos de despellejar. Observando a Valentine desde detrás de la roca, Jace se sentía como siempre lo hacía ahora cuando pensaba en su padre...,

un persistente afecto familiar corroído por la desolación, la decepción y la desconfianza.

Era extraño ver a su padre con Sebastian, que parecía... diferente. También vestía la equipación, y llevaba una larga espada de empuñadura plateada sujeta al cinto, pero no era lo que llevaba lo que le chocó tanto a Jace. Era su cabello, ya no un casco de bucles oscuros sino rubios, un rubio luminoso, de una especie de oro blanco. Le sentaba bien, en realidad, mejor que el cabello oscuro que tenía; su piel ya no parecía tan asombrosamente pálida. Debió de teñir su pelo para parecerse al verdadero Sebastian Verlac, y este era realmente su aspecto. Una amarga e irritante ola de odio recorrió a Jace, y eso era todo lo que podía hacer para mantenerse oculto detrás de la roca y no arremeter hacia adelante para rodear el cuello de Sebastian con sus manos.

Hugo graznó otra vez y descendió en picado para aterrizar sobre el hombro de Valentine. Una punzada extraña atravesó a Jace, viendo al cuervo en la postura que había llegado a ser tan familiar para él durante los años que había conocido a Hodge. Hugo había vivido prácticamente en el hombro de su tutor, y verlo sobre el de Valentine se hacía tan extraño, incluso incorrecto, a pesar de todo lo que Hodge había hecho.

Valentine alzó la mano y acarició las lustrosas plumas del ave, asintiendo con la cabeza como si los dos estuvieran inmersos en una conversación. Sebastian observaba, con sus pálidas cejas arqueadas.

-¿Alguna palabra de Alicante? –dijo él cuando Hugo se impulsó desde el hombro de Valentine y se hizo al aire otra vez, rozando con las alas las puntas parecidas a gemas de las estalactitas.

-Nada tan comprensible como me gustaría –dijo Valentine. El sonido de la voz de su padre, fría y serena como siempre, atravesó a Jace como una flecha. Sus manos se agitaron involuntariamente y las presionó con fuerza a los lados, agradecido por el gran volumen de la roca que lo guardaba de ser visto.

-Una cosa es segura. La Clave se está aliando con las fuerzas de los Submundos de Lucian.

Sebastian frunció el ceño.

-Pero Malachi dijo que...

-Malachi ha fracasado. –La mandíbula de Valentine estaba tensa.

Para sorpresa de Jace, Sebastian se movió hacia delante y puso una mano sobre el brazo de Valentine. Había algo en aquel contacto..., algo de carácter íntimo y de confianza..., que hizo que Jace sintiese el estómago como si hubiera sido invadido por un nido de lombrices. Nadie tocaba a Valentine así. Ni siquiera él habría tocado a su padre así.

-¿Estás afectado? –preguntó Sebastian, y el mismo tono aparecía en su voz, la misma suposición grotesca y extraña de cercanía.

-La Clave ha ido más lejos de lo que pensaba. Sabía que los Lightwood estaban corrompidos más allá de toda esperanza, y que ese tipo de corrupción es contagiosa. Es por ello que traté de impedirles la entrada en Idris. Pero que el resto se haya dejado llenar las mentes con el veneno de Lucian con tanta facilidad, cuando ni siquiera es Nephilim...

La indignación de Valentine era evidente, pero él no se apartó de Sebastian, observó Jace con creciente incredulidad, no se movió para quitarse la mano del chico de su hombro.

-Estoy decepcionado. Pensé que entrarían en razón. Habría preferido que las cosas no terminaran de esta manera.

Sebastian parecía divertido.

-Yo no estoy de acuerdo –dijo él–. Piensa en ellos, preparados para la batalla, partiendo al galope hacia la gloria, sólo para descubrir que nada de eso importa. Que su gesto es inútil. Piensa en el aspecto de sus caras. –Su boca se desplegó en una amplia sonrisa.

-Jonathan –suspiró Valentine–. Esta es una necesidad desagradable, no algo de lo que deleitarse.

¿Jonathan? Jace trató de agarrarse a la roca, con las manos repentinamente resbaladizas. ¿Por qué Valentine llamaría a Sebastian por su nombre? ¿Había sido una equivocación? Pero Sebastian no parecía sorprendido.

-¿No es mejor si disfruto de lo que estoy haciendo? –dijo Sebastian–. Por cierto, me lo pasé muy bien en Alicante. Los Lightwood han sido mejor compañía de lo que me dejaste creer, especialmente esa Isabelle. Desde luego, nos despedimos de forma memorable. En cuanto a Clary...

Sólo escuchar a Sebastian decir el nombre de Clary hizo que el corazón de Jace diera un repentino brinco, un latido doloroso.

-Ella no se parecía nada a como pensé que sería. –Sebastian continuó de mal humor–. No se parecía nada a mí.

-No hay nadie en el mundo como tú, Jonathan. Y, en cuanto a Clary, siempre ha sido exactamente como su madre.

-Ella no admite lo que quiere realmente –dijo Sebastian–. Aún no. Pero vendrá.

Valentine enarcó una ceja.

-¿Qué quieres decir con que vendrá?

Sebastian sonrió abiertamente, una sonrisa que llenó a Jace de una furia casi incontrolable. Se mordió fuertemente el labio inferior, paladeando el sabor de la sangre.

-Oh, ya sabes –dijo Sebastian–. A nuestro lado. No puedo esperar. Engañarla ha sido lo más divertido que he hecho en años.

-No se supone que tuvieras que divertirte. Se supone que estabas descubriendo lo que ella estaba buscando. Y cuando lo encontró..., sin ti, podría añadir..., dejas que ella se lo dé a un brujo. Y luego, no logras

traerla contigo cuando te fuiste, a pesar de la amenaza que ella supone para nosotros. No es que sea un éxito maravilloso, Jonathan.

-*Intenté* traerla. Ellos no le quitaban ojo de encima, y no podía secuestrarla precisamente en mitad del Salón de los Acuerdos. –Sebastian sonaba enfurruñado–. Además, te lo dije, ella no tiene ni idea de cómo utilizar ese poder suyo con las runas. Es demasiado ingenua para entrañar ningún peligro...

-Lo que sea que esté planeando la Clave ahora, ella está en el centro de ello –dijo Valentine–. Hugo cuenta mucho. La vio sobre el estrado en el Salón de los Acuerdos. Si ella le muestra su poder a la Clave...

Jace sintió un chispazo de temor por Clary, mezclado con una extraña especie de orgullo... Por supuesto, ella estaba en el centro del asunto. Esa era su Clary.

-Entonces, ellos lucharán –dijo Sebastian–. Que es lo que nosotros queremos, ¿no? Clary no importa. Es la batalla la que importa.

-La subestimas, creo –dijo Valentine en voz baja.

-Estuve observándola –dijo Sebastian–. Si su poder es tan ilimitado como parece creer, lo podría haber empleado en sacar a su amiguito vampiro de la prisión..., o en salvar a ese idiota de Hodge cuando estaba muriéndose...

-El poder no tiene que ser ilimitado para ser mortífero –dijo Valentine–. Y en cuanto a Hodge, quizás deberías mostrar un poco más de reserva al considerar su muerte, ya que eres quien le mató.

-Estaba a punto de hablarles del Ángel. *Tuve* que hacerlo.

-*Querías* hacerlo. Siempre quieres. –Valentine sacó un par de gruesos guantes de piel del bolsillo y se los puso lentamente–. Quizás se lo habría contado. Quizás no. Todos esos años él cuidó de Jace en el Instituto y debió preguntarse qué era lo que estaba criando. Hodge era uno de los pocos que sabían que había más de un chico. Sabía que él no me traicionaría..., era demasiado cobarde para eso. –Él flexionó los dedos dentro de los guantes, frunciendo el ceño.

¿Más de un chico? ¿De qué estaba hablando Valentine?

Sebastian desestimó a Hodge con una ondulación de la mano.

-¿A quién le importa lo que pensaba? Está muerto y adiós, muy buenas. –Sus ojos resplandecían muy oscuros–. ¿Vas a ir al lago ahora?

-Sí. ¿Tienes claro lo que se tiene que hacer? –Valentine lanzó la barbilla en dirección a la espada en el cinto de Sebastian–. Utiliza eso. No es la Espada Mortal, pero su alianza es suficientemente demoniaca para este propósito.

-¿No puedo ir al lago contigo? –La voz de Sebastian había tomado un claro tono de queja–. ¿No podemos simplemente liberar al ejército ahora?

-Aún no es medianoche. Dije que les daría hasta la medianoche. Todavía pueden cambiar de opinión.

-Ellos no van a...

-Di mi palabra. La mantendré. –El tono de Valentine fue definitivo–. Si no sabes nada de Malachi para medianoche, abre la puerta.

Viendo la indecisión de Sebastian, Valentine pareció impacientarse.

-Necesito que hagas esto, Jonathan. No puedo esperar aquí a la medianoche; casi me llevará una hora llegar al lago a través de las galerías, y no tengo intención de alargar la batalla mucho tiempo. Las futuras generaciones deben conocer cuán rápido perdió la Clave y lo contundente que fue nuestra victoria.

-Es sólo que lamentaré perderme la convocación. Me gustaría estar allí cuando lo hagas.

El aspecto de Sebastian era melancólico, pero había algo calculado bajo ello, algo de ademán desdeñoso, de codicia y planificación; y algo extrañamente, deliberadamente... *frío*. No es que eso pareciera preocuparle a Valentine.

Para desconcierto de Jace, Valentine tocó un lado del rostro de Sebastian, un rápido gesto de cariño manifiesto, antes de volverse y dirigirse hacia el lejano fondo de la caverna, donde se acumulaban espesos coágulos de sombras. Él se detuvo allí, una pálida figura contra la oscuridad.

-Jonathan –volvió a llamar él, y Jace subió la mirada, incapaz de remediarlo–, contemplarás el rostro del Ángel algún día. Después de todo, tú heredarás los Instrumentos Mortales una vez que yo me vaya. Tal vez algún día tú también convoques a Raziel.

-Eso me gustaría –dijo Sebastian, y se quedó muy quieto mientras Valentine, con un asentimiento final de la cabeza, desaparecía en la oscuridad. La voz de Sebastian cayó hasta convertirse casi en un susurro–. Eso me gustaría mucho. –Él gruñó–, Me gustaría escupirle en su puto rostro.

Él se dio la vuelta, su rostro era una máscara blanca con la luz tenue.

-Tú también podrías salir, Jace –dijo él–. Sé que estás aquí.

Jace se quedó helado... pero sólo durante un segundo. Su cuerpo se movió antes de que su mente tuviera tiempo de ponerse a su nivel, catapultándolo sobre los pies. Corrió por la entrada de la galería, pensando sólo en llevarlo al exterior, en conseguir mandar un mensaje, de algún modo, a Luke.

Pero la entrada estaba bloqueada. Sebastian estaba de pie allí, su expresión serena y de deleite, los brazos extendidos, los dedos casi tocando las paredes de la galería.

-De verdad –dijo él–, no creerías realmente que eras más rápido que yo, ¿no?

Jace derrapó al pararse bruscamente. Su corazón latía de modo desaparejo en el pecho, como un metrónomo roto, pero su voz era firme.

-Puesto que soy mejor que tú de todas las maneras imaginables, tenía su lógica.

Sebastian sólo sonrió.

-Podía oír los latidos de tu corazón –dijo él bajito–, cuando nos observabas a mí y a Valentine. ¿Te ha molestado?

-¿Qué parezca que estás saliendo con mi padre? –Jace se encogió de hombros–. Eres un poco joven para él, para ser honesto.

-¿Qué?

Por primera vez desde que Jace le había conocido, Sebastian parecía atónito. Aunque Jace fue capaz de disfrutarlo sólo por un momento, antes de que Sebastian recobrara la compostura. Había un destello oscuro en sus ojos que indicaba que no perdonaba a Jace por hacerle perder la calma.

-Me preguntaba por ti a veces –continuó Sebastian con la misma voz suave–. Allí parecía haber algo en ti, en ocasiones, algo detrás de esos ojos amarillos tuyos. Un destello de inteligencia, a diferencia del resto de tu estúpida familia adoptiva. Pero supongo que sólo era una pose, una postura. Eres tan tonto como el resto, a pesar de tu década de buena educación.

-¿Qué sabes tú de mi educación?

-Más de lo que podrías creer. –Sebastian bajó las manos–. El mismo hombre que te crió, me crió a mí. Sólo que él no se cansó de mí después de los primeros diez años.

-¿Qué quieres decir?

La voz de Jace salió en un susurro, y luego, cuando miró fijamente el rostro impassible y adusto de Sebastian, parecía que viera al otro chico por primera vez..., el cabello blanco, los ojos negros de antracita, las duras líneas de su rostro, como algo esculpido en piedra..., y vio en su mente el rostro de su padre cuando el ángel se lo mostró, joven, afilado, alerta y airado, y lo *supo*.

-Tú –dijo él–. Valentine es tu padre. Tú eres mi *hermano*.

Pero Sebastian ya no estaba frente a él; de repente estuvo detrás de él, y sus brazos alrededor de los hombros de Jace como si quisiera abrazarle, pero sus manos estaban apretadas en puños.

-Saludo y despedida, hermano mío –escupió él, y entonces sus brazos tiraron hacia arriba con brusquedad y se tensaron, cortando la respiración de Jace.

Clary estaba exhausta. Un sordo dolor de cabeza martilleante, efecto secundario de dibujar la Runa de la Alianza, se había instalado en su lóbulo frontal. Lo sentía como alguien intentando echar abajo una puerta por el lado equivocado.

-¿Estás bien? –Jocelyn puso la mano sobre el hombro de Clary–. Parece que no te sintieras bien.

Clary bajó la mirada... y vio la negra runa enmarañada que cruzaba el dorso de la mano de su madre, la gemela de la que tenía Luke sobre su palma. El estómago se le contrajo. Estaba tratando de manejar el hecho de que dentro de pocas horas su madre estaría en realidad *luchando contra un ejército de demonios...*, tan sólo empujando intencionadamente el pensamiento cada vez que éste afloraba.

-Sólo me estaba preguntando dónde está Simon. –Clary se levantó–. Voy a ir a buscarlo.

-¿Ahí abajo? –Jocelyn bajó la mirada con preocupación a la multitud.

Ésta estaba disminuyendo ahora, notó Clary, mientras aquellos que habían sido marcados inundaban la parte delantera de las puertas en el exterior de la plaza. Malachi estaba junto a las puertas, con su impassible rostro bronceado, mientras indicaba a Submundos y Cazadores de Sombras a dónde ir.

-Estaré perfectamente. –Clary pasó junto a su madre y Luke lentamente de camino a los escalones del estrado–. Enseguida vuelvo.

La gente se volvía para mirarla fijamente mientras descendía los escalones y se deslizaba en la multitud. Podía sentir los ojos sobre ella, el *peso* de las miradas. Registró la multitud, buscando a los Lightwood o a Simon, pero no vio a nadie que conociera..., y es que era bastante difícil ver nada sobre la muchedumbre, considerando lo bajita que era. Con un suspiro Clary se alejó hacia el lado oeste del Salón, donde la multitud era menos densa.

En el momento en que se acercó a la alta hilera de pilares de mármol, una mano salió disparada de entre dos de éstos y tiró de ella hacia un lado. Clary tuvo tiempo para dar un grito ahogado de sorpresa, y luego estaba en la oscuridad detrás del mayor de los pilares, con la espalda contra la fría pared de mármol, las manos de Simon agarrando sus brazos.

-No grites, ¿vale? Sólo soy yo –dijo él.

-Por supuesto que no voy a gritar. No seas ridículo. –Clary miró a un lado y a otro, preguntándose qué estaba pasando..., ella sólo podía ver trozos y retazos del Salón, entre los pilares.

-¿Pero de qué va este rollo espía James Bond? Venía a buscarte, de todas maneras.

-Lo sé. He estado esperando a que bajaran del estrado. Quería hablar contigo donde nadie más nos pudiera oír. –Él se pasó la lengua por los labios con nerviosismo–. He oído lo que dijo Raphael. Lo que él quería.

-Oh, Simon. –Los hombros de Clary se hundieron–. Mira, no ha pasado nada. Luke le dijo que se fuera...

-Quizás no debería haberlo hecho –dijo Simon–. Quizás debería haberle dado a Raphael lo que quería.

Ella le miraba parpadeando.

-¿Te refieres a *ti*? No seas estúpido. De ninguna manera...

-Hay una manera. –Apretó las manos sobre los brazos de ella–. Quiero hacer esto. Quiero que Luke le diga a Raphael que el trato está en pie. O se lo diré yo mismo.

-Sé lo que estás haciendo –protestó Clary–, y lo respeto y te admiro por ello, pero no tienes que hacerlo, Simon, no tienes que hacerlo. Lo que Raphael estaba pidiendo está mal, y nadie te juzgará por no sacrificarte a ti mismo por una guerra que no es la tuya...

-Pero es eso exactamente –dijo Simon–. Raphael tiene razón en lo que dijo. Yo soy un vampiro, y tú sigues olvidándote de eso. O tal vez sólo quieres olvidarlo. Pero yo soy un Submundo y tú una Cazadora de Sombras, esta lucha es de ambos.

-Pero tú no eres como ellos...

-Soy uno de ellos. –Él hablaba lentamente, de forma deliberada, como si se asegurara absolutamente de que ella entendía cada palabra que estaba diciendo–. Y siempre lo seré. Si los Submundos luchan en esta guerra junto a los Cazadores de Sombras sin la participación de la gente de Raphael, entonces no habrá escaño en el Concilio para los Hijos de la Noche. Estarán al margen del mundo que Luke está intentando crear, un mundo donde los Cazadores de Sombras y los Submundos funcionen juntos. Estén juntos. Los vampiros se quedarán fuera de eso. Serán los enemigos de los Cazadores de Sombras. Yo seré *tu* enemigo.

-Yo nunca podría ser tu enemiga.

-Eso me mataría –dijo Simon simplemente–. Pero no puedo servirme de nada para apartarme y fingir que no soy parte de esto. Y no te estoy pidiendo permiso. Me gustaría que me ayudaras. Pero si no lo haces, conseguiré que Maia me lleve al campamento de los vampiros de todas formas, y me entregaré yo mismo a Raphael. ¿Lo has entendido?

Ella lo miraba fijamente. Él estaba agarrando sus brazos tan fuertemente que ella podía sentir la sangre latiendo bajo la piel de las manos. Ella pasó la lengua sobre sus secos labios; la boca le sabía amarga.

-¿Qué puedo hacer yo –susurró ella–, para ayudarte?

Ella lo miraba con incredulidad mientras él se lo contaba. Ya estaba sacudiendo la cabeza antes de que él finalizara, con el cabello batiéndole hacia delante y atrás, casi cubriéndole los ojos.

-No –dijo ella–, esa es una idea descabellada, Simon. Eso no es un don, es un castigo...

-Tal vez no para mí –dijo Simon.

Él echó un vistazo a la multitud, y Clary vio a Maia allí de pie, observándolos, con expresión abiertamente curiosa. Claramente estaba esperando a Simon. *Demasiado rápido*, pensó Clary. *Todo esto está sucediendo demasiado rápido.*

-Es mejor que la alternativa, Clary.

-No...

-Puede que no me dañe en absoluto. Me refiero a que yo *ya* he sido castigado, ¿no? Ya no puedo entrar en una iglesia, en una sinagoga, no puedo decir... no puedo decir nombres sagrados, no puedo envejecer, ya estoy apartado de la vida normal. Quizás esto no cambie nada.

-Pero quizás sí lo haga.

Él soltó sus brazos, deslizó la mano rodeándola por un lado y tiró de la estela de Patrick fuera de su cinturón. Se la tendió.

-Clary –dijo él–. Haz esto por mí. Por favor.

Ella tomó la estela con los dedos entumecidos y la levantó, poniendo en contacto su punta con la piel de Simon, justo sobre los ojos. *‘La primera Marca’*, había dicho Magnus. La primera de todas. Ella pensó en eso y la estela comenzó a moverse de la manera que un bailarín comienza a moverse cuando empieza la música.

Las líneas negras se trazaban por sí mismas sobre su frente como una flor abriéndose en una película acelerada. Cuando estuvo hecha, su mano derecha le dolía y ardía, pero cuando se apartó y miró, supo que había dibujado algo perfecto, extraño y antiguo, algo de muy a comienzos de la historia. Aquello brilló como una estrella sobre los ojos de Simon cuando éste pasó los dedos por su frente, su expresión era deslumbrada y confundida.

-Puedo sentirlo –dijo él–, como una quemadura.

-No sé qué pasará –susurró ella–. No sé qué efectos secundarios tendrá a largo plazo.

Esbozando media sonrisa, levantó la mano para tocar su mejilla.

-Esperemos que tengamos la oportunidad de descubrirlo.

PENIEL¹

Maia estuvo en silencio la mayor parte del camino al bosque, manteniendo la cabeza agachada y mirando de un lado a otro de vez en cuando, con su nariz arrugada por la concentración. Simon se preguntaba si ella estaría *oliendo* el camino, y decidió que, aunque eso fuese un poco raro, desde luego contaba como un talento útil. Él también se encontró con que no tenía que apresurarse para seguirle el ritmo, no importaba lo rápido que ella se moviera. Incluso cuando alcanzaron el trillado sendero que llevaba al interior del bosque y Maia empezó a correr –rápidamente, silenciosamente y agachándose, muy pegada al suelo– él no tuvo problema para ajustarse a su paso. Era una cosa de ser vampiro que podía decir sinceramente que le divertía.

Todo fue demasiado rápido; el bosque se espesaba y ellos estaban corriendo entre los árboles, sobre el denso terreno surcado por gruesas raíces y hojas caídas. Las ramas sobre sus cabezas hacían dibujos como de encajes contra la luz del cielo estrellado. Emergieron de los árboles a un claro con grandes rocas esparcidas que brillaban como cuadrados dientes blancos. Había pilas amontonadas de hojas aquí y allí, como si alguien hubiera estado en el lugar con un rastrillo gigante.

-¡Raphael! –Maia había hecho bocina con las manos alrededor de su boca y estaba llamando en voz suficientemente alta para asustar a los pájaros, que salieron de las copas de los árboles que se cernían a lo alto–. ¡Raphael, muéstrate!

Silencio. Luego, las sombras susurraron; hubo un suave sonido de golpeteo, como la lluvia golpeando un tejado de hojalata. Las hojas amontonadas en el suelo se levantaron por el aire en diminutos ciclones. Simon oyó a Maia toser; ella tenía las manos levantadas, como para apartar las hojas de su rostro, de sus ojos. Tan repentinamente como se había levantado el viento, se disipó. Raphael estaba allí en pie, a sólo escasos metros de Simon. Rodeándolo estaba un grupo de vampiros, pálidos e inmóviles como árboles a la luz de la luna. Sus expresiones eran frías,

1. Peniel: algo q nos llena de mucho amor, gozo y libertad. “*Vi a Dios cara a cara y fue librada mi alma*”.

desajustadas, con una desnuda hostilidad. Él reconoció a algunos de ellos del Hotel Dumort: la menuda Lily y al rubio Jacob, sus ojos tan estrechos como cuchillos. Así como jamás había visto antes a muchos de ellos.

Raphael dio un paso hacia adelante. Su piel estaba cetrina, los ojos rodeados de sombras negras, pero sonrió cuando vio a Simon.

-Daylighter –respiró él–. Has venido.

-He venido –dijo Simon–. Estoy aquí, así que... ya está hecho.

-Está lejos de estar hecho, Daylighter.

Raphael miró a Maia.

-Licántropo –dijo éste–, vuelve junto al líder de tu manada y dale las gracias por cambiar de opinión. Dile que los Hijos de la Noche lucharán al lado de su gente en la Llanura de Brocelind.

El rostro de Maia estaba tenso.

-Luke no ha cambiado...

Simon la interrumpió precipitadamente.

-Está bien, Maia. Vete.

Los ojos de ella estaban luminosos y tristes.

-Simon, pienso –dijo ella–, que no tienes que hacer esto.

-Sí tengo. –Su tono era firme–. Maia, muchas gracias por traerme aquí.

Ahora vete.

-Simon...

Él bajó la voz.

-Si *no* te vas, nos matarán a ambos, y todo esto habrá sido para nada.

Vete. Por favor.

Ella asintió con la cabeza y se apartó, transformándose cuando se volvió, de forma que un momento era una esbelta chica humana, con trenzas atadas con abalorios sobre los hombros, y al siguiente golpeaba el suelo corriendo a cuatro patas, un lobo veloz y silencioso. Ella se precipitó como una flecha desde el claro y desapareció en las sombras.

Simon se volvió de nuevo a los vampiros..., y casi profiere un grito en voz alta; Raphael estaba de pie justo enfrente de él, a escasos centímetros. De cerca su piel mostraba las reveladoras tracerías oscuras del hambre. Simon pensó en esa noche en el Hotel Dumort –rostros apareciendo de la oscuridad, risas fugaces, el olor de la sangre– y se estremeció.

Raphael alzó las manos hacia Simon y agarró sus hombros, la presión de sus manos aparentemente ligeras era como el hierro.

-Gira la cabeza –dijo él–, y mira a las estrellas. Será más fácil de esa manera.

-Así que *vas* a matarme –dijo Simon.

Para su sorpresa, él no sentía temor, ni tan siquiera una particular inquietud; todo parecía haberse ralentizado hasta conferir una perfecta claridad. Él era simultáneamente consciente de cada hoja en las ramas que

estaban sobre él, de cada minúsculo guijarro sobre el suelo, de cada par de ojos que descansaban en él.

-¿Qué pensabas? –dijo Raphael..., con un poco de tristeza, pensó Simon–. No es personal, te lo aseguro. Es como dije antes..., eres demasiado peligroso para que se te permita continuar como eres. Si yo hubiera sabido lo que llegarías a ser...

-Nunca me habrías dejado salir de aquella tumba. Lo sé –dijo Simon.

Raphael se encontró con su mirada.

-Todo el mundo hace lo que debe para sobrevivir. En ese aspecto todavía somos como los humanos.

Sus dientes de aguja se deslizaron fuera de las vainas como delicadas cuchillas.

-Quédate quieto –dijo él–. Esto será rápido.

Él se inclinó hacia delante.

-Espera –dijo Simon, y cuando Raphael se echó para atrás con el ceño fruncido, lo dijo de nuevo con más fuerza–. Espera. Hay algo que tengo que enseñarte.

Raphael hizo un sonido bajo de siseo.

-Será mejor que estés haciendo algo más que retrasarme, Daylighter.

-Lo estoy. Hay algo que pensaba que deberías ver.

Simon alzó la mano y se apartó el cabello de la frente. Lo sentía como un gesto estúpido, incluso teatral, pero mientras lo hacía, vio la blanca cara de desesperación de Clary cuando le miró, con la estela en la mano, y pensó, *‘Bueno, por su bien, al menos lo he intentado’*.

El efecto en Raphael fue tan asombroso como instantáneo. Se propulsó hacia atrás como si Simon hubiera blandido un crucifijo hacia él, sus ojos abriéndose como platos.

-Daylighter –escupió él–. ¿Quién te hizo eso?

Simon sólo se le quedó mirando fijamente. No estaba seguro de la reacción que esperaba, pero no había sido esta.

-Clary –dijo Raphael respondiendo a su propia pregunta–, por supuesto. Sólo un poder como el suyo permitiría esto..., un vampiro, marcado, y con una Marca como esa...

-¿Una Marca como *qué*? –dijo Jacob, el chico esbelto y rubio que estaba justo detrás de Raphael.

El resto de los vampiros también estaban mirando fijamente, con expresiones que mezclaban la confusión y un creciente temor. Cualquiera cosa que asustara a Raphael, pensó Simon, estaba seguro que los asustaría a ellos también.

-Esta Marca –dijo Raphael, todavía mirando sólo a Simon–, no es una de esas del Libro Gris. Es una Marca incluso más antigua que aquellas. Una de las antiguas, dibujada por la propia mano del Hacedor.

Él hizo como si fuera a tocar la frente de Simon pero no parecía bastante capaz de poder hacerlo; su mano se sostuvo en el aire por un momento, luego cayó a su lado.

-Tales Marcas son mencionadas, pero nunca había visto una. Y esta...

Simon dijo:

-“Por consiguiente, quienquiera que dé muerte a Caín, venganza será llevada sobre él siete veces mayor. Y él Señor puso una Marca sobre Caín, no fuera que alguien encontrándolo le asesinara.” Puedes *intentar* matarme, Raphael. Pero no te lo aconsejaría.

-¿La Marca de Caín? –dijo Jacob con incredulidad–. ¿Esa Marca sobre ti, es la Marca de *Caín*?

-Mátalo –dijo una vampira pelirroja que estaba cerca de Jacob. Ésta hablaba con un fuerte acento..., ruso, pensó Simon, aunque no estaba seguro–. Mátalo de todas maneras.

La expresión de Raphael fue una mezcla de ira e incredulidad.

-Yo no lo haré –aseguró él–. Cualquier daño que se le haga será devuelto al agresor siete veces mayor. Esa es la naturaleza de la Marca. Por supuesto, si cualquiera de vosotros quiere ser el que asuma ese riesgo de todos modos, adelante.

Nadie habló ni se movió.

-Ya pensaba yo que no –dijo Raphael. Sus ojos repasaron a Simon–. Como la reina malvada del cuento de hadas, Lucian Graymark me ha enviado una manzana envenenada. Supongo que él esperaba que yo te hiciera daño, y que recogiera el consiguiente castigo.

-No –dijo Simon a toda prisa–. No..., Luke ni siquiera sabe lo que he hecho. Su gesto fue hecho de buena fe. Tú tienes que cumplir con él.

-¿Así que tú *elegiste* esto? –Por primera vez había algo diferente al desprecio, pensó Simon, en la forma en que Raphael le estaba mirando–. Esto no es un simple hechizo de protección, Daylighter. ¿Sabes cuál fue el castigo de Caín?

Él habló bajito, como compartiendo un secreto con Simon.

-“Y ahora errarás maldito por la Tierra. Un fugitivo y un vagabundo tú serás.”

-Entonces –dijo Simon–, vagaré, si eso es lo que toca. Haré lo que tenga que hacer.

-Todo esto –dijo Raphael–. Todo esto por los Nephilim.

-No sólo por los Nephilim –dijo Simon–. También estoy haciendo esto por vosotros. Incluso aunque no lo queráis.

Él levantó la voz de forma que los silenciosos vampiros que les rodeaban pudieran oírle.

-A vosotros os preocupaba que si otros vampiros supiesen lo que me había sucedido, creerían que la sangre de los Cazadores de Sombras también podría permitirles a ellos andar a la luz del día. Pero ese no es el

por qué de que yo tenga este poder. Fue algo que hizo Valentine. Un experimento. Él causó esto, no Jace. Y no es repetible. No sucederá otra vez.

-Supongo que él está diciendo la verdad –dijo Jacob, para sorpresa de Simon–. Ciertamente he conocido a uno o dos Hijos de la Noche que habían probado a los Cazadores de Sombras en el pasado. Ninguno de ellos ha desarrollado afición por la luz del sol.

-Era un motivo para rehusar ayudar a los Cazadores de Sombras antes –dijo Simon, volviéndose de nuevo hacia Raphael–, pero ahora, ahora que ellos me han enviado a vosotros...

Él dejó el resto de la frase suspendida en el aire, inacabada.

-No intentes chantajearme, Daylighter –le advirtió Raphael–. Una vez que los Hijos de la Noche han cerrado un trato, lo cumplen, no importa lo mal que los traten.

Él sonrió ligeramente, con los dientes de aguja resplandeciendo en la oscuridad.

-Sólo hay una cosa –dijo él–. Una última acción que requiero de ti para probar que ciertamente actúas aquí de *buena fe*. –El énfasis que puso en las dos últimas palabras fue introducido con frío.

-¿Qué es? –preguntó Simon.

-Nosotros no seremos los únicos vampiros que luchan en la batalla de Lucian Graymark –dijo Raphael–. Tú también.

Jace abrió los ojos a una vorágine plateada. Su boca estaba llena de un líquido amargo. Tosió, preguntándose por un momento si estaba ahogándose..., pero si era así, era sobre tierra firme. Él estaba sentado recto con la espalda contra una estalagmita, y sus manos estaban atadas detrás de él. Tosió de nuevo y la sal llenó su boca. No estaba ahogándose, se dio cuenta, sólo asfixiándose en sangre.

-¿Despierto, hermanito pequeño? –Sebastian se puso de rodillas frente a él con un trozo de cuerda en las manos, su sonrisa como un puñal desenvainado–. Bien. Temí por un momento haberte matado demasiado pronto.

Jace giró la cabeza a un lado y escupió un buche de sangre al suelo. Sentía la cabeza como si un globo estuviera siendo inflado en su interior, presionando contra el interior de su cráneo. La vorágine plateada sobre su cabeza fue disminuyendo de velocidad hasta detenerse con el brillante estampado de las estrellas, visible a través del agujero en el techo de la cueva.

-¿Esperando a una ocasión especial para matarme? Ya llega la Navidad. Sebastian dirigió a Jace una mirada pensativa.

-Tienes la boca muy rápida. No aprendiste eso de Valentine. ¿Qué aprendiste de él? Tampoco me parece que te enseñara mucho sobre lucha.

–Él se inclinó acercándose más–. ¿Sabes qué me regaló él por mi noveno cumpleaños? Una lección. Me enseñó que había un lugar en la espalda de un hombre en el que, si hundes la espada, puedes atravesarle el corazón y romperle la columna, todo de una vez. ¿Qué recibiste tú por tu noveno cumpleaños, chico angelito? ¿Una galletita?

–¿Noveno cumpleaños? –Jace tragó con fuerza–. Entonces dime, ¿en qué agujero te ha tenido a *ti* mientras yo crecía? Porque no recuerdo haberte visto por la casa solariega.

–Yo me crié en el valle. –Sebastian movió la barbilla bruscamente hacia la salida de la cueva–. Tampoco recuerdo haberte visto por aquí, ahora que lo pienso. Aunque yo sabía de ti. Apuesto a que tú no sabías nada de mí.

Jace sacudió la cabeza.

–Valentine no fue muy dado a presumir de ti. No puedo imaginar por qué.

Los ojos de Sebastian destellaban. Era fácil ver, ahora, el parecido con Valentine: la misma combinación inusual de cabello blanco plateado y ojos negros, los mismos huesos finos que el otro, un rostro moldeado con menos fuerza habría parecido delicado.

–Yo lo sabía todo de ti –dijo él–, pero tú no sabes nada ¿no?

Sebastian se puso en pie.

–Te quería vivo para que vieras esto, hermanito –dijo él–. Así que observa, y hazlo con atención.

Con un movimiento tan rápido que fue casi invisible, él sacó la espada de la vaina en su cinto. Ésta tenía la empuñadura de plata, y al igual que la Espada Mortal brillaba con una tenue luz oscura. Un diseño de estrellas estaba grabado en la superficie de su negra hoja; ésta capturó la luz de las verdaderas estrellas cuando Sebastian giró la espada y ardió como el fuego.

Jace contuvo la respiración. Se preguntaba si Sebastian simplemente quería matarle; pero no, Sebastian le habría matado ya mientras él estaba inconsciente si esa fuera su intención. Jace observaba mientras Sebastian se movía hacia el centro de la cámara, con la espada sostenida ligeramente en la mano, aunque ésta parecía ser bastante pesada. La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo podía Valentine tener otro hijo? ¿Quién era su madre? ¿Alguien más del Círculo? ¿Era mayor o más joven que Jace?

Sebastian llegó hasta la enorme estalagmita de matiz rojo del centro de la sala. Parecía latir mientras él se aproximaba, y el humo en su interior ondeaba más deprisa. Sebastian con los ojos medio cerrados levantó la espada. Él dijo algo..., una palabra en un discordante idioma demoniaco..., y llevó la espada de un lado a otro, con fuerza y rapidez, en un arco cortante.

La parte superior de la estalagmita fue esquilada. Su interior, hueco como un tubo de ensayo, se llenó con una masa de humo negro y rojo, que giraba en volutas hacia fuera como gas escapándose de un globo pinchado.

Hubo un estruendo..., menos un sonido que una especie de presión explosiva. Jace sintió como se le taponaban los oídos. De repente era difícil respirar. Él quiso rasgar el cuello de su camisa, pero no podía mover las manos: estaban atadas demasiado fuerte detrás de él.

Sebastian estaba medio oculto detrás de la columna rezumante de rojo y negro. Ésta estaba enroscándose, girando en espirales hacia arriba...

-¡Observa! –gritó él con el rostro resplandeciendo. Sus ojos estaban ardiendo, su cabello blanco azotándose en el creciente viento, y Jace se preguntó si su padre habría tenido ese aspecto cuando era joven: terrible y aún así, de algún modo, fascinante-. ¡Mira y contempla el ejército de Valentine!

Su voz quedó ahogada entonces por el sonido. Era un sonido como de marea estrellándose contra la orilla, el romper de una ola enorme acarreando un inmenso detritus con ella, los huesos destrozados de ciudades enteras, la avalancha de un gran poder diabólico. Una enorme columna de negrura retorciéndose, agitándose a toda velocidad manaba de la estalagmita quebrada, levantándose en el aire y vertiéndose a través del hueco excavado en el techo de la caverna. *Demonios*. Ellos se alzaban chillando, profiriendo alaridos y gruñidos, una masa en ebullición de garras, zarpas, dientes y ojos ardientes. Jace recordó el estar sobre la cubierta del buque de Valentine mientras el cielo, la tierra, el mar y todo a su alrededor se volvía una pesadilla; esto era peor. Era como si la Tierra se hubiera resquebrajado y el infierno se derramara sobre ella. Los demonios portaban una fetidez como de mil cadáveres pudriéndose. Las manos de Jace se retorcían una contra la otra, girando hasta que las cuerdas cortaron sus muñecas y éstas sangraron. Un sabor ácido surgió en su boca, y se ahogaba en sangre y bilis sin poder hacer nada mientras el último de los demonios ascendía y desaparecía en lo alto, una oscura inundación de horror tapando las estrellas.

Jace pensó que podía haber perdido el conocimiento durante un minuto o dos. Ciertamente, hubo un periodo de negrura durante el cual los alaridos y los aullidos sobre su cabeza fueron debilitándose y él parecía estar suspendido en el espacio, sintiendo una sensación de distancia que era de algún modo... llena de paz.

Todo sucedió demasiado rápido. De repente, él regresó de golpe a su cuerpo, las muñecas atormentadas por el dolor, los hombros demasiado forzados hacia atrás, el hedor a demonio tan pesado en el aire que giró la cabeza hacia un lado e inevitablemente hizo arcadas sobre el suelo. Oyó una risa seca y miró hacia arriba, tragando con fuerza contra el ácido en su garganta. Sebastian se arrodilló sobre él, sentándose a horcajadas sobre las piernas de Jace, sus ojos resplandecientes.

-Está bien, hermanito pequeño –dijo él-. Ya se han ido.

A Jace le lloraban los ojos, tenía la garganta áspera. Su voz salió ronca.

-Él dijo a medianoche. Valentine dijo que abrieras la puerta a medianoche. Aún no puede ser medianoche.

-Me figuro que siempre es mejor pedir perdón que permiso en este tipo de situaciones. –Sebastian alzó la mirada al cielo ahora vacío—. Les llevará cinco minutos alcanzar la Llanura de Brocelind desde aquí, bastante menos tiempo de lo que le llevará a Padre alcanzar el lago. Quiero ver algo de sangre Nephilim derramada. Quiero verles retorcerse y morir sobre el suelo. Ellos merecen vergüenza antes de que sean olvidados.

-¿Realmente crees que los Nephilim tengan tan pocas posibilidades contra los demonios? No es como si no estuvieran preparados...

Sebastian le desdeñó con un golpe de muñeca.

-Pensé que nos estabas escuchando. ¿No has entendido el plan? ¿No sabes lo que mi padre va a hacer?

Jace no dijo nada.

-Estuvo bien –dijo Sebastian–, que me llevaras hasta Hodge esa noche. Si él no hubiera revelado que el Espejo que nosotros buscábamos era el Lago Lyn, no estoy seguro de que esta noche hubiera sido posible. Porque cualquiera que tenga los dos primeros Instrumentos Mortales y se ponga ante el Cristal Mortal puede convocar al Ángel Raziel a que salga de él, exactamente como hizo Jonathan Cazador de Sombras hace mil años. Y una vez que hayas convocado al Ángel, puedes hacer la petición de una cosa. Una tarea. Un... favor.

-¿Un favor? –Jace sintió frío por todas partes—. ¿Y Valentine va a reclamar la derrota de los Cazadores de Sombras en Brocelind?

Sebastian se puso en pie.

-Eso sería un desperdicio –dijo él—. No. Él va a exigir que todos los Cazadores de Sombras que no hayan bebido de la Copa Mortal..., que todos aquellos que no sean sus seguidores..., sea despojados de sus poderes. Ellos ya no serán Nephilim. Y en consecuencia, llevar las Marcas que tienen ellos... –Él sonrió—. Se convertirán en Repudiados, fácil presa para los demonios, y aquellos Submundos que no hayan huido serán rápidamente erradicados.

A Jace le zumbaban los oídos con un sonido discordante y metálico. Estaba mareado.

-Ni siquiera Valentine –dijo él–, ni siquiera Valentine haría nunca eso...

-Por favor –dijo Sebastian—. ¿Realmente crees que mi padre no llevará a cabo lo que ha planeado?

-*Nuestro* padre –dijo Jace.

Sebastian bajó la mirada hacia él. Su cabello era una aureola blanca; se parecía al tipo de ángel malo que podría haber seguido a Lucifer fuera del Cielo.

-Perdona –dijo éste, con algo de diversión–, ¿estás rezando?

-No. He dicho *nuestro* padre. Me refiero a Valentine. No *tu* padre. El nuestro.

Por un momento Sebastian careció de expresión; luego, su boca hizo un extraño en las comisuras y sonrió burlonamente.

-Chico angelito –dijo él–, eres idiota ¿verdad? Justo lo que mi padre siempre dijo.

-¿Por qué sigues llamándome eso? –exigió Jace–. ¿Por qué estás rajando tonterías de ángeles?

-Dios –dijo Sebastian–, no sabes *nada*, ¿verdad? ¿Alguna vez mi padre te dijo una palabra que no fuera mentira?

Jace sacudió la cabeza. Él había estado tirando de las cuerdas que ataban sus muñecas, pero cada vez que tiraba de éstas parecía quedar sujeto aún más fuerte. Podía sentir el latido de su pulso en cada uno de sus dedos.

-¿Cómo sabes que él no te estuvo mintiendo a *ti*?

-Porque yo soy de su sangre. Soy exactamente como él. Cuando se haya ido, yo gobernaré la Clave después de él.

-Yo no presumiría de ser exactamente como él si fuera tú.

-Está eso, también. –La voz de Sebastian carecía de emoción–. Yo no finjo ser algo diferente a lo que soy. No me comporto como si me horrorizara lo que mi padre tiene que hacer para salvar a su gente, incluso aunque no quieran (o si me preguntas a mí, merezcan), ser salvados. ¿Quién preferirías *tú* tener por hijo, un chico que está orgulloso de que seas su padre o uno que se encoje ante ti por la vergüenza y el miedo?

-Yo no tengo miedo de Valentine –dijo Jace.

-Deberías –dijo Sebastian–. Deberías tener miedo de mí.

Había algo en su voz que hizo a Jace renunciar a su forcejeo con las ataduras y mirar hacia arriba. Sebastian todavía estaba sosteniendo su espada de brillo negro. Era algo oscuro y bello, pensó Jace, incluso cuando Sebastian bajó su punta de forma que descansó sobre la clavícula de Jace, justo rasguñando su manzana de Adán. Jace luchó por mantener la voz firme.

-¿Y ahora qué? ¿Vas a matarme mientras estoy atado? ¿Tanto te asusta la idea de luchar conmigo?

Nada, ni un parpadeo de emoción, pasó por el pálido rostro de Sebastian.

-Tú –dijo él–, no eres una amenaza para mí. Eres un fastidio. Una molestia.

-Entonces, ¿por qué no me desatas las manos?

Sebastian, completamente inmóvil, miró fijamente a Jace. Parecía una estatua, pensó Jace, como la estatua de algún príncipe pasado..., uno que hubiera muerto joven y malogrado. Y es que esa era la diferencia entre Sebastian y Valentine; aunque ambos compartieran la misma apariencia de

frío mármol, Sebastian tenía un aire como de algo estropeado..., algo corroído en su interior.

-No soy idiota –dijo Sebastian–, no consigues provocarme. Sólo te dejé con vida el tiempo suficiente para que pudieras ver los demonios. Ahora cuando mueras y regreses con tus antepasados ángeles, puedes decirles que ya no hay lugar para ellos en este mundo. Ellos han fallado a la Clave, y la Clave no los necesitará nunca más. Ahora tenemos a Valentine.

-¿Vas a matarme porque quieres que yo le dé un mensaje a *Dios* de tu parte? –Jace sacudió la cabeza, la punta de la espada arañándole la garganta–. Estás más loco de lo que pensaba.

Sebastian sólo sonrió y empujó la espada ligeramente más profunda; cuando Jace tragaba, podía sentir la punta marcando su tráquea.

-Si tienes alguna oración verdadera, hermanito pequeño, dila ahora.

-No tengo ninguna oración –dijo Jace–. Tengo un mensaje, sin embargo. Para nuestro padre. ¿Se lo darás?

-Por supuesto –dijo Sebastian tranquilamente, pero hubo algo en la forma en que lo dijo, un parpadeo de vacilación antes de hablar, que confirmó lo que Jace ya estaba pensando.

-Estás mintiendo –dijo él–. Tú no le darás el mensaje, porque no vas a decirle lo que has hecho. Él nunca te ha pedido que me mataras, y no se alegrará cuando lo descubra.

-Tonterías. No eres nada para él.

-Crees que él nunca sabrá lo que me ha sucedido si me matas ahora, aquí. Puedes decirle que caí en la batalla, o él simplemente supondrá qué es lo que ha pasado. Pero estás equivocado si piensas que no lo sabrá. Valentine siempre sabe.

-No sabes de lo que estás hablando –dijo Sebastian, pero su rostro se había tensado.

Jace siguió hablando, ganando terreno y ventaja.

-No puedes ocultar lo que estás haciendo, no obstante. Hay un testigo.

-¿Un *testigo*? –Sebastian parecía casi sorprendido, lo que Jace consideró como una cierta victoria–. ¿De qué estás hablando?

-El cuervo –dijo Jace–. Él ha estado observándonos desde las sombras. Él le contará todo a Valentine.

-¿Hugo?

Sebastian se precipitó a mirar hacia arriba, y aunque el cuervo no estaba en ningún lugar a la vista, el rostro de Sebastian cuando volvió a mirar hacia Jace estaba lleno de duda.

-Si Valentine sabe que me asesinaste mientras estaba atado e indefenso, se enfadará contigo –dijo Jace, y oyó su propia voz descendiendo a la cadencia de su padre, a la manera que Valentine hablaba cuando quería algo: suave y persuasiva–. Él te llamará cobarde. Nunca te perdonará.

Sebastian no dijo nada. Estaba mirando fijamente a Jace, con sus labios moviéndose nerviosamente y el odio hirviendo detrás de sus ojos como veneno.

-Desátame –dijo Jace suavemente–. Desátame y lucha conmigo. Es la única manera.

Los labios de Sebastian se tensaron de nuevo, fuertemente, y esta vez Jace pensó que había ido demasiado lejos. Sebastian apartó la espada y la alzó, y la luz de la luna la hizo estallar en miles de fragmentos plateados, plateados como las estrellas, plateados como el color de su cabello. Él descubrió los dientes..., y el aliento silbante de la espada cortó el aire de la noche con un grito cuando la hizo descender describiendo un arco.

Clary estaba sentada en los escalones del estrado en el Salón de los Acuerdos, sosteniendo la estela con ambas manos. Jamás se había sentido así de sola. El Salón estaba completamente, totalmente vacío. Clary había buscado por todas partes a Isabelle una vez que los luchadores hubieron atravesado todos el Portal, pero no había sido capaz de encontrarla. Aline le había dicho que probablemente Isabelle volvería a casa de los Penhallow, donde Aline y unos cuantos adolescentes más se pensaba que cuidarían de al menos una docena de chicos que no cumplían la edad para luchar. Ella intentó conseguir que Clary fuese allí con ella, pero Clary rehusó. Si no podía encontrar a Isabelle, prefería estar sola que con casi extraños. O eso había pensado ella. Pero sentada allí, encontró el silencio y el vacío haciéndose cada vez más y más agobiantes. Ella todavía no se había movido. Estaba tratando con todas sus fuerzas de no pensar en Jace, de no pensar en Simon, no pensar en su madre o en Luke, o Alec..., y la única manera de no pensar que había encontrado era continuar inmóvil y mirar fijamente a un sencillo recuadrado de mármol en el suelo en su lugar, contando las grietas en él una y otra vez. Había seis. *Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis*. Ella terminaba de contar y empezaba otra vez, desde el principio. *Una...*

El cielo explotó sobre su cabeza. O al menos sonó como si fuera eso. Clary alzó la cabeza y miró hacia arriba, a través del techo transparente del Salón. El cielo había sido oscuro hasta hacía un momento; ahora era una masa enturbiada de llamas y negrura, saturada de una desagradable luz naranja. *Cosas* se movían contra esa luz..., cosas espantosas que ella no quería ver, cosas que la hacían sentirse agradecida a la oscuridad por impedirle la visión. Los atisbos esporádicos ya eran suficientemente malos. Allá en lo alto la claraboya transparente se mecía y torcía mientras pasaba la gran cantidad de demonios, como si estuviera siendo combada por un tremendo calor. Al final, hubo un sonido como de un disparo, y una grieta enorme apareció en el cristal, extendiéndose como una telaraña en

innumerables fisuras. Clary se agachó cubriéndose la cabeza con las manos cuando llovió cristal a su alrededor como lágrimas.

Ellos casi estaban en el campo de batalla cuando llegó el sonido, rasgando la noche por la mitad. Un momento los bosques estaban tan silenciosos como oscuros; al momento siguiente el cielo estuvo iluminado con un infernal resplandor naranja. Simon se tambaleó y por poco cae: se agarró al tronco de un árbol para estabilizarse y mirar hacia arriba, casi incapaz de creer lo que estaba viendo. A su alrededor, todos los demás vampiros estaban mirando fijamente al cielo, sus blancos rostros alzados como flores de florecimiento nocturno para captar la luz de la luna, mientras pesadilla tras pesadilla surcaban los cielos.

-Sigues desmayándote en mi presencia –dijo Sebastian–. Es sumamente tedioso.

Jace abrió los ojos. El dolor se abrió como una lanza a través de su cabeza. Subió la mano para tocarse un lado de la cara..., y se dio cuenta de que ya no tenía las manos atadas detrás de él. Un trozo de cuerda se arrastró desde su muñeca. Su mano se apartó negra de su rostro..., de sangre, oscura a la luz de la luna.

Él miró a su alrededor atentamente. Ya no estaban en la caverna: estaba echado sobre tierra blanda y hierba sobre el terreno del valle, no lejos de la casa de piedra. Podía oír el sonido del agua en el arroyo, claramente cercano. Enlazadas las ramas de los árboles allá en lo alto bloqueaban algo la luz de la luna, pero ésta era aún bastante brillante.

-Levántate –dijo Sebastian–. Tienes cinco segundos antes de que te mate ahí donde estás.

Jace se puso en pie tan lentamente que pensó que él podría salirse con la suya. Estaba todavía un poco mareado. Luchando por mantenerse en equilibrio, clavó los talones de sus botas en la tierra blanda, tratando de darse a sí mismo algo de estabilidad.

-¿Por qué me has traído aquí fuera?

-Por dos razones –dijo Sebastian–. Uno, me divertía el golpearte fuera. Dos, sería malo para cualquiera de nosotros sangrar sobre el suelo de esa caverna. Confía en mí. Y pienso derramar mucha de tu sangre.

Jace se llevó la mano al cinturón, y se le cayó el alma a los pies. O se le habían caído la mayoría de sus armas mientras Sebastian le arrastraba por las galerías, o, más probable, Sebastian las había tirado. Todo lo que él le había dejado era una daga. Era de hoja corta..., demasiado corta, no se podía igualar a una espada.

-No es mucha arma esa... –Sebastian sonreía abiertamente, blanco en la oscuridad encandilada por la luna.

-No puedo luchar con esto –dijo Jace, tratando de sonar tan tembloroso y nervioso como podía.

-Qué pena. –Sebastian se acercó más a Jace, sonriendo.

Él estaba sosteniendo su espada sin excesivo vigor, teatralmente indiferente, la punta de sus dedos golpeando ligeramente con ritmo la empuñadura. Si iba a haber una oportunidad para él, pensó Jace, probablemente era esta. Echó el brazo hacia atrás y le dio un puñetazo en la cara a Sebastian tan fuerte como pudo.

Un hueso crujió bajo sus nudillos. El golpe dejó a Sebastian tumbado. Se había resbalado hacia atrás en el suelo, saliendo despedida la espada de su mano. Jace la alcanzó mientras se lanzaba hacia delante como una flecha, y un segundo después estaba sobre Sebastian, espada en mano.

A Sebastian le estaba sangrando la nariz, la sangre de un rojo escarlata le surcaba el rostro. Él levantó la mano y se apartó el cuello, dejando al descubierto su pálida garganta.

-Bien, adelante –dijo él–. Mátame ya.

Jace vaciló. No quería vacilar, pero ahí estaba: una fastidiosa renuencia a matar a alguien yaciendo indefenso en el suelo frente a él. Jace recordó a Valentine burlándose de él, de nuevo en Renwick, desafiando a su hijo a que lo matara, y Jace no había sido capaz de hacerlo. Pero Sebastian era un asesino. Él había matado a Max y a Hodge.

Alzó la espada. Y Sebastian salió como una erupción del suelo, más rápido de lo que el ojo podía captar. Parecía volar en el aire, ejecutando una elegante voltereta hacia atrás y aterrizando con gracia sobre la hierba, apenas a medio metro de distancia. Mientras lo hacía, dio una patada, golpeando la mano de Jace. La patada mandó la espada girando fuera de su puño. Sebastian la agarró en el aire, riéndose, y la hizo descender batiéndola hacia el corazón de Jace. Jace dio un salto hacia atrás y la espada cortó el aire justo frente a él, rasgando su camisa por la parte de delante. Hubo un dolor punzante y Jace sintió manar la sangre de un corte poco profundo que le cruzaba el pecho.

Sebastian se reía entre dientes, avanzando hacia Jace, que se echó hacia atrás rebuscando su insuficiente daga en el cinturón mientras él se acercaba. Miró alrededor, esperando desesperadamente que hubiera algo más que pudiera utilizar como arma..., un palo largo, algo. No había nada a su alrededor más que hierba, el río pasando al lado y los árboles sobre él, extendiendo sus ramas allá arriba como una red verde. De pronto recordó la Configuración Malachi con la que la Inquisidor le dejó atrapado. Sebastian no era el único que podía saltar. Sebastian blandió de nuevo la espada hacia él, pero Jace ya había saltado..., todo recto hacia arriba en el aire. La rama del árbol más bajo estaba a unos seis metros; él se agarró a ella, balanceándose hacia arriba. Arrodillándose sobre la rama, vio a Sebastian,

en el suelo, dar la vuelta y mirar hacia arriba. Jace lanzó la daga y oyó a Sebastian gritar. Jadeando, éste se enderezó...

Y de repente Sebastian estaba sobre la rama a su lado. Su pálido rostro estaba enrojecido por la ira, el brazo de la espada chorreando sangre. Evidentemente, él había dejado caer la espada en la hierba, aunque eso simplemente les hacía estar más equilibrados, pensó Jace, ya que él había perdido su daga también. Vio con cierta satisfacción que, por primera vez, Sebastian parecía *enfadado*... enfadado y sorprendido, como si una mascota que él hubiera creído que estaba domesticada le hubiera mordido.

-Eso ha sido divertido –dijo Sebastian–. Pero se acabó.

Él se lanzó sobre Jace, agarrándole por la cintura y tirándole de la rama. Cayeron seis metros por el aire firmemente agarrados, tirando el uno del otro..., y golpearon el suelo con fuerza, con suficiente fuerza para que Jace viera estrellas detrás de sus párpados. Agarró el brazo herido de Sebastian y clavó los dedos en él; Sebastian gritó y le propinó un revés que le cruzó la cara a Jace. La boca de Jace estaba llena de sangre salada; atragantándose con ella mientras rodaban los dos por el suelo, atacándose violentamente a puñetazos. Él sintió una repentina sacudida de frío; ellos habían caído rodando por una ligera pendiente que daba al río y estaban tirados medio dentro, medio fuera del agua. Sebastian estaba jadeando, y Jace aprovechó la oportunidad para agarrar al otro chico por el cuello y cerrar las manos alrededor de éste apretando. Sebastian se asfixiaba, sujetando la muñeca derecha de Jace con la mano y empujándola hacia atrás con suficiente fuerza como para romper huesos. Jace se oyó a sí mismo gritar como desde la lejanía, y Sebastian aprovechó la ventaja retorciéndole la muñeca rota despiadadamente hasta que Jace le soltó y cayó en el fango frío y aguado, con un alarido desesperado de dolor por el brazo.

Medio arrodillado sobre el pecho de Jace, una rodilla fuertemente clavada en sus costillas, Sebastian le sonreía burlescamente. El blanco y negro de sus ojos destacaba sobre una máscara de suciedad y sangre. Algo refulgía en su mano derecha. La daga de Jace. Él debía haberla cogido del suelo. Su filo descansando directamente sobre el corazón de Jace.

-Y nos encontramos exactamente donde estábamos hacía cinco minutos –dijo Sebastian–. Has tenido tu oportunidad, Wayland. ¿Unas últimas palabras?

Jace lo miraba fijamente, su boca manando sangre, escociéndole los ojos por el sudor, y sólo sintió una sensación de total y vacío agotamiento. ¿Realmente era así como iba a morir?

-¿Wayland? –dijo él–. Sabes que ese no es mi nombre.

-Tienes tanto derecho a él como al nombre de Morgenstern –dijo Sebastian.

Él se inclinó hacia delante, apoyando su peso sobre la daga. Su punta atravesaba la piel de Jace, enviando una punzada caliente de dolor por su

cuerpo. El rostro de Sebastian estaba a centímetros del suyo, su voz era un susurro siseante.

-¿De verdad creías que eras hijo de Valentine? ¿Realmente creías una cosa tan patética y chirriante como que tú fueras digno de ser un Morgenstern, de ser *mi hermano*?

Él se echó el blanco cabello hacia atrás; estaba lacio por el sudor y el agua del arroyo.

-Tú eres un niño cambiado –dijo él–. Mi padre hizo una carnicería con un cadáver para hacerse contigo y convertirte en uno de sus experimentos. Él te crió como su hijo, pero eras demasiado débil para ser algo provechoso para él. Tú no podías ser un guerrero. Tú no eras nada. Inútil. Así que te encajó a los Lightwood y esperó a que pudieras ser de alguna utilidad para él más adelante, como un reclamo. O un señuelo. *Él nunca te quiso.*

Los ojos de Jace parpadeaban candentes.

-Entonces tú...

-Yo soy el hijo de Valentine. Jonathan Christopher Morgenstern. Tú nunca tuviste ningún derecho a ese nombre. Tú eres un fantasma. Un impostor.

Sus ojos estaban negros y centelleantes, y de repente Jace oyó la voz de su madre, como en un sueño –aunque ella no era su madre– diciendo “*Jonathan ya no es un bebé. Él no es tan siquiera humano; es un monstruo.*”

-Tú eres ese –Jace se ahogaba–. El de la sangre de demonio. No yo.

-Eso es cierto –La daga se deslizó otro milímetro más en la carne de Jace. Sebastian todavía estaba sonriendo, pero era un rictus de sonrisa, como el de una calavera–. Tú eres el chico ángel. He tenido que oírlo todo sobre ti. Tú, con tu bonita cara de ángel y tus buenas maneras y tus delicados, delicados sentimientos. Ni siquiera podías ver a un pájaro morir sin llorar. No me extraña que Valentine estuviera avergonzado de ti.

-No –Jace olvidó la sangre en su boca, olvidó el dolor–. Eres tú del que él está avergonzado. ¿Crees que no te llevó con él al lago porque necesitaba que tú te quedaras aquí y abrieras la puerta a medianoche? Como si él no supiera que tú serías incapaz de esperar. No te ha llevado con él porque le vergüenza plantarse ante el Ángel y enseñarle lo que ha hecho. Mostrarle la *cosa* que ha fabricado. Mostrarte a *ti*.

Jace alzaba la vista hacia Sebastian..., podía sentir una lástima terrible y triunfal centelleando en sus propios ojos.

-Él sabe que no hay nada humano en ti. Tal vez te quiera, pero también te detesta...

-¡Cállate!

Sebastian presionó sobre la daga, retorciendo la empuñadura. Jace se encorvó hacia atrás con un grito, y el sufrimiento estalló como un relámpago detrás de sus ojos.

‘*Voy a morir* –pensó él–. *Estoy agonizando. Esto es eso.*’ Se preguntó si su corazón ya había sido traspasado. Él no se podía mover, no podía respirar. Sabía que ahora debía parecerse a una mariposa prendida con alfileres sobre un tablero. Intentó hablar, intentó decir un nombre, pero no salió nada de su boca más que sangre.

Y sin embargo, Sebastian pareció leer en sus ojos.

-*Clary*. Casi se me había olvidado. Estás enamorado de ella, ¿verdad? La vergüenza por tus asquerosos impulsos incestuosos casi debe haberte matado. Qué lástima que no supieras que ella no es tu hermana en realidad. Podías haber pasado el resto de tu vida con ella, si tan sólo no hubieras sido tan estúpido.

Él se agachó, empujando el cuchillo con más fuerza, su filo rozando hueso. Le habló a Jace al oído con una voz tan suave como un susurro.

-Ella también te ama –dijo él–. Ten eso en cuenta mientras mueres.

La oscuridad inundó los bordes de la visión de Jace, como tinte derramándose sobre una fotografía, borrando la imagen. De pronto, no hubo dolor en absoluto. No sentía nada, ni siquiera el peso de Sebastian sobre él, como si estuviera flotando. El rostro de Sebastian ondeaba sobre él, blanco contra la oscuridad, la daga levantada en su mano. Algo relucía con un brillo de oro en la muñeca de Sebastian, como si llevara un brazalete. Pero no era un brazalete, porque aquello estaba moviéndose. Sebastian miró hacia su mano sorprendido, mientras la daga caía de su puño abierto y daba contra el fango con un sonido audible.

Luego, la mano, separada de su muñeca, golpeó el suelo a su lado. Jace miraba fijamente maravillado, mientras la mano amputada de Sebastian rebotaba y venía a descansar contra un par de altas botas negras. Las botas estaban sujetas a un par de piernas delicadas, que ascendían hasta un torso esbelto y un rostro familiar cubierto con una cascada de cabello negro. Jace alzó los ojos y vio a Isabelle, su látigo empapado en sangre, sus ojos fijos sobre Sebastian, que estaba mirando boquiabierto el muñón ensangrentado de su muñeca con asombro.

Isabelle sonreía con una expresión grave.

-Eso ha sido por Max, hijo de puta.

-*Zorra* –bufó Sebastian, y se puso de pie de un salto cuando el látigo de Isabelle se volvió de nuevo hacia él cortante y con una velocidad increíble.

Él se hizo a un lado y desapareció. Hubo un susurro..., él debía de haber desaparecido entre los árboles, pensó Jace, aunque estaba demasiado malherido para volver la cabeza y mirar.

-¡Jace!

Isabelle se arrodilló cerniéndose sobre él, con la estela brillando en la mano izquierda. Sus ojos estaban brillantes por las lágrimas; él debía tener bastante mal aspecto, se dio cuenta Jace, para que Isabelle estuviera así.

-Isabelle –intentó decir él.

Él quería decirle que se fuera, que corriera, que no importaba lo espectacular, lo valiente y talentosa que fuera ella –y era todas esas cosas–, ella no era rival para Sebastian. Y no había forma de que Sebastian fuera a dejar que una cosa pequeña, como que le cercenaran la mano, le detuviera. Pero todo lo que salió de la boca de Jace fue una especie de sonido balbuceante.

-No hables –Él sintió la punta de la estela arder contra la piel de su pecho–. Te pondrás bien.

Isabelle le sonrió trémulamente.

-Probablemente estés preguntándote qué demonios estoy haciendo aquí –dijo ella–. No sé cuánto sabes... No sé qué te ha dicho Sebastian..., pero tú no eres hijo de Valentine.

La *iratze* estaba cerca de ser finalizada; Jace ya podía sentir el dolor atenuándose. Asintió débilmente con la cabeza, tratando de decirle: *Lo sé*.

-De todos modos, yo no iba a venir en busca tuya después de que salieras corriendo, porque dijiste en tu nota que no lo hiciera y entendí eso. Pero no había manera de que yo te fuera a dejar morir pensando que tenías sangre de demonio, o sin decirte que no hay nada malo en ti, aunque, sinceramente, ¿cómo pudiste en primer lugar pensar algo tan estúpido...

La mano de Isabelle se sacudió, y ella se quedó congelada, no queriendo estropear la runa.

-Y tú necesitabas saber que Clary no es tu hermana –dijo ella, más dulcemente–, porque... porque simplemente necesitabas saberlo. Así que conseguí que Magnus me ayudara a rastrearlo. Utilicé ese soldadito de madera que le diste a Max. No creo que Magnus lo hubiera hecho normalmente, pero digamos que simplemente estaba de un *sorprendente* buen humor, y pude decirle que Alec quería que él lo hiciera..., aunque eso no era *estrictamente* verdad, pero pasará un rato antes de que descubra eso. Y una vez que supe dónde estabas, bueno, él ya había creado ese Portal, y se me da muy bien moverme a hurtadillas...

Isabelle gritó. Jace trató de alcanzarla, pero ella estaba fuera de su alcance, siendo levantada y lanzada a un lado. El látigo cayó de su mano. Ella luchó por arrodillarse, pero Sebastian ya estaba frente a ella. Sus ojos centelleaban llenos de cólera, y había una tela ensangrentada atada al muñón de su muñeca. Isabelle salió como una flecha tras su látigo, pero Sebastian se movía más rápido. Dio un giro y le propinó una fuerte patada. La bota de él entró en contacto con su caja torácica. Jace casi creyó poder *oír* romperse las costillas de Isabelle cuando salió volando hacia atrás, aterrizando torpemente de costado. Él la oyó gritar –Isabelle, que nunca gritaba de dolor– cuando Sebastian le propinó otra patada, y luego recogió el látigo, blandiéndolo en la mano.

Jace giró sobre su costado. La *iratze* casi finalizada había ayudado, pero el dolor en su pecho todavía era fuerte, y él supo, de un modo distante, que

el hecho de que tosiera sangre probablemente quería decir que tenía el pulmón perforado. No estaba seguro de cuánto tiempo le daba eso. Minutos, posiblemente. Él tanteó buscando la daga allí donde Sebastian la había dejado caer, al lado de los horripilantes restos de su mano. Jace se puso en pie tambaleándose. El olor a sangre estaba por todas partes. Pensó en la visión de Magnus, el mundo volviéndose sangre, y su mano resbalosa se tensó sobre la empuñadura de la daga.

Él dio un paso hacia delante. Luego otro más. Sentía cada paso como si estuviera arrastrando los pies a través de cemento. Isabelle estaba gritándole improperios a Sebastian, que estaba riéndose mientras hacía bajar el látigo sobre su cuerpo. Sus gritos hicieron a Jace tirar hacia adelante como un pez prendido a un anzuelo, pero éstos se alzaban más débiles a medida que él se movía. El mundo daba vueltas a su alrededor como en una atracción de feria.

‘*Un paso más*’, se decía Jace. Uno más. Sebastian le estaba dando la espada; estaba concentrado en Isabelle. Probablemente, él pensaba que Jace ya estaba muerto. Y casi lo estaba. ‘*Un paso*’, se decía a sí mismo, pero él no podía darlo, no podía moverse, no podía arrastrar los pies un paso más hacia adelante. La negrura estaba entrando en tropel por los flancos de su visión..., una negrura más profunda que la del sueño. Una negrura que borraría todo lo que él había visto alguna vez y que le llevaba a un descanso que sería absoluto.

Paz. Él pensó, de pronto, en Clary..., en Clary tal como la había visto la última vez, dormida, con el cabello extendido por la almohada y la mejilla sobre la mano. Él había pensado entonces que nunca había visto nada tan pacífico en su vida, pero por supuesto ella sólo estaba durmiendo, como cualquier otra persona podría dormir. No había sido su paz la que le había sorprendido, sino la suya propia. La paz que sintió al estar con ella no se parecía a nada que hubiera conocido antes.

El dolor sacudió su columna, y se dio cuenta con sorpresa de que, de algún modo, sin su propia voluntad, las piernas le habían llevado hacia adelante en ese último paso crucial. Sebastian tenía el brazo retrasado, el látigo brillando en su mano; Isabelle yacía sobre la hierba, hecha un ovillo, ya sin gritar..., ya sin moverse en absoluto.

-Pequeña zorra Lightwood –estaba diciendo Sebastian–. Debí aplastarte la cara con ese martillo cuando tuve la oportunidad...

Y Jace irguió la mano, con la daga en ella, y hundió la hoja en la espalda de Sebastian.

Sebastian se tambaleó hacia adelante, el látigo se cayó de su mano. Se volvió lentamente y miró a Jace, y Jace pensó, con un horror distante, que quizás Sebastian verdaderamente no era humano, que era imposible de matar después de todo. El rostro de Sebastian estaba en blanco, se había ido

la hostilidad de él y el fuego oscuro de sus ojos. Sin embargo, ya no se parecía a Valentine. Parecía... espantado.

Él abrió la boca, como si quisiera decirle algo a Jace, pero sus rodillas ya estaban dobladas. Se derrumbó en el suelo, la fuerza de la caída le envió deslizándose pendiente abajo hasta el río. Él vino a descansar sobre su espalda, los ojos con la mirada perdida fijos en el cielo; el agua fluyendo a su alrededor, llevándose los oscuros hilos de su sangre arroyo abajo con la corriente.

“Él me enseñó que había un lugar en la espalda de un hombre en el que, si hundes la espada, puedes atravesarle el corazón y romperle la columna, todo de una vez”, había dicho Sebastian. *“Supongo que recibimos el mismo regalo de cumpleaños ese año, hermano mayor”,* pensó Jace. *“¿No?”*

-¡Jace! –Era Isabelle, su rostro ensangrentado, tratando de adoptar una posición sentada con gran dificultad–. ¡Jace!

Él intentó volverse hacia ella, intentó decir algo, pero sus palabras se habían ido. Se dejó caer de rodillas. Un peso enorme estaba presionándole sobre los hombros, y la tierra estaba llamándole: tumbate, tumbate, tumbate. Él a penas fue consciente de Isabelle gritando su nombre cuando la oscuridad se lo llevó.

Simon era un veterano en innumerables batallas. Es decir, si contabas las batallas que tenían lugar mientras se jugaba a Dragones y Mazmorras. Su amigo Eric era aficionado a la historia bélica y él era el que normalmente organizaba la parte de guerra de los juegos, que consistían en docenas de minúsculas figuritas moviéndose en líneas rectas a través de un paisaje plano dibujado sobre papel de estraza.

Esa era la manera en la que él había pensado en las batallas siempre..., o del modo en el que eran en las películas, con dos grupos de gente avanzando la una contra la otra a través de una extensión llana de tierra. Líneas rectas y progresión ordenada.

Esto no se parecía nada a eso.

Esto era el caos, un tumulto de griterío y movimiento, y el paisaje no era plano sino una masa de barro y sangre hecha una pasta densa e inestable. Simon había imaginado que los Hijos de la Noche irían al campo de batalla y serían recibidos por alguien que se ocupara de eso; imaginó que primero vería la batalla desde una distancia y sería capaz de ver como las dos partes chocaban una contra la otra. Pero no había saludo y no había partes. La batalla surgió de entre las tinieblas como si él hubiera pasado por accidente desde el lado desierto de una calle a un disturbio en mitad de Time Square..., de repente había multitudes levantándose a su alrededor, manos agarrándole, empujándole fuera de su camino, y los vampiros se estaban dispersando, zambulléndose en la batalla sin tan siquiera dedicarle una mirada.

Y había demonios... demonios por todas partes, y nunca había imaginado la clase de sonidos que harían, el chillido, el ulular y el gruñir, y lo que era peor, los sonidos de los desgarros, del triturar y de la hambrienta satisfacción. Simon deseaba poder apagar su oído de vampiro, pero no podía y los sonidos eran como cuchillos penetrándole los tímpanos.

Él tropezó con un cuerpo que estaba tendido medio dentro medio fuera del fango, se volvió para ver si necesitaba su ayuda, y vio a sus pies que el Cazador de Sombras estaba completamente destrozado desde los hombros. El blanco hueso relucía contra la tierra oscura y, a pesar de la naturaleza vampírica de Simon, sintió náuseas. *Debo ser el único vampiro del mundo que se pone enfermo ante la visión de la sangre*, pensó, y entonces algo le golpeó fuertemente por detrás y zozobró, resbalándose por una pendiente de fango hasta un hoyo.

Simon no era el único allí abajo. Él se recostó sobre la espalda justo cuando el demonio apareció sobre él. Se parecía a la imagen de la Muerte de un grabado medieval: un esqueleto animado con un hacha ensangrentada agarrada firmemente en una mano huesuda. Él se lanzó hacia un lado cuando la hoja cayó con un golpe sordo a centímetros de su rostro. El esqueleto hizo un ruido siseante de decepción y alzó de nuevo el hacha...

Y fue golpeado desde un lateral por un garrote de madera nudosa. El esqueleto reventó en pedazos como una piñata llena de huesos. Un Cazador de Sombras se alzaba ante Simon. No era uno que hubiera visto antes. Un hombre alto, barbado y salpicado de sangre, que se pasaba la mugrienta mano por la frente mientras bajaba la mirada a Simon, dejando atrás un surco oscuro.

-¿Estás bien?

Aturcido, Simon asintió con la cabeza y comenzó a ponerse en pie con dificultad.

-Gracias.

El extraño se inclinó ofreciéndole una mano a Simon para ayudarlo a levantarse. Simon la aceptó y salió volando del hoyo. Aterrizó sobre sus pies en el borde, resbalándose sobre el fango húmedo. El extraño le ofreció una sonrisa avergonzada.

-Lo siento. Fuerza de Submundo... Mi compañero es un hombre lobo. No estoy acostumbrado.

Él miró detenidamente el rostro de Simon.

-Eres un vampiro, ¿no?

-¿Cómo lo has sabido?

El hombre sonrió. Era una especie de sonrisa cansada, pero no había nada desagradable en ella.

-Tus colmillos. Emergen cuando lucháis. Lo sé porque... -Él se interrumpió.

Simon podía terminar la frase por él: *‘Lo sé por la parte de vampiros que me ha tocado matar’*.

-De todas formas, gracias por luchar junto a nosotros.

-Yo... –Simon estaba a punto de decir que él no había luchando exactamente todavía. Ni contribuido con nada realmente.

Se volvió para decirlo, y salió exactamente una palabra de su boca antes de que algo imposiblemente enorme, con garras y alas andrajosas bajara majestuosamente del cielo y clavara las zarpas en la espalda del Cazador de Sombras.

El hombre ni siquiera gritó. Echó la cabeza hacia atrás, como si estuviera mirando hacia arriba sorprendido, preguntándose qué lo había agarrado..., y luego, se había ido, agitándose en el cielo negro y vacío en un remolino de dientes y alas. Su garrote golpeó el suelo a los pies de Simon.

Simon no se movió. Todo el asunto, desde el momento en que él se había caído en el hoyo, había durado menos de un minuto. Se giró con entumecimiento, mirando a su alrededor las espadas girando a través de la oscuridad, las cortantes garras de los demonios, los puntos de iluminación que se movían a toda velocidad aquí y allá en la negrura, como luciérnagas revoloteando a través del follaje..., y entonces, se dio cuenta de lo que eran. Las luces resplandecientes de los cuchillos seráficos.

Él no podía ver a los Lightwood, ni a los Penhallow, ni a Luke, ni a nadie más que pudiera reconocer. Él no era un Cazador de Sombras. Y aun así, aquel hombre le había dado las gracias, las gracias por luchar. Lo que él le había dicho a Clary era verdad: esa era su batalla también; y se le necesitaba allí. No al Simon humano, que era dulce, torpe, algo friki y odiaba la sangre, sino al Simon vampiro, una criatura a la que él apenas conocía tan siquiera.

“Los verdaderos vampiros saben que ellos están muertos”, había dicho Raphael. Pero Simon no se sentía muerto. Él nunca se había sentido más vivo. Se giró cuando otro demonio apareció enfrente de él; éste era una cosa parecida a un lagarto, con escamas y dientes de roedor. Se echó rápidamente sobre Simon con las negras garras extendidas.

Simon dio un salto. Golpeó contra el enorme lateral de la cosa y se aferró a ella, con las uñas clavándose y las escamas cediendo el paso bajo su presión. La Marca de su frente cimbrió cuando hundió los colmillos en el cuello del demonio.

Aquello sabía horrible.

Cuando los cristales dejaron de caer, había un agujero en el techo de varios metros de ancho, como si un meteorito se hubiera precipitado a través de él. El aire frío se colaba por la brecha. Tiritando, Clary se puso de pie sacudiéndose la ropa del polvo de cristal.

La luz mágica que había iluminado el Salón se había extinguido; el interior estaba ahora sombrío, lleno de sombras y polvo. Sólo era visible la débil iluminación del decaído Portal de la plaza, brillando a través de la puerta principal abierta.

Posiblemente, ya no era seguro quedarse allí, pensó Clary. Ella debería ir a casa de los Penhallow y unirse a Aline. Había atravesado parte del Salón cuando se oyeron unos pasos sobre el suelo de mármol. Con el corazón palpitándole, ella se volvió y vio a Malachi, una oscura sombra alargada y sinuosa a la media luz, yendo hacia el estrado a grandes zancadas. Pero, ¿qué estaba haciendo todavía allí? ¿No debería estar con el resto de Cazadores de Sombras en el campo de batalla?

Cuando se acercó al estrado, ella notó algo que le hizo ponerse la mano en la boca, sofocando un grito de sorpresa. Había una oscura forma encorvada posada sobre el hombro de Malachi. Un pájaro. Un cuervo, para ser exactos.

Hugo.

Clary se sumergió agachándose detrás de un pilar cuando Malachi subía los escalones del estrado. Había algo inequívocamente furtivo en la forma en que miraba de un lado a otro. Aparentemente satisfecho por ser inadvertido, él sacó algo pequeño y reluciente del bolsillo y lo deslizó sobre su dedo. ¿Un anillo? Él lo sujetó y lo hizo girar, y Clary recordó a Hodge en la biblioteca del Instituto, tomando el anillo de la mano de Jace...

El aire enfrente de Malachi titiló débilmente, como ocurre con el calor. Una voz habló desde él, una voz familiar, serena y refinada, ahora con un toque de la más leve irritación.

-¿Qué es, Malachi? No estoy de humor para chácharas en este momento.

-Mi señor Valentine –dijo Malachi. Su habitual hostilidad había sido sustituida por un servilismo baboso–, Hugo me ha visitado no hace ni un momento, trayéndome noticias. Supongo que ya habrá llegado hasta el Espejo, y por consiguiente él me buscó en su lugar. Pensé que querría saberlo.

El tono de Valentine era agudo.

-Muy bien. ¿Qué noticias?

-Es su hijo, señor. Su *otro* hijo. Hugo le siguió el rastro hasta el valle de la cueva. Puede que él incluso le haya seguido a través de las galerías hasta el lago.

Clary se agarraba al pilar con los dedos empalidecidos. Estaban hablando de Jace.

Valentine lanzó un gruñido.

-¿Se ha encontrado allí con su hermano?

-Hugo dice que los dejó a los dos luchando.

A Clary le dio una vuelta el estómago. ¿Jace, luchando con Sebastian? Pensó en la manera en que Sebastian levantó a Jace en el Gard y lo lanzó,

como si no pesara nada. Una ola de pánico se cernió sobre ella, tan intenso que por un momento los oídos le zumbaron. Para cuando volvió a estar la sala enfocada, ella se había perdido lo que sea que Valentine hubiese dicho a Malachi en respuesta.

-Son los que son bastante mayores para ser marcados pero no lo suficiente para luchar los que me preocupan –estaba diciendo Malachi ahora-. Ellos no han votado en la decisión del Concilio. Parece injusto castigarles del mismo modo que deben ser castigados aquellos que están luchando.

-He considerado eso. –La voz de Valentine era un ruido sordo y bajo-. Debido a que los adolescentes están marcados de forma más ligera, les llevará más tiempo transformarse en Repudiados. Al menos varios días. Creo que podría ser reversible.

-¿Aunque aquellos de nosotros que hayamos bebido de la Copa Mortal continuaremos perfectamente sin ser afectados?

-Estoy ocupado, Malachi –dijo Valentine-. Te dije que estarás a salvo. Estoy confiando mi propia vida a este proceso. Ten algo de fe.

Malachi inclinó la cabeza.

-Tengo una gran fe, mi señor. La he mantenido durante muchos años, en silencio, sirviéndoos siempre.

-Y serás recompensado –dijo Valentine.

Malachi alzó la mirada.

-Mi señor...

Pero el aire había dejado de titilar. Valentine se había ido. Malachi frunció el entrecejo, luego bajó los escalones del estrado y fue hacia la puerta principal. Clary se echó hacia atrás encogiéndose contra el pilar, esperando desesperadamente que él no la viera. Su corazón estaba martilleando. ¿De qué había ido todo eso? ¿Qué era todo eso de los Repudiados? La respuesta centelleaba en un rincón de su mente, pero parecía demasiado horrible para contemplarla. Ni siquiera Valentine haría...

Algo voló hasta su rostro entonces, oscuro y hecho un remolino. Apenas tuvo tiempo de subir los brazos para cubrirse los ojos cuando algo le rasgó el dorso de las manos. Oyó un fortísimo graznido, y las alas batieron contra sus muñecas levantadas.

-¡Hugo! ¡Es suficiente! –Era la voz aguda de Malachi-. ¡Hugo!

Hubo otro graznido más y un golpe sordo, luego silencio. Clary bajó los brazos y vio al cuervo yaciendo inmóvil a los pies del Cónsul..., aturdido o muerto, ella no podía saberlo. Con un gruñido Malachi le dio una patada al cuervo apartándolo salvajemente de su camino, y fue hacia Clary a grandes zancadas con una mirada fulminante. Él la agarró por la muñeca sangrante y tiró de ella arrastrándola.

-Niña estúpida –dijo-. ¿Cuánto tiempo has estado ahí escuchando?

-El suficiente para saber que eres uno de los del Círculo –escupió ella, retorciendo la muñeca bajo su puño, pero él la sujetaba firmemente–. Estás del lado de Valentine.

-*Sólo hay un único lado.* –Su voz salió entre dientes–. La Clave es estúpida, está equivocada, complaciendo a medio hombres medio monstruos. Todo lo que quiero es purificarla, devolverla a su antiguo esplendor. Un objetivo con el que pensarías que todos los Cazadores de Sombras estarían de acuerdo, pero no... Ellos escuchan a cretinos y a amantes de los demonios como tú y Lucian Graymark. Y ahora tú envías a la flor de los Nephilim a morir en esta batalla ridícula..., un gesto inútil con el que no se conseguirá nada. Valentine ya ha comenzado el ritual; pronto el Ángel se alzaré y los Nephilim se convertirán en Repudiados. Los que se salven serán los pocos bajo la protección de Valentine...

-¡Eso es asesinato! ¡Él va a asesinar a Cazadores de Sombras!

-No asesinato –dijo el Cónsul. Su voz sonaba con una pasión de fanático–, limpieza. Valentine creará un nuevo mundo de Cazadores de Sombras, un mundo purgado de debilidad y corrupción.

-La debilidad y la corrupción están en el *mundo* –dijo Clary abruptamente–. Está en las *personas*. Y siempre lo estará. El mundo sólo necesita personas buenas para compensarlo. Y vosotros estáis planeando matarlas a todas.

Él la miró por un momento con sincera sorpresa, como si estuviera asombrado por la fuerza de su tono.

-Bonitas palabras de una niña que traicionaría a su propio padre. – Malachi la acercó con un movimiento brusco a él, tirando brutalmente de su muñeca sangrante–. Quizás simplemente deberíamos ver cuánto le importaría a Valentine si yo te enseñara...

Pero Clary nunca descubrió lo que él quería enseñarle. Una forma oscura se precipitó entre ellos..., las alas extendidas y las garras abiertas.

El cuervo se agarró a Malachi con la punta de sus garras, rastillando surcos sangrientos a lo largo de su cara. Con un chillido el Cónsul soltó a Clary y levantó los brazos, pero Hugo había dado la vuelta y estaba acuchillándole ferozmente con el pico y las garras. Malachi se tambaleó hacia atrás, sacudiendo los brazos, hasta chocarse fuertemente contra el filo de un banco. Éste se cayó con un estrépito, desequilibrado, él se desplomó detrás de él con un grito ahogado..., rápidamente interrumpido.

Clary corrió hasta donde yacía Malachi arrugado sobre el suelo de mármol, ya con un círculo de sangre arremolinándose a su alrededor. Él había aterrizado sobre una pila de cristales del techo roto, y uno de los pedazos puntiagudos le había perforado la garganta. Hugo todavía estaba cerniéndose en el aire, dando vueltas en círculo sobre el cuerpo de Malachi. Lanzó un graznido triunfal mientras Clary lo miraba fijamente..., aparentemente no había agradecido las patadas y golpes del Cónsul. A

Malachi se le debería haber ocurrido algo mejor que atacar a una de las criaturas de Valentine, pensó Clary amargamente. El ave no era más indulgente que su amo.

Pero ahora no había tiempo para pensar en Malachi. Alec había dicho que había protecciones activadas alrededor del lago, y que si alguien llegaba allí a través de un Portal se dispararía una alarma. Valentine ya estaba probablemente en el Espejo... No había tiempo que perder. Andando hacia atrás Clary se alejó del cuervo, se volvió y corrió hacia las puertas del Salón y más allá hacia el resplandor del Portal.

PESADO EN LA BALANZA

El agua le dio en la cara como un puñetazo. Clary caía, asfixiándose, a través de la oscuridad glacial. Su primer pensamiento fue que el Portal se había desvanecido sin remedio y ella se había quedado atascada en algún lugar intermedio negro y giratorio, donde se ahogaría y moriría, justo como le advirtió Jace que podría pasarle la primera vez que ella utilizó un Portal.

Su segundo pensamiento fue que ella ya estaba muerta.

Probablemente, sólo estuvo inconsciente durante unos cuantos segundos en realidad, aunque se sentía como el final de todo. Cuando Clary emergió, fue con una sacudida que se pareció al shock de atravesar una capa de hielo. Ella había estado inconsciente y ahora, de forma repentina, ya no lo estaba; estaba tendida sobre la espalda en tierra fría y húmeda, mirando a un cielo tan lleno de estrellas que parecía que un puñado de pedazos de plata hubieran sido arrojados a través de su oscura superficie. Su boca estaba llena de un líquido salobre; ella giró la cabeza a un lado, tosió, escupió y jadeó hasta que pudo respirar de nuevo.

Cuando su estómago dejó de sufrir espasmos, se giró hacia un lado. Sus muñecas estaban atadas con una débil banda de luz intensa, y sentía las piernas pesadas y extrañas pinchándole por todas partes con agujas y alfileres ardientes. Se preguntaba si había estado echada sobre ellas de una forma extraña, o si quizás era un efecto secundario de casi morir ahogada. La nuca le ardía como si le hubiera picado una avispa. Respirando entrecortadamente, logró ponerse en posición sentada con esfuerzo, con las piernas torpemente extendidas frente a ella, y miró a su alrededor.

Ella estaba en la orilla del Lago Lyn, donde el agua cedía el paso a una arena pulverulenta. Una pared de roca negra se alzaba detrás de ella, los acantilados que recordaba de su primera vez allí con Luke. La arena misma era oscura, resplandeciente de mica plateada. Aquí y allí en la arena había antorchas de luz mágica, llenando el aire con su brillo plateado y dejando una tracería de líneas resplandecientes sobre la superficie del agua.

A la orilla del lago, alejada unos cuantos metros de donde estaba ella sentada, estaba situada una mesa baja hecha de piedras planas amontonadas unas sobre otras. A todas luces habían sido apiladas apresuradamente; aunque los huecos entre las piedras estaban rellenos con arena húmeda,

algunas de las rocas se escapaban en los ángulos. Colocado sobre la superficie de las piedras había algo que hizo que Clary contuviera la respiración..., la Copa Mortal, y extendida a lo largo, encima de ella, la Espada Mortal, una lengua de fuego negro al resplandor de la luz mágica. Alrededor del altar estaban las líneas negras de runas grabadas en la arena. Ella las miró con atención, pero éstas eran un revoltijo sin sentido...

Una sombra irrumpió en la arena, moviéndose con rapidez..., la negra sombra alargada de un hombre, agitada y poco definida por la parpadeante luz de las antorchas. Para cuando Clary alzó la cabeza, él ya estaba allí cerniéndose sobre ella.

Valentine.

El shock de verlo era tan enorme que casi no le sacudió en absoluto. No sentía nada mientras miraba a su padre, cuyo rostro se sostenía contra el cielo oscuro como la propia luna: blanco, austero, marcado con ojos negros como los cráteres de meteoritos. Sobre la camisa llevaba rodeándole una serie de correas de piel que sostenían una docena o más de armas. Éstas se erigían detrás de él como las espinas de un puercoespín. Él parecía enorme e imposiblemente grande, la aterradora estatua de un dios guerrero resuelto a la destrucción.

-Clarissa -dijo él-. Asumes bastante riesgo tomando el Portal hasta aquí. Eres afortunada de que te haya visto aparecer en el agua entre un parpadeo y el siguiente. Has sido bastante inconsciente; si no fuera por mí, te habrías ahogado.

Se movió ligeramente un músculo junto a su boca.

-Y yo que tú no me preocuparías demasiado por las alarmas de las protecciones que la Clave ha levantado entorno al lago. Las desactivé en el momento que llegué. Nadie sabe que estás aquí.

‘*¡No te creo!*’ Clary abrió la boca para lanzarle las palabras a la cara. No hubo sonido. Era como una de esas pesadillas donde tratas de gritar y gritar y no sucede nada. Sólo una seca bocanada de aire salió de su boca, el grito ahogado de alguien intentando chillar con la garganta cercenada.

Valentine sacudió la cabeza.

-No te molestes en tratar de hablar. Utilicé una Runa de Quietud, una de aquellas que utilizaban los Hermanos Silenciosos sobre la nuca. Hay una runa de atadura en tus muñecas y otra inutilizante en tus piernas. Yo no intentaría ponerme en pie..., tus piernas no te sostendrán y sólo te causará dolor.

Clary le fulminó con la mirada, tratando de taladrarle con los ojos, de acuchillarle con su odio. Pero él no le prestó atención.

-Podría haber sido peor, ya sabes. Para cuando te hube arrastrado hasta la orilla, la ponzoña del lago ya había empezado a hacer su trabajo. Te he curado de ello, por cierto. No es que yo espere que me lo agradezcas. -Él sonrió ligeramente-. Tú y yo, no hemos tenido nunca una conversación,

¿verdad? No una verdadera conversación. Debes estar preguntándote por qué nunca he parecido tener realmente un interés de padre por ti. Lo siento si eso te ha herido.

Ahora la mirada de ella pasó del odio a la incredulidad. ¿Cómo podían tener una conversación cuando ella ni siquiera podía hablar? Intentó forzar que las palabras salieran, pero nada salió de su garganta más que un débil jadeo.

Valentine se volvió hacia el altar y situó la mano sobre la Espada Mortal. La espada despidió una luz negra, una especie de resplandor a la inversa, como si estuviera succionando la iluminación del aire a su alrededor.

-Yo no sabía que tu madre estaba embarazada de ti cuando me dejó – dijo. Él estaba hablándole, pensó Clary, de una manera en la que nunca lo había hecho antes. Su tono era tranquilo, incluso coloquial, pero no era eso—. Sabía que algo iba mal. Ella pensaba que estaba ocultando su desdicha. Yo tomé algo de sangre de Ithuriel, la desequé hasta hacerla polvo, y la mezclé con su comida pensando que podría curarle de su infelicidad. Si hubiera sabido que estaba embarazada, no lo habría hecho. Ya había tomado la decisión de no experimentar de nuevo con un niño de mi propia sangre.

‘*Estás mintiendo*’, quería gritarle Clary. Pero no estaba segura de que él lo estuviera haciendo. Todavía le sonaba extraño. Diferente. Quizás fuera porque le estaba diciendo la verdad.

-Después de que ella huyera de Idris, la busqué durante años –dijo él—. Y no sólo porque ella tuviera la Copa Mortal. Porque la amaba. Pensé que si tan sólo pudiera hablar con ella, podría hacerla entrar en razón. Hice lo que hice esa noche en Alicante en un arranque de ira, queriendo destruirla, queriendo destruir todo lo que tenía que ver con nuestra vida juntos. Pero después yo...

Él sacudió la cabeza, volviéndola para mirar hacia el lago.

-Cuando finalmente la localicé, oí rumores de que ella había tenido otro hijo, una niña. Supuse que eras de Lucian. Él siempre la había amado, siempre quiso arrebátarmela. Pensé que ella finalmente debía de haberse rendido. Que había accedido a tener un hijo con un asqueroso Submundo. – Su voz se tensó—. Cuando la encontré en vuestro apartamento en Nueva York, ella apenas estaba consciente. Me escupió que yo había hecho un monstruo de su primer hijo y que ella me había dejado antes de que pudiera hacer lo mismo con el segundo. Luego, cayó redonda en mis brazos. Todos esos años que yo la había estado buscando, y eso fue todo lo que tuve de ella. Esos pocos segundos en los que me miró con todo el odio acumulado durante una vida. Me di cuenta entonces de algo.

Él levantó la Maellartach. Clary recordó lo pesado que había sido sostener la Espada aún medio transformada, y vio, mientras la hoja se

alzaba, que los músculos del brazo de Valentine se marcaban, fuertes y acordonados, como cordeles serpeando bajo la piel.

-Me di cuenta –dijo–, de que la razón de que ella me dejara fue protegerte a ti. Jonathan, ella lo detestaba, pero tú... Ella habría hecho cualquier cosa para protegerte. Protegerte de *mí*. Incluso vivió entre mundanos, lo que sé que debió hacerle sufrir. Debió dolerle el no ser capaz nunca de criarte con ninguna de nuestras tradiciones. Tú eres la mitad de lo que podías haber sido. Tienes tu talento con las runas, pero ha sido desaprovechado por tu educación mundana.

Él bajó la Espada. Su punta se cernía ahora justo sobre el rostro de Clary; ella podía verla por el rabillo del ojo, flotando en el borde de su visión como una palomilla plateada.

-Supe entonces que Jocelyn nunca regresaría conmigo, por ti. Tú eres la única cosa en el mundo a la que ella ha amado más de lo que me amaba a mí. Y es por ti que ella me odia. Y es por eso, que yo odio verte.

Clary apartó la cara. Si él iba a matarla, no quería ver venir su muerte.

-Clarissa –dijo Valentine–, mírame.

‘No’. Ella miraba fijamente al lago. A lo lejos, al otro extremo del agua ella podía ver un tenue resplandor rojo, como de fuego reducido a cenizas. Ella sabía que era la luz de la batalla. Su madre estaba allí, y Luke. Tal vez era adecuado que ellos estuvieran juntos, aunque ella no estuviera con ellos.

‘Mantendré los ojos sobre esa luz’, pensó ella. ‘Seguiré mirándola, pase lo que pase. Será la última cosa que vea’.

-Clarissa –dijo de nuevo Valentine–. Te pareces mucho a ella, ¿sabías eso? Eres exactamente como ella.

Ella sintió un dolor agudo contra la mejilla. Era la hoja de la Espada. Él estaba presionando el filo contra su piel, tratando de forzarla a volver la cabeza hacia él.

-Voy a convocar al Ángel ahora –dijo–, y quiero que lo veas cuando suceda.

Había un sabor amargo en la boca de Clary.

‘Sé por qué estás tan obsesionado con mi madre. Es porque ella fue la única cosa sobre la que creías que tenías un control total que se volvió y te mordió. Pensabas que te pertenecía y no era así. Es por eso que la quieres aquí, justo ahora, para que presencie cómo vences. Es por eso que te conformarás conmigo’.

La Espada se hundió un poco más en su mejilla. Valentine dijo:

-Mírame, Clary.

Ella miró. No quería hacerlo, pero el dolor era excesivo... Su cabeza se volvió violentamente hacia el lado casi contra su voluntad, con la sangre cayéndole en grandes goterones por el rostro, salpicando la arena. Un dolor nauseabundo le invadió mientras levantaba la cabeza para mirar a su padre.

Él estaba mirando hacia abajo, con vista clavada en la hoja de Maellartach. Ésta también estaba manchada con su sangre. Cuando él volvió a mirarla, había una luz extraña en sus ojos.

-Se necesita sangre para completar esta ceremonia –dijo él. –Intenté utilizar la mía propia, pero cuando te vi en el lago, supe que era la manera que tenía Raziel de decirme que utilizara la de mi hija en su lugar. Es por eso que limpié tu sangre de la contaminación del lago. Ahora estás purificada... purificada y lista. Así que gracias, Clarissa, por el uso de tu sangre.

Y de algún modo, Clary pensó que lo decía de veras, que le quería expresar su gratitud. Hacía mucho tiempo que él había perdido la capacidad de diferenciar entre la fuerza y la cooperación, entre el miedo y la buena disposición, entre el amor y la tortura. Y con la comprensión de esto vino una ráfaga de adormecimiento... ¿Qué sentido tenía odiar a Valentine por ser un monstruo cuando ni siquiera él sabía que lo era?

-Y ahora –dijo Valentine–, sólo necesito un poco más.

Y Clary pensó: *¿Un poco más de qué?* –Sólo cuando él blandió la Espada hacia atrás y la luz de las estrellas estalló sobre ella, pensó-. *Por supuesto, no es sólo sangre lo que él quiere, sino muerte.*

La Espada ya se había alimentado de bastante sangre hasta el momento; probablemente ya tenía una muestra de ella, justo como ya sabría Valentine por sí mismo.

Los ojos de ella siguieron la luz negra de Maellartash cuando ésta se desplomaba sobre ella...

Y salió volando. Propulsada fuera de la mano de Valentine, se precipitó a toda velocidad en la oscuridad. Los ojos de Valentine se abrieron de par en par; bajó la mirada rápidamente, sujetándose primero el ensangrentado brazo con el que sostenía la espada..., y luego subió la mirada y vio, en el mismo momento en que lo hacía Clary, lo que había arrancado la Espada Mortal de su puño.

Jace, con una espada de aspecto familiar firmemente empuñada en su mano izquierda, estaba en pie al borde de una elevación de la arena, a apenas medio metro de Valentine. Clary pudo ver por la expresión del hombre mayor que no había oído a Jace aproximarse, no más de lo que lo había hecho ella.

El corazón de Clary se sobrecogió con la sola visión de él. La sangre seca formaba una costra sobre un lado de su rostro, y había una lívida marca roja en su garganta. Sus ojos brillaban como espejos, y a la luz mágica parecían negros... negros como los de Sebastian.

-Clary –dijo él sin apartar los ojos de su padre–. Clary, ¿estás bien?

¿Jace! Ella luchó por decir su nombre, pero nada podía traspasar el bloqueo de su garganta. Se sentía como si se estuviera asfixiando.

-Ella no puede responderte –dijo Valentine–. No puede hablar.

Los ojos de Jace relampaguearon.

-¿Qué le has hecho?

Él espetó la espada hacia Valentine, que dio un paso hacia atrás. El aspecto del rostro de Valentine era de cautela pero no de temor. Había algo de cálculo en su expresión que no gustó a Clary. Sabía que debía sentirse triunfal, pero no lo hacía..., si cabe, ella se sentía más presa del pánico de lo que lo había estado hacía un momento. Se había dado cuenta de que Valentine iba a matarla..., ella lo había asumido..., y ahora Jace estaba allí, y su miedo se había ampliado abarcándolo a él también. Y su aspecto era tan... *devastado*. Su equipación estaba rasgada, medio descubierto un brazo y la piel bajo ella estaba entrecruzada con líneas blancas. Su camisa estaba desgarrada por la parte delantera, y había una *iratzte* desvaneciéndose sobre el corazón que no había logrado borrar lo bastante la cicatriz de un rojo furioso bajo él. La suciedad cubría sus ropas, como si hubiera estado rodando por el suelo. Pero fue su expresión la que más la atemorizó. Era tan... sombría.

-Una Runa de Quietud. Ella no resultará dañada por eso.

Los ojos de Valentine estaban clavados en Jace... con avidez, pensó Clary, como si él estuviera bebiendo de su imagen.

-No creo que hayas venido a unirte a mí, ¿no? –preguntó Valentine–. ¿Para ser bendecido por el Ángel junto a mí?

La expresión de Jace no cambió. Sus ojos estaban fijos sobre su padre adoptivo, y en ellos no había nada..., ni una sola pizca de persistente afecto, amor o recuerdo. No había odio tan siquiera. Sólo... desdén, pensó Clary. Un frío desdén.

-Sé lo que estás planeando hacer –dijo Jace–. Sé por qué estás convocando al Ángel. Y no te dejaré hacerlo. Ya he enviado a Isabelle a advertir al ejército...

-Las protecciones les irá bastante bien. No es el tipo de peligro del que puedas huir.

La mirada de Valentine bajó rápidamente a la espada de Jace.

-Baja eso –comenzó a decir él–, y podremos hablar... –Él se interrumpió entonces–. Esa no es tu espada. Es una espada Morgenstern.

Jace sonrió, con una sonrisa oscura y dulce.

-Era de Jonathan. Ahora él está muerto.

Valentine parecía atónito.

-Quieres decir que...

-La tomé del suelo, allá donde él la dejó caer –dijo Jace sin emoción–, después de que yo lo matara.

Valentine parecía haber enmudecido por la sorpresa.

-¿Tú has matado a Jonathan? ¿Cómo has podido hacerlo?

-Él me habría matado a mí –dijo Jace–. No tuve elección.

-No me refería a eso. -Valentine sacudió la cabeza; todavía parecía aturdido, como un boxeador que hubiera sido golpeado demasiado fuerte un instante antes de derrumbarse sobre la lona-. Yo crié a Jonathan... Le adiestré yo mismo. No había guerrero mejor.

-Al parecer -dijo Jace-, lo hay.

-Pero... -Y la voz de Valentine se quebró; la primera vez que Clary había oído una deficiencia en la fluida y serena fachada de aquella voz-. Pero él era tu hermano.

-No. No lo era -Jace dio un paso hacia el frente, empujando la espada unos centímetros más cerca del corazón de Valentine-. ¿Qué le sucedió a mi verdadero padre? Isabelle dijo que murió en una redada, ¿pero lo hizo realmente? ¿Tú le mataste, como mataste a mi madre?

Valentine aún parecía asombrado. Clary sentía cómo él estaba luchando por mantener el control... ¿Luchando contra el dolor? ¿O sólo temeroso de morir?

-Yo no maté a tu madre. Ella se quitó la vida. Yo te saqué de su cuerpo muerto. Si yo no hubiera hecho eso, habrías muerto con ella.

-Pero, ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Tú no necesitabas un hijo, *tenías* un hijo!

Jace parecía letal a la luz de la luna, pensó Clary, letal y extraño, como si fuera alguien a quien ella no conociera. La mano que sostenía la espada apuntando a la garganta de Valentine era firme.

-Dime la verdad -dijo él-. No más mentiras sobre cómo somos de la misma carne y de la misma sangre. Los padres mienten a sus hijos, pero tú... Tú no eres mi padre. Y quiero la verdad.

-No era un hijo lo que necesitaba -dijo Valentine-. Era un soldado. Yo había pensado que Jonathan podía ser ese soldado, pero él tenía demasiado de la naturaleza demoniaca en él. Él era demasiado salvaje, demasiado brusco, no lo suficientemente sutil. Yo temía incluso entonces, cuando él apenas había salido de su primera infancia, que nunca tuviera la paciencia o la compasión para seguirme, para conducir a la Clave tras mis pasos. Así que, lo intenté de nuevo contigo. Y contigo tuve el problema contrario. Tú eras demasiado tierno. Demasiado empático. Sentías el dolor de los otros como si fuera el tuyo propio; ni siquiera podías soportar la muerte de tus mascotas. Entendido eso, hijo mío... Te quise por aquellas cosas. Pero las mismas cosas que amaba de ti te hacían no útil para mí.

-Así que pensabas que era blando e inútil -dijo Jace-. Supongo que será sorprendente para ti entonces, cuando tu blando e inútil hijo te degüelle la garganta.

-Ya hemos pasado por esto. -La voz de Valentine era firme, pero Clary creía poder ver el sudor brillando en sus sienes y en la base del cuello-. Tú no harías eso. No quisiste hacerlo en Renwick y no quieres hacerlo ahora.

-Te equivocas. –Jace hablaba con un tono moderado–. Me he arrepentido de no matarte cada día desde que te dejé marchar. Mi hermano Max está muerto porque no te maté aquel día. Docenas, tal vez cientos de personas están muertas porque detuve mi mano. Conozco tu plan. Sé que esperas masacrar a casi todos los Cazadores de Sombras de Idris. Y me pregunto a mí mismo, ¿cuántos más tienen que morir antes de hacer lo que debería haber hecho en la Isla de Blackwell? No –dijo–. Yo no *quiero* matarte. *Pero lo haré.*

-No hagas esto –dijo Valentine–. Por favor. No quiero...

-¿Morir? Nadie desea morir, Padre.

La punta de la espada de Jace se deslizó más hacia abajo, y luego más hacia abajo hasta que descansó sobre el corazón de Valentine. El rostro de Jace estaba tranquilo, el rostro de un ángel despachando justicia divina.

-¿Tienes alguna última palabra?

-Jonathan...

La sangre manchaba la camisa de Valentine allá donde descansaba el filo de la hoja, y Clary vio con los ojos de su mente a Jace en Renwick, con las manos temblando, no queriendo herir a su padre. Y a Valentine provocándole mediante burlas. “*Clava la espada. Siete centímetros... Quizás diez.*” Ahora no era así. La mano de Jace era firme. Y Valentine parecía temeroso.

-*Últimas palabras* –bufó entre dientes Jace–. ¿Cuáles son?

Valentine levantó la cabeza. Sus ojos negros, cuando miró al muchacho que estaba delante de él, eran graves y solemnes.

-Lo siento –dijo él–. Lo siento tanto.

Él alargó una mano, como si quisiera alcanzar a Jace, incluso tocarlo..., su mano se volvió, la palma hacia arriba, sus dedos abriéndose..., y entonces hubo una ráfaga de plata y algo voló hacia Clary en la oscuridad como una bala disparada por una pistola. Ella sintió el aire desplazarse barriendo sus mejillas mientras pasaba, y entonces Valentine la sacó del aire, una larga lengua de fuego plateado que relampagueó una vez en su mano cuando la hizo bajar.

Era la Espada Mortal. Ésta dejó una tracería de luz negra en el aire cuando Valentine condujo su hoja dentro del corazón de Jace.

Los ojos de Jace se precipitaron muy abiertos. Una mirada de confusión e incredulidad pasó sobre su rostro; él bajó la mirada a sí mismo, allí donde Maellartash sobresalía de forma grotesca de su pecho... Parecía más estrambótico que horrible, como el attrezzo de una pesadilla que no tenía sentido lógico. Valentine replegó su mano entonces, sacando de un tirón la Espada del pecho de Jace de la manera que podría haber extraído una daga de su vaina. Como si ésta hubiera sido todo lo que estuviese sosteniéndole, Jace cayó de rodillas. Su espada resbaló de su puño y golpeó la tierra húmeda. Él bajó la mirada hacia ella con perplejidad, como si no tuviera

idea de por qué la había estado sosteniendo o de por qué la había soltado. Él abrió la boca como para hacer una pregunta, y la sangre manó sobre la barbilla, manchando lo que le quedaba de su harapienta camisa.

Después de aquello a Clary todo le pareció suceder muy lentamente, como si el tiempo se estirara. Vio a Valentine agacharse en el suelo y tirar de Jace poniéndolo sobre sus rodillas como si Jace todavía fuera muy pequeño y pudiera ser sostenido con facilidad. Lo acercó más a él y lo acunó, y bajó el rostro y lo presionó contra el hombro de Jace, y Clary pensó por un instante que él incluso podría haber estado llorando, pero cuando levantó la cabeza los ojos de Valentine estaban secos.

-Hijo mío –susurró él–. Mi niño.

La dilatación del tiempo se extendió rodeando a Clary como una soga estranguladora, mientras Valentine sostenía a Jace y le acariciaba hacia atrás el cabello ensangrentado apartándolo de su frente. Él sujetó a Jace mientras moría y la luz se extinguía de sus ojos, y luego, Valentine tendió el cuerpo de su hijo adoptivo con cuidado sobre el suelo, cruzándole los brazos sobre el pecho como para ocultar la sangrienta herida que allí se abría.

-Ave... –comenzó él, como si quisiera pronunciar las palabras por Jace, el adiós de los Cazadores de Sombras, pero su voz se quebró, él se volvió repentinamente y fue caminando hacia el altar.

Clary no podía moverse. Apenas podía respirar. Ella podía escuchar su propio corazón palpitando, podía escuchar el rascar de la respiración en su garganta seca. Por el rabillo del ojo podía vislumbrar a Valentine en la orilla del lago, la sangre cayendo desde la hoja de Maellartash y goteando en el cuenco de la Copa Mortal. Él estaba musitando palabras que ella no entendía. No se preocupó en intentar entenderlas. Todo se terminaría pronto, y ella casi se alegraba. Se preguntó si ella tendría suficiente energía para arrastrarse hasta donde yacía Jace, si podría tenderse a su lado y esperar a que todo terminara. Ella lo miraba fijamente, yaciendo inmóvil sobre la ensangrentada arena batida. Sus ojos estaban cerrados, su rostro quieto; si no fuera por el profundo corte de su pecho, ella podría haberse dicho que estaba dormido.

Pero no lo estaba. Él era un Cazador de Sombras; él había muerto en la batalla; merecía la última bendición. *Ave atque vale*. Los labios de ella tomaron la forma de las palabras, aunque las sentía en su boca como ráfagas de aire silencioso. A mitad del intento, se detuvo, conteniendo la respiración. ¿Qué debería decir ella? ¿Saludo y despedida, Jace Wayland? Ese nombre que no era el suyo verdadero. A él nunca se le había *dado* un nombre realmente, pensó ella rota de dolor, sólo se le había entregado el nombre de un niño muerto porque convenía a los propósitos de Valentine en aquel momento. Y había tanto poder en un nombre...

Ella giró la cabeza rápidamente y miró con fijeza al altar. Las runas que lo rodeaban habían comenzado a brillar. Eran runas de convocación, de nombramiento y de vinculación. No eran diferentes de las runas que habían mantenido prisionero a Ithuriel en el sótano de la casa solariega de los Wayland. Ahora, muy en contra de su voluntad, pensó en la manera en la que Jace le había mirado entonces, la mirada de fe de sus ojos, su confianza en ella. Él siempre había pensado que ella era fuerte. Él lo había demostrado en todo lo que hizo, en cada mirada y en cada contacto. Simon también tenía fe en ella, aún cuando él la había protegido, lo había hecho como si ella fuera algo frágil, algo hecho de cristal delicado. Pero, aunque Jace la había protegido con toda la fuerza que tenía, sin preguntarse nunca si ella podría con ello..., él había sabido que ella era tan fuerte como él.

Valentine estaba ahora sumergiendo la Espada ensangrentada una y otra vez en el agua del lago, musitando rápidamente un cántico en voz baja. El agua del lago estaba ondeando, como si una mano gigante estuviera acariciando con los dedos su superficie.

Clary cerró los ojos. Recordando la forma en la que Jace la había mirado la noche en la que ella había liberado a Ithuriel, no podía remediar el imaginar la manera en la que él la miraría ahora si la viera tratando de tenderse en la arena para morir a su lado. No estaría emocionado, no pensaría que era un gesto bello. Estaría enfadado porque ella se rindiera. Estaría tan... decepcionado.

Clary se agachó de forma que estuvo tendida sobre el suelo, tirando de sus piernas muertas detrás de ella. Lentamente, se arrastró por la arena, empujándose con las rodillas y sus manos atadas. La banda resplandeciente que rodeaba sus muñecas ardía y pinchaba. Su camisa se rasgó mientras se arrastraba por el suelo, y la arena le raspaba la piel descubierta de su vientre. Ella apenas lo sentía. Era un duro trabajo remolcarse a sí misma de esa manera... El sudor le corría por la espalda, entre los omóplatos. Cuando al fin alcanzó el círculo de runas, ella estaba jadeando tan alto que le aterrizzaba que Valentine le oyera.

Pero él ni siquiera se dio la vuelta. Tenía la Copa Mortal en una mano y la Espada en la otra. Mientras ella observaba, él echó hacia atrás la mano derecha, dijo varias palabras que sonaban como a griego, y lanzó la Copa. Ésta brilló como una estrella fugaz cuando se precipitaba contra el agua del lago y desaparecía bajo su superficie con una débil salpicadura.

El círculo de runas estaba despidiendo un ligero calor, como un fuego reducido a brasas. Clary tenía que girarse y forcejear para alargar la mano y rodear la estela que estaba metida en su cinturón. El dolor se le clavaba en las muñecas mientras sus dedos se cerraban en torno al mango; tiró de ella liberándola con un amortiguado grito de alivio.

Ella no podía separar las muñecas, así que agarró la estela torpemente con las dos manos. Se sostenía sobre los codos, mirando hacia abajo, a las

runas. Podía sentir su calor en la cara; habían comenzado a titilar como luz mágica. Valentine tenía la Espada suspendida, listo para tirarla; él estaba musitando las últimas palabras del hechizo de convocación. Con una última descarga de fuerza Clary condujo la punta de la estela por la arena, sin grabar a un lado de las runas que Valentine había dibujado sino trazando sus propios dibujos sobre éstas, esbozando una runa nueva sobre la que simbolizaba el nombre de él. Era una runa tan pequeña, pensó ella, un cambio tan pequeño..., nada como su inmensamente poderosa runa de la Alianza, nada como la Marca de Caín.

Pero era todo lo que ella podía hacer. Agotada, Clary se dejó caer de lado justo cuando Valentine echaba hacia atrás el brazo y mandaba volando la Espada Mortal.

Maellartash se precipitó a toda velocidad, un borrón negro y plateado que se unió silenciosamente al negro y plateado del lago. Una gran columna de agua se alzó donde cayó ésta: un florecimiento de agua de platino. La columna se alzó más y más alto, un geiser de plata líquida, como lluvia cayendo hacia arriba. Se escuchó un gran estrépito, el sonido de hielo haciéndose pedazos, un glaciar resquebrajándose..., y luego el lago pareció estremecerse, el agua plateada saltó por los aires como una granizada invertida.

Y emergiendo junto a la granizada llegó el Ángel. Clary no estaba segura de lo que había esperado..., algo parecido a Ithuriel, pero Ithuriel había sido consumido por muchos años de cautividad y martirio. Este era un ángel en toda la fuerza de su esplendor. Cuando emergió del agua, a Clary comenzaron a arderle los ojos como si estuviera mirando fijamente al sol.

Las manos de Valentine cayeron sobre sus costados. Él estaba mirando fijamente hacia arriba con una expresión de total embelesamiento, un hombre contemplando su mayor sueño hecho realidad.

-Raziel –balbuceó él.

El Ángel continuó elevándose como si el lago estuviera replegándose, dejando ver una gran columna de mármol en el centro de éste. Primero emergió su cabeza del agua, el cabello ondeante como una cadena de plata y oro. Luego, los hombros, blancos como la piedra, y después un torso desnudo..., y Clary vislumbró que el Ángel estaba por completo marcado con runas al igual que los Nephilim, aunque las runas de Raziel eran doradas y estaban vivas, moviéndose a través de su blanca piel como chispas saltando del fuego. De algún modo, el Ángel era, al mismo tiempo, inmenso y no mayor que un hombre: a Clary le dolían los ojos de tratar de abarcarlo con la mirada, y aun así era todo lo que ella podía mirar.

Mientras se elevaba, las alas aparecieron de súbito de su espalda y se desplegaron imponentes sobre el lago, y éstas eran de oro también, y variegadas, disponiéndose cada pluma en un dorado distinto a la vista.

Era bello, y también aterrador. Clary quiso apartar la mirada, pero no lo haría. Ella lo observaría todo. Lo vería por Jace, porque él no podía hacerlo.

‘Es justo como en todas esas pinturas’ –pensó ella. El Ángel emergiendo del lago con la Espada en una mano y la Copa en la otra. Ambos estaban empapados por el agua, pero Raziel estaba seco como un hueso, con sus alas sin rastro de humedad alguna. Sus pies descansaban, blancos y descalzos, sobre la superficie del lago, agitando sus aguas con pequeñas ondas de movimiento. Su rostro, bello e inhumano, bajaba fijamente la mirada sobre Valentine.

Y entonces, habló.

Su voz era como un llanto, como un grito y como música, todo a la vez. No contenía palabras, aunque era totalmente comprensible. La fuerza de su respiración casi tiró a Valentine hacia tras; él clavó los talones de las botas en la arena, su cabeza se inclinaba hacia atrás como si estuviera andando contra un vendaval. Clary sentía el aliento de la respiración del Ángel pasar sobre ella: era caliente como el aire que se escapa de una caldera y olía a especias desconocidas.

-Han pasado unos mil años desde la última vez que fui convocado a este lugar –dijo Raziel–. Jonathan Cazador de Sombras me llamó entonces, y me pidió que mezclara mi sangre con la sangre de los mortales en una Copa y creara así una raza de guerreros que librara a la Tierra de la clase demoniaca. Hice todo lo que él pidió y le dije que no lo haría más. ¿Por qué me convocas ahora, Nephilim?

La voz de Valentine era ansiosa y anhelante.

-Mil años han transcurrido, oh Glorioso, pero la clase demoniaca aún está aquí.

-¿Qué es eso para mí? Mil años para un ángel pasan entre un parpadeo y el siguiente.

-Los Nephilim que creasteis fueron una gran raza de hombres. Durante muchos años lucharon valientemente para liberar a este plano de la infección demoniaca. Pero ellos han fracasado debido a la debilidad y la corrupción en sus filas. Yo pienso devolverlos a su antiguo esplendor...

-¿Esplendor? –El Ángel sonó ligeramente curioso, como si la palabra fuera extraña para él–. El esplendor le pertenece sólo a Dios.

Valentine no titubeó.

-La Clave tal como la creó el primer Nephilim ya no existe. Ellos se han aliado con Submundos, los no humanos contaminados por demonios que infestan el mundo como pulgas sobre el cadáver de una rata. Es mi intención limpiar este mundo, destruir a todo Submundo junto con todo demonio...

-Los demonios no poseen alma. Pero, en cuanto a las criaturas de las que hablas, los Hijos de la Luna, de la Noche, de Lilith y del Reino de las

Hadas, todos tienen alma. Parece que tu criterio para decidir qué constituye y qué no un ser humano es más estricto que el nuestro. –Clary podría haber jurado que la voz del Ángel había adoptado un tono seco–. ¿Piensas desafiar a los Cielos como aquel otro Lucero de la Mañana cuyo nombre tú llevas¹, Cazador de Sombras?

-No desafiar a los Cielos, no, Señor Raziel. Aliarme con los Cielos...

-¿En una guerra que tú has creado? Nosotros somos el Cielo, Cazador de Sombras. No luchamos en vuestras batallas mundanas.

Quando Valentine habló de nuevo, sonó casi herido.

-Señor Raziel. Sin duda no habríais permitido tal cosa como un ritual por el que podéis ser convocado si no queréis ser convocado. Nosotros, los Nephilim, somos sus hijos. Necesitamos de su orientación.

-¿Orientación? –Ahora el Ángel sonó divertido–. No parece que sea por eso precisamente que me hayas traído aquí. Más bien buscas tu propio renombre.

-¿Renombre? –hizo de eco Valentine con voz ronca–. Yo lo he entregado todo por esta causa. A mi esposa. A mis hijos. No he escatimado a mis hijos. He entregado todo lo que tengo por esto... Todo.

El Ángel simplemente se quedó mirando a Valentine con sus extraños ojos inhumanos. Sus alas se agitaban con lentos movimientos no deliberados, como la travesía de las nubes por el cielo. Finalmente, él dijo:

-El Señor le pidió a Abraham que sacrificara a su hijo sobre un altar muy parecido a este, para ver a quién amaba más Abraham, a Isaac o a Dios. Pero a ti nadie te ha pedido que sacrifiques a tu hijo, Valentine.

Valentine bajó la mirada al altar que estaba a sus pies, salpicado con la sangre de Jace, y luego volvió a elevarla hacia el Ángel.

-Si debo hacerlo, te obligaré a esto –le advirtió él–. Pero preferiría tener tu cooperación voluntaria.

-Cuando Jonathan Cazador de Sombras me convocó –dijo el Ángel–, le presté mi ayuda porque podía ver que su sueño de un mundo libre de demonios era verdadero. Él imaginó un Cielo sobre la Tierra. Pero tú sólo sueñas con tu propia gloria, y no amas al Cielo. Mi hermano Ithuriel puede atestiguar eso.

Valentine empalideció.

-Pero...

-¿Pensaste que no lo sabría? –El Ángel sonrió. Era la más terrible de las sonrisas que Clary había visto jamás–. Es verdad que el amo del círculo que has dibujado puede obligarme a acometer una acción. Pero tú no eres ese amo.

Valentine se le quedó mirando fijamente.

1. *Morgenstern*: en alemán “lucero de la mañana”.

-Mi señor Raziel..., no hay nadie más...

-*Sí que lo hay* –contradijo el Ángel–. *Está tu hija.*

Valentine se dio la vuelta. Clary, que yacía medio inconsciente en la arena, con las muñecas y los brazos en un raudal de dolor insoportable, le devolvió la mirada de un modo desafiante. Por un momento sus ojos se encontraron... y él la *miró*, realmente la miró, y ella se dio cuenta de que era la primera vez que su padre la había mirado a la cara y la había *visto*. La primera y la única vez.

-Clarissa –dijo él–. ¿Qué has hecho?

Ella alargó la mano y con un dedo escribió a sus pies sobre la arena. No dibujó runas. Ella dibujó palabras: las palabras que él le había dicho la primera vez que vio lo que ella podía hacer, cuando dibujó la runa que destruyó el buque.

MENE MENE TEKEL UPHARSIN².

Los ojos de él se abrieron por la sorpresa, justo como se habían abierto los de Jace antes de morir. Valentine se había vuelto de un blanco hueso. Se giró lentamente hacia el Ángel, levantando las manos en un gesto de súplica.

-Mi señor Raziel...

El Ángel abrió la boca y escupió. O eso fue al menos lo que le pareció a Clary..., que el Ángel escupía y que lo que salía de su boca era una chispa fulminante de fuego blanco, como una flecha ardiente. La flecha voló directa y certera a través de las aguas y se fue a enterrar en el pecho de Valentine. O quizás “enterrar” no era la palabra... Lo *traspasó*, como una roca a través de un fino papel, dejando un agujero humeante del tamaño de un puño. Por un momento Clary, mirando hacia arriba, pudo ver *a través* del pecho de su padre y vislumbrar el lago y más allá de él el resplandor abrasador del Ángel.

Pasó un instante. Como un árbol caído, Valentine se precipitó hacia el suelo y se quedó yaciendo inmóvil..., con su boca abierta en un grito silencioso, con los ciegos ojos petrificados para siempre con una última mirada de incrédula traición.

-*Esa fue la justicia del Cielo. Confío en que eso no te haya afligido.*

Clary subió la mirada. El Ángel se cernía sobre ella, como una torre de blancas llamas, tapando el cielo. Sus manos estaban vacías; la Copa y la Espada Mortales yacían a la orilla del lago.

-*Puedes obligarme a realizar una acción, Clarissa Morgenstern. ¿Qué es lo que quieres?*

Clary abrió la boca. No salió ningún sonido.

2. *Mene Mene Tekel Upharsin*: del libro de Daniel del Antiguo Testamento, “*Hizo recuento Dios de tu reino y le ha puesto fin. Pesado has sido en la balanza y fuiste hallado falto*”.

-Ah, sí –dijo el Ángel, y había suavidad y dulzura ahora en su voz–. *La runa.*

Los muchos ojos de sus alas parpadearon. Algo pasó rozándola. Era suave, más suave que la seda o cualquier otro tejido, más suave que un susurro o el roce de una pluma. Era como ella había imaginado que se sentirían las nubes si éstas tuvieran textura. Un ligero perfume vino junto con el roce..., un agradable perfume, dulce y embriagador.

El dolor desapareció de sus muñecas. Ya sin estar atadas, las manos cayeron sobre los costados. El ardor en la parte posterior de su cuello se había ido también, y la pesadez de sus piernas. Ella se puso de rodillas con dificultad. Más que ninguna otra cosa, quería ir arrastrándose por la arena ensangrentada hacia el lugar donde yacía el cuerpo de Jace, arrastrarse hasta él, echarse a su lado y rodearle con los brazos, incluso aunque él ya se hubiera ido. Pero la voz del Ángel la apremió; permaneció donde estaba, alzando la vista hacia su brillante luz dorada.

-La batalla en la Llanura de Brocelind ha terminado. El dominio de Morgenstern sobre los demonios ha desaparecido con su muerte. Ya muchos han huido; el resto pronto serán destruidos. Hay Nephilims viniendo hacia las orillas de este lago en este mismo momento. Si tienes una petición, Cazadora de Sombras, dila ahora. –El Ángel hizo una pausa–. Y recuerda que no soy un genio. Elige tu deseo sabiamente.

Clary vaciló..., sólo por un instante, pero éste se alargó tanto como ninguno lo había hecho antes. Ella podía pedir cualquier cosa, pensó vertiginosamente, cualquier cosa... Un final para el dolor o el hambre en el mundo o para la enfermedad, o la paz en la Tierra. Pero por otra parte, tal vez esas cosas no estaban en el poder de los ángeles el concederlas, o ya habrían sido concedidas. Y quizás se suponía que las personas debían alcanzar estas cosas por sí mismas.

De todas formas, no importaba. Había una sola cosa que ella pudiera pedir en definitiva, una sola elección verdadera.

Ella alzó los ojos hasta los del Ángel.

-Jace –dijo ella.

La expresión del Ángel no se inmutó. Ella no tenía ni idea de si Raziel pensaba que su petición era buena o mala, o si –pensó con un repentino estallido de pánico–, querría concedérsela.

-Cierra los ojos, Clarissa Morgenstern –dijo el Ángel.

Clary cerró los ojos. No le decía que no a un ángel, no importa lo que tuviera en mente. Con su corazón palpitándole, se sentó flotando en la oscuridad de detrás de sus párpados, tratando decididamente de no pensar en Jace. Pero su rostro apareció contra la pantalla en blanco de sus párpados cerrados de todas formas..., no sonriéndole sino mirándola de soslayo, y ella pudo ver la cicatriz de su sien, la desigual curvatura de la

comisura de su boca, y la línea plateada sobre su cuello allí donde Simon le había mordido... Todas las marcas e imperfecciones que conformaban a la persona que más amaba del mundo. *Jace*. Una luz brillante iluminó su visión en un rojo escarlata, y ella cayó contra la arena, preguntándose si iba a perder el conocimiento..., o tal vez estaba muriéndose..., pero ella no quería morir, no ahora que podía ver el rostro de Jace con tanta claridad delante de ella. Casi podía oír su voz también, diciendo su nombre, de la manera que lo había susurrado en Renwick, una y otra y otra vez. *Clary*. *Clary*. *Clary*.

-Clary –dijo Jace –Abre los ojos.

Ella los abrió.

Estaba tendida sobre la arena, con sus ropas rasgadas, húmedas y ensangrentadas. Eso no había cambiado. Lo que había cambiado era que el Ángel se había ido, y con él la cegadora luz blanca que había iluminado la oscuridad haciéndola día. Ella estaba mirando hacia arriba al cielo nocturno, a las blancas estrellas brillando como espejos en la negrura, e inclinándose sobre ella, la luz de sus ojos más brillante que ninguna de las estrellas, estaba Jace.

Los ojos de ella lo absorbieron, cada parte de él, desde su cabello enredado a su sucio rostro manchado de sangre, a sus ojos resplandeciendo a través de capas de suciedad; desde los moratones visibles a través de sus mangas hechas girones al desgarrar de la parte delantera de su camisa abierta y empapada en sangre, a través de la cual se mostraba su piel desnuda..., y no había marca, no había corte profundo, que indicara dónde había entrado la Espada. Ella pudo ver el pulso golpeando en su garganta, y casi se lanzó a rodearlo con los brazos ante la visión porque eso significaba que su corazón estaba latiendo, y eso significaba que...

-Estás vivo –susurró ella–, vivo de verdad.

Con un lento asombro, él extendió la mano para tocar su rostro.

-Estaba en la oscuridad –dijo él bajito–. No había nada allí más que sombras, y yo era una sombra, y supe que estaba muerto, y que se había terminado, todo. Y entonces, oí tu voz. Te oí decir mi nombre, y eso me trajo de nuevo.

-No yo. –La garganta de Clary se tensó–. El Ángel te trajo de nuevo.

-Porque tú se lo pediste. –En silencio, él trazó el contorno de su rostro con los dedos, como asegurándose de que ella era real–. Podrías haber tenido cualquier cosa en el mundo, y me pediste a mí.

Ella le sonrió. Mugriento como estaba, cubierto de sangre y suciedad, él era lo más bello que había visto jamás.

-Pero es que yo no quiero nada más en el mundo.

Y ante eso, la luz de los ojos de él, ya de por sí brillante, llegó a tal resplandor que ella apenas podía soportar mirarlo. Pensó en el Ángel y cómo éste había ardido como mil antorchas, y en que Jace tenía en él algo

de esa misma sangre incandescente, y cómo eso ardía resplandeciendo en él ahora, a través de sus ojos, como luz a través de las rendijas de una puerta.

`Te amo –quería decirle Clary. Y–. Lo haría de nuevo. Siempre te pediría a ti´. Pero esas no fueron las palabras que dijo.

-Tú no eres mi hermano –le dijo ella, casi jadeando sin aliento, como si, habiéndose dado cuenta de que aún no las había dicho, no pudiera hacer salir las palabras de su boca con la suficiente rapidez–. Sabes eso, ¿verdad?

De forma muy ligera, a través de la suciedad y la sangre, Jace sonrió abiertamente.

-Sí –dijo él–. Lo sé.

EPÍLOGO

A Través del Cielo en las Estrellas

*Te amaba, así que atraje a estas oleadas de hombres a mis manos y escribí
mi voluntad a través del cielo en las estrellas.*

T. E. Lawrence

El humo se alzaba en una perezosa espiral, trazando delicadas líneas de negro a través del aire despejado. Jace, solo en la colina con vistas al cementerio, se sentó con los codos sobre las rodillas y contempló el humo ondear hacia el cielo. No se había perdido la ironía en él: eran los restos de su padre, después de todo.

Podía ver el ataúd desde donde estaba sentado, ocultado por el humo, las llamas y el pequeño grupo que lo rodeaba. Él reconoció el brillante cabello de Jocelyn desde allí, y a Luke de pie a su lado, con la mano sobre su espalda. Jocelyn había vuelto el rostro a un lado, apartándolo de la pira ardiente.

Jace podía haber sido uno de los de ese grupo, él quiso serlo. Había pasado los dos últimos días en el hospital, y sólo le habían dejado salir esta mañana, en parte para que pudiera asistir al funeral de Valentine. Pero llegando a mitad de camino de la pira, una pila de montones de madera desnuda, blanca como huesos, se dio cuenta de que no podía ir más lejos. Se dio la vuelta y subió la colina andando en su lugar, alejándose de la procesión de dolientes. Luke le había llamado, pero Jace no se volvió.

Él se había sentado y los observaba congregarse alrededor del ataúd, vio a Patrick Penhallow con su apergaminado atuendo blanco prenderle fuego a la madera. Era la segunda vez en esa semana que él veía un cuerpo arder, pero el de Max había sido descorazonadoramente pequeño, y Valentine era un hombre grande..., incluso tumbado con los brazos cruzados sobre el pecho, con un cuchillo seráfico aferrado en el puño. Los ojos estaban vendados con seda blanca, como era la costumbre. Ellos se habían portado bien con él, pensó Jace, a pesar de todo.

No habían enterrado a Sebastian. Un grupo de Cazadores de Sombras había vuelto al valle, pero no habían encontrado el cuerpo... Arrastrado por el río, le dijeron a Jace, aunque él albergaba sus dudas.

Había buscado a Clary en la multitud que rodeaba al féretro, pero ella no estaba allí. Ya habían pasado casi dos días desde la última vez que la vio en el lago, y la echaba de menos con una sensación casi física de carencia. No era culpa de ella que no se hubieran visto. A ella le preocupaba que él no estuviera suficientemente fuerte para volver por el Portal a Alicante desde el lago aquella noche, resultó tener razón. Para cuando les alcanzó el primer Cazador de Sombras, él se había mareado perdiendo el conocimiento. Despertaría al día siguiente en el hospital de la ciudad con

Magnus Bane mirándolo fijamente con una expresión extraña... Podría haber sido una profunda inquietud o simplemente curiosidad, era difícil decirlo con Magnus. Aquel le había dicho que pensaba que el Ángel le había curado físicamente, parecía que su espíritu y su mente habían estado agotados hasta el punto de que sólo el descanso podría sanarlos. De cualquier manera, se sentía mejor ahora. Justo a tiempo para el funeral.

Se levantó viento y estaba empujando el humo lejos de él. A lo lejos podía ver el resplandor de las torres de Alicante, con su antiguo esplendor restablecido. No estaba totalmente seguro de lo que esperaba conseguir sentándose allí y contemplando arder el cuerpo de su padre, o lo que diría si estuviera allí abajo entre los dolientes, pronunciando las últimas palabras para Valentine. *‘Nunca fuiste mi padre en realidad’*, podría decir él, o *‘Tú fuiste el único padre que conocí.’* Ambas afirmaciones eran verdad al mismo tiempo, no importa lo contradictorias que fueran.

Al principio, cuando había abierto los ojos en el lago –sabiendo, de algún modo, que había estado muerto y que ya no lo estaba– todo en lo que él podía pensar era en Clary, tendida a poca distancia de él en la arena ensangrentada, con los ojos cerrados. Él se apresuró con dificultad hasta donde estaba ella casi presa del pánico, pensando que ella podría estar herida, o incluso muerta... Y luego, cuando ella abrió los ojos, todo en lo que fue capaz de pensar era que ella no lo estaba. No fue hasta que hubo otros allí, ayudándole a ponerse en pie, exclamando con sorpresa ante la escena, que vio el cuerpo de Valentine yaciendo arrugado cerca de la orilla del lago y sintió la fuerza de aquello como un puñetazo en el estómago. Él sabía que Valentine estaba muerto –lo habría matado él mismo– pero aun así, de alguna manera, la visión era dolorosa. Clary miró a Jace con ojos tristes, y supo que, aunque ella había odiado a Valentine y nunca había tenido ninguna razón para no hacerlo, aun así sentía la pérdida de Jace.

Él entrecerró los ojos y una avalancha de imágenes inundó la parte trasera de sus párpados: Valentine recogiéndolo de la hierba con un abrazo dramático, Valentine sujetándolo firmemente en la proa de una barca en el lago, enseñándole cómo mantener el equilibrio. Y otros recuerdos más oscuros: la mano de Valentine cruzándole la cara, un halcón muerto, el ángel esposado en el sótano de los Wayland.

-Jace.

Él alzó la mirada. Luke estaba allí en pie sobre él, una silueta negra perfilada por el sol. Llevaba vaqueros y una camisa de franela como de costumbre..., sin concesión al blanco de luto para él.

-Ha terminado –dijo Luke–. La ceremonia. Ha sido breve.

-Estoy seguro de que lo ha sido. –Jace clavó los dedos en el suelo a su lado, dándole la bienvenida al dolor del roce de la tierra contra los dedos–. ¿Alguien ha dicho algo?

-Sólo las palabras habituales.

Luke se sentó con cuidado en el suelo al lado de Jace, haciendo una pequeña mueca de dolor. Jace no le había preguntado cómo había sido la batalla; en realidad, no quería saberlo. Sabía que había terminado mucho más rápido de lo que nadie hubiera esperado... Tras la muerte de Valentine, los demonios que él había convocado huyeron en la noche como la niebla desaparece bajo el sol. Pero eso no significaba que no hubiera habido muertos. El de Valentine no era el único cuerpo que ardió en Alicante esos últimos días.

-Y Clary no estaba... Quiero decir, ella no ha...

-¿Venido al funeral? No. Ella no quiso venir. -Jace podía sentir a Luke mirándolo de reojo-. ¿No la has visto? ¿No desde...

-No, no desde el lago -dijo Jace-. Esta es la primera vez que me dejan abandonar el hospital y tenía que venir aquí.

-No *tenías* por qué hacerlo -dijo Luke-. Podías no haber asistido.

-Quería hacerlo -admitió Jace-. A pesar de lo que sea que diga eso de mí.

-Los funerales son para los vivos, Jace, no para los muertos. Valentine era más tu padre que el de Clary, incluso aunque no compartierais la misma sangre. Tú eres el que tiene que decir adiós. Eres el que le echarás de menos.

-No creía que tuviera permitido echarle de menos.

-Nunca conociste a Stephen Herondale -dijo Luke-. Y llegaste a Robert Lightwood cuando apenas eras sólo un niño aún. Valentine fue el padre de tu niñez. *Tienes* que echarle de menos.

-Sigo pensando en Hodge -dijo Jace-. Arriba en el Gard, yo no paré de preguntarle por qué él no me había dicho nunca lo que era yo..., entonces, todavía creía que era en parte demonio..., y él seguía diciendo que era porque no lo sabía. Yo sólo pensaba que estaba mintiendo. Pero ahora, creo que sé lo que quería decir. Él era una de las pocas personas que sabían que el bebé de los Herondale vivía aún. Cuando aparecí en el Instituto, él no tenía ni idea de cuál de los hijos de Valentine era yo. El verdadero o el adoptado. Y yo podía haber sido cualquiera de los dos. El demonio o el ángel. Y la cosa es que, no creo que él lo supiera, no hasta que vio a Jonathan en el Gard y se dio cuenta. Así que él sólo había intentado hacer todo lo posible por mí durante todos aquellos años, después de todo, hasta que Valentine apareció de nuevo. Eso fue en cierto modo una muestra de fe... ¿No crees?

-Sí -dijo Luke-. Eso pienso yo.

-Hodge dijo que pensó que quizás la educación podría cambiar las cosas, a pesar de la sangre. No dejo de pensar..., si me hubiera quedado con Valentine, si él no me hubiera mandado con los Lightwood, ¿habría sido exactamente igual que Jonathan? ¿Sería yo así ahora?

-¿Importa eso? –dijo Luke–. Tú eres quien eres ahora por una razón. Y si me lo preguntas, yo pienso que Valentine te envió con los Lightwood porque él sabía que era la mejor alternativa para ti. Quizás, también tuviera otras razones. Pero no puedes apartarte del hecho de que él te envió con personas que sabía que te querrían y te criarían con amor. Puede que haya sido una de las pocas cosas que él haya hecho por alguien de verdad.

Él le dio una palmadita en el hombro a Jace, un gesto tan paternal que casi hizo que Jace sonriera.

-Yo no me olvidaría de eso, si fuera tú.

Clary, de pie y mirando por la ventana de Isabelle, contemplaba como el humo teñía el cielo sobre Alicante como una mano manchada contra la ventana. Estaban incinerando a Valentine hoy, ella lo sabía; incinerando a su padre, en la necrópolis justo a las afueras de las puertas.

-Sabes lo de la fiesta de esta noche, ¿no? –Clary se dio la vuelta para mirar a Isabelle, detrás de ella sosteniendo dos vestidos, uno azul y otro gris acero–. ¿Cuál crees que debería llevar?

Para Isabelle, pensó Clary, la ropa siempre sería una terapia.

-El azul.

Isabelle echó los vestidos sobre la cama.

-¿Qué vas a llevar tú? Vas a ir, ¿no?

Clary pensó en el vestido plateado del fondo del arcón de Amatis, aquel precioso y delicado. Pero probablemente Amatis nunca le dejaría usarlo.

-No lo sé –dijo ella–. Seguramente vaqueros y mi abrigo verde.

-Aburrido –dijo Isabelle. Ella echó una mirada a Aline, que estaba sentada en una silla junto a la cama leyendo–. ¿Tú no piensas que es aburrido?

-Yo creo que deberías dejar a Clary llevar lo que quiera. –Aline no levantó la mirada del libro–. Además, no es que ella tenga que ponerse guapa para nadie.

-Ella tiene que ponerse guapa para Jace –dijo Isabelle, como si eso fuera obvio–. De todas formas, debería hacerlo.

Aline subió la mirada, parpadeando por la confusión, luego sonrió.

-Ah, vale. Sigo olvidándome. Debe ser extraño, ¿no? ¿Saber que él no es tu hermano?

-No –dijo Clary con firmeza–. El pensar que él era mi hermano era lo raro. Esto se siente... bien.

Se volvió de nuevo a la ventana.

-No es que en realidad lo haya visto desde que lo descubrí. No desde que volvimos a Alicante desde el lago.

-Eso es extraño –dijo Aline.

-No es extraño –dijo Isabelle, disparando a Aline una mirada significativa, que Aline no pareció advertir–. Él ha estado en el hospital. Pero salía hoy.

-¿Y no ha venido a verte inmediatamente? –le preguntó Aline a Clary.

-Él no podía –dijo Clary–. Tenía que ir al funeral de Valentine. No podía dejar de asistir a eso.

-Tal vez –dijo Aline alegremente–. O quizás, ya no esté tan interesado en ti. Me refiero a ahora que no está prohibido. Algunas personas sólo quieren aquello que no pueden tener.

-No Jace –dijo Isabelle rápidamente–. Jace no es así.

Aline se puso de pie, dejando caer el libro sobre la cama.

-Debería ir a vestirme. ¿Os veo esta noche, chicas?

Y con esto, ella salió del cuarto como si tal cosa, canturreando para sí misma.

Isabelle, viéndola marcharse, sacudió la cabeza.

-¿Crees que a ella no le gustas tú? –preguntó ella –Me refiero a que, ¿estará celosa? No parecía interesada en Jace.

-¡Ja! –Clary estaba fugazmente divertida–. No, ella no está interesada en Jace. Creo que ella sólo es una de esas personas que dicen lo que sea que estén pensando siempre que lo hacen. Y quién sabe, tal vez tenga razón.

Isabelle tiró del pasador del pelo, dejándolo caer alrededor de los hombros. Cruzó la habitación y se unió a Clary en la ventana. El cielo estaba claro ahora más allá de las Torres Demonio; el humo se había ido.

-¿Tú crees que ella tiene razón?

-No lo sé. Tendré que preguntarle a Jace. Supongo que le veré esta noche en la fiesta. O en la celebración de la victoria o como quiera que se llame. –Ella miró a Isabelle–. ¿Sabes cómo será?

-Habrá un desfile –dijo Isabelle–, y fuegos artificiales, seguramente. Música, bailes, juegos, ese tipo de cosas. Como una gran feria de calle en Nueva York.

Ella echó una ojeada por la ventana con una expresión melancólica.

-A Max le habría encantado.

Clary alargó la mano y le acarició el pelo a Isabelle, de la manera que le hubiera acariciado el pelo a su propia hermana si tuviera una.

-Sé que le habría gustado.

Jace había llamado dos veces a la puerta de la antigua casa del canal antes de oír rápidos pasos apresurándose como respuesta; su corazón saltaba, y luego se desplomó cuando la puerta se abrió y Amatis Herondale estuvo en el umbral, mirándolo con asombro. Parecía que estaba preparándose para la fiesta: llevaba un largo vestido gris paloma y pálidos pendientes metálicos que describían reflejos plateados en su cabello encanecido.

-¿Sí?

-Clary –comenzó él, y se detuvo, poco seguro de lo que decir exactamente.

¿A dónde había ido su elocuencia? Él siempre la tuvo, incluso cuando no había tenido nada más, pero ahora se sentía como si él se hubiera abierto de un rasgón y todo el ingenio, la facilidad de palabra, se hubiera derramado de él dejándolo vacío.

-Me preguntaba si Clary estaría aquí. Esperaba hablar con ella.

Amatis sacudió la cabeza. La negrura se había marchado de su expresión, y estaba mirándolo tan atentamente que le estaba haciendo sentir nervioso.

-Ella no está. Creo que está con los Lightwood.

-Ah. –Él estaba sorprendido por lo decepcionado que se sentía–. Siento haberla molestado.

-No es molestia. Me alegro de que estés aquí, en realidad –dijo ella vivamente–. Hay algo de lo que quiero hablarte. Entra al salón; enseguida termino.

Jace dio un paso al interior mientras ella desaparecía en el vestíbulo. Se preguntaba de qué demonios podría ella tener que hablarle. Tal vez Clary había decidido que no quería tener nada más que ver con él y había elegido a Amatis para asestarle el mensaje.

Amatis estuvo de vuelta en un momento. Ella no sostenía nada que pareciera una nota –para alivio de Jace– sino que llevaba una pequeña caja de metal firmemente aferrada en las manos. Era un objeto delicado, recorrido con motivos de pájaros.

-Jace –dijo Amatis–. Luke me dijo que eres hijo de Stephen... que Stephen Herondale era tu padre. Él me contó todo lo ocurrido.

Jace asintió con la cabeza, que era todo lo que se sentía llamado a hacer. Las noticias estaban propagándose lentamente, como él quería que fuera; con un poco de suerte estaría de vuelta a Nueva York antes de que todo el mundo en Idris se enterara y estuviera mirándolo constantemente.

-Tú sabes que estuve casada con Stephen antes que lo estuviera tu madre –continuó Amatis, con la voz tensa, como si las palabras le hicieran daño al decirlas.

Jace la miraba fijamente... ¿Esto iba sobre su madre? ¿Le guardaba ella rencor a él por traerle malos recuerdos de una mujer que había muerto antes incluso de que él naciera?

-De todas las personas vivas hoy día, probablemente yo soy la que mejor conocía a tu padre.

-Sí –dijo Jace, deseando estar en otro sitio–. Estoy seguro de que eso es verdad.

-Sé que probablemente tienes sentimientos encontrados respecto a él –dijo ella, sorprendiéndolo, más que nada porque era verdad–. Tú nunca lo

conociste y él no fue el hombre que te crió, pero te *pareces* a él..., excepto por los ojos, esos son de tu madre. Quizás me esté comportando como una loca, molestándote con esto. Tal vez no quieras saber nada de Stephen en realidad. Pero él *era* tu padre, y si él te hubiera conocido... –Ella le tendió la caja entonces bruscamente, casi haciéndole saltar hacia atrás–. Hay algunas cosas de él que yo he ido guardando con el paso de los años. Cartas que escribió, fotografías, un árbol genealógico. Su piedra de luz mágica. Tal vez no tengas preguntas ahora, pero algún día quizás las tengas, y cuando sea... cuando sea, tendrás esto.

Ella se quedó inmóvil, entregándole la caja como si le estuviera ofreciendo un preciado tesoro. Jace extendió la mano y la tomó sin mediar palabra; era pesada y el metal se sentía frío contra su piel.

-Gracias –dijo él. Era lo único que él pudo hacer. Vaciló, y luego dijo–. Hay una cosa. Algo que me he estado preguntando.

-¿Sí?

-Si Stephen era mi padre, entonces la Inquisidor..., Imogen..., era mi abuela.

-Lo era... –Amatis hizo una pausa–. Una mujer muy difícil. Pero sí, ella era tu abuela.

-Ella me salvó la vida –dijo Jace–. Me refiero a que durante mucho tiempo ella actuó como si odiara mi osadía. Pero luego ella vio esto.

Él tiró del cuello de su camisa a un lado, mostrando a Amatis la cicatriz blanca con forma de estrella de su hombro.

-Y me salvó la vida. Pero, ¿qué podría significar mi cicatriz para ella?

Los ojos de Amatis se habían abierto de par en par.

-No recuerdas haberte hecho esa cicatriz, ¿verdad?

Jace sacudió la cabeza.

-Valentine me dijo que fue una herida de cuando era demasiado pequeño para recordarlo, pero ahora... No pienso creerlo.

-No es una cicatriz. Es una marca de nacimiento. Hay una antigua leyenda sobre eso en la familia, que uno de los primeros Herondale que llegaron a ser Cazador de Sombras fue visitado por un ángel durante un sueño. El ángel le tocó en el hombro, y cuando despertó, él tenía una marca como esa. Y todos sus descendientes también la tienen. –Ella se encogió de hombros–. No sé si la historia será verdadera, pero todos los Herondale tienen la marca. Tu padre también tenía una, aquí.

Ella se tocó la parte superior del brazo derecho.

-Se dice que significa que has estado en contacto con un ángel. Que estás bendecido, de alguna manera. Imogen debió ver la Marca y supuso quién eras en realidad.

Jace miraba fijamente a Amatis, pero no estaba viéndola: estaba viendo aquella noche sobre el buque; la cubierta negra y húmeda y la Inquisidor moribunda a sus pies.

-Ella me dijo algo –dijo él–. Mientras estaba agonizando. Ella dijo, “Tu padre estaría orgulloso de ti.” Pensé que estaba siendo cruel. Pensé que se refería a Valentine...

Amatis sacudió la cabeza.

-Ella se refería a Stephen –dijo ella bajito–. Y tenía razón. Él lo habría estado.

Clary empujó abriendo la puerta principal de Amatis y dio un paso al interior, pensando lo rápidamente que se le había hecho familiar la casa. Ya no tenía que hacer grandes esfuerzos para recordar el camino hasta la puerta de la calle o la forma en la que se atascaba ligeramente el pomo cuando tiraba de él para abrir. El destellar de la luz del sol sobre el canal era familiar, como lo era la vista de Alicante a través de la ventana. Ella casi podía imaginar vivir aquí, casi podía imaginar cómo sería si Idris fuera su hogar. Se preguntaba qué comenzaría a echar de menos en primer lugar. ¿La comida china para llevar? ¿Las películas? ¿El Midtown Comic¹? Ella estaba a punto de dirigirse hacia las escaleras cuando escuchó la voz de su madre venir desde la sala de estar..., aguda, y ligeramente agitada. Pero, ¿por qué cosa podría Jocelyn estar alterada? Todo estaba muy bien ahora, ¿no era así? Sin pensarlo, Clary dejó caer la espalda contra la pared cercana a la puerta de la sala de estar y escuchó.

-¿A qué te refieres con que te quedas? –estaba diciendo Jocelyn–. ¿Quieres decir que no vas a volver a Nueva York en absoluto?

-Se me ha solicitado permanecer en Alicante y representar a los hombres lobos en el Concilio –dijo Luke–. Les dije que se lo haría saber esta noche.

-¿No podría hacer eso otra persona? ¿Uno de los líderes de manada de aquí en Idris?

-Yo soy el único líder de manada que fue alguna vez Cazador de Sombras. Es por eso que me quieren a mí. –Él suspiró–. Yo empecé todo esto, Jocelyn. Debería quedarme aquí y acompañarlo.

Hubo un breve silencio.

-Si eso es lo que sientes, entonces por supuesto, deberías quedarte –dijo finalmente Jocelyn, pero su voz no sonaba segura.

-Tendré que vender la librería. Poner mis asuntos en orden. –Luke sonaba áspero–. No es que vaya a mudarme enseguida.

-Puedo lidiar con eso. Después de todo lo que has hecho... –Jocelyn no parecía tener energías para mantener su tono lleno de vida.

Su voz se fue apagando hasta el silencio, un silencio que se extendió tanto tiempo que Clary pensó en aclarar la garganta y entrar en la sala de estar para dejarles saber que ella estaba allí.

1. Midtown Comic: popular tienda de cómics de la ciudad de Nueva York.

Un momento después se alegró de no haberlo hecho.

-Mira –dijo Luke–, hace mucho tiempo que llevo queriendo decirte esto, pero no lo he hecho. Sabía que nunca tendría importancia, incluso aunque lo hubiera dicho, por lo que yo soy. Tú nunca quisiste que eso fuera parte de la vida de Clary. Pero ahora ella ya sabe, así que supongo que ya no importa. Y más vale que te lo diga. Te amo, Jocelyn. Hace veinte años que llevo haciéndolo. –Él hizo una pausa. Clary se tensó para escuchar la respuesta de su madre, pero Jocelyn estaba en silencio. Finalmente, Luke habló de nuevo, su voz era dura–. Tengo que volver al Concilio y decirles que me quedaré. No tenemos que hablar de esto otra vez. Simplemente me siento mejor habiéndolo dicho después de todo este tiempo.

Clary se apretó más contra la pared cuando Luke, con la cabeza gacha, salió airado de la salita. Pasó junto a ella sin parecer verla en absoluto y tiró de la puerta de entrada abriéndola. Él se quedó allí en pie durante un momento, mirando ciegamente al exterior, al sol reflejado en el agua del canal. Luego, se marchó, cerrándose la puerta de un portazo detrás de él.

Clary se quedó parada donde estaba, la espalda contra la pared. Se sentía terriblemente triste por Luke, y terriblemente triste por su madre también. Parecía realmente que Jocelyn no amaba a Luke, y tal vez nunca podría hacerlo. Era exactamente como había sido entre ella y Simon, excepto por que ella no veía ninguna manera de que Luke y su madre pudieran arreglar las cosas. No si él iba a quedarse aquí en Idris. Las lágrimas le ardían en los ojos. Ella estaba a punto de volverse y entrar en la salita cuando oyó el sonido de la puerta de la cocina abriéndose y otra voz más. Ésta sonaba cansada y un poco resignada. Amatis.

-Lo siento he oído eso, pero me alegro de que él se quede –dijo la hermana de Luke–. No sólo porque él estará cerca de mí, sino porque le dará una oportunidad de superarlo, de recobrase de *ti*.

Jocelyn sonó a la defensiva.

-Amatis...

-Ha sido mucho tiempo, Jocelyn –dijo Amatis–. Si no le quieres, deberías dejarle marchar.

Jocelyn se quedó en silencio. Clary deseaba poder ver la expresión de su madre... ¿Parecía triste? ¿Enfadada? ¿Resignada?

Amatis profirió una pequeña exclamación.

-A menos que... ¿Le amas?

-Amatis, yo no puedo...

-¡Le amas! ¡Tú le amas! –Hubo un sonido repentino, como si Amatis hubiera juntado las manos con una palmada–. ¡Sabía que sí! ¡Siempre lo supe!

-Eso no importa. –Jocelyn sonaba cansada–. No sería justo para Luke.

-No quiero oír eso. –Hubo un ruido susurrante, y Jocelyn hizo un sonido de protesta. Clary se preguntó si Amatis habría agarrado a su madre—. Si le amas, ve ahora mismo y díselo. Enseguida, antes de que llegue al Concilio.

-¡Pero le quieren para que sea miembro de su Concilio! Y él quiere...

-Todo lo que Lucian quiere –dijo Amatis firmemente–, es a ti. A ti y a Clary. Eso es todo lo que él siempre ha querido. Ahora ve.

Antes de que Clary tuviera oportunidad de moverse, Jocelyn salió disparada al vestíbulo. Se dirigió hacia la puerta..., y vio a Clary, aplastada contra la pared. Deteniéndose, se le abrió la boca por la sorpresa.

-¡Clary! –Ella sonó como si estuviera tratando de hacer su voz viva y alegre, y fracasando de una manera lamentable—. No me di cuenta de que estuvieras aquí.

Clary dio unos pasos apartándose de la pared, agarró el pomo y tiró de él abriendo la puerta de par en par. La brillante luz del sol se derramó en el vestíbulo. Jocelyn se quedó parpadeando ante la fuerte iluminación, con los ojos sobre su hija.

-Si no vas tras Luke –dijo Clary articulando muy claramente–, yo, personalmente, te mataré.

Por un momento Jocelyn pareció asombrada. Luego, sonrió.

-Bueno –dijo ella–, si te pones *así*.

Un instante después ella estaba fuera de la casa, bajando apresuradamente por el camino del canal hacia el Salón de los Acuerdos. Clary cerró la puerta detrás de ella y se inclinó contra ésta.

Amatis, emergiendo de la sala de estar, pasó como una flecha delante de ella para inclinarse sobre el alféizar de la ventana, echando un vistazo al exterior con ansiedad a través del cristal.

-¿Crees que le alcanzará antes de que él llegue al Salón?

-Mi mamá se ha pasado la vida entera persiguiéndome por todas partes –dijo Clary–. Ella se mueve muy *deprisa*.

Amatis le dedicó una mirada y sonrió.

-Ah, a propósito –dijo ella–, Jace se pasó a verte. Creo que él espera verte en la fiesta de esta noche.

-¿Sí? –dijo Clary de forma pensativa. *‘Más me vale que pregunte. Nada de aventurarme, nada de adelantarme’*–. Amatis –dijo, y la hermana de Luke se volvió apartándose de la ventana, mirándola con curiosidad.

-¿Sí?

-Ese vestido plateado tuyo del baúl –dijo Clary–, ¿puedo tomarlo prestado?

Las calles ya estaban comenzando a llenarse con la gente cuando Clary caminaba de nuevo por la ciudad hacia la casa de los Lightwood. Era la hora del crepúsculo y las luces estaban comenzando a encenderse, llenando el aire con un resplandor pálido. Ramilletes de blancas flores de aspecto

familiar colgaban de cestos en las paredes, llenando el aire con su aroma especiado. Runas de fuego de un dorado oscuro ardían sobre las puertas de las casas frente a las que ella pasaba; las runas hablaban de victoria y júbilo.

Había Cazadores de Sombras fuera en las calles. Nadie llevaba uniforme; vestían gran diversidad de trajes de gala, desde los modernos a aquellos rayanos en vestimenta histórica. Era una inusual noche cálida, así que pocas personas llevaban abrigos, sino que había muchas mujeres que, al igual que Clary, iban con vestidos de fiesta, con sus largas faldas barriendo las calles. Una figura esbelta y oscura cruzó la calle delante de ella cuando giró hacia la calle de los Lightwood, y vio que se trataba de Raphael, de la mano con una mujer alta y de cabello oscuro vestida con un traje de cóctel rojo. Él echó una ojeada sobre el hombro y le sonrió a Clary, una sonrisa que envió un escalofrío sobre ella, y pensó que era verdad que había algo realmente extraño en los Submundo a veces, algo extraño y aterrador. Tal vez sólo fuera que todo lo que era aterrador no tenía por que ser también forzosamente malo.

Aunque, ella tenía sus dudas respecto a Raphael.

La puerta principal de la casa de los Lightwood estaba abierta, y varios miembros de la familia estaban ya fuera en pie sobre la acera. Maryse y Robert Lightwood estaban allí, charlando con otros dos adultos; cuando se volvieron, Clary vio con una ligera sorpresa que eran los Penhallow, los padres de Aline. Maryse le sonrió desde su lado; ella estaba muy elegante con un vestido de seda azul oscuro y el cabello recogido hacia atrás desde su rostro severo con una gruesa cinta plateada. Ella se parecía a Isabelle..., tanto que Clary quiso alcanzarla y pasarle una mano sobre el hombro. Maryse todavía se veía tan triste, incluso mientras sonreía, y Clary pensó, *‘Ella se acuerda de Max, al igual que lo hacía Isabelle, y está pensando en lo mucho que le habría gustado todo esto.’*

-¡Clary! –Isabelle bajó dando saltos los escalones de la entrada, con su cabello oscuro volando detrás de ella. No llevaba ninguno de los conjuntos que le había enseñado a Clary antes, sino un increíble vestido de satén dorado que se le pegaba al cuerpo como los pétalos cerrados de una flor. Sus zapatos eran sandalias de tacón de aguja y Clary se acordó de que Isabelle había dicho una vez que le gustaban los tacones, y se rió para sí misma.

-Estás *fantástica*.

-Gracias. –Clary tiró con un poco de timidez del diáfano material del vestido plateado. Era probablemente la cosa más de chica que había llevado nunca. Le dejaba los hombros descubiertos, y cada vez que sentía las puntas de su cabello hacerle cosquillas allí sobre su piel desnuda, tenía que sofocar el impulso de buscar una rebeca o una sudadera con la que envolverse—. Tú también.

Isabelle se inclinó para susurrarle al oído.

-Jace no está aquí.

Clary se echó hacia atrás.

-¿Entonces, dónde...?

-Alec dice que puede que esté en la plaza, donde van a ser los fuegos artificiales. Lo siento... No tengo ni idea de qué está pasando con él.

Clary se encogió de hombros tratando de ocultar su decepción.

-Está bien.

Saliendo de la casa, Alec y Aline venían bajando detrás de Isabelle, Aline con un brillante vestido rojo que hacía que su cabello pareciera estridentemente negro. Alec se había vestido como lo hacía habitualmente, con un suéter y unos pantalones oscuros, aunque Clary tenía que admitir que al menos el suéter no parecía tener ningún agujero visible. Él le sonrió a Clary, y ella pensó sorprendida que verdaderamente él se veía *diferente*. Más luminoso de algún modo, como si se hubiera quitado un peso de encima.

-Nunca antes he estado en una celebración en la que hubiera Submundos –dijo Aline, pareciendo nerviosa allá abajo en la calle, donde un hada cuyo largo cabello estaban trenzados con flores (no, pensó Clary, su cabello *eran* flores, unidas con delicados rizos verdes), estaba arrancando algunas de las flores blancas de un cesto colgante, mirándolas pensativamente, y luego, se las comía.

-Te encantará –dijo Isabelle–. Ellos saben cómo divertirse.

Ella les dijo adiós a sus padres con la mano y se pusieron en camino hacia la plaza, Clary luchando todavía con el impulso de cubrir la parte superior de su cuerpo cruzando los brazos sobre el pecho. El vestido se le arremolinaba alrededor de los pies como humo ondeando al viento. Ella pensó en el humo que se había alzado antes sobre Alicante y se estremeció.

-¡Hey! –dijo Isabelle, y Clary alzó la vista para ver a Simon y Maia viniendo hacia ellos por la calle.

Ella no había visto a Simon la mayor parte del día; él había bajado al Salón para observar la reunión preliminar del Concilio porque, como él dijo, tenía curiosidad por saber quién elegirían para tomar posesión del escaño de los vampiros en el Concilio. Clary no podía imaginar a Maia llevando algo tan ridículamente femenino como un vestido, y en efecto, ella estaba vestida con unos pantalones de camuflaje de talle bajo y una camiseta negra en la que ponía “ELIGE TU ARMA” y tenía un dibujo de dados bajo las palabras. Era una camiseta de friki rolero, pensó Clary, preguntándose si Maia era realmente una rolera o estaba llevando la camiseta para impresionar a Simon. Si era así, fue una buena elección.

-¿Os dirigís de nuevo a la Plaza del Ángel?

Maia y Simon admitieron que lo hacían y se encaminaron juntos hacia el Salón en un grupo bien avenida. Simon se retrasó para quedarse a un paso

al lado de Clary, y caminaron juntos en silencio. Era agradable simplemente estar cerca de Simon de nuevo... Él había sido la primera persona a la que había querido ver una vez estuvo de vuelta en Alicante. Ella lo había abrazado muy fuertemente, contenta de que estuviera vivo, y le tocó la Marca de su frente.

-¿Te salvó esto? –le había preguntado ella, desesperada por no oír que ella había hecho lo que había hecho sin ninguna razón.

-Me salvó –fue todo lo que él dijo por respuesta.

-Ojalá pudiera quitártela –dijo ella–. Ojalá supiera qué es lo que puede sucederte a causa de esto.

Él agarró su muñeca y le retiró la mano dulcemente volviéndola a su lado.

-Esperaremos –dijo él–, y lo veremos.

Ella lo había estado mirando de cerca, pero tenía que admitir que la Marca no parecía estar afectándole de ninguna manera visible. Tenía el aspecto que siempre había tenido. Exactamente como era Simon. Sólo se peinaba el cabello de un modo ligeramente diferente para cubrir la Marca; si no sabías ya que estaba ahí, nunca lo adivinarías.

-¿Cómo fue la reunión? –le preguntaba Clary ahora, echándole una ojeada para ver si él se había arreglado para la fiesta. No lo había hecho, pero difícilmente le culpaba..., los vaqueros y la camiseta que llevaba era todo lo que tenía para ponerse–. ¿A quién han elegido?

-No a Raphael –dijo él, sonando como si estuviera satisfecho por ello–. A algún otro vampiro. Tenía un nombre pretencioso. Sombra de la Noche o algo así.

-Sabes, me preguntaron si quería dibujar el símbolo del Nuevo Concilio –dijo Clary–. Es un honor. Dije que lo haría. Va a tener la runa del Concilio rodeada por los símbolos de las cuatro familias de Submundo. Una luna para los hombres lobo, y estaba pensando en un trébol de cuatro hojas para el reino de las hadas. Un libro de hechizos para los brujos. Pero no puedo pensar en nada para los vampiros.

-¿Qué tal unos colmillos? –sugirió Simon–. Quizás empapados de sangre.

Él mostró los dientes.

-Gracias –dijo Clary–. Eso es de mucha ayuda.

-Me alegro de que te lo hayan pedido –dijo Simon, con mayor seriedad–. Te mereces el honor. Te mereces una medalla, en realidad, por lo que hiciste. La runa de la Alianza y todo lo demás.

Clary se encogió de hombros.

-No sé. Me refiero a que la batalla apenas pasó de los diez minutos, después de todo eso. No sé cuánto ayudé.

-Yo estuve *en* la batalla, Clary –dijo Simon–. Pudo durar unos diez minutos, pero fueron los peores diez minutos de mi vida. Y no quiero en

realidad hablar de ello. Pero diré que incluso en esos diez minutos habría habido mucha más muerte si no hubiera sido por ti. Además, la batalla era sólo una parte de esto. Si tú no hubieras hecho lo que hiciste, no habría habido Nuevo Concilio. Nosotros seríamos Cazadores de Sombras y Submundos odiándonos unos a otros, en vez de Cazadores de sombras y Submundos yendo juntos a una fiesta.

Clary sintió un nudo subiendo por la garganta y miró hacia el frente, deseando no descomponerse.

-Gracias, Simon. -Ella vaciló, tan brevemente que nadie que no fuera Simon lo habría notado. Pero él sí lo notó.

-¿Qué va mal? -le preguntó él.

-Sólo me estaba preguntando qué haremos cuando volvamos a casa - dijo ella-. Me refiero a que, sé que Magnus cuidó de tu madre de forma que ella no flipara porque te hubieses ido, pero... El colegio. Nos hemos perdido un montón de eso. Y ni siquiera sé...

-Tú no vas a volver -dijo Simon en voz baja-. ¿Crees que no sé eso? Tú eres una Cazadora de Sombras ahora. Finalizarás tu educación en el Instituto.

-¿Y qué pasa contigo? Eres un vampiro. ¿Simplemente vas a volver al instituto?

-Sííí -dijo Simon, sorprendiéndola-. Lo voy a hacer. Quiero una vida normal, tanto como pueda tener una. Quiero instituto, universidad y todo eso.

Ella le apretó la mano.

-Entonces deberías tenerlo. -Ella subió el rostro para dedicarle una sonrisa-. Por supuesto que todo el mundo va a flipar cuando aparezcas en la escuela.

-¿Flipar? ¿Por qué?

-Porque estás mucho más bueno ahora que cuando te fuiste. -Ella se encogió de hombros-. Es verdad. Debe ser algo de los vampiros.

Simon parecía perplejo.

-¿Estoy más bueno ahora?

-Claro que lo estás. Me refiero a, mira esas dos. Ambas están completamente colgadas por ti.

Ella señaló a pocos metros delante de ellos, donde Isabelle y Maia se movían caminando codo con codo con las cabezas inclinadas de la una hacia la otra. Simon subió la mirada al frente hacia las chicas. Clary casi podía jurar que él se estaba ruborizando.

-¿Lo están? A veces se reúnen, cuchichean y me *miran* fijamente. No tengo ni idea de por qué.

-Seguro que no. -Clary sonrió abiertamente-. Pobrecito, tienes a dos chicas guapas compitiendo por tu amor. Qué dura es tu vida.

-Muy bien. Dime a cuál escoger, entonces.

-De ningún modo. Eso es asunto tuyo. –Ella bajó la voz de nuevo–. Mira, puedes salir con quien sea que tú quieras y yo te apoyaré totalmente. Soy toda apoyo. Apoyo es mi segundo nombre.

-Así que es por *eso* que nunca me dijiste tu segundo nombre. Me figuraba que sería algo embarazoso.

Clary ignoró esto.

-Pero sólo prométeme algo, ¿de acuerdo? Sé cómo piensan las chicas. Sé cómo odian que sus novios tengan un mejor amigo que sea chica. Sólo prométeme que no me excluirás completamente de tu vida. Que todavía podremos pasar tiempo juntos algunas veces.

-¿Algunas veces? –Simon sacudió la cabeza–. Clary, estás loca.

A ella se le cayó el corazón a los pies.

-Quieres decir que...

-*Quiero decir* que jamás saldría con una chica que insistiera en que te excluyera de mi vida. Eso es innegociable. ¿Quieres un trozo de *esta* maravilla? –Él hizo un gesto hacia sí mismo–. Bien, pues mi mejor amiga viene también con ello. No te excluiría de mi vida, Clary, al igual que tampoco me cortaría la mano derecha y se la daría a alguien como regalo de día de San Valentín.

-Bruto –dijo Clary–. ¿Eso es indiscutible?

Él le ofreció una gran sonrisa.

-Es indiscutible.

La Plaza del Ángel casi estaba irreconocible. El Salón resplandecía de blanco en el lejano fondo de la plaza, en parte oculto por un trabajado bosque de árboles enormes que se levantaban en el centro de la plaza. Evidentemente eran producto de la magia..., aunque, pensó Clary recordando la habilidad de Magnus para traer rápidamente muebles y tazas de café desde el otro lado de Manhattan en un parpadeo, quizás éstos era reales, si bien trasplantados. Los árboles se alzaban casi hasta alcanzar la altura de las Torres Demonio, sus troncos plateados estaban envueltos con cintas y había luces de colores prendidas en la susurrante red verde de sus ramas. La plaza olía a las flores blancas, a humo y a hojas. Alrededor de los márgenes del pequeño bosque estaban colocadas mesas y largos bancos, y grupos de Cazadores de Sombras y Submundos se congregaban en torno a ellos, riendo, bebiendo y hablando. Aun a pesar de las risas, había algo sombrío mezclado con el aire de celebración..., una pena presente coexistiendo con la alegría.

Las tiendas que bordeaban la plaza tenían las puertas abiertas, derramando su luz sobre las aceras. La gente en la fiesta pasaba en tropel, llevando platos con comida y largas copas de vino y líquidos de alegres

colores. Simon vio pasar saltando a un kelpie² que llevaba un vaso con un fluido azul, y enarcó una ceja.

-No es como la fiesta de Magnus –le tranquilizó Isabelle–. Todo aquí debería ser seguro de beber.

-¿Debería ser? –Aline parecía preocupada.

Alec echó un vistazo hacia el mini-bosque, con las luces de colores reflejándose en el iris azul de sus ojos. Magnus estaba a la sombra de un árbol, hablando con una chica de vestido blanco con una nube de pálido cabello castaño. Ella se volvió cuando Magnus miró hacia ellos, y Clary se encontró con su mirada por un momento, atravesando la distancia que las separaba. Había algo familiar en ella, aunque Clary no podía decir qué era.

Magnus se zafó y vino hacia ellos, y la chica con la que había estado hablando se deslizó en la oscuridad de los árboles y se marchó. Él se había vestido como un caballero victoriano, con una larga levita negra sobre un chaleco violeta de seda. Del bolsillo del chaleco sobresalía un pañuelo cuadrado bordado con las iniciales M.B.

-Bonito chaleco –dijo Alec con una sonrisa.

-¿Te gustaría uno exactamente igual a este? –le preguntó Magnus–. En el color que tú prefieras, desde luego.

-En realidad, no me interesa la ropa –declaró Alec.

-Y eso me encanta de ti –anunció Magnus–, aunque también me encantarías si tuvieras, quizás, un traje de diseño. ¿Qué me dices? ¿Dolce? ¿Zegna? ¿Armani?

Alec resopló mientras Isabelle se reía, y Magnus aprovechó la oportunidad para inclinarse más cerca de Clary y susurrarle al oído.

-En los escalinata del Salón de los Acuerdos. Ve.

Ella quiso preguntarle que a qué se refería, pero él ya se había vuelto de nuevo hacia Alec y los otros. Además, tenía la sensación de que lo sabía. Le apretó la muñeca a Simon cuando se marchaba y él se volvió para sonreírle antes de regresar a su conversación con Maia.

Ella atajó por el borde del bosque de glamour para atravesar la plaza, serpenteando dentro y fuera de las sombras. Los árboles llegaban hasta los pies de las escaleras del Salón, que probablemente sería el motivo de por qué los escalones estaban casi desiertos. Aunque no del todo. Echando una ojeada hacia las puertas, Clary pudo distinguir una silueta oscura familiar sentada a la sombra de un pilar. El corazón se le aceleró.

Jace.

Ella tuvo que recogerse la falda con las manos para subir las escaleras, temerosa de pisar y desgarrar el delicado material. Casi deseaba haber

2. Kelpie: criatura fantástica de la mitología celta, que vivía cerca de lagos y tomaba forma tanto humana como de caballo.

llevado su ropa normal mientras se aproximaba a Jace, que estaba sentado con la espalda apoyada en el pilar, dirigiendo la mirada sobre la plaza. Él vestía sus ropas más mundanas: vaqueros, una camisa blanca y una chaqueta oscura sobre ésta. Y casi por primera vez desde que lo conocía, pensó ella, él no parecía llevar ningún arma.

De repente se sintió demasiado elegantemente vestida. Se detuvo a escasa distancia de él, repentinamente insegura de qué decir.

Como si la hubiera sentido allí, Jace levantó la mirada. Ella vio que estaba sosteniendo algo en equilibrio sobre la rodilla, una caja plateada. Parecía cansado. Había sombras bajos sus ojos y su pálido cabello dorado esta despeinado. Sus ojos se abrieron de par en par.

-¿Clary?

-¿Quién más podría ser?

Él no sonrió.

-No pareces tú.

-Es el vestido. –Ella tímidamente alisó el tejido con las manos–. Normalmente no llevo cosas esto... bonitas.

-Tú siempre estás bella –dijo él, y ella recordó la primera vez que la llamó guapa, en el invernadero del Instituto. Él no lo había dicho como un cumplido, sino sólo como si fuese un hecho reconocido, al igual que el hecho de que ella tenía el cabello pelirrojo y le gustaba dibujar–. Pero pareces... distante. Como si no te pudiera tocar.

Ella vino entonces y se sentó a su lado en el ancho escalón superior. La piedra estaba fría a través de la tela de su vestido. Ella le tendió la mano; le temblaba levemente, sólo lo suficiente para ser apreciable.

-Tócame –dijo ella–, si quieres.

Él tomó su mano y la puso contra su mejilla durante un momento. Luego, la volvió a bajar dejándola sobre las rodillas de ella. Clary se estremeció un poco, recordando de nuevo las palabras de Aline en el cuarto de Isabelle, "*Quizás, ya no esté tan interesado, ahora que no está prohibido.*" Él había dicho que *ella* parecía distante, pero la expresión de sus ojos era tan remota como una lejana galaxia.

-¿Qué hay en la caja? –preguntó ella. Él todavía agarraba firmemente el rectángulo de plata en una mano. Era un objeto de apariencia cara, delicadamente labrado con motivos de pájaros.

-Antes más temprano fui a casa de Amatis, buscándote –dijo él–. Pero no estabas allí. Así que hablé con Amatis. Ella me dio esto. –Él señaló la caja–. Perteneció a mi padre.

Por un instante ella sólo pudo mirarle sin comprender. `¿Esto era de Valentine? –pensó, y luego, con una sacudida– No, eso no era lo que él había querido decir.´

-Por supuesto –dijo ella–. Amatis estuvo casada con Stephen Herondale.

-He estado revisándolo –dilo él-. Leyendo las cartas, hojas de diario. Pensé que si hacía eso, podría sentir algún tipo de conexión con él. Algo que saltara de las páginas a mí, diciendo, “*Sí, este es tu padre*”. Pero no he sentido nada. Son sólo pedazos de papel. Cualquiera podría haber escrito estas cosas.

-Jace –dijo ella bajito.

-Y esa es otra –dijo él-. Yo ya no tengo nombre, ¿no? No soy Jonathan Christopher..., ese era otro. Sólo es el nombre que he llevado.

-¿A quién se le ocurrió Jace como apodo? ¿Se te ocurrió a ti mismo?

Jace sacudió la cabeza.

-No. Valentine siempre me llamó Jonathan. Y así es como me llamaron al principio cuando llegué al Instituto. Se supone que nunca debí pensar que mi nombre fuera Jonathan Christopher, ya sabes..., eso fue un accidente. Saqué el nombre de un diario de mi padre, pero no era de mí de quien hablaba. No era de mis progresos que él estaba tomando notas. Era de los de Se... Era de los de Jonathan. Así, la primera vez que le dije a Maryse que mi segundo nombre era Christopher, ella se dijo que simplemente lo había recordado mal y Christopher había sido el segundo nombre del hijo de Michael. Habían pasado diez años después de todo. Pero fue en aquel entonces cuando ella comenzó a llamarme Jace. Era como si ella quisiera darme un nuevo nombre, algo que fuera de ella, de mi vida en Nueva York. Y me gustaba. Nunca me había gustado Jonathan. –Él le dio vueltas a la caja en sus manos-. Me pregunto si tal vez Maryse lo sabía, o lo suponía pero simplemente no quería saberlo. Ella me quería..., y no querría creerlo.

-Lo que sería el por qué de que ella estuviera tan consternada cuando descubrió que *eras* el hijo de Valentine –dijo Clary-. Porque ella pensó que debería haberlo sabido. Ella en cierto modo lo *había* sabido. Pero nunca queremos creer cosas como esa de la gente a la que queremos. Y, Jace, ella estaba en lo cierto sobre ti. Ella estaba en lo cierto sobre quién eres realmente. Y tú *tienes* un nombre. Tu nombre es Jace. Ese nombre no te lo dio Valentine. Fue Maryse. Lo único que hace importante un nombre, y el tuyo, es que te sea dado por alguien que te quiere.

-¿Jace *qué?* –dijo él-. ¿Jace Herondale?

-Oh, por favor –dijo ella-. Tú eres Jace *Lightwood*. Tú sabes eso.

Él alzó los ojos hasta los de ella. Sus pestañas los ensombrecían densamente, oscureciendo el dorado. Ella creyó que le parecía un poco menos lejano, aunque quizás se lo estaba imaginando.

-Quizás seas una persona diferente a la que creías que eras –continuó ella, esperando contra toda esperanza que él entendiera lo que ella quería decir-. Pero nadie llega a ser una persona totalmente diferente de la noche a la mañana. El descubrir sólo que Stephen era tu padre biológico no va a hacer que automáticamente le quieras. Y no tienes que hacerlo. Valentine

no era tu verdadero padre, pero no porque no lleves su sangre en las venas. Él no era tu verdadero padre porque no *actuaba* como un padre. Él no cuidó de ti. Siempre han sido los Lightwood los que han cuidado de ti. *Ellos* son tu familia. Al igual que mi madre y Luke son la mía.

Ella alargó la mano para tocar su hombro, luego la retiró.

-Lo siento –dijo ella–. Aquí estoy yo dándote la charla, y tú probablemente viniste aquí para estar solo.

-Tienes razón –dijo él.

Clary sintió la respiración salir de ella.

-Está bien, entonces, me iré.

Ella se puso de pie, olvidando recogerse el vestido y a punto estuvo de pisarse el dobladillo.

-¡Clary! –Dejando la caja, Jace se apresuró a ponerse en pie–. Clary, espera. Eso no es lo que quería decir. No me refería a que quería estar solo. Me refería a que tienes razón sobre Valentine..., sobre los Lightwood...

Ella se volvió y le miró. Él estaba de pie medio dentro medio fuera de las sombras, las brillantes luces de colores de la fiesta de allí abajo arrojaban extraños dibujos sobre su piel. Ella pensó en la primera vez que lo vio. Ella había pensado que se parecía a un león. Bello y letal. Le parecía diferente ahora. Esa dura envoltura defensiva que llevaba como armadura había desaparecido, y llevaba sus heridas en su lugar, de una manera visible y orgullosa. Él ni siquiera había utilizado su estela para quitarse los moratones de la cara, a lo largo de la línea de su mandíbula hacia el cuello donde la piel se mostraba sobre el cuello de su camisa. Pero a ella le parecía bello aun así, más que antes, porque ahora él parecía humano..., humano y real.

-Sabes –dijo ella–, Aline dijo que quizás tú ya no estabas interesado. Ahora que *no está* prohibido. Ahora que podrías estar conmigo si quisieras. –Ella temblaba un poco bajo su ligerísimo vestido, agarrándose los codos con las manos–. ¿Es verdad eso? ¿No estás... interesado?

-¿Interesado? ¿Como si tú fueras un... un libro, o una noticia? No, no estoy *interesado*. Yo estoy... –Él se interrumpió, buscando a tientas la palabra de la manera que alguien podría buscar el interruptor de la luz en la oscuridad–. ¿Recuerdas lo que te dije antes? ¿Sobre sentir como el hecho de que fueras mi hermana era una especie de broma cósmica caída sobre mí? ¿Sobre nosotros dos?

-Me acuerdo.

-Nunca lo creí –dijo él–. Es decir, lo creía de alguna manera... Le dejé conducirme a la desesperación, pero nunca lo *sentí*. Nunca sentí que tú fueras mi hermana. Porque no sentía hacia ti de la manera que se supone que tienes que hacerlo hacia una hermana. Pero eso no significaba que no te sintiera como si fueras parte de mí. Siempre he sentido eso. –Viendo la expresión confusa de ella, él se interrumpió con un ruido de impaciencia–.

No estoy explicando esto bien. Clary, he odiado cada segundo que creía que eras mi hermana. He odiado cada momento en el que pensaba que lo que sentía por ti significaba que había algo malo en mí. Pero...

-¿Pero *qué*? –El corazón de Clary estaba palpitando tan fuertemente que la hacía sentirse algo más que un poco mareada.

-Podía ver el deleite de Valentine por la manera en la que yo sentía por ti. Por la manera en la que tú sentías por mí. Él lo utilizaba como arma contra nosotros. Y eso me hizo odiarlo, e hizo que me pusiera en su contra, y tal vez era eso lo que necesitaba. Porque hubo veces en las que no sabía si quería seguirle o no. Era una difícil elección..., más difícil de lo que me gusta recordar. –Su voz sonó tensa.

-Una vez te pregunté si tenía elección –le recordó Clary–. Y tú dijiste, “Siempre tenemos elecciones.” Tú elegiste estar contra Valentine. Finalmente, esa fue la elección que hiciste y no importa lo difícil que fuera hacerla. Importa lo que hiciste.

-Lo sé –dijo Jace–. Sólo estoy diciendo que creo que elegí de la manera en que lo hice en parte por ti. Desde que te conocí, todo lo que he hecho ha sido en parte por ti. No puedo desligarme de ti, Clary..., ni mi corazón, ni mi sangre, ni mi mente, ni ninguna otra parte de mí. Y no quiero hacerlo.

-¿No quieres? –susurró ella.

Él dio un paso hacia ella. Su mirada estaba fija en el rostro de ella, como si no pudiera apartar la mirada.

-Siempre pensé que el amor te hacía estúpido. Que te hacía débil. Un mal Cazador de Sombras. “*El amor destruye.*” Yo creía eso.

Ella se mordió el labio, pero no podía apartar la mirada de él tampoco.

-Solía pensar que ser un buen guerrero significaba no preocuparse –dijo él–. Por nada, por mí especialmente. Asumía cada riesgo que podía. Me arrojaba interponiéndome en el camino de los demonios. Creo que le cree a Alec un complejo sobre el tipo de luchador que era, sólo porque él quería vivir. –Jace sonrió, una sonrisa torcida–. Y entonces, te conocí. Tú eras una mundana. Débil. No una combatiente. Nunca antes adiestrada. Y entonces vi lo mucho que querías a tu madre, que querías a Simon, y cómo tú entrarías hasta en el infierno para salvarlos. *Entraste* en ese hotel de vampiros. Cazadores de Sombras con una década de experiencia no habrían intentado eso. El amor no te hace débil, te hace más fuerte que nadie que haya conocido nunca. Y me di cuenta de que era yo quien era débil.

-*No.* –Ella estaba sobrecogida–. Tú no eres débil.

-Quizás ya no.

Él dio otro paso más y ahora estaba suficientemente cerca para tocarla.

-Valentine no podía creer que yo había matado a Jonathan –dijo él–. No podía creerlo porque yo era el débil y Jonathan era el que tenía mayor adiestramiento. Era lógico pensar que él seguramente debería de haberme matado a mí. Y casi lo hizo. Pero pensé en *ti*... Te vi allí, con toda claridad,

como si estuvieras delante de mí, mirándome, y supe que quería vivir, lo deseaba más de lo que había deseado nada jamás, si tan sólo de esa manera podía ver tu rostro una vez más.

Ella deseaba poder moverse, deseaba poder alargar la mano y tocarle, pero no podía. Sus brazos caían helados a los costados. El rostro de él estaba cerca del suyo, tan cerca que podía ver su propio reflejo en las pupilas de sus ojos.

-Y ahora te estoy mirando –dijo él–, y tú me preguntas si todavía te quiero, como si yo pudiera dejar de amarte. Como si yo pudiera dejar aquello que me hace más fuerte que ninguna otra cosa. Nunca antes me atreví a entregar mucho de mí a nadie..., un poco de mí a los Lightwood, a Isabelle y a Alec, y me llevó años hacerlo..., pero, Clary, desde la primera vez que te vi, fui tuyo por completo. Y todavía lo soy. Si tú me quieres.

Por algo más de una fracción de segundo ella se quedó inmóvil. Luego, de algún modo, había agarrado la parte delantera de su camisa y tiró de él hacia ella. Sus brazos la rodearon, levantándola y casi sacándola de sus sandalias, y luego, él la estaba besando..., o ella lo estaba besando a él, no estaba segura, y no importaba. La sensación de la boca de él sobre la suya era eléctrica; las manos de ella agarraron firmemente sus brazos, tirando de él con fuerza contra ella. La sensación del corazón de Jace martilleando a través de la camisa la hacía marearse de la alegría. El corazón de nadie más latía como lo hacía el de Jace, ni nunca podría hacerlo.

Finalmente, él la liberó y ella jadeó..., se le había olvidado respirar. Él tomó su rostro entre las manos, trazando la curva de sus pómulos con los dedos. La luz había vuelto a sus ojos, tan brillante como lo había sido junto al lago, pero ahora había una chispa traviesa en ellos.

-Vamos –dijo él–. Eso no ha estado tan mal, ¿no? Incluso, ¿aunque no esté prohibido?

-Los he tenido peores –dijo ella, con una risa temblorosa.

-Sabes –dijo él, inclinándose para rozar su boca con la de ella–. Si es por la falta de *lo prohibido* de lo que estás preocupada, aún podrías prohibirme hacer cosas.

-¿Qué tipo de cosas?

Ella le sintió sonreír contra su boca.

-Cosas como esta.

Después de algún tiempo, bajaron las escaleras y entraron en la plaza, donde una multitud había comenzado a congregarse ante la expectativa de los fuegos artificiales. Isabelle y los otros habían encontrado una mesa cerca de la esquina de la plaza y estaban reunidos a su alrededor sobre bancos y sillas. Mientras se aproximaban al grupo, Clary se preparaba para soltar su mano de la de Jace..., y entonces se detuvo a sí misma. Ellos

podían cogerse de la mano si querían. No había nada malo en ello. Ese pensamiento casi la deja sin respiración.

-¡Estáis aquí! –Isabelle vino dando saltos de alegría hasta ellos, llevando un vaso con líquido fucsia, que ella le tendió a Clary–. ¡Toma un poco de esto!

Clary lo miró entrecerrando los ojos.

-¿Va a convertirme en un roedor?

-¿Dónde está la confianza? Creo que es zumo de fresa –dijo Isabelle–. En todo caso, está riquísimo. ¿Jace? –Ella le ofrecía el vaso.

-Soy un hombre –le dijo él–, y los hombres no consumen bebidas rosas. Ve tú, mujer, y tráeme algo marrón.

-¿Marrón? –Isabelle hizo una mueca.

-El marrón es un color varonil –dijo Jace, y tiró de un mechón suelto del cabello

de Isabelle con la mano libre–. Alec lo lleva.

Alec bajó la mirada de forma afligida a su suéter.

-Era negro –dijo él –Pero luego se destiñó.

-Podrías arreglarlo con una cinta de lentejuelas –sugirió Magnus, ofreciéndole a su novio algo azul y destellante–. Es sólo una idea.

-Resiste el impulso, Alec. –Simon estaba sentado en el borde de un muro bajo con Maia a su lado, aunque ella parecía estar inmersa en una profunda conversación con Aline–. Te parecerías a Olivia Newton-John en “*Xanadu*”.

-Hay cosas peores –observó Magnus.

Simon se desmontó del muro y fue hacia Clary y Jace. Con las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros, él los contempló pensativamente durante un largo instante. Finalmente, habló.

-Se te ve feliz –le dijo a Clary. Volvió la mirada hacia Jace–. Y será mejor para ti que ella lo sea.

Jace enarcó una ceja.

-¿Esta es la parte en la que me dices que si le hago daño me matarás?

-No –dijo Simon–. Si haces daño a Clary, ella es bastante capaz de matarte por sí misma. Posiblemente con una gran variedad de armas.

Jace parecía encantado con la idea.

-Mira –dijo Simon–. Sólo quería decirte que está bien si no te gusta. Si haces feliz a Clary, estoy a bien contigo.

Él le tendió la mano, y Jace extendió la que sujetaba la de Clary y estrechó la de Simon, con una mirada de perplejidad en la cara.

-No me disgustas –dijo él–. De hecho, porque en realidad me caes bien te voy a dar un consejo.

-¿Un consejo? –Simon parecía cauteloso.

-Veo que estás trabajando ese ángulo vampiro con cierto éxito –dijo Jace, señalando a Isabelle y a Maia con un movimiento de cabeza–. Y

enhorabuena. A montones de chicas les encanta esa cosa sensible de los no-muertos. Pero renunciaría por completo a ese ángulo de músico si fuera tú. Los vampiros estrellas del rock están hechos polvo, y además, posiblemente no seas muy bueno.

Simon suspiró.

-¿Supongo que no hay posibilidad de que pudieras reconsiderar la parte en la que yo no te gustaba?

-Vosotros dos, es suficiente –dijo Clary–. No podéis ser unos completos imbéciles el uno con el otro para siempre, sabéis.

-Desde el punto de vista técnico –dijo Simon–, yo sí puedo.

Jace hizo un ruido poco elegante; después de un momento Clary se dio cuenta de que él estaba tratando de no reírse y sólo consiguiéndolo a medias.

Simon sonreía abiertamente.

-¡Caíste!

-Bien –dijo Clary–. Este *es* un bonito momento.

Ella buscó a su alrededor a Isabelle, que probablemente estaría casi tan contenta como ella de que Simon y Jace se llevaran bien, aunque de esa manera peculiar de ellos. En vez de a ella, vio a otra persona.

Muy cerca del borde del bosque de glamour, donde la sombra se entremezclaba con la luz, había una mujer esbelta con un vestido del color de las hojas y el largo cabello escarlata recogido por un anillo de oro.

La Reina Seelie. Ella estaba mirando directamente a Clary, y cuando ésta se encontró con su mirada levantó una delgada mano y le hizo señales para que se acercase. *‘Ven.’*

Si era por propio deseo o por la extraña coacción del Bello Pueblo Clary no estaba segura, pero con una excusa murmurada dio un paso alejándose de los demás y abriéndose camino hacia el margen del bosque a través de los fiesteros descontrolados. Llegó a ser consciente mientras se aproximaba a la Reina de la preponderancia de las hadas, muy cercanas a ella en un círculo que rodeaba a su Señora. Incluso aunque quisiera comparecer a solas, la Reina de las Hadas no estaba sin sus cortesanos.

La Reina levantó una mano imperiosa.

-Ahí –ordenó–, no te acerques más.

Clary se detuvo a unos pasos de la Reina.

-Mi Señora –dijo ella, recordando el modo formal en el que Jace se había dirigido a la Reina en la Corte–. ¿Por qué me llamáis a vuestro lado?

-Yo requeriría un favor tuyo –dijo la Reina sin preámbulos–. Y, por supuesto, te prometería un favor a cambio.

-¿Un favor mío? –dijo Clary con extrañeza–. Pero..., si ni siquiera os gusto.

La Reina se tocó los labios pensativamente con un largo dedo blanco.

-El Bello Pueblo, a diferencia de los humanos, no se interesa demasiado por el gustar. Por el amor quizás, y por el odio. Ambas son emociones útiles. Pero *gustar*... -Ella se encogió de hombros con elegancia-. El Concilio aún no ha decidido a quién de nuestro pueblo sentará en su escaño -dijo-. Sé que Lucian Graymark es como un padre para ti. Él escucharía lo que tú le pidieras. Me gustaría que le preguntases si elegirían a mi caballero Meliorn para dicha tarea.

Clary pensó de nuevo en el Salón de los Acuerdos y en Meliorn diciendo que él no quería luchar en la batalla a menos que los Hijos de la Noche lucharan también.

-No creo que él le guste mucho a Luke.

-Y otra vez -dijo la Reina-, hablas de *gustar*.

-Cuando la vi la vez anterior, en la Corte Seelie -dijo Clary-, usted nos llamó a Jace y a mí hermano y hermana. Pero usted sabía que nosotros no éramos hermanos en realidad. ¿Verdad?

La Reina sonrió.

-La misma sangre corre por vuestras venas -dijo ella-. La sangre del Ángel. Todos aquellos que llevan la sangre del Ángel son hermanos bajo la piel.

Clary se estremeció.

-Sin embargo, usted podría habernos contado la verdad. Y no lo hizo.

-Os dije la verdad como yo la veía. Todos nosotros decimos la verdad tal como la vemos, ¿no? ¿Alguna vez te has dejado de preguntar qué falsedades en el cuento que te contó tu madre sirvieron a su propósito al decirlas? ¿Realmente crees que conoces cada secreto de tu pasado?

Clary vaciló. Sin saber por qué, de repente oyó la voz de Madame Dorothea en su cabeza. "*Te enamorarás de la persona equivocada*", le había dicho a Jace la escurridiza bruja. Clary había venido a asumir que Dorothea sólo se había referido al gran problema que les traería a ambos el afecto de Jace por Clary. Pero todavía había vacíos en su memoria, ella lo sabía... Incluso ahora, cosas, acontecimientos, que no habían regresado a ella. Secretos cuya verdad ella nunca había conocido. Los había dado por desaparecidos y sin importancia, pero tal vez... No. Ella sintió sus manos tensándose a los lados. El veneno de la Reina era sutil pero poderoso. ¿Había alguien en el mundo que de verdad pudiera decir que conocía cada secreto acerca de sí mismo? ¿Y no era mejor dejar algunos secretos en paz?

Ella sacudió la cabeza.

-Lo que hizo en la Corte -dijo ella- quizá no fuese una mentira, pero fue cruel. -Ella comenzó a apartarse-. Y ya he tenido suficiente crueldad.

-¿De verdad rechazarías un favor de la Reina de la Corte Seelie? -requirió la Reina-. No a todo mortal se le concede tal oportunidad.

-No necesito un favor de usted -dijo Clary-. Tengo todo lo que quiero.

Ella se volvió dándole la espalda a la Reina y se alejó.

Cuando ella regresó hacia el grupo que había dejado, descubrió que se les había unido Robert y Maryse Lightwood, que estaban –vio ella con sorpresa– estrechando la mano a Magnus Bane, quien había guardado la cinta centelleante y estaba siendo el modelo del decoro. Maryse tenía el brazo alrededor de los hombros de Alec. El resto de los amigos estaban sentados en grupo a lo largo del muro; Clary estaba a punto de ir a unirse a ellos, cuando sintió un toque sobre el hombro.

-¡Clary!

Era su madre, sonriéndole..., y Luke de pie a su lado, con su mano en la de ella. Jocelyn no se había arreglado en absoluto; llevaba vaqueros y una camisa suelta que al menos no estaba manchada de pintura. Pero no podrías haber dicho por la manera en la que Luke la estaba mirando, que ella pareciera menos que perfecta.

-Me alegro de que por fin te hayamos encontrado.

Clary le dedicó una gran sonrisa a Luke.

-Así que *no* te mudas a Idris, ¿supongo mal?

-Noh –dijo él. Parecía más feliz de lo que lo había visto nunca–. La pizza aquí es espantosa.

Jocelyn se rió y se marchó a hablar con Amatis, que estaba admirando una burbuja de cristal flotante llena de humo que seguía cambiando de color. Clary miró a Luke.

-¿*De verdad* ibas a dejar Nueva York o sólo dijiste eso para conseguir que ella finalmente se lanzara?

-Clary –dijo Luke–, me impresiona que sugieras tal cosa. –Él sonrió abiertamente, luego, repentinamente, se puso serio–. Estabas en lo cierto en eso, ¿no? Sé que esto significa un gran cambio en tu vida... Iba a ver si tú y tu madre querriais mudaros conmigo ya que vuestro apartamento está inhabitable ahora mismo...

Clary resopló.

-¿Un gran cambio? Mi vida *ya* ha cambiado totalmente. Varias veces.

Luke echó un vistazo hacia Jace, que estaba observándolos desde su asiento en el muro. Jace les saludó con un movimiento de cabeza, con la boca curvada hacia arriba en las comisuras en una sonrisa divertida.

-Supongo que así es –dijo Luke.

-El cambio es bueno –dijo Clary.

Luke alzó la mano; la runa de la Alianza se había desvanecido, como le había pasado a todos, pero su piel aún llevaba un blanco trazo revelador, la cicatriz que jamás desaparecería por completo. Él miró de forma pensativa la Marca.

-Así es.

-¡Clary! –llamó Isabelle desde el muro–. ¡Los fuegos artificiales!

Clary golpeó suavemente a Luke en el hombro y fue a unirse a sus amigos. Ellos se encontraban sentados a lo largo del muro en una línea: Jace, Isabelle, Simon, Maia y Aline. Ella se detuvo al lado de Jace.

-No veo ningún fuego artificial –le dijo ella a Isabelle, fingiendo un ceño fruncido.

-Paciencia, pequeña saltamontes –dijo Maia–. Grandes cosas vienen a aquellos que esperan.

-Siempre creí que era “Grandes cosas vienen a aquellos que hacen la ola” –dijo Simon–. No me extraña que haya estado tan confundido toda mi vida.

-“Confundido” es una palabra agradable para denominarlo –dijo Jace, pero a las claras él sólo estaba prestando algo de atención; alargó la mano y tiró de Clary hacia él, casi distraídamente, como si fuera un reflejo.

Ella se inclinó hacia atrás contra su hombro, mirando al cielo. Nada iluminaba los cielos sino las Torres Demonio resplandeciendo de un suave blanco plata contra la oscuridad.

-¿Dónde fuiste? –le preguntó él, en voz tan baja que sólo ella pudo escuchar la pregunta.

-La Reina Seelie quería que le hiciera un favor –dijo Clary–. Y quería hacerme un favor a cambio. –Ella sintió a Jace tenso–. Relájate. Le dije que no.

-No mucha genta rechazaría un favor de la Reina Seelie –dijo Jace.

-Le dije que no necesitaba un favor –dijo Clary–. Le dije que tenía todo lo que quería.

Jace se rió de eso silenciosamente y deslizó la mano por su brazo hasta el hombro; sus dedos jugaron ociosamente con la cadena que rodeaba su cuello, y Clary bajó la mirada al destello de la plata contra su vestido. Ella había llevado el anillo de los Morgenstern desde que Jace se lo había dejado para ella, y a veces se preguntaba por qué. ¿Quería realmente ella que fuese un recuerdo de Valentine? Y aún al mismo tiempo, ¿era correcto olvidar?

Tú no podías borrar todo aquello que te causó dolor junto con su recuerdo. Ella no quería olvidar a Max, ni a Madeleine, o Hodge, o la Inquisidor, ni siquiera a Sebastian. Cada recuerdo era valioso, incluso los malos. Valentine había querido olvidar: olvidar que el mundo tenía que cambiar, y que los Cazadores de Sombras tenían que cambiar con él... Olvidar que los Submundos tenían alma y que todas las almas tenían importancia en el tejido del mundo. Él sólo había querido creer en lo que hacía a los Cazadores de Sombras diferentes de los Submundos. Pero lo que había supuesto su perdición había sido todo aquello en lo que eran iguales.

-Clary –dijo Jace, sacándola de su ensoñación.

Él estrechó los brazos a su alrededor y ella alzó la cabeza. La multitud lanzó vítores cuando estalló el primer cohete.

-Mira.

Ella contempló el cielo mientras los fuegos artificiales explotaban en una lluvia de chispas... Chispas que pintaban las nubes allá en lo alto mientras caían una a una en líneas centelleantes de fuego dorado, como ángeles cayendo desde el cielo.

FIN

